This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

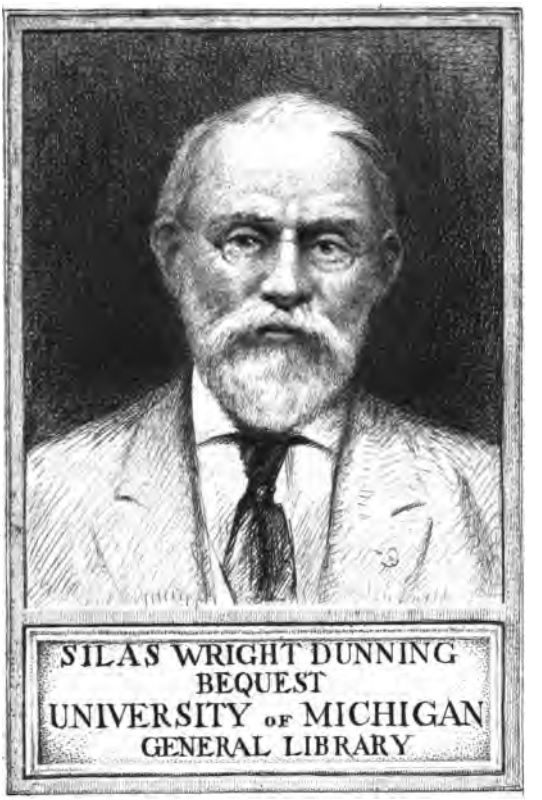
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

5068.


SILAS WRIGHT DUNNING
BEQUEST
UNIVERSITY OF MICHIGAN
GENERAL LIBRARY

F
2321
.B22
V.1

RESÚMEN

DE LA

HISTORIA DE VENEZUELA.

RESÚMEN

DE LA

HISTORIA DE VENEZUELA

DESDE EL AÑO DE 1797 HASTA EL DE 1830,

POR

RAFAEL MARÍA BARALT Y RAMON DIAZ.

TIENE AL FIN UN BREVE BOSQUEJO HISTÓRICO QUE COMPRENDE LOS AÑOS DE 1831 HASTA 1837.

> Acaso el momento en que los actores (de una revolucion) van á expirar, es el mas propio para escribir la historia, pues entónces se puede recoger el testimonio de ellos sin participar de todas sus pasiones.
>
> M. A. THIERS, *Historia de la revolucion francesa.*

TOMO PRIMERO.

PARIS

IMPRENTA DE H. FOURNIER Y COMPIA,

CALLE DE SAINT-BENOIT, NO. 7.

1844.

Printed in France

Deming
Nigh
3-18-34
35196

RESÚMEN

DE LA

HISTORIA DE VENEZUELA.

AÑOS DE 1797 Á 1810.

No entran en el plan de naturaleza las proporciones desmedidas de sus seres, pues tiene todo en ella tamaño fijo así en el órden moral, como en el físico; por manera que una nacion acrecida con las conquistas mas allá de sus lindes propios, es un monstruo político que perece luego. ¡ Cuánto mas aquellas que hicieron adquisiciones, no de tierras adyacentes y contiguas, sino de lejanos paises separados de ellas por inmensos mares allá en mundos nuevos ! La España, que despreciando los consejos del ilustre Jiménez de Cisnéros, prefirió la América distante á la vecina Berbería : la España que apreció en mas el oro y plata del Perú y de Méjico que la conservacion del Portugal, se hallaba en este caso. Sus posesiones coloniales, veinte y seis vezes mayores que su propio territorio, mas estensas que las británicas ó rusas en el Asia, eran una mole inmensa que sus hombros debilitados por la edad y los achaques no podian sostener por mucho tiempo. Cómo duró sobre ellos tantos años sin ejército y marina, sin frutos ni manufacturas para cambiar sus producciones, es lo que causa verdaderamente admiracion y pasmo ; si no es que reflexionando en los motivos, hallamos mas ocasion para indignarnos que para sorprendernos.

Pues ¿ qué fué lo que impidió por siglos una revolucion reformadora en América ? La despoblacion, efecto de una industria escasa y del comercio esclusivo : la falta de comunicaciones interiores que aisla las comarcas: la ignorancia que las embrutece y amolda para el yugo perpetuo : la division del pueblo en clases que diversifican las costumbres y los intereses : el hábito morboso de la servidumbre, cimentado en la ignorancia y en la supersticion religiosa, ausiliares indispensables y fieles del despotismo : la cátedra del Evangelio y los confesonarios convertidos en tribunas de doctrinas serviles : los peninsulares revestidos con los primeros y los mas importantes cargos de la república: los americanos escluidos de ellos, no por las leyes, sino por la política mezquina del gobierno. Política por cierto ménos hábil de lo que generalmente se ha creido (1) : que se reducia al principio cómodo y fácil de no producir para no tener que cuidar, y cuyo resultado fué prolongar la dependencia para hacer mas larga y sangrienta la separacion.

La historia de esta es la que ahora va á ocuparnos; arduo y magnífico argumento que será desempeñado algun dia por hábiles plumas, y que no es ni puede ser en la nuestra sino un débil y descolorido bosquejo. Variada y continua sucesion de triunfos y reveses : glorias, errores y miserias propias y ajenas : héroes que brillan y desaparecen : otros que usaron la espada con que levantaron el edificio para minarlo y destruirlo : el mayor de todos legislador, soldado, creador de naciones, derribado por la voluntad de sus conciudadanos : leyes y gobiernos que se suceden unos á otros al compas de las revueltas civiles : en fin, el grande y nuevo espectáculo de un pueblo que conquista la libertad ántes de comprenderla y que se forma para ella en las batallas, requieren otro pincel y mas amplio cuadro que aquesto humilde y reducido.

Caramente compran las naciones sus mejoras cuando obtienen estas por medio de la fuerza, pues las revoluciones que purifican y fecundan, tambien por largo tiempo trastornan, dejando en la sociedad hondas cicatrizes que despues se miran con espanto. Todo cambio en el órden de los pueblos lleva consigo una pena que es mayor á proporcion que el gobierno derribado cuenta mas años de existencia; siguiendo en esto como en todo la asociacion humana una regla constante de la naturaleza. Nada de lo que existe perece sin dolor, y así ¡ cuántas costumbres, cuántos intereses, cuántos sentimientos y esperanzas no se oponen al aniquilamiento ó modi-

ficacion de un sistema que las favorecia! Y por esto sucede que las innovaciones victoriosas no alcanzan jamas á destruir completamente y por sí mismas los efectos que produjeron las prácticas antiguas. El tiempo y solo el tiempo es el que puede perfeccionar la obra de las revoluciones, sustituyendo ley á ley, costumbre á costumbre, sentimiento á sentimiento; pues quereis destruir junto con los abusos á los hombres que los mantienen, es hacer imposible el triunfo, que nunca es completo si no le acompaña la moderacion, y renunciar á la gloria útil, que no puede existir sin la clemencia. Pero ántes que la sociedad se regenere hai un período de verdadera confusion en que mezclado lo antiguo y lo moderno hasta el momento de confundirse, hierven, se agitan y combaten; período difícil que tiene de guerra y de paz, y en que el partido vencido se defiende del vencedor, no ya en el campo de batalla, sino en el seno mismo de la sociedad que le pertenecia. Esa época sordamente agitada es la que pone á prueba la mayor sabiduría de un gobierno, pues en ella es donde se forman los proyectos monstruosos, las leyes inicuas con que se abusa del triunfo y los rencores que perpetúan la crueldad: de ella salen los asesinatos jurídicos, los degüellos en las prisiones, las calificaciones odiosas; y ella, en fin, ó deja la sociedad dividida en bandos irreconciliables, ó prepara el dominio esclusivo de un partido, mas cruel siempre que el de un hombre solo. Y de aquí viene que siendo mas difícil de suyo la empresa de escribir una historia, es dificilísima la de escribir la de un pueblo recientemente conmovido; porque los hechos que se someten al juicio de las gentes futuras pasan por los ojos interesados de las presentes, entre elogios exagerados, críticas injustas, envidias y venganzas. Mas ¿qué importa? Estudie y medite los sucesos el historiador, con calma y sereno, como si pertenecieran á las remotas edades, y él los viera desde la orilla del separero: no á pretesto de ostentarse imparcial riegue á diestro y siniestro verdades inútiles y amargas que manchen las familias ó turben el reposo público, primero de los bienes despues de la libertad: aparte la vista del laurel, de la toga, del poder y del oro; y no vea en el guerrero, en el magistrado, en el prepotente y en el rico sino hombres mas ó menos dignos de estima, segun que supieron mas ó menos ser útiles y grandes: no se entusiasme sino por la virtud: no quemen incienso sino en el ara de la patria: no diga en fin como Voltaire al muerto la verdad y mentirá al vivo, sino verdad

compasiva al que cubrió la tumba, verdad terrible, tronadora al que vive y oprime. Esto haga y duerma tranquilo, porque si peca, no será por error del corazon, sino del entendimiento.

Y ahora volvamos á nuestro asunto principal, indagando qué causas produjeron la revolucion política de Venezuela, y cuáles fueron sus obstáculos y sus efectos.

Personal y mezquino resentimiento contra los ingleses y desacordado cariño hácia los deudos propios fueron el orígen de aquel tan famoso cuanto desgraciado pacto de familia entre la Francia y la España, por el que separándose Cárlos III del sistema de neutralidad que habia sido el blanco del gobierno precedente, se mezcló en las reyertas de las cortes de San Jámes y de Versálles. Él fué el que produjo la cooperacion que dió España de acuerdo con la Francia á la emancipacion política de la América-británica, la primera y mas poderosa de las repúblicas del Nuevo-Mundo. ¡ Cosa singular ! Los dos ausiliares mas grandes de la revolucion de los Estados-Unidos eran príncipes apegadísimos al despotismo, y sus estados fueron los primeros que se resintieron del influjo de la nueva potencia que habian contribuido á crear y engrandecer. Las teorías políticas del siglo XVIII, realizadas tan brillantemente en aquel pueblo, contribuyeron mucho, en efecto, á la revolucion que costó á Luis XVI el cetro y la vida; y el levantamiento é indepedencia de las posesiones españolas en América, reconocen por causas principales el ejemplo de libertad que con sus propias manos les ofreció Cárlos III, el abandono en que quedaron por efecto de la guerra y las represalias inglesas.

Ministros previsores é ilustrados conocieron con anticipacion el mal y aun aconsejaron el remedio. El conde de Aranda habia firmado como plenipotenciario español el tratado de 1783, por el cual se reconoció la independencia de los Estados-Unidos, y de vuelta á la Península dirigió á Cárlos III una esposicion en que deploró los efectos que iba á producir la emanicipacion de aquella colonia, y predijo su futura prepotencia. Juzgábala tan azarosa á la conservacion de las posesiones españolas, que aconsejó al rei el desprenderse de ellas en favor de tres infantes de su familia, que serian reyes de Méjico, del Perú y de Costa-firme, reservándose el título de emperador y la posesion de Cuba, de Puerto-Rico y de algun otro territorio, para que sirviesen como de escalas y factorías al comercio español. Este partido, propuesto en otro tiempo á Fe-

lipe V por el ingeniero frances Vauban, fué como entónces desechado.

Tanto mas estraña era la conducta de la madre patria en este punto, cuanto que no era desconocida por aquel tiempo en las colonias la idea de insurreccion, y quizas ni aun la de independencia. Desde la época de los conquistadores se manifestaron mui claramente una y otra en el Perú. Ercilla cantó en versos elegantes la famosa rebelion de los araucanos en el siglo XVI, y á principios del XVII sucedió en Potosí el alzamiento de Alonso Ibáñez proclamando libertad. Los indios chunchos, habitadores de las altas montañas de los Andes y confinantes por el oriente con las provincias peruanas de Tarma y Jauja, tomaron las armas en 1742 y pusieron al virei en grande apuro: de resultas muchas familias de la tribu quedaron desde entónces sustraidas de la obediencia del gobierno. Y en 1765 las sublevaciones de Méjico, de Quito y de Puerto-Rico fueron tan graves, como que las autoridades se vieron depuestas y maltratadas en los dos primeros lugares, y en el otro quedó destruida la factoría real de tabacos.

Durante esa misma guerra en que Cárlos III daba lecciones de insurreccion á sus colonias, tuvo sobre la tranquilidad de estas el gobierno serios motivos de alarma. Fuera de la conspiracion del Socorro en 1791, descubierta y prontamente sufocada, de otras conmociones del mismo género en la Nueva Granada y tambien en Méjico, ocurrió el mismo año la de Oruro en el Perú, en que Tupac-Amaro, descendiente de los antiguos emperadores del pais, allegó un grande ejército proclamando libertad de gabelas y servicios personales. En realidad este movimiento y muchos de los referidos carecian de tendencia republicana, y no tenian mas objeto que desprenderse del trabajo de las minas y de otras cargas onerosas; pero no era difícil prever que en ánimos tan bien dispuestos á la desobediencia germinaria fácilmente la semilla del ejemplo, mayormente cuando los medios empleados para sufocar aquellas revueltas eran, mas que para eso, servideros para preparar otras nuevas. Tupac-Amaro, por ejemplo, vencido por el general español Don José del Valle, fué hecho prisionero y pereció en el suplicio con toda su familia, escepto un sobrino suyo llamado Diego, que logró escapar (2).

Despues de la contienda fueron frecuentes los avisos de los vireyes del Perú, Méjico y Santafé, participando á la corte que en la ca-

beza de los americanos empezaban á fermentar principios de libertad peligrosísimos á la soberanía de España. Y cuando á pesar de estos hechos y de infinitas autoridades respetables que en apoyo de ellos pudieran citarse, se quisiese aun negar el influjo que atribuimos al paso de Cárlos III, forzoso será convenir por lo ménos en que el gobierno español escitó por sí á la independencia sus vastas posesiones del continente americano, haciéndolas sufrir los horrores de una guerra devastadora (3).

Cárlos IV no corrigió los errores de su antecesor; ántes bien en su reinado de triste y vergonzosa recordacion para España, se acaeció la época de la emancipacion americana. Verdaderamente el estado del reino á su advenimiento al trono no era nada lisonjero. El espíritu de reformas é innovaciones que atormentaba la Francia y aun empezaba ya á agitar la Península, de tal suerte habia aterrado á Cárlos III y sus ministros, que asustados de la marcha seguida hasta entónces, suspendieron las reformas hechas en varios ramos de la administracion pública, y dedicaron todos sus cuidados á mantener una sombría y rigorosa vigilancia en el interior del Estado. La nacion estaba exhausta, y una deuda enorme, fruto amargo de las guerras anteriores, gravitaba sobre ella. En estas circunstancias fué cuando Cárlos IV, en edad ya madura, con no vulgar instruccion, recto, pero débil, subió al solio de sus mayores, acompañado del conde de Floridablanca, célebre ministro de su padre y á quien este al morir le habia recomendado.

El nuevo soberano, incapaz de tener voluntad propia, siguió el impulso del reinado anterior en la direccion de los negocios ó, mejor dicho, Floridablanca, enemigo de los ingleses y partidario acérrimo del poder absoluto, guió estos por la misma senda. Mas á poco los sucesos de Francia hubieron de modificar la diplomacia de su vecina y aliada. La revolucion que andando el tiempo debia trastornar todas las naciones, se avanzaba triunfante y amenazadora, malhiriendo los privilegios y linajes: los decretos de la asamblea constituyente priven de sus bienes y preeminencias al clero y la nobleza: la emigracion empieza: Luis XVI restituido á Paris, de donde se habia fugado, acepta en 1791 una constitucion enteramente democrática que no deja al trono sino una tenue sombra de poder: en fin, una guerra terrible se prepara entre los principios viejos y otros nuevos en que se proclama la libertad en medio de los horrores de la anarquía.

Ligado el gobierno de España al de Francia desde la guerra de sucesion por vínculos de alianza y parentesco, y, gracias á los Borbones, distinguido entre los mas enemigos de la libertad racional de los pueblos, no podia quedarse espectador tranquilo de un movimiento que dislocaba el antiguo órden de cosas, y que acaso preparaba á los reyes una triste leccion en la persona de Luis XVI. Floridablanca se disponia para la guerra, y sin duda la habria llevado á efecto con el carácter duro y tenaz que le era propio, sin su caida del ministerio en 1792.

Ocupó su lugar el conde de Aranda, su rival, bien conocido en España por su gran capazidad, por la espulsion de los jesuitas, siendo ministro de Cárlos III y por algunas tentativas contra la inquisicion. Este sugeto habia sido muchos años embajador de España en la corte de Francia, y era amigo de los filosófos y enciclopedistas; por lo cual se creyó que su eleccion seria del gusto de los revolvedores de Paris. En efecto, la buena inteligencia se restableció entre los dos reinos vecinos, y Luis XVI cediendo al impulso de una revolucion que apénas comenzaba, escribió de su puño y letra á Cárlos IV una carta en que le manifestaba su sincera adhesion al pacto político y la necesidad de conservar la paz, como única garantía de sosiego para la Francia, y de seguridad para su corona. Y como en aquellos momentos el Austria y la Prusia se aparejaban á la guerra, suplicaba á su real deudo desechase la política hostil de las otras cortes y con su influencia y mediacion le ayudase á mantener la tranquilidad, objeto predilecto de sus votos y esfuerzos. Que hubiese podido tomar y conservar España esta actitud conciliadora entre principios é intereses tan opuestos como los de la antigua monarquía y las doctrinas democráticas de la revolucion francesa, es dudoso, aun suponiendo que Luis hubiese continuado en el trono; mas no puede negarse que entónces le convenia una estricta neutralidad para con todos, y que este plan era el que Aranda se proponia seguir, por lo ménos hasta que lo permitiesen los sucesos. Pero este ministro no era amado de la corte ni del pueblo. La primera temia de él que se hiciese campeon de las nuevas ideas y las introdujese en España; y el otro recordando sus opiniones filosóficas y sus amistades, manifestaba ménos repugnancia por la guerra que por la herejía de que parecia estar inficionado. Entre tanto los acontecimientos se sucedian allende los Pirineos con una rapidez espantosa. El ejército austro-prusiano penetró en Francia precedido

de un manifiesto á la par que imprudente furibundo, en que el duque de Brunswick, su jefe, se permitió algunos desahogos contra la revolucion francesa y sus secuazes. En mala hora fué y peor sazon, porque exasperados los revolvedores, acometieron el palacio real el 10 de agosto de 1792, pusieron preso en el Temple á Luis XVI, degollaron en los primeros dias de setiembre á los presos por opiniones políticas, proclamaron la república en un congreso nacional reunido al intento y llamaron á las armas al pueblo frances. Los prusianos vencidos en Valmy, los austriacos en Gemape, el Rin hasta Maguncia ocupado, conquistada la Bélgica y el territorio libertado de enemigos, probaron á la Europa consternada que la Francia, léjos de haberse debilitado con sus desórdenes, era un gigante frenético cuyos arrebatos terribles amenazaban de muerte la propia vida y la ajena.

La prision de Luis XVI determinó por un momento la política de España. Aranda fué despedido; pero la neutralidad que aconsejaba se adoptó y propuso á la Convencion, á trueque de salvar al monarca, despues de haber solicitado inútilmente á la Inglaterra para que se uniese á la política de España. La conducta de la corte de Madrid en la ocasion presente es tanto mas digna de elogio, cuanto que sola entre los gobiernos europeos manifestó por el desgraciado rei de Francia una simpatía generosa en que no tenia parte el villano interes de negociar con su desgracia. Pero todo fué inútil, porque segun parece un gran crímen era necesario á los autores de la revolucion para fijar el carácter de esta, y constreñir al pueblo á seguir sin vacilar un solo y amplio camino. Luis XVI pereció en el cadalso, y España é Inglaterra unidas declararon la guerra á la república; guerra imprudente de parte de la primera, pero en la que Cárlos IV se comprometió siguiendo por la primera y única vez el impulso del pueblo. Lleno este de indignacion al saber la muerte del bueno y desgraciado jefe de la casa de Borbon, levantó un grito general de venganza que resonó en todas las ciudades y arrastró al rei mal su grado á la lid en que iba á entrar toda la Europa (4).

No nos incumbe referir los sucesos varios de esta guerra desgraciadísima para España, y que terminó en 1795 por la deshonrosa paz de Basilea. Cárlos IV viendo á los austriacos arrojados al otro lado del Rin, y que la Prusia se arreglaba con los franceses, sin contar para nada con sus aliados, desistió de proseguir una guerra caballeresca y ruinosa que sin objeto alguno consumia las fuerzas

nacionales. Mas el escarmiento sobrevino despues de grandes desastres de que se aprovechó la Francia republicana para obtener la cesion de la parte española de Santo Domingo, conquista primera de Colon en América. Este tratado valió el título de Príncipe de la Paz al ministro y favorito de Cárlos IV Don Manuel Godoy, nombre que desgraciada y vergonzosamente figura en todo el reinado de aquel príncipe, y que los españoles asocian con justicia á la ruina de la monarquía. Era este Don Manuel descendiente de una familia ilustre de Estremadura, y cuando no se le conocia aun sino como guardia de corps de los monarcas, habia ya ganado el afecto entrañable del rei y de la reina. El hombre que debia amancillar el honor de Cárlos IV fué amigo de él desde que este era príncipe de Asturias; y Cárlos III, previendo acaso el mal de España y el de su hijo juntamente, le desterró de la corte, á la que volvió despues de su muerte. Igualmente débil é indolente que Juan II, no tuvo Cárlos IV como aquel rei de Castilla la fortuna de poner su cariño en objeto merecedor y digno. Godoy era sin duda gentil y apuesto en la persona, punteaba la vihuela con primor y montaba bien y lindamente á caballo. En esto y en la ambicion insaciable é indecorosa de valido semejaba por cierto á Don Álvaro de Luna; pero por lo que toca á la intrepidez, habilidad é ingenio, no puede ni siquiera mencionarse al príncipe de la Paz, cuando se hable del famoso condestable de Castilla. Ni la historia antigua ni la moderna presentan sin embargo ejemplo alguno de un valimiento tan constante, tan escandaloso y tan poco merecido. Pero basta de Godoy, y solo añadiremos que desde la caida de Floridablanca y de Aranda, presidió sin rival en el Consejo de España y fué realmente el monarca.

Por una inconsecuencia fácil de esplicarse con el deseo que tenia Godoy de conservar á toda costa su tranquilidad, su favor y sus placeres, compró Cárlos IV la amistad de la república francesa al precio de una alianza monstruosa en que se renovaron las basas del antiguo pacto de *familia*. Este fué el tratado de San Ildefonso, firmado el 18 de agosto de 1796, siendo plenipotenciarios el príncipe de la Paz y el ciudadano Perignon. Verdad es que la Inglaterra, contra la que esclusivamente se dirigia el convenio, habia hecho traicion á los españoles en Tolon; que en 1794 habia tratado con los Estados-Unidos de América con agravio de los intereses de la Península; que hacia activamente el contrabando en las costas de España; que no cesaba de infestar las de la América del Sur, or-

ganizando el fraude y corrompiendo á los naturales del pais. Pero no fué en venganza de estos agravios ni para precaver otros nuevos que la corte española se hizo esclava del Directorio, poniendo á su disposicion las fuerzas del pueblo y la voluntad del monarca. Fué porque exhausta y desorganizada con la guerra pasada, no podia resistir al ascendiente de su pujante vecina; porque Godoy sobre todo amaba la paz y no se cuidaba para ello de que fuese desventajosa; y aun porque, segun se dice, le dió el Directorio esperanzas de colocar en el trono de Luis XVI uno de los príncipes de la dinastía española.

Sea de esto lo que fuere, la nacion conducida de error en error por un favorito ignorante, sufrió ahora de los ingleses males por lo ménos iguales á los que le habian hecho los franceses. El desgraciado combate naval del Cabo de San Vicente, un déficit horroroso de las rentas públicas, las derramas, que son una consecuencia necesaria de la pobreza del erario, muchos desastres reales en medio de uno que otro triunfo mas glorioso que útil, y la pérdida de la isla de Menorca en Europa y la de Trinidad en América, fueron los frutos principales de la guerra empezada en 1796 y concluida en 1802 por el tratado de Amiens, que aseguró á la Inglaterra la posesion definitiva de la segunda; y esta isla fué precisamente el arsenal de donde salieron las armas que arrebataron á España su colonia de Venezuela, como lo veremos ahora mismo.

En medio del entusiasmo que mostró la generosa nacion española para rechazar á los franceses de su territorio en la época de la guerra contra la república, era fácil ver que las ideas republicanas fermentaban en muchas cabezas y corazones peninsulares, llenos de fuego y energía por una parte, é indignados por otra de la debilidad del monarca, de la impudencia del valido y del sumo desacuerdo con que se prolongaba aquella inútil y desastrada contienda. Esta disposicion de los espíritus, fomentada por la Francia, no paró en meras palabras. Formáronse juntas republicanas y de estas se pasó á tramar una conspiracion formal que debia estallar el dia de San Blas, 5 de febrero de 1796, y cuyo objeto era derribar la monarquía y poner en lugar suyo un gobierno democrático semejante al que entónces gobernaba, ó, mejor dicho, tiranizaba á la Francia. El plazo señalado á la revolucion era largo, y por una torpeza verdaderamente singular se escogió para llevarla á cabo el tiempo en que Cárlos IV habia hecho ya la paz con la república. El

plan fué descubierto, y sus autores, condenados á muerte como reos de alta traicion, debieron la vida á la intercesion del embajador frances en Madrid; pero no escaparon de presidio y encierro á bóvedas en algunos puertos malsanos de América.

Juan Bautista Picornell, Manuel Cortes Campománes, Sebastian Andres y José Lazcano fueron cómplices principales de aquella conspiracion; hombres ilustrados, los dos primeros mayormente, y de condicion arrojados y emprendedores. En la Guaira estuvieron presos algun tiempo, miéntras se les destinaba á sus entierros respectivos; pero desde su llegada á fines de 1796 pusieron los medios de obtener la libertad, y al fin la consiguieron. Anunciáronse desde luego como mártires de la causa republicana, tan halagüeña á todos los corazones, como víctimas de aquel despotismo español que los desastres de la guerra, los indignos nombramientos de Godoy, su escandaloso valimiento y una mayor suma de luces en el pueblo, empezaban á hacer igualmente despreciable que odioso. La simpatía que con esto inspiraron les sirvió para obtener algunas comodidades: luego se les dejó comunicar libremente con todos; y de aquí vino que propagando los sencillos y fáciles principios políticos de la revolucion francesa, infundieron en el ánimo de muchos jóvenes ardientes y ansiosos de novedades el deseo de verlos reinar en su pais. Estímulo era y mui grande para cabezas americanas la fama esplendente, el nombre mágico del pueblo singular que en aquellos momentos aterraba la Europa, y para hacerlo mayor se le unieron circunstancias que, gracias á los errores del gobierno español, presentaban como posible y fácil el proyecto. Con el ausilio directo de la Francia no podia contarse, á pesar de la analogía de los principios, pues la España era su aliada; mas este era inconveniente de poca monta teniendo en Trinidad un almacen de armas y auxilios de toda especie que la Inglaterra abriria sin cuenta ni razon á los revolvedores de la Costa Firme. Sir Tomas Picton, gobernador de la isla, habia recibido un despacho en que su gobierno le recomendaba favorecer y auxiliar la independencia de las colonias españolas, y juntamente el comercio clandestino que con ellas mantenia, sin pretender por eso ninguna especie de soberanía ni oponerse al ejercicio de los derechos políticos, civiles ó religiosos del pueblo. Este despacho llegó luego á noticia de los conspiradores y mas tarde á la de todos, cuando en 26 de junio de 1797 fué impreso y circulado por órden de Picton. Demas de eso ¿qué podian temer del impo-

tente y necio gobierno de España, ora enemigo de la revolucion francesa, ora poniendo á disposicion del Directorio sus hombres, su dinero, sus navíos, y constituyendo la nacion en provincia de la Francia? La cosa era hacedera, el momento oportuno, y no de hombres prudentes aguardar á que un nuevo cambio en la política vacilante de Cárlos IV produjese la paz con la Gran Bretaña y la ruina de la empresa, inseparable de la cooperacion de esta potencia. Un mal habia, y era que los republicanos españoles no entendian de separar las colonias de la dependencia de la metrópoli, sino solo de cambiar su gobierno; pero claro está que semejante delicadeza era una pura necedad, porque ¿cómo podian establecerse en América instituciones democráticas, y conservarse la obediencia á la madre patria, sujeta siempre al régimen de la antigua monarquía? ¿ó cambiaria España su sistema de gobierno solo porque Venezuela hubiese destruido el que tenia? El proyecto pues se formó, porque este obstáculo no podia impedirlo, y como paso previo se resolvió dar la libertad á los encarcelados, para que pudiesen ir á buscar ausilios estranjeros.

Efectivamente, el 4 de junio de 1797 por la noche se fugaron Picornell, Campománes y Andres, porque Laz habia sido remitido ya á su presidio. Los dos primeros favorecidos por los oficiales y tropa de milicia de la Guaira, se mantuvieron ocultos en uno de los cuerpos de guardia, y luego en el pueblo de Macuto hasta el 25 del mismo mes que se fueron á Curazao y seguidamente á Guadalupe. Andres se dirigió á Carácas buscando la proteccion del cónsul frances y fué aprehendido. Qué hicieron despues de salvados para ausiliar la empresa, no sabemos: acaso nunca pretendieron ellos seriamente otra cosa que evadirse, empleando el medio convenido, que una vez libres olvidaron.

Mas sin ellos la revolucion habria prendido, porque los cómplices no fueron molestados. Evidente era que aquellos reos no habian podido fugarse sin ayuda de muchos; mas no lo comprendió así el gobierno, y se contentó con mandar hacer algunas averiguaciones que á nada condujeron. Por lo que libres los conjurados para poder entregarse á sus maquinaciones, en breve las estendieron grandemente; siendo lo mas particular que el plan era sabido de casi todos los habitantes de la Guaira, y de él hablaban sin mayor reserva, anunciando que un dia del enero de 1798 habria un gran trastorno en el pais.

Así estaban las cosas cuando un comerciante de Carácas de nombre Don Manuel Montesínos y Rico, deseando hacer prosélitos, se franqueó indiscretamente con su barbero, que lo era un mancebo *pardo* llamado Juan José Chirínos. Confió este el secreto á otros dos jóvenes de su mismo oficio y de comun acuerdo resolvieron consultar el caso con su confesor Don Domingo Lander. Este comunicó la ocurrencia á otro clérigo llamado Don Juan Vicente Echeverría, ambos al provisor Don Andres de Manzanáres, y el provisor al capitan general Don Pedro Carbonell.

La primera providencia, como era natural, fué la prision de Rico y la ocupacion de sus papeles; por donde se vino en conocimiento de la trama y del objeto de los conspiradores. Llenáronse, pues, de estos las cárceles y tambien de los que por el pronto se juzgaron tales por indicios; mas el entero conocimiento de la conjuracion con sus por menores y los reos principales, no se obtuvo sino en virtud de un consejo del obispo frai Antonio Marti. Propuso pues el prelado que se ofreciera perdon y olvido á todos los conjurados que se delataran á sí mismos, y hecha la publicacion del indulto con la mayor solemnidad, empezó la desconfianza á oprimir el ánimo de los revolvedores. Todos temblaron á la idea de ser prevenidos y denunciados por otros, y temiendo llegar tarde para su propia salvacion, corrieron de tropel á ponerse en manos de las autoridades. Prontamente hubo en las prisiones públicas considerable número de personas encerradas en virtud de su espontánea confesion, y entre ellas eclesiásticos, mercaderes, agricultores, oficiales militares de todas armas, veteranos y de milicias, soldados, cabos, sargentos, artesanos, blancos, pardos, americanos y españoles. Y así, apénas habia trascurrido un mes desde la primera denuncia, cuando ya Carbonell decia á la corte que todos los cómplices estaban presos á escepcion del capitan retirado Don Manuel Gual y de Don José María España, que se habian fugado á las colonias estranjeras: que el sosiego público no seria alterado de modo alguno, y que el rei tuviera á bien dar alguna recompensa á sus importantes servicios en aquella difícil coyuntura. Que así (para decirlo de paso) concluian siempre las representaciones de los vireyes y capitanes generales, cuando su buena suerte les deparaba una conjuracion, un denuncio ó una máquina cualquiera con que ostentarse libertadores de la provincia.

Luego que las autoridades españolas respiraron del primer sobre-

salta, no retuvo á la audiencia el poder para faltar á sus promesas. Las declaraciones de los que se habian presentado eran *diminutas, artificiosas y formadas solo para gozar á la sombra de ellas del indulto concedido en nombre del rei, ocultando como seguramente ocultaban la mayor parte de los hechos.* Esto declaró aquel tribunal en 16 de agosto del mismo año, ordenando en consecuencia que los indultados fuesen desterrados á España y Puerto-Rico, con prohibicion de volver jamas á Venezuela. El inventor de la traza no dijo una palabra.

La causa de los que no tuvieron la fortuna de ser indultados se siguió, pero sin ninguna actividad. Gual y España, reconocidos como cabezas de la conspiracion, habian escapado. Los otros eran ménos delincuentes: habia entre ellos hombres hacendados, de muchas amistades y conmotaciones; quiénes de cierto rango: las órdenes de la corte prevenian que se ahorrase el derramamiento de sangre; así que, los tribunales entraron luego en el carril de su ordinaria lentitud, pasándose dos años ántes de pronunciar sentencia alguna. Todos interpretaban esta tardanza y desenido como augurio de una amnistía general, y por lo ménos nadie esperaba ver terminado el proceso con escenas sangrientas.

En esta situacion se hallaban las cosas cuando á principios de 1799 llegó á Caráca el general Don Manuel de Guevara Vasconcélos, nombrado sucesor de Carbonell. Llevaba encargo de hacer concluir el proceso de la conspiracion y facultad discrecional para gobernar la tierra, pacificarla y mantenerla obediente, para lo cual se le dieron entre otros auxilios el primero y parte del segundo batallon del regimiento de la Reina. Vasconcélos no perdió tiempo. Poco despues de su llegada fueron condenados á muerte, ahorcados y descuartizados seis de los conjurados principales, siendo de notar que Andres y Luz, inventores y fautores de la conspiracion, y ademas reincidentes, fueron solo encerrados en las bóvedas de Puerto-Cabello y Panamá, de donde al fin salieron libres algunos años despues.

Uno de los muertos fué José María España, á quien su mala estrella hizo abandonar el asilo de Trinidad para reunirse á su esposa en la Guaira. Disfrazado en carbonero unas veces, otras oculto en su propia casa ó en la de un pobre negro que le amaba, burló algun tiempo la vigilancia de sus enemigos, hasta que en una de las visitas nocturnas que hacia á su esposa fué descubierto por unas malas mujeres que moraban vecinas. Sucedió esto en la noche del

29 de abril de 1799 : nueve dias despues fué ahorcado en la plaza de Carácas : su cabeza se mandó colocar en la Guaira metida en una jaula de hierro, y sus miembros destrozados puestos en escarpias, fueron distribuidos entre varios pueblos y caminos.

De este modo acabó la revolucion de Gual y España, así llamada del nombre de sus promovedores principales. Que fuese oportuno el momento, adecuados los medios y suficientes los recursos para llevarla á cabo, se ha dudado y aun negado por muchos que tildan de imprudente y absurdo el designio de aquellos patriotas. Ello es cierto que el pueblo, elemento necesario de todo cambio político, no estaba dispuesto para una revolucion semejante, pues es dudoso que siquiera comprendiese su objeto y fundamentos; mas ha de advertirse que la Inglaterra favorecia el proyecto, que sus navíos interceptaban las comunicaciones con la Península, y que España sin armada, sin ejército, sin dinero no podia oponer á la emancipacion de sus colonias sino una débil é incierta resistencia.

Ni fueron ellos los únicos que así pensaron. Don José Caro, enviado á Europa en 1798 por los patriotas del Perú, solicitaba de los gobiernos de Francia é Inglaterra algunos socorros para sublevar aquel vireinato contra España. Otro tanto pedia para su patria el ilustrado ciudadano Don Antonio Nariño, natural de la Nueva-Granada, tan nombrado despues en la historia de su revolucion. Y mas hábil que ellos el caraqueño Don Francisco Miranda, con un nombre europeo y con estensas y poderosas relaciones, concertaba en el antiguo mundo la manera de dar al nuevo un gobierno independiende y republicano. Los hechos de este hombre forman uno de los episodios mas interesantes de la historia moderna de Venezuela. Y por eso, aunque sucintamente, vamos á referirlos.

Nació por los años de 1750 de una familia rica de Carácas (5) é inclinado desde su juventud á la carrera de las armas, quiso tomar servicio en clase de cadete; pero hallando alguna oposicion en los nobles del pais, á quienes estaban reservadas tales plazas, pasó á la Península y allí por influjo de su familia obtuvo el grado de capitan.

Cuando la España y la Francia determinaron tomar parte en la guerra de la Gran Bretaña con sus colonias, se hallaba Miranda en la parte del ejército español que fué destinada á la América del Norte; y allí el trato con personas ilustradas y aquella escena tan nueva como grandiosa de regeneracion política, abrieron su enten-

dimiento á la luz de la libertad y encendieron en su pecho el deseo de ver dichosa por los mismos medios á su patria. Idea generosa que le duró cuanto la vida, y fué de allí en adelante el móvil principal de todas sus acciones.

Despues de aquella guerra fué destinado á servir en la isla de Cuba á las órdenes del capitan general Don Juan Manuel de Cagígal, hombre amable, bueno é ilustrado, que reconociendo el mérito de Miranda, le llevó á su lado en calidad de ayudante de campo, y formó con él una amistad de que le dió siempre y en todas ocasiones finas muestras. Algunas especulaciones mercantiles en que ambos entraron con las islas británicas, dieron pretesto á sus enemiges para acusarlos de que intentaban entregar la Habana á los ingleses; y de aquí se originó una larga persecucion que los dos amigos sufrieron de distinto modo. Cagígal pacientemente, por estar ménos comprometido, por su calidad de español, por su edad y su grado en la milicia; circunstancias todas que le aseguraban de mejor tratamiento y le imponian la obligacion de ser prudente. Pero Miranda que habia previsto las dilaciones del juicio; que conocia el poder de sus enemigos y su inferioridad para luchar con ellos, no quiso aguardar los efectos de una justicia tardía ni consumir los mejores años de su juventud en la secuela de un proceso. Así, miéntras sus malquerientes se preparaban á arruinarle con aquella causa, en que solo al cabo de diez y ocho años vino á reconocerse su inocencia y la de Cagígal, empleó el tiempo en recorrer la Europa, en perfeccionar sus conocimientos estudiando las instituciones de los pueblos, y en prepararse para la grande empresa patriótica que constantemente meditaba su espíritu. Entónces visitó la Inglaterra, tan renombrada por sus leyes, la Prusia que Federico habia hecho tan famosa por su táctica y sus guerras, el Austria tan sabia y tan despótica, la muelle Italia que hoi lleva la librea de sus antiguos esclavos, y la Turquía ya caduca. De Constantinopla pasó á Kherson con cartas de favor para el príncipe Wiasemsky, así del embajador de Rusia, como del internuncio imperial Mr. Boulhakow, á quien habia sido recomendado desde Viena por el emperador José II. Wiasemsky le introdujo al trato y en la amistad del príncipe Potemkin, con quien hizo el viaje de la Taurida, y este ministro y favorito de Catalina II quedó tan prendado de su vasta erudicion y sus maneras, que hablando de él con elogio y admiracion en todas ocasiones, inspiró á la emperatriz el deseo de cono-

cerle. Estrañas cosas se dijeron entónces y aun se repiten hoi acerca de la predileccion que mostró esta gran señora por el viajero americano; pero Miranda las contradijo siempre como discreto caballero, y no hai por cierto necesidad de levantar irrespetuosamente la púrpura que cubre las flaquezas de Catalina para esplicar su favor hácia los hombres de mérito, cuando ella sabia juzgarlos y premiarlos.

Fué pues convidado nuestro dichoso caraqueño á pasar á Kiow, donde se hallaba la emperatriz, y despues de tres meses de mansion en la corte, continuó sus viajes por la Rusia, hasta que S. M. volvió á San Petesburgo. Faltan palabras para espresar la acogida y trato verdaderamente singulares que aquel hijo ilustre de América tuvo de los rusos. Catalina le invitó á fijar entre ellos su residencia; pero habiéndole comunicado Miranda sus proyectos de libertar la patria, los aprobó Catalina y aun le animó á realizarlos con la oferta de una eficaz proteccion de su parte. Rasgos mui notables de su munificencia fueron el permitirle usar del uniforme de coronel de la milicia rusa, la licencia de girar á cargo del real tesoro para sus gastos personales y la siguiente carta circular en que le recomendaba á todos sus embajadores. « Queriendo S. M. I., decia, dar « á Don Francisco Miranda una prueba relevante de su singular « aprecio y del interes particular que toma por él, encarga á V. E. « haga á este oficial una acogida proporcionada al aprecio con que « ella le distingue.—Le tributará V. E. todas las atenciones y cui- « dados posibles: le dará asistencia y proteccion siempre que la « necesite y cuando él quiera reclamarla; y le franqueará, en fin, « en caso necesario un asilo en su palacio. »

Despues de haber empleado algunos años en estos diversos viajes, volvió Miranda á Inglaterra, donde su amigo el gobernador Pownal le presentó á Mr. Pitt. El primer uso que hizo de aquella introduccion y del particular agasajo con que le recibió el ministro inglés, fué proponerle un plan para la emancipacion política de todas las colonias españolas. Esto fué en 1790, tiempo en que la corte de Madrid y la de San Jámes altercaban sobre la posesion de la bahía de Nootka y las islas de Cuadra y Vancouver, donde la segunda habia mandado formar establecimientos, y que la primera miraba como pertenecientes al imperio de Méjico. El proyecto de Miranda fué pues bien acogido al principio; pero como la Inglaterra á pesar de las hostilidades de España no quiso entrar en guerra con ella en

momentos de estar comprometida en Paris la suerte de las naciones de Europa, se prestó á terminar aquella desavenencia por medio de una negociacion amistosa, y el plan de insurreccion fué diferido; si bien Pitt, previendo acaso lo futuro, dió esperanzas de que no permaneceria por siempre relegado al olvido.

La revolucion francesa fijaba entónces la atencion del mundo; y de todas partes ocurrian los observadores á presenciar los sacudimientos de un pueblo frenético que inundaba en sangre ajena y propia el camino de la libertad, sin poder acertarlo. El deseo de aprovechar tan útiles lecciones, y tal vez la esperanza de que la Francia republicana hiciera en favor de la América del Sur, lo que la Francia monárquica habia hecho por los Estados-Unidos, decidieron á Miranda á trasladarse al continente. Los girondinos tenian entónces mucho influjo en la asamblea legislativa; y como entre aquellos hombres contaba Miranda algunos compañeros de la guerra americana, obtuvo por su medio fácil acceso con los encargados del gobierno de la república. Instado vivamente por el ministro de guerra Serwan para que tomase servicio en el ejército, aceptó el grado de mariscal de campo, precisamente en ocasion que el territorio frances era invadido por el lado de Champagne.

Mariscal

En recompensa de algunos servicios importantes que prestó en la guerra contra la Prusia, fué ascendido á teniente general, y en las campañas de 1792 y 1795 dividió con los mas afamados guerreros de la Francia el honor de rechazar los ejércitos prusianos é imperiales y el de conquistar la Bélgica. Hasta entónces fué Miranda bien servido por la fortuna; pero el mal éxito del bloqueo de Maestricht en que militaba á sus órdenes el rei actual de los franceses; la pérdida de la batalla de Nerwinde en que mandaba la izquierda del ejército, y mas que todo la caida de los girondinos, le perdieron en la opinion. Tratado como cómplice en la traicion de Dumourier, hubo de comparecer ante el abominable tribunal *revolucionario*. « Esta monstruosa institucion acababa de nacer y conservaba toda « via algunas de las formas protectoras de la inocencia y de la virtud. « El negocio de Miranda fué debatido en once sesiones consecuti- « vas, y el pueblo, que al principio concurrió á ellas prevenido « contra el acusado, vino á tomar por fin en su favor el mas activo « interes. Cada testigo contrario daba lugar á una discusion de que « por lo comun salia Miranda con honor, porque en el plan de de- « fensa que se habia trazado consideraba cada cargo como si formase

« por sí solo un pequeño proceso que se esforzaba en ganar ántes de « proceder al exámen de otro nuevo. El resultado fué que no ha- « biendo dejado acreditar ninguna deposicion contraria, cuando « podia ser debilitada ó contradicha, encalló la acusacion, tanto por « la bondad de la causa como por lo ingenioso de la defensa. Mi- « randa fué absuelto por unanimidad : cada jurado, cada juez al « emitir su opinion añadia algun elogio en favor del acusado, y « aquel general cuya cabeza se pedia con furor poco ántes, fué lle- « vado en triunfo hasta su habitacion (6). »

Cuando Miranda servia con Dumourier en los Paises Bajos, formaron los jefes republicanos el proyecto de sublevar á España y á sus colonias juntamente, introduciendo en ellas los principios de la revolucion francesa. El conocido talento de Miranda y la circunstancia de ser nacido en la América española, llamaron sobre él la atencion en los momentos de buscar un jefe con quien reemplazar á Desparbés en Santo Domingo. « Un rayo de luz me ha herido, de- « cia el famoso Brissot, y he indicado á Miranda : él aplacará los « miserables disturbios de las colonias, reducirá á esos blancos tur- « bulentos y será el ídolo de la gente *de color*. Y en seguida; cuán « fácil no será hacer que se revelen las islas españolas ó bien el « continente americano! Invadirálo entónces á la cabeza de doce mil « hombres de tropas veteranas que existen actualmente en Santo « Domingo, y de diez á quince mil valientes mulatos que podrán « reclutarse en nuestras colonias. Todo nos asegura un resultado « favorable : á Miranda le servirá su nombre cuanto un ejército, y « prenda del triunfo son para nosotros sus talentos, su valor y su « ingenio (7) ». Los ministros se apresuraron á acoger la indicacion de Brissot, y aun ha de confesarse que en este proyecto habia con qué deslumbrar la ambicion de un hombre ordinario; pero Miranda que pensaba con madurez, desconfió al principio de la precipitacion con que se resolvia en materia tan grave, y mas obediente á la voz del patriotismo que á los estímulos de la gloria, temió hacer un don funesto á su pais, introduciendo en él los desórdenes que asolaban á Santo Domingo, combinados con los principios anárquicos de la democracia francesa. Así fué que, léjos de acalorar el proyecto, le opuso serios obstáculos, y bien pronto quedó este olvidado entre la multitud de acontecimientos importantes que se sucedian con increible rapidez en aquella época tormentosa.

Aunque el triunfo de Miranda habia sido tan completo en el tribunal de la revolucion, y bien que despues de aquel suceso viviese retirado sin mezclarse en las cosas públicas, sus enemigos no quisieron dejarle en paz. Siendo imposible probarle ningun delito que justificase la persecucion, obtuvieron de la comision de seguridad general una órden para encerrarle como sospechoso en los calabozos de la Force. Diez y ocho meses anduvo el ilustre venezolano de prision en prision pidiendo en vano un juicio que le diese á conocer el crímen que se le imputaba, y no pudiendo obtenerlo, dirigió en fin á la Convencion un escrito notable por el vigor y la verdad de sus conceptos. « O soi culpable, decia, y se comete un « crímen contra la sociedad dejándome impune, ó soi inocente y « entónces se ultraja á la sociedad, reteniéndome en prision sin jui- « cio ¿qué digo? sin motivo que pueda honestamente confesarse... « Cualesquiera que hayan sido en la época de mi mando las intri- « gas que estuvieron á punto de comprometer el buen éxito de la « revolucion francesa, es evidente que no hai en toda la nacion un « solo hombre ménos sospechado que yo de haber tomado parte en « aquellas maniobras; porque nadie ha dado de su conducta una cuen- « ta mas severa... Pero los mas encarnizados en perderme ocurren « de nuevo por armas al arsenal de la calumnia, y desde esa for- « taleza inaccesible á la inocencia me asestan sus tiros cual cobar- « des, ocultando el rostro. Segun ellos mis cajas de libros estaban « llenas de fusiles, las memorias de mis viajes eran correspondencias con el estranjero. Pues todo fué registrado y por do quiera « se encontraron solo mentiras y calumnias. Necesario fué buscar- « me entónces delitos en el porvenir, á fin de quitarme el medio « de probar que no existen, y supusieron que proyectaba un viaje « á Burdéos. Cambon lo anunció así en la tribuna de la Convencion, « y aunque no existia ni podia existir indicio alguno de semejante « viaje, Pache dió con tan ridículo pretesto la órden de prenderme. « Curioso es ver las acepciones diferentes y contradictorias que con « respecto á mí se han dado á la palabra sospechoso. Desde luego « y como un pretesto para perseguirme, fuí sospechoso por atri- « buírseme complicidad con Dumourier. Cuando quedó probado « que léjos de haber sido cómplice suyo fuera su víctima, me hice « sospechoso por un republicanismo racional y no revolvedor. Poco « despues lo de sospechoso se entendió con respecto al federalismo,

« y hoi que esta circunstancia no puede servir ya de pretesto á la « opresion, la calificacion de sospechoso se me da con relacion al « capetismo. »

Durante esta persecucion tuvo Miranda á Champagneux por compañero de cautividad; y como no eran amigos, los elogios que este hace del carácter de aquel, pueden verse como un testimonio de verdad y como un homenaje tributado á la justicia. « Una conver- « sacion interesante, conocimientos variados y profundos y los prin- « cipios de una austera virtud, me hicieron preferir la sociedad de « Miranda á la de casi todos los otros prisioneros... sus estudios se « contraian particularmente á la ciencia de la guerra... y puedo « decir que jamas he oido discurrir á ninguna persona en aquella « materia con tanta profundidad y solidez... Me hablaban con tanta « variedad de las disposiciones de este estranjero para con la Fran- « cia, que, deseando conocerlas, procuraba dirigir hácia aquel punto « nuestra conversacion. Siempre me ha parecido que nos estimaba « poco y que preferia á los ingleses, cuyo gobierno no cesaba de « elogiar... Hablaba con admiracion de los héroes que habian com- « batido por la libertad de la América del Norte, y lo que contaba « de los usos y costumbres de sus habitantes me hacia á vezes par- « ticipar de su entusiasmo. En general observé que Miranda tenia « predileccion por los hombres justos y virtuosos, y como preten- « dia que el gobierno ingles y aun mucho mas el americano los « hacian tales, era natural que los prefiriese á todos los demas. « Por las razones contrarias tenia un profundo horror á los hom- « bres que se habian apoderado en Francia del gobierno. Cuando « hablaba de Robespierre, de Danton, de Callot, de Barrière, de « Billaud y otros fundadores del régimen *revolucionario*, su len- « gua se hacia elocuente con la cólera y la indignacion. Por el cons- « tante estudio que hice del carácter y de los principios de Miranda, « durante nuestro comun cautiverio, puedo asegurar que si sus « viajes adornaron su espíritu, no dieron patria á su corazon: que « á pesar de sus elogios al gobierno ingles y al americano, preferia « el suelo de la Francia, y que en medio de las ponderaciones que « hacia de Lóndres y Filadelfia, no habria dejado de habitar entre « nosotros si á ello no se hubieran opuesto las órdenes del gobier- « no (8) ».

Miranda en efecto fué puesto en libertad con prevencion de dejar luego el territorio frances. Diósele sin embargo para preparar su

viaje algun respiro que el halló modo de prolongar segun lo demandaba el arreglo de sus negocios; de manera que aun estaba en Francia á fines de 1797. En este tiempo fueron á encontrarle á Paris varios sud-americanos que se decian comisionados por los patriotas de Méjico y de otras regiones importantes de la América española, para concertar con él los medios de llevar á cabo la independencia de aquellos paises. Despues de algunas conferencias se decidió entre ellos que Miranda pasaria á Inglaterra y haria á aquel gobierno propuestas capazes de decidirle á darles la asistencia necesaria para lograr el grande objeto de sus deseos. El escrito que se redactó y puso en manos de Miranda contenia en sustancia: Que se pediria á la Inglaterra la misma proteccion y ayuda que la España, en medio de la paz, habia dado á las colonias inglesas, y que por esa asistencia pagaria la América del Sur á la Inglaterra la suma de treinta millones de libras esterlinas: que se propondria una alianza defensiva entre la Gran Bretaña, los Estados-Unidos y las naciones que se formaran en la América del Sur, y que se asegurarian á la Inglaterra grandes ventajas en el comercio de los paises que se libertaran. A los Estados-Unidos se les cederian las Floridas y á ellos y á la Inglaterra todas las islas españolas, esceptuando solamente la de Cuba. Este documento está fechado en Paris el 22 de diciembre de 1797.

Miranda pasó inmediatamente á Lóndres y en el siguiente enero tuvo lugar su primera conferencia con M. Pitt. Sus proposiciones encontraron una acogida tanto mas favorable, cuanto que en aquel tiempo estaba en armonía con los planes del ministro inglés hostilizar á la España en sus establecimientos ultramarinos. Así fué que bien pronto estuvieron ajustadas las condiciones, y se avanzaron tanto los preparativos, que el general Miranda en una carta que escribió en abril á M. Hamilton (el mui lamentado legislador de los Estados-Unidos) le decia: « Parece que el momento de nuestra « emancipacion política se acerca, y que el establecimiento de la « libertad sobre todo el continente del Nuevo-Mundo nos es confiado « por la Providencia. El único peligro que preveo es la introduc- « cion de los principios franceses que envenenarian nuestra liber- « tad en su cuna y acabarian por destruir bien pronto la vuestra.» En otra carta que escribió al mismo en el mes de octubre, deja entrever varias de las condiciones estipuladas con el ministerio inglés. « Vuestros deseos en alguna manera se han realizado,

« dice, pues se ha convenido aquí que no se empleen en las opera-
« ciones terrestres otras tropas ausiliares que las americanas fran-
« queadas por vuestro gobierno, miéntras que las fuerzas marití-
« mas serán puramente inglesas. Todo está allanado y se espera
« solamente el *fiat* de vuestro ilustre presidente para partir como
« el rayo. » La proposicion hecha á los Estados-Unidos era que aquel gobierno suministrase 10,000 hombres, obligándose la Inglaterra á dar buques y el dinero necesario; pero el presidente Adams difirió su respuesta á pesar de las instancias de los amigos de Miranda, y la medida fué en consecuencia pospuesta.

A principios de 1804, durante la administracion de lord Seymouth, halló Miranda la ocasion de revivir el proyecto; y aun estaban ya mui adelantados sus preparativos, cuando nuevamente se les dió de mano, por haberse firmado los preliminares de la paz de Amiens. Declarada guerra á Francia en 1805, el negocio del Sur-América entró en los planes del ministerio inglés, y se tomaron medidas para llevarlo á cabo tan luego como la paz que aun subsistia con España, fuese interrumpida, lo cual ocurrió en 1804, estando otra vez M. Pitt á la cabeza de la administracion. Lord Melville y Sir Home Popham fueron comisionados entónces par arreglar con Miranda todos los procedimientos y pormenores de la empresa; y ya se lisonjeaba nuestro infatigable venezolano de ver realizados sus deseos, cuando los acontecimientos de Europa y los empeños contraidos por la Inglaterra con motivo de la tercera coalicion, le obligaron á poner á un lado el proyecto.

Miranda creyó entónces desvanecida en aquel pais toda esperanza de buen éxito. Varios desterrados de Caracas y Santafé que vagaban por los Estados-Unidos y por la isla de Trinidad, ansiosos de volver á la patria, le instaron porque abandonase la Europa donde tan lenta en protegerlos se mostraba la fortuna, é intentase algun esfuerzo contando con la América sola. Cedió Miranda á sus ruegos y á la propia impaciencia; pero ántes de dejar la Inglaterra parece obtuvo la certidumbre de que, si no le daba aquel gobierno una asistencia activa, por lo ménos impediria el que ningun cuerpo de tropas francesas ó españolas pasase el Océano para oponerse á sus proyectos.

Habiéndose suscitado por aquel tiempo algunas alteraciones entre la España y los Estados-Unidos con motivo de la Luisiana, y esto inducia á creer que no seria difícil á Miranda obtener del gobierno

americano el ausilio suficiente para imponer respeto al pequeño número de tropas que habia en las guarniciones españolas y ofrecer á los habitantes de la Costa-firme algunas apariencias de seguridad; en cuyo caso le era dado esperar que el desarrollo de la opinion le suministraria los medios de completar su obra por medio del pueblo. Dirigióse pues á la América del Norte, y á su llegada tuvo la mortificacion de saber que el negocio de la Luisiana se habia arreglado amistosamente y que no le era permitido contar con ayuda ninguna pública por parte del gobierno. Pero no se desanimó, á causa de haberse visto acogido cordialmente por el presidente y secretarios, los cuales eran sabedores del objeto de su viaje, y porque muchas personas ricas y de influjo tomaron de su cuenta el ayudarle.

Efectivamente, el coronel W. Smith reclutó hasta doscientos jóvenes de buenas familias, entre los cuales se hallaba un hijo suyo, y M. Odgen, mercader de New-York, puso á la disposicion de Miranda dos corbetas armadas en guerra y ademas fusiles y municiones de todo género en gran copia. Uno de estos bajeles se hallaba á la sazon en Santo Domingo y debia reunirse á la espedicion en aquel mismo punto; lo cual importaba al general tanto mas, cuanto que era el mejor de ellos y montaba treinta cañones poco mas ó ménos. Pero la fatalidad que seguia obstinadamente los pasos de Miranda, no le abandonó aquí; ántes bien ya próximo á conseguir sus deseos, vino un nuevo contratiempo á embarazar su logro.

Y fué que el embajador español, noticioso de estos aprestos, reconvino de connivencia al gobierno de los Estados-Unidos; y este, no contento con negar el hecho, ordenó que se formase causa á los dos súbditos suyos favorecedores de la empresa. Mas el Jurado absolvió á los acusados á pesar del empeño que tomó el gobierno en hacerlos condenar; empeño tanto mas injusto, cuanto que quedó probado haber tenido conocimiento de los manejos de Miranda, sin dejar siquiera entrever la mas pequeña desaprobacion. No una sola vez sino dos se llevó este asunto á tela de juicio; y en ambas fué tan satisfactorio para Miranda el resultado, cuanto que los juezes declararon su empresa digna de aprobacion y ausilios. Y eso que el gobierno, negándose á lo que solicitaban los defensores de Odgen y de Smith, impidió que varios dependientes suyos sabedores del plan y sus preparativos se presentasen á declarar; en lo

cual por satisfacer á la corte de España, no tuvo rebozo el gabinete Washintong en privar á dos ciudadanos respetables de un medio legal de justificacion. El ruido de esta causa perjudicó sin embargo á la espedicion de Miranda, pues el capitan del bajel que debia reunírsele en Santo Domingo, se negó á acompañarle, en la duda de que su armador fuese condenado ó absuelto; y el general se vió en la necesidad de contratar en lugar de la corbeta dos goletas pequeñas, que eran solo trasportes.

Con ellas y la nave mayor que sacó de los Estados-Unidos, sus doscientos jóvenes americanos y pocos hombres mas que allegó en Haití, guió á la Costa-firme, creyendo encontrar desapercibidos á los españoles. Mas no fué así. Vasconcélos habia recibido avisos del embajador de su nacion en Norte-América, y se habia prevenido al lance con fuerzas de mar y tierra; por lo que cuando Miranda llegó á las costas de Ocumare el 25 de marzo de 1806, se vió súbitamente acometido por dos bergantines de guerra que depues de un reñido combate le apresaron las dos goletas, obligándole á huir con la corbeta á Trinidad. Grande alarde hizo de este insignificante triunfo el capitan general. Las proclamas y el retrato de Miranda fueron quemadas por mano del verdugo en la plaza mayor de Carácas: su cabeza puesta á talla por treinta mil pesos que debian pagar los vecinos; y mas tarde la inquisicion de Cartagena le declaró solemnemente enemigo de Dios y del rei, indigno de recibir pan, fuego ni asilo.

Pero miéntras los españoles perdian su tiempo en estas inútiles manifestaciones de odio, solicitaba Miranda en Trinidad el ausilio de las autoridades inglesas y mayormente el del almirante Alejandro Cochrane, que mandaba la escuadra estacionada en las islas de Barlovento. Y aquí ocurre el justificar al general de haberse comprometido á poner al gobierno de su pais en manos de los ingleses, como lo propagó la calumnia. La única capitulacion celebrada en aquella conyuntura por Miranda con autoridades británicas, fecha en la Barbada á 9 de junio, contenia que las provincias que se fueran libertando concederian al comercio británico los mismos privilegios y franquicias que tuvieran los naturales: que estas ventajas solo podrian hacerse estensivas á los Estados-Unidos: que el comercio con las otras naciones quedaria sujeto á un derecho adicional de diez por ciento sobre las importaciones; y que las potencias coligadas entónces contra la Gran Bretaña serian escluidas de toda

comunicacion y trafico con el pais emancipado. En cambio Lord Cochrane daria una corbeta y dos bergantines de guerra, haria frente á cualquiera fuerza naval que aportase en aquellos mares y permitiria reclutar ingleses para la espedicion en la isla de Trinidad ú otras. Convencion esta curiosa, si las hai, en que la avaricia británica manifestaba sin rebozo sus pretensiones al comercio esclusivo que ántes tuviera la madre España; pero que Miranda, colocado en una dura alternativa, aceptó con la cláusula de que seria cumplido hasta donde pudiera estenderse su autoridad: modo ambiguo si se quiere, pero que salvaba á un tiempo su responsabilidad y los derechos de su pais.

Mui cerca de cinco meses despues de su desembarco frente á Ocumare avistó Miranda la Vela de Coro, llevando quinientos hombres á bordo de quince buques de diferentes géneros y portes, algunos propios para proteger el desembarco. Diferido este para treinta y seis horas despues de la llegada por efecto de las brisas, acaso por la ignorancia del piloto, tuvieron tiempo los agentes del gobierno español para dar la alarma en toda la costa y preparar su defensa. El dia 1° de agosto por la noche remaron atrevidamente los botes hácia tierra, á pesar del vivo fuego que hacian sobre ellos mil doscientos hombres indios y españoles que estaban á pelear en la marina. No le contestaron los agresores hasta que formados en la playa se avanzaron al enemigo y con dos descargas de los fusiles los pusieron en completa dispersion. Un fortin y mas de veinte cañones con sus almacenes y repuestos cayeron en poder del vencedor, y este, libre de toda oposicion, entró en Coro al amanecer del dia siguiente.

Miranda tuvo el disgusto de no ver en aquella ciudad muestra alguna directa ó indirecta de cooperacion por parte de los vecinos, ni de las autoridades; acaso porque la pequeñez de su fuerza, el componerse de estranjeros y las calumnias esparcidas acerca de sus intenciones alejaban de él y de su empresa la simpatía y la confianza. Para desvanecer en lo posible esta mala disposicion de los ánimos, publicó proclamas esponiendo el plan y objeto de la espedicion, y abrió una correspondencia amistosa con el obispo de Mérida, que á la sazon se hallaba allí; tambien con el cabildo y con los principales vecinos, retirados todos á un lugar poco distante, de nombre Buenavista. De nada sirvió esto para atraerse partidarios y auxilios; como tampoco para engrosar sus filas los repetidos avisos que dió á las

islas inglesas del estado de las cosas, pidiendo mas eficaces socorros.

Retirose entre tanto á la Vela de Coro, queriendo evitar al vecindario de la ciudad, en caso de un reves, las venganzas del gobierno, ó porque, noticioso de los preparativos que hacia el capitan general para sallirle al encuentro, quisiese estar siempre al alcance de sus bajeles para llevar á otros puntos el ataque. Pocos dias despues se trasladó á la isla de Orubo, para aguardar allí los ausilios pedidos, y una vez alcanzados, emprender una campaña en forma, entrando por el Rio del Hacha; desengañado ya de lo poco que debia esperarse en una cooperacion ciega é irreflexiva de los pueblos. Los ausilios ingleses fueron por su mal insuficientes, pues consistieron solo en tres buques de guerra que le envió Lord Cochrane. Estos mismos de luego á luego se le retiraron, junto con los que anteriormente se le dieron, por haberse divulgado la noticia de una paz celebrada con España. Falsa era; pero miéntras se descubria la verdad, Miranda, abandonado por todos, hubo de renunciar definitivamente á su malhadada espedicion, lo cual hizo embarcándose con los pocos amigos que le quedaban, para regresar á Trinidad, de donde pasó luego á Europa. Y allí le dejaremos por ahora.

Apénas tuvo Vasconcélos la nueva de que su enemigo habia desembarcado en Coro, cuando hizo poner en armas toda la provincia, y él mismo se trasladó á Valencia, donde mui pronto estuvieron reunidos mas de 8.000 hombres, de los cuales eran veteranos dos batallones y 200 franceses que en su ausilio habia pedido á Guadalupe; los demas, milicianos. Allí mismo supo el recembarco de Miranda; seguidamente la disolucion de su fuerza; y entónces, tranquilo acerca de la invasion, se dedicó á castigarla. Diez prisioneros cogidos en el combate naval fueron pasados por las armas en Puerto-Cabello; y cuarenta y tres destinados á varios presidios. Mui probable es que entre los primeros se hallase el hijo del coronel Smith, cuya vida no quiso el padre rescatar con la vileza de denunciar los cómplices y amigos de Miranda, como se lo propuso el embajador español en Norte-América.

Profundamente tranquila quedó despues de esto Venezuela, y no poco satisfechas las autoridades de la buena disposicion de los naturales á conservar su dependencia de la madre patria. Pocos esfuerzos, ¿qué decimos? la sola manifestacion de su imperiosa voluntad bastó á Vasconcélos para obtener del pueblo cuanto quiso: hombres y dinero. Ricos y pobres, nobles y plebeyos se apresuraron

mas ó ménos á manifestar con hechos positivos su zelo y su lealtad, y jamas acaso pareció mas firme que en aquella ocasion el lazo que unia á España y su colonia. Y sin embargo no estaba léjos el momento de su separacion completa, y el de aquella guerra larga y cruda en que una y otra, cual si fuesen antiguas enemigas, hicieron alarde de cuanta saña y crueldad puede caber en pecho humano. No se cambian de un instante á otro las costumbres y el carácter de un pueblo sin gravísimos motivos de injusticia y opresion, y como estos tenian su orígen en la metrópoli, fuerza es buscarlos en ella, donde en efecto á poco andar los veremos produciendo entre otros resultados el de la emancipacion del continente americano.

La paz de Tilsit concedió á Bonaparte una intervencion oficial en los negocios de España, y su inmediato resultado fué la invasion de Portugal y el tratado de Fontaineblau en que se daba por destronada la casa de Braganza y se dividian sus estados en tres porciones: la primera con el título de Lusitania setentrional seria patrimonio del rei de Etruria, en cambio de la Toscana que quedaba reunida al imperio: Alentejo y los Algarves se darian en toda soberanía al Príncipe de la Paz; y la parte central, que era la tercera, quedaria como en depósito en manos de Bonaparte hasta la celebracion de la paz general. Merced á Godoy, desvanecido con la idea de poner sobre sus sienes una corona, este infausto tratado fué cumplido segun las miras de Napoleon, atento tanto á perfeccionar su bloqueo continental, cuanto á poner su pié armado en España, para sorprenderla y conquistarla. Nada al parecer era mas fácil desde el momento en que las tropas francesas hubiesen ocupado el territorio y sus mejores plazas fuertes, lo cual consiguieron fácilmente en unos lugares por sorpresa, en otros por condescendencia de las autoridades y en varios por órdenes de la corte. Ya no fué dudoso el plan del pérfido aliado de la España: el mismo Cárlos IV desengañado al fin, vió patentemente el designio que tenia Bonaparte de destronarle, para poner en su lugar un miembro de su familia; y entónces adoptó la determinacion de emigrar á América, siguiendo el ejemplo de la casa de Braganza. Medida acertada hubiera sido y la única que hubiera podido conservar, si no á la corona, á la familia real de España, sus posesiones ultramarinas; pero el infausto valido, que habia conducido la nacion á tal punto de miseria, fué entónces la verdadera causa de que no se cumpliese. Él la propuso, y eso bastó para que el pueblo, interpretándola como un ardid

dirigido á conservarle al lado y en la gracia de los monarcas, se amotinara para estorbarla, y aun intentase darle muerte.

¡Asombrosa ceguedad! Cárlos IV para salvar la vida de aquel hombre, á quien parece le ligaba un destino de vergüenza y de oprobio, abdicó la corona en su hijo Fernando, que poco ántes se la habia querido arrebatar por la fuerza; y esta nueva debilidad, como todas las del monarca, produjo, si no el motivo, la ocasion de un nuevo daño. Napoleon que apénas buscaba ya pretestos para poner en obra su proyecto de apoderarse de la España, se negó á reconocer á Fernando so pretesto de que la renuncia habia sido forzada; y entónces fué cuando se vió el viaje de toda la familia real de España á Bayona, para comprometer en manos de su enemigo la decision de sus querellas. El resultado fué que el hijo devolvió al padre la corona, el padre la regaló á Napoleon y este á su hermano José.

Tanto ultraje hecho á una gran nacion por aquel audaz y poderoso soldado que jugaba con las coronas de los reyes, y las escenas sangrientas del 2 de mayo en que Murat llenó de luto al pueblo de Madrid, produjeron la lucha que minó el poder colosal de Napoleon y concluyó por la restitucion de Fernando al trono de sus mayores. Mas entre tanto las provincias, sin cabeza que guiase sus esfuerzos patrióticos y desconfiando de la junta suprema que gobernaba bajo el influjo de Murat, se proclamaron al levantarse restituidas á su soberanía primitiva, y confiaron su ejercicio á juntas provinciales. Estas se unieron por medio de una alianza ofensiva y defensiva á la Inglaterra, declararon guerra á la Francia y la sostuvieron dignamente hasta que las necesidades del ejército y de la administracion hicieron precisa la formacion de un gobierno general que ejerciese el poder ejecutivo. Este fué el orígen de la famosa junta central instalada en Aranjuez el 25 de setiembre de 1808.

Miéntras que estas cosas pasaban en España, la América, cuyas relaciones comerciales con la metrópoli estaban casi interrumpidas, no tenia otras noticias que aquellas que los vireyes ó capitanes generales tenian á bien comunicarle, ménos porque temiesen conmociones peligrosas, que por reservarse el derecho de arreglar su conducta á los sucesos de Europa. Pruébalo así la resolucion que tomaron todos ellos, con escepcion del de Méjico, de jurar obediencia á José Bonaparte, apénas supieron las cesiones de Bayona; conducta innoble, tanto como fué generosa la del pueblo, decidido por do

quiera á hacer causa comun con la madre patria, para rescatar del cautiverio á la familia real.

Por el mes de julio de 1808 llegaron á la Guaira ciertos comisionados de Murat, nombrado lugar-teniente del reino, y tenian por objeto hacerle reconocer como tal en Venezuela, segun despacho que al efecto llevaban del real y supremo consejo de Indias. Vasconcélos no existia, y Don Juan Cásas, su sucesor, recibió á los franceses, conferenció con ellos, y segun la costumbre no comunicó al pueblo sino una parte de las noticias recibidas, exagerando el poder de Napoleon y la completa sumision de España. Mas sucedió que las imprudentes vociferaciones y fanfarronadas de un oficial frances en lugar público, y la lectura que dió de una gazeta de Bayona en prueba de sus dichos, revelaron la mal disfrazada violencia hecha á los reyes. Con este motivo se trabó de razones el frances con algunos oficiales criollos y españoles, y acalorados estos, salieron por las calles victoreando á Fernando VII y apellidando guerra y venganza contra los franceses. Conmuévese el pueblo, cunde el entusiasmo: la suerte de la real familia reducida á cautiverio en premio de su noble confianza, escita en todos los corazones la mas viva indignacion: libertarla es el voto de todos: permanecer unidos á España el sentimiento general; y como temiesen, no sin razon, la deslealtad de las autoridades, se dirigieron en gran número á la casa del gobierno y obligaron al capitan general á jurar con ellos obediencia y fidelidad al rei Fernando. Los comisionados franceses escaparon á duras penas del furor del pueblo, escondidos en casa de un ciudadano respetable, y á la media noche salieron para la Guaira con una escolta que les dió el gobierno para su seguridad. Un buque de guerra inglés llegado al mismo tiempo aumentó la buena disposicion del pueblo hácia la España, si bien puso en confusiones y perplejidades al capitan general, no bien decidido todavía acerca del partido que debia tomar.

Los ingleses anunciaban la insurreccion de la Península contra Napoleon, la creacion de una junta en Sevilla y la alianza celebrada con la Gran Bretaña, en cuyo nombre ofrecian al capitan general toda especie de ausilios, con tal que mantuviese el pais en la obediencia de la legítima dinastía española. Don Juan Cásas, á quien la opinion del pueblo tan uniforme y enérgicamente manifestada habia impuesto respeto, no se atrevió á decidir por sí solo en tan ardua coyuntura, aunque inclinado de corazon á los franceses, y se

asoció con algunos paisanos notables y de autoridad para dar su dictámen. Pero tampoco ellos quisieron tomar sobre sí la responsabilidad, y propusieron la formacion de una junta á que concurriese un miembro por cada una de los tribunales, corporaciones y clases de la sociedad, que ellos mismos eligieron. Reunióse en efecto el 17 de julio. Algunos miembros quisieron que aquella junta se considerase como permanente y soberana, fundándose en el ejemplo de España y en la misma organizacion que se le habia dado; pero otros sostuvieron que compuestándose de individuos nombrados por el gobierno, no podia tener aquel carácter, por cuanto sus derechos á la soberanía debian derivarse de la eleccion de las clases y corporaciones, del pueblo en fin cuyos poderes iban á ejercer. Como prevaleciese este dictámen, la junta se ocupó únicamente en tratar del asunto especial para que habia sido reunida, tomando en consideracion los despachos conducidos por los franceses y los que en nombre del gobierno británico habian enviado el almirante Colincour y el vicealmirante Cochrane. Leidos estos papeles, la pluralidad de los votantes opinó por que se obedeciesen los despachos del real y supremo consejo de Indias, y así por el pronto lo acordaron, si bien despues revocaron este acuerdo, resolviendo definitivamente no hacer novedad en el estado de las cosas y tanto por temor de los ingleses, cuanto del pueblo.

Las vacilaciones y amaños del gobierno y de sus consejeros, y la conducta oscura y floja de la junta produjeron en la poblacion una grande efervescencia; y de aquí el no comparar las gentes sino en los negocios de España, el propalarse rumores de traiciones y motines, el desconfiar todos del capitan general y el ver este en todas partes revueltas y conspiraciones. En estos casos todo lo que no sea adoptar una línea de conducta clara y franca, es perpetuar con la incertidumbre el peligro, y querer cortar este despues con violencias, tanto vale como aumentarlo al infinito. Esto hizo Cásas. Sin forma de juicio ni otra prueba que una simple delacion condenó á los presidios de Puerto-Rico á tres criollos notables, cabezas supuestos de un motin, rechazó al dia siguiente 27 de julio la propuesta que le hizo el ayuntamiento de constituir una junta como las de España, y no mas tarde que el 28 manifestó hallarse dispuesto á convenir en el proyecto. Dudoso es que Cásas obrase de buena fe al hacer esta promesa; pero es lo cierto que al cabildo formó un plan de gobierno y lo sometió á su aprobacion.

En esto llegó á Carácas un comisionado de la junta de Sevilla, y presentó al ayuntamiento el dia 5 de agosto pliegos en que aquel cuerpo, titulándose suprema autoridad de España y las Indias, confirmaba en sus oficios á todos los empleados y les exigia la reconociesen en el carácter que se habia dado. El cabildo quiso entrar á debatir sobre la legalidad del poder que se atribuia una junta cuyo orígen no era á la verdad mui puro. Pero Cásas les fué á la mano, declarando que él no habia ido allí á buscar discusiones sino obediencia, y la obtuvo por supuesto sin réplica; mayormente por haberse sabido que su intento era obligarlos á ello con la fuerza armada. Imprudente hubiera sido, y lo que es mas, inútil cualquiera oposicion, porque la junta de Sevilla se habia ganado el cariño de todas las autoridades, manteniéndolas astutamente en sus oficios.

No mui contentos de esta violencia y recordando una promesa del capitan general varios sugetos respetables, criollos y europeos, pidieron se formase en Carácas una junta conservadora de los derechos de Fernando VII, conforme al plan presentado poco ántes por el ayuntamiento. De acuerdo estaba esta solicitud con el ejemplo de España. Se fundaba en igual derecho que el que asistia á las provincias de la madre patria para regirse por sí mismas, á falta de un gobierno general, y proponia una medida de sana política, atento que de la inquietud del pueblo podia resultar un trastorno, y valia mas conceder lo que realmente no habia modo de impedir. Siguiendo Cásas sin embargo los consejos del regente de la audiencia Dón Joaquin de Mosquera, mandó arrestar y formar causa á los que suscribieron la peticion, resultando que uno fué enviado á la Península, algunos puestos en libertad por haberse llamado á engaño, y otros obligados á residir fuera de la ciudad.

Gobernada pues en nombre de la junta de Sevilla y por las autoridades del régimen antiguo estuvo Venezuela hasta el 15 de enero de 1809, en que se reconoció la soberanía de la junta central; junta que en lugar de formar la regencia segun las leyes del reino, ó de convocar para ese fin las Cortes, resolvió ser ella misma el poder ejecutivo. No nos toca decidir acerca de su gobierno entre sus detractores y su ilustre panegirista (9); pero ello es cierto que este error fué mas tarde la ocasion de la independencia de América, que otras medidas suyas contribuyeron grandemente á promover.

Agradecida la junta central á los cuantiosos y oportunos ausilios pecuniarios que gratuitamente por la mayor parte dieron á España

los americanos, espidió su memorable decreto de 22 del mismo mes, por el cual se declaraban parte esencial é integrante de la monarquía sus vastos dominios ultramarinos. No era esto en verdad conceder á la América un derecho nuevo, pues ni la mente ni la letra de la legislacion española de Indias, ni los decretos de sus monarcas consideraban los paises hispano-americanos como colonias, en el sentido que otras naciones de Europa han dado á tal palabra desde el siglo XVI. La novedad de esta declaratoria consistia en reconocer el principio de una perfecta igualdad entre los naturales de unos y otros reinos, «olvidado, como dice Toreno, por las «mismas causas que destruyeron y atropellaron en España sus pro«pias y mejores leyes.» Dispuso pues la Central que los reinos, provincias é islas que formaban los dominios de América tuviesen epresentacion nacional é inmediata, constituyendo parte de ella por medio de sus correspondientes diputados. Al efecto mandó que cada ayuntamiento nombrase tres individuos de entre los cuales se sacaria uno por la suerte. El virei ó capitan general con el real acuerdo procederian á elegir tres personas de la totalidad, y seguidamente los insacularian, teniéndose por diputado del vireinato ó capitanía general el primero que del cántaro saliese. De dos vicios graves adolecia esta disposicion, pues ni el pueblo tenia parte directa ó indirecta en la eleccion de sus diputados, ni la América una representacion proporcional á la que enviaban á la junta las provincias de España. Tal como era, fué sin embargo aceptada en Venezuela, si no con júbilo, por lo ménos con la satisfaccion de ver justificado por un acto solemne y espontáneo de la primera autoridad de la metrópoli, el derecho que ya habia reclamado de tomar parte en el gobierno: derecho cuya posesion se deseó entónces mas vivamente que nunca, por lo mismo que era mezquino é imperfecto el medio imaginado por la junta central gubernativa. Otro acto de este cuerpo concurrió de luego á luego á desarrollar en las clases principales del pueblo el anhelo por constituir una autoridad propia que gobernase la tierra, conservándola unida á la Península.

Y fué el nombramiento del brigadier Don Vicente de Emparan por gobernador y capitan general de Venezuela. Este oficial español era un hombre instruido y valeroso que se habia distinguido como capitan de navío en la marina real. Nombrado comandante militar de Puerto-Cabello, dejó allí gratos recuerdos de su nombre, y mere-

dó ser ascendido al gobierno de Cumaná, que desempeñó con honor y justicia. En tiempo de la guerra de los ingleses tomó sobre sí el abrir aquel puerto al comercio de las colonias estranjeras, y á pesar de las vociferaciones de sus émulos, consiguió que la corte aprobara con elogio una medida que mantuvo la abundancia y el sosiego en la provincia. Esta conducta y su honradez á toda prueba le granjearon el afecto de aquella comarca venezolana; por manera que cuando se tuvo noticia de su nombramiento para el mando general del pais, solo pocas personas lo sintieron. Verdaderamente eran estas las mas instruidas y valiosas, y no carecian de justos motivos para ver en la eleccion de Emparan un grande obstáculo al logro de sus proyectos. El nuevo capitan general era en efecto un hombre capaz de gobernar por sí y, aunque atento y cortesano en sus modales, violento de genio y propenso á sacudir el freno de las reyes cuando la ocasion pedia medidas énergicas de seguridad ó precaucion. Iban algunos hasta tacharle de adicto á los franceses, con motivo de haber debido en gran parte sus ascensos á Napoleon, por influjo del célebre marino español Mazarredo; si bien nos parece absurdo el temor de que un honrado caballero como Emparan fuese capaz de hacer traicion á su patria, burlando la confianza con que le habian honrado los centrales.

Mas es lo cierto que todas las providencias que espidió desde el 17 de mayo en que llegó á Venezuela, fueron desacordadas y violentas. Noticioso de que algunas personas tenian en su poder impresos relativos á una junta gubernativa establecida en Quito el 10 de agosto, los trató como reos de Estado: mandó hacer una leva general en toda la provincia, y sin forma de juicio condenó al trabajo de obras públicas á una multitud de hombres buenos, so color de vagos: de mano poderosa desterró sin formarles causa á varios sugetos respetables, y entre otros á Don Miguel José Sanz, que era entónces asesor del consulado: fomentó con tanta imprudencia como inmoralidad las delaciones y chismes, designando un lugar en su propia casa para recibir escritos anónimos: embarazó el comercio y comunicacion de unos pueblos con otros, exigiendo pasaportes á toda clase de personas: humilló al ayuntamiento despreciando sus acuerdos é introduciendo en su seno miembros que aquel cuerpo rechazaba; y finalmente, cuando no revocó, dejó sin efecto las determinaciones de la audiencia y de la curia eclesiástica, si no se acordaban con sus fines.

AÑO DE 1810.

Tanta violencia cansó al fin el sufrimiento de todos, y así criollos como españoles se dieron prisa á derribar á Emparan del mando, no porque entrase en su plan la mira de separar la colonia de la madre patria, sino únicamente por formar un gobierno análogo al de esta. La revolucion de Gual y España manifiesta que la independencia no era una idea desconocida en el pais; mas solo pocos la tenian, si bien los mas nobles, ricos é ilustrados. Porque á decir verdad las clases mas numerosas del pueblo, miserables é ignorantes, ni siquiera concebian el sentido de la palabra, mucho ménos la conveniencia de variar un órden de cosas á que las apegaban varias y fuertes simpatías. Guardáronse pues los principales conspiradores de dejar traslucir en su proyecto un pensamiento que lo habria hecho impopular, y desde luego aseguraron que su único fin era conservar los derechos de Fernando VII, impidiendo que Emparan vendiese el pais á los franceses, despues de haberlo disgustado, con su despotismo, del gobierno español. Diversos planes se propusieron y meditaron con aquel objeto desde el enero de 1810; todos arriesgados é inciertos. Despues de muchas conferencias y discusiones en que mas se hablaba que se prevenia, se convino al fin en emplear el batallon de milicias de los valles de Aragua, cuyo coronel era el marques del Toro, y seducido este cuerpo, destituir por su medio á Emparan, sorprendiéndole en la noche del 1° al 2 de abril. Cuando todo estaba preparado, listos los hombres y las armas, designado á cada cual su puesto y convenidas las señales, se vieron presos por órden del capitan general, á quien el caso habia sido denunciado. Con cuyo motivo observaremos que Emparan, desdiciéndose del carácter que se le atribuia, usó en esta coyuntura de una clemencia verdaderamente intempestiva, pues sin profundizar mucho en el negocio, y aparentando no ver en él sino un acaloramiento pasajero de cuatro jóvenes militares, se limitó á confinar los principales en Maracaibo, Margarita y otros puntos de la provincia.

Lo que entónces causaba mas inquietud era la falta total de noticias de España, porque, segun se hizo entender á todos, la única

embarcacion que hubiese aportado á la Guaira, no llevaba papeles oficiales. Ocupado se hallaba Emparan en esplicar semejante novedad con el rigor de la estacion y las pocas utilidades del comercio, cuando llegaron dos buques á la Guaira y á Puerto-Cabello. Por ellos se supo vagamente la disolucion de la junta central y la dispersion de sus miembros; cuya noticia fué confirmada el 18 de abril, con la añadidura de que á escepcion de Cádiz y la isla de Leon, todo el resto de la Península estaba en poder de los franceses.

Con esto subió de punto la inquietud, cundiendo rápidamente por todas las clases del pueblo: los españoles mismos temerosos y sobresaltados, manifestaron altamente su desconfianza del gobierno: los criollos revivieron sus pasadas pretensiones y ganaron fácilmente partidarios. La ocasion era propicia y los conspiradores, para no malograrla, se reunieron en la noche del mismo dia. Se contaba con los principales jefes y con varios oficiales de la tropa que guarnecia la ciudad: el cabildo, compuesto casi en partes iguales de españoles y americanos, debia dar el primer paso provocando una discusion con el capitan general; lo demas saldria de suyo, fiando en la fuerza el ocurrir á las contingencias no previstas que pudiesen impedir la ejecucion del plan. La generalidad no soñaba siquiera en separarse de la acuitada madre patria; pero habia opinion por un cambio en el gobierno, acalorados todos con la idea de imitar en ello la conducta de España y de derribar á Emparan, á quien los mas odiaban y temian, afectando creerle adicto á los franceses.

Fiel á su promesa, se reunió el ayuntamiento en la mañana del 19 de abril, con achaque de asistir á los oficios religiosos del Juéves Santo en la iglesia catedral. Entónces se insinuó por algunos de los conspiradores la necesidad de ocuparse en las novedades que corrian, á fin de acordar los medios de aplacar la efervescencia popular y atender á la seguridad comun que ellos veian, segun dijeron, alterada. Para esto debia el cuerpo declararse en sesion estraordinaria con usurpacion de ajenas facultades, pues tocaba únicamente al capitan general la convocatoria á cabildo en casos semejantes. Si Emparan, hecha esta observacion, se hubiera negado á presidir en una junta ilegalmente reunida, se trastornara sin duda la revolucion, y obligados los revolvedores á diferirla ó atropellarla, acaso la malograran sin remedio. Pero Emparan no viendo peligro en parte alguna, pasó por alto la informalidad del caso y se

presentó mui confiado y sereno en la casa capitular al primer llamamiento que se le hizo. Por el pronto sin embargo supo corregir el desacierto, eludiendo hábilmente las primeras dificultades. Hablóse de los sucesos de España, del peligro en que se hallaba la América, de cuánto convendria organizar en Venezuela un gobierno propio que la preservase de la anarquía, velase en su defensa y conservase los derechos de su legítimo monarca. A todo contestó victoriosamente Emparan, diciendo ser cierto que la junta central se habia disuelto, pero no que se hallase el reino sin gobierno, habiéndose establecido un Consejo de Regencia. Que no hubiese miedo de ver alterado el sosiego público ni despedazado el pais por la anarquía, no existiendo partidos ni bandos enemigos. Y finalmente, que en lo de establecer un gobierno distinto, tuviesen cuenta no fuese ello alguna sujestion maliciosa, hija de la ambicion ó de la novelería, y que en todo caso convenia no intentar innovacion pequeña ó grande hasta la llegada de dos enviados de la regencia que ya estaban en el puerto de la Guaira. A muchos parecieron satisfactorias las razones de Emparan y justa su opinion : este sin aguardar respuesta se dispuso á salir : los conjurados al notar la disposicion desfavorable de los ánimos, quedaron aturdidos, y mal su grado, mohinos y presagiando ya desdichas le siguieron.

El momento era crítico. Malogrado el lance, se habia puesto al capitan general en el secreto de la máquina que se tramaba, y él no era hombre de reparar mucho en los medios de cortarla. Si entraba en la iglesia todo estaba perdido, porque de allí espediria cautelosamente la órden de prender á los conjurados. Lo cual era fácil, pues de éstos unos se hallaban desparramados por la ciudad, y los principales obligados por sus oficios á permanecer en el templo. Entre tanto caminaban, y no siendo grande la distancia que mediaba entre las antiguas casas capitulares y la metropolitana, se hallaban ya á sus puertas. En este instante varios grupos de conjurados reunidos en la plaza cierran el paso á la comitiva de Emparan, y un hombre llamado Francisco Salias agarra á este del brazo y grita que vuelva con el cabildo á la sala capitular. Repiten los conjurados la misma voz : el pueblo sin saber de qué se trata presiente un alboroto, y segun su costumbre, lo atiza y aumenta, prorumpiendo en los mismos clamores : la tropa dispuesta para escoltar la procesion del Juéves Santo, corre á tomar las armas y hace vacilar un momento la resolucion de los amotinados ; pero

luego las depone y se dispersa por mandato de su jefe : así que Emparan, abandonado por la fuerza y llevado en vilo por el populacho, se ve en la necesidad de regresar á la sala del ayuntamiento. En el camino un cuerpo de guardia que estaba al paso le niega los honores militares debidos á su clase, y esta circunstancia le desconcierta totalmente, abriéndole por fin los ojos sobre la estension del mal y el peligro verdadero de su situacion.

No opuso ya por tanto ningun inconveniente cuando los doctores Juan German Roscio y Félix Sosa propusieron la formacion de una junta suprema ; siendo tal su turbacion, que ni siquiera le ocurrió observar que aquellos dos señores tomaron asiento en cabildo de mano poderosa, titulándose diputados del pueblo : nombre desconocido en la legislacion española y sobradamente indicativo del espíritu que animaba aquella trama. Tal respeto se tenia aun á la antigua majestad de las autoridades españolas, que á pesar de todo lo sucedido, todavía consintieron los municipales en hacer á Emparan presidente de la junta suprema que debia formarse, poniéndose de nuevo y con inaudita ceguedad y torpeza entre sus manos. Ya Roscio habia empezado á redactar el acta de la sesion en este sentido, y la revolucion iba otra vez á malograrse, cuando apareció en la escena el hombre que debia fijar su marcha naciente y vacilante. Fué este el doctor José Cortes Madariaga, natural de Chile y canónigo de la catedral de Caráccas ; genio atrevido y emprendedor ; de condicion apasionado y vehemente ; instruido y dotado de una elocuencia verdaderamente tribunicia, sin arte ni método, pero concisa, animada y tronante. En el confesonario estaba cuando dos ó tres personas le llevaron la noticia de la última debilidad de los municipales, y viendo que todo estaba perdido, corrió desalado al ayuntamiento y se anunció como diputado del pueblo y del clero, títulos que para sus fines se dió él mismo, cual hicieron otros. Como entró en la sala, se sentó, y escusando preámbulos y circunloquios inútiles, dijo como daba lástima ver á hombres tenidos hasta entónces por de buen sentido, poniendo la revolucion y lo que es mas, sus propias vidas á la merced de Emparan, el cual si disimulaba por el momento, era para vengar despues mejor el ultraje hecho á su autoridad : como era rematada locura pensar en contenerle por medio de una junta luego que se viese con el poder de derribarla : y por fin, como era indigno de hombres principales, animosos y honrados como ellos perder el fruto de un proyecto en

que miraban, no la propia ambicion, sino la felicidad del pueblo. Despues desmintió osadamente algunas de las noticias que el capitan general habia comunicado sobre España, ofreció las pruebas de ello en cartas que tenia de la Península, le atribuyó el deseo de mantener, con fines torcidos, el desasosiego del pueblo, y concluyó pidiendo su deposicion como medida de seguridad, y por ser ese el querer del pueblo y del clero. Venidas las cosas á este punto, conoció Emparan no quedarle otro recurso que el de apelar á la muchedumbre que cercaba las casas capitulares, y así, manifestando algunas dudas acerca de la legitimidad de los recientes diputados, salió al balcon y preguntó en alta voz al pueblo si estaba contento con su mando. Mui astuto era Madariaga para librar el resultado de aquel arduo negocio en la mudable é inconsecuente voluntad de la plebe; por lo que saliendo al balcon con Emparan, miéntras este hacia su pregunta, él indicaba á la turba la respuesta, haciendole señas á hurtadillas. Los conjurados que estaban mezclados con el pueblo, gritaron *no le queremos* : el pueblo prorumpió tambien *no le queremos*. Emparan disimulando su bochorno dijo con despecho, pues yo *tampoco quiero mando* : estas palabras se pusieron como una renuncia voluntaria en el acta que le despojó de la autoridad : y Madariaga y la revolucion triunfaron á nombre, decian, y por voluntad del pueblo de Carácas.

Ya no hubo en nada embarazo, ni dificultad alguna. Asociado el ayuntamiento con varias personas á quienes llamó á su seno en calidad de diputados de las corporaciones y clases, de tímido que habia sido, osó desconocer la autoridad de la regencia, declarando que las provincias de Venezuela en uso de sus derechos naturales y políticos procederian al establecimiento de un gobierno que ejerciese la soberanía en nombre y representacion de Fernando VII. Seguidamente depuso á los oidores, ménos como enemigos del nuevo órden de cosas, que por haber demostrado en las varias ocurrencias de aquel dia una energía que no tuvo el jefe superior. Lo mismo hizo con muchos empleados civiles y militares á quienes ademas hizo prestar juramento de que no intentarian cosa alguna contraria á la revolucion. Puso el mando de las armas y los puestos de mas importancia en personas conocidas por su inclinacion á aquellas novedades. A los individuos de tropa mandó dar prest y sueldo doble, conservando el suyo á los empleados y militares depuestos. Finalmente el capitan general, el intendente, el auditor

de guerra y algunos oficiales superiores fueron espulsados del territorio pocos dias despues.

Todo esto era natural y puesto en razon, pues la revolucion que se comienza debe perfeccionarse por un deber imperioso de propia conservacion. El nuevo gobierno (que fué el mismo ayuntamiento) se ocupó luego en organizar de un modo diverso todos los ramos de la administracion pública. Nombró letrados para componer un tribunal superior de justicia en lugar de la audiencia; y como los miembros del cabildo se habian elevado á un rango tan superior á las funciones de su primitiva institucion, creo con el nombre de juzgado de policía un cuerpo que rigiese las dependencias del servicio municipal. Otro de sus cuidados principales fué el de enviar emisarios á las provincias de Coro, Barínas, Maracaibo, Barcelona, Margarita, Cumaná y Guayana para poner en su noticia el suceso y convidarlas á la union por el bien y la seguridad de todos. Una misiva dirigió á los ayuntamientos de todas las capitales de la América española, esplicándoles su conducta é invitandólas á imitar su ejemplo. Á los militares que habian cooperado al buen éxito de la revolucion, concedió, como era justo, algunas recompensas; y atendiendo á rodearse de hombres valiosos y de confianza, encargó el mando superior de las armas al coronel Fernando Toro, hermano del marques, que habia sido educado en España y era un sugeto de instruccion y valor. Despues, aplicando la atencion á objetos mas elevados, resolvió poner la mano en los abusos de la legislacion y del gobierno, y empezó con gran discernimiento á destruir los principales. Libertó del derecho de alcabala los artículos de primera necesidad : abolió el odioso tributo de los indios : prohibió la introduccion de esclavos en Venezuela : derogó las recientes ordenanzas sobre vagos, y coronando esta obra reformadora con creaciones esenciales, mandó formar una sociedad patriótica para el fomento de la agricultura y de la industria, y estableció una academia de matemáticas para la instruccion de los jóvenes militares.

Las provincias de Barcelona, Cumaná y Margarita reconocieron prontamente el nuevo gobierno y enviaron sus diputados á la junta. Lo mismo hizo la de Barínas y sucesivamente las otras con las solas escepciones de Coro y Maracaibo que se declararon sometidas á la regencia y unidas á la suerte de España. Barcelona se desdijo poco despues, proclamando el gobierno establecido en Cádiz; pero por

sí misma volvió luego sobre sus pasos, haciendo inoficioso el uso de las armas que se habian destinado á someterla. No así Guayana, que por influjo de los españoles y de los misioneros capuchinos se retractó de su primer acuerdo, envió presos á España, á la Habana y á Puerto-Rico á los amigos de las recientes novedades, y mas tarde opuso una tenaz resistencia á las armas de Carácas. Este contratiempo fué compensado con el reconocimiento que hizo Mérida del gobierno de la capital, separándose de Maracaibo.

Los comisionados que envió la junta á esta última ciudad y á la de Coro fueron recibidos como enemigos por las autoridades españolas. Despreciado el carácter pacífico de su mision, los trataron cual pudieran á traidores, remitiéndolos á las mazmorras de Puerto-Rico. A esta conducta y á las proclamas en que el comandante militar de Coro Don José Cebállos exhortaba los pueblos á desconocer el nuevo gobierno, correspondió este enviando contra aquella provincia algunos cuerpos de tropa al mando del marques del Toro, quien por lo pronto situó en Carora su cuartel general. Estos fueron los primeros amagos de aquella guerra despues tan cruel, en que olvidados todos los respetos de la sangre y de la humanidad, se despedazaron entre sí los americanos y los españoles con una saña sin ejemplo. Así que, la revolucion fomentada por los desbarros del gobierno peninsular, y el despotismo y desacuerdo de las autoridades españolas, vino á ensangrentarse por la imprudencia de estas. Difícil es juzgar si entregada á sí misma hubiera progresado hasta el punto de desconocer la soberanía de la madre patria; pero claramente veremos dentro de poco que las provocaciones y las hostilidades aceleraron su marcha y la afirmaron, dándole con el movimiento y la exasperacion unas fuerzas que acaso nunca hubiera encontrado de otro modo.

La junta quiso poner de su parte la razon y las apariencias. Para ello escribió á la regencia diciéndole que los americanos, iguales en un todo por las leyes á los otros españoles, habian debido proceder como ellos en iguales circunstancias, estableciendo un gobierno provisional hasta que se formase otro sobre basas legítimas para todas las provincias del reino: que careciendo el de la regencia de tan esenciales requisitos, lo desconocia, si bien protestando que proporcionaria á sus hermanos de Europa los ausilios que pudiese para sostener la santa lucha en que se hallaban empeñados,

y que en Venezuela hallarian patria y amigos los que desesperasen de la salud y libertad de España.

Urgida por la necesidad, habia la junta desde los primeros dias de su gobierno declarado el comercio libre con todas las naciones, y poco despues llevó sus miramientos y atenciones por la Gran Bretaña hasta el punto de concederle la rebaja de una cuarta parte de los derechos de importacion y esportacion que se cobraban á los otros estranjeros. Tan generoso é imprudente proceder le valió muchas felicitaciones por parte de los gobernadores de las colonias y algunas armas que por su dinero le franquearon; con lo que animada á mayores pretensiones, envió un comisionado á Inglaterra, cuyo objeto era solicitar la proteccion de aquel gobierno para resistir en caso de una invasion al enemigo comun, é impetrar su mediacion con el de España para que no se turbase la paz entre los habitantes de uno y otro hemisferio, hermanos por la sangre y por los intereses. Esta mision importante fué confiada al coronel Simon Bolívar y á un hombre turbulento y de trastienda, llamado Luis López Méndez.

Mas á pesar del talento de estos comisionados y de los beneficios hechos por la junta al comercio británico, la Inglaterra, aliada entónces de la España, no pudo dar ni dió en efecto sino contestaciones evasivas. Dos grandes fines se descubrian en ellas: uno el de la defensa contra Francia y los socorros á la madre patria, por que la libertad de esta y la destruccion de Napoleon eran los únicos intereses del momento: otro el de mantener las relaciones comerciales que tan gratuitamente se le habian franqueado. No ligada, segun decia, por ningun compromiso á sostener un pais de la monarquía española contra otro cualquiera por materia de opiniones, y temiendo que los comisionados implorasen el ausilio de la Francia, contemporizó con los españoles y los americanos cuanto pudo, puesta siempre la mira en su comercio, móvil y objeto de su política interesada y mudable.

En verdad la conducta observada por el gobierno de la Gran Bretaña en la emancipacion de las colonias españolas no fué guiada por ningun principio noble. Ya la hemos visto en otros tiempos seguir con infatigable constancia el proyecto de poner un pié en ellas para asegurar á su comercio factorías y mercados. Mas tarde entretuvo á Miranda con falsas esperanzas: despues sus empleados, penetra-

dos del mismo espíritu, vendieron algunos mesquinos auxilios á aquel ilustre venezolano al precio de condiciones que equivalian al comercio esclusivo. ¿Y qué hacia miéntras que por el órgano de estos empleados declaraba que no pretendia ninguna soberanía en el pais como recompensa de sus servicios? Atacaba á Buenos-Aires, no con la mira de favorecer la independencia del pais, sino para apoderarse de él en beneficio propio. Ahora no reconoce la junta de Carácas, porque esta se ha anticipado á concederle mas de lo que pudiera desear y porque necesita de la España, que por un tratado firmado en Lóndres el año 1809 dió varias franquicias temporales á su comercio. Andando el tiempo la veremos ofrecer para estenderlas la sumision de las colonias reveladas; y al fin reconocer la independencia de estas, cuando ya nada tenia que esperar de su antigua y generosa aliada.

No puede uno cansarse de admirar la estraña torpeza que desde los tiempos mas remotos dirigió los consejos del gobierno español en sus relaciones con las colonias. En el enero de este año dijo la regencia en una proclama: « Desde este momento, españoles ame- « ricanos, os veis elevados á la dignidad de hombres libres: no sois « ya los mismos que ántes, encorvados bajo un yugo mucho mas « duro miéntras mas distantes estábais del centro del poder: mira- « dos con indiferencia, vejados por la codicia y destruidos por la « ignorancia. » El 4 de julio supo el movimiento de Carácas y el 1° de agosto declaró vasallos rebeldes á los venezolanos y en estado de bloqueo la provincia. De este modo la misma autoridad que justificaba tan precisa y solemnemente la conducta de aquellos hombres, los declaraba poco despues la guerra con igual imprevision que injusticia.

Verdad es que este decreto de bloqueo era condicional. Don Antonio Cortaberria, ministro del consejo supremo de España é Indias, magistrado anciano y respetable, fué nombrado con facultades omnímodas: el cual asistido de algunos buques de guerra y con órdenes para reunir las tropas de Puerto-Rico, Cuba y Cartagena, fué prevenido de no emplear el medio de la fuerza sino cuando los de persuasion no bastasen. Llevaba instrucciones relativas, no solo á Venezuela sino tambien á las islas, á Santafé y aun á la Nueva España, debiendo obrar de acuerdo con el gobernador de Maracaibo Don Fernando Miyáres, nombrado capitan general de Venezuela en recompensa de haber mantenido aquella provincia en la obe-

diencia de España. En diciembre espidió Cortabarria un despacho previniendo al presidente de la junta de Carácas y á todos los demas empleados procediesen inmediatamente á reconocer y jurar obediencia á las cortes generales y estraordinarias de la nacion, instaladas el 24 de setiembre en la Isla de Leon. Prometia perdon y el olvido de todo lo pasado, segun un decreto de las mismas cortes fecha 15 de octubre, en que sin embargo se dejaba á salvo el derecho de tercero; fórmula por la cual se han querido muchas vezes resarcir los perjuicios de particulares, sin hacerse cargo que los procedimientos judiciales á que da lugar son la ruina de los comprometidos en las revueltas civiles. Ninguna se verifica jamas sin daño directo ó indirecto de una parte de la sociedad; y ofrecer á un tiempo perdon y resarcimientos, es abrir la puerta á las reclamaciones interminables de la codicia ó de la venganza, y cerrarlas al sometimiento voluntario de los sublevados.

No fué, empero, esta la razon que tuvo presente la junta para negarse como se negó á reconocer las cortes estraordinarias. Para ella no habia otra legítima autoridad que la de Fernando VII, y segun sus principios debia rehusar homenaje á todo otro poder que se arrogase la soberanía en los reinos de España; pues desde el momento en que como provincia libre de la monarquía, Venezuela habia empezado á gobernarse por sí misma segun hicieron las demas en ausencia del rei, ejercia un derecho que solo debia cesar con el regreso de este. A pocos convencerá este argumento; porque si una parte de la nacion pudo en los primeros momentos de trastorno y desgobierno llevar á sí la autoridad suprema, solo debió ser miéntras de conformidad con las leyes y segun propia promesa, se establecia el poder superior que debia regir la república: este poder, verdadero y legítimo, eran las cortes generales. Pero otros motivos quitaban al proceder de la junta este aire de inconsecuencia.

Ya hemos visto que la central espidió un decreto llamando á su seno diputados de las provincias de América, y tambien que esta representacion escasa y ficticia, como justamente la llama Toreno, no satisfizo los deseos de unas comarcas declaradas por un decreto suyo y por las leyes comunes partes integrantes de la monarquía. La breve gobernacion de esta junta dejó sin efecto la medida; y así en la convocatoria á cortes hecha por ella no tuvieron parte alguna las colonias. De aquí vino acaso el que desestimándose su impor-

tancia y derechos, se les acordase solamente una representacion supletoria, y que la regencia á mucho hacer concediese despues á los ayuntamientos la facultad de elegir un diputado por cada provincia, sin necesidad de acudir á la aprobacion ó escogimiento de las autoridades superiores. Este método aumentó un poco mas el número de diputados americanos, y tenia la ventaja de privar á los vireyes y capitanes generales de intervencion directa en el nombramiento; pero vista la composicion de los cabildos, su poca importancia y el poder ilimitado de aquellas autoridades, nadie pudo juzgar libres semejantes elecciones. Ni aun cuando lo hubieran sido satisficieran el justo deseo de los americanos por una representacion legítima y proporcionada; primero, porque el número de sus diputados, aunque aumentado, era tan pequeño que no podia influir en las cortes; segundo, porque su eleccion carecia de todos los caractéres que la constituyen verdaderamente popular. « Regiones estendidas como las de América, con variedad de castas, con desvío entre estas y preocupaciones, ofrecian en el modo de ejercer con igualdad los derechos políticos, problemas de no fácil resolucion. Agregábase la falta de estadísticas, la diferente y confusa division de provincias y distritos y el tiempo que se necesitaba para desenmarañar tal laberinto, cuando la pronta convocacion de cortes no daba vagar, ni para pedir noticias á América ni para sacar de entre el polvo de los archivos las mancas y parciales que pudieran averiguarse en Europa » (10). A lo cual observaremos que estas faltas, que lo eran de la incuria del gobierno español, daban razon del hecho pero no lo justificaban; mayormente cuando puede dudarse que todas ellas fuesen igualmente insuperables. No sabemos por qué hasta ahora se ha desconocido la posicion verdadera de las colonias respecto de sus metrópolis hasta el punto de creer posible una igualdad perfecta de derechos entre ellas. La nacion que primero consagró en sus leyes este pensamiento, generoso mas que cuerdo, fué la España; y sin embargo su gobierno, en gran parte por necesidad, la contradijo constantemente en la práctica. Esto prueba que en efecto es imposible regir con un sistema idéntico paises distantes entre sí, diferentes en el clima y en las producciones, opuestos por los intereses; así que, hai tanta temeridad en exigir de la madre patria una liberalidad absoluta, como en hallar desacordada y criminal la tendencia que á sacudir su yugo han manifestado siempre las colonias. Aquesta es una guerra constante y

convenida, á veces solapada, á veces descubierta; pero inevitable, porque está en los intereses de unos y otros contendientes.

Entre tanto el poder y aun la popularidad de la junta de Carácas se habia aumentado considerablemente. Ella no habia usado mal de la autoridad de que se revistió: al poner la mano en las bases del edificio social, corrigió con discernimiento y oportunidad abusos graves y realmente onerosos: sus medidas de seguridad fueron prudentes y la conducta que observó con los vencidos generosa. Sin embargo de esto, guiándose por la opinion de sus miembros principales, quiso dar una prueba de desprendimiento, convocando á un congreso nacional; y este paso, mui avanzado ya en el camino de la independencia absoluta, fué, como puede creerse, mui elogiado por los republicanos, y calorosamente acogido por muchos que, sin prever sus consecuencias, deseaban ver abierta otra puerta á su ambicion. Demas de esto los enemigos del nuevo órden de cosas habian tenido la imprudencia de promover reacciones estemporáneas y mal urdidas, que prontamente sofocadas fortificaron la revolucion y desarrollaron sus principios hostiles á la madre patria. Una de ellas cuyo objeto era reconocer el consejo de regencia, fué delatada á la junta por los españoles Don Manuel Ruiz y Don José Mires, capitanes del regimiento de la Reina. De la investigacion judicial resultaron autores principales de ellas los hermanos peninsulares, Don Francisco y Don Manuel Gonzáles de Liná́res, ricos y honrados comerciantes de Carácas: cómplices criollos habia cinco de poca monta y crédito; el resto eran mercaderes y agricultores españoles mas ó ménos hacendados, pero sin grande consideracion ni influjo. La causa se determinó absolviendo á unos, desterrando perpetuamente á otros y condenando á mui pocos á encierro en las bóvedas de Puerto-Cabello y de la Guaira. Nadie perdió la vida con este motivo, y la junta, ostentando una clemencia justa por otra parte y mui del caso, creyó dar á sus enemigos una grande idea de su fuerza en aquella leccion de sabiduría y de prudencia.

Por suerte esta causa vino á terminarse pocos dias ántes que llegase á Carácas la noticia de un horrible asesinato perpetrado en Quito en las personas de algunos patriotas; que así empezaban á llamarse los adictos á las juntas populares y á la independencia americana. Por do quiera, sin convenio anterior entre sus diversas partes, habian estallado movimientos análogos al de Carácas, en

toda la vasta estension del Nuevo-Mundo. En julio imitó Santafé de Bogotá el ejemplo de la capital de Venezuela. Quito primero que ninguna otra ciudad estableció en agosto de 1809 y sin efusion de sangre una junta cuyo primer acto fué jurar obediencia y fidelidad al rei Fernando. En aquel tiempo eran poco comunes las ideas de juntas populares, y los quiteños viendo que nadie los seguia y que en algunos lugares se preparaban á atacarlos, empezaron á caer en desaliento. Así fué que dos derrotas insignificantes bastaron para acabar la efímera existencia de la junta, y el conde Ruiz de Castilla fué repuesto en su autoridad de presidente, mediante una capitulacion en que ofreció bajo el sagrado de su palabra un olvido absoluto de lo pasado. Pocos dias despues llegaron en su ausilio algunas tropas que le enviaban los vireyes de la Nueva-Granada y del Perú; con lo cual violando su promesa, mandó procesar á cuantos habian tomado parte en la revolucion. Prontamente fueron presos mas de sesenta individuos de lo mas noble, rico y principal de Quito: la causa se seguia con inusitada actividad, y pedida por el fiscal pena de muerte y confiscacion de bienes contra muchos de ellos, pasó al virei de Santafé, á quien tocaba pronunciar sentencia. Entre tanto se hallaba el pueblo en grande agitacion, vejado de mil maneras por las tropas ausiliares. El conde fingió creer que semejante efervescencia provenia de ideas trastornadoras, y dió órden para que los presos fuesen pasados á cuchillo tan pronto como se sintiese el mas pequeño movimiento. Para esto á cada instante habia una alarma provocada por el miedo ó la malignidad de las autoridades, so pretesto de conspiraciones; las tropas limeñas habian pedido licencia para saquear y en algunos barrios se habian notado graves demasías del soldado. Por fin el 2 de agosto de 1810 seis hombres desesperados, salidos de la plebe, y armados solamente de cuchillos, atacaron repentinamente el cuartel de los limeños; otros tres dieron tambien de sobresalto sobre un presidio urbano. Empéñase con esto una lucha desigual en que el pueblo no toma parte alguna: los acometedores son muertos, degollados veinte y ocho de los presos principales é infamemente asesinadas por la desenfrenada soldadesca ochenta personas del pueblo, entre las cuales se contaban varios niños y mujeres. El saqueo de las mas ricas casas fué ordenado en seguida, y el gobierno español, engañado por las falsas relaciones de sus agentes, creyó premiar una

hazaña en esta insigne atrozidad, concediendo premio y recompensas á los que la habian ordenado y cumplido.

La relacion de estos acontecimientos produjo en Carácas una indignacion estraordinaria. El pueblo, movido en parte de propio impulso y en parte obedeciendo al de algunos revolvedores exagerados, se dirigió en grupos numerosos al palacio de la junta, pidiendo á gritos la espulsion de los españoles y canarios. Mostrándose el cuerpo compadecido del trágico fin de aquellos americanos, les decretó honores fúnebres, y á esto añadió algunas promesas generales de atender á la seguridad é intereses del comun. Con esto se disolvió pacíficamente el tumulto : pero la junta, temerosa de que repitiéndose, fuese orígen de trastornos y anarquía, dispuso para la noche de aquel mismo dia (21 de octubre) la espulsion de José Félix Ríbas, tres hermanos suyos y José María Gallégos, á quienes se suponia atizadores del pueblo; medida injusta si se quiere, por la falta de formalidades judiciales, pero de saludable energía en aquellos momentos delicados. Hizo ella con todo una impresion desagradable, porque los castigados tenian numerosas connotaciones en el pais ó eran hombres queridos del pueblo por las prendas de su carácter y de su espíritu. En favor de ellos se alegaban los servicios que habian prestado á la revolucion, el principio de seguridad violado despóticamente en sus personas y el motivo mismo de su espulsion, tan honroso, decian, á su patriotismo como conveniente á la causa general. Ello es verdad que la junta cometió un atentado, pero mayor aun era el que se le pedia en el destierro de los canarios y españoles, que impidió con su entereza.

Estas cosas, sin embargo, ocuparon poco tiempo la atencion de la ciudad, porque otras mas serias novedades vinieron luego á ser el objeto esclusivo de todos los cuidados. El ejército de occidente al mando de Toro atacó el 28 de noviembre las tropas españolas que se hallaban fortificadas en la plaza de Coro, logrando desalojarlas de un reducto, quitarles un cañon de grueso calibre y aun penetrar en un barrio de la ciudad. Este primero y feliz ensayo de las armas americanas acaso hubiera sido completo si en el momento mismo del ataque no hubiera sabido el general que Miyáres con tropas de Maracaibo marchaba á largas jornadas para atacarle por la espalda. Bien hubiera podido entónces el marques embestir con

todas sus fuerzas, ó dejar frente á la plaza una parte de estas y con el resto salir al encuentro de su nuevo enemigo; pues cinco mil hombres que tenia (11) bastaban para una ú otra cosa. Pero desconfiaba de su tropa, bisoña y mal armada: él mismo era nuevo é inesperto soldado: la artillería que tenia no era de batir: moria de sed el ejército y no habia modo de reponér las provisiones: habiéndose internado cincuenta leguas en un pais enemigo, sin repuestos, almacenes, ni cuerpos de apoyo, era evidente la pérdida de aquella mal organizada muchedumbre al primer reves que le infundiese desaliento; y por último, el gobierno que le habia ofrecido la cooperacion de algunos buques de guerra para llamar la atencion del enemigo por la costa, le habia completamente abandonado. Levantó pues el campo incontinenti y dos dias despues halló á Miyáres que con ochocientos hombres de infantería y caballería habia tomado posiciones en la Sabaneta, y le cerraba el paso. Cargados vigorosamente los realistas, se pusieron en fuga, dejando en poder del marques algunos prisioneros y una pieza de campaña; mas como no fueron perseguidos, le picaron luego la retaguardia hasta Carora, á donde llegó sin pérdida considerable. Dejadas en esta ciudad y en la de Barquisimeto pequeñas guarniciones para cubrir las fronteras, se retiró Toro á Carácas con el resto de sus tropas y así acabó la jornada de Coro, orígen de muchos males públicos y de no pocas calumnias contra el jefe que la mandó y el gobierno que la dispuso. Errores hubo sin duda en el plan y en su ejecucion; pero si bien se considera, ningun cargo puede hacerse por ellos á personas que jamas habian empuñado las armas, « siendo así que no se debe exigir de los hombres y de las opiniones sino lo que pueden hacer racionalmente en cada época » (12).

Causó este suceso desagrado general y miedo en muchos; pero la llegada de Miranda al territorio de Venezuela, aseguró á todos, cambiando en regocijo el duelo. Su vuelta á la patria habia sido anunciada por Bolívar desde Lóndres; pero como la junta creyó contradictorio gobernar en nombre de Fernando VII y dar asilo á aquel ardiente republicano, proscripto por la monarquía, hizo circular órdenes á los puertos para impedir su desembarco. Llegado á la Guaira, todavía quiso desprenderse de él la junta confiándole una dependencia diplomática, pero el pueblo le hizo saltar en tierra de mano poderosa, y en Carácas fué recibido con singulares mues-

tras de honor y de respeto, y aclamado por todos padre y redentor de la patria. Tambien el gobierno, queriendo entónces manifestar entusiasmo, le nombró teniente general y ordenó que se buscasen y destruyesen todos los documentos con que la administracion anterior intentara manchar su buena fama. Así debia de ser, tanto por el merecimiento de este hombre, cuanto por los diversos sentimientos que inspiraba. Los que no conocian su carácter justo á un tiempo y enérgico, le tomaban por un tribuno rebosando en ideas trastornadoras y violentas: enemigo de España y decano de los patriotas americanos, debia necesariamente promover la independencia del pais, descartando embozos y tardanzas. De aquí el unírsele por el pronto la mozedad inquieta y revolvedora que deseaba movimiento, novedades y conmociones. El pueblo bajo, sujeto cuando es ignorante á recibir todas las influencias sin retener ninguna, vitoreaba un gran nombre sin curarse de saber para qué serviria. Próxima la junta á abdicar su poder en manos de un congreso nacional, veia sin temor una capacidad que hubiera podido menoscabarlo, y el partido de los hombres moderados, que abominaba las vias de hecho, hallaba en él una garantía de cordura y de órden. Solo la envidia murmuró por lo bajo, y temblaron algunas ambiciones desenfrenadas.

A Bolívar se debió esclusivamente este viaje de Miranda. El negociador de la junta en Lóndres creia como todos que su célebre compatriota era el hombre que necesitaba la revolucion; y por eso, tomando sobre sí el separarse de algunas instrucciones secretas, le llevó consigo como una adquisicion preciosa, le dió hospitalidad en su propia casa y contribuyó sobre todo á estender y afirmar su influencia, elogiando calorosamente su mérito y virtudes. De unas y otro era juez idóneo Bolívar, que aunque jóven tenia el alma y el entendimiento formados con la meditacion y el estudio. Ménos instruido que su ilustre huésped, habia como él viajado por los principales paises de la Europa y por algunos de América con no comun provecho, estudiando por do quiera el espíritu, la legislacion y la fuerza de los pueblos. Naturalmente le llevó este exámen á pensar en la suerte de su patria cuando, profundamente afligido, vió la inmensa distancia que separaba su imperfecto estado social del de esas naciones europeas tan brillantes y opulentas. Él habia visitado la España, y aun hecho larga mansion en la corte: conocia y estimaba el carácter del pueblo tanto como despreciaba las tor-

pes ideas de sus gobernantes; y á un tiempo lastimado de la madre patria y de la colonia, juzgaba necesario romper su union y separar sus destinos. El Nuevo-Mundo no debia esperar para mejorar su condicion á que una parte del antiguo, carcomida de abusos, se regenerase. Aguardar el bien de gobiernos absolutos que jamas se corrigen, era insigne desacuerdo; y la revolucion que á España convenia y que tarde ó temprano debia declararse, no habia formado aun en aquel suelo desgraciado sus primeros elementos. ¿Los tenia América para luchar con su metrópoli, debilitada mas no destruida? Esos mismos pueblos que él deseaba hacer pasar del rango de colonias al de naciones independientes ¿habian llegado al punto de madurez ó instruccion que eran necesarias para conocer el precio de la libertad, defenderla, y fundarla en un gobierno medianamente organizado? Graves dudas eran estas y que por mucho tiempo le tuvieron vacilante entre sus principios y sentimientos patriótieos, y el temor de encender en su patria inútilmente el fuego de las guerras civiles. Bien se le alcanzaba que los pueblos se educan para la libertad con las revoluciones; que estas empiezan por las clases principales y acaban por el vulgo; que, en fin, siendo la espada la única que obtiene concesiones de la tiranía, no habia medio entre combatir ó ser esclavos. Pero al mismo tiempo ¡cuán terrible no es la idea de la sangre derramada en fratricida contienda para el que ha de favorecerla! No se trataba aquí de perfeccionar el gobierno, sino de establecerlo sobre bases nuevas; ni de producir en el pueblo un sacudimiento momentáneo, sino de conmoverlo profundamente para conquistar con él la libertad y la soberanía. Pero estitar actividad y ambicion en la plebe que dormia el sueño de la servidumbre, era provocar una tormenta cuyos estragos podian derribar la obra y al obrero; mayormente cuando una vez dado el primer paso en el camino de las revueltas populares, no es siempre posible el detenerse, volviendo el rostro á la corriente. Bolívar, pues, aunque considerado en la patria, hijo de una noble familia, rico y con talento, no quiso ser de los primeros en proclamar la revolucion y la guerra. Estúvose mucho tiempo á observar la marcha de los negocios, el carácter de los hombres que los dirigian, el espíritu del pueblo y los recursos nacionales. Poco satisfecho de algunas de estas cosas, vió sin embargo ser necesario acabar lo empezado, no fuera que se entregasen por defecto de valor y espíritu á la venganza del gobierno español,

pudiendo dar un tiento á la fortuna.. Mas ni aun entónces quiso, confiando demasiado en las propias y no probadas fuerzas, librar la suerte de la patria en su impericia; y cuando otros con ménos mérito y modestia procuraban hacer triunfar descabelladas ambiciones de todo género, él se olvidaba de sí mismo hasta el punto de elevar una capazidad que debia hacer ménos necesaria la suya.

La conducta de Bolívar con el antiguo general de la república francesa prueba en efecto un espíritu noble y elevado, eminentemente patriótico y superior á las miserias de la envidia; y era tanto mas admirable, cuanto que existiendo entre el carácter y sentimientos de los dos, notables semejanzas, no estaban unidos sin embargo por mutuas y profundas simpatías. El joven Bolívar, elegante, lijero, dotado de una asombrosa movilidad en la accion y en el pensamiento, encubria como César, bajo esterioridades amables y al parecer insustanciales, una alma de fuego, enérgica y constante, profunda y atrevida inteligencia, la intrepidez activa y emprendedora del tribuno, el valor sereno del soldado. Con semejantes dotes y favorecido hasta entónces de la fortuna, habia aprendido á no dudar de nada, creyendo que todo era posible á quien sabia pensar y combatir. Un instinto invencible le hacia mirar con horror las anarquías populares, hijas de las revoluciones: y sin haber presenciado las que inundaron en sangre el suelo frances, temblaba á la sola idea de verlas reproducidas en su patria. Para él no habia dicha posible sino en el órden, y para conseguirlo, mas queria un menoscabo de la libertad, que un peligroso esceso de ella.

Miranda tenia como él las virtudes del valor y constancia; igual ingenio, superior instruccion. Grave en su porte, severo en sus costumbres y reservado en palabras y confianzas, mas respeto inspiraba que cariño. Muchas desgracias y contrariedades habian acibarado su existencia; mas de un desengaño habia arrancado de su corazon dulces ilusiones, y ya en el último tercio de su vida, no era el mismo hombre que en mejores dias viajó para instruirse hasta los hielos de Rusia y peleó en los dos mundos por la libertad de los pueblos. En uno grande, culto y poderoso donde el establecimiento de la libertad hubiera sido hacedero, Miranda, sencillo y puro republicano, habria dado ejemplo de virtudes y sacrificios heróicos: en las tormentas de la tribuna habria lucido como sus amigos los famosos y desgraciados girondinos: en el ejército habria,

como lo hizo, preferido á la traicion de Doumurier el juicio del tremendo tribunal de la revolucion francesa. Pero apegado por carácter y por educacion á las reglas absolutas : acostumbrado á ver la disciplina como la única prenda del triunfo : mal hallado con las conmociones populares que le traian á la memoria los horrores de aquel terrible trastorno : y hecho con la edad mas rígido y severo, Miranda era de todos los hombres el ménos á propósito para transigir con los partidos, tolerarlos y vencerlos. Muchos años ausente de la patria, sus hombres, cosas y opiniones le eran desconocidos. A poco de examinarla cuidadosamente, llegó á persuadirse que en su suelo la libertad repúblicana era imposible; que la educacion y las costumbres la hacian incapaz de soportar un estado social semejante al de los pueblos cultos; y que á lo mas que podia estenderse su conquista moral era á obtener un gobierno en que estuviesen combinadas las formas protectoras de la libertad con algunas de la monarquía. De acuerdo en esto con Bolívar, habia entre los dos una grande diferencia : el uno ardiente, entusiasta, rebosando en espíritus fecundos de juventud, flexible y popular, tenia todas las cualidades necesarias á un jefe de partido; el otro prudente, frio, decaido con la edad, rígido y ménos amado que temido, era mas propio para detener en su marcha la revolucion que para darle ensanche. Ambos tenian amigos y valedores poderosos : ambos crédito, virtudes y escelentes intenciones : de ninguno puede decirse con justicia que en sus pensamientos sobre la cosa pública entrase por mas en algun tiempo la propia ambicion que el patriotismo.

Y estos eran los dos hombres mas notables de la revolucion venezolana : otros que lo eran ménos iremos conociendo como nos avancemos en ella.

AÑO DE 1811.

El decreto de la regencia sobre bloqueo de las provincias venezolanas dejaba á cargo y voluntad de Cortabarria el llevarlo á efecto cuando lo tuviese á bien. Aquel comisionado al hacer su comunicacion á la junta, le habia enviado libres los tres diputados suyos presos por las autoridades españolas cuando fueron á solicitar la

union de Coro y Maracaibo, y aunque este paso de justicia y política se debió ménos á su buena voluntad que á la interposicion del almirante Cochrane, no lo agradecieron por eso ménos en Carácas. Mas como de nada sirviese eso para lograr los fines que se proponia, apeló á las vias de rigor, mandando ejecutar el bloqueo, el cual debia comprender las costas de Carácas, Barcelona y Cumaná. A falta de buques de guerra suficientes para abrazar tan estenso litoral, dió patentes de corso: envió al continente personas de su confianza encargadas de promover guerras y sublevaciones, y él se quedó en Puerto-Rico formando y disponiendo tramas contra el gobierno de Carácas. ¿Cómo estrañaremos, pues, el rápido curso que tomó la revolucion hácia un rompimiento absoluto con la España y la manera cruel como despues se hizo la guerra? Entre todas las hostilidades, ningunas son tan odiosas como las que se ejercen en los mares contra la propiedad desarmada: el robo protegido y autorizado por un gobierno contra los súbditos pacíficos de otro, aumenta y generaliza el mal de la contienda sin hacerla por eso decisiva: pone las armas en mano de hombres crueles, escoria casi siempre de las sociedades; y útil solo para ellos, tiene esta guerra un carácter repugnante de injusticia, inmoralidad y cobardía. Y ¿qué resultado produjeron las oscuras conspiraciones que con fanático zelo promovia el comisionado á fin de conmover el territorio? Fatales casi todas ellas para sus autores, hicieron suspicaz y cauteloso el gobierno, provocaron terribles represalias y sembraron odios que mas tarde dieron triste cosecha de sangre y abominaciones.

Llegó entre tanto el 2 de marzo destinado á la reunion del congreso. Las elecciones para diputados se habian hecho legal y pacíficamente en las provincias que reconocian la autoridad de la junta, y produjeron un estremo contentamiento en el partido que aspiraba á la independencia, porque fundándose en el voto popular, única fuente legítima de la soberanía, se encaminaban derechamente á un sistema de organizacion que equivalia para Venezuela á la conquista de todos sus derechos políticos. No obstante se observó en ellos gran moderacion y una perfecta libertad; en tanto grado, que sin distinguir de sentimientos y opiniones, fueron elegidos indistintamente republicanos y realistas americanos y españoles, atendiendo solo al crédito y valor de las personas. Dependió esto así de que las facciones, á pesar del comienzo de la guerra civil,

no estaban declaradas ni aun perfectamente definidas todavía; como de la ignorancia que reinaba acerca de cuerpos parlamentarios, y de los medios de obtener un gran número de votos que sostuvieran en ellos determinados intereses.

Ello es que generalmente hablando los miembros de aquel cuerpo fueron los mejores y mas ilustrados de la sociedad venezolana de aquel tiempo. Estaban en él Miranda y el marques del Toro, aunque el segundo mui estimado por la blandura y suavidad de su genio y por su liberalidad caballeresca. Extraño á la política y la guerra, no era hombre con quien pudiese contarse para campañas militares ni parlamentarias; pero teniendo valor personal, estenso y merecido crédito de amor puro á su patria, era un apoyo precioso para toda causa de órden y justicia. En las filas de los patriotas figuraba tambien Lino Clemente, oficial instruido que habia servido con distincion en la marina real: de carácter bueno y honrado, pero débil; si bien no carecia de firmeza en materia de opiniones políticas. Juan German Roscio que ya hemos visto poco enérgico el 19 de abril en su combate con Emparan: varon de gran virtud y doctrina, para el consejo escelente, en la accion nulo. Francisco Javier Yánez era un jóven abogado lleno de fervor y de zelo, embebido en las doctrinas religiosas y políticas de los filósofos franceses, y acérrimo enemigo de todo linaje de tiranías. Como todos los hombres profundamente convencidos, cuyas opiniones se han formado en la soledad del gabinete y á escondidas de un gobierno opresor, Yánez poseia las suyas con rigidez, tenacidad y exageracion; cualidades que formaban un contraste singular con su índole suave, complaciente y flexible. Versado en varios ramos de las humanidades y sobre todo en la historia colonial, determinado partidario de las ideas democráticas, y persuadido como muchos patriotas ilustrados de su fácil aplicacion á Venezuela, no disimulaba ni su odio al gobierno hispano-americano, ni su entera decision por la causa de la independencia. Miráblanle por esto con razon como uno de los jefes principales del partido republicano; y por lo demas poseia cuanto era necesario para merecer este renombre: honradez á toda prueba, constancia, energía y firmeza en los principios capitales. Abogado como este y tambien desembozado republicano era Antonio Nicolas Briceño, á quien las gentes llamaban por mal nombre *el diablo*, con alusion á su carácter. Tenialo en efecto de bronce; fiero y denodado cual ninguno: hombre de movimiento

y accion, Briceño era indispensable á un partido necesitado de medidas decisivas, porque lleno de conviccion y desprendimiento, no escondia ni la persona ni los bienes en los momentos del peligro; pero con estas cualidades y un verdadero y profundo patriotismo era mui posible que sus pasiones le arrebatasen á escesos peligrosos en que so color del bien y libertad del pueblo se infringiese la justicia. Tenia asiento tambien en la asamblea Francisco Javier Uztáriz, jóven literato de feliz organizacion, en quien brillaban con toda la gracia de la naturaleza las cualidades mas amables del alma, las mas heróicas del corazon, la mas brillantes de la inteligencia. Ya sabemos que fué uno de los pocos hombres que á pesar del rigor de la administracion colonial, sin modelos ni estímulos, se aplicó al estudio de las ciencias y las artes, guiado tan solo de su noble instinto. Republicano de corazon y admirador entusiasta de la legislacion politíca de los Estados-Unidos, deliraba en la grata idea de verla establecida en su patria, y á esta crecer libre y dichosa á la sombra de un gobierno paternal. Repugnaban la sangre y las violencias á su espíritu justo; pero estando persuadido de la bondad de la causa, y creyendo oportuno el momento para hacerla triunfar, proponia medidas francas y decisivas que fijasen el sentido de la revolucion, definiendo y separando los partidos; que era torpeza segun él perder las ventajas de una resolucion valerosa, por observar una conducta vacilante y confusa que impediria el triunfo sin estorbar el castigo. Esto que decia en el congreso era hombre capaz por su valor de sostenerlo en el campo de batalla; ejerciendo por ello y por sus luzes una grande influencia en aquel cuerpo. Faltábale empero la actividad y la fuerza arrastradora de un jefe de partido, y tambien el espíritu de la ambicion, fuente de virtudes y de crímenes. Por último Martin Tovar, segundon del conde del mismo nombre, figuraba en la primera línea de las filas republicanas. Este hombre verdaderamente raro era del número de aquellos que ejecutan el bien con la misma naturalidad que lo conciben ó, por mejor decir, en quienes la virtud no es esfuerzo sino instinto; é instinto tan seguro, que en medio de las revueltas, desmanes y trastornos de las revoluciones, permanece inalterable, y tan distante de la exageracion como de la debilidad. Tovar en efecto no desmintió jamas de este carácter cuyo fundamento debió ménos á la educacion que á la naturaleza. Concebida una idea, formada una conviccion, esta conviccion y esa idea eran las de toda su vida, y

á ellas dedicaba sin ostentacion ni alarde el pensamiento y la accion, los bienes y la vida. En un hombre de ménos buena fe, de ménos pura y sólida conciencia, esta cualidad, basa de energía ó de obstinacion y despotismo, hubiera desarrollado sin duda una índole ambiciosa, predominante y altanera, tan peligrosa como *intolerable*; pero en Tovar, si habia orgullo, era el de obrar rectamente, é incapaz de mezclar con la causa pública un solo pensamiento interesado, no tenia la rigidez que casi siempre comunican á las opiniones las miras personales. Ningun prestigio fascinador tenia parte en la influencia que ejercia, ni en el respeto y amor con que se le miraba. Riquísimo en dotes del alma, carecia en la persona de las que al vulgo encantan y arrebatan, y tambien del don de la palabra, prenda segura de dominio sobre las asambleas y las turbas. Así en Tovar la sola virtud modesta y sin estraños atavíos suplia por las prendas esteriores, por la ardiente elocuencia de la tribuna y por la exageracion que en todos tiempos ganó poder y opinion á los caudillos populares. Por desgracia un esceso de moderacion y de templanza le hacia inadecuado para dirigir una revuelta cuyos resultados inevitables debian ser la completa subversion del órden existente y el desencadenamiento de las pasiones brutales. Una energía puramente pasiva, el valor sereno pero inactivo, y la gravedad de una virtud estoica no son propias de los tiempos tempestuosos; y por eso el ciudadano eminentemente justo de la revolucion venezolana, el hombre de la organizacion y de la paz, no era el que estaba llamado á presidir en los trastornos y en la guerra. Otros sugetos respetables tambien por sus virtudes, pero ménos prominentes por su ciencia y por la importancia de sus servicios posteriores, se hallaban alistados entre los republicanos: muchos se inclinaban al partido de España, y la mayoría á conservar las cosas en el estado en que se hallaban.

Con estas disposiciones se instaló en la capital el congreso el dia prefijado, componiéndose de cuarenta y cuatro diputados correspondientes á las provincias de Carácas, Barínas, Barcelona, Cumaná, Margarita, Mérida y Trujillo. Ninguna duda ocurrió acerca del modo de constituirlo, ya en una cámara comun é indivisa, ya en dos de personas privilegiadas y del estado llano. Prefirióse el primer partido ó, por mejor decir, ni aun siquiera se mencionó el segundo, ora porque como sabemos no pasaban de seis los títulos de nobleza que habia en Venezuela, y el clero, aunque respetado, era poco po-

dentes; esto porque no bien determinados los poderes de los representantes y el objeto de su reunion, todas las clases andaban con ella mas perplejas y confusas que ambiciosas. A mas de que siendo este el primer caso que se ofrecia de tamaña novedad, no habia regla ni costumbre que seguir, y los que formaron el reglamento de elecciones prefirieron al método por cierto vario é inaplicable de las antiguas cortes españolas, el que recientemente habian seguido las de Cádiz.

El primer paso que dió el congreso despues de elegidos sus empleados, fué el de nombrar tres individuos para que ejerciesen el poder ejecutivo y otros tres para que supliesen por los primeros en los casos de enfermedades ó de ausencia, estableciendo ademas un consejo que los consultase, sin quedar obligados á seguir sus pareceres. Los tres principales fueron Balthasar Padron, jurisconsulto de crédito; Juan Escalona, oficial de milicias, á quien la junta suprema habia hecho coronel, y Cristóbal Mendoza, abogado. Eleccion acertadísima. Padron, aunque de ánimo apocado, era hombre bueno y tenia concepto público. Instruccion mui limitada, juicio sólido y recto, integridad á toda prueba, y con mucho valor un carácter decidido y enérgico, eran las cualidades mas sobresalientes de Escalona. Por lo que toca á Mendoza, nadie podia en Venezuela disputarle el saber ni la virtud pública y privada. Era natural de Trujillo y pertenecia á una familia mui respetable de aquella ciudad. Aficionado al foro, hizo con gran talento y estraordinaria aplicacion sus estudios en Caracas, y habiendo recibido en Santo Domingo el título de doctor y el permiso de ejercer la abogacía, fijó su residencia en las provincias de occidente, donde se distinguió por su inteligencia y erudicion, tanto como por la pureza de su manejo. Aun no era abogado cuando la real audiencia le nombró protector de los indios de la provincia de Barinas; oficio noble aunque improductivo que desempeñó hasta 1840 con igual desinteres que acierto. Comenzó la revolucion, y Mendoza, patriota ardiente y denodado, no vaciló un momento en entregarse á su corriente, mas dudoso que otros muchos del porvenir y sacrificando al bien posible de su patria las esperanzas que podia fundar, bajo un gobierno establecido, en su mérito acreditado y eminente. Apreciáse esto como era justo en Caracas, á cuya junta concurrió Mendoza como diputado de Barinas. Allí, como ya antes en esta provincia, fueron utilísimos sus consejos en medio de la inexperiencia que hacia vacilante y

ocurre la peligrosa carrera de la emancipacion; y por eso, aunque forastero, pobre y rodeado de hombres verdaderamente importantes, fué aclamado sin oposicion y con júbilo de todos miembro del poder ejecutivo. Miranda en efecto tenia una alma fuerte, un espíritu elevado; fué modelo de virtudes domésticas y, como mas tarde decia de él Bolívar, de bondad útil. Un defecto poco notable en tiempos de órden y sosiego, pero gravísimo en los agitados y revueltos, empañaba el brillo de tan bellas cualidades; cual era el esceso de austeridad, que hace áspera y desapacible la conducta pública, privando de popularidad á caracteres nobilísimos. Él no transigia ni con el crímen ni con los abusos, cualesquiera que fuesen la ocasion, las personas y las circunstancias. Pero este deber de ciega y severa justicia, indispensable al magistrado, tiene por desgracia muchas modificaciones en las épocas de trastornos y conmociones populares, á las cuales debe atender el hombre público por el bien mismo de la patria.

Aplaudióse pues esta eleccion; y tanto mas, cuanto que ella establecia el primer ensayo de gobierno propio que se hubiese visto hasta entónces en América. Por lo mismo causó grande alarma entre los realistas, á quienes ya traja desasosegados el porte y opiniones de la sociedad patriótica. Esta junta, bien así como en Francia la de los jacobinos y otras tales, habia conseguido atraerse una gran clientela de activos y bulliciosos oyentes, lisonjeando las inclinaciones populares y defendiendo audazmente los principios de libertad é igualdad tan caros al pueblo; por donde poco á poco estendió su influencia sobre las clases móbiles é inquietas, y aun ejerció una mal grande sobre la moneda republicana. Miranda á su llegada á Carácas fué nombrado presidente de ella, y aun despues de reunido el congreso frecuentó, como otros muchos diputados, las sesiones. Resonó su recinto con discusiones atrevidas sobre la conveniencia de romper enteramente todo vínculo de union con la metrópoli; presentábase en toda su desnudez la conducta opresiva del gobierno colonial; hablábase con entusiasmo de la marcha feliz y progresiva de los Estados-Unidos, y se presagiaba á Venezuela, con solo su querer, la misma suerte. El pueblo á los pórticos oia atónito este lenguaje discurso en que no se observaban injurias á la respetada madre España; mas poco á poco le halagó la idea de tener parte en un gobierno semejante á aquel que le pintaban como el último y mas brillante esfuerzo del saber humano,

y se acostumbró fácilmente al pensamiento de la guerra y los trastornos. La imprenta restituida á sus funciones ordinarias, segundó el esfuerzo de los oradores populares, inculcando los principios del gobierno representativo y los de libertad política, civil y religiosa.

Desde que en los paises estranjeros se supo el movimiento del 19 de abril, previendo sus consecuencias, se dirigieron á Venezuela muchos sugetos ilustrados, ansiosos de sostener su noble causa, con miras acaso mas honradas que las que algunos han supuesto. De este número fué Williams Burke, irlandes católico, á quien se permitió publicar en la gazeta del gobierno una serie de discursos bajo el título de *Derechos de la América del Sur y de Méjico;* obra en que con una razon superior y mucha cordura habló sobre la tolerancia religiosa y las instituciones políticas, segun los principios de la filosofía. Las hostilidades vinieron pues á quedar de hecho declaradas entre las ideas antiguas y las nuevas, entre cuantos por afecto, hábito ó interes sostenian el gobierno colonial, y los que aspiraban á derrocarlo por patriotismo verdadero, ó por deseo de medrar en las revueltas.

El congreso por su parte, intimidado con la popularidad de la junta patriótica, y viendo el decidido apoyo que le prestaban muchos de sus miembros, toleraba el porte descomedido de aquel cuerpo, y aun se dejaba influir por él en los negocios. Jóvenes ardientes formaban por do quiera reuniones mas ó ménos clandestinas, acaloraban la plebe, reunian armas y se preparaban á la guerra en nombre de la libertad. Las clases ántes oprimidas y vejadas bullian y se remolinaban en torno de la bandera reformadora que les prometia gozes y derechos. Aquí la tendencia era á destruir lo pasado, y á arrebatar algo á los que todo poseían; partido de ambiciones ascendentes cuyo instinto es el trastorno, y que no repara ni en el fin ni en los medios. Como en todos los pueblos que viven por siglos despojados y tranquilos, y luego se sublevan queriendo recobrar derechos y poder, la revolucion habia empezado por las clases ilustradas, primeras en apercibirse del mal y en detestarlo. El destino de estas es preparar el camino á las que en pos de ellas, mas activas y ménos ilustradas, se precipitan en la lid, impacientes de probar sus fuerzas y reclamar su parte en el despojo. Vivamente empujadas por los que no teniendo nada quieren adquirirlo todo, de conductoras pasan á ser conducidas; y en vano quisieran, una vez conseguido su objeto, contener el torrente y mediar entre la

ambicion y la propiedad, ó por lo ménos conservar el primitivo influjo y una porcion de libertad; porque si marchan, es en fuerza ya de ajeno impulso, y si se detienen, sucumben ahogadas por la misma accion que han promovido. Por aquel tiempo, sin embargo, esta generacion ilustrada, prudente y generosa, no habia hecho aun lo bastante para cumplir su tarea, y apoderada del poder, queria, como era natural, retenerlo y fundarlo sobre basas sólidas y, si posible fuese, indestructibles.

Pero valga la verdad. La revolucion estaba aun mui léjos de tener un carácter popular; aquel carácter tan imponente siempre y á vezes tan terrible, ante el cual son pequeñas todas las resistencias y miserables todas las intrigas. Esa misma clase de hombres elevados, con talento, cultas costumbres y riqueza, estaba dividida entre patriotas capazes de abnegacion y sacrificios, y otros que deseaban solo conservar en buena paz y sosiego lo adquirido: allí los Bolívares, Mirandas, Tovares, Toros, Ríbas, Méndozas, Briceños y otros varios: aquí los empleados subalternos con algunas escepciones, el clero con mui pocas. Lanzados muchos en los primeros movimientos por versatilidad, por novelería ó por principios de justicia y conveniencia, cejaron luego cuando vieron que progresaban é invadian, temerosos de revueltas en que poco ó nada tenian que ganar y todo que perder. La mayor parte de los españoles y todos los canarios que engañados ó ciegos dieron mano amiga al 19 de abril, concibieron los mismos rezelos y se prepararon, no ya á aguardar tranquilamente el oleaje de la revolucion, sino á ponerle diques. El pueblo, ese ente que cada partido define á su manera, que todos creen tener á su disposicion, que todos llaman en el momento del peligro, que todos olvidan despues de la victoria y con quien todos en fin procuran justificar su conducta y disculpar sus errores, fluctuaba aquí por lo general entre sus hábitos perezosos y serviles, y el deseo de novedades, la curiosidad, y la aficion á destruir; sentimientos innatos en las turbas.

La guerra era inminente, y estalló en breve, comenzando como era preciso por conspiraciones del partido débil. Dieron los catalanes la señal en Cumaná, apoderándose la noche del 5 de marzo del castillo de San Antonio que domina la ciudad, con propósito de ocupar el dia siguiente la batería de la boca del rio, para lo cual contaban con la ayuda de los artilleros. El plan se frustró por la actividad y energía del gobierno, que ganando por la mano á los

enemigos, se apoderó de la batería y estrechó vivamente á los del fuerte. Rindiéronse estos salvas las vidas, mas no la libertad: algunos fueron encerrados en las prisiones de la Guaira y Puerto-Cabello; los ménos culpados expelidos del pais. Mas ántes se habia hecho sin buen éxito una tentativa de insurreccion en Maturin, dirigida por los misioneros capuchinos.

El malogro de estas reacciones mal calculadas y peor dirigidas empeoraba la situacion de los negocios sin beneficiar la causa de los realistas. Conocieron por ellas los patriotas que ya no era posible con sus enemigos ningun avenimiento: que era preciso volver al estado de cosas alterado el 19 de abril por medio de un sometimiento incondicional que los entregaria indefensos á la venganza española, ó hacer frente al peligro y arrostrarlo completo, declarando la independencia. En semejante alternativa resolvieron adoptar el último partido, que era al fin el mas noble, el mas digno de su valor y, bien considerado, el mas seguro. Se tentaria la fortuna en el campo de batalla. Si probaba favorable, la gloria estaba alcanzada, la libertad de la patria adquirida; si adversa, recibirian la muerte en generosa lid, no en los cadalsos. De todos modos la emancipacion política del pais llevaba consigo la ventaja de colocar á los españoles, á los canarios y á los naturales que les fueran adictos ó contrarios en la necesidad de descubrir sus verdaderos sentimientos. El nombre de Fernando VII, invocado por el nuevo gobierno, habia dado orígen á simuladas protestas de adhesion y fidelidad que sin comprometer las opiniones y conciencia de los realistas, facilitaban las trazas con que embarazaban en secreto la marcha del gobierno y los odios que mas tarde produjeron una guerra de esterminio.

Grande y justa ira encendió en los pechos de los republicanos el saco y quema de Cabruta, ejecutados el 2 de abril por los realistas de Guayana, y se añadió entónces el deseo de la venganza á los motivos de suyo poderosos, que los impulsaban á dar un golpe de muerte al poder español en América. El congreso sin embargo resistia, dudando si sería tiempo de dar el grito de la independencia, y previendo al ver el encarnizamiento de los realistas, el cúmulo de horrores que iban á seguirse de la guerra entre los dos partidos. Por otra parte, si recordaba la conducta de la regencia, las hostilidades y conspiraciones constantes que fomentaba Cortabarria, los robos de propiedades venezolanas hechos por el gobernador de

Puerto-Rico, y la actitud hostil de Maracaibo, Coro y Guayana, claramente veia no tener la revolucion otro medio de salud que su audazia. Lo que para un ánimo elevado es motivo de valor y grandes resoluciones, para el pusilánime lo es de miedo y vacilaciones: así habia en el congreso muchos hombres que se apoyaban en aquellos mismos hechos para proponer el retroceso como solo útil y posible. A esta division por causa de cobardía se unia la division por causa de opiniones, pues como ya hemos dicho, habia diputados que las tenian mui opuestas. Pasaba entre tanto el tiempo en inútiles discusiones sobre puntos secundarios de administracion gubernativa y económica, miéntras que el negocio capital de la independencia ó de la sumision se diferia. Con esto progresaban la incertidumbre y los desasosiegos; los republicanos mas recelosos por ser los que mas se habian aventurado en la empresa, dábanse por engañados y vendidos; los realistas para quienes cada momento de dilacion era una ventaja, trataban de prolongarla y ostentaban mayor satisfaccion y confianza cada dia.

Era llegado julio. Tres meses habian pasado sin combates de armas entre los beligerantes, y lo que es mas, sin conatos de conspiraciones. El comisionado regio, como buen hombre de pluma, creyó que con manifiestos, con enredos y las piraterías odiosas de sus corsarios era suficiente para atajar los progresos del trastorno: en Guayana no habia jefe alguno capaz de concebir un plan audaz ni fuerzas con que ejecutarlo. Ceballos era un oficial valiente y honrado, pero poco hábil; carecia de tropas veteranas, y ya por ignorancia ó por desidia, no sacó el partido que pudiera del valor, constancia y decision de los corianos: Miyáres, el capitan general, era en cuanto á cabeza un pobre hombre con mas vanidad que talento. La inmovilidad inconcebible de estos jefes produjo en los realistas el mismo efecto que la del congreso en los patriotas. Juzgáronse abandonados y perdida sin remedio la ocasion que tan á las manos se les habia venido de acabar con sus contrarios, á tiempo que estos, viendo libre el campo, volvieron con redoblado ardor á su proyecto. Dícese que los diputados republicanos atizaron el fuego de la sociedad patriótica y se convinieron con ella en que para un cierto dia concurriria á la barandilla del congreso, acompañada del mayor número de personas que pudiese reunir; y eso con el fin de sostener y aplaudir sus opiniones en la cuestion de la independencia que definitivamente iba á tratarse. Poco creible es este ama-

ño, atento que esos hombres no tenian necesidad de él, formando para entónces la mayoría del congreso; pero ello es cierto que el 5 de julio, abierta la discusion, llenaba un gran golpe de gente las tribunas y galerías de la asamblea. Nunca tanta se habia allí visto, ni jamas se observara en los oyentes el porte descomedido que en la ocasion tuvieron. Vítores y aplausos ruidosos y sin fin resonaban cada vez que tomaba ó dejaba la palabra un diputado republicano: las opiniones equívocas eran acogidas con risotadas, silbos y amenazas. Los realistas han dicho constantemente que algunos furiosos mostraron y aun blandieron con terribles ademanes á la vista del congreso armas de todas clases que llevaban escondidas; por donde intimidada la asamblea vino en declarar la independencia del pais, no de su propio movimiento y voluntad, sino verdaderamente oprimida por plebe cohechada. Falso es, porque ya hemos dicho que la mayoría de la asamblea era republicana, y ademas la conducta posterior de casi todos los que firmaron el acta memorable de aquel dia, probó que en ella estaban consignados sus verdaderos sentimientos. Los partidos en todas partes son los mismos: impacientes por llegar á su objeto, violentos si se les resiste, crueles si se les inspira miedo, mas y mas exigentes si se les complace: por do quiera el hombre es hombre, y en sus revoluciones, guerras y levantamientos se ha manifestado con los mismos errores y las mismas flaquezas. Mayormente, por desgracia, lo veremos luego; mas téngase como verdad probada que si la asamblea no estuvo entónces apoyada con la opinion general de todo el pueblo bajo, tenia á su favor la de la gente noble, rica, ilustrada y valiosa, á la que ya se debia el 19 de abril.

El congreso declaró, pues, que las provincias de Venezuela representadas en él formarian una confederacion de estados libres, soberanos é independientes, absueltos de toda sumision y dependencia de España, pudiendo como tales darse la forma de gobierno mas conforme á la voluntad general. Hé aquí la famosa acta, digna por su importancia de conservarse íntegramente en los anales de la historia patria.

ACTA DE INDEPENDENCIA.

EN EL NOMBRE DE DIOS TODO PODEROSO.

« Nosotros los representantes de las provincias unidas de CARÁCAS, CUMANÁ, BARÍNAS, MARGARITA, BARCELONA, MÉRIDA y TRUJILLO, que forman la Confederacion americana de Venezuela en el continente meridional, reunidos en congreso, y considerando la plena y absoluta posesion de nuestros derechos, que recobramos justa y legítimamente desde el 19 de abril de 1810, en consecuencia de la jornada de Bayona, y la ocupacion del trono español, por la conquista y sucesion de otra nueva dinastía, constituida sin nuestro consentimiento; queremos ántes de usar de los derechos de que nos tuvo privados la fuerza por mas de tres siglos, y nos ha restituido el órden político de los acontecimientos humanos, patentizar al universo las razones que han emanado de estos mismos acontecimientos, y autorizar el libre uso que vamos á hacer de nuestra soberanía.

No queremos, sin embargo, empezar alegando los derechos que tiene todo pais conquistado para recuperar su estado de propiedad é independencia; olvidamos generosamente la larga serie de males, agravios y privaciones que el derecho funesto de conquista ha causado indistintamente á todos los descendientes de los descubridores, conquistadores y pobladores de estos paises, hechos de peor condicion por la misma razon que debia favorecerlos; y corriendo un velo sobre los trescientos años de dominacion española en América, solo presentaremos los hechos auténticos y notorios que han debido desprender y han desprendido de derecho á un mundo de otro, en el trastorno, desórden y conquista que tiene ya disuelta la nacion española.

Este desórden ha aumentado los males de la América, inutilizándole los recursos y reclamaciones, y autorizando la impunidad de los gobernantes de España, para insultar y oprimir esta parte de la nacion, dejándola sin el amparo y garantía de las leyes.

Es contrario al órden, imposible al gobierno de España, y funesto á la América, el que teniendo esta un territorio infinitamente mas estenso, y una poblacion incomparablemente mas numerosa, dependa y esté sujeta á un ángulo peninsular del continente europeo.

Las sesiones y abdicaciones de Bayona; las jornadas del Escorial

y de Aranjuez, y las órdenes del lugar teniente duque de Berg á la América, debieron poner en uso los derechos que hasta entónces habian sacrificado los americanos, á la unidad é integridad de la nacion española.

Venezuela ántes que nadie reconoció y conservó genérosamente está integridad por no abandonar la causa de sus hermanos, miéntras tuvo la menor apariencia de salvacion.

La América volvió á existir de nuevo, desde que pudo y debió tomar á su cargo su suerte y conservacion; como la España pudo reconocer, ó no, los derechos de un rei, que habia apreciado mas su existencia que la dignidad de la nacion que gobernaba.

Cuantos Borbones concurrieron á las inválidas estipulaciones de Bayona, abandonando el territorio español, contra la voluntad de los pueblos, faltaron, despreciaron y hollaron el deber sagrado que contrageron con los españoles de ambos mundos, cuando con su sangre y sus tesoros los colocaron en el trono á despecho de la casa de Austria; por esta conducta quedaron inhábiles é incapazes de gobernar á un pueblo libre, á quien entregaron como un rebaño de esclavos.

Los intrusos gobiernos que se arrogaron la representacion nacional, aprovecharon pérfidamente las disposiciones que la buena fe, la distancia, la opresion y la ignorancia daban á los americanos contra la nueva dinastía que se introdujo en España por la fuerza, y contra sus mismos principios, sostuvieron entre nosotros la ilusion á favor de Fernando, para devorarnos y vejarnos impunemente cuando mas nos prometian la libertad, la igualdad y la fraternidad, en discursos pomposos y frases estudiadas, para encubrir el lazo de una representacion amañada, inútil y degradante.

Luego que se disolvieron, sustituyeron y destruyeron entre sí las varias formas de gobierno de España, y que la lei imperiosa de la necesidad dictó á Venezuela el conservarse á sí misma, para ventilar y conservar los derechos de su rei, y ofrecer un asilo á sus hermanos de Europa, contra los males que les amenazaban, se desconoció toda su anterior conducta, se variaron los principios, y se llamó insurreccion, perfidia é ingratitud á lo mismo que sirvió de norma á los gobiernos de España, porque ya se les cerraba la puerta al monopolio de administracion que querian perpetuar á nombre de un rei imaginario.

A pesar de nuestras protestas, de nuestra moderacion, nuestra

generosidad, y de la inviolabilidad de nuestros principios, contra la voluntad de nuestros hermanos de Europa, se nos declara en estado de rebelion; se nos bloquea; se nos hostiliza; se nos envían agentes á amotinarnos unos contra otros, y se procura desacreditarnos entre todas las naciones del mundo, implorando sus ausilios para deprimirnos.

Sin hacer el menor aprecio de nuestras razones, sin presentarlas al imparcial juicio del mundo, y sin otros juezes que nuestros enemigos, se nos condena á una dolorosa incomunicacion con nuestros hermanos; y para añadir el desprecio á la calumnia se nos nombran apoderados contra nuestra espresa voluntad, para que en sus cortes dispongan arbitrariamente de nuestros intereses, bajo el influjo y la fuerza de nuestros enemigos.

Para sufocar y anonadar los efectos de nuestra representacion, cuando se vieron obligados á concedérnosla, nos sometieron á una tarifa mezquina y diminuta, y sujetaron á la voz pasiva de los ayuntamientos, degradados por el despotismo de los gobernadores, las formas de la eleccion: lo que era un insulto á nuestra sencillez y buena fe, mas bien que una consideracion á nuestra incontestable importancia política.

Sordos siempre á los gritos de nuestra justicia, han procurado los gobiernos de España desacreditar todos nuestros esfuerzos, declarando criminales, y sellando con la infamia, el cadalso y la confiscacion, todas las tentativas que en diversas épocas han hecho algunos americanos para la felizidad de su pais, como lo fué la que últimamente nos dictó la propia seguridad, para no ser envueltos en el desórden que presentiamos, y conducidos á la horrorosa suerte que vamos ya á apartar de nosotros para siempre: con esta atroz política han logrado hacer á nuestros hermanos insensibles á nuestras desgracias, armarlos contra nosotros, borrar de ellos las dulces impresiones de la amistad y de la consanguinidad, y convertir en enemigos una parte de nuestra gran familia.

Cuando nosotros fieles á nuestras promesas sacrificábamos nuestra seguridad y dignidad civil, por no abandonar los derechos que generosamente conservamos á Fernando de Borbon, hemos visto, que á las relaciones de la fuerza que le ligaban con el emperador de los franceses, ha añadido los vínculos de sangre y amistad, por los que hasta los gobiernos de España han declarado ya su resolucion de no reconocerle sino condicionalmente.

En esta dolorosa alternativa hemos permanecido tres años en una indecision y ambigüedad política, tan funesta y peligrosa, que ella sola bastaria á autorizar la resolucion que la fe de nuestras promesas, y los vínculos de la fraternidad nos habian hecho diferir, hasta que la necesidad nos ha obligado á ir mas allá de lo que nos propusimos, impelidos por la conducta hostil y desnaturalizada de los gobiernos de España, que nos ha relevado del juramento condicional con que hemos sido llamados á la augusta representacion que ejercemos.

Mas nosotros que nos gloriamos de fundar nuestro proceder en mejores principios, y que no queremos establecer nuestra felizidad sobre la desgracia de nuestros semejantes, miramos y declaramos como amigos nuestros, compañeros de nuestra suerte y partícipes de nuestra felizidad, á los que unidos con nosotros por los vínculos de la sangre, la lengua y la religion, han sufrido los mismos males en el anterior órden; siempre que reconociendo nuestra ABSOLUTA INDEPENDENCIA de él, y de toda otra dominacion estraña, nos ayuden á sostenerla con su vida, su fortuna y su opinion, declarándonos y reconociéndonos (como á todas las demas naciones) en guerra enemigos, y en paz amigos, hermanos y compatriotas.

En atencion á todas estas sólidas, públicas, incontestables razones de política que tanto persuaden la necesidad de recobrar la dignidad natural que el órden de los sucesos nos ha restituido: en uso de los imprescriptibles derechos que tienen los pueblos para destruir todo pacto, convenio ó asociacion que no llena los fines para que fueron instituidos los gobiernos, creemos que no podemos ni debemos conservar los lazos que nos ligaban al gobierno de España, y que como todos los pueblos del mundo, estamos libres y autorizados para no depender de otra autoridad que la nuestra, y tomar entre las potencias de la tierra el puesto igual que el SER SUPREMO y la naturaleza nos asignan, y á que nos llama la sucesion de los acontecimientos humanos y nuestro propio bien y utilidad.

Sin embargo de que conocemos las dificultades que trae consigo, y las obligaciones que nos impone el rango que vamos á ocupar en el órden político del mundo, y la influencia poderosa de las formas y habitudes á que hemos estado, á nuestro pesar, acostumbrados; tambien conocemos que la vergonzosa sumision á ellas, cuando podemos sacudirlas, seria mas ignominiosa para nosotros, y mas funesta para nuestra posteridad que nuestra larga y penosa servidum-

bre, y que es ya de nuestro indispensable deber proveer á nuestra conservacion, seguridad y felizidad, variando esencialmente todas las formas de nuestra anterior constitucion.

Por tanto, creyendo con todas estas razones satisfecho el respeto que debemos á las opiniones del género humano, y á la dignidad de las demas naciones, en cuyo número vamos á entrar, y con cuya comunicacion y amistad contamos : NOSOTROS los representantes de las Provincias Unidas de Venezuela, poniendo por testigo al SER SUPREMO de la justicia de nuestro proceder, y de la rectitud de nuestras intenciones ; implorando sus divinos y celestiales ausilios, y ratificándole en el momento en que nacemos á la dignidad, que su providencia nos restituye el deseo de vivir, y morir libres : creyendo y defendiendo la santa católica y apostólica religion de Jesucristo, como el primero de nuestros deberes. NOSOTROS, pues, á nombre y con la voluntad y autoridad que tenemos del virtuoso pueblo de Venezuela, declaramos solemnemente al mundo, que sus Provincias Unidas son y deben ser desde hoi de hecho y de derecho Estados libres soberanos é independientes, y que están absueltos de toda sumision y dependencia de la corona de España, ó de los que se dicen ó dijeren sus apoderados ó representantes, y que como tal Estado libre é independiente, tiene un pleno poder para darse la forma de gobierno que sea conforme á la voluntad general de sus pueblos ; declarar la guerra, hacer la paz, formar alianza, arreglar tratados de comercio, límites y navegacion ; hacer y ejecutar todos los demas actos que hacen y ejecutan las naciones libres é independientes. Y para hacer válida, firme y subsistente esta nuestra solemne declaracion, damos y empeñamos mutuamenmente, unas provincias á otras nuestras vidas, nuestras fortunas y el sagrado de nuestro honor nacional.

Dada en el palacio federal de Carácas, firmada de nuestras manos, sellada con el gran sello provisional de la Confederacion y refrendada por el secretario del Congreso, á cinco dias del mes de julio del año de mil ochocientos once, primero de nuestra independencia.

Juan Antonio Rodríguez Domínguez, presidente diputado de Nutrias—*Luis Ignacio Mendoza*, vicepresidente diputado de la villa de Obispos—Por la provincia de Carácas, *Isidoro Antonio López Méndez*, diputado de la capital—*Fernando Toro*, diputado de Carácas—*Martin Tobar Ponte*, diputado de S. Sebastian—

Juan Toro, diputado de Valencia—*Juan German Roscio*, diputado por Calabozo—*Felipe Fermin Paul*, diputado de S. Sebastian—*José Ángel Álamo*, diputado de Barquisimeto—*Francisco Javier de Uztáriz*, diputado por S. Sebastian—*Nicolas de Castro*, diputado de Carácas—*Francisco Hernández*, diputado de S. Cárlos—*Fernando de Peñalver*, diputado de Valencia—*Gabriel Pérez de Pagola*, diputado de Ospino—*Lino de Clemente*, diputado de Carácas—*Salvador Delgado*, diputado de Nirgua—*El Marques del Toro*, diputado del Tocuyo—*Juan Antonio Diaz Argote*, diputado de la villa de Cura—*Juan José de Maya*, diputado de S. Felipe—*Luis José de Cazorla*, diputado de Valencia—*Jose Vicente Unda*, diputado de Guanare—*Francisco Javier Yánes*, diputado de Araure—Por la provincia de Cumaná, *Francisco Javier de Maiz*, diputado de la capital—*José Gabriel de Alcalá*, diputado de la capital—*Mariano de la Coba*, diputado del Norte—*Juan Bermúdez*, diputado del Sur—Por la provincia de Barínas, *Juan Nepomuceno Quintana*, diputado de Achaguas—*Ignacio Fernández*, diputado de Barínas—*Jose de Zata y Buzi*, diputado de S. Fernando—*José Luis Cabrera*, diputado de Guanarito—*Manuel Palácios*, diputado de Mijagual—Por la provincia de Barcelona, *Francisco de Miranda*, diputado del Pao—*Francisco Policarpo Ortiz*, diputado de S. Diego—*José María Ramírez*, diputado de Aragua—Por la provincia de Margarita, *Manuel Plácido Maneiro*, diputado de Margarita—Por la provincia de Mérida, *Antonio Nicolas Briceño*, diputado de Mérida—*Manuel Vicente de Maya*, diputado de la Grita—*Francisco Iznardi*, secretario.»

De este modo se vió que la colonia ménos rica y poblada, así como la ménos favorecida del gobierno español, fué la primera en romper sus vínculos de vasallaje. Las otras de luego á luego imitaron este ejemplo, y el viejo tronco del poder metropolitano, herido en sus raizes y despojado de sus ramas, vino á desaparecer del suelo de América que ántes cobijaba con su sombra. Mas tal respeto inspiraba todavía, que esta resolucion largamente diferida en Venezuela, se procuró justificar de cuantas maneras fué posible, ora en sus gazetas, ora por medio de prolijos manifiestos. El principal de estos lo publicó el congreso el 30 del mismo julio, y en él fueron mencionadas la historia sagrada y la profana, los principios del derecho y la filosofía, las violencias de la conquista y los errores

de la administracion; todo para probar que la América hacia bien en separarse de la madre patria. Polémica ociosa que no impide las guerras y atiza los odios y los rencores con violentas é injustas acriminaciones. Los españoles por su parte contestaron entónces con igual ó mayor acrimonia, y despues no se han cansado de repetir las mismas ó diferentes razones, alegando entre otras, dos mui singulares: las de ingratitud é incapazidad en los pueblos coloniales. Obsérvese que la cuestion sobre el derecho con que el gobierno peninsular hizo la conquista de América era impertinente cuando sus poseedores legítimos habian desaparecido del todo en muchos lugares, y en otros, reducidos á tribus miserables, se hallaban imposibilitados para recuperar la propiedad del territorio. Mas es ridículo que los amigos del gobierno colonial aleguen en favor de la posesion española, la conquista, la ocupacion pacífica de muchos siglos y el silencio de los indígenas: como si la usurpacion fuera mejor cuanto mas vieja, y como si la sumision y el silencio de los indígenas no hubiera provenido de su esterminio. ¿Quién ha podido jamas poner en duda el derecho que tiene un pueblo, á no depender de otro pueblo? ¿Cómo puede concebirse una razon plausible para que el gobierno de un pueblo esté fuera de su territorio? ¿Como puede ser natural y legítimo que un pueblo sea administrado por otros que sus propios hijos? Hoi las conquistas de los españoles están en manos de sus descendientes sin otro derecho que el mui legítimo de la emancipacion, que es tan justo en las naciones como en los individuos. El territorio de América habia caido por usurpacion, ó lo que es lo mismo, por conquista, en manos de los europeos, sin que el resultado justificase el motivo. Verdad es que muerto el poseedor legítimo por el usurpador violento, vino á quedar este apoderado de su latrocinio, sin duda alguna con mas derecho que otras naciones que no habian tenido ni el trabajo de conquistar ni el de matar; pero desde el momento en que mezcló su sangre con la poca indígena que quedaba, ó de cualquiera otra manera fundó sobre las ruinas del pueblo primitivo el pueblo colonial, claro está que formó el verdadero poseedor del territorio, porque este no es del que lo usurpa, sino del que nace en él, lo usa y beneficia. Pero estas, digámoslo otra vez, son inútiles cuestiones. A falta de un regulador eficaz entre las naciones, la fuerza se ha puesto en lugar de la justicia, y en ocasiones sus hechos se tienen como derechos por el bien de las sociedades.

La paz de estas exigió que la usurpacion de España fuese reconocida, porque ya estaba consumada; la emancipacion de las colonias, una vez cumplida, ha debido tener opcion al mismo privilegio; mayormente cuando le asistió para reclamar su libertad é independencia un derecho que no tuvo la conquista.

Pero hoi que vemos conseguida esa libertad é independencia, y en Venezuela un pueblo constituido sobre el sólido cimiento de leyes bienhechoras por todos y para todos sancionadas : hoi que sus progresos en la senda política, moral y material revelan que en su seno se ha efectuado un desarrollo de ciencia, de virtud y de energía : hoi que colocada por su prudencia y valor á la cabeza de las repúblicas sud-americanas, puede recordar con justo orgullo la gloria de su propia libertad y la de la libertad dada á otros pueblos : hoi en fin, que no la separa de su estado colonial sino un espacio de treinta años, que es un momento en la vida de las sociedades, lo que nos mueve á asombro es recordar que en la época de su primer congreso nacional, no habia en ella ninguno de los elementos que constituyen el poder y la grandeza de los pueblos. Hemos visto ya lo que era como colonia : factoría mal administrada, clausura sujeta á todas las obediencias, estrechada entre todas las restricciones. Los conquistadores asolaron su suelo, una compañía de tiranos mercaderes lo empobreció, sus gobernantes lo corrompieron; y así, á la ferozidad del soldado se siguió la avaricia del logrero, aliados uno y otro de magistrados por lo comun ignorantes, suspicazes y cautelosos, atentos solo á dividir para sujetar. ¿Mas para qué cansarnos? El gobierno metropolitano no dejó una sola institucion que se apoyase en los principios verdaderos de la ciencia política; una doctrina que no inculcase la obediencia absoluta; una idea que no fuese un ataque á toda libertad.

¿Con qué contaban pues los republicanos de 1811 para formar un pueblo independiente y soberano en aquel pais de servidumbre? ¿Con qué para retar al antiguo coloso de España? Ni opinion y fuerzas en el interior, ni aliados en el esterior : nada tenian. Y debian crear soldados y caudillos para guerrear, recursos pecuniarios para vivir, ideas, instituciones, cuanto se necesita, en fin, para formar una sociedad; obra la mas complicada, difícil y sublime del ingenio humano. Mayor acaso que todas estas era una dificultad que desde el principio hasta el fin de su trabajo se presentó constantemente á aquellos hombres valerosos : cada paso suyo debia

contrariar un hecho antiguo defendido por las pasiones, los intereses y las esperanzas que en su rededor se habian formado; y como todo debia ser, á mas de nuevo, opuesto á lo existente, toda conquista debia costar un combate en que la victoria se comprase al precio de la sangre.

Por fortuna sus enemigos, siempre imprudentes y desalumbrados, siguieron en su malísimo sistema de emplear para combatirlos conspiraciones mal tramadas en que el triunfo fácilmente adquirido robustecia cada vez mas la nueva causa. La declaratoria de independencia habia abierto los ojos á los realistas y causádoles un gran despecho; pero en lugar de reservar sus fuerzas para cuando los escesos inseparables de toda revolucion hubieran desacreditado aquella, quisieron atajarla en los primeros instantes de su violencia, y eso con medios inadecuados y torpes. Tal fué la conspiracion que se llamó de los Canarios.

Estos hombres perfectamente bien hallados en el pais, con deudos y familia los mas de ellos, se habian manifestado al principio mui adictos á la revolucion, ignorando acaso que ninguna puede hacerse sin grandes sacrificios. Luego al punto vieron su desengaño en los medios que se emplearon para reparar el mal de los primeros derroches, y temiendo por sus bienes, amenazados de onerosas derramas, empezaron á desear el restablecimiento del gobierno antiguo. Eran generalmente ignorantes, y debian quedar rezagados en la marcha nuevamente emprendida: superticiosos, y debia indisponerlos la tendencia reformadora de la revuelta. Con lo cual, los manejos de los peninsulares y el temor de comprometer con su conducta la seguridad de sus deudos en Canarias, de amigos se convirtieron luego en enemigos de los republicanos y formaron el designio de destruirlos por medio de otra revolucion para la cual, sin embargo, no tenian jefe, ni armas adecuadas, ni esperanza de cooperacion, ni plan concertado. Reuniéronse el 11 de julio en una pequeña llanura llamada el Teque, que está al norueste de la capital. Estaban caballeros en mulas, armados de trabucos y de sables; el pecho llevaban algunos defendido con hojas de lata, y tremolaban entre ufanos y medrosos una bandera en que estaban pintados la Vírgen del Rosario y el rei Fernando VII. El resultado correspondió á estos peregrinos preparativos, pues enterado el gobierno del asunto desde la noche anterior, envió contra aquellos pobres hombres un piquete de soldados que de luego á luego y sin

ninguna resistencia los prendieron y aherrojaron. Algunos dias despues fueron los mas culpables condenados á muerte por los tribunales y ejecutados : castigo demasiado severo acaso de un proyecto estravagante y ridículo.

Entónces sin embargo fué creido necesario, como remedio de conspiraciones, en ocasion de haber estallado una en Valencia, mas peligrosa que la anterior. Valiéndose de iguales medios que en Carácas, lograron en efecto los agentes de Cortabarria poner en insurreccion aquella ciudad. Desconocióse la autoridad del congreso y se proclamó á Fernando VII : díjose que la religion estaba ultrajada, y en su defensa se armaron casi todos los vecinos, llevando al cuello imágenes y escapularios, como ya lo hicieran los canarios. A la noticia de esta revuelta, envió el gobierno algunas tropas al mando del general Toro, y aunque este al principio logró desalojar los enemigos de los puestos avanzados que tenian en el cerro de los Corianos, cerca de la Cabrera, fué luego á su vez rechazado hasta Maracay, desde donde pidió refuerzos á Carácas. Miranda fué entónces nombrado para tomar el mando de la tropa y dió principio á las operaciones arrojando á los españoles de una fortificacion que habian levantado en el cerro del Morro : seguidamente intimó rendicion á la plaza con suaves condiciones. Aceptadas estas por los jefes españoles, se ajustó luego al punto una capitulacion en virtud de la cual entró Miranda en la ciudad el 13 de julio. Pero ¡ cosa singular ! Por falta de convenientes precauciones quedaron con sus armas los rendidos y, ó porque viesen en el descuido de los vencedores una coyuntura favorable para destruirlos, ó porque la sumision hubiese sido aparente, salieron de los cuarteles y dando sobre las tropas de Miranda, las obligaron á retirarse desordenadamente á Guacara. La fortuna de estas y su jefe fué la noche, que siendo mui oscura, favoreció su movimiento; y con todo perdieron el bagaje, las municiones, parte del armamento y el hospital, sobre el cual se ensañaron los enemigos hasta el punto de degollar á los enfermos. Despues de esta traicion continuó la guerra con nueva actividad por espacio de algunos dias, hasta que el 12 de agosto atacó Miranda la ciudad con todas sus fuerzas. Defendiéronse los de adentro valerosamente ; pero reducidos para el 15 al recinto de la plaza mayor, perdida la flotilla que tenian en el lago y no pudiendo contar con socorro alguno de fuera, se dieron á partido sin condiciones, por haber rechazado Miranda las que le propusie-

ron. Así se terminó aquella corta aunque sangrienta campaña que costó al gobierno mas de 800 muertos y 1500 heridos, sin contar los muchos americanos que perdieron la vida peleando en las filas de los españoles. Miranda no quiso deshonrar su triunfo con la venganza, castigando por sí mismo y á usanza militar á los autores de la perfidia que estuvo á pique de perderle. Fueron sí presos, juzgados y condenados á muerte por los tribunales; pero el congreso, imitando la clemencia del general, los indultó luego de la pena capital conmutándola por otras. Ejemplo este de las contradicciones que se observan con frecuencia en los partidos, de la misma manera que en los hombres; porque ¡cuán diferente no era esta conspiracion de la de los isleños, de quienes se triunfó sin derramar una sola gota de sangre!

Con la sumision de Valencia se creyó alejado por mucho tiempo el mal de la guerra; pero otro no ménos grave afligia ya el naciente estado, y era la pobreza: mal que parece inherente á todos los gobiernos fundados por medio de revoluciones en que se altera el sistema entero de la administracion. Habíanse gastado sin ninguna economía gruesas sumas de dinero que se hallaron el 19 de abril, ya depositadas en manos de varios comerciantes para ser enviadas á la Península, ya sobrantes de la alcabala, las aduanas y el tabaco. Toda alteracion en el órden público produce inmediatamente la paralizacion del comercio interior y esterior, porque el primer sentimiento que inspira es la desconfianza. Desterrar esta por medio de un respeto profundo á la propiedad y evitando las contribuciones estraordinarias por medio de una severa economía, es en semejantes casos la mas sana manera de impedir el deterioro de las rentas públicas y la estagnacion de los fondos particulares. Pero ¿cómo evitar el derroche en aquellos primeros momentos en que revuelta y confundida la sociedad quiere cada uno sacar de ella su jiron? ¿Cómo impedir el establecimiento de nuevos empleos para los ambiciosos, el pago de las opiniones que se venden y la satisfaccion de innumerables necesidades que asaltan á toda obra nueva y trabajosa? De aquí viene que pasados pocos dias despues de un cambiamiento político, muchos revolvedores se han enriquecido, el gobierno se ha arruinado y el azote de empréstitos, derramas y donativos se descarga sobre el pueblo sin mas fruto que el de hacerle enemigo de la revolucion. Entre los diversos arbitrios inventados para salir de apuros en casos semejantes, el peor sin duda

alguna es el de sustituir el numerario con *billetes* que representen su valor ó, mejor dicho, con una moneda de papel. De este echó mano el congreso para poner en circulacion un millon de pesos fuertes, bajo la hipoteca de la renta del tabaco; hipoteca nula é irrisoria, porque sus productos no se reservaron en cantidad proporcionada para cubrir la suma, ni por ellos se cambiaba el papel segun la voluntad de los particulares. Allí como en todos los paises donde se ha intentado plantear ese desacierto económico, fueron unos mismos los efectos. El numerario desapareció, porque nadie queria trocar realidades por ilusiones: los precios de todas las cosas subieron, porque era necesario buscar una compensacion á las pérdidas que se veian como inevitables, disminuyendo de hecho el valor del papel; los comestibles de primera necesidad escasearon, porque al fin nadie queria recibirlo, á pesar de las severas penas impuestas al que lo rehusase; y se siguió el hambre, la ruina de los pobres, la desercion del soldado, á quien el gobierno pagaba una suma puramente nominal, los escesos de la plebe y el descrédito del gobierno.

Por fortuna todos estos males no se desarrollaron al principio con la espantosa energía que tomaron despues, y el congreso confiando en el porvenir con todo el candor de la inesperancia y de la buena fe, continuaba discutiendo la constitucion política que debia darse al nuevo estado. Asunto fué este de largas y acaloradas discusiones en que se citaron las instituciones republicanas de otros pueblos, procurando acomodarlas á las circunstancias peculiares del de Venezuela. Fácil es concebir que los legisladores se inclinaron con preferencia á esta especie de gobierno, pues por una parte el pais no tenia elementos aristocráticos de gran estension y fuerza, y por otra la revolucion se habia hecho por los hombres mas ilustrados de todas las clases, sin distincion de timbres y riqueza. La grande invencion política del mundo moderno, es á saber, el gobierno popular representativo, donde se consagra la igualdad de derecho y el triunfo constante de la opinion pública, donde la voluntad general constituida en soberano es la que tiene facultad para querer, juzgar y ejecutar, donde en fin existen la democracia sin desórden, la aristocracia sin privilegios, la monarquía sin despotismo, fué, pues, la que aspiraron á plantear en su patria, ora llevados de su belleza, ora animados por el magnífico ejemplo de la primera y mas pujante de las repúblicas de América. Así opi-

naba el mayor número de diputados, y entre ellos los mas jóvenes y elocuentes, Uztáriz, Yánez, Roscio, cabezas llenas de entusiasmo, corazones idólatras de la libertad. Otros á quienes Miranda dirigia, no ménos puros patriotas, aunque desconfiados, y acaso mejor instruidos en la situacion del pais, deseaban el sistema republicano, pero con modificaciones mas favorables á la fuerza del gobierno, que á la del pueblo. Así, segun ellos, era preciso á fin de conseguir la energía que necesitaba la revolucion para luchar contra los diversos obstáculos que iban á embarazar sus progresos; así para regir un pais cuyas circunstancias morales y políticas no tenian la mas pequeña analogía con las del pueblo que se queria tomar por modelo en la legislacion constitucional. Los Estados-Unidos del Norte, decian, eran república ántes de su separacion de la madre patria, tanto por sus ideas como por sus costumbres: allí la intervencion de los ciudadanos en los negocios públicos y en el establecimiento de las contribuciones, la responsabilidad de los agentes del poder, la justicia administrada por jurados, la teoría entera de la libertad, fué aprendida, practicada y perfeccionada durante la época colonial, no solo á ejemplo de la metrópoli, sino con su consentimiento: allí el puritanismo (la mas democrática de todas las sectas) estableció las creencias políticas y religiosas mas liberales con el entusiasmo y la fuerza del fanatismo perseguido, con el zelo laborioso de una idea que funda una patria; allí, creado y dispuesto todo de antemano para la libertad y la independencia, no hubo nada que alterar, nada casi que añadir, cuando la emancipacion constituyó en derecho el hecho ya preexistente de la soberanía. ¿Qué semejanza se hallaba, pues, entre aquel pueblo y el venezolano? Y si como era evidente no existia la mas pequeña, ¿cómo se queria regir al uno con las mismas instituciones que en el otro prosperaban por haber sido introducidas desde sus primeros años coloniales? Locura rematada era pensar que el mejor de todos los sistemas políticos se mantuviese por sí mismo, sin el apoyo de la nacion; y esta no tenia ni opiniones formadas, ni tan siquiera la capazidad necesaria para comprender la estructura de un gobierno que no fuera el sencillo y claro despotismo.

Razones escelentes que, como era natural, fueron desatendidas en el primer calor de la revolucion, pues no era posible que deteniéndose esta en el comienzo de su carrera, manifestase una cordura que solo puede conseguirse con la esperencia. Con los partidos

no valen razones, sino hechos: mas se los irrita cuanto mas se procura convencerlos. Atentos solo á alcanzar el objeto que una vez se propusieron, todo hecho, toda idea interpuesta entre él y ellos es un obstáculo, todo obstáculo un crímen. Así Miranda y sus parciales sin recabar cosa alguna del congreso, se hicieron sospechosos para con los republicanos exagerados, y estos haciendo plegar á su impulso la opinion, triunfaron completamente. La constitucion decretada y firmada el 21 de diciembre fué obra de sus manos.

Adoptóse pues el sistema federal, la sociedad de sociedades, como dice Montesquieu, y entraron á componerla las siete provincias que habian enviado diputados al congreso, reservándose cada una el derecho de gobernarse por sus propias leyes, y cediendo una parte de su soberanía para constituir un jefe comun y un congreso general encargado de ciertos y determinados negocios.

Ningun código político antiguo ni moderno se aventaja al venezolano de 1811 en la filantropía de sus principios, en el respeto consagrado á los derechos individuales y populares, en las precauciones tomadas contra el despotismo. Pero jamas nacion alguna adoptó una lei constitucional ménos apropiada á sus circunstancias, mas en contradiccion con sus intereses, ménos *revolucionaria*, en fin.

Reconocido como basa del gobierno el sistema representativo, se declaró que la soberanía ó el poder de arreglar ó dirigir los intereses de la comunidad residia esencial y originariamente en el pueblo, y debia ejercerse por medio de apoderados elegidos conforme á la constitucion. Ese poder, dividido segun los atributos de la sociedad, en legislativo, ejecutivo y judicial, debia estar confiado á diferentes cuerpos, independientes entre sí, para impedir la tiranía.

En un pueblo donde reunidos los habitantes estableciesen las leyes y diesen curso á todos los asuntos de la administracion pública, el gobierno seria esencialmente democrático. En el sistema popular representativo, donde el ejercicio de la soberanía no reside en la nacion, sino en las personas á quienes ella lo ha delegado, el gobierno es esencialmente electivo. El congreso no concedió sin embargo á todo hombre indistintamente el derecho de nombrar ó ser nombrado diputado, porque es claro que la igualdad absoluta no existe en parte alguna. Se exigieron en el ciudadano ciertas condiciones de naturaleza, residencia, propiedad, estado,

profesion y luzes, como garantías de acierto en la eleccion y de interes por la república. La justicia de este método era evidente, porque conservaba á la sociedad el derecho con la restriccion, y á nadie se negaban los medios de conseguir la facultad.

La verdadera y única igualdad posible consiste en que todos los ciudadanos tengan unos mismos derechos, y de aquí se deriva otro atributo esencial del gobierno republicano: la alternacion en las funciones públicas. Útiles ú onerosas, deben todos por los mismos medios y con las mismas condiciones desempeñarlas. En semejante sistema todo pues debe ser temporal y transitorio en materia de empleos.

No hai lei sin pena: no puede haber libertad para el pueblo con inviolabilidad para el gobernante. De otro modo seria la nacion esclava de los poderes que ha constituido. Si estos abusan de la lei para oprimir, de las armas para subyugar, debe haber medios legales para contenerlos y castigarlos. La constitucion proveia de remedio al mal, y en estremo cautelosa y previsora, multiplicó las precauciones para impedirlo. Ninguna medida violenta y tumultuaria se debia emplear con todo para ello. Libertad de elecciones en periodos determinados: derecho de peticion: de acusacion: el de escribir, imprimir y publicar los pensamientos y opiniones; hé aquí las reservas generales. Pero como el poder que tiene en sus manos la fuerza es el que se halla siempre con mas medios y disposicion para aumentarlo con perjuicio del estado, añadiéronse otras peculiares al ejecutivo. A semejanza del primer consulado frances, debia ejercerse por tres individuos en la misma forma y manera que ya estaba de antemano establecido: durarian estos cuatro años en el ejercicio de sus funciones, al fin de los cuales serian reemplazados: necesitaba de previo aviso, consejo y consentimiento del senado para concluir tratados y negociaciones con las potencias estranjeras y para el nombramiento de empleados diplomáticos, y juezes de la corte suprema de justicia; para conceder grados militares y otras recompensas honoríficas ó pecuniarias: para continuar la guerra defensiva y para emprender la ofensiva: debia dar cuenta anual al congreso del estado de la nacion: no podia presentar al cuerpo legislativo proyectos de lei formados ó redactados como tales: su sancion, en fin, era necesaria á las leyes para que tuviesen fuerza de tales, á ménos que el congreso

insistiese en llevarlas á efecto como habian salido de sus manos, en cuyo caso serian válidas.

Así por estas restricciones cuanto por las facultades concedidas al congreso general, era este cuerpo el que por escelencia ejercia la soberanía comun. A él en efecto estaban confiadas las relaciones estranjeras, la defensa de los estados confederados, la conservacion de la paz pública contra las conmociones internas, ó los ataques esteriores, el arreglo del comercio esterior y el de los estados entre sí, el alistamiento y conservacion de los ejércitos, la construccion y equipo de bajeles de guerra, la celebracion de tratados y alianzas con otras naciones, la guerra y la paz, la imposicion de contribuciones indispensables para estos fines ú otros convenientes á la seguridad, tranquilidad y felizidad comun, con plena y absoluta autoridad para establecer las leyes generales de la Union y para juzgar y hacer ejecutar cuanto en ellas quedase determinado y resuelto. Dividíase en dos cámaras cuya voluntad se requeria para la formacion de las leyes; pero que discutian separadamente sus disposiciones. Eran libres é inmunes sus miembros durante las sesiones periódicas del congreso é irresponsables en todo tiempo por las opiniones que emitiesen.

En la estructura del gobierno se procuraba sin embargo que el poder ejecutivo y el judicial conservasen la independencia necesaria para no ser instrumentos ciegos de las pasiones del congreso. Para ello tenia el primero facultades propias adecuadas á su instituto de ejecutar, mandar y dirigir: el segundo, confiado á un tribunal supremo, conocia privativamente de ciertos negocios generales de justicia, con absoluta separacion de los demas poderes públicos.

Este era el gobierno comun. El particular de cada estado ó provincia confederada debia tener por basa los principios fundamentales del sistema político adoptado, y ser aprobado por el congreso. En todo lo que por el pacto federal no estuviese espresamente delegado á la autoridad general de la confederacion, conservaria cada una de las provincias que la componian su soberanía, libertad é independencia; y en uso de ellas tendria el derecho esclusivo de arreglar su gobierno y administracion territorial bajo las leyes que juzgase convenientes, con tal que no fuesen de las comprendidas en la constitucion, ni se opusiesen ó perjudicasen á los pactos federativos que en ella se establecian.

Un capítulo relativo á los derechos del hombre señalaba los que el nuevo gobierno reconocia en toda la estension del nuevo estado. En él se decia que el pacto social aseguraba á cada individuo la posesion y goze de sus bienes, sin lesion del derecho que los demas tuviesen á los suyos. Ningun ciudadano seria reconvenido en juicio, acusado, detenido, preso ni castigado, sino en los casos y forma determinados por la lei. Todo hombre debia presumirse inocente hasta que fuese declarado culpable con arreglo á las leyes. La casa de todo ciudadano seria un asilo inviolable, fuera de algunos pocos casos en que la autoridad podia penetrar en ella bajo su responsabilidad. Todos los estranjeros de cualquiera nacion que fuesen se recibirian en el estado, y sus personas y bienes gozarian de la misma seguridad: los españoles y canarios no estaban escluidos ni aun de la candidatura presidencial, con tal que se hubiesen hallado en Venezuela al tiempo de la independencia política, que la hubiesen reconocido y jurado, y contribuyesen á sostenerla. Todo tratamiento que agravase la pena determinada por la lei era un delito. El uso de la tortura quedaba abolido perpetuamente. Ninguna sentencia pronunciada por traicion contra el estado ó por cualquiera otro delito arrastraria infamia á los hijos y descendientes del reo. No habria fuero alguno personal: la naturaleza de las materias determinaria los magistrados á quienes perteneciese su conocimiento; y los empleados de cualquier ramo se sujetarian á su juicio como los demas ciudadanos.

Un capítulo de disposiciones generales daba fin á la constitucion. Ordenaba una de ellas la creacion de escuelas, academias y colegios para la instruccion de todos los ciudadanos indistintamente. Revocábanse las leyes del anterior gobierno que concedian ciertos tribunales, protectores y privilegios de menor edad á los indios, los cuales quedaban igualados á los demas venezolanos en deberes y derechos. El comercio inicuo de negros, prohibido ya por la junta suprema, quedaba solemne y constitucionalmente abolido. Del mismo modo que anuladas en todas sus partes las leyes antiguas que imponian degradacion civil á una parte de la poblacion libre de Venezuela, conocida hasta allí con la denominacion de *pardos*, y estos restituidos al goze de los derechos que les correspondian como á los demas ciudadanos. Los títulos de nobleza, los honores ó distinciones hereditarias se declaraban estinguidos: la duracion

de un empleo ú oficio dependeria de la buena conducta de los que los sirviesen.

El mismo dia de la declaratoria de la independencia adoptó el congreso para la república el pabellon amarillo, azul y rojo que enarboló Miranda sobre las costas venezolanas en su espedicion de 1806. Ahora disponia que en todos los escritos oficiales se añadiese á la era comun la colombiana, palabra que aquel gran patriota empleó el primero en honor de Colon, para significar los paises que se libertasen en el Nuevo-Mundo del yugo colonial.

« Confiamos, dijo al concluir, confiamos y recomendamos la « conservacion é inviolabilidad de esta constitucion á la fidelidad « de los legisladores, del gobierno, de los juezes y empleados de la « Union y de las provincias, y á la vigilancia y virtudes de los « padres de familia, madres, esposas y ciudadanos del estado. »

Vano encargo que no debia salvar las nuevas instituciones de la tormenta que se preparaba, moyormente cuando sus propios defectos debian acelerar su caida. Aun ántes de ser promulgadas se habian concitado enemigos en el seno mismo del congreso. Miranda, persuadido de su ineficazia, las firmó en calidad de vice-presidente del cuerpo, pero con reparos acerca de varios puntos importantes: ocho diputados clérigos unos, otros devotos, protestaron al estampar su nombre contra la disposicion que abolia el fuero eclesiástico. El primer artículo de la constitucion declaraba que la religion católica, apostólica, romana era tambien la del estado, y la única y esclusiva de los habitantes de Venezuela. Mas todo esto no satisfizo los deseos del clero, apegado como todas las clases privilegiadas tanto á la teoría de su institucion, como á los privilegios de sus personas. Entre estos el que mas les interesaba era el fuero, verdadera barrera que al separarle del pueblo y del gobierno le ponia fuera del alcanze de la justicia pública, le constituia poder independiente en la sociedad, y á la influencia de sus funciones, grandes y de profunda importancia, añadia la esencion aristocrática de la inviolabilidad. El clero, pues, quedó disgustado con la constitucion.

Grande era con todo la confianza que tenia el congreso de verla, no solo adoptada por los diferentes estados de la Union, sino planteada sólidamente en el pais, respetada y dichosa. Lo primero se vió luego del todo realizado. El partido republicano de las provincias acogió la constitucion con el entusiasmo y regocijo que debian jus-

tamente inspirar sus disposiciones filantrópicas y la nueva carrera que abria á nobles ambiciones; pero pronto veremos que la suerte no favoreció con igual resultado la segunda parte de aquel voto.

Con mas esperiencia ó mayor conocimiento en la historia de las revoluciones, él mismo hubiera podido preverlo. La desarmada y pobre Venezuela habia arrojado la prenda del combate á su antigua y poderosa señora en un momento en que, atacada esta sobre su propio territorio por un enemigo formidable, necesitaba de toda su fuerza y energía para conservar su independencia. Mas esa lucha no podia prolongarse muchos años, segun eran de estraordinarios y violentos el esfuerzo y la reaccion, la ambicion del usurpador y el patriotismo del pueblo. Vencedora ó vencida, España debia reposarse y volver su atencion hácia aquellos antiguos dominios que habian constituido su grandeza. La regencia habia heredado de la fugitiva y desacreditada junta central un poder que apénas se estendia á pocas leguas de Cádiz; y la regencia encargó á Cortabarria la ejecucion de proyectos hostiles con recursos y fuerzas escasas, ó ningunas. Las cortes estraordinarias se habian reunido en un tiempo poco ménos calamitoso, cuando la libertad del suelo era un problema hasta para los mas confiados; y las cortes estraordinarias, léjos de aceptar la propuesta que les hizo Inglaterra de mediar entre ellas y las colonias rebeladas, diferian de un dia para otro el considerar tan importante negocio. Verdad es que la nacion mediadora, llevada siempre de propio interes, pedia su comercio directo con las provincias alteradas, y que España no podia variar de un golpe el sistema mercantil de sus establecimientos ultramarinos, sin causar por el pronto y repentinamente el mas completo trastorno en los intereses fabriles y comerciales de sus súbditos peninsulares; pero esto debia probar que ella contaba con mantener su dominio en América, sin variar un ápice del sistema que hasta entónces la rigiera. La amenaza, pues, estaba hecha: el golpe por hallarse diferido no debia ser ménos fuerte y destructor. Ademas, la guerra civil estaba comenzada, la sangre habia corrido en el campo de batalla y en el cadalso. Unas provincias arrastradas por la novedad, el ejemplo de Carácas y los esfuerzos de unos cuantos hombres de accion y energía, se manifestaban adictas á las reformas: otras trabajadas en sentido contrario por los realistas, se habian opuesto al movimiento; y mas entusiasmo se notaba en estas que en aquellas. El estado interior del pais era alarmante. El

trabajo habia perdido su actividad, ora con motivo de la organizacion de tropas, ora porque los espíritus distraidos con las pasiones políticas, habian desviado los brazos de sus ocupaciones habituales. El comercio esterior estaba atacado á un tiempo por la desconfianza y los corsarios: el interior por la desconfianza y el papel moneda. Este, falsificado con facilidad, se habia aumentado considerablemente y producido miseria y escesos. Con él se pagaba á los empleados públicos y á la tropa: con él se pagaban los réditos y las deudas: con él todo lo que no podia cambiar de precio por voluntad del poseedor; así que, los agentes del gobierno, el soldado, los propietarios, los trabajadores de jornal ajustado, los acreedores de cualquier especie y otras clases de personas, perecian ó se arruinaban viéndose obligados á recibir por el valor nominal una moneda ficticia que en el cambio no valia sino la décima parte de la acuñada. No acostumbrado el pueblo á los trabajos y fatigas de la guerra, huia de la recluta: ajeno á aquellas novedades, mui ignorante para comprender los principios, mui indolente y perezoso para conmoverse fácilmente, oía, veía y se estaba quieto ó procuraba esconderse. Hervian las tramas secretas y las seducciones de Cortabarria á proporcion que todas estas causas aumentaban el número de descontentos, y el congreso no podia oponerles ni opinion pública, ni fuerzas materiales.

Evidente era, pues, la necesidad de una accion fuerte que aplicasen el gobierno, la policía y las ideas revolucionarias á los hombres y á las cosas, para hacerlas concurrir al logro de un intento arriesgado y combatido. Era preciso agitar las pasiones, crearlas, por mejor decir, para circunstancias enteramente desconocidas; y eso no era dado al influjo de leyes nuevas, mui buenas, pero flojas y de dudosa aplicacion. Obstáculos estraordinarios requieren poder estraordinario: una tarea inmensa pedia esfuerzos gigantescos. « Vuestra conducta, decia el congreso á los venezolanos, dará al « mundo el primer ejemplo de un pueblo libre, sin los horrores de « la anarquía ni los crímenes de las pasiones revolucionarias... Si « la Europa no tuviese nada que admirar en vuestra constitucion, « confesará por lo ménos que son dignos de ella los que han sabido « conseguirla sin devorarse entre sí.» Veinte años despues de escritas estas palabras, Venezuela, ya independiente de España, libertadora de otras naciones, llena de glorias marciales, mucho mas ilustrada, é instruida con númerosos ensayos legislativos, no podia lisonjearse

de poseer un gobierno sólidamente establecido. ¡ Ciega confianza de aquellos hombres buenos, puros, é inespertos ! Su poder ejecutivo repartido entre tres individuos y su democracia representativa, cuando la guerra era inminente, el trastorno seguro y el pueblo tibio ó mal dispuesto, eran sueños vanos que un terrible despertamiento iba en breve á disipar.

AÑO DE 1812.

Era llegado febrero de 1812 y designada Valencia por capital del estado, suspendió sus sesiones el congreso el dia 15 para reunirse en aquella ciudad el 1º de marzo.

La guerra civil suspendida en el occidente, continuaba en las riberas del Orinoco. Desde principios del año anterior habia destinado el gobierno algunas tropas á ocupar y guarnecer las poblaciones de la orilla izquierda de aquel rio, aunque con órden de estar solamente sobre la defensiva. Así en efecto permanecieron muchos meses, sin mas fruto que ver relajada la disciplina y considerablemente disminuidas las filas por la desercion y las enfermedades. En esta inaccion y descuido las sorprendió el enemigo, atacando á la vez los pueblos de Santa Cruz y de la Soledad : apoderado de ellos, obligó á los patriotas á retirarse á Tabasca y á la villa del Pao de Barcelona.

Con esta ventaja cobraron energía los realistas, hasta el punto de hacer frecuentes y devastadoras correrías en tierras de Cumaná, Barcelona y Barínas : dueños del rio, sorprendian con mucha facilidad las poblaciones indefensas, y sin daño alguno se retiraban luego cargados de despojos. Su actitud llegó á ser tan amenazadora, que el gobierno conoció la necesidad de organizar un ejército capaz de infundirles respeto, y para ello exigió á cada provincia su contingente de hombres, armas y dinero, y nombró jefes instruidos que diesen á aquellas tropas nuevas la conveniente organizacion y disciplina. Tres coroneles españoles (Francisco González Moreno, Manuel Villapol y Francisco Solá) que habian tomado parte en la revolucion, fueron enviados á Guayana con gente de Cumaná, Barcelona y Carácas. A esta operacion debian concurrir algunas fuerzas de mar suministradas por Cumaná y Margarita.

Miéntras que las tropas de tierra se acercaban por varias direcciones á la orilla izquierda del Orinoco, entraba en el rio la escuadrilla, compuesta de diez y nueve lanchas cañoneras, por el caño de Pedernales. En el lugar en que este se junta con el de Macareo, encontró algunas embarcaciones de guerra que allí habian apostado los realistas para disputarle el paso, y con ellas trabó combate el 27 de febrero. Fué el éxito adverso para los españoles, los cuales huyeron á Guayana la Vieja, dejando una goleta en manos de los patriotas. Estos viendo libre el paso, continuaron subiendo el rio en busca de las tropas de tierra, y encontrando en Barrancas las de Moreno y Villapol, las trasladaron á las inmediaciones de Angostura. Las que mandaba Solá habian pasado casi al mismo tiempo á la orilla derecha, ocupando el pueblo de Muitaco. Otra escuadrilla española se presentó allí, dando muestras de querer hacer un desembarco; pero habiendo entrado su jefe en conferencias con el republicano, de quien era amigo y compatriota, se retiró luego rio abajo, y Solá continuó su marcha hasta Angostura, á cuyas inmediaciones se reunió con los otros jefes en los primeros dias de marzo.

Empeñados estaban los republicanos en su errado sistema de querer hacer la guerra por medio de negociaciones, guiados siempre por el principio de ahorrar el derramamiento de sangre; principio humano, sin duda, por la intencion que lo dictaba, pero cruel en sus efectos y perniciosísimo en aquellas circunstancias. Un partido débil, sin caudillos conocidos y respetados, amenazado de varios enemigos, debe triunfar de ellos prontamente, supliendo la fuerza del número con la energía; pero capitular en vez de combatir es declararse impotente, dar tiempo al contrario para volver de su primera sorpresa, prolongar la lucha é inutilizar los sacrificios destinados á salvar la nacion. Así sucedió aquí. Léjos de acometer la ciudad, que no podia oponerles larga resistencia, malgastaron el tiempo los jefes haciendo inútiles intimaciones, enviando y recibiendo parlamentarios y discutiendo transacciones que los españoles les hacian entrever como posibles para entretenerlos miéntras se preparaban á castigarlos. Para esto los patriotas habian tenido la imprudencia de despachar sus bajeles rio abajo á ocupar la ensenada de Sorondo en la ribera izquierda, pocas leguas al este de Guayana la Vieja. Esta operacion, aunque tuviese por objeto velar los movimientos de los buques españoles que se habian guarecido del cañon de la fortaleza, era absurda, por cuanto dejaba espedita

la comunicacion entre ellos y los que se habian retirado á Angostura despues de la entrevista de su jefe con Solá. Conocieron los realistas el error y al punto se aprovecharon de él: juntaron sus fuerzas navales en Guayana la Vieja y el 26 atacaron en Sorondo las fuerzas sutiles republicanas. Estas, aunque superiores en el número, eran mui inferiores en la calidad y porte de las embarcaciones. Pelearon sin embargo valerosamente hasta que apénas hubo quedado hombre vivo sobre cubierta: algunos lograron escapar arrojándose al agua y ganando á nado la ribera: los buques todos quedaron en poder del vencedor.

Los jefes que estrechaban á Angostura dieron muestras de querer aprovechar la ausencia de la armadilla española para acometer la plaza; pero todo se redujo á una sorpresa intentada sin fruto contra el primer puesto avanzado del enemigo. Con este motivo hubo en los dias siguientes algunas escaramuzas insignificantes que se prolongaron sin lance ninguno decisivo hasta el 28, dia en que vieron llegar la escuadrilla vencedora llevando á remolque la vencida. Creyéronse perdidos los patriotas, viéndose sin retirada; y desde entónces se manifestó en su campo la confusion y el desórden. Emprendióse la retirada el 29: Villapol logró salvar su division llevándola á Maturin, donde se fortificó: Moreno y Solá abandonaron las suyas en el pueblo de Tapaquiri, pretestando que iban á buscar embarcaciones para trasladarlas á la orilla izquierda del rio. Nunca volvieron; y su tropa vagando por allí sin cabeza que la guiase, sin mantenimientos y sin esperanza de salud, se vió obligada á rendirse á discrecion.

Tampoco en el occidente de la república se habia mostrado la fortuna favorable á la causa de los americanos. El brigadier Don Juan Manuel Cagigal habia llegado á Coro llevando consigo algunos jefes militares, armas, pertrechos y dinero para hacer la guerra á las provincias sublevadas. Con estos ausilios se creyó bastante fuerte Cevállos para tomar la ofensiva, y destacó una partida al mando del coronel Julian Infante para hacer un reconocimiento en territorio de Carora. En el valle de Baragua encontró izquierdo un destacamento de patriotas, lo sorprendió y derrotó, tratando con crueldad á los prisioneros. Algunos corianos se adelantaron intrépidamente hasta Carora, donde mandaba el comandante Gil un cuerpo de 600 republicanos; pero atacados á su vez y deshechos, esperimentaron una justa represalia. Cevállos á pesar de esto no llevó

mas adelante la invasion, y el repliegue de su cuerpo avanzado hizo creer que por aquel punto las hostilidades iban nuevamente á suspenderse.

Mas entre los jefes que habia llevado á Coro Cagigal se hallaba un capitan de fragata, llamado Domingo Monteverde, natural de Canarias; hombre este sin talento ni instruccion, pero en estremo petulante, confiado y vano. Deseoso de mandar y hacer papel, dábase mucho movimiento para llamar la atencion hácia su persona, de modo que Cevállos, hombre sencillo y de pocos alcanzes, le escogió entre muchos para que con una partida de 250 hombres fuese á proteger cierta revolucion que á favor de los españoles se tramaba en el pueblo de Siquisique. Tuvo esta lugar el 15 de marzo, acaudillada por el indio Réyes Várgas á quien el gobierno de Venezuela habia hecho capitan sin ningun merecimiento: así fué que Monteverde sin haber hallado oposicion en su camino ocupó aquel pueblo el 17, y viendo considerablemente aumentada su tropa con la del infiel cacique, marchó rápidamente sobre Carora. En esto traspasaba sus instrucciones, que le mandaban esperar en Siquisique nuevas órdenes; y esta primera desobediencia debió ser tambien su última hazaña y el término de su carrera, si la ciega fortuna no se hubiera empeñado en protegerle, convirtiendo en aciertos sus mas torpes errores. El comandante Gil que, como se ha dicho, mandaba la guarnicion de Carora, era un oficial intrépido ó inteligente: sus tropas, superiores en número y armas á las de Monteverde, podian ser ausiliadas de Barquisimeto, en donde se hallaba con el grueso del ejército republicano el coronel español Diego Jalon, partidario de la revolucion: en todo caso tenian hácia aquella ciudad una retirada fácil y segura, al paso que la pérdida de todos los españoles era inevitable si esperimentaban un reves, habiéndose internado mucho en pais enemigo, con débiles fuerzas y á gran distancia del cuerpo principal. Pero quiso la buena suerte del isleño que cuando atacaba á Carora, una cruel dolencia privaba á los independientes de su jefe. Afligidos y desconcertados estos, no atinaron á defenderse: la resistencia fué débil y completo el triunfo de Monteverde, el cual ocupó la ciudad seis dias despues de su entrada en Siquisique.

Cuando la noticia de estos sucesos llegó á Carácas, se hallaba aquella desgraciada ciudad y todos los pueblos situados cerca de la gran cordillera hasta Mérida en la mas espantosa desolacion. El 26

de marzo era Juéves Santo : todos los templos se hallaban henchidos de gente que acudia segun costumbre á las pomposas ceremonias del culto católico : el dia estaba puro y sereno : una luz brillante hacia mas que nunca hermoso el cielo no siempre alegre de Carácas ; y á pesar de la pobreza pública y de las divisiones políticas, un pueblo numeroso unido por las mismas creencias y doctrinas religiosas parecia haber olvidado por un momento su situacion y sus desavenencias. A las 4 y 7 minutos de la tarde se estremece repentinamente la tierra con una violencia espantosa : pocos segundos despues los templos, los edificios públicos mas importantes crujen, se desquebrajan y caen con fragor temeroso, sepultando debajo de sus ruinas millares de habitantes. Fué aquello como el efecto del rayo, pronto, terrible, inevitable. Barrios enteros de Carácas, el caserío todo en otras partes vinieron á tierra. La Guaira, Barquisimeto y Mérida no ofrecian á la vista sino un monton confuso de escombros y despojos humanos. San Felipe habia desaparecido : Valencia y otras poblaciones lloraban tambien estragos infinitos de aquella inesperada catástrofe. Rara familia no tuvo que lamentar la pérdida de alguno de sus miembros : otras enteramente perecieron. Los que quedaron con vida se ocuparon en remover las ruinas para estraer y quemar los cadáveres. Estrañas y dolorosas escenas interrumpian con frecuencia esta triste faena ; que á vezes en aquellos cuerpos horriblemente mutilados reconocian hombres y mujeres las prendas de su amor ó de su amistad. El miedo y la confusion eran generales, y como la mayor parte de los habitantes se establecieron en las plazas y los campos, temerosos de un nuevo temblor, los malhechores se regaron por do quiera, y á tantas lástimas añadieron el robo y los crímenes.

Dictó el congreso para remediar estos males varias providencias mas ó ménos acertadas. Hallábase reunido, como hemos dicho, en la ciudad de Valencia, y por las últimas elecciones perfeccionadas con arreglo á la constitucion, quedaron nombrados para ejercer el poder ejecutivo, como principales, los ciudadanos Fernando Toro, Francisco Javier Uztáriz y Francisco Espejo ; como suplentes de estos Francisco Javier Maiz, Juan German Roscio y Cristóbal Mendoza. La medida mas importante que adoptó en aquellas circunstancias fué la de autorizar por un decreto al poder ejecutivo para que ejerciese todas las facultades que la constitucion atribuia á los grandes poderes. Esto equivalia á crear una dictatura con todos

sus inconvenientes y sin ninguna de sus ventajas, si se atiende á que el ejecutivo, ménos numeroso que el congreso, no estaba por eso libre de la lentitud que ocasionan las formalidades de la discusion y las opiniones encontradas de sus miembros. Disolvióse luego, emplazándose los diputados para reunirse de nuevo el 5 de julio.

Fuerte suma de atenciones tuvo entónces á su cargo el gobierno en situacion harto calamitosa. El disgusto causado por el papel moneda habia crecido de punto con la certeza de que el erario, cada dia mas empeñado, carecia de fondos para amortizarlo: el pueblo que á los principios lo recibia con repugnancia, despues lo rehusaba abiertamente á proporcion que la nueva causa combatida por los hombres y por la naturaleza, veia crecer á su rededor los enemigos. De estos el mas terrible era el fanatismo escitado en la imaginacion ardiente del pueblo por algunos malos sacerdotes. Castigo del cielo era segun ellos el terremoto. ¿No habia sucedido precisamente el mismo dia en que dos años ántes fueron depuestas y desterradas las autoridades españolas? ¿No se veian libres de sus estragos las poblaciones que resistiendo á la seduccion se habian conservado fieles al monarca? Por una casualidad singular ambas cosas eran ciertas; pues en Maracaibo, Coro y Guayana, como tan distantes de la cordillera, no se hicieron sentir sus efectos. Colíjese pues cuánto partido no sacarian de estas circunstancias unos hombres mirados como oráculos por la turba ignorante y crédula en los mismos instantes en que una espantosa desgracia la habia confundido y aterrado. Qué frutos habia sacado la revolucion del sistema tímido y flojo con que quiso hacer la guerra á sus contrarios, lo hemos visto ya. Pues al descrédito de sus armas se unió la pérdida de muchos soldados en el terremoto. Ochocientos hombres acuartelados en Carácas perecieron todos: lo mismo sucedió á las tropas que estaban en la Guaira y á mas de mil quinientos voluntarios que habia en Barquisimeto y San Felipe. El hambre, que por sí sola basta para hacer odioso un gobierno á los ojos de la multitud, hacia sentir ya sus rigores.

Tal era la situacion de las cosas cuando Monteverde instado por algunos clérigos y enterado de la destruccion de Barquisimeto y de las tropas, marchó rápidamente sobre la ciudad y la ocupó sin resistencia el 7 de abril. Jalon, á quien sus amigos sacaron mui maltratado de entre las ruinas, se hizo trasportar á San Cárlos, y su segundo el coronel Florencio Palácios, que se hallaba con poca gente

en la villa de Arauca, fué sorprendido y hecho prisionero por una partida destacada al intento del campo de los realistas.

En Barquisimeto se detuvo algun tanto Monteverde desmontando, pertrechos y armamento, y allegando gente: mil soldados tenia ya cuando llegó al pueblo de San José (dia 25) que dista mui poco de San Cárlos. Allí anunció sus tropas con varias partidas que se desertaron de las filas republicanas, conducidas por sus mismos oficiales. Tenia Jalon en San Cárlos 1500 hombres, la mayor parte reunidos de prisa, sin organizacion ni disciplina; pero como él no estaba en capacidad de mandarlos, los confió á su segundo el coronel Miguel Ustáriz y al mayor general Miguel Carabaño, los cuales salieron (dia 26) al encuentro del enemigo. En lo mas reñido de la pelea, y cuando esta se declaraba ya por los patriotas, el escuadron del Pao, en lugar de cargar bajó las lanzas y á escape se pasó á los realistas. Esta vileza decidió de la jornada. La mayor parte de la gente republicana pereció sobre el campo de batalla; y Ustáriz con mui pocos se retiró á Valencia.

Mérida, Trujillo y otros pueblos del occidente empezaron á declararse por la causa del rei, y el invasor reforzado con muchos desertores, animado con tan felices principios y cubierta la espalda con las comarcas que acababan de alzarse su partido, se disponia á seguir adelante. Tuvose entónces por cierto que un hombre solo con ilimitada autoridad debia conducir la guerra, y la terrible dictadura se presentó á la imaginacion de todos como el único medio de energía y por consiguiente de salud. Adoptólo el poder ejecutivo delegando todas sus facultades en el marques del Toro; pero habiendo rehusado este sugeto encargarse de la autoridad absoluta, fué puesta la suerte de la revolucion en manos de Miranda. Aceptó este la peligrosa confianza con el título de Generalísimo, que juzgó mas modesto que el de Dictador; y de este modo vino á quedar suspendida la constitucion no pasados tres meses despues de promulgada.

Puso Miranda en Maracai su cuartel general y empezó á reunir y organizar algunas tropas. El coronel Ustáriz fué nombrado gobernador de Valencia, y recibió órden de observar los movimientos de Monteverde y defender la ciudad, si era posible. En Barinas se mandó reunir una fuerza considerable de caballería, y á Barcelona y Cumaná se despacharon comisionados para aprontar sus hilos de lienzos, hombres y mantenimientos; porque el papel moneda (único recurso del gobierno), dejó de servir para el sustento del soldado,

contribuia mas que todo á disgustarle y á fomentar la desercion.

Tan grande y escandalosa era ya esta, que Uztáriz se vió abandonado por sus soldados en términos de no tener fuerza alguna que oponer al enemigo. Instruido de ello Miranda, pasó á Carácas, y eficazmente ausiliado por la legislatura provincial, logró allegar algunos hombres que se pusieron luego al punto en camino para socorrer á Valencia. En marcha estaban cuando en la noche del 30 de abril se oyeron repetidos cañonazos que semejaban un combate. Mas tarde se supo que aquellas detonaciones eran producidas por la erupcion de un volcan que reventó en la isla de San Vicente; pero como no esíaban acompañadas de ningun movimiento sensible en la tierra, se creyó entónces que podria ser algun desembarco de tropas enemigas en la Guaira ú otro punto de la costa, y se dispuso que los ausilios despachados retrocedieran apresuradamente para poner á cubierto la ciudad de una sorpresa. Como viese Uztáriz que no se le socorria y que el enemigo cada vez mas fuerte se avanzaba para atacarle, tomó la resolucion de retirarse á la Cabrera. Monteverde ocupó pues á Valencia sin oposicion el 5 de mayo.

El generalísimo regresó entónces apresuradamente á Maracai, donde el peligro hacia necesaria su presencia. Para este tiempo sus propios esfuerzos, la actividad de los patriotas y la enérgica conducta de la legislatura provincial de Carácas, habian logrado imprimir cierto grado de movimiento á la opinion, escitando el patriotismo de la juventud. Esta, como que siempre está dispuesta á lanzarse la primera á los peligros, se alistó alegremente en las filas y avivó por un momento la esperanza de los republicanos. Muchos estranjeros amigos de la causa americana hicieron generosos donativos, ó se presentaron á tomar las armas. De solo franceses se formó un cuerpo que se puso á las órdenes del coronel Ducaylá. Peregrinos de la libertad este y sus compañeros, eran restos de aquella terrible revolucion que despues de haber asombrado y vencido á la Europa, fué á su turno asombrada y vencida por uno de sus hijos. Huyendo del imperio unos, otros desterrados, hallábanse en las colonias, esperando acaso el resultado de la gran lucha que debia decidir de la suerte del mundo; pero apénas fueron conocidos los movimientos de Venezuela, acudieron á servirla, ora llevados de su natural aficion á la guerra, ora obedeciendo á sus propensiones revolucionarias, ora en fin porque los alucinase la idea

de hacer fortuna en las ricas colonias hispano-americanas. Ademas de los franceses se contaban uno que otro aleman de distincion y algunos ingleses, entre los cuales figuraba Sir Gregor Mac-Gregor, recomendado al gobierno de Venezuela por el duque de Kent. Admitido al servicio, obtuvo el mando general de la caballería.

Uno de los primeros cuidados de Miranda fué el de asegurarse de la plaza de Puerto-Cabello, poniendo en ella un oficial de su confianza. Aquel punto era sumamente interesante bajo todos respectos. Si Monteverde tenia la imprudencia de avanzarse hácia Carácas, podia una parte de la guarnicion bajar al valle y atacarle por la espalda, poniéndole entre sus fuegos y los de Miranda; operacion tan hacedera, cuanto que el jefe realista no tenia fuerza para impedirla bloqueando la plaza ó destacando un cuerpo de tropas para contener la salida. En aquel punto estaba ademas el parque del ejército, y en un caso desgraciado serviria de refugio á los patriotas, conservaria en sus manos la mas importante fortaleza del pais, les daria tiempo para rehacerse y les facilitaria un punto de apoyo para emprender nuevamente la guerra. Para defender la plaza escogió, pues, Miranda al oficial mas activo é inteligente de su ejército, al coronel Simon Bolívar, ya conocido y respetado entre los militares por su bizarra conducta en el ataque de Valencia. Luego atendió el generalísimo á estrechar á Monteverde, y para ello cubrió el punto de los Guayos con un fuerte destacamento; pero cuando daba prisa á los aprestos del ejército y comenzaba ya á moverlo para buscar al enemigo, supo que el cuerpo avanzado habia sido batido el dia 8 por la deslealtad de algunas compañías que se habian pasado á los realistas. Retrocedió con esto á Maracai y entónces dispuso fortificar los puntos de la Cabrera, Guayca y Magdaleno, el primero para impedir á Monteverde el paso por el norte de la laguna de Valencia, los dos últimos para estorbárselo por el sur. Puso en ellos fuertes guarniciones; y habiendo observado que todos los reveses de los patriotas provenian del desaliento y la traicion, se propuso adoptar un sistema de guerra defensiva, para dar tiempo á que alguna circunstancia favorable cambiara la mala disposicion de los ánimos. Monteverde despues de su pequeño triunfo de los Guayos, logró tambien desalojar los destacamentos que guarnecian la altura llamada de los Corianos y el cerro de Ocumare. Ménos afortunado en los ataques que por tres vezes dirigió contra las fortifi-

ciones de Guayana, fué siempre rechazado con notable quebranto de su gente.

Otras ventajas sin embargo le consolaron de este contratiempo. Destinado por él Don Eusebio Antoñánzas á hacer una entrada en las llanuras de Carácas, ocupó el 20 de mayo á Calabozo, el 25 á San Juan de los Morros. Una accion sangrienta le hizo dueño del primero, y los vencidos todos perecieron: los defensores del segundo fueron pasados á cuchillo, y el pillaje de esta poblacion y la inmediata de Cura tienen pormenores que, á no estar probados, parecerian increibles. Ni las mujeres ni los niños pudieron encontrar piedad. Complacíase el capitan Antoñánzas en perpetrar el crímen con sus propias manos, siendo el primero en poner fuego á las casas y en alancear á los desgraciados que salian huyendo de las llamas. Allí empezó la horrible celebridad de su nombre y la serie no interrumpida de atrocidades que mancharon despues la guerra entre los dos partidos.

Embarazosa y angustiada era por cierto la posicion del generalísimo. Sabia él que tenia enemigos personales entre los hombres mas influyentes del pais: que su eleccion, aunque necesaria, no habia sido bien recibida por todas las provincias; y que por tanto no inspiraban sus disposiciones aquella confianza tan necesaria para hacerlas eficaces, y sin la cual ningun gobierno puede sostenerse largo tiempo. Para vigorar su autoridad imaginó, pues, rodearse de aquellos mismos hombres que se la habian conferido, y con este objeto ordenó que los miembros del poder ejecutivo se trasladasen á Maracai. Otras varias personas pertenecientes ya al congreso, ya á la legislatura y gobierno peculiar de Carácas, tambien concurrieron á aquel punto, y de todas formó un consejo que le consultaba segun la gravedad de los casos. Apoyado de este modo, dispuso en 19 de marzo la promulgacion de una ley que se llamó *marcial*, en virtud de la cual solo quedaban exceptuados de tomar las armas los ordenados *in sacris* y unos pocos empleados de la administracion civil. Otro decreto suyo ofrecia la libertad á los esclavos que se alistasen y sirviesen en el ejército por el espacio de diez años, haciendo á los amos la promesa de indemnizarlos en mejores circunstancias. En consecuencia de estas disposiciones se formaron luego varios cuerpos de tropas, colectícias es verdad, pero que le dieron una gran superioridad numérica sobre el enemigo. Hacia

sin embargo disminuia la importancia de esta ventaja el precio, á que la habia comprado. La libertad de los esclavos, sobre violenta, era perjudicial en aquellas circunstancias. Ella atacaba la propiedad é indisponia contra la revolucion á la clase mas valiosa de aquella sociedad, es á saber, la de los agricultores: combatida por estos, no podia producir mas fruto que el de reunir á sus filas unos cuantos hombres inmorales y cobardes: y en los momentos en que todos los ciudadanos eran llamados á tomar las armas, privaba de brazos útiles é indispensables al campo y aumentaba la miseria y el desórden.

Promediaba ya el mes de junio y ningun suceso favorable protegia las armas de los patriotas. Monteverde entre tanto se mantenia tranquilamente en el pais sin ser atacado, y eso le proporcionaba la ventaja de cubrir á Valencia y reforzarse, miéntras que su contrario, obligado por razones políticas á mantenerse en la mas estricta defensiva, sufria todos los inconvenientes de este sistema; el primer reves que le forzase á perder terreno, debia en efecto multiplicar considerablemente los apuros de Miranda. Pronto se vió. El destacamento que defendia el punto de Magdaleno fué desalojado por los españoles, y de resultas las alturas mismas de Maracai fueron ocupadas por estos. El generalísimo se veia, pues, cortado en sus posiciones, y fué necesario retirarse. Llamó á la guarnicion de Guayca, abandonó la Cabrera que ya era inútil, y con toda la fuerza emprendió su marcha á la Victoria en la noche del 17, despues de haber puesto fuego á los ricos depósitos de víveres y municiones que habia formado en Maracai. Animado Monteverde con este movimiento que tenia todas las apariencias de una fuga precipitada, se adelantó rápidamente hasta San Mateo, y aun sin esperar la llegada de todas sus tropas, dispuso que algunas compañías se apoderasen por sorpresa de la Victoria y se mantuviesen en ella á todo trance. Fueron en efecto cogidas de sobresalto las guardias avanzadas de los republicanos y ellas y los invasores llegaron juntos y mezclados en gran confusion al campamento. Debió esta vez Miranda su salvacion á la pericia y valor de algunos oficiales que con sus vozes y su ejemplo consiguieron detener á los fugitivos, y embistiendo con los realistas, los obligaron á retirarse desordenadamente hasta Cerro-grande. Reforzados allí y viendo que no se les perseguia, lograron rehacerse, hicieron cara al enemigo y se mantuvieron en aquella posicion, perdiendo así los pa-

triotas el fruto de una victoria que pudo ser completa, si Miranda hubiera sabido aprovecharla moviendo el grueso de sus fuerzas. Volvió Monteverde á la Victoria el 29 y en el sitio del Pantanero sostuvo con los patriotas un vivo tiroteo que duró mas de dos horas. Perdió en él mucha gente, consumió la mayor parte de sus municiones, y obligado á desistir de su intento, regresó á Cerro-grande y San Mateo.

Hasta aquí Monteverde á pesar de su torpeza natural, habia conocido su posicion y procedido con arreglo á ella; sobre todo habia tenido el buen sentido de dejarse conducir por los sucesos, á vezes mejor guia que el talento. Una conspiracion feliz aumenta sus fuerzas, y se avanza: la muerte de un buen jefe desorganiza una tropa mal dispuesta de suyo, y la dispersa: deja el terremoto sin defensores á un pueblo, y lo ocupa: la traicion y el acaso le conducen sucesivamente á San Cárlos y Valencia: la timidez de su enemigo y la precision de atacar para no ser destruido, le hacen dueño de los desfiladeros; y por último de Maracai y San Mateo. En toda esta marcha no hai mas que un poco de arrojo, mucha fortuna y un inconcebible desconcierto en las medidas militares de los republicanos. La razon que movió á estos á adoptar el sistema puramente defensivo, no podia ser peor: con fuerzas inferiores á las del enemigo, hubiera sido necesario; pero pudiendo oponer 5.000 hombres á 3.100 y atacarlos por el norte ó por el sur de la laguna en combinacion con las tropas de Puerto-Cabello, era una falta indisculpable atrincherarse delante de ellos como si los temiese, abandonarles sucesivamente el terreno en vez de defenderlo con tenacidad, y no romperlos y desbaratarlos por medio de un esfuerzo simultáneo y violento en Cerro-grande al principio y despues en el Pantanero. La fortuna no favorece á los tímidos: la opinion no está nunca con los débiles: ¿de dónde pues se esperaba ese acontecimiento que debia cambiar en favorable la disposicion ya adversa de los ánimos, cuando se dejaba avanzar al enemigo, se le daba tiempo y lugar para vigorizarse, se le permitia ocupar una grande estension de terreno poblado y con recursos, y cuando en consecuencia de todo esto cundia el desaliento y la division en el ejército, única base y apoyo del gobierno? Inconcebible, inconcebible cosa; y tanto mas lamentable, cuanto que la situacion de Monteverde llegó á ser desesperada depues de la accion del Pantanero. Su tropa quedó reducida en aquella ocasion á 500 hombres disciplinados,

á quienes mas bien embarazaban que servian algunos vecinos mal armados que habia reclutado en los pueblos del tránsito. Ascendia su repuesto de municiones de guerra á cuatro mil cartuchos de fusil; y ni de ellos, ni de armas, ni de gente podia proveerse en Coro que de todo carecia y estaba á 80 leguas de distancia. Esperarlos de Maracaibo y Puerto-Rico, mas distantes, era absurdo siendo el tiempo corto por demas y el caso urgente. Una junta de oficiales aconsejó la retirada, y la hubiera emprendido á no detenerle la vaga esperanza de una sublevacion que se tramaba en Puerto-Cabello. Claro es, pues, que el mas pequeño esfuerzo de los patriotas habria bastado para ponerle en una completa derrota; por no intentarlo se perdió el pais, se retardó el triunfo de la revolucion y murió Miranda entre cadenas.

Hasta cierto punto esplica la indecision de este jefe el estado en que por aquel tiempo se hallaba la capital de la república. En efecto, los esclavos de Curiepe y otros puntos de la costa y valles orientales habian tomado las armas el 24 de junio, y con el pretesto de defender los derechos de Fernando VII, andaban cometiendo todo género de atrozidades. Bien pronto formaron un grupo respetable, y tanto mas temible, cuanto que aquellos miserables no reconocian ninguna autoridad ni cabeza que los guiara, obrando cada uno por su cuenta y sin otro plan ni acuerdo que su ciego instinto de venganza y destruccion. Habian ya ocupado varios pueblos de la costa, y Carácas, desprevenida, se iba á ver en gran peligro si el generalísimo no le acudia con algunas fuerzas, atento que por virtud de la lei marcial no habian quedado en ella muchos hombres capazes de tomar las armas. Este motin tuvo su orígen en las sugestiones de algunos españoles y americanos realistas que empezaron lanzando en él á sus propios siervos; resultado mui natural del decreto que los privaba de su servicio, pues debiendo perderlos de uno ú de otro modo, la cuestion se reducia á hacer con ellos daño y no provecho á los patriotas. Gran cuidado y zozobra causó á Miranda este suceso, y tanto que juzgando altamente comprometida con él la suerte de la provincia, se afirmó mas y mas en el propósito de no moverse ni mucho ménos aventurar una batalla. Debia haber hecho lo contrario. Hai casos en que la verdadera prudencia aconseja poner en contingencia lo que se posee para recuperar lo que se ha perdido, y son aquellos en que esto es casi todo. Amenazado por dos enemigos á un tiempo, debia caer sucesivamente sobre

ellos con el grueso de sus fuerzas, ántes que dividirlas ó desmoralizarlas con la inaccion. Cada momento que se pierde en una circunstancia crítica es una nueva desgracia, y esperar á recibir el golpe pudiendo prevenirlo, es entregar voluntariamente el triunfo á su contrario. Mas, valga la verdad, los años y los trabajos habian hecho perder mucha parte de su energía al antiguo veterano de la república francesa, y la envidia de unos jefes, la oposicion solapada de otros, la insubordinacion de casi todos le traian disgustado en estremo y aun casi persuadido de ser imposible hacer triunfar con ellos la república. Por otra parte la traicion habia sido la causa principal de los reveses esperimentados, y contra la traicion no valen precauciones. La opinion se pronunciaba por do quiera contra aquel órden de cosas, acaso prematuro. ¿Cómo hacer convertir á un fin único los discordantes elementos de aquella revolucion, sus fuerzas heterogéneas y las nuevas ambiciones que aspiraban á invadirlo todo?

Sea lo que fuere, Montevende, dueño de sus movimientos, dejó las tropas en las posiciones que ocupaban frente á la Victoria y se trasladó á Valencia, donde tuvo el gusto de saber que las cosas habian sucedido á medida de su deseo. A las tres de la tarde del dia último de junio enarboló el castillo de San Felipe en Puerto-Cabello una bandera roja, proclamó á Fernando VII y despues de algunas intimaciones inútiles que hizo á la plaza y recibió de ella, comenzó á cañonearla. La traicion fué cometida por un oficial de milicias llamado Francisco Fernández Vinoni, de acuerdo con parte de la tropa, el presidio y varios reos de estado que estaban allí presos. Dominando el castillo á la plaza y sus baterías, era imposible la defensa. Bolívar, sin embargo, fuera de sí con el suceso que iba á decidir de la suerte del pais, se mantuvo tres dias cruzando inútilmente sus fuegos con los de San Felipe, con gran daño de la poblacion. El 4 de julio supo que los españoles de Valencia, noticiosos del caso, se adelantaban hácia la plaza: poco despues, que los destacamentos avanzados se pasaban al enemigo, conducidos por sus propios oficiales. No habia mas que un caso posible de salvacion, y era que las tropas de la Victoria obtuviesen una ventaja decisiva sobre sus contrarios; pero Miranda, ignorante de lo que pasaba en Puerto-Cabello, persistia en su empeño de estarse á esperar sobre la defensiva. El dia 5 se introdujeron los enemigos por el camino de Aguacaliente, derrotando un piquete que lo cubria

en el sitio del Palito: esta via y la de la montaña quedaron francas para las tropas españolas. Comprendió Bolívar que si los invasores atacaban la ciudad no seria posible resistirlos, porque la defensa debia hacerse en la batería de la Princesa, bañada por los fuegos del castillo. Resolvió pues enviar á su encuentro casi toda la tropa de que podia disponer, para dar un tiento á la fortuna, y juntando 200 soldados, los puso á las órdenes de los coroneles españoles Míres y Jalon. En San Estéban encontraron estos dos jefes al enemigo y fueron completamente derrotados: Jalon quedó prisionero: Mires y siete soldados regresaron á la plaza. Quedábanle á Bolívar 40 hombres y con ellos intentó todavía defenderse en el Trincheron, ya fuera del recinto amurallado, porque los habitantes habian capitulado con el castillo, para evitar la ruina de la poblacion. Abandonado el dia 6 por aquellos últimos compañeros, y viéndose reducido á ocho oficiales, tomó la resolucion de embarcarse en Borburata. Por fortuna suya el bergantin Zeloso, mandado por el español Martiarena, habia podido salirse de Puerto-Cabello el dia de la revolucion y en él se trasladó á la Guaira. Pocos dias despues participó á Miranda desde Carácas los varios incidentes de aquel suceso desgraciado.

Tanto cuanto los realistas brio, cobraron temor los patriotas, viéndose privados de la plaza mas importante de la provincia y con ella de sus parques y almacenes. Murmuróse al principio, y por cierto injustamente, contra el jefe que la mandaba; mas luego contra el que proporcionó aquella inmensa ventaja á Monteverde, dejándole respirar y cobrar fuerzas. Pondéranse estas por el miedo, por el odio, por la traicion: cunde el desaliento: la tropa deserta con escándalo, mucha gente principal y de nota sigue su ejemplo. Miranda consternado ve ya á los negros invadiendo á Carácas y entrándola á sangre y fuego, como lo habian hecho en otras partes: conociendo que los jefes del ejército desconfian de él y le odian, llega á persuadirse que son capaces de comprar su ruina al precio de una calamidad pública: cree que no hai opinion ni virtud patriótica en aquella turba reunida por la coaccion, la novedad ó la esperanza del botin: que no hai pueblo allí ni hai principios, y que el triunfo por consiguiente era imposible. Por mas exageradas que parezcan estas reflexiones, no es difícil concebir que ellas pudieron y aun debieron obrar fuertemente en un hombre irritado con la oposicion de sus conmilitones y profundamente resentido con las

repetidas defecciones de la tropa y la mui reciente de sugetos importantes que abandonaron su campo y se pasaron al enemigo. Por lo demas, de ninguna otra manera (pues no habia traicion ni cobardía) puede esplicarse la prisa que se dió Miranda á capitular, siendo aun superior en fuerzas al enemigo y pudiendo restablecer su fortuna con un golpe atrevido de energía.

En vano fué que sus tropas obtuviesen un pequeño triunfo sorprendiendo y derrotando el 12 de julio algunas tropas avanzadas del enemigo, pues el generalísimo, léjos de cobrar ánimo, se apresuró á aprovecharse de aquella circunstancia para procurarse mejores condiciones, y propusó á Monteverde una suspension de hostilidades. Desde Valencia contestó el jefe español, ofreciendo conceder una capitulacion, sin perjuicio de que sus tropas continuaran aproximándose á Carácas. Tan dura, desusada é insolente pretension fué tolerada, porque á todo trance se queria capitular; y á pesar de la indignacion de algunos jefes, envió el generalísimo á Valencia dos comisionados para que arreglasen con el envanecido isleño los términos del ajuste, pasando él entre tanto á la Guaira con el fin de preparar algunos buques. Esto sucedia el 16. Durante su ausencia de la Victoria, comenzó á manifestarse á las claras el descontento de muchos oficiales que calificaban de cobarde, absurda y aun traidora la conducta de Miranda. Decian que en el territorio libre tenia la república mas de 6000 soldados; fuerza suficiente, no solo para resistir, sino para aniquilar á Monteverde: que la desercion de la tropa, el descontento y la division provenian del miedo que se habia tenido al enemigo y de la desconfianza que se manifestaba al ejército: que la victoria restableceria el crédito del gobierno y conciliaria al generalísimo el respeto, si no la amistad de todos, al paso que un descalabro, por completo que fuese, no les haria perder mas que una capitulacion cuya basa precisa debia ser la sumision entera del pais. Tan exactas y juiciosas parecian estas razones, que mui pronto ganaron séquito en el campamento y ya se hablaba de romper los tratados y deponer al generalísimo cuando regresó este de improviso, é impuesto de lo que pasaba, mandó arrestar á varios jefes, depuso á otros y á todos impuso respeto.

En esto se hallaba cuando recibió los artículos de una capitulacion ajustada por sus comisionados y el jefe español, el cual solo concedia cuarenta y ocho horas para la ratificacion. Creyendo sin

embargo que era necesario aclarar ó modificar algunos puntos, dispuso que el marques de Casaleon pasase á Valencia con poderes suficientes para poner término al negocio. Así lo verificó este con fecha del 24. Bien quisiera Miranda tomarse tiempo para consultar al gobierno de los estados, mas como Monteverde le amenazase con romper los tratos si no contestaba favorablemente dentro del corto espacio de doce horas, ratificó las capitulaciones el dia 25. Por ellas ofreció entregar al jefe español todas las provincias de la confederacion que aun permanecian sujetas al gobierno republicano, así como el armamento, pertrechos de guerra y cualquiera otro artículo de pertenencia nacional; comprometiéndose Monteverde por su parte á respetar la libertad, seguridad y propiedad de las personas, cualesquiera que hubiesen sido sus opiniones ó conducta en la revolucion. Para cumplirla por su parte nombró el generalísimo á un oficial del ejército venezolano, el cual á pretesto de arreglar los términos de la entrega del pais y del armamento, tuvo la debilidad de suscribir una serie de artículos que le dictó Monteverde.

Decia el primero de estos: « el comisionado del ejército de Ca-« rácas pone por condicion de este pacto, que la ejecucion y cum-« plimiento de cuanto se ha estipulado anteriormente, así como la « ocupacion y posesion del territorio de la provincia de Carácas, « debe pertenecer esclusivamente al Sr. Don Domingo Monteverde, « con quien se ha iniciado este convenio, no accediendo los pueblos « de Carácas á ninguna variacion en esta parte. » La idea de esta cláusula singular pertenece por supuesto á Monteverde, el cual se proponia sacar de ella gran ventaja. No debe haberse olvidado que cuando salió de Coro fué con el solo objeto de proteger la insurreccion de Siquisique. Perdonóle fácilmente Miyáres su trasgresion, viéndola justificada por la fortuna; pero como no tuviese gran confianza en su capazidad y su carácter, dispuso que Cevállos se pusiera á la cabeza de la espedicion, miéntras él pasaba á Puerto-Rico para verse con Cortabarria. Fué Cevállos al cuartel general de Monteverde y le presentó las órdenes que tenia; pero este, uniendo á la insubordinacion la mentira, se negó á obedecerlas, pretestando que tenia otras posteriores y reservadas de Miyáres en oposicion con las primeras. Por el punto en que vamos de esta historia, es decir, ratificadas ya por Miranda las capitulaciones, recibió Monteverde un oficio del capitan general en que le

pedia cuenta de sus operaciones, porque habiendo llegado á Puerto-Cabello desde el 21 y viendo que nuestro conquistador no le consultaba para nada, empezó á dudar si querria alzarse con el mando de mano poderosa. Así sucedió en efecto. Monteverde se negó á reconocer su autoridad en los paises conquistados por él, le aconsejó que se trasladara á otro punto del territorio, y no pudiendo alegar esta vez órdenes secretas, exhibió como razon de todo, el artículo que hemos copiado; artículo inadmisible, porque el ejecutor de un convenio no puede añadir á este nuevas condiciones; porque no fué ratificado por Miranda como parte de la capitulacion, y porque á haberlo sido, su tenor no constituia ni podia constituir á Monteverde capitan general, sino mero cumplidor de lo estipulado. Aquí tenemos, pues, á este hombre que desconocia la legitimidad del gobierno republicano, porque emanaba de la fuente, en su concepto impura, del pueblo, queriendo fundar ahora en la voluntad de ese mismo pueblo el orígen de su poder y la desobediencia á sus jefes. El pacato Miyáres se trasladó á Coro sin decir palabra, y algun tiempo despues contestó á sus justas quejas el gobierno español nombrando á Monteverde por capitan general de Venezuela y dándole el título de Pacificador.

La Victoria fué ocupada por los españoles el dia 26: el 29 Caráccas. Monteverde habia apresurado su marcha á sugestion del gobernador republicano Juan Nepomuceno Quero, que se queria congraciar con él, y los patriotas, casi sorprendidos con su súbita aparicion, dejaron precipitadamente la capital y se dirigieron á la Guaira con el intento de embarcarse: uno de ellos era Miranda.

Mandaban en el puerto Manuel María Cásas y el doctor Miguel Peña, el primero como jefe militar, el segundo como gobernador político, colocados ambos por el generalísimo. Aquel, desde que se iniciaron las capitulaciones se habia dirigido secretamente á Monteverde ofreciendo someterle la plaza y ejecutar sus órdenes. Dióle el pérfido isleño la de prender á Miranda é impedir la salida de la emigracion; porque siguiendo el principio de que no hai tratado posible entre una nacion y sus súbditos rebeldes, nunca tuvo el pensamiento de cumplir unos ajustes á cuya ejecucion no le ligaba otro vínculo que su palabra de honor. Pero ¿cómo ejecutar esta insigne felonía con la guarnicion republicana y en medio de muchos jefes y oficiales que se habian reunido allí para embarcarse? ¿Cómo cohonestarla? Para ello se empezó á correr la voz de que Miranda

habia recibido dinero de los españoles como precio de su desgraciada capitulacion. Añadíase que á bordo de un buque surto en la rada habia depositado muchos miles de pesos, con los cuales pensaba irse á pasar el resto de su vida en paises estranjeros, despues de haber vendido á su patria. Cuidóse de insinuar hábilmente tales infamias en el ánimo de los militares, y estos exasperados ya hasta lo sumo y unánimes en atribuir á Miranda las desgracias sucedidas, se indignaron al considerar que el autor de ellas intentase escapar, dejándolos entregados á su suerte. Si el generalísimo, decian, confía sinceramente en la ejecucion de lo pactado, no debe precipitar su salida : su deber, su puesto, el honor le obligan á no poner el pié á bordo hasta que la emigracion se haya embarcado. Si por el contrario sabe que los españoles se burlarán de la capitulacion, es justo que sufra el castigo de su perfidia. De todos modos es preciso que dé cuenta de su conducta á sus compañeros y que se aclaren las dudas que la presentan bajo un aspecto odioso y criminal. Exaltados hasta este punto, fué fácil hacerles convenir en la prision del generalísimo. Cásas y Peña firmaron la órden, y en la noche de 30 Bolívar, Tomas Montilla, José Míres, Miguel Carabano y el frances Chatillon le arrestaron en su casa y seguidamente le condujeron al castillo de San Cárlos. El desgraciado anciano se hallaba mui ajeno de sospechar semejante tropelía. Su conducta militar y política podia mui bien haber sido torpe, floja y perjudicial, pero su conciencia no le acusaba de ningun crímen. Pobre habia ido á servir la revolucion, pobre salia : su alma era demasiado pura para haber concebido siquiera el villano pensamiento de vender á su patria ; y sus errores, hijos solamente del entendimiento, no le habian privado ni de su propia estimacion ni de la ajena. Tal era el juicio que con mucha razon podia formar Miranda de sí mismo. Por lo demas, modesto y resignado, se sometió valerosamente a su suerte, y comprendiendo, acaso respetando, el motivo que hacia obrar á sus compañeros, les siguió sin murmurar y aun sin dirigirles la palabra. Y en verdad así él como ellos no veian en aquel arresto sino una detencion que duraría lo que durase el embarco y él tardadase en esplicarse.

Mas ¡cuál no seria su sorpresa y la de todos los patriotas cuando habiendo querido trasladarse á los bajeles en la mañana del 31, entendieron que no se les permitia hacerlo ! Cásas y Peña los habian efectivamente engañado. Miéntras este llevaba á Monteverde

la noticia de la prision de Miranda, aquel, obedeciendo las órdenes recibidas, cerraba el puerto, echaba á pique una goleta que habia dado la vela y en la cual perecieron algunos pasajeros, detenia en tierra mas de cuatrocientas personas comprometidas en la revolucion y, segun dice Montenegro, cometia la bajeza de denunciarlas al comandante Cervéris que le relevó en la tarde de aquel aciago dia. En cuanto á este perverso español, cuyo nombre cargado de maldiciones figuró despues al lado del de Antoñánzas, procedió luego á poner en prision á muchos americanos distinguidos, no sin haber hecho desembarcar y apropiádose sin vergüenza ni escrúpulo sus ricos equipajes, como percances de la guerra. El generalísimo fué conducido á las bóvedas y en ellas se encerró tambien á varios republicanos eminentes. Roscio, Madariaga, Míres, Juan Pablo Ayala y otros cuatro patriotas venerables fueron mas tarde remitidos á Cádiz y luego encerrados en los presidios de Ceuta. Miranda, trasladado á los calabozos de Puerto-Cabello, gimió allí muchos meses maltratado por infames carceleros, injuriado por un gobierno aun mas infame. Desde allí escribió á la regencia un memorial en que despues de haber esplicado su conducta, delató la violacion del convenio y pidió justicia en favor de sus desgraciados compatriotas. ¡ Nobilísimo documento ! Ninguna queja se ve en él contra sus personales enemigos ; ni una palabra, ni la mas pequeña alusion á su arresto en la Guaira ó á las personas que lo hicieron. Si habla de violencias, deplora solo las que sus conciudadanos han sufrido ; si pide reparacion, es para ellos ; si se indigna, es contra el miserable que los ha oprimido : olvidado de sí, generoso, magnánimo, fué en las cadenas, como todas las almas fuertes, mas grande que jamas habia sido. Tanta virtud no pudo sin embargo conmover á sus indignos enemigos. El gobierno de España, á pesar de los principios liberales que habia proclamado, no tuvo empacho en hacerse cómplice de Monteverde, manteniendo encarcelada á la ilustre víctima. El año siguiente fué trasladado á Puerto-Rico, luego á Cádiz, seguidamente al arsenal de la Carraca. Allí, devorado por los pesares, ignorante de cuanto pasaba en su patria, solitario y triste, murió el 14 de julio de 1816.

Dueños los españoles de todo el territorio y de las armas y pertrechos, dispersadas las tropas de la república, acabado su gobierno y desanimados los patriotas hasta el punto de desear una perfecta reconciliacion que pusiese término á la guerra, debió Mon-

teverde aplicarse á pacificar los ánimos ganándolos á su causa por la clemencia ; mision augusta con que el vencedor justifica la victoria y se la hace perdonar por el vencido ; medio infalible de perpetuar sus frutos. Monteverde, sin embargo, ménos cruel que débil, se dejó arrastrar por malos consejos, abusó de la fortuna, amancilló su propio honor violando sus promesas, holló las leyes de su patria para oprimir y vejar al pueblo que le habia ayudado á triunfar y sembró en fin en los corazones americanos el rencor y la implacable saña que alimentaron despues por muchos años una guerra de esterminio y de horrores.

Los isleños de Canarias residentes en Venezuela habian tomado una parte activa en la revolucion. Los mas ricos de entre ellos ofrecieron donativos al gobierno, lo sirvieron con esmero y espontaneidad, solicitaron y obtuvieron el título de *acendrados* patriotas y ocuparon empleos distinguidos en el congreso, en los ministerios, en los tribunales y en las juntas. Mas á pesar de esta conducta supieron aprovecharse de la debilidad y estupidez de su paisano Monteverde para rodearle y dirigirle. Una vez dueños de su ánimo y árbitros de su poder, usaron de él para oprimir á los patriotas y aun para perseguir á muchos americanos y españoles que se habian mantenido fieles al antiguo régimen, cuando ellos ayudaban á destruirlo.

Acabamos de ver cuál fué el proceder del *pacificador* con los padres de la revolucion. Despues ya no buscó pretestos para violar los tratados. Diariamente eran encarceladas unas personas, otras espuestas en cepos á la vergüenza pública y á la befa de la soldadesca. Órdenes premiosas circuló á todas las provincias para que se remitiesen á los calabozos de la Guaira y Puerto-Cabello todos los sospechosos. Agentes suyos regados por do quiera decidian con esta vaga é inrestricta calificacion de la libertad de los habitantes, y mui pronto mas de 1500 personas de las mas distinguidas del pais gemian en las prisiones. Y es lo mas singular que uniendo la burla á la opresion, decia en sus proclamas : « Una de las cualidades caracteristicas de la bondad, justicia y legitimidad de los gobiernos es « la buena fe de sus promesas y la exactitud en su cumplimiento... « las mias son sagradas y mi palabra es inviolable. Oisteis de mi « boca un olvido eterno y así ha sucedido. »

Una de la provincias que mas sufrieron por consecuencia de la reconquista fué la de Cumaná. Hé aquí con qué motivo. Desde que

se tuvieron en Barcelona las primeras noticias de las ventajas obtenidas por Monteverde, comenzaron los españoles que allí habia á tramar una revolucion para restablecer el gobierno del rei. Tuvo esta lugar el 4 de julio, y luego dieron principio sus autores á la reunion de tropas para defenderse ó invadir, segun el caso lo pidiese. A imitacion de Barcelona se formaron algunas partidas en el interior de la provincia. Cuando en Cumaná se tuvo noticia de estos movimientos, se dispuso una espedicion de mil hombres y diez y ocho buques para someter á Barcelona, y ya habian desembarcado las tropas en el pueblo de Piritu cuando se supo el principio de la negociacion de paz entre Miranda y Monteverde. Un consejo de guerra acordó en consecuencia que la tropa regresaria á la capital de la provincia; pero en el acto de efectuar el reembarco y cuando solo quedaban cincuenta hombres en tierra, fueron estos sorprendidos por los barceloneses y casi todos aprisionados ó muertos. No ya entónces un objeto político, sino el deseo de la venganza, arregló la conducta de los invasores. Apoderáronse del fortin (el Morro) que defiende la entrada del rio Neveri y pusieron cerco á la ciudad manteniéndola estrechada por espacio de ocho dias. Acaso hubieran conseguido apoderarse de ella por fuerza ó por convenio; mas allí mismo se recibió noticia oficial de la capitulacion ajustada, y no siéndoles dado combatir, levantaron el sitio y se pusieron en camino para Cumaná.

Casi al mismo tiempo que ellos llegaron dos comisionados de Monteverde, encargados de exigir la sumision de la ciudad; y como muchos pueblos de la provincia hubiesen proclamado ya el rei, sometiéronse sin dificultad los patriotas, de acuerdo con la legislatura provincial. En la duda de que los cumaneses aceptaran la capitulacion, Monteverde no habia nombrado funcionarios públicos; y sus enviados, reconociendo la buena fe de los republicanos, dejaron subsistentes por el momento todas las autoridades. No se pasaron muchos dias sin que se presentaran síntomas de graves alborotos. Los peninsulares (casi todos catalanes) no podian llevar en paciencia el mando de los patriotas, ni estos sufrir las demasías y el tono destemplado y altanero de sus contrarios. Próximos estaban ya unos y otros á un rompimiento formal cuando llegó mui á propósito el coronel Don Emeterio Ureña, nombrado por Monteverde para gobernar la provincia.

Decimos mui á propósito, porque Ureña era el hombre mas apa-

rente para mantener la paz y el buen órden en medio de los partidos: con índole bondadosa y afable, tenia un carácter firme, un corazon humano sin debilidad y el entendimiento despejado: la educacion y el trato de la buena sociedad habian desarrollado tan ventajosas dotes y hecho de él un perfecto caballero. Amábanle por tanto cuantos le conocian, y Cumaná le recibió como la mas segura prenda de reconciliacion. Si todos los hombres que entónces mandaron en las provincias reconquistadas se hubieran parecido á este, es probable que la revolucion, aun desacreditada ya por sus errores y desgracias, acabara perdiendo sus pocos partidarios; pero Ureña era un ente raro en aquella época calamitosa. Su moderacion le atrajo el odio de sus paisanos, y como siendo incapaz de someterse á su predominio se hallaba siempre interpuesto entre ellos y los objetos de su encono, fué calumniado con furor por aquellos miserables. No lo ignoraba él; pero, léjos de arredrarse, consagró todas sus fuerzas á tranquilizar el ánimo de los americanos, haciendo observar puntualmente las capitulaciones, y aun fué el primero en obedecer los decretos de las cortes, publicando el dia 15 de octubre la constitucion española. Furiosos los catalanes, enviaron comisionados á Carácas para pedir su deposicion; y aunque en ella no convino por el pronto Monteverde, ordenó este al gobernador que prendiese y remitiese á la Guaira á todas las personas que hubiesen tomado parte en la revolucion. Rehusó Ureña noblemente ejecutar aquel atentado contrario al convenio, á las promesas publicadas y á la constitucion de la monarquía. Aun hizo mas; pues sospechando que sus razones no tendrian mucho peso en la poco escrupulosa conciencia del pacificador, pidió consejo á la audiencia sobre lo que convendria ejecutar si este insistia en su injusta pretension. Aplaudió el tribunal su conducta y calificó de imprudente é ilegal la de Monteverde; pero este, mas empeñado que nunca en su sistema de persecucion, comisionó á Cervéris para que ejecutase el odioso mandato.

Llegó este á Cumaná el 15 de diciembre y tuvo buen cuidado de ocultar el objeto de su viaje hasta que se hubo asegurado del apoyo de los catalanes y el de algunos oficiales de la guarnicion. Entónces distribuyó partidas de gente armada por las calles, y en medio de la noche cayeron estas de sorpresa sobre los patriotas y maniatados llevaron á los cuarteles á cuantos señaló el odio ó la venganza. Cuando quiso el gobernador en la mañana siguiente libertar á los

presos y hacer respetar su autoridad, le contestó Cervéris con las órdenes que habia tenido secretas, y para escarnecerle le pidió grillos y buques de trasporte para los arrestados. No quedó entónces á Ureña otro partido que ocurrir de nuevo á la audiencia pidiendo el castigo de tan injusto é irregular comportamiento. El tribunal le mandó proceder contra Cervéris por via jurídica; pero Monteverde confirmó á este los poderes que le habia dado, mandó que los presos fuesen remitidos á la Guaira y Puerto-Cabello, y haciendo uso de una órden en que la regencia le autorizaba para obrar segun las circunstancias, puso fin á los virtuosos esfuerzos de Ureña, separándole del gobierno. Entónces no tuvo límites el desenfreno de aquella gavilla de hombres crueles é inmorales: toda persona rica fué patriota á sus ojos, todo el que como ellos no perseguia, conspiraba; y en breve, estendiendo la opresion y la rapiña á todas las clases, crearon un partido que no habia.

Las mismas escenas se repetian en todo el pais reconquistado, principalmente en Carácas, donde Monteverde cercado por sus paisanos, á un tiempo consejeros y ejecutores de sus disparatados mandatos, contribuia mas que nadie á desencadenar las pasiones de los unos y á hacer mas lastimoso el padecimiento de los otros. En vano clamaron los oprimidos, reconvino la audiencia, aconsejaron los hombres prudentes: el despotismo se declaró sin freno, la opresion insensata, insaciable la rapazidad. Apoderóse aquella gente ruin y codiciosa de todos los empleos de la milicia, de las judicaturas y ayuntamientos, holláronse las leyes y las costumbres, se fingieron motines para multiplicar las confiscaciones, arrestos y destierros, formáronse listas de sospechosos, y para coronar tanta demencia se estableció una junta de proscripciones en que los isleños satisficieron sus pasiones mezquinas. « En el pais de los cafres, « dijo en aquella ocasion un magistrado español en ejercicio, no po- « dian los hombres ser tratados con mas desprecio y vilipendio. »

Así pues se cumplieron la capitulacion y las promesas. En cuanto á la constitucion española, Monteverde la juró el 19 de noviembre, el 5 de diciembre se publicó y el 8 del mismo fué adoptada por el pueblo y el clero. El 11 se mandaron prender todas las personas contenidas en las listas de proscripcion y al promediar el mes habia ya mas de 1200 encerradas en solo la Guaira y Puerto-Cabello. Para formarse idea de aquel desórden, baste decir que los arrestos se ejecutaban las mas vezes por informes verbales y que estos de-

cidian del embargo de bienes y de la espatriacion. Reos habia que no tenian causa formada : otros que fueron presos sin conocimiento ni mandato de la autoridad : muchos carecian de acusacion, porque los esbirros no podian dar razon del motivo del arresto : ignorábase el lugar en que muchos estaban encerrados, y los hubo en fin que fueron puestos en libertad por órden de la audiencia, á consecuencia de no haberse podido averiguar quién los redujera á prision. Jamas pudo aquel tribunal formar un estado de los bienes secuestrados, ni hacer dar cuenta á los depositarios, ni obligarlos á entregar sus productos en tesorería, ni saber á punto fijo el número de los encarcelados. Todo esto lo dijo el año siguiente en un informe que contiene ademas estas notables palabras : « Los espedien-
« tes que diariamente llegan á nuestro conocimiento son otros tan-
« tos comprobantes de los desórdenes con que se pone á toda prueba
« la paciencia de estos habitantes oprimidos por la arbitrariedad y
« el despotismo... El tribunal ha procurado acercarse á examinar
« los motivos que podian asistir al capitan general para una con-
« ducta tan estraordinaria, tan injusta y tan impolítica, que tiene
« sobresaltados los pueblos, descontentas todas las familias, prófu-
« gos y errantes mil individuos que andan vagando de pueblo en
« pueblo y de monte en monte, huyendo de su feroz persecucion,
« exaltado el espíritu de faccion en todos los partidos, y ofendido y
« desautorizado á este tribunal, y no encuentra verdaderamente
« otros fundamentos que error y preocupacion. Se equivocan las
« quejas y clamores de los oprimidos, y tal vez el resentimiento de
« los que en el nuevo órden de cosas han perdido su consideracion
« ó su modo de vivir, con el espíritu de rebelion y de conspiracio-
« nes ; se quiere que repentinamente se cambie la opinion, las in-
« clinaciones y los deseos de los que estaban empapados en los prin-
« cipios de la democracia, como si fuera posible que los errores
« del entendimiento se disipasen de otro modo que á fuerza de
« tiempo, de convencimiento y de dulzura : se exige en fin que se
« bese la mano que castiga, que no se sienta el peso que oprime, y
« que se adoren con respeto servil los grillos que se quieren poner
« hasta al mismo pensamiento, sin hacerse cargo que el hombre no
« puede dejar de serlo en sus sentimientos y en sus pasiones ;
« que se acabó dichosamente la época en que era esclavo del ca-
« pricho del que mandaba, y que es mas útil al gobierno conocer
« los quejosos para zelarlos ó reparar sus agravios, que crear ene-

« migos ocultos que minen y despedazen tal vez el estado. »

Tal fué el modo inicuo y torpe con que el ingrato Monteverde persiguió á los pueblos que con su adhesion le habian dado la victoria, y preparó la resistencia que debia mas tarde arrebatarle sus frutos. Venezuela toda habia vuelto al estado colonial. Las juntas, los congresos, las constituciones, la independencia, todo habia desaparecido como sombra vana, sin dejar en el pais ninguna impresion de su efímera existencia. Los mejores patriotas estaban presos ó emigrados : otros llenos de miedo habian transigido con los enemigos : algunos villanos difamaban sus propias opiniones adoptando y sosteniendo las contrarias. A parte de las bajezas que hacia cometer el temor de una tiranía que degradaba hombres y cosas, el pueblo inclinado al antiguo régimen y amedrentado con los recientes desastres, apoyaba con su inercia al partido vencedor. Hasta los patriotas mas firmes habian perdido la esperanza de que jamas se moviera el pueblo, en favor de la independencia, al entusiasmo de la guerra y de los generosos sacrificios, tan distantes de su carácter desidioso y de sus muelles costumbres. Tal era el estado de las cosas á fines de mayo. Mas para los últimos dias del año, gracias á Monteverde, la independencia del pais era ya mas posible que el 19 de abril de 1810 y el 5 de julio de 1811.

AÑO DE 1813.

Efectivamente, tanta desvariada sinrazon debia al fin cansar la paciencia de las gentes, y bien considerado todo, la inquietud y embarazos de la revolucion y aun los horrores de la guerra eran preferibles á aquella activa persecucion en que tanto mas parecia encarnizarse el vencedor, cuanto mas postrado y humilde se mostraba el vencido. Tal es el efecto de las venganzas que ejerce un partido sobre otro : irritan el valor, inflaman la colera, hacen olvidar los reveses, y cuando se cree haber con ellos apagado la esperanza, renace esta mas viva en los pechos conmovidos y exasperados con la violencia. Un partido vencido y castigado con oprobio é injusticia, no se acaba : es preciso perdonarlo ó destruirlo ; esta es la constante leccion de la esperiencia.

Fué Cumaná la primera provincia que dió muestras de reaccion.

Huyendo de Cervéris se habian retirado muchos hombres á los bosques ó á las tierras del interior, otros vagaban por las costas buscando ocasion de trasladarse á las colonias neutrales y un pequeño número consiguió refugiarse al islote de Chacachacare, peñasco perteneciente al gobierno de Trinidad y que forma con la punta oriental de la península de Paria el mas grande de los canales llamados Bocas de Dragos. Cuarenta y cinco patriotas eran estos últimos, todos jóvenes, intrépidos y desesperados. El principal de ellos se llamaba Santiago Mariño, mancebo rico y gallardo natural de Margarita, amigo ardiente de la revolucion y valeroso; pero aficionadísimo al mando, á la ostentacion y á las revueltas. Otro era José Francisco Bermúdez, mozo inquieto, turbulento y petulante, de una audazia imponderable. Ni en valor, ni en pasiones irascibles y violentas, ni en ambicion cedia un punto á este Manuel Piar, natural de Curazao, que desde mui temprano tomó partido con los patriotas y, como otros muchos paisanos suyos, sirvió con zelo. Manuel Valdes no era mas que un soldado alegre lleno de pundonor militar, ménos republicano que enemigo de los españoles, tan distante de la ambicion como de las virtudes políticas, fuera del placer, á todo lo demas indiferente. Allí tambien se hallaban el comandante de ingenieros José Francisco Azcúe, un marino estranjero de nombre Juan Bautista Videau, Bernardo Bermúdez, hermano de José Francisco, valiente como él, pero reposado y juicioso: Agustin Armario y otros varios que figuraron despues en la terrible guerra que se preparaba. Todos ellos habian tomado activa parte en la revolucion, y eran conocidos en el pais por su arrojo y sus servicios á aquella causa desgraciada.

Fiando sin duda en la buena acogida que debia hacerles la opinion pública, mui cambiada ya contra los españoles; y acaso, en que los soldados americanos se les reunirian, concibieron aquellos temerarios el estraordinario proyecto de desembarcar en Güiria y sorprender un destacamento de 500 hombres que allí tenian los realistas: para ello no contaban con ninguna especie de recursos, y todas sus armas eran seis fusiles. Mandaba á los realistas Don Juan Gabazo, oficial de marina á quien habian hecho odiosísimo sus piraterías en las costas venezolanas. La confianza de Mariño, sin embargo, y la de sus compañeros se vió dichosamente realizada; pues compuesta de solo güireños la guarnicion del puerto, abandonó á sus jefes luego que se presentaron los patriotas. Dueños así

estos de la plaza, se proveyeron de fusiles, cañones y pertrechos, y viendo cosiderablemente aumentada su tropa, resolvieron sacar de su ventaja el partido posible sin dar vagar ni respiro al enemigo. Maturin, situado á orillas del Guarapiche, era un punto importante, así por su posicion casi intermedia entre el Orinoco y la costa de la península de Paria, como porque allí habia depositado Villapol el parque que salvó su division en la rota de Guayana. A ocuparlo destinó Mariño á Bernardo Bermúdez, y á José Francisco le ordenó situarse con 75 hombres en el puerto de Irapa. Los dos hermanos desempeñaron sus encargos con acierto y prontitud. Atacado el segundo en su puesto el dia 15 por 400 hombres que mandaba Cervéris, los derrotó completamente persiguiéndolos hasta dispersarlos. Cien hombres con que los españoles guarnecian á Maturin no se atrevieron á esperar á Bernardo, y este ocupó la plaza á principios de febrero.

No podia volver la gente de su asombro al ver estos movimientos y tenia por cierto que aquellos mozos imprudentes iban á perecer todos en la loca empresa que habian acometido. Tal era tambien el juicio de Antoñánzas que habia reemplazado á Ureña en el gobierno de Cumaná: seguro de destruir con facilidad á un puñado de hombres insensatos, públicamente se congratulaba del triunfo y hablaba ya de repetir sus horribles venganzas. Mariño entre tanto, situado en Irapa, empleaba sus pocos soldados en sostener el punto contra los ataques de una escuadrilla española que dominaba el golfo, y en inquietar á Yaguaraparo donde se hallaba Cervéris con 400 hombres. En aquel puesto un ataque combinado de las fuerzas terrestres y marítimas realistas le hubiera sin duda alguna aniquilado; pero por dicha Cervéris era un insigne cobarde, mui ignorante ademas, y el comandante de los buques no podia hacer nada solo. Era llegado marzo y, firmes los patriotas en su puesto, mas bien que flaquear se vigoraban diariamente.

Noticioso Monteverde del desembarco de Mariño, habia enviado en ausilio de Cumaná 500 hombres al mando de un vizcaino llamado Don Antonio Zuazola; y como para este tiempo se hubiesen estendido ya varias partidas de Maturin en direccion al norueste, se le ordenó salir á rechazarlas. Batiólas en efecto Zuazola en el sitio de los Maqueyes, y el 16 de marzo en la villa de Aragua. Digno subalterno de Antoñánzas, cometió en el tránsito las mayores violencias, persiguiendo sin distincion como enemigos á cuantos ame-

ricanos encontraba, quemando las casas, talando las sementeras. A los prisioneros pasó por las armas, y luego llamó de paz á los vecinos de la villa que temerosos andaban á leva y monte por la tierra. Muchos escarmentados con las pasadas perfidias no se fiaron: otros inocentes y candorosos se presentaron con sus familias, tanto mas tranquilos, cuanto que eran gente quieta que no se habia metido en nada. Hombres y mujeres, ancianos y niños fueron desorejados ó desollados vivos. A quiénes, hacia quitar el cútis de los pies y caminar sobre cascos de vidrios ó guijarros: á quiénes, hacia mutilar de uno ó dos miembros ó de las facciones del rostro, haciendo mofa despues de su fealdad: á quiénes, mandaba coser espalda con espalda. No siempre eran unos mismos los suplicios: variábalos y combinábalos de mil maneras, para procurarse el gusto de la novedad. Las fieras matan por necesidad, por instinto; solo el hombre mata por placer, y Zuazola era el mas fiero y atroz de los nacidos. Sucedió entónces que un niño de doce años se le presentó ofreciendo su vida por salvar la de su padre, apoyo de numerosa y desvalida familia. Hízolos matar á entrambos, ántes al hijo. Obra penosísima y larga seria referir por menor las atrozidades de aquel monstruo. Pero ¡admírese hasta qué punto ciegan á los hombres mas pacíficos é inofensivos las pasiones políticas! Nuestro feroz vizcaino obtuvo con motivo de sus crueldades el título de valeroso y buen vasallo: muchos cajones de orejas que envió á Cumaná fueron recibidos con salvas y algazaras por los catalanes; y estos pobres hombres conocidos ántes por su modestia y honradez adornaron con ellas las puertas de sus casas, y las pusieron en sus sombreros usándolas á modo de escarapelas.

Los derrotados que escaparon de los Magueyes y de Aragua, y muchos patriotas que andaban por los bosques huyendo de Cervéris, Zuazola y Antoñánzas, se reunieron en Maturin, donde por ausencia de Bernardo Bermúdez mandaban Piar y Azcúe. Viendo entre tanto el gobernador de Cumaná que Zuazola, entretenido con sus asesinatos, no hablaba de marchar contra aquella guarida, objeto ya de serias inquietudes, dispuso que el gobernador de Barcelona Don Lorenzo de la Hoz saliese á destruirla. Don Lorenzo en efecto se reunió á Zuazola y á la cabeza de 1500 hombres atacó el 20 de marzo á Maturin. Piar no podia resistir con 500 hombres escasos el ímpetu del enemigo. Cedió pue el campo, pero poco á poco, en buen órden, haciendo uso de unos cuantos ginetes valero-

ses para detener á su contrario encarnizado en perseguirle. En este movimiento la tropa colecticia é indisciplinada de La Hoz hubo de seguir desbandada el alcanze, ufana con la pequeña ventaja conseguida, y creyendo que Piar se retiraba acobardado. El momento era oportuno para castigar su presuncion. Los patriotas á una señal del jefe volvieron caras, y dando de firme sobre los confiados realistas, los desbarataron y rompieron de tal manera, que mui pocos lograron escapar de la derrota. El 11 de abril volvió La Hoz á acometer á Maturin con tropas de refresco que le llevó el teniente coronel Don Remijio Bobadilla. Juntos tenian al pié de 1600 hombres; pero fueron rechazados con mayor pérdida en armas y soldados.

Unas tras otras llegaron á Carácas las noticias de estos descalabros á turbar el regocijo y las locuras de Monteverde y sus amigos. Tanto él como ellos se hallaban entónces ocupados en activar la persecucion; para lo cual, pretestando el descubrimiento de horribles conspiraciones, habian creado una comision militar encargada de seguir sumariamente las causas. Con este motivo habia trabado nuevas disputas de competencia con el tribunal superior de justicia, que pedia el cumplimiento de las leyes comunes y la observancia de la constitucion política de la monarquía. Prohibiéndose en efecto por esta que ninguno fuera juzgado por comisione especiales, es claro que la audiencia alegaba con razon; pero Monteverde declaró que consideraba la ciudad en estado de sitio, bien que no hubiese en toda la provincia un solo enemigo armado, y para imponer silencio á todos hizo público en 15 de marzo un despacho del secretario de la guerra, que hasta entónces habia tenido oculto. En él aprobaba el gobierno de España su conducta y tambien un plan que nuestro pacificador habia formado para perfeccionar la reduccion de Venezuela. Consistia el tal plan en pasar á cuchillo todos los insurgentes pertinazes que osasen resistir con las armas á las tropas del rei. Los que hubiesen admitido empleos ó cooperado de cualquier modo á sostener la revolucion, debian ser juzgados como reos de estado y condenados al último suplicio: á los que hubiesen ausiliado con dinero ú efectos al gobierno republicano, se les confiscarian las dos terceras partes de sus bienes, á ménos que no probasen haber sido violentados. Este era el plan de Monteverde, aprobado por el gobierno constitucional de España! Júzguese ahora de la capazidad y don de acierto de uno y

otro. Calló, por supuesto, la audiencia en vista de aquella autorizacion, y el capitan general siguió atropellando, confiscando y trastornando á mas y mejor, hasta que los sucesos de oriente llegaron á distraerle de tan odiosa ocupacion.

Furioso con los desastres esperimentados y atribuyéndolos á la ineptitud de sus tenientes, resolvió trasladarse en persona al teatro de la guerra, firmemente persuadido de que su presencia bastaria para componerlo todo. Con este intento tomó en Carácas 260 veteranos que la regencia habia destinado á Santa-Marta; agregó á ellos algunas tropas de Coro y varios soldados de marina, y el 27 de abril se embarcó en la Guaira, dejando al coronel Tiscar para mandar en su ausencia. El dia 3 de mayo llegó á Barcelona é inmediatamente publicó una proclama en que decia: « Con « la misma facilidad con que se disipa el humo al impulso del « viento, así desaparecerán los facciosos de Maturin, por el valor « y la fortaleza de los soldados del rei que tengo el honor de con- « ducir á la victoria. » Es singular el instinto que tienen los partidos para conocer las pasiones y sentimientos de sus contrarios. Los patriotas, léjos de asustarse con las amenazas de Monteverde, hicieron mucha burla del estilo oriental de su secretario, y decian que su ridícula confianza en la victoria no era mas que miedo. Verdad es que el jefe español para aquel tiempo no las tenia todas consigo; pero acaso era ménos miedo que vanidad su jactancia, porque á decir verdad él se creia ya insigne capitan.

Despreciando los consejos de muchas personas que le instaban para que retardase el ataque hasta reunir mas tropas, y sobre todo aquellas que tenian conocimiento práctico del terreno, aceleró sus marchas y el 25 de mayo se presentó frente á Maturin con una fuerza de 2000 hombres. Así que hubo llegado á tiro de cañon, se detuvo y envió á decir á los de la plaza « que si en el término « de dos horas no se entregaban y reconocian á su legítimo sobe- « rano, serian abandonados al furor irresistible de sus soldados. » Piar y Azcúe habian formado con dos cañones de pequeño calibre que tenian, dos baterías para cubrir las avenidas de la plaza, y confiaban mucho ademas en 500 ginetes colocados de tal modo que podian cargar de flanco al enemigo y arrollarlo al primer indicio de desórden que notasen. Todo ménos valor faltaba en su campo, pero todo lo suplia el patriotismo del soldado; y la general resolucion de correr los azares de la guerra ántes que mo-

rir friamente asesinados. Su contestacion á Monteverde fué análoga á estas disposiciones. « Habia pasado el tiempo, le dijeron, en que « sus promesas podian engañar á los americanos, y los jefes, los « soldados y el pueblo de Maturin estaban resueltos á perecer de- « fendiendo su libertad. »

Hé aquí ahora cómo cuenta Monteverde el combate que se siguió: « Atacamos (dijo en un oficio al coronel Tiscar) atacamos á Matu- « rin con una intrepidez asombrosa: se rechazó su caballería por « tres vezes; pero por último los enemigos arrollaron la nuestra, « y ambas el cuerpo de reserva, lo que causó una dispersion « general. Yo escapé de milagro y he pasado trabajos que nadie se « podrá figurar; pero felizmente lo cuento. El punto de Maturin « es de la mayor consideracion, no como me lo habian pintado « siempre: su posicion es la mas diabólica. »

Lo que hubo de cierto fué que Monteverde sin examinar su posicion, sin averiguar la fuerza del enemigo, sin tomar en fin ninguna medida militar, marchó contra los maturinenses como contra un rebaño de ovejas. Piar hizo jugar sus cañones con acierto y oportunidad: á los primeros tiros cayeron muertos algunos enemigos: á los segundos empezaron á arremolinarse y cobrar miedo. Gente bisoña que jamas habia visto guerras y no tenia ni aun los hábitos de la disciplina, fácilmente fué desordenada con el estrago de la artillería. La caballería lanzada entónces contra ella aumentó la confusion, y se siguió una derrota completa. Tendidos quedaron en el campo 479 hombres, entre los cuales 27 oficiales, y por despojos cinco cañones, multitud de fusiles y pertrechos, seis mil pesos en plata, otras cosas de valor y el equipaje de Monteverde.

Por lo que toca á este cuitado, debió la vida á su pronta fuga y al ausilio de un hombre práctico que le servia de guia. Salvo apénas, empezaron á afligirle otros temores. Su derrota le habia hecho perder la cabeza, y ya se figuraba verse privado del mando por los mismos medios que él lo habia arrebatado á Cevállos y á Miyáres. Voló pues á Carácas, y haciendo un crímen á Tiscar de sus propios temores, le reemplazó con el brigadier Fierro, hombre apocado y nulo en quien tenia confianza. A estas medidas agregó otras conducentes á asegurarse la obediencia, y despues marchó aceleradamente á Valencia, donde hacia necesaria su presencia una terble tempestad que amenazaba en el ocidente de Venezuela.

Para la mejor inteligencia de esta historia se hace necesario re-

troceder un poco y aun recorrer rápidamente los acontecimientos de la Nueva Granada desde el año de 1810.

Allí la revolucion siguió hasta cierto punto la misma marcha que en Venezuela : junta de gobierno en la capital y varias provincias, oposicion de otras que se declararon por el sistema antiguo, arresto y deposicion del virei y las demas autoridades españolas, desconocimiento de la autoridad de la regencia, todo fué igual hasta aquí. Del mismo modo que en Venezuela se levantaron tambien dos partidos, uno que previendo guerras y trastornos de todo género, queria en el gobierno unidad, concentracion y energía; otro de pequeños ambiciosos que querian hacer un estado de cada una de aquellas provincias. Cualesquiera que hayan sido sus errores, ambos son bien escusables. Nada hai mas natural que buscar la fuerza cuando se necesita, y desear el poder cuando parece que está en nuestra mano conseguirlo sin crímen. Este era el caso allí. El republicano Antonio Nariño, decano de los patriotas de la Nueva Granada, amigo de Miranda y admirador de sus principios, creia como él que en la América hispana no habia hombres, luzes ni recursos suficientes para plantear el gobierno federal, el mejor si se quiere, pero el mas difícil de todos los gobiernos : que derrocado el poder español se levantarian multitud de ambiciones y partidos cuya misma impotencia acarrearia la anarquía : que lo mas importante en paises tan pobres é ignorantes no era proclamar teorías incomprensibles para la generalidad, sino el principio salvador de la revolucion, la salud de todos, la unidad en el pensamiento, en la voluntad y en la accion. Fácil es concebir lo que los otros contestaban á estas consideraciones. Que nada impedia hacer un ensayo del escelente gobierno que proponian : que á él debian su inaudita prosperidad los Estados-Unidos del norte : que ¿ cuál era el beneficio que resultaria á las provincias de derribar el gobierno español y provocar la guerra, si en lugar de un gobierno liberal que concediese á cada una de ellas la soberánía, se las hacia depender de una lejana capital y se preparaba el peor de todos los despotismos, cual lo es el de las armas ?

De estas y otras muchas razones discutidas con la violencia propia del asunto y de la situacion, pasaron luego los partidos á una ruptura abierta que ocasionó muchos desastres. Nariño, presidente del estado de Cundinamarca, cuya capital era Bogotá, era el jefe de los centralistas. Todas las demas provincias con escepcion del

istmo de Panamá y la de Santa Marta, se habian declarado por la federacion. La primera de estas permaneció fiel al gobierno español; la otra, despues de haber constituido una junta, proclamó tambien la causa real. Con intrigas y algunas vezes con la fuerza logró Nariño que muchas comarcas pertenecientes á los otros estados se separaran de sus gobiernos uniéndose al de Bogotá. Casanare, Tunja y Pamplona, irritadas de esta conducta, hablaron de unirse á Venezuela; pero Nariño, léjos de separarse por esto de su plan, intentó mas decididamente que nunca llevarlo á efecto por medio de las armas. Con este objeto puso en marcha algunas tropas al mando del coronel Baraya, con direccion á Tunja y Pamplona, pretestando temores de invasion por parte del gobierno español de Maracaibo, y realmente con el designio de conseguir la agregacion de aquellas dos provincias. Baraya, sin embargo, creyendo como todos entónces que el mejor medio de restablecer la concordia era reunir un congreso general, abandonó el partido de Nariño y se puso á las órdenes del gobierno de Tunja.

Esto sucedia en ocasion de estar ocupados los valles de Cúcuta por las tropas de Maracaibo á las órdenes del coronel Don Ramon Correa, y cuando los realistas de Santa Marta, en guerra ya con Cartagena, habian invadido y ocupado el alto Magdalena.

A pesar de estos embarazos Nariño no desistió de su propósito. Por el contrario, envió tropas al Socorro y él mismo se dirigió contra Tunja. Ocupó esta ciudad sin resistencia; pero de allí á poco la noticia de reveses esperimentados por sus armas en aquella provincia, le decidió á concluir un tratado en que se estipulaba la reunion de un congreso general, dejando á la decision de este el punto de agregacion de territorios, que habia dado orígen á la guerra.

De regreso á Bogotá renunció Nariño la presidencia del estado de Cundinamarca. Un levantamiento popular le restableció despues en ella con el poder de dictador. Para esto el congreso general reunido en Leiva el 4 de octubre de 1812 con diputados de todas las provincias libres, declaró que no reconocia en calidad de dictador á Nariño. A esta determinacion intempestiva é imprudente se unieron dicterios y groseras injurias contra la persona de aquel importante ciudadano; el cual, agriado hasta lo sumo, convocó á una junta general en Bogotá. Esta declaró que Nariño debia continuar en el gobierno con las mismas facultades absolutas que se le

habian concedido : que no se obedecieran las órdenes del congreso; y que Cundinamarca no entraria en la confederacion. Los medios conciliatorios empleados despues de esto fueron inútiles, y la guerra empezó. El congreso para atender á su seguridad y á la del gobierno de la Union, acordó trasladarse de Leiva á la ciudad de Tunja, y Nariño se puso en marcha contra la misma ciudad. Derrotado en el alto de la Vírgen, regresó de prisa á Bogotá, temeroso de alguna trama de sus enemigos interiores, y allí fué cercado por las tropas del congreso el 24 de diciembre.

La posicion de Nariño era angustiada. Conociéndola, propuso transaccion en términos convenientes, decorosos, quizá humildes; pero rechazados duramente por Baraya, general en jefe de las tropas del congreso, resolvió defenderse hasta la última estremidad. Cara les costó á los federalistas su necia presuncion. Los bogotanos exasperados sostuvieron á su jefe, y aprovechándose de un ataque mal dirigido contra la plaza, derrotaron completamente á Baraya y destruyeron su ejército. El dictador no abusó de la victoria. Léjos de eso, convino en un tratado de paz y amistad por el cual quedó Cundinamarca independiente de la confederacion, y el congreso representando las demas provincias libres; estado de cosas precario y falso que no podia subsistir, pero que obligó á adoptar el horror á la guerra civil y la igualdad de fuerzas de los contendientes. Este tratado se firmó en 30 de marzo de 1813.

Volvamos ahora un poco atras. En febrero de 1812 llegó á Porto-Belo el brigadier Don Benito Pérez, nombrado por la regencia virei de Santafé. Establecióse en Panamá, y con algunos ausilios de dinero y armas que obtuvo de la Habana consiguió atropar en Santa Marta una fuerza de 1500 hombres que se estendió hasta Ocaña, logrando cortar toda comunicacion del interior por el Magdalena y batir algunas fuerzas que envió contra ellos Cartagena. En tales circunstancias muchos pueblos de la provincia empezaron á abandonar la capital, y pronto se declararon por el rei los de Sábanas desde Ayapel hasta Lorica, incluyendo á Tolú y el fuerte de Zispatá en las bocas del Sinú. Entónces quedó Cartagena en una especie de bloqueo.

Acordaron por esta razon los que gobernaban la plaza tratar con el virei, haciendo intervenir al vicealmirante inglés del apostadero de Jamaica, para garantir las personas de sus comisionados. El arreglo no tuvo lugar y los apuros de Cartagena se aumentaban,

cuando mui oportunamente para salvarla arribaron á sus playas muchos venezolanos que huian del pacificador de Venezuela. El principal de ellos era Bolívar.

Ya hemos visto como habia caido por traicion el jóven coronel en manos de Monteverde. Poco temido hasta entónces y generalmente amado en su patria, obtuvo poderosas recomendaciones para el capitan general; y este, mui torpe para penetrar las pasiones y el espíritu de aquel hombre, le vió con mas indiferencia que á otros muchos patriotas infinitamente ménos peligrosos. Esto y la circunstancia de haber contribuido á la prision de Miranda (considerado como el alma de la revolucion), esplican por qué no tuvo la suerte que este ó por lo ménos la de Madariaga, Ayala y otros. Mas nada era para Bolívar haber conseguido que se le dejase en Venezuela: él queria salir de ella á fin de poner por obra vastos proyectos que revolvia en su mente, y no paró hasta conseguir un pasaporte para Curazao. Obtuvo esta difícil concesion por medio de un honrado español llamado Don Francisco Iturbe, grande y buen amigo suyo, que osó responder por su conducta. Así, por uno de aquellos juegos caprichosos de la fortuna que confunden con frecuencia el saber humano, dos realistas dieron libertad al héroe que debia destruir el poder español en la América del Sur.

Poco despues de estar en Curazao supo Bolívar que sus bienes, harto cuantiosos, habian sido confiscados; con lo cual apresuró el viaje (que ya tenia resuelto) á Gartagena. A esta ciudad llegó á principios de octubre de 1812, acompañado de José Félix Ríbas, de Manuel Cortes Campománes, uno de aquellos fogosos españoles de la conspiracion de San Blas, de los hermanos Miguel y Fernando Carabaño y de otros varios oficiales distinguidos. Para fines del año se hallaban reunidos en aquella ciudad casi todos los venezolanos que habian escapado de la tiranía de Monteverde, y muchos estranjeros, principalmente franceses, que habian tomado parte en la defensa de la independencia americana.

Bolívar se proponia nada ménos que libertar á Venezuela por medio de la Nueva Granada, empresa que, atendido el estado de las cosas, parecia descabellada aun á los mas confiados. Porque si la primera, no tan dividida interiormente y con una poblacion mas guerrera, habia sucumbido, cómo resistiria la segunda? Idénticos eran sus errorres, menores sus medios de defensa, mayores sus peligros. A estos podia oponer Bolívar su espada y sus

talentos, pero sin influjo ni mano en el gobierno ¿ cómo apagaria el fuego de las disensiones civiles y reformaria el sistema político adoptado ? En estas circunstancias hizo lo que pudo. Ofreció sus servicios al gobierno para combatir contra sus enemigos y se sirvió del ejemplo de su patria para presentar á la Nueva Granada una severa leccion de escarmiento. Con este objeto publicó un manifiesto en que esplicó mui por menor la conducta de Monteverde, y ademas una memoria relativa á las causas que habian, en su concepto, producido la ruina de la revolucion en Venezuela. Estos escritos, los primeros de Bolívar en materias políticas, son unas de sus mas notables producciones. Este hombre singular poseía entre sus talentos el de escribir con raro desembarazo, fuerza y gracia, y en el segundo de aquellos opúsculos probó que tenia igualmente el ojo certero de un buen político, la energía de un hombre de revolucion y los vastos y atrevidos proyectos de un guerrero. Por dos respectos igualmente importantes interesa á la historia aquel escrito : el primero, porque esplica con verdad y claridad un suceso notable : el segundo, porque nos revela su modo de pensar acerca de varios puntos capitales de la política americana. « El mas con-
« secuente error que cometío Venezuela, dice, al presentarse en el
« teatro político, fué sin contradiccion, la fatal adopcion que hizo
« del sistema tolerante : sistema improbado como débil é ineficaz
« desde entónces, por todo el mundo sensato, y tenazmente sos-
« tenido hasta los últimos períodos, con una ceguedad sin ejemplo.

« Las primeras pruebas que dió nuestro gobierno de su insen-
« sata debilidad, las manifestó con la ciudad subalterna de Coro,
« que denegándose á reconocer su legitimidad, la declaró insur-
« gente, y la hostilizó como enemigo. . . . . .

« Los códigos que consultaban nuestros magistrados no eran los
« que podian enseñarles la ciencia práctica del gobierno, sino los
« que han formado ciertos buenos visionarios que, imaginándose
« repúblicas aéreas, han procurado alcanzar la perfeccion política,
« presuponiendo la perfectibilidad del linage humano. Por manera
« que tuvimos filósofos por jefes, filantropía por legislacion, dia-
« léctica por táctica y sofistas por soldados. Con semejante sub-
« version de principios y de cosas el órden social se sintió estre-
« mamente conmovido, y desde luego corrió el estado á pasos
« agigantados á una disolucion universal, que bien pronto se vió
« realizada.

« De aquí nació la impunidad de los delitos de estado cometidos « descaradamente por los descontentos, y particularmente por nues- « tros natos é implacables enemigos los españoles europeos, que « maliciosamente se habian quedado en nuestro pais, para tenerlo « incesantemente inquieto, y promover cuantas conjuraciones les « permitian formar nuestros jueces, perdonándolos siempre, aun « cuando sus atentados eran tan enormes, que se dirigian contra « la salud pública.

« La doctrina que apoyaba esta conducta tenia su orígen en las « máximas filantrópicas de algunos escritores, que defienden la no « residencia de facultad en nadie, para privar de la vida á un « hombre, aun en el caso de haber incurrido este en el delito de « lesa patria. Al abrigo de esta piadosa doctrina, á cada conspira- « cion sucedia un perdon, y á cada perdon sucedia otra conspira- « cion que se volvia á perdonar; porque los gobiernos liberales « deben distinguirse por la clemencia. Clemencia criminal, que « contribuyó mas que nada á derribar la máquina que todavía no « habíamos enteramente concluido.

« De aquí vino la oposicion decidida á levantar tropas veteranas, « disciplinadas, y capazes de presentarse en el campo de batalla, ya « instruidas, á defender la libertad, con buen suceso y gloria. Por « el contrario, se establecieron innumerables cuerpos de milicias « indisciplinadas, que ademas de agotar las cajas del erario nacio- « nal con los sueldos de la plana mayor, destruyeron la agricul- « tura, alejando á los paisanos de sus lugares; é hicieron odioso « el gobierno que obligaba á estos á tomar las armas, y á abando- « nar sus familias.

« Las repúblicas, decian nuestros estadistas, no han menester « de hombres pagados para mantener su libertad. Todos los ciu- « dadanos serán soldados cuando nos ataque el enemigo. Grecia, « Roma, Venecia, Génova, Suiza, Holanda, y recientemente el « Norte de América, vencieron á sus contrarios sin ausilio de tro- « pas mercenarias, siempre prontas á sostener al despotismo y á « subyugar á sus conciudadanos.

« Con estos antipolíticos é inexactos raciocinios fascinaban á los « simples: pero no convencian á los prudentes que conocian bien « la inmensa diferencia que hai entre los pueblos, los tiempos, y « las costumbres de aquellas repúblicas y las nuestras. Ellas, es « verdad que no pagaban ejércitos permamentes; mas era porque

« en la antigüedad no los habia, y solo confiaban la salvacion y « la gloria de los estados en sus virtudes políticas, costumbres « severas y carácter militar, cualidades que nosotros estamos « mui distantes de poseer. Y en cuanto á las modernas que han « sacudido el yugo de sus tiranos, es notorio que han mantenido « el competente número de veteranos que exige su seguridad: es- « ceptuando al Norte de América, que estando en paz con todo el « mundo, y guarnecido por el mar, no ha tenido por conveniente « sostener en estos últimos años el completo de tropa veterana que « necesita para la defensa de sus fronteras y plazas.

« El resultado probó severamente á Venezuela el error de su « cálculo; pues los milicianos que salieron al encuentro del ene- « migo, ignorando hasta el manejo del arma, y no estando habi- « tuados á la disciplina y obediencia, fueron arrollados al comenzar « la última campaña, á pesar de los heróicos y estraordinarios es- « fuerzos que hicieron sus jefes, por llevarlos á la victoria: lo que « causó un desaliento general en soldados y oficiales, porque es « una verdad militar que, solo ejércitos aguerridos son capaces de « sobreponerse á los primeros infaustos sucesos de una campaña. « El soldado bisoño lo cree todo perdido, desde que es derrotado « una vez; porque la esperiencia no le ha probado que el valor, la « habilidad y la constancia corrigen la mala fortuna.

« La subdivision de la provincia de Carácas, proyectada, discuti- « da y sancionada por el congreso federal, despertó y fomentó una « encomada rivalidad en las ciudades y lugares subalternos contra « la capital; la cual (decian los congresales ambiciosos de dominar « en sus distritos) era la tirana de las ciudades y la sanguijuela del « estado. De este modo se encendió el fuego de la guerra civil en « Valencia, que nunca se logró apagar con la reduccion de aquella « ciudad; pues conservándolo encubierto, lo comunicó á las otras « limítrofes, á Coro y Maracaibo: y estas entablaron comunicaciones « con aquellas y facilitaron por este medio la entrada de los es- « pañoles que trajo consigo la caida de Venezuela.

« La dilapacion de las rentas públicas en objetos frívolos y per- « judiciales, y particularmente en sueldos de infinidad de ofici- « nistas, secretarios, jueces, magistrados, legisladores provincia- « les y federales, dió un golpe mortal á la república, porque la « obligó á recurrir al peligroso espediente de establecer el papel

« moneda, sin otra garantía que la fuerza y las rentas imaginarias « de la confederacion.....

« Pero lo que debilitó mas al gobierno de Venezuela fué la « forma federal que adoptó, siguiendo las máximas exageradas de « los derechos del hombre, que autorizándolo para que se rija por « sí mismo, rompe los pactos sociales, y constituye á las naciones « en anarquía. Tal era el verdadero estado de la confederacion. « Cada provincia se gobernaba independientemente; y á ejemplo « de estas, cada ciudad pretendia iguales facultades alegando la « práctica de aquellas, y la teoría de que todos los hombres y todos « los pueblos gozan de la prerogativa de instituir á su antojo el « gobierno que les acomode.

« El sistema federal, bien que sea el mas perfecto, y mas capaz « de proporcionar la felizidad humana en la sociedad, es no obstante « el mas opuesto á los intereses de nuestros nacientes estados; ge- « neralmente hablando, todavía nuestros conciudadanos no se ha- « llan en aptitud de ejercer por sí mismos y ampliamente sus de- « rechos; porque carecen de las virtudes políticas que caracterizan « al verdadero republicano: virtudes que no se adquieren en los « gobiernos absolutos, en donde se desconocen los derechos y los « deberes del ciudadano.

« Por otra parte: ¿ qué pais del mundo por morigerado y repu- « blicano que sea, podrá, en medio de las facciones intestinas y de « una guerra esterior, regirse por un gobierno tan complicado y « débil como el federal? No es posible conservarlo en el tumulto « de los combates y de los partidos. Es preciso que el gobierno se « identifique, por decirlo así, al carácter de las circunstancias, « de los tiempos y de los hombres que lo rodean. Si estos son prós- « peros y serenos, él debe ser dulce y protector; pero si son ca- « lamitosos y turbulentos, él debe mostrarse terrible, y armarse « de una firmeza igual á los peligros, sin atender á leyes ni « constituciones, ínterin no se restablece la felizidad y la paz.

« Carácas tuvo mucho que padecer por defecto de la confedera- « cion, que léjos de socorrerla le agotó sus caudales y pertrechos; « y cuando vino el peligro la abandonó á su suerte, sin ausiliarla « con el menor contingente. Ademas le aumentó sus embarazos, « habiéndose empeñado una competencia entre el poder federal y « el provincial, que dió lugar á que los enemigos llegasen al cora- « zon del estado ántes que se resolviese la cuestion, de si deberian

« salir las tropas federales y provinciales á rechazarlos, cuando ya « tenian ocupada una gran porcion de la provincia. Esta fatal con- « testacion produjo una demora que fué terrible para nuestras « armas, pues las derrotaron en San Cárlos sin que les llegasen los « refuerzos que esperaban para vencer.

« Yo soi de sentir que miéntras no centralicemos nuestros go- « biernos americanos, los enemigos obtendrán las mas completas « ventajas; seremos indefectiblemente envueltos en los horrores « de las disensiones civiles, y conquistados vilipendiosamente por « ese puñado de bandidos que infestan nuestras comarcas.

« Las elecciones populares hechas por los rústicos del campo y « por los intrigantes moradores de las ciudades, añaden un obs- « táculo mas á la práctica de la federacion entre nosotros: porque « los unos son tan ignorantes que hacen sus votaciones maquinal- « mente, y los otros tan ambiciosos, que todo lo convierten en « faccion, por lo que jamas se vió en Venezuela una votacion libre « y acertada; lo que ponia el gobierno en manos de hombres ya « desafectos á la causa, ya ineptos, ya inmorales. El espíritu de « partido decidia en todo, y por consiguiente nos desorganizó mas « de lo que las circunstancias hicieron. Nuestra division, y no las « armas españolas, nos tornó á la esclavitud:

« El terremoto de 26 de marzo trastornó ciertamente tanto lo « físico como lo moral; y puede llamarse propiamente la causa in- « mediata de la ruina de Venezuela; mas este mismo suceso habria « tenido lugar sin producir tan mortales efectos, si Carácas se hu- « biera gobernado entónces por una sola autoridad, que obrando « con rapidez y vigor hubiese puesto remedio á daños, sin trabas « ni altercados, que retardando el efecto de las providencias, « dejaban tomar al mal un incremento tan grande que lo hizo in- « curable.

« Si Carácas en lugar de una confederacion lánguida é insubsis- « tente hubiese establecido un gobierno sencillo, cual lo requeria « su situacion política y militar, tú existieras ¡ oh Venezuela! y go- « zaras hoi de tu libertad.

« La influencia eclesiástica tuvo, despues del terremoto, una « parte mui considerable en la sublevacion de los lugares y ciu- « dades subalternas, y en la introduccion de los enemigos en el « pais, abusando sacrílegamente de la santidad de su ministerio « en favor de los promotores de la guerra civil. Sin embargo, debé-

« mos confesar ingenuamente, que estos traidores sacerdotes se animaban á cometer los execrables crímenes de que justamente se les acusa, porque la impunidad de los delitos era absoluta; la cual hallaba en el congreso un escandaloso abrigo, llegando á tal « punto esta injusticia, que de la insurreccion de la ciudad de « Valencia, cuya pacificacion costó cerca de mil hombres, no se « dió á la vindicta de las leyes un solo rebelde, quedando todos « con vida, y los mas con sus bienes.

« De lo referido se deduce que entre las causas que han produ- « cido la caida de Venezuela, debe colocarse en primer lugar la « naturaleza de su constitucion, que repito, era tan contraria á sus « intereses, como favorable á los de sus contrarios. En segundo, « el espíritu de filantropía que se apoderó de nuestros gobernan- « tes. Tercero, la oposicion al establecimiento de un cuerpo mi- « liter que salvase la república y repeliese los choques que le daban « los españoles. Cuarto: el terremoto acompañado del fanatismo « que logró sacar de este fenómeno los mas importantes resultados; « y últimamente las facciones internas que en realidad fueron el « mortal veneno que hizo descender la patria al sepulcro.

« Estos ejemplos de errores é infortunios no serán enteramente « inutiles para los pueblos de la América meridional que aspiran á « la libertad é independencia... »

Bolívar concluia proponiendo como medida indispensable de seguridad para la Nueva-Granada la reconquista de Carácas.

« Es una cosa positiva que en cuanto nos presentemos en Vene- « zuela, se nos agregarán millares de valerosos patriotas, que suspi- « ran por vernos parecer, para sacudir el yugo de sus tiranos, y « unir sus esfuerzos á los nuestros, en defensa de la libertad.

« La naturaleza de la presente campaña nos proporciona la ven- « taja de aproximarnos á Maracaibo por Santa Marta; y á Barínas « por Cúcuta. »

No poco, en el estado calamitoso en que se hallaban los asuntos del Magdalena, se holgó el gobierno de Cartagena del oportuno arribo de los venezolanos. Todos ellos fueron inmediatamente acogidos con muestras infinitas de benevolencia y estima: una vaga prevision de triunfos y glorias alentó el desmayado espíritu público, y para colmo de fortuna los primeros pasos de todos ellos justificaron la confianza que se tenia en su valor y en sus talentos. Campománes destinado á pacificar á Sábanas, penetró por los pue-

blos insurreccionados, derrotó al jefe español Rebustillo cerca del arroyo de Manco-Mojan, luego en el sitio de Oveja, obligándole á buscar refugio en la provincia de Santa Marta. Enviado Miguel Carabaño á las bocas del Sinú, tomó por asalto el fuerte de Zispatá y redujo á la obediencia del gobierno de Cartagena todos los pueblos alterados del contorno.

Poco ántes de la accion de Manco-Mojan, que aconteció el 12 de noviembre, el aventurero frances Pedro Labatut habia tomado por asalto las fuertes posiciones enemigas de Sitio-Nuevo, el Palmar y Sitio-Viejo. El 18 de noviembre arrebató á los españoles, por fuerza tambien, el punto de Guaimaro, y nombrado por el gobierno del estado jefe de la estensa línea que señala el Magdalena, emprendió y consiguió la conquista de la provincia y plaza de Santa Marta. A las órdenes de este jefe fué puesto Bolívar, con nombramiento de comandante del pequeño pueblo de Barráncas á la ribera izquierda del Magdalena; pero miéntras Labatut obraba sobre Santa Marta, él se preparó á atacar la villa de Tenerife, fortificada por los españoles para obstruir la navegacion del rio. Intimóle en efecto la rendicion, y habiendo huido los que la guarnecian, hizo su entrada en ella con una pequeña fuerza el 25 de diciembre. Dueño de aquel punto importante y de alguna artillería y buques que allí cayeron en su poder, continuó rio arriba hasta Mompox, batiendo y dispersando las partidas que infestaban la márgen oriental del Magdalena.

Zeloso Labatut del buen éxito de su teniente, alegó ante el gobierno que no habia recibido órdenes suyas para emprender aquella espedicion, y pidió que se le juzgara en consejo de guerra por haber osado vencer sin su permiso. Grande empeño puso en ello el frances, furioso al verse privado de una gloria que en su concepto le correspondia; pero los jefes de Cartagena, á quienes aquellas ventajas sacaban de la incomunicacion en que estaban con los demas estados granadinos, sostuvieron y animaron á Bolívar; tanto mas, cuanto que en el interes de Labatut por la disciplina militar supieron distinguir un gran fondo de envidia, y que no les pesaba tener una reputacion militar que oponer á la de aquel violento y codicioso aventurero.

Los españoles poseían todavía á Guamal, el Banco y el Puerto-Real de Ocaña en el alto Magdalena. Bolívar resolvió ocuparlos, y para ello organizó una pequeña fuerza que no ascendia entónces á

quinientos hombres. El enemigo huyó del Banco, fué derrotado en Chiriguaná con pérdida de cuatro buques de guerra que habia introducido por el rio César, de artillería, fusiles y pertrechos; y estas ventajas proporcionaron la ocupacion de Tamalameque, la del Puerto-Real y finalmente la de la ciudad de Ocaña. Con esto quedó libre el estado del Magdalena: los realistas poseían todavía la provincia de Rio-Hacha y el valle de Upar en lo interior de la de Santa Marta; pero reducidos á un pequeño número de hombres acobardados, ignorantes y sin recursos, no inspiraban temor ninguno.

A pesar de esto amenazaban grandes peligros á la Nueva-Granada.

« Despedazada interiormente por partidos opuestos y encarniza-
« dos, carecia de fuerza física y moral que oponer á sus enemigos.
« Por el sur trataba de invadirla Don Toribio Móntes, presidente de
« Quito, quien obraba como independiente del vireinato de San-
« tafé, y podia disponer con prontitud de todas las fuerzas y recur-
« sos que tenia aquella rica, poblaba é industriosa seccion de la
« América del Sur. Se sabia que el brigadier Don Juan Sámano
« estaba al norte de Quito con mas de quinientos hombres: en
« Pasto existia una fuerza respetable, y del valle de Patia con los
« pueblos contiguos de Almaguer y demas podian sacarse quinien-
« tos hombres escelentes para caballería y tropas lijeras. Por el
« norte Don Domingo Monteverde, despues de reconquistar toda
« la república de Venezuela, tenia fuerzas mas que suficientes y
« un flanco dilatado por donde atacar la Nueva-Granada; así era
« que esta se veia próxima á ser invadida por el norte, por el
« oriente y por el sur á distancias inmensas en que las tropas no
« podian ayudarse en el caso de un reves.

« Eran mui pequeños los medios de las nuevas repúblicas para
« repeler á sus invasores. En Popayan habia solo trescientos hom-
« bres: en Tunja quinientos: mil en Cartagena y las fuerzas de
« Nariño que ascendian á igual numero. Estas observaban á las del
« congreso, paralizándose mutuamente: por otra parte, los recursos
« se habian disipado en las guerras civiles ó en pagar multitud de
« empleados que exigian las soberanías provinciales; gobiernos
« generalmente débiles y anárquicos, que por lo comun nada ha-
« cian en favor de la independencia, y que se juzgaban felizes
« cuando mantenian en paz los diferentes partidos con que la am-

« bicion de mando despedazaba las provincias; si en tales circuns-
« tancias dos mil hombres bien disciplinados y bajo las órdenes de
« un jefe emprendedor atacan la Nueva-Granada, no hai duda al-
« guna que la hubieran subyugado, incluyendo la plaza de Carta-
« gena. A esto se añade que ninguno de los gobernantes ni de las
« provincias, ni de la confederacion, habia desplegado talentos po-
« líticos capazes de apoderarse de la revolucion y de dirigir su
« curso. Tampoco se veian medidas capitales y en grande. El traer
« armas de fuego y municiones de toda clase solicitándolas de Eu-
« ropa; el disciplinar muchas tropas, instruir oficiales y acopiar
« recursos para sostener el ejército, eran puntos que habian descui-
« dado las provincias. Los jefes ponian todo su conato en formar
« leyes y constituciones ingeniosas; en escribir papeles elocuentes,
« y en no vulnerar la libertad civil, cuando se necesitaba obrar con
« una energía revolucionaria. Las consecuencias de semejante sis-
« tema fueron demasiado funestas á la libertad é independencia de
« la república.

« La única provincia que se hallaba en aquellas circunstancias
« con mas seguridad era la de Cartagena. Es cierto que continuaba
« el demérito del papel moneda, y que esto ponia trabas al tráfico
« y á la circulacion interior, pero habiéndose franqueado el comer-
« cio con las provincias internas, por la ocupacion total del Magda-
« lena y la espulsion de los realistas de Santa Marta, ya comenzaba
« á circular el numerario que habia faltado el año último. Los cor-
« sarios principiaban tambien á introducir las ricas presas que ha-
« cian de los buques españoles; y que aumentaron considerable-
« mente la riqueza y las comodidades en aquella plaza.

« Pero la política del gobierno de Cartagena, despues de las vic-
« torias de Labatut y del coronel Bolívar sobre la provincia de
« Santa Marta, ni fué justa, ni propia para asegurar las ventajas
« conseguidas. En vez de proclamar la libertad de Santa Marta per-
« mitiendo á sus moradores que organizaran un gobierno repre-
« sentativo y concediéndoles fuerzas bastantes para sostener su auto-
« ridad contra los enemigos internos, el presidente de Cartagena,
« con acuerdo de la legislatura provincial, mandó observar la cons-
« titucion de aquel estado: introdujo el papel moneda que los de
« Santa Marta detestaban, y conservó á Labatut como jefe militar y
« político de aquella provincia: en una palabra, trató á los pueblos
« hermanos que habia libertado de la tiranía como si fueran una

« verdadera conquista. Labatut que solo era un soldado aventurero « que buscaba su fortuna en la América del Sur, y no la gloria, se « dedicó á enriquecerse rápidamente multiplicando las vejaciones, « los robos y los insultos aun de los primeros ciudadanos de « Santa Marta. Estos escesos debian producir el descontento del « pueblo y el odio al gobierno republicano. Pronto veremos las « consecuencias desgraciadas que se originaron de la política mez« quina y ambiciosa de Cartagena. »

Tal era la situacion de aquel pais cuando el coronel Manuel Castillo, jefe militar de Pamplona, pidió auxilio á Bolívar que se hallaba en Ocaña, para hacer frente á Correa. Nada deseaba tanto el venezolano como acercarse á Cúcuta, pero dependiendo del gobierno de Cartagena, fué necesario solicitar su permiso. Creyendo sin embargo obtenerlo, se ocupó en tomar informes de la posicion del enemigo y de sus fuerzas, así como en reunir fusiles y municiones de que Castillo absolutamente carecia. La autorizacion para la empresa llegó en fin, y Bolívar, despues de haber anunciado al presidente de Cartagena y al del congreso general el proyecto de llegar hasta Caráccas, se puso en marcha con 400 hombres de Mompox y algunos compatriotas suyos emigrados. Nada puede verse mas dichoso que su movimiento por el fragoso camino que atraviesa la cordillera y se dirige á la antigua ciudad de Salazar de las Palmas. Por medio de estratagemas y relaciones de falsos espías hizo abandonar á los enemigos la fuerte posicion del alto de la Aguada, la ciudad de Salazar, el punto de las Arboledas, la altura de Zagual y la de San Cayetano. Persuadido Correa de que le atacaba una division mas fuerte que la suya, concentró sus tropas, ya mui disminuidas con marchas y reencuentros, en la villa de San José de Cúcuta. Tenia 800 hombres: Bolívar 500, incluyendo dos compañías del batallon de Castillo que se le unieron por el camino de las Arboledas. La inferioridad de sus fuerzas no desanimó al jefe venezolano; ántes, firme en la creencia de que la celeridad y audazia desconcertarian al enemigo inspirándole un terror profundo, resólvió marchar sobre él y no parar hasta vencerle ú obligarle á abandonar el pais. Púsose pues en marcha desde San Cayetano, atravesó con solo una canoa el caudaloso rio Zulia y al amanecer del 28 de febrero ocupó las alturas situadas al occidente de la villa de San José. El jefe español perdió su tiempo queriendo tomar al republicano por la espalda y estableciéndose metódicamente en es-

tendidas posiciones para envolverle. La pequeñez de las fuerzas contendientes hacian ridículo y pernicioso ese sistema, pues las diseminaba sin provecho. Bolívar teniendo á la mano toda la suya, conoció que allí no debia tratarse sino de echarla sobre los puntos débiles del enemigo por medio de un rápido movimiento, estando seguro de que en ninguno de ellos podia oponérsele una resistencia proporcionada. Procediendo de acuerdo con este plan, cambió su línea para impedir que le cortasen, desalojó seguidamente á Correa de sus puestos, y ordenando inmediatamente una carga á la bayoneta, le puso en completa derrota. Los resultados de esta accion fueron inmensos. El jefe español se retiró por el camino de San Antonio de Táchira á la Grita, dejando libres los valles : su artillería, fusiles, pertrechos y cuantos efectos tenia en la villa fueron abandonados, y junto con ellos cayó en poder del vencedor un gran botin de mercaderías que los comerciantes de Maracaibo habian remitido á Cúcuta, creyendo segura la conquista de la Nueva-Granada. Ella valió particularmente á Bolívar el empleo de brigadier, el título de ciudadano de la Union y el mando en jefe de la division de Cúcuta. Esta se reforzó luego con la fuerza de Castillo y subió á mas de mil hombres bien armados.

Tan felizes principios animaron mas y mas á Bolívar para seguir á Venezuela, y con este intento despachó al coronel José Félix Ríbas á Tunja y Bogotá en solicitud de ausilios para su empresa, así del congreso general como del gobierno de Cundinamarca. Al presidente de la Union escribió pidiendo el permiso de llevar las tropas de la confederacion, y á Ríbas dió facultad para entrar en cualesquiera tratados y estipular las indemnizaciones que Venezuela deberia satisfacer á la Nueva Granada en el caso de ser libertada por sus armas. Graves obstáculos se oponian sin embargo á sus proyectos. Ni el congreso ni Nariño tenian los medios suficientes para ayudarle, visto el estado de division interior en que se hallaban y el riesgo inminente de una invasion por el sur. Grande sin duda era el concepto de ingenio, actividad y valor que Bolívar se habia granjeado con la reciente campaña; pero eso no impedia que á los ojos de todos la idea de conquistar á Venezuela con un puñado de hombres pareciese descabellada y temeraria. Las tropas que habia llevado de Cartagena y sus compatriotas tenian en él una ciega confianza y juraban acompañarle á todas partes; mas esta gente por todo componia 400 y pico de hombres, á tiempo que las granadi-

nas, que sobre no conocerle estaban dirigidas por jefes rivales, eran numerosas y se manifestaban opuestas. Entre estos jefes, Castillo, que habia sido mui amigo de Bolívar, le era entónces contrario, y su oposicion embarazaba la empresa mas que todo. Zelos de autoridad en el granadino, y en el venezolano una índole poco sufrida y harto voluntariosa, dieron orígen á rencillas y altercados que mui pronto degeneraron en declarada enemistad. El primero decia del segundo que no ponia órden en la division : que todos los recursos y el botin tomado en Cúcuta se disipaban locamente ; y por último, que en la temeraria empresa de libertar á Venezuela sin las tropas y elementos necesarios, iba á sacrificar los soldados de la Union y á comprometer la seguridad de la Nueva Granada. Bolívar acusaba á Castillo de haber introducido la discordia y la insubordinacion, en lugar de dar ejemplo de respeto y obediencia como segundo jefe de la tropa : de ser inepto é incapaz de ejecutar ninguna cosa de provecho ; y de hacer gastar miserablemente el tiempo con sus alegaciones intempestivas. Por lo que respecta al botin de Cúcuta, decia, y con razon, que para conseguir la cooperacion de los momposinos, les habia ofrecido ántes de la accion el saqueo de la villa : que verificado este, se recogieron para la caja militar mas de 500.000 pesos, con los cuales estaba manteniendo y equipando las tropas, y que si la espedicion contra Venezuela no se retardaba inconsideradamente, dejaria una gran suma todavía á beneficio del estado. Así en efecto se verificó luego.

La mala política del congreso aumentó el mal queriendo conciliar, en lugar de decidir. Bolívar por su parte hizo á la patria el mas grande de los sacrificios, el del amor propio, escribiendo al coronel Castillo cartas amistosas en que le convidaba á la reconciliacion y cedia sobre algunas de sus pretensiones; pero tuvo la mortificacion de verse desairado por su enemigo, el cual aspiraba solamente al mando en jefe de la division que habia llevado á Pamplona, y afectaba obrar con independencia absoluta en el Rosario de Cúcuta, donde residia.

Al fin el congreso, vencido por la constancia de Bolívar, consintió en que este penetrase en el territorio de Venezuela y arrojase á los enemigos de las provincias de Mérida y Trujillo. Mas no sin condiciones. Debia estar siempre á las órdenes del gobierno de la Union, no adelantar en sus marchas sin formar un consejo de guerra en que se examinase la posibilidad de la empresa ; el ejér-

cito no tendria otro carácter que el de libertador de Venezuela; el gobierno de esta seria restablecido bajo el mismo pié que tenia al tiempo de la invasion de Monteverde; y finalmente prestaria juramento de obediencia y fidelidad al congreso de la Nueva Granada y al poder ejecutivo de la Union. Bolívar prestó en efecto el juramento que se le exigia ante el cabildo de la villa de San José de Cúcuta; y aunque conocia el orígen de aquella suma desconfianza con que se le trataba, lo sufrió todo en silencio, á trueque de empezar la jornada.

Su primer paso fué enviar al coronel Castillo con 800 hombres para atacar á Correa que se habia atrincherado en la angostura de la Grita; empresa fácil y de pocos dias en que aquel jefe perdió mucho tiempo so color de prepararse para la campaña. « De camino en Táriba, dice Restrepo, celebró el consejo de guerra que « habia prevenido el congreso, haciéndole fuera del territorio de la « Nueva Granada contra lo que él mismo habia opinado, y sin la « asistencia del general y de las demas personas que tenian conocimiento del estado de la opinion de los pueblos de Venezuela. El « resultado de este consejo, de que altamente se agravió el general « Bolívar, como de un esceso notorio de su segundo, fué, *que se re-* « *presentara al congreso ser mui peligroso atacar á Venezuela* « *llevando tan pocas fuerzas, y que estas sin duda serian sa-* « *crificadas si se avanzaban mas allá de Mérida, bajo el man-* « *do de Bolívar, cuyas empresas eran temerarias y sin órden* « *alguno.* El consejo concluia pidiendo al congreso que á la mayor « brevedad enviara al general Baraya para que mandase el ejército.» A pesar de aquella decision hija del miedo y de la mala voluntad, las repetidas órdenes de Bolívar se cumplieron al fin, y el enemigo, arrojado fácilmente de sus posiciones el 13 de abril, abandonó tambien la Grita y Bailadores, destruyendo las municiones y los montajes de su artillería, que no pudo conducir.

Una parte de la division estaba pues en marcha, y la campaña se habia abierto con una ventaja de importancia en el territorio que se creia tan difícil invadir. Sin embargo no habian acabado para Bolívar los obstáculos y sinsabores. El gobierno general, fiel á su sistema de neutralidad entre los jefes, dió órden á Castillo para transigir las desavenencias con su rival, y prevalido de esto el jefe granadino, dejó las tropas en la Grita y Bailadores al mando del sargento mayor Manuel Ricaurte. Este declaró que no podia per-

manecer indiferente entre Bolívar y Castillo que era su amigo y compatriota, y se fué á Cúcuta. El mando recayó entónces en el sargento mayor Francisco de Paula Santander que se habia distinguido en la accion del dia 15; pero imbuido este jóven oficial en las ideas de Castillo, no quiso ó no acertó á poner órden en la tropa, desmoralizada ya hasta el último punto con tan criminales reyertas. La desercion era escandalosa, y aquel cuerpo avanzado se hubiera sin duda alguna disuelto, si Bolívar no reemplazara á Santander con el oficial venezolano Rafael Urdaneta. « Eran tantas las dificul-« tades y contradicciones que el general Bolívar esperimentaba pa-« ra emprender su marcha sobre Venezuela, que repetidas vezes « hizo renuncia del mando en jefe, y pidió que se le permitiera ir á « Tunja á dar razon de su conducta, y que si esto no era asequi-« ble, se le concediera el permiso de seguir á Venezuela con las « personas que quisieran acompañarle, proveyéndole el congreso « de armas y municiones. Llegó á enviar á Tunja al doctor Fran-« cisco Soto con esta mision. » (15) Por último el gobierno nombró al brigadier Joaquin Ricaurte por segundo del ejército y aceptó la renuncia que Castillo hizo de todos sus empleos. Con lo cual, libre Bolívar de incomodidades, se dispuso á avanzar sin mas demora.

Aquí es donde comienza la historia heróica de Venezuela. Sean cuales fueren los errores que una vez pasados los peligros engendraron la paz, el ocio militar y la ambicion, no deben olvidarse aquellos dias en que un puñado de hombres valerosos osó concebir y ejecutar con inauditas proezas la libertad de la patria. Justos son « nuestros cargos, es verdad, porque cometieron errores que eran una consecuencia de la exaltacion de las pasiones y de las mismas dificultades que tenian que vencer; pero la ingratitud que quiere hacer de ellos crímenes irremisibles á los creadores de la república, es mil vezes mas odiosa que la conducta de estos en tiempos posteriores, aciagos para su gloria.

Emprendió Bolívar su marcha á Venezuela con 500 hombres, restos de una escelente division de mil, que las desavenencias de Castillo y la conducta de Santander habian, como se ve, casi estinguido. Eran estos los fieles momposinos, 100 hombres que Nariño habia facilitado, y los cuadros del 3°, 4° y 5° batallones de la Union que el congreso concedió. Por fortuna los oficiales compensaban la falta de número en la tropa. Uno de ellos era Urdaneta, jóven oficial venezolano á quien Bolívar encontró sirviendo en la

Nueva-Granada, donde hiciera sus primeras armas. Reuniósele en Cúcuta con los restos del tercer batallon de la Union, de que era comandante, y fué nombrado por mayor general de la espedicion. De ella eran tambien el comandante Atanasio Girardot y el capitan Luciano D'Eluyar, bizarros granadinos que la amistad de Urdaneta determinó á seguir la empresa. El segundo jefe Ricaurte se quedó en Cúcuta, lo mismo que Santander y otros varios; pero acompañaba á Bolívar José Félix Ribas, uno de los jóvenes mas heróicos de la revolucion venezolana.

Permaneciendo aun en Mérida el jefe español Correa, ordenó Bolívar la marcha hácia aquel punto; pero los realistas lo abandonaron, retirándose hasta la altura de Ponemesa en Escuque. Y como los habitantes, libres ya de la fuerza que los oprimia, hubiesen depuesto las autoridades realistas y le llamasen con instancia, dobló las jornadas, y entre vítores y aplausos de aquel pueblo, tan patriota entónces como siempre, hizo su entrada en él en 1º de junio. El dia 5 del siguiente mes declaró que segun las órdenes del congreso granadino, restablecia el gobierno republicano en la provincia, bajo la misma forma que tenia ántes de la invasion de Monteverde. Harto contrario á sus bien fundadas opiniones acerca del pais y sus destinos era aquel paso, y mas en circunstancias de ser preciso obrar con vigor y prontitud en los negocios de la guerra, difiriendo para mejor ocasion el tratar de las políticas, vanas y ociosas cuando no se fundan en la fuerza que da el triunfo. El aumento y organizacion de su pequeña fuerza ocupó luego todos sus desvelos; y en ello anduvo afortunado, gracias al entusiasmo que habian inspirado sus victorias, y al movimiento y actividad que él sabia comunicar á cuanto le rodeaba. Entre otros auxilios que entónces recibió, fué de los mas útiles y oportunos una compañía de milicias de infantería, mandada por el capitan Vicente Campo Elías, español que hizo despues grandes servicios á la causa de la independencia; y la de un piquete de caballería á las órdenes del mayor Ponce, tambien español. Mucho mayor número de hombres habria en la ocasion adquirido, si no fuera que carecienda de armas, se veia en la dura necesidad de despedir á infantes que se presentaban de buena voluntad á servir en sus filas.

Como el punto en que nos hallamos de nuestra historia marca aquella época en que la guerra, hasta entónces fiel reflejo de los americanos, va á tomar un carácter sangriento y atroz para ambos

partidos, se hace necesario retroceder algun tanto para referir los sucesos que determinaron ó, mejor dicho, forzaron á Bolívar á adoptar el cruel pero necesario sistema de las represalias. Aun se hallaba en San José de Cúcuta cuando el coronel venezolano Antonio Nicolas Briceño (el mismo que hemos visto en el congreso de 1811) formó con un cuadro de oficiales y algunos elementos de guerra que habia llevado á su costa de Cartagena, un pequeño cuerpo franco, así de estranjeros como de hijos del pais. Pensaba Briceño obrar independientemente en la invasion de Venezuela y aun habia formado con sus oficiales el compromiso de dar muerte á todos los españoles y canarios que cayeran en sus manos, partiendo sus bienes entre ellos, la tropa y el estado. Combatió Bolívar los planes é ideas del fogoso ex-constituyente, haciéndole ver el mal que haria á la causa que defendian la inmoralidad de aquel convenio, en el cual se hallaba tambien la promesa de dar un grado militar al que presentase un cierto número de cabezas españolas. Ademas de esto tenia Bolívar el temor de que internándose Briceño en Venezuela con aquel puñado de hombres bisoños, inespertos y malamente dirigidos, proporcionara á los enemigos un triunfo fácil, orígen de desaliento y desmayo en los patriotas. Valiéndose pues de la amistad, de la razon y aun de la autoridad que legalmente ejercia, logró hacerle desistir ó, lo que es mas cierto, fingir que desistia de sus proyectos insensatos, y le permitió situarse en la villa de San Cristóbal, como lo habia pedido, para disciplinar sus reclutas.

Fuera ya del alcanze de Bolívar, la primera diligencia de Briceño así que hubo llegado á S. Cristóbal, fué publicar un edicto declarando la guerra á muerte y ofreciendo la libertad á los esclavos que mataran á sus amos canarios ó españoles. Y queriendo inspirar mas terror con juntar la ejecucion á la amenaza, mandó pasar por las armas á dos de estos, honrados y pacíficos que habia en la villa, enviando á Castillo una de las cabezas y la otra al mismo Bolívar. El coraje del general al ver el atroz presente con que aquel frenético hacia burla de sus órdenes é insultaba su autoridad, es ménos para dicho que para pensado. Luego al punto dispuso que otro oficial pasase á reemplazarle y le enviase preso á Cúcuta para que fuese juzgado en consejo de guerra; mas no bien supo Briceño aquella disposicion, abandonó á S. Cristóbal con su pequeña fuerza que consistia en mui pocos aunque buenos oficiales, y algunos pé-

simos ginetes allegados en los pueblos granadinos de Bochalema y Chinácota, gente aquesta que en su vida habia montado á caballo. Entróse pues por la montaña de S. Camilo, con el intento de no parar hasta Guasdualito; y así como salió á lo llano supo que el jefe español Don José Yáñez con una columna de 500 hombres se habia dirigido sobre el pueblo de Arauca, para batir algunas tropas republicanas de Casanare. Favorable le pareció, y lo era en efecto, semejante coyuntura para llegar sin tropiezo al lugar de su destino, y aun para cooperar con los casanareños á la destruccion del enemigo comun. Hizo la traicion que se malograra su buen deseo, porque advertido Yáñez de sus intenciones y fuerzas por unos hateros que le dieran hospedaje, volvia ya aceleradamente en su demanda cuando acababa apénas de ponerse en marcha.

Al avistar á su contrario, conociendo Briceño, como advertido, su mala posicion, ordenó la retirada; mas no eran sus soldados los que podian ejecutarla ordenadamente en inmensas y desabrigadas llanuras, y al frente de un enemigo superior. El repliegue en efecto no fué desde el principio sino una fuga precipitada y confusa en que, perdida toda formacion militar, procuró cada cual salvarse como pudo. Pocos oficiales bien montados y ginetes pudieron conseguirlo: Briceño y otros siete fueron cogidos prisioneros: todo lo demas quedó muerto en el campo, sin oponer la mas pequeña resistencia. El desenlaze de este drama estrafalario y odioso fué correspondiente á sus principios, pues el comandante español de Barínas Don Antonio Tiscar mandó fusilar á Briceño y á sus compañeros, en justa represalia, es verdad; mas no puede decirse lo mismo de varios vecinos inofensivos á quienes por sus connotaciones ó amistad con el cabeza de aquella loca empresa hizo matar tambien, sin haberles probado que tuviesen la mas pequeña parte en ella.

En Mérida recibió Bolívar la noticia de estas ejecuciones, y entónces fué cuando concibió el mas grande y trascendental de sus pensamientos revolucionarios: el de *la guerra á muerte*. De hecho estaba esta declarada y se hacia por los españoles con notable violencia: las matanzas en el Perú, en Quito, Popayan y Méjico: las mas recientes y horribles de Antoñánzas y Zuazola: las proscripciones y latrocinios de Monteverde: la conducta de Tiscar con los vecinos de Barínas: las leyes españolas en fin, que condenaban á muerte irremisible á los rebeldes, todo demostraba que el patriota

americano no podia esperar de sus enemigos olvido ni perdon. Cierto es tambien que la generalidad de los militares venezolanos habia recogido la prenda de aquel combate sin misericordia: Briceño últimamente, y mas ántes en el Magdalena Miguel Carabaño y Campománes dieron de ello ejemplo, escandalizando al pueblo y á las tropas granadinas, opuestas á semejantes represalias. Estos oficiales, no solo procedieron sin autorizacion, sino que fueron reprendidos por el gobierno granadino y por Bolívar mismo; pero al cabo dos hechos decisivos en la cuestion estaban demostrados: uno que los españoles eran agresores en la guerra á muerte: otro que las tropas venezolanas estaban dispuestas á aceptarla y hacerla con igual rigor que sus contrarios. Todo se reducia pues á saber si los americanos, declarados traidores por la regencia y degollados sin piedad en todas partes, se vengarian escasamente de sus enemigos, ó si añadirian al placer ó la justicia de la venganza, la utilidad de publicarla con franqueza, de hacer de ella una ley al ejército y al pueblo; de separar á los españoles de los venezolanos; de inspirar ánimo en estos, en aquellos terror; de dar en fin sobre sus fuerzas, su valor y decision una idea formidable, capaz de atraerles la confianza de los unos y el respeto de los otros. Aunque todas estas consideraciones eran de una verdad y una fuerza irresistible, Bolívar no quiso dar todavía á su resolucion un carácter definitivo y solemne. Contentóse por el pronto con publicar una proclama (8 de junio) en que amenazaba á los realistas con un odio implacable y una guerra de esterminio. Vacilaba aun su sensibilidad: acaso queria dar tiempo á que sus enemigos variasen de conducta: y sobre todo ignoraba las crueldades ejecutadas por ellos en las provincias orientales.

Mas no bastaba amenazar; era preciso apoyar en el triunfo la osadía, para no darle el aire de una ridícula fanfarronada. Así que, inmediatamente dispuso marchar sobre Trujillo y comisionó á D'Elhuyar para desalojar á los españoles de las posiciones que ocupaban en Ponemesa. Correa no aguardó el ataque y se embarcó en Moporo para Maracaibo; de modo que la vanguardia de los patriotas al mando del coronel Jiraldot hizo su entrada sin oposicion en Trujillo. Aun quedaba en Carache un cuerpo de 450 enemigos mandados por el marino español Cañas. Destinado contra él Jiraldot, le alcanzó en el sitio de Agua obispos, y despues de un combate reñido, le batió completamente, tomándole diez prisioneros, una

armas todas y sus municiones. En ménos de un mes conquistó pues Bolívar dos provincias venezolanas; y desde su entrada en el territorio granadino hasta el tiempo en que vamos habia derrotado varias vezes á los enemigos por sí ó por sus tenientes, con fuerzas inferiores, y libertado el estenso pais que media entre Tenerife y Trujillo.

En esta ciudad quedaba terminada la mision que le habia confiado el congreso; pero afortunadamente para Venezuela, una comision nombrada por este para dirigir las operaciones militares no habia podido reunírsele. Detenerse allí para solicitar el permiso de pasar adelante ó para esperar á los comisionados, era esponer el éxito de la campaña: primero, porque era mui probable que el congreso no consintiese en ello: segundo, porque la comision compuesta de un abogado, un canónigo y un coronel con talento, pero rutinero y metódico, no podia cuando mas sino embarazarle y aburrirle: tercero, en fin, porque la celeridad en sus operaciones era la única cosa que podia compensar la pequeñez de sus fuerzas y la escasez de sus recursos. La rapidez es en la guerra, bien así como en todo negocio humano, la mitad de la fortuna, porque esta no se compone sino de prevision y actividad. El que se anticipa á su enemigo, le destruye ántes de estar preparado. Sobrecoge el primer golpe no esperado, los otros repetidos sin cesar, desconcertan, abaten y hacen perder con el valor la esperanza. Con la actividad se multiplican las fuerzas y se obtienen á ménos costa las victorias, porque el pavor las falicita. Bolívar desobedeció, si se quiere, al congreso, pero salvó á su patria, tomando sobre sí la responsabilidad de marchar adelante en lugar de consumir en la inaccion sus recursos y dar lugar á que los enemigos, repuestos de los primeros sustos y quebrantos, volviesen sobre él y le acabasen.

Otra causa le impulsó á tomar esta atrevida resolucion. Hasta entónces no habia conocido sino imperfectamente los males que afligian á su pais, pues allí por la primera vez fué donde supo los crímenes de Cervéris, Zuazola y Antoñánsas, las demasías de los catalanes y canarios, y la conducta siempre débil y siempre traidora de Monteverde, cuando se trataba de oprimir ó vejar á los americanos. Creció pues con esto su deseo de continuar su marcha, pareciéndole tanto mas propicia la ocasion, cuanto que el esceso mismo de la tiranía realista debia hacerle hallar amigos y socorro por do quiera entre sus víctimas, ansiosas de venganza. Mas en

este crítico momento juzgó tambien necesario establecer igualdad en una lucha que hasta entónces se habia hecho con mucha desventaja para los americanos. Las autoridades españolas violaban las capitulaciones y tratados, porque segun ellas ningun pacto con traidores podia ser obligatorio para leales súbditos del rei. El sistema contrario adoptado y seguido por los patriotas en este punto y en el degüello de los prisioneros, hácia ménos aventurado combatir contra ellos que por ellos. Pedia pues la justicia que el peligro fuera uno para todos y que la eleccion de causa dependiera de la opinion de cada cual, no del menor riesgo de cierto partido en una lucha desigual con su contrario. Y luego, hacer la guerra á muerte sin declararlo, era dar á las víctimas de una represalia necesaria el derecho de quejarse del horrible engaño que hasta entónces habian usado los realistas. Bolívar en fin, ya resuelto á tomar la gran medida redentora, publicó en Trujillo el 15 de julio el famoso decreto en que declaraba la guerra sin cuartel. « Españoles y canarios, « decia, contád con la muerte aun siendo indiferentes, si no « obráis activamente en obsequio de la libertad de la América. « Americanos, contád con la vida aun cuando seáis culpables. » No se podia espresar en ménos palabras, ni mas concisas, ni mas enérgicas aquella terrible necesidad. Esas palabras eran de aquellas con que el hombre fuerte, de grande espíritu y profundas pasiones, domina y arrebata las almas inferiores, y á pesar suyo las conduce á ejecutar los vastos fines que él solo es capaz de concebir y pretender.

Luego que Bolívar llegó á Trujillo se ocupó en restablecer el gobierno republicano, como ya lo habia hecho en Mérida, y en aumentar su reducida tropa. Consistia aquesta entónces en 500 hombres que formaban la vanguardia al mando de Jiraldot, y en 300 de la retaguardia, que estaba aun en Mérida á cargo de Ríbas. Situados de este modo, la posicion de los patriotas era en estremo falsa, porque tenian á su costado izquierdo la plaza de Maracaibo que en cualquier tiempo podia invadir el territorio desde Cúcuta hasta Trujillo: á la derecha estaba Barínas, donde Monteverde habia hecho reunir á las órdenes de Tiscar mas de 2600 hombres, con el intento de invadir la Nueva Granada: al frente estaba el mismo Monteverde con todas las tropas que le habian servido para sujetar á Venezuela y con los recursos de todo género que podia sacar de las mas ricas provincias: Coro, en fin, por otro lado,

fiel á los realistas y mandada por Cevállos, amenazaba siempre. Necesario era un patriotismo tan decidido como el de las provincias de Mérida y Trujillo para decidirse á tomar parte en las operaciones de Bolívar, sabiendo que al moverse las fuerzas libertadoras podian y debian ser invadidas por cualquiera de sus flancos; y tambien un espíritu tan héróico como el de Bolívar y sus conmilitones para proseguir alegremente una campaña que, aunque abierta con felizidad, parecia deber tragarse hombres y cosas ántes de llegar á término dichoso.

Siendo entre tantos peligros mas inmediato que ninguno el de Barínas, salió Bolívar con la vanguardia hácia Guanare por el camino de Boconó, miéntras que Ríbas para seguir este movimiento emprendia la marcha desde Mérida por las Piedras y Niquitao, guarecido de los montes.

Al salir Bolívar de Trujillo habia dejado allí al mayor general Urdaneta con 50 hombres de tropa, para poner en marcha una parte del material de la division que quedaba rezagada. Esta circunstancia fué causa de que el mayor, desempeñada ya la comision, se encontrase con Ríbas en Boconó y pernoctasen allí juntos. Esa misma noche supieron que 800 enemigos á las órdenes del comandante español Marti acababan de llegar desde Barínas á Niquitao por el camino de Caldera. Este movimiento habia sido dispuesto por Tiscar en la falsa creencia de que Bolívar habia seguido de Trujillo al Tocuyo, via de Carache, y para interceptar sus comunicaciones con la Nueva Granada. Era indispensable que Marti supiera luego al punto, ó con mui poca dilacion el error de su jefe y la marcha de los patriotas; y en ese caso por torpe que se le supusiese, debia tomar una de dos resoluciones, igualmente fatales para estos: una la de regresar por el mismo camino á reforzar á Tiscar, amenazado por Bolívar: otra enviar aviso al primero y picar la retaguardia del segundo, cogiéndole irremisiblemente entre dos fuegos. Por el contrario, batido Marti, los republicanos dejaban libre su espalda, y el gobernador de Barínas entregado á sí mismo, resistiria con suma dificultad al esfuerzo de sus huestes reunidas y victoriosas. Pero ¿cómo atacar á 800 hombres con 550, la mayor parte indios de Mérida, insubordinados y bisoños? Resolvieron hacerlo, sin embargo, los dos jóvenes patriotas, con razon persuadidos de que la importancia de los resultados á que el

triunfo debia conducir, justificaba sobradamente aquel prudente arrojo.

Al pié de la cordillera que separa de las llanuras de Barínas la comarca de Niquitao, hai un espacio de tierra abertal que llaman las Mesitas, cortado por zanjas y grietas abiertas por el curso de las aguas. Este fué el punto donde se encontraron los dos cuerpos enemigos al siguiente dia, y en él se trabó un combate que duró desde las nueve de la mañana hasta las cinco de la tarde, con un encarnizamiento igual á la importancia que daban los combatientes á su resultado. Por fin vencieron los patriotas: todas las armas de los realistas quedaron en su poder y obra de 450 prisioneros que por ser americanos agregó Ribas á sus tropas, reemplazando ventajosamente con ellos á los indios de Mérida, que despues del combate se fueron á sus casas cargados de botin. Aquel dia fué tan glorioso como útil á las armas republicanas: él decidió de la campaña. Bolívar al saber de sus tenientes la nueva de tan feliz jornada, apresuró sus marchas sobre Barínas; pero Tiscar, que tambien habia tenido noticia de ella por algunos fugitivos, abandonó al punto la ciudad, retirándose á Nutrias, vivamente perseguido por Jiraldot. No creyéndose seguro allí, se embarcó para Angostura, dejando saqueada la poblacion. Mucha parte de su gente se dispersó y otra con Yáñez descendió desde Guasdualito por el interior de la actual provincia de Apure y se encerró en San Fernando. Y miéntras de este modo huian despavoridos los enemigos, dejando libre la provincia de Barínas, organizaba Bolívar el gobierno de esta y preparaba su hueste á nuevas lides.

La ocupacion de Barínas y Guanare abrió un vasto campo de esperanzas y recursos al ejército libertador. Allí se comenzaron á reunir y á montar los primeros cuerpos de caballería, y se dió principio á la organizacion de la infantería, empezando por crear el batallon de Valerosos Cazadores al mando del comandante español Santinelli; aunque á decir verdad todo se reducia á juntar los hombres, armarlos y nombrarles oficiales que los pusieran en marcha, sin disciplina ni ejercicios, porque todo dependia entónces de la celeridad en los movimientos, y no habia tiempo que perder. Tomadas estas disposiciones y las que exigia la defensa de Barínas para el caso de que fuese invadida por las tropas de Yáñez, dispuso Bolívar que Ribas siguiese, no ya su marcha trasversal,

hácia Guanare con la division victoriosa en Niquitao, sino una directa y progresiva al Tocuyo por el camino de Biscucuy y el Humucaro-alto. Las tropas de Jiraldot debian regresar de Nutrias, y él mismo con ellas seguiria por Guanare el camino de las llanuras hácia Ospino, Araure y San Cárlos. Urdaneta fué llamado á Guanare y allí nombrado por Bolivar jefe de vanguardia.

Tal despartimiento de sus reducidas fuerzas en dos líneas tramontanas una de otra, aunque peligroso con espertos enemigos, probó escelente á Bolivar por torpeza de estos. Al principio juzgando que él y todas sus tropas se dirigian por las llanuras, se apresuraron los realistas á cerrarle el paso: el jefe español Don Francisco Oberto, que cubria á Barquisimeto con una columna de 800 infantes y 190 ginetes, tomó posiciones en la villa de Araure: otro cuerpo de 1200 hombres al mando del coronel Don Julian Izquierdo ocupó la villa de San Cárlos. En esta situacion los dos jefes realistas se podian dar fácilmente la mano: reunidos en Araure y previniendo á Bolivar, les hubiera sido fácil destruirle con una masa imponente de mas de 2000 hombres, ántes que Ríbas hubiera podido salirles á la espalda por la angostura de Barquisimeto ó embestir á San Cárlos por la montaña del Altar. Otro partido tenian, y era el de caer tambien juntos sobre Ríbas, batirle á su salida al valle de Barquisimeto y regresar á Araure ó á San Cárlos por los caminos indicados; si no preferian salir por Nirgua al camino que media entre San Cárlos y Valencia, logrando la ventaja de reunirse á Monteverde. Todo era tanto mas hacedero, cuanto que Jiraldot no se habia reunido aun á Bolivar (ni se reunió hasta San Cárlos muchos dias despues) y este no tenia á la mano sino una avanzada de 100 infantes y 50 caballos al mando de Urdaneta.

Un esceso de confianza en las fuerzas respectivas, y su habitual indolencia y desunion perdió en esta vez á los realistas. Oberto al saber el movimiento de Ríbas, se creyó, como lo era en efecto, mas fuerte que él, y abandonando su posicion de Araure, prefirió al camino de Acarigua y Sanare, el de Sarare para interponerse entre él y Barquisimeto. Así lo consiguió, encontrándole el 22 de julio en el sitio de los Horcones, que demora entremedias de aquella ciudad y del Tocuyo. Ríbas no tenia sino 500 soldados; cerca del doble su enemigo, y ademas dos piezas de artillería y escelentes posiciones: no titubeó sin embargo un momento en atacarle. El

choque fué crudo, pero pronto y decisivo el éxito en favor de los patriotas: los realistas se dispersaron arrojando las armas, y todo cayó en poder del vencedor.

Este triunfo, así como el de Niquitao, fué de una importancia capital: él aumentó hasta un grado estraordinario junto con la confianza de los republicanos, el terror de sus enemigos. Bolívar que empezaba ya á tener en su fortuna la confianza que jamas le abandonó despues, habia enviado á Urdaneta contra Oberto, creyendo á este en Araure todavía. Afortunadamente para el mayor general y su avanzada, el jefe español habia marchado ya para Barquisimeto, y con este motivo siguió á San Cárlos el republicano, reforzado para aquel tiempo con algunos piquetes de caballería que de Barínas y Guanare le llevara el comandante Teodoro Figueredo. De este modo Izquierdo supo á un tiempo la rota de los Horcones y la aproximacion de las tropas de Bolívar. Desde entónces perdió la cabeza el jefe español, y sin averiguar la fuerza de sus enemigos ni prepararse á ninguna especie de defensa, emprendió la retirada hácia Valencia. En el Tinaquillo recibió órden de Monteverde para regresar á San Cárlos, y aunque rehusó obedecerla, por creerla de imposible ejecucion, se detuvo en aquel punto para recibir, como en efecto recibió, refuerzo de hombres.

Esta circunstancia fué causa de que Bolívar, despues de su entrada en San Cárlos el 28 de julio, se detuviera allí dos dias esperando la llegada de las tropas que habia dejado á retaguardia. Reunidas estas, pasó revista á 2500 hombres llenos de brio y buena voluntad, y con ellos emprendió su marcha contra Izquierdo, que habia hecho ascender su division á 2800 soldados, la mayor parte de mui buena infantería. La descubierta de los republicanos encontró el 31 las avanzadas enemigas en unas alturas que separan las tierras llanas que decimos Sabana de los Pegones, de las del Tinaquillo. Consiguió el mayor general no solamente desalojarlas, sino hacer gran número de prisioneros; pero cuando pasó al otro lado, vió que toda la hueste enemiga estaba en buena ordenacion de batalla, y apercibida para ella. Convenia el combate á los patriotas, así para impedir que se juntasen á Izquierdo nuevas fuerzas con Monteverde, como para utilizarse de la ventaja que ofrecia el terreno á los movimientos de la caballería, en la cual se fundaba la principal esperanza de aquella jornada. Toda la atencion de Urdaneta se dirigió pues á entretener al enemigo para impedirle la re-

tirada, miéntras llegaba Bolívar. Así en efecto sucedió. Y cuando todos los patriotas estuvieron reunidos, conociendo Izquierdo, aunque tarde, su error de haberlos esperado en aquel sitio, cambió su formacion y en columna cerrada tomó la vuelta de Valencia. En vano pretendieron los republicanos desordenar ó detener siquiera á los realistas con rigorosas cargas de caballería, porque rechazados siempre, veian con dolor que apénas un pequeño espacio de llanura separaba ya á sus contrarios de la serranía. El dia entre tanto se pasaba, y aquella victoriosa retirada iba á complicar las operaciones, á poner en contingencia la campaña y acaso á arrebatarles gran parte de sus frutos. En ocasion tan peligrosa se ocurrió al medio de montar en las ancas de los caballos los mas infantes que posible fuese, para que, ausiliados por sus fuegos, pudiesen los ginetes intentar un grande esfuerzo. En efecto Urdaneta, Jiraldot, D'Eluyar, Figueredo y otros jefes dirigieron este movimiento, y cuando estuvieron cerca del enemigo, apearon inopinadamente sus peones. Sobre el desórden y confusion que produjo la primera descarga, se lanzaron sobre las filas enemigas, penetraron hasta el centro de las columnas, las arrollaron, las acuchillaron, hicieron en ellas horrible mortandad. Tan impetuoso fué el empuje, que los enemigos quedaron á retaguardia, situados por consiguiente entre la caballería y la infantería de los patriotas. Izquierdo, malherido cuando peleaba valerosamente en medio de los suyos, fué levantado del campo de batalla y llevado á San Cárlos, donde murió poco despues. Hombres, armas, parque, bagaje, todo cayó en poder de Bolívar, no habiendo podido escapar sino un oficial á caballo, que llevó á Monteverde la noticia del suceso. La campaña estaba concluida.

El ejército republicano hizo noche en el sitio de las Hermanas, y al amanecer del 1.° de agosto emprendió su marcha hácia Valencia, cuya ocupacion juzgaba Bolívar que le seria disputada por Monteverde. Pero aterrado este con tantos contratiempos, é igualmente pusilánime en la adversidad que fiero en la ventura, huyó el mismo dia á encerrarse en Puerto-Cabello, llevando consigo 250 hombres de infantería y algunos caballos. En su fuga precipitada apénas se dilató lo suficiente para escribir á Fierro, mandándole defender la capital; órden vana é insensata, atento que ya no habia en pié ningun cuerpo de tropas capaz de resistir en parte alguna á los patriotas.

Tan cierto era, que Bolivar, ocupada que fué Valencia el 2, arregló el gobierno de la ciudad, dispuso las operaciones que debian emprenderse contra Puerto-Cabello, y encargando de una y otra cosa á Jiraldot, se puso luego en marcha hacia Carácas. No condenemos su impaciencia por gozar en la tierra natal del triunfo merecido: en esta ocasion á su justísimo deseo se unia la necesidad de libertar aquella considerable poblacion, la de utilizarse con sus muchos recursos, la de aniquilar en fin el foco principal de las intrigas de los enemigos.

Al llegar á la Victoria encontró varias personas respetables de la capital, que Fierro enviaba á su encuentro pidiéndole la paz; en la cual convino concediéndole una honrosa capitulacion. Pero por la cuenta el jefe español no queria sino ganar tiempo, ó por ventura le decia la conciencia que no debian atenerse á la fe de otros los que tan mal habian guardado la suya. Ello es cierto que, temiendo á Bolivar todavía mas que Miranda temió á Monteverde, el mismo dia en que se ajustaba el tratado se embarcaba él en la Guaira para Puerto-Cabello, abandonando villanamente sus tropas y partidarios á la merced del vencedor.

Este entró en Carácas el dia 7 en medio de los vítores y aplausos de un pueblo numeroso que le apellidaba *libertador* de su pais. Un año ántes habia salido de aquella ciudad oscuro y desconocido, bajo la proteccion de un español mas honrado y bueno que valioso, y con seguro de ese mismo Monteverde que hoi huia despavorido de su encuentro. Por lo pronto, repugnándole manchar el triunfo que acababa de obtener, con crueles represalias, ó violar su decreto de guerra á muerte, privándolo de sus grandes efectos, concibió una idea piadosa y justa para salvar un crecido número de españoles y canarios de todas clases, que la fuga de Fierro habia dejado sin ninguna garantía de seguridad en su poder. Fué la de nombrar una comision compuesta en gran parte de estos mismos infelizes, á fin de que pasando á Puerto-Cabello, pidiesen á Monteverde la ratificacion del convenio que les salvaba la vida. Pero el bárbaro caudillo de los realistas, despues de haber comprometido á aquellos hombres con sus tropelías y violencias, los entregó sin piedad al rigor del vencedor, negándose á todo avenimiento. Fierro, segun él, no habia tenido facultad para hacer el tratado, y por su parte « jamas convendria en unas proposiciones impropias del carácter « y espíritu de la grande y poderosa nacion á que pertenecia. » Así,

cuando la mísera España defendia á duras penas su propio territorio, perdia sus colonias por la ignorancia, la crueldad y el orgullo de los hombres que con tan poco discernimiento habia enviado á gobernarlas.

Otros negocios no ménos importantes ocuparon tambien los primeros dias de la entrada de Bolívar en Carácas. En el 8 anunció por una proclama el restablecimiento de la república, bajo los auspicios del congreso granadino. Por otra convidó á los estranjeros á establecerse en el pais con sus industrias, ofreciéndoles ilimitada proteccion. Y deseoso en fin de conciliar la libertad política y civil de los ciudadanos con la energía que necesitaba el gobierno, invitó á los hombres de saber y patriotismo para que le dieran su parecer sobre la forma provisional que conviniese dar á la administracion.

Con este motivo presentó Francisco Javier Ustáris un proyecto que fué adoptado con algunas modificaciones. Por él se disponia que el poder ejecutivo residiese en el general en jefe del ejército: que se estableciese en Carácas un supremo tribunal de justicia y que todos los ramos de la administracion corriesen á cargo de varios magistrados dependientes del supremo director de la guerra. En cada provincia habria un gobernador militar, otro político: ademas varios corregidores para el servicio municipal y la administracion de la justicia ordinaria, quedando los cabildos con muy escasas facultades. Este gobierno, que en realidad no era otra cosa que la dictadura, debia regir hasta la conclusion de la guerra; y así lo participó Bolívar al congreso de la Nueva Granada, dándole cuenta de los motivos que habian impedido el restablecimiento del sistema federal.

En aquel tiempo los republicanos estaban divididos en dos partidos principales: uno, aferrado á las divisiones provinciales, aspiraba á hacer triunfar el federalismo, no bien convencido de que este hubiese sido causa de las desgracias del pais, ó por lo ménos no queriendo confesarlo: otro profesaba el principio de la unidad y la concentracion en el gobierno, como único medio de fuerza y consistencia. A la cabeza de aqueste se hallaba Bolívar, manifestando siempre con enérgica franqueza su repugnancia profunda y decidida por la constitucion del año undécimo. Sostenia que sin unidad é indivisibilidad no podia haber salud para la patria: que un estado homogéneo en idioma, religion, producciones,

uses y costumbres no podia admitir el sistema federal sino en un instante de delirio, y echando en el olvido sus mas caros intereses: que un estado amenazado de una guerra larga y sangrienta se perderia irremisiblemente rigiéndose por él; y finalmente, que cuando la situacion política, física y militar de Venezuela no aconsejasen rechazarlo, convendria por lo ménos diferirlo hasta que, libre y tranquila, pudiese con mayor espacio y reflexion dedicarse á pensar en el gobierno mas conveniente á su ventura. Al frente del otro bando se veian algunos patriotas distinguidos, pero ilusos, que ya creian conseguida la independencia; que no renunciaban por ningun desengaño á seguir el ejemplo de los norte-americanos, atribuyendo solo á las leyes su prosperidad; y que sin confesarlo temian ya en Bolívar el vasto ingenio y la ambicion que siempre lo acompaña.

El partido de Bolívar triunfó como hemos visto, porque él estaba de parte del instinto general que en los peligros inclina á la unidad y la fuerza; pero no fué sin grande oposicion de los gobernadores de las provincias, y particularmente del de Barínas, que armó con este motivo y de oficio gran disputa. En esta ocasion le decía Bolívar con fecha 15 de agosto: « A nada ménos quisiera « prestar materia que á las sospechas de los zelosos partidarios del « federalismo, que pueden atribuir á miras de propia elevacion las « providencias indispensables para la salvacion de mi pais; pero « cuando pende de ellas la existencia y fortuna de un millon de ha- « bitantes y aun *la emancipacion de la América entera*, toda con- « sideracion debe ceder á objeto tan interesante y elevado. Lamento « ciertamente que reproduzcáis las viciosas ideas políticas que en- « tregaron á débil enemigo una república entera, poderosa en pro- « porcion. Recórrase la presente campaña, y se hallará que un « sistema mui opuesto ha restablecido la libertad. Malograríamos « todos los esfuerzos y sacrificios hechos si volviéramos á las emba- « razosas y complicadas formas de la administracion que nos per- « dió.... ¿Cómo pueden ahora pequeñas poblaciones impotentes y « pobres aspirar á la soberanía y sostenerla....? En la Nueva Gra- « nada la lucha de pretensiones semejantes á las vuestras degeneró « en una abominable guerra civil que hizo correr la sangre ameri- « cana, y hubiera destruido la independencia de aquella vasta re- « gion sin mis esfuerzos por conseguir una conciliacion y el reco- « nocimiento de una suprema autoridad. Jamas la division del po-

« der ha establecido y perpetuado gobiernos; solo la concentracion « ha infundido respeto, y yo no he libertado á Venezuela sino para « realizar este mismo sistema. ¡ Ojalá hubiera llegado el momento « de que pasara mi autoridad á otras manos ! Pero miéntras dure « el peligro actual, á despecho de toda oposicion llevaré adelante « el plan enérgico que tan buenos sucesos me ha proporcionado.... « Si un gobierno descendiera á contentar la ambicion y la avaricia « humana, pensád que no existirian pueblos que obedeciesen. Es « menester sacrificar en obsequio del órden y del vigor de nuestra « administracion las pretensiones interesadas; y mis innovaciones, « que en nada se esceden de la práctica del mas libre gobierno del « mundo, serán sostenidas á toda costa, por exigirlo mi deber y mi « responsabilidad. »

Este lenguaje de Bolívar y la autoridad absoluta que aceptó de manos de una junta incompetente para delegársela, hallarán acaso censores hoi, que ya mui distantes del tiempo en que usaba de uno y otra, no nos hacemos cargo fácilmente de las penosas circunstancias que por todas partes le rodeaban. Dígase lo que se quiera en punto á la legalidad, lo que no tiene duda es que la dictadura era absolutamente necesaria, y que para el pais fué una gran fortuna que Bolívar tuviera bastante arrojo para apoderarse del mando, y habilidad bastante para hacerla respetar en su persona. Los acontecimientos que se sucedieron lo irán probando mas y mas á cada paso, sin necesidad de largos y enojosos comentarios.

En las felizes operaciones militares de las provincias de oriente vamos á ver de ello una demostracion palpable. Volvamos pues á anudar la narracion de lo ocurrido en sus comarcas, las cuales perdimos de vista desde que Monteverde, escapado como él decia de milagro, volvió á Carácas mohino y maltrecho, despues de la rota de Maturin en 25 de mayo.

La impotencia de los españoles en Cumaná dejó á Mariño el tiempo necesario para reunir sus mejores tropas y disponer el ataque que meditaba contra aquella plaza. Un inconveniente al parecer invencible se le presentaba en la falta de marina que oponer á la española con que Don Francisco de Salas y Echeverría infestaba la costa de Güiria y el golfo de Cariaco; pero á este suplió el patriotismo de los margariteños. Cansados estos de sufrir la tiranía del coronel Don Pascual Martínez, uno de los hombres mas crueles de aquel tiempo, tomaron las armas el 5 de junio y capitaneados por

el jóven José Rafael Guevara, proclamaron el restablecimiento de la república. Martínez corrió á encerrarse en el castillo de Pampatar; pero atacándole allí, le rindieron é hicieron prisionero. Entónces fué cuando, puesto en libertad el coronel margariteño Juan Bautista Arizmendi, tomó este caudillo, despues tan célebre, el mando de la isla. De él supo Mariño lo ocurrido; y lo que es mas, de él recibió la espontánea promesa de socorros oportunos y abundantes. No fué aquella oferta vana, pues bien pronto estuvieron armadas y equipadas tres goletas y otros buques menores hasta catorce, que á las órdenes del comandante José Bianchi partieron á bloquear á Cumaná. Tambien envió á Mariño armas y municiones, con las cuales se vió este de allí á poco en estado de asediar la plaza, como lo hizo, colocando en el sitio de Capuchinos su cuartel general.

Desde aquel punto y despues de diez ataques en que habia salido siempre victorioso, dirigió el último dia de julio al gobernador Antoñánzas una intimacion para que rindiera las armas en el término de dos horas, á lo que contestó con arrogancia el español, diciendo que imitaria el ejemplo de Sagunto. Pero mui otra era su intencion, pues aunque tenia 800 hombres y abundante artillería de grueso calibre, un terror pánico se habia apoderado en todas partes de aquellos malos servidores del rei. Así fué que poniéndose inmediatamente á bordo de la escuadrilla que tenia en el puerto, se trasladó á la boca del rio, desde donde pensaba aprovechar el primer descuido de Bianchi, y fugarse para alguna colonia inmediata. Para mandar en Cumaná nombró al sargento mayor Don Juan Nepomuceno Quero, venezolano que habia abandonado la causa de los patriotas y á quien ya vimos llamando á Montevende desde Caracas en tiempo de Miranda. Antoñánzas quiso engañar á su comisionado diciéndole que entretuviera al enemigo miéntras él iba á buscar auxilios para defender la plaza; pero este que no era ni lerdo, ni un Leónidas, aceptó el encargo, no para sostener la bravata del gobernador, sino para imitar su ejemplo. En consecuencia el primer cuidado suyo fué enviar al campo de Mariño el 2 de agosto un parlamentario con propuestas de ajuste y rendicion; pero léjos de aguardar el resultado, se dió prisa á embarcarse con sus oficiales y tropa, despues de haber inutilizado los pertrechos y clavado los cañones que no podia llevar consigo. Apercibido Mariño del engaño en el momento mismo en que acababa de firmar con

el enviado de Quero las condiciones del tratado, se trasladó inmediatamente á Cumaná, desclavó un cañon y con él hizo grande estrago en los fugitivos. El gobernador no habia podido aun salir del puerto, por lo que reunido á Quero, siguieron juntos en ocho embarcaciones para ganar el mar; pero Bianchi que estaba á la mira, los persiguió con tanta eficazia, que apresó cinco de ellos, escapando solo mui averiadas tres con Antoñánzas y su teniente. El primero iba malherido y de resultas murió de allí á poco en Curazao. Así por esto como por las dificultades del embarco, cayeron en manos de los patriotas muchos españoles de los mas odiados por sus persecuciones contra los hijos de Cumaná. Y como estos agravios estaban tan recientes y tan escitadas las pasiones, fueron luego condenados á muerte y ejecutados cuarenta y siete de ellos. Un instinto terrible de guerra á muerte, al cual daba fuerzas el deseo de la venganza y alimento el desórden, se manifestaba por do quiera. Igual suerte que aquellos desgraciados tuvieron en Margarita Don Pascual Martínez y veinte y ocho de sus compañeros, tan luego como, restablecidas las comunicaciones con el continente, se tuvo noticia en la isla de las crueldades de Zuazola, Antoñánzas y Cerveriz.

Este último se hallaba con 400 hombres en el pueblo de Yaguaraparo cuando supo la pérdida de Cumaná. Forzado á retirarse, se embarcó al punto para Guayana en la escuadrilla de Echeverría, poniendo ántes el sello á sus crímenes con un acto de crueldad que costó despues la vida á muchos centenares de españoles. Se recordará que el comandante Bernardo Bermúdez fué encargado por Mariño de la ocupacion de Maturin. Despues de aquella feliz espedicion regresaba á Guiria por el golfo de Paria en una canoa, y encontrando un buque español, lo abordó y tomó; pero poco mas adelante fué atacado á su turno y hecho prisionero por Echeverría. Conducido á Yaguaraparo, le mandó Cerveriz pasar por las armas junto con otro compañero. Despues de la ejecucion se halló que Bermúdez, si bien gravemente herido, no estaba muerto, y cuando los soldados se disponian á acabar con él, se interpusieron varias personas y alcanzaron que Cerveriz ofreciera perdonarle. Condujéronle al hospital y allí se hallaba mui postrado cuando las noticias de Cumaná encendieron de nuevo el furor en el pecho del jefe español, y por su órden fué Bermúdez asesinado en el lecho.

Este suceso fué causa de que el otro Bermúdez, destinado por

Mariño al ataque de Yaguaraparo, sabiendo en el camino la desastrada suerte del hermano, jurase esterminar á cuantos enemigos cayésen en sus manos. Y de hecho, cumpliendo su amenaza con bárbara exactitud, pasó por las armas en Cariaco, Carupano y Rio-Caribe gran número de personas, acaso inocentes, granjeándose desde entónces el renombre de sanguinario.

Cuando Mariño vió rescatada toda la parte oriental de la provincia, pensó en dirigir sus armas contra Barcelona, donde se hallaba el mariscal de campo Don Juan Manuel Cagigal, destinado por Monteverde á su defensa. Pusiéronse en marcha los patriotas conducidos por el comandante Piar; pero el jefe español, á cuya noticia habian llegado ya los sucesos de occidente, juzgó con razon inútil la resistencia en aquel punto descubierto y sin apoyo, prefiriendo retirarse á Guayana y conservar en ella á su partido una basa esencial de operaciones. Muchos oficiales le acompañaron; y dos que despues se hicieron mui célebres, José Tomas Bóves y Francisco Tomas Moráles, se entraron por los llanos de Carácas con una division de caballería.

El primero de estos hombres, cuyo apellido verdadero era Rodríguez, natural de Jijon en Asturias, habia sido pilotin de profesion, y juzgado por algunos actos de piratería, se vió condenado á ocho años de presidio en Puerto-Cabello. Los respetos y valimiento de unos honrados comerciantes españoles de la Guaira, llamados los Jóves, obtuvieron que aquella pena le fuera conmutada por la de confinacion á Calabozo, á donde retirado en efecto se dedicó por algun tiempo al oficio de mercero, no ya con su antiguo nombre, sino con el de Bóves que se impuso entónces por vergüenza del propio ó por gratitud hácia sus bienhechores. En esto ocurrió la revolucion, y así como otros muchos españoles, tomó parte en ella Bóves con calor; pero un acto de injusticia le arrojó mas tarde en el partido opuesto, repleto el pecho de odio y de venganza. Y fué el caso que fingiendo mirarle como desafecto, un juez inicuo que queria despojarle de sus bienes, le condenó á servir de soldado en el ejército, mandándole tener en la cárcel hasta que fuese conducido á su destino. Allí se hallaba cuando Antoñánzas ocupó la ciudad el año 1812, y desde entónces abrazó la carrera militar, reuniendo los llaneros y formando con ellos la caballería de los realistas.

El canario Moráles, rastrero y bajo desde los principios, habia

comenzado por soldado y asistente del teniente coronel español Don Gaspar de Cagigal. Escasos los patriotas de veteranos cuando ocurrió la revolucion de 19 de abril, elevaron á Moráles á teniente de milicias urbanas, creyendo que para ello era bastante título el haber servido á un sugeto estimado y respetable. Pero él tardó en hacer traicion á aquel acto de confianza lo que tardó la ocasion en presentársele, habiendo sido uno de los mas activos cooperadores de la revolucion que hicieron los españoles en Barcelona el dia 4 de julio de 1812. Desde entónces continuó sirviendo con un grado subalterno hasta la época en que vamos, en que, siguiendo á Bóves, se llamó su segundo en el mando independiente con que iban á alzarse en las llanuras.

Por lo demas, nada podia verse mas desemejante que el carácter de estos dos hombres, á pesar de algunos hechos aislados que parecian confundirlos. Bóves era sanguinario; feroz Moráles. El primero, del mismo modo que Bermúdez, queria lavar con sangre una injuria recibida, y pagando muerte con muerte, ejercia una represalia autorizada por el decreto formidable de Trujillo: una necesidad política, el hábito, que embota la sensibilidad, y acaso una disposicion natural, sin la cual ese hábito raras vezes se adquiere, le conducian como un torrente á la destruccion de cuanto se le oponia; pero conservando en medio de aquellos estragos su carácter indolente y fiero de marino, mataba y pasaba, sin detenerse á ver cómo espiraban sus víctimas. Moráles, solo comparable á Zuazola, era como él desapiadado por placer, cruel por instinto. Humilde ademas y villano, unia este á sus entrañas de fiera las de avaro, y en ocasiones solamente por despojar destruia; á tiempo que Bóves, despreciando cualquiera cosa que no fueran las armas, dejaba á la soldadesca el infame provecho del botin. Valiente, impetuoso y terrible, era siempre el primero en el peligro. El coraje de Moráles no era otra cosa que el del tigre, que acecha su presa y al descuido se abalanza sobre ella y la devora: astuto sí, en sumo grado, activo, infatigable; únicas cualidades que, aprendidas en la escuela de Bóves, le asemejaron á él y le procuraron despues la rápida é inmerecida fortuna que tuvo entre los suyos.

Mariño ocupó á Barcelona el 19 de agosto, y creyendo libre la provincia, destruidos sus enemigos y terminada su tarea militar, desdeñó como Bolívar perseguir á los fugitivos que se habian metido en el piélago de las llanuras. Ya veremos despues de cuán

deplorables consecuencias fué seguido este error; si puede llamarse tal el no haber adivinado los grandes recursos de aquellos desiertos, desconocidos hasta entónces. Por lo demas el libertador de oriente tenia que hacer arreglos importantes en la administracion pública y en la organizacion de sus fuerzas, á fin de dar á una y otras la forma que convenia á las circunstancias. Las mismas causas produjeron, bien así como en Carácas, los mismos efectos. La necesidad de la energía y de la concentracion, sentida y reconocida por el mayor número, fué combatida por unos pocos hombres buenos, pero desalumbrados, que querian el imperio de las leyes allí donde apénas podia contener la fuerza á la anarquía. Sucumbieron tambien: Mariño, reconocido jefe supremo de las provincias orientales, nombró á Piar por su segundo y envió comisionados á Bolívar para poner en noticia de este sus triunfos y tratar con él del sistema que convendria adoptar para el gobierno de Venezuela. Es claro, pues, que esta se hallaba dividida en dos grandes distritos militares, y que, escapada felizmente del federalismo, parecia deber caer bajo el azote de una doble dictadura. El ejemplo ademas era temible: ¿quién impediria que cada jefe militar imitara en su provincia la conducta de Mariño y de Bolívar, y que el estado dividido en porciones fuese, no ya una confederacion de pueblos, sino un conjunto desordenado de monstruosas satrapias? Sobre todo, la unidad tan deseada estaba destruida y con ella el nervio de la guerra.

Léjos sin embargo de arredrar á Bolívar de su propósito este embarazo, le añadió fuego y alas para proseguir en él. Mas activo que nunca, atendió á todo y sobre todo dictó, sino las mejores providencias, por lo ménos las que mas convenian á su situacion y á la del pais. Las rentas estaban destruidas y junto con ellas la agricultura y el comercio. Sus tropas no habian recibido paga alguna, ni estaban bien armadas ni vestidas: la guerra, léjos de haberse acabado, no estaba ni siquiera diferida. De semejantes situaciones no saldrá nunca nadie con medios ordinarios. La mejor guerra es aquella que pagan nuestros enemigos: Bolívar, pues, confiscó á los españoles y canarios emigrados sus bienes, é impuso multas á los desafectos que habian permanecido en el pais; esta era ademas una medida de represalias. Los españoles habian hecho ántes lo mismo con los bienes de los patriotas, y estos acababan de recuperarlo por el valor del ejército: Bolívar dispuso en consecuencia que el

quinto de ellos perteneciese al gobierno, en justa compensacion de sus esfuerzos. En fin, cuando estos medios, los donativos y una contribucion militar que estableció no fuesen suficientes, los ciudadanos suministrarian al ejército las vituallas y remonta necesarias, segun la distribucion de las justicias.

Los pasados triunfos no inspiraron ni un instante á Bolívar la necia confianza que muchos de sus compatriotas tenian ó afectaban. Por el contrario en medio de ellos le ocupaba, sobre todos, el cuidado de la libertad del pais, que él veia mui poco segura todavía. Las provincias de Mérida, Barinas y Trujillo, por las cuales no habia hecho mas que pasar, se hallaban indefensas, y en sus comarcas habia poblaciones conocidamente desafectas á la causa de la independencia, tales como Bailadores, Achaguas, Pedraza, Carache y otros: Coro, Maracaibo y Guayana amenazaban todavía: las llanuras estaban cruzadas en todas direcciones por partidas de realistas que impunemente se entregaban á los mayores escesos: en las tierras de occidente el indio Réyes Várgas capitaneaba un cuerpo franco; y Puerto-Cabello en fin subsistia aun en poder de Monteverde. Este era el punto que Bolívar deseaba con mas razon arrancar de mano de los españoles, pues pudiendo estos de un momento á otro recibir ausilios, se hallarian en capazidad de renovar la guerra á las puertas mismas de la capital.

Dispuso pues que Urdaneta con las tropas contramarchase á Valencia donde estaba ya la division Ríbas puesta á cargo de Jiraldot, y él mismo, desprendiéndose de los halagos de la capital, le siguió luego para acordar en junta de los principales jefes el modo de poner sitio formal á la plaza de Puerto-Cabello. Para ello habia ya pedido á Mariño su marina é indicádole tambien la necesidad de enviar á las llanuras de la provincia de Carácas una de sus divisiones, á fin de dispersar las partidas de foragidos que las infestaban.

Poco despues de su salida de Carácas, los esclavos y otra gente de la ínfima plebe, instigados y dirigidos por algunos españoles, proclamaron al rei y entraron á saco los pueblos de Santa Lucía, Santa Teresa y Yare. Dispersados al principio por las tropas del gobierno, volvieron luego á juntarse en mayor número, de manera que el 6 de setiembre alcanzaban á 800 hombres los que se hallaban reunidos en San Casimiro de Guiripa, donde los atacó y dispersó el ciudadano José Francisco Monilla. Guareciéronse de los bosques los que pudieron escapar, y en una época posterior de las-

timas y desórdenes sin cuento, asolaron sin piedad aquellos valles.

A este nuevo inconveniente, á la insalubridad del clima en las cercanías de Puerto-Cabello y á la carencia de marina y de medios para batir un recinto amurallado, se unió luego para embarazar el proyecto de Bolívar otra grave dificultad, cual fué la desmembracion forzosa de su ejército. El aumento rápido de la partida de Bóves empezaba á inspirar serios temores, y para contenerle fué necesario enviar 600 hombres á Calabozo al mando del teniente coronel Tomas Montilla. Otros tantos al cargo del oficial Ramon García de Sena pasaron á los pueblos de occidente con el objeto de reprimir á Réyes Várgas. Ambos tenian órden de ocurrir contra San Fernando de Apure y asegurar el territorio de Barínas. Reducida con esto la fuerza sitiadora á 800 hombres, formó de ella Bolívar dos columnas y se puso en marcha contra Puerto-Cabello luego al punto.

A poca distancia de Valencia, en la llanada y hácia el norte, está situado el pueblo de Naguanagua, en donde se dividen los dos caminos que se dirigen á Puerto-Cabello : uno que dicen de Aguacaliente por atravesar el abra de aquel nombre : otro que tramonta de sur á norte la cordillera y conduce directamente á la plaza por el vallecico de San Estéban, contiguo á ella. Este no tenia ningun inconveniente; el otro, cerca ya de Puerto-Cabello, era barrido por los fuegos de tres baterías construidas en la cresta de un monte que desprendido de la cordillera va á fenecer á corta distancia de la marina, al sur de la boca del rio San Estéban. Partiendo de la falda del monte, las dos baterías, ó propiamente los dos malos fortines llamados Vigías alta y baja, eran las primeras; la otra mas hácia la cima tiene nombre Mirador de Solano.

La primera columna al mando de Jiraldot tomó el camino de Aguacaliente, y llevaba órden de despejar todo el territorio hasta el pié de las Vigías : el valeroso granadino hizo mas, pues se apoderó de estas á viva fuerza, obligando á sus defensores á refugiarse al Mirador. Por el camino de San Estéban marchó el mismo Bolívar con la otra columna al mando de Urdaneta. Este se apoderó de la parte de la ciudad llamada pueblo esterior, porque está fuera de las fortificaciones, y la conservó á pesar de los fuegos de estas, de los buques y del Mirador, hasta que habiendo conseguido alguna artillería de la Guaira, hizo cesar con ella el fuego de los bajeles enemigos.

Tal era la situacion de las cosas cuando el la noche del 29 de agosto hicieron estos una salida contra los sitiadores, poniendo al mismo tiempo en juego toda la artillería de los baluartes. No contentos los patriotas con rechazarlos, quisieron volverles alarma por alarma, y á este fin enviaron el 31 dos compañías que entrando por unos escombros, fuesen á abrir sus fuegos sobre las cortinas del pueblo interior, simulando un asalto. Pocos instantes despues ofrecia la plaza la imágen de un incendio, porque creyéndose los españoles sorprendidos é ignorando el punto del ataque, disparaban con increible actividad su artillería. Esta accion temeraria costó la vida á los dos capitanes de las compañías y á mucha parte de estas, pero no fué enteramente inútil; porque Zuazola que mandaba el Mirador de Solano, juzgando tomada la plaza, perdió el seso con el miedo y abandonó el puesto, descolgándose con los suyos por las murallas. Apercibidos al siguiente dia los soldados que estaban en la Vigía alta, de la evacuacion del Mirador, lo ocuparon y persiguieron á Zuazola en los montes inmediatos: el 2 le hallaron é hicieron prisionero.

Entre los muchos hombres que devoró la revolucion americana, ninguno tenia mas merecida la muerte que este cruel vizcaino. A pesar de esto y de la solemne amenaza de esterminio hecha en Trujillo, quiso Bolívar perdonarle, por salvar á Jalon que gemia desde el año anterior en los calabozos de Puerto-Cabello. En consecuencia propuso un canje entre los dos, y aun añadió repetidas vezes la propuesta de dar tres y aun cinco prisioneros realistas por cada uno de los patriotas. Ya ántes habia sido rechazada por Monteverde, y en la ocasion presente tuvo la misma suerte, porque aquel insensato persistia en su sistema de no tratar con los insurgentes, y á él sacrificaba el interes mismo de su causa y la vida de los suyos. Así sucedió con Zuazola, el cual pagó por fin sus crímenes ahorcado al frente de la plaza. No uno, sino varios jóvenes é interesantes oficiales patriotas hizo morir Monteverde en represalias; y sea dicho de paso, la guerra á muerte, mitigada considerablemente hasta allí, adquirió entónces la saña implacable que jamas la abandonó despues.

Todo anunciaba que el sitio debia ser largo y penoso para los patriotas. Las fiebres que reinan siempre en las cercanías de Puerto-Cabello, destruian sus filas por momentos, sin esperanzas de reemplazo, porque aumentados los cuerpos francos enemigos en las

llanuras de Carácas, ocupaban una parte del ejército, á tiempo que la renovacion de la guerra en occidente comprometia la seguridad de varias provincias importantes. Verdad es que por este lado una señalada victoria habia de nuevo coronado las armas de la república. García de Sena con sus 600 hombres se puso en demanda de Réyes Várgas, que con 1.000 soldados andaba haciendo daños por la tierra; y habiéndole encontrado el 15 de setiembre en los Cerritos-blancos (sitio entre Quíbor y Barquisimeto) le derrotó completamente. Por este lado, pues, el peligro estaba destruido ó alejado; mas por otro un contratiempo inevitable, aunque previsto, llegó para obligar á Bolívar á levantar el sitio de la plaza.

La correspondencia de particulares de Cádiz y algunas personas procedentes de allí habian anunciado una espedicion contra Venezuela, compuesta de varios buques de guerra y otros de trasporte con mil doscientos hombres de desembarco, que componian el regimiento de Granada al mando del coronel Salomon. Con razon se pensaba que hallándose en el mar cuando los rápidos triunfos de las armas republicanas pusieron á Bolívar en posesion del territorio, desembarcarian en la Guaira, por ignorar el estado de las cosas. De acuerdo con este acertado pensamiento, se concibió el proyecto de apoderarse de ellos por medio de una estratagema; y al efecto Ríbas, á quien Bolívar habia confiado el mando militar de Carácas, pasó á la Guaira con todas las tropas de que pudo disponer, hizo enarbolar en los baluartes la bandera española, y él mismo y sus oficiales de plana mayor vistieron el uniforme de sus enemigos y se dispusieron á recibirlos con fingida amistad. El fin era atraerlos y á medida que fueran desembarcando, desarmarlos. El 15 de setiembre estaba efectivamente á la vista la espedicion: el mismo dia entró en el puerto y surgió: poco despues el segundo jefe de la tropa, Marimon, y quince granaderos desembarcaron con pliegos para el comandante de la plaza y con el fin de tomar lengua del pais; pero ya fuese por señal ó aviso amigo, ya por imprudencia de los patriotas, Marimon, sospechando que le engañaban, rompió la conferencia, reunióse á sus soldados y se dispuso á ganar de nuevo los bajeles. Entónces se trabó una lucha desigual que sostuvieron bizarramente los españoles, hasta que muertos diez de ellos rindieron las armas junto con su jefe los restantes. A los tiros y alboroto de la pelea apercibiéronse de su peligro las embarcaciones y picando anclas se salieron sin haber recibido mayor daño de los

fuegos de la plaza. El dia 16 entraron en Puerto Cabello. Los vencedores que esperaban ansiosamente el éxito de la operacion, sintieron el disgusto de ver llegar la escuadra española mucho ántes que el aviso de lo ocurrido. No habiendo pasado ellos nunca de 800 hombres, era imposible que pudieran mantenerse al raso frente á una fuerza superior, con toda la movilidad que le daba su marina y disponiendo de gruesa artillería. Bolívar ordenó, pues, la retirada hácia Valencia el dia 17, y calculando con razon que el enemigo le seguiria para aprovecharse de la inferioridad de sus fuerzas, maniobró de modo que la confianza que ya tenian se aumentase. Su objeto era atraer á los enemigos fuera de la cordillera á lugar donde careciendo ambos de cañones, pudiese él suplir con los caballos la desventaja en el número. Dióle aquel gusto el presuntuoso Monteverde, moviéndose á fines del mes por el camino de Aragüa-liente; pero mas torpe aun de lo que Bolívar se habia imaginado, hizo alto en las Trincheras con el grueso de su gente, enviando 500 hombres de su vanguardia á tomar posicion en el cerro de Bárbula. Este se halla en el ramal de montes de Guataparo, uno de los dos que circuyen la llanada de Valencia. De este modo venian á quedar separados ambos cuerpos realistas por un espacio de dos leguas; error que por no figurársele á Bolívar creible, no aprovechó prontamente, pues parecia que de intento procuraba Monteverde la destruccion de aquella escelente tropa. Con ella reunida, un hombre hábil, emprendedor y valeroso se habria lanzado rápidamente á Valencia, arrollado los cuerpos indisciplinados y enfermos de Bolívar, dádose la mano con Yáñez y Bóves, marchado sin obstáculo á Carácas, conquistado otra vez el pais.

Figurándose Bolívar que aquella estraña disposicion de los contrarios encubria alguna zelada, empleó dos dias en practicar varios reconocimientos y en provocar al enemigo, para hacerle bajar á la llanura de Naguanagua. Por fortuna si la prudencia obligó á Bolívar á ser lento en aprovecharse de la torpeza de Monteverde, esto fué mas remiso todavía en corregirla, de manera que al tercer dia (30 de setiembre) se vió embestida la vanguardia española por tres columnas. Mandaban estas Jiraldot, D'Eluyar y Urdaneta. Llevando el arma al brazo treparon la montaña, pusieron en fuga á los realistas, mataron á muchos é hicieron crecido número de prisioneros. Mas, aunque fácil, fué comprada esta victoria con una pérdida sensible por estremo en aquel y otro cualquier tiempo; pues

como plantase el bizarro Jiraldot con su propia mano el pabellon tricolor sobre las posiciones enemigas, un balazo en la frente le derribó sin vida al suelo.

Tanto y tan profundamente lastimó á Bolívar la muerte prematura de aquel jóven valeroso, que en un decreto de la misma fecha ostentó el grande aprecio que habia hecho de su persona y el respeto que queria se tributase á su memoria. Ordenó que todos los venezolanos llevaran luto por espacio de un mes: que su familia gozara de una pension perpetua igual al sueldo que él tenia: que su corazon fuese llevado en pompa triunfal á Carácas y colocado en un mausoleo que debia erigirse en la iglesia metropolitana: que su nombre se inscribiese en los registros públicos como bienhechor de la patria. Tanto y mas, si cabe, merecia aquel ilustre granadino, incomparable en el valor, sin igual en la obediencia, pio, humano, generoso. La primera vida notable que segó la muerte en el ejército republicano, fué tambien la mas hermosa y la mas llena de esperanzas.

Quisieron los granadinos ser destinados en cuerpo á la primera funcion de armas que hubiese, para vengar la sangre de su heróico compatriota. No solamente lo consintió Bolívar, sino que, como hábil en sacar partido de todo, acaloró cuanto pudo aquel noble sentimiento; para lo cual dispuso que con ellos y el número de venezolanos suficiente para completar mil hombres, marchara D'Eluyar contra los españoles; D'Eluyar, amigo, hermano de armas y digno competidor de Jiraldot. Con hombres semejantes y animados de tales sentimientos, el triunfo era seguro; y en efecto, atacados los enemigos el dia 5 de octubre, fueron completamente derrotados en el sitio de las Trincheras. Monteverde, herido de una bala en la cara, corrió á encerrarse en Puerto-Cabello. El sitio se restableció y Jiraldot quedó vengado. Entónces fué cuando Bolívar, reposando un instante de la inquietud que le diera la espedicion española, concedió un ascenso á los jefes y oficiales que le habian acompañado en aquella campaña memorable; primero y merecidísimo galardon de sus fatigas.

Estos felizes sucesos dieron tiempo á Bolívar para ocuparse seriamente en los medios de disipar la nube que se formaba en las llanuras. Allí Yáñez y Bóves, conociendo los primeros el gran provecho que podia sacarse de sus habitantes, procuraron atraerlos á su partido con toda clase de halagos y promesas. Nada por otra

parte era mas fácil que determinar á los llaneros á tomar parte en una lucha que desde el principio se presentaba favorable para ellos; pues ni se les obligaba á la disciplina de un cuerpo reglado, ni habia límites en el desórden y el pillaje. La organizacion militar era nula entónces en unos y otros contendientes: la velozidad con que se sucedian los acontecimientos no daba respiro para atender á crear ejércitos segun los principios de la guerra; y esta causa, al impedir la formacion de buenos infantes y artilleros, daba á los caballos una conocida superioridad en aquellas planicies inmensas, áridas, secas y abrasadas, cuando no cubiertas por las aguas. Los ataques del llanero, rápidos y violentos, aunque poco ordenados, eran mui propios para sobrecoger y desbaratar unas masas informes de peones no acostumbrados á resistirlos é incapazes de oponerles el continente firme y el valor sereno que dan á la infantería la confianza en sus fuerzas y la disciplina. Derrotado, el llanero se desbandaba para reunirse de nuevo en puntos señalados de antemano, haciendo inútil la persecucion. Por el contrario, en un cuerpo puesto en fuga, el estrago que causaba era infinito. Sus armas se reducian á una lanza ó una espada; cuando mas, un trabuco: un calzon corto que apénas pasaba de las rodillas, ninguna especie de calzado, una camisa que les cubria medio muslo, ancha, holgada y sin ceñirla, y un gran sombrero redondo de alas grandes, que por lo comun era de paja, componian el vestido de los mas acomodados. A esta sencillez en el modo de armarse y abrigarse, correspondia la del alimento: en campaña estaba ordinariamente reducido á una racion de carne sin sal y sin pan.

Yáñez y Bóves eran á cuál mas á propósito para reunir estos hombres y conducirlos al combate: intrépidos ambos, olvidados de toda idea de lo bueno y de lo malo y desapegados á la disciplina, reunian en sus personas los dos grandes resortes que hacen mover á un pueblo nómade y guerrero: el valor personal y la astucia, sin los cuales no hai respeto hácia el jefe; y la dureza que autoriza el desenfreno. Así el primero, retirado á San Fernando de Apure, tenia ya atropados dos batallones á que impuso nombres Sagunto y Numancia, y varios escuadrones de caballería. El segundo recorria las llanuras al promediar setiembre con un cuerpo considerable. Distantes, sin embargo, y zelosos uno de otro, no se habian reunido para atacar á los patriotas, y aun parecian estar convenidos en obrar por diferentes vias: Yáñez se habia reservado las llanuras de

la provincia de Barínas: Bóves las de la provincia de Carácas. Este último fué el que abrió la campaña con una ventaja de importancia.

Ya sabemos que Montilla habia sido destinado á oponérsele. Enterado de que su enemigo habia aparecido en el camino que conduce del Calvario á Calaboso llevando 700 hombres de caballería casi todos, dispuso que con 600 infantes saliera á batirle el teniente coronel Cárlos Padron; pero este encontró á Bóves en el caño de Santa Catalina, peleó débilmente y quedó derrotado. Hizo Bóves terrible mortandad en los fugitivos, de los cuales solo unos pocos con Padron lograron escapar, dirigiéndose á la villa de Cura. El mismo camino tomó Bóves, y ocupada luego la poblacion, fué puesta á saco.

Perdidas pues las llanuras, reducido á limitados puntos de la cordillera y embarazado con un sitio, Bolívar, á favor de sus triunfos recientes no habia hecho mas que respirar un instante. Conocíalo él y temblaba al considerar que Monteverde, dueño aun de una gran parte del brillante regimiento de Granada y con buques, podia desembarcar esa tropa en Coro, reunirla á Cevállos y otra vez apoderarse de todo el occidente. Por fuerza tuviera entónces que levantar el sitio, pues hallándose con pocas tropas, no le habria sido posible mantener una parte de ellas frente á Puerto-Cabello y con el resto acudir á Coro, Calabozo y Barínas. Pero afortunadamente lo que él veia tan claro, Monteverde no lo veia absolutamente; por lo que sin perder tiempo dispuso un nuevo plan de ataque general. Urdaneta, ya brigadier, fué destinado al mando de las provincias de occidente con 700 hombres de infantería y un escuadron, y llevaba órden para incorporar á sus filas los cuerpos de milicias de San Cárlos y las tropas vencedoras en los Cerritos-Blancos, que á la sazon guarnecian á Barquisimeto. El teniente coronel Campo Elías con mil fusileros debia salir de la villa de Cura, reunir algunos cuerpos de caballería en San Sebastian, Chaguaramas y otras poblaciones, y atacar á Bóves y á Morálea que organizaban en Calabozo un grueso ejército. La línea de Puerto-Cabello quedó á cargo de D'Eluyar, y el general en jefe entre ella y Valencia.

Campo Elías era un hombre tan activo y valeroso como Bóves. Bien pronto, habiendo reunido 1500 ginetes, salió con ellos y seis mil infantes al mando de Miguel Urtáriz, en demanda de su contrario, y en el sitio de Mosquitero le presentó la batalla el 14 de oc-

tubre. Bóves que tenia ya 2.000 hombres de caballería, á cuya cabeza estaba él mismo, y 500 peones regidos por Moráles, la aceptó gustoso y lleno de confianza. Al principio le fué favorable la fortuna, pues haciendo cargar rápidamente el ala izquierda de los patriotas con gran golpe de caballos, la envolvió y alanzeó en un instante. Pero el ardor del cuerpo vencedor cambió el aspecto de las cosas. Campo Elías, atento á todo y sereno, cuando lo vió separarse de las masas enemigas, encarnizado en la persecucion, dispuso para un ataque simultáneo y general toda su fuerza, y puesto á su frente, cayó como un rayo sobre Bóves, despues de una descarga bien dirigida de su infantería. Nada resistió aquel choque : infantes, ginetes ciaron primero, luego se desbandaron, y quince minutos despues de aquel conflicto estaban casi todos muertos, porque no se dió cuartel á nadie. Bóves y Moráles lograron escapar, aunque mui mal herido el segundo, y acompañados de solos treinta hombres á caballo se refugiaron al pueblo del Guayabal, sobre la orilla izquierda del Apure. Los perseguidores del ala derrotada que volvieron al campo, pagaron su imprudencia con la vida ; otros, advertidos con tiempo, se reunieron despues, junto con algunos dispersos, á sus jefes.

Dos circunstancias deplorables hicieron estéril este sangriento triunfo en que el feroz Campo Elías mató á centenares los americanos, contra el tenor espreso del decreto de Trujillo. Esta crueldad y la que usó á su entrada en Calabozo contra vecinos indefensos, fueron una de ellas ; porque los llaneros resentidos, abandonaron sus pueblos y se reunieron á Bóves, buscando en él un vengador. Otra fué la crudeza del invierno, que manteniendo inundadas las llanuras, impidió á Campo Elías la persecucion del enemigo ; con lo cual pudo este tranquilamente rehacerse en sus guaridas.

El mismo dia en que las armas republicanas obtenian esta victoria contra el mas peligroso de sus enemigos, recibia Bolívar en Carácas un gran testimonio de gratitud nacional por sus importantes servicios. Las autoridades civiles y el cabildo se reunieron en la casa municipal, y de comun acuerdo, en medio de los vítores y aplausos del pueblo, le aclamaron por capitan general de ejército y le dieron ademas el título de Libertador, con el cual le conoce hoi la historia americana. Aceptó Bolívar con profundas muestras de aprecio estos honores que sus compañeros de armas de oriente y occidente confirmaron luego con su aprobacion y su obediencia. Necesarias eran una y otra para hacer válido un nombramiento ema-

nado de autoridad incompetente á juicio del agraciado mismo; pero la nacion lo aplaudió, el ejército de antemano habia reconocido en Bolívar la suprema potestad militar y política, sus oficiales habian recibido ascensos de sus manos, y á nadie entónces ni despues se le ocurrió la ridícula idea de rechazar el título cuando estaba ejercida sin oposicion la autoridad que él conferia. Por lo demas Bolívar, modesto ó entendido, ensalzaba en todas ocasiones el mérito de sus guerreros, atribuyendo á sus servicios la reputacion que habia adquirido; y para hacer estensivo á ellos su glorioso dictado, instituyó el 28 de octubre la órden de Libertadores, como premio y estímulo de las virtudes militares.

Amigo decidido y constante del órden, Bolívar habia sido llevado á Carácas por la necesidad de arreglar la comisaría del ejército, proveerla de fondos, mejorar la condicion del soldado y arreglar el ejército; pero en medio de estas ocupaciones administrativas no ménos útiles que las de campaña, hubo de dejar precipitadamente la capital á principios de noviembre por algunos sucesos desgraciados que ocurrieron en los pueblos de occidente.

Despues que García de Sena obtuvo el costoso triunfo de los Cerritos-Blancos, llevó la division que mandaba á Barquisimeto, donde el mal estado de su salud le obligó á dejarla bajo las órdenes del teniente coronel Miguel Valdes. Por aquel tiempo salió de Coro el brigadier Cevállos con una fuerza de 1500 hombres, y se dirigió derechamente contra los patriotas. Al saberlo se replegó Valdes hácia Yaritagua; pero con tal desgracia, que alcanzado allí, fué derrotado. Esto sucedió á mediados de octubre.

A este desastre que desbaratabа el proyecto confiado á Urdaneta y comprometia la seguridad de las tropas de Valencia y de la línea de Puerto-Cabello, se unió allí mismo la pérdida completa de la provincia de Barínas. Despues de la fuga de Tiscar, quedó infestada aquella comarca por varias partidas realistas que el teniente coronel Francisco Olmedilla habia logrado dispersar para fines de octubre; pero por ese mismo tiempo salió Yáñez de San Fernando con una division de 2500 hombres, y habiendo derrotado varios cuerpos francos de patriotas en Banco-largo, Nutrias, Guanare y otros puntos, se dirigió al fin contra Barínas. Abandonóla el gobernador por no tener fuerzas con que defenderla y se retiró á San Cárlos con algunos pelotones de caballería, incapazes por entónces de oponer una grande resistencia. En esta ocasion emigró de Barínas

al abrigo de las tropas republicanas un número considerable de vecinos con sus familias, huyendo de las inanditas crueldades con que por do quiera señalaba Yáñez su pasaje. Despues se repitió este ejemplo en distintos parajes con grave daño de las poblaciones y no poco embarazo del ejército, cuyas marchas y maniobras estorbaba una multitud de gente inútil, á la que era preciso custodiar y defender.

Cevállos, poco activo esta vez, habia contramarchado á Barquisimeto despues de la accion de Yaritagua, miéntras Valdes con sus restos se dirigia por el camino de San Felipe hácia Valencia. Tal fué la causa por que, llegado Urdaneta al Gamelotal (sitio que demora en la falda de la montaña del Altar que mira hácia Barquisimeto), halló que no podia contar con ninguna parte de las fuerzas que hubiesen escapado en Yaritagua. Esto, la falta de un cuerpo franco de San Cárlos, que no habia podido reunírsele por hallarse en operaciones distantes hácia las llanuras, y las ventajas que el enemigo habia sacado de su reciente victoria, hacian dudoso el éxito de una batalla con las solas tropas que tenia; por lo cual decidió permanecer en el Gamelotal y dar parte al Libertador del estado de los negocios. Este, aprobado lo dispuesto, ordenó que se le esperase, y luego al punto se puso en marcha, habiendo ántes enviado de refuerzo el batallon Aragua, mandado por el coronel Florencio Palácios. Impaciente por llegar á las manos con el enemigo, no quiso aguardar otros cuerpos que debian reunírsele, siendo uno de ellos el escuadron de Soberbios Dragones á las órdenes del coronel Luis Rívas Dávila. Llegó por fin Bolívar, y puesto el campo en movimiento, hizo su entrada el dia 10 por la mañana en el pueblo de Cabudare, una legua distante de Barquisimeto.

Desde allí se descubria el sitio llamado el Campamento, que es una gran casa situada en la estremidad oriental de la ciudad. Para subir á aquel punto era preciso, yendo por el camino real, sufrir los fuegos del enemigo; pero Bolívar observó que semejante inconveniente se podia evitar tomando la vereda de Tierra-blanca, que desde Cabudare conduce al camino que va de Santa Rosa á Barquisimeto. Por ese atajo dispuso, pues, subir á la mesa en que estaba situada la ciudad, y sin esperar los cuerpos que debian reunírsele por retaguardia, marchó sobre el enemigo sin obstáculo hasta ponerse bajo de sus fuegos. La infantería, compuesta de 1200 hombres de los batallones Aragua, Carácas y parte de Agricultores de

la misma ciudad, se dividió en tres cuerpos : el del ala derecha al mando de Florencio Palácios, el centro al del teniente coronel José Rodríguez, la izquierda al del coronel Ducaylá. Dos piezas de campaña que salieron de Valencia con Urdaneta iban dirigidas por el subteniente Santiago Mancebo. La caballería, que no alcanzaba á 200 hombres, y se componia de piquetes de Ospino, Guanare, Barínas y Agricultores de Carácas, era mandada por Fernando Guzman. El enemigo, mui superior en todas armas, tenia 2000 infantes, 9 piezas de artillería y 500 caballos. Con los primeros y los cañones se hallaba Oberto apoyado en el Campamento : los ginetes, á cuya cabeza estaba Cevállos, ocupaban el espacio que hai desde allí á las primeras casas de la poblacion.

Formados los patriotas y preparados al combate, se abrieron los fuegos, y el Libertador ordenó á la caballería que cargara á la enemiga. Hízolo en masa con rara felizidad y la envolvió, llevándola en derrota hasta el estremo opuesto de la ciudad, en cuyos templos echaron los soldados á vuelo las campañas en señal de victoria, huyendo Cevállos hasta la Laguna de la Piedra sobre el camino de Carora. Pero por una desgracia cuyo orígen no está aun bien averiguado, cuando el combate entre una y otra infantería se declaraba ya en favor de los patriotas, oyóse inopinadamente el toque de retirada, y la temerosa voz de « sálvese el que pueda » recorrió todas las filas. Los cuerpos fueron envueltos al intentar el repliegue, y ningun esfuerzo de Bolívar, Urdaneta y los demas jefes pudieron impedirlo, pues los soldados, sobrecogidos de un pánico terror, botaban los fusiles para huir con mas comodidad. La caballería que, como se ha dicho, iba victoriosa, volvió al campo y sorprendida al ver la derrota de la infantería, siguió el movimiento de esta en desórden tambien, hácia el camino por donde habia entrado al empezar la batalla. Salvó á los patriotas de la persecucion del enemigo, ya rehecho, la oportuna llegada del escuadron de Rívas Dávila al rio de Cabúdare, pues los dragones le contuvieron valerosamente cubriendo desde entónces la retirada. Esta funesta batalla costó á los patriotas mil hombres heridos ó muertos, entre ellos muchos oficiales distinguidos.

Los restos de la division llegaron tranquilamente por la noche á la entrada de la montaña del Altar. Allí determinó Bolívar pasar en persona á San Cárlos para hacer mover el cuerpo franco de aquella villa, reunir en Valencia las tropas que pudiese y volver

en demanda del enemigo. Urdaneta entre tanto juntaria los dispersos y en la mañana del siguiente dia marcharia á San Cárlos, donde mas adelante habian de reunirse.

El desastre de los patriotas en Barquisimeto sugirió á Monteverde el pensamiento de hacer una diversion con las tropas que tenia en Puerto-Cabello, y para ello dispuso que el coronel Salomon saliera con 1200 hombres y atravesando la cordillera del nordeste de Valencia, se entrara por los valles de Aragua, ó bien hiciera alto en Guacara, para llamar hácia aquel punto la atencion de los patriotas. En efecto sobre las alturas de Vijirima á seis leguas de aquella ciudad, apareció Salomon el 20 de noviembre; pero procediendo con la habitual lentitud y cautelas que los otros jefes españoles, léjos de descender á la llanura, tomó allí posiciones y fortificó su campamento.

En aquel momento estaba Bolívar en Valencia dictando algunas medidas para reunir tropas con que hacer frente á Cevállos; pues era natural que este y Yáñez se reunieran para hacer mas seguro y pronto el buen éxito de la campaña. Al saber el movimiento de Salomon, ordenó que el general Ríbas acudiera de Carácas con los hombres que allí pudiera juntar, y él mismo se dirigió á la llanura que está al pié de la montaña: llevaba algunas tropas que organizaba en Valencia el coronel Villapol y otras que separó del sitio de Puerto-Cabello. Llegó Ríbas primero el 23 con 500 hombres de infantería, en gran parte compuesta de estudiantes y 200 ginetes que pertenecian al cuerpo de Agricultores; pero viendo la superioridad de las fuerzas y la escelencia de las posiciones enemigas, resolvió esperar la reunion de los otros cuerpos que debia conducir al campo Bolívar en persona. Reunidos en efecto de allí á poco, pasaron los patriotas en revista 2000 hombres entre infantes y ginetes. Esto fué el 24: y en este dia, como en el anterior, todo estuvo reducido á movimientos que tenian por objeto sacar al contrario de sus montes y breñas, proviniendo de ellos varias escaramuzas parciales de poco resultado; pero el 25, dejando Salomon su campamento, amagó bajar, y entónces se trabó pelea reñida y mui costosa para los unos y los otros. El jefe español perdidoso retrocedió, volviendo á ocupar la cima de la montaña: cuando fué de noche, hizo disponer grandes fogatas, como si quisiese iluminar el campamento, y emprendió luego su retirada hácia Puerto-Cabello.

Despues de este acontecimiento que los patriotas celebraron como un triunfo, Ríbas se retiró á Carácas y Bolívar volvió á sus preparativos para la campaña de occidente. En virtud de sus órdenes, dejó Campo Elías en Calabozo una guarnicion de 1000 hombres al mando del teniente coronel Pedro Aldao, para observar á Bóves, y con el resto de su division se dirigió á San Cárlos. Hácia el mismo punto marchó el Libertador el 27, y bien pronto, gracias á su infatigable actividad, se vió allí reunida una fuerza de 5000 soldados, ó poco ménos.

Subdividióse esta en cuatro cuerpos principales: uno de vanguardia á las órdenes del teniente coronel Manuel Manrique, compuesto del batallon Valerosos Cazadores: otro, dicho del centro, mandaba el coronel Florencio Palácios, y á él pertenecia un batallon que se llamó *sin nombre*, por haber sido formado con los restos de la infantería destrozada en Barquisimeto: el tercero, ó de retaguardia regia Villapol, y componia sus filas parte de los soldados vencedores en Vijirima. Estas tres divisiones formaban la primera línea de batalla, bajo las órdenes del general Urdaneta. El batallon Barlovento, vencedor en Mosquitero, formaba la reserva á las órdenes del comandante Campo Elías. Rívas Dávila y su escuadron eran la escolta del general en jefe, y el resto de la caballería estaba mandado por el coronel Pedro Briceño.

El 1.° de diciembre se pasó revista al ejército, que se acampó fuera de poblado: el 2 pernoctó en Camoruco. Hasta entónces la direccion que llevaba era sobre Barquisimeto, suponiendo allí todavía á Cevállos é ignorando la ocupacion de Araure por Yáñez; porque de aquel tiempo en adelante puede decirse que los patriotas no tenian noticias del enemigo sino cuando se encontraban con él. No se podia mantener espionaje, porque no habia con quién: el pais habia hecho una sublevacion general en favor del rei, con escepcion de mui pocos pueblos amedrentados y débiles, llegando las cosas á tal estremo de hostilidad, que toda persona hallada fuera de las filas podia ser y era en efecto reputada por enemiga.

Impuesto Bolívar de que Cevállos habia pasado por Sarare á reunirse con Yáñez en Araure, cambió de plan y se dirigió sobre él á este último punto, dejando en Camoruco dos cuerpos de caballería para asegurar las comunicaciones con San Cárlos; precaucion esta á que le obligó el estar ya el pais intermedio cubierto de partidas y guerillas enemigas, y mui fuerte entre otras la famosa

de Cárlos Blanco, que en todo este año y el siguiente mantuvo aquella villa en constante zozobra. El 5 pasaron los patriotas el rio Cojédes y pernoctaron en el pueblo de Agua-blanca, en medio de una montaña: el 4 acamparon frente al pueblo de Araure en la llanura.

Este pueblo está situado en la suave pendiente que arranca desde la planicie de su nombre hasta donde se dice la Galera, que es el término superior del recuesto, y desde allí se forma otra planicie mas elevada que termina en las vegas del rio Acarigua. El enemigo ocupaba la Galera, quedándole por consiguiente á sus pies el pueblo de Araure y divisando el campamento de Bolívar. Al amanecer del 5 se observó que los realistas no estaban en sus posiciones, y se empezó á dudar si habrian bajado al pueblo ó retirádose. Para descubrir la verdad se dispuso que la vanguardia reforzada con 200 caballos marchase al sesgo sobre la derecha y subiese á la Galera por el punto mas fácil que se presentase á la vista, procurando averiguar si el enemigo estaba en la llanada alta de Acarigua, sin empeñar con él accion ninguna. El resto del ejército se dirigió entre tanto hácia el pueblo, y reconocido que el enemigo no lo ocupaba, se dió órden á todas las divisiones para que siguiesen el camino real á la Galera.

Miéntras esto se ejecutaba, Manrique descubrió al enemigo apoyado sobre la costa del rio Acarigua; mas no presentándole los españoles todas sus fuerzas, se fué aproximando para descubrirlo mejor, y cuando ménos lo esperaba fué atacado por un grueso cuerpo de caballería que le obligó á combatir. Aun permanecia el cuartel general en el pueblo cuando se oyeron tiros de cañon á cierta distancia, y habiendo reconocido Urdaneta lo que era, movió en ausilio de la primera su segunda division. Por mas celeridad que se dió á este movimiento, no pudo ser oportuno. La vanguardia estaba destruida: envueltos por la caballería, todos los cazadores fueron alanzeados, sin que uno solo de ellos (eran 500) volviese cara para huir. Cuanto pudo conseguirse fué ofrecer un apoyo á la caballería de vanguardia, á Manrique y seis ó siete oficiales que por estar montados se salvaron al abrigo de los nuevos cuerpos que avanzaban.

Este suceso hizo la posicion de los patriotas mui embarazosa. Se habia perdido el mejor cuerpo de infantería, y aunque en la línea de batalla debian entrar los vencedores en Mosquitero y Vijirima,

tenian el batallon *sin nombre* formado de dispersos y con poca disciplina. La caballería era toda colecticia y solo los dragones de Ríbas Dávila ofrecian esperanzas. Desde el campo hasta San Cárlos estaba todo plagado de guerrillas que interceptaban las comunicaciones y eran suficientes por su número para no dejar escapar á nadie en caso de una derrota. No se contaba con ninguna reserva, y el enemigo que tenia al frente, mandado por jefes intrépidos, habia marchado victorioso desde Coro y desde Apure. Así que, la batalla que iba á empeñarse en aquel dia con la desventaja de un reves tan considerable, podia mirarse como decisiva para la república y de vida ó muerte para los venezolanos combatientes.

Por fortuna el enemigo, ávido siempre en medio del triunfo, hizo replegar sus columnas vencedoras, cubrió su espalda con el bosque del rio Acarigua y formó su línea de combate colocando en el centro la infantería, diez piezas de artillería al frente, y á los costados dos grandes y estendidas alas de ginetes. Algunos matorrales salientes hácia la sabana le daban la facilidad de ocultar cualquier movimiento que con estos intentara.

Los patriotas tuvieron, pues, tiempo sobrado para volver en sí y disponerse. Su segunda division se formó en batalla allí donde habian muerto los cazadores, y sucesivamente entraron en línea la retaguardia y la reserva. Estos cuerpos fueron puestos al mando de Urdaneta. A su espalda se colocó la caballería con órden de acuchillar á los que volvieran caras, y Bolívar quedó de reserva con el escuadron de Rívas Dávila. Todo esto se hacia ya bajo los fuegos de la artillería enemiga. La marcha en fin se emprendió con gran órden y silencio, deteniéndose cuando las filas se desordenaban y siguiendo de nuevo á paso mas tardo que lijero. A tiro de pistola se mandó empezar el fuego, á tiempo que dos partidas de caballería mandadas por los capitanes Nicolas Briceño y Mateo Saledo recibieron órden de apoderarse de los cañones que cubrian las alas enemigas. Ejecutóse esta operacion bizarramente, y cinco minutos de un fuego vivísimo bastaron para desordenar la infantería realista; pero en el intermedio el ala izquierda de los enemigos hizo un movimiento general sobre la retaguardia de los patriotas pretendiendo envolver su infantería. La segunda línea de Bolívar que, como hemos dicho, era toda de caballería colecticia, no supo maniobrar, y ya cejaba próxima á ser destruida, formada en batalla, cuando el Libertador mandó avanzar los dragones sobre la columna

de caballería de los españoles; y como esta marchaba de flanco, los primeros soldados acuchillados volvieron caras, embarazando y trastornando á los de atras. Esta operacion fué decisiva, porque libre con ella la línea de ginetes republicanos que no habia podido maniobrar, fué dirigida en masa por Urdaneta sobre el ala derecha de los enemigos, mandada por Yáñez. Este, inactivo hasta entónces, viendo la derrota del resto del ejercito, plegó y huyó, sin hacer la resistencia que debia esperarse de su valor. Todo fué obra de pocos minutos y la victoria estaba conseguida.

El enemigo dejó en el campo mas de 1000 muertos y todo el tren militar: la pérdida de los patriotas, sin contar la de los cazadores, fué insignificante. Pocos prisioneros se hicieron por el pronto, atento á que los restos de la infantería enemiga se refugiaron á los bosques del rio y la caballería huyó al escape por diferentes direcciones. En la persecucion de la tarde se logró dispersar esta; y habiéndose situado el cuartel general con algunos cuerpos en la Aparicion de la Corteza, allí se cogieron por la noche 600 hombres de infantería que tomaron aquel camino, ménos frecuentado que el real, para salvarse, ignorando el movimiento de los patriotas. A ningun español ni canario se dió cuartel. Muchos de ellos escapados ántes por acaso ó perdon se hallaban allí, y en los primeros momentos de terror creyeron salvarse subiéndose á los árboles; pero los infelizes caian de ellos muertos á balazos.

Cevállos no paró hasta Guayana, donde se embarcó, apareciendo algunos meses despues en Coro: Yáñez fué á rehacerse en San Fernando de Apure y sus dispersos respectivos procuraron volver á los puntos de partida. Desde el mismo campo de batalla dispuso Bolívar que la division Villapol y el batallon Barlovento, mandado interinamente por el teniente coronel Andres Limáres, marchasen directamente á Barquisimeto; que todo el material de guerra tomado al enemigo se trasladase á S. Cárlos escoltado por alguna caballería; y que Urdaneta con los ginetes de Barínas, el escuadron Dragones y el batallon sin nombre, que en el acto de la accion habia recibido el de Vencedor en Araure, siguiese hasta Guanare con el objeto de completar la persecucion del enemigo. Despues de estos arreglos contramarchó hácia Valencia, para atender á las operaciones que debian emprenderse en las llanuras de Cáracas, por Calabozo.

Separado de él Urdaneta en la Aparicion de la Corteza, continuó

su marcha hasta Guanare, en donde, conforme á sus instrucciones, confirió el mando de la provincia de Barínas al teniente coronel Ramon García de Sena. Este, llevando consigo una division compuesta del Vencedor en Araure y la caballería de Barínas, entró en esta ciudad sin oposicion, por haberla abandonado cobardemente el catalan Don José Puy que la mandaba. Perseguido hasta Nutrias por el capitan Francisco Conde, fué á refugiarse á San Fernando, dejando libre una comarca que aun en el dia pronuncia con horror su nombre. Por lo que hace á Urdaneta, habia recibido el mando del ejército de occidente al separarse de Bolívar, y siendo una de sus principales atenciones la ocupacion de la provincia de Coro, retuvo cerca de su persona al escuadron Dragones y con él se movió por el Biscucuy, los Humucaros y el Tocuyo hasta Barquisimeto, á donde llegó el 24 de diciembre. El distrito militar de su mando comprendia todo el pais que se estiende desde San Cárlos hasta las riberas del Araúca por las llanuras, y desde Barquisimeto hasta Cúcuta por la serranía, quedando á sus órdenes todas las fuerzas que obraban en aquel vasto territorio.

Si en estas circunstancias Mariño y sus guerreros, libres de toda atencion, hubieran querido combinar sus esfuerzos con los de Bolívar, ¿quién puede dudar que los enemigos de la república habrian quedado enteramente destruidos? El oriente estaba tranquilo : el occidente acababa de ser reconquistado : solo se mantenia en pié amenazador y hostil el incansable Bóves en las llanuras de Carácas, y era imposible, ó por lo ménos improbable, que se resistiera contra un ejército aguerrido y numeroso. Nadie ha puesto nunca en duda el valor de Mariño, acreditado brillantemente en todas ocasiones, y ciertamente en su carácter no entraba la vil emulacion, que le hiciera ver con gusto la ruina de su competidor, para realzar con ella el propio mérito. Por otra parte no puede alegarse para su inmovilidad, ni ignorancia de los sucesos ni repugnancia de Bolívar á su cooperacion. Por el contrario solicitóla este siempre con el mismo empeño y tenazidad que ponia en todas sus cosas, hasta el estremo de ser creible la hipérbole de un contemporáneo respetable, testigo presencial de los sucesos. (14) « Las súplicas « del Libertador estaban escritas, dice, hasta con la sangre der- « ramada en nuestros campos de batalla. » Ni hai palabras para esplicar las delicadas atenciones con que le trataba y el esquisito tacto con que lisonjeando su amor propio, procuraba hacer

valer para su viaje á occidente su gloria y conveniencias. Nombrado Bolívar en Carácas general en jefe y Libertador, dió parte de ello á Mariño, pidiéndole modestamente su aprobacion y la de sus compañeros; é instituida la órden de Libertadores, fué destinada por él rica venera al héroe del oriente. La conducta de Mariño no se puede esplicar sino por su ambicion. Colocado efectivamente en una posicion análoga á la de Bolívar, nombrado jefe supremo de oriente por las provincias de Barcelona, Cumaná y Margarita, y con un buen ejército á sus órdenes, no queria ser ménos que su competidor: léjos de eso, aspiraba á gobernar separadamente las provincias orientales, del mismo modo que este gobernaba las occidentales, y ántes de concurrir á la destruccion total del enemigo comun, queria que su autoridad fuera reconocida por Bolívar de un modo terminante. Al efecto habia enviado tres comisionados al Libertador; pero ausente de la capital y ocupado en sus preparativos militares contra Yáñez y Cevállos, no habia podido este entrar en conferencias todavía. El tiempo entre tanto se pasaba sin pensar en el arreglo, y el Libertador, ora porque de propósito lo evitase, ora porque no entendiese aun el sistema de Mariño, prolongaba indefinidamente su ausencia de Carácas. De aquí el creer los diputados y su comitente que se les engañaba: de aquí el anunciar aquellos su partida, el dilatar este sus socorros: de aquí en fin, el constante escribir de Bolívar á unos y otro esplicando sus embarazos enojosos, y prometiendo el ajuste apetecido y con tanto empeño demandado. Mas adelante diremos cuál fué este; por ahora vamos á ver las consecuencias que produjo la conducta de Mariño, sin por eso decidir que sus pretensiones al mando del oriente fuesen mas ó ménos bien fundadas que las de Bolívar al mando de occidente. Tan malas nos parecen unas como otras por lo que respecta á la legalidad; solo que el poder absoluto de Bolívar fué necesario y bien empleado en favor de la república, á tiempo que el de Mariño la perjudicó considerablemente.

Estas disensiones sordas, tanto peores cuanto mas disimuladas, produjeron desde luego el malísimo efecto de dejar á Bóves tranquilo en sus guaridas. Embarazado Bolívar con Yáñez, Cevállos y Monteverde, no podia oponerle grandes fuerzas, ni ménos perseguirle, pues, como se ha visto, tuvo que llamar en su ausilio á Campo Elías. Bien quisiera él que Mariño se encargara de destruirlo; pero á pesar de sus ruegos el jefe del oriente continuó en su

inaccion, dando tiempo á que el famoso y cruel asturiano se levantase mas formidable que nunca.

En efecto, despues del terrible descalabro que le hizo sufrir su paisano Campo Elías, se retiró, como hemos visto, al Guayabal, y allí se dedicó activamente á reparar sus pérdidas. A Morales, aunque herido, le envió á Guayana, y este le llevó algunos oficiales, 400 infantes, 500 fusiles, un cañon y gran repuesto de municiones. Las crueldades de Campo Elías habian aumentado sus filas; pero él las elevó á un número considerable con una medida que añadia al descontento el cebo del latrocinio. Y fué la de publicar una circular en que prometia el pillaje de todas las poblaciones patriotas á los individuos que se le unieran, sin distinguir entre estos de clases, estado ó condicion. Con tales medios reunió prontamente 4.000 caballos, y el 8 de diciembre atacó á Aldao en el paso de San Márcos (Rio-Guarico). Aldao, que era español y aunque hábil militar arrebatado y terco, en lugar de replegar con sus mil hombres delante de aquel torrente irresistible, quiso hacerle frente, llevado de un arrojo perjudicial é inoportuno; criminal pudiéramos decir, pues no es virtuoso ningun sacrificio temerario. Con una palabra queda esplicado el resultado de esta accion. Aldao y sus mil hombres perecieron heroica, si bien inútilmente: con él murió el teniente coronel Rafael Castillo, oficial distinguido y valeroso, y tambien su segundo Cárlos Padron, tres vezes batido y últimamente sacrificado por Bóves. Este ocupó en seguida á Calabozo.

Fué aquesto suceso el último de grande importancia ocurrido en este año fecundo y tempestuoso. Al finar, las cosas estaban bien confusas é indecisas.

La batalla de Araure habia hecho á los patriotas dueños otra vez del occidente: Barinas estaba ocupada y sus llanuras no tenian mas enemigos que algunos guerrilleros insignificantes. Coro, abierto á todos rumbos, debia sucumbir de luego á luego, pues no tenia fuerza alguna que oponer á las que contra él guiaba Urdaneta. Trujillo se mantenia tranquila, sin mas atencion que la de los enemigos de Carache, pueblo rival suyo y adicto siempre á los realistas.

La provincia de Mérida sufria las incursiones y violencias de los jefes españoles encerrados en Maracaibo. Desde la entrada del ejército libertador en sus comarcas y la vuelta á Cúcuta de Castillo y sus parciales, quedó el coronel Santander guarneciendo los valles con algunas tropas. Este jefe derrotó varias guerrillas enemigas en

Loma-pelada, San Faustino, Capacho y el rio Zulia; pero el capitan español Don Bartolomé Lizon logró reunir una fuerza de 1.000 hombres, y con ella le destruyó completamente el 12 de octubre en el Llano de Carrillo, del otro lado del Tachira y de Pamplonita. Esta victoria puso á los españoles en posesion de Pamplona, primera ciudad al norte de la Nueva-Granada, les hizo dueños de los valles de Cúcuta, y en cierto modo los constituyó árbitros de la provincia de Mérida, donde muchas poblaciones se mostraban fogosamente adictas á su causa. Quisiéramos poder evitar la triste y enojosa necesidad de hablar siempre de las crueldades cometidas por los realistas en esta guerra horrible; y aun por eso hemos procurado no individualizar los hechos, ateniéndonos en lo posible á consideraciones generales. Bien podríamos en la ocasion presente poner bajo los ojos de nuestros lectores un cuadro abominable de las de Lizon en los valles de Cúcuta, pues no fueron en nada inferiores á las de Bóves, Morales y otros varios; pero creemos que esta expresion basta para dar idea de ellas sin escándalo ni exageracion.

El sitio de Puerto-Cabello se continuaba con vigor. Marino, tan avaro de sus fuerzas terrestres, habia enviado á Piar, segundo jefe del oriente, con algunos buques á bloquear la plaza, y esta sentia ya los efectos del hambre. Ademas se hallaba privada de sus mejores defensores con la pérdida del regimiento de Granada. Salomon, como hemos visto, habia vuelto á Puerto-Cabello despues de los reencuentros de Vijiríma; pero escaseando las vituallas é instando Cevállos por refuerzos, se decidió Monteverde á hacerle salir de nuevo el 4 de diciembre. Torpe siempre é imprevisor el llamado capitan general de Venezuela, señaló la marcha de aquel cuerpo por entre Nirgua y Montalvan, lo cual fué causa de que se hallase cortado cuando al cabo de muchos dias llegó al punto prevenido. No podia seguir á Coro por impedírselo el ejército, ya vencedor en occidente, ni volver á Puerto-Cabello por estar los pasos suficientemente guarnecidos y fortificados. En este conflicto se dirigió Salomon por el camino de la costa hácia Coro, sufriendo trabajos y privaciones indecibles. Llegó en fin; pero tan acabado, que su brillante regimiento estaba reducido á 100 hombres.

Tantos errores y desaciertos cansaron al fin la paciencia de los defensores de la plaza, y el 28 de diciembre depusieron á Monteverde, que mas tarde (8 de enero de 1814) se retiró á Curazao.

Nunca mas volvió al territorio este hombre nulo y débil, á cuya conducta desbaratada y sin principios debe atribuir España mucha y mui principal parte en la pérdida de Venezuela. Ella creó y fomentó un partido casi del todo aniquilado : ella autorizó con el ejemplo y el premio el desenfreno de los caudillos realistas : nuevamente encendió el fuego de la guerra y produjo en fin la que se hizo á muerte y los horrores de todo género que fueron su triste consecuencia. En medio de esto Monteverde no tenia una sola cualidad brillante en virtud de la cual pudiera la historia perdonarle sus errores. Cualquiera de sus conmilitones, aunque tan malos unos, tan ignorantes otros, valia mas que él en cuanto á las dotes del entendimiento.

El oriente, en verdad, estaba intacto : algunas disensiones civiles ocurridas en Margarita se habian sufocado, y Mariño prometia grandes ausilios para la próxima campaña; pero la poblacion se hallaba mui dividida; en algunos pueblos habian ocurrido sublevaciones peligrosas; innumerables partidas de guerrilleros desapiadados recorrian y devastaban el territorio; el Apure estaba en armas para volver sobre Barínas, y Bóves con 4000 llaneros próximo á caer sobre los valles de Aragua, como un azote de lo alto. ¿ Conservaria Bolívar con un puñado de hombres la vasta línea de operaciones que abrazaba, ó reuniria todas sus fuerzas en la provincia de Carácas, abandonando el occidente ? No habia mas que estos dos partidos y el último era absurdo á todas luzes.

AÑO DE 1814.

La posesion misma de los territorios en que las armas republicanas habian vencido, era incompleta : el occidente estaba conmovido á pesar de la victoria de Araure, porque no habiendo podido los patriotas llevar la persecucion de los vencidos mas allá de la orilla derecha del rio de la Portuguesa, y la izquierda del de Apure, quedó siempre la provincia de Barínas amenazaba por Yáñez, que habia vuelto á situarse en San Fernando. Allí se ocupaba en reunir gente con los ausilios de Guayana, y protegido por la interposicion de Bóves entre él y la capital. Este último, despues de la derrota de Aldao, vió considerablemente aumentados sus gru-

pos; que no merecian otro nombre aquellas masas de caballería sin disciplina ni órden. A estas poderosas causas de alarma se unia la noticia de que nombrado el brigadier Cagigal por capitan general de Venezuela, debia llegar mui pronto con tropas españolas: noticia que por sí sola hacia bastante daño, pues animadas con ella las partidas realistas, infestaban el territorio hasta el punto de interceptar los caminos principales del interior, y mantener en una especie de bloqueo, tanto á Valencia y los pueblos inmediatos, como á Barquisimeto, donde se hallaba con su division el general Urdaneta.

Tales eran las circunstancias en que el Libertador debia abrir su nueva campaña contra enemigos poderosos y, menester es decirlo, inmorales, pues abundando solo en espíritu de violencia y pillaje, asolaban el pais, pervertian las costumbres y hacian de aquella contienda una guerra de bandidos. Hallábase ademas escaso de hombres y recursos, pues con ser fértiles y ricas las provincias que ocupaba, habíanlas empobrecido y agostado el trajin de las tropas y las hostilidades. Sobre todo á la de Carácas, que casi sola habia sostenido el peso de ellas con su sangre y sus recursos. De su partido municipal solamente habia sacado Bolívar setenta y cinco mil pesos, á tiempo que toda la provincia de Barínas habia contribuido apénas con veinte y cinco mil; y ya hemos visto que lo mas florido de su juventud y sus mas ricos propietarios visitaron tambien los campos de batalla. ¿Qué importaba que Cumaná y Barcelona estuviesen tranquilas, repletas de gente y de recursos? Ellas no reconocian la autoridad de Bolívar, y se estaban á mirar sus heróicos esfuerzos como si nada les interesase el resultado. ¡Tiempo perdido sin provecho, y que despues costó lágrimas amargas á los remisos, y por desgracia tambien á los que fueron diligentes!

Pero era hombre Bolívar hecho, como el fuego del cielo, para brillar en medio de las tempestades; cuanto mas desgraciado, mas grande. Y no se diga que una necia confianza le cegaba hasta el estremo de ver como evidente el triunfo de la república; léjos de eso, su espíritu luminoso y penetrante habia medido ya la estension del peligro que la amenazaba. Seguro, empero, de sí mismo, no lo estaba, si va á decir verdad, del pueblo que á triunfar le ayudara, de aquel cuyo afecto mas apetecia, de Carácas, en fin, objeto constante de su amor, mas no de su confianza ilimitada en aquel

tiempo. Para ponerlo á una nueva prueba, fuése á él, y de su órden convocó el gobernador político Cristóbal Mendoza á los vecinos mas notables, á todos los padres de familia y á las corporaciones: su fin era dar cuenta de lo que habia hecho durante la dictadura, acaso pedir nuevos ausilios, y sin duda cerciorarse por sí mismo del estado y fuerza de las operaciones. Reunidos efectivamente el 2 de enero en el convento de S. Francisco, concurrió á la junta el Libertador acompañado de sus secretarios, y cada uno de estos leyó el informe relativo al ramo administrativo de su cargo. Terminada esta cuenta, propuso el gobernador que se confirmaran á Bolívar los poderes de dictador, ménos porque fuese necesaria semejante formalidad (visto que existia el motivo de habérselos conferido), cuanto por darle en ello un testimonio de afecto, aprobacion y confianza. Los miembros de la junta y un concurso inmenso de gente que llenaba las naves, el coro y las tribunas del templo, acogieron con una viva y prolongada aclamacion el deseo manifestado por el gobernador; y Bolívar vió entónces lleno de gozo que el pueblo de la capital le queria y estaba dispuesto á sostenerle. Con repugnancia sin embargo, á lo que él aseguraba, se resolvió á continuar mandando, « pues el honor á que únicamente aspiro, les dijo, es el « de continuar combatiendo á vuestros enemigos, y no envainaré « jamas la espada miéntras la libertad de mi patria no esté completamente asegurada. » Nunca promesa fué mejor cumplida por hombre alguno; mas en cuanto á la autoridad, su venerable memoria nos perdone, él la amaba como todos los que han nacido para ejercerla dignamente.

Un nuevo y mas grande embarazo que le suscitaba el oriente apresuró el regreso de Bolívar á Valencia: y fué una órden dada á Piar por Mariño para que se volviera á Cumaná con la escuadrilla. Al mismo tiempo se supo que el coronel Arrioja, dependiente tambien del jefe oriental, habia desaparecido con un cuerpo de tropas que mandaba, de los valles de Barlovento, revueltos entónces; y en fin, que Mariño mismo, próximo ya á partir en ausilio del occidente, habia resuelto suspender su marcha. Sorprendido el Libertador con estas cosas, llamó á Piar y á fuerza de ruegos obtuvo que no diera cumplimiento á la órden recibida: despues escribió á Mariño un oficio sumamente curioso y que pinta al vivo sus angustias. « Sin temor, decia, de ser desmentido por el suceso, puedo « asegurar á V. E. que la rendicion de Puerto-Cabello no podia

« retardarse mas de quince dias, estando reducida la guarnicion « del castillo y plaza á los víveres almacenados con anticipacion, « y que por muchos que sean no bastarán para el tiempo indicado. « Las tropas de tierra cortan perfectamente la comunicacion de la « plaza con todos los valles inmediatos, y la escuadrilla en el mar, « no solo ha impedido la entrada de socorros, sino que ha apresado « algunos buques de Puerto-Rico que los conducian. En estos « momentos no era mi designio quedar limitado á estas hostilida- « des. Me proponia aumentar la triste situacion de los sitiados, « apoderándome del trincheron y las vigías, y en consecuencia de « la parte esterior del pueblo. La retirada de la escuadrilla echa « por tierra el mas importante proyecto, y lo que es peor, deja « libre la entrada de socorros á la plaza; y siendo esta intomable « para nosotros por fuerza de armas, jamas sucumbirá. Hé aquí « cuál seria el resultado de una medida que conspira con nuestros « enemigos al éxito feliz de su defensa; medida (permítame V. E. « decirlo) estraordinaria, y cuya causa por mas que trabajo no « puedo descubrir..... Repetidas vezes he implorado los ausilios « de V. E., primero para que marchando á cubrir con sus tropas á « Calabozo, se impidiera el que los enemigos la ocuparan: segundo, « para que destinándolas contra Bóves, cooperasen con las de Ca- « rácas á su destruccion..... Permítame V. E. suplicarle tambien « me revele las causas que han influido y que no conozco para « unas determinaciones tan contrarias á las que hasta ahora habia « adoptado, en tanto que á nombre de la comprometida libertad « de la república le pido instantemente todos sus socorros para « sostenerla. »

Esta comunicacion fué enviada á Mariño con emisarios especiales encargados al propio tiempo de esplicarle las miras políticas del Libertador y sus ideas acerca del gobierno general de las provincias. Este era el punto capital que una vez arreglado debia facilitar todo lo demas. Fuélo en efecto, al promediar de enero, del modo que Mariño apetecia, pues un tratado firmado y ratificado por ambas partes reconoció la autoridad que ya tenia; si bien con algunas modificaciones que, sin disminuirla, conducian á mayor energía y unidad en la defensa.

Estas empachosas transacciones no distrajeron sin embargo á Bolívar de los cuidados militares; y como el principial y mas ur-

gente de estos era el del terrible Bóves, habia ya dispuesto que en la villa de Cura se reuniera y organizara una fuerza respetable: esta confió á Campo Elías, uno de sus jefes mas valientes y á quien sobre todos ellos temia Bóves. Lástima es que no sepamos nada relativo á los primeros años de aquel español singular, cuyo sentimiento dominante era un odio mortal á sus conciudadanos. « Des« pues que á todos los matara, solia decir, me degollaria yo mismo, « y así no quedaria ninguno. » ¿Qué desgracias, qué injusticias inauditas esperimentó esa alma dura y fiera para formar un deseo tan impío? ¿O era solo efecto de las crueldades que á cada instante veia cometer á sus desapiadados cōmpatriotas? Una y otra cosa ignoramos; y no hai de averiguado sino que Campo Elías llegó mui jóven á América, que avecindado allí, casó luego, y por último que cuando Bolívar emprendió su memorable campaña de 1813 se desprendió de los brazos de su esposa y de sus hijos para volar á los combates, que jamas abandonó despues.

Entre tanto la guerra se habia encendido de nuevo en las provincias de occidente, y á Villapol sucedió Urdaneta en el trabajo harto ingrato de perseguir y estirpar algunas partidas que infestaban el territorio de Barquisimeto. Listo del todo el segundo para invadir la provincia de Coro, se movió hácia el pueblo de Siquisique y en Baragua encontró á Réyes Várgas: queria el indio, no cerrar el paso, sino impedir que los patriotas tomaran agua en los únicos jagüeyes de la jornada de aquel dia. Esto produjo un choque de poco momento porque Várgas no tenia sino 500 hombres, los cuales se dispersaron al fin y huyeron con gran pérdida. Ya se lisonjeaba Urdaneta de llegar á Coro sin tropiezo, cuando se le presentaron dos comisionados que en tres dias y tres noches habian llegado desde Barínas con pliegos del teniente coronel García de Sena. Decíale en ellos que Yáñez habia pasado el Apure con fuerzas superiores, obligándole á encerrarse en la plaza de Barínas, la cual se veria forzado á evacuar si no se le ausiliaba en el término de quince dias. No pudiendo con esto pasar adelante, volvió sobre sus pasos acompañado de una pequeña escolta de caballería, ordenando á su tropa que le siguiera á grandes jornadas. Proponíase tomar 200 soldados que guarnecian á Barquisimeto, y con ellos y los mas que la fortuna le deparase en el tránsito, llevar á Barínas un ausilio, si no suficiente, por lo ménos oportuno. Y miéntras

lo ejecutaba con la prontitud que exigia el peligro y permitian la distancia y los malos caminos, conviene que digamos cómo se hallaba García de Sena.

Efectivamente Yáñez habia dividido en partes iguales una fuerza de 2.000 caballos de que podia disponer : una confió á Puy y al teniente coronel venezolano Remigio Rámos, para que atacasen á Nutrias y Barínas ; con la otra debia marchar él mismo sobre el centro de las provincias de occidente. Puy atacó el 4 de enero la primera de aquellas dos ciudades, defendida por el capitan Francisco Conde. Resistió este bizarramente los primeros acometimientos ; mas habiéndole llegado órden de García de Sena para retirarse á Barínas, cumplióla en la noche de aquel mismo dia sin pérdida alguna y en buen órden. Libre el camino de esta ciudad, siguieron hácia ella los realistas y el 10 la sitiaron con 1.000 caballos : sus defensores tenian 400 de estos y 500 infantes ; fuerza suficiente para hacer frente al enemigo en campo raso, porque la pequeña inferioridad numérica estaba compensada con la escelencia de la tropa y la ventaja preciosa de la infantería. García de Sena, sin embargo, se redujo al recinto de la plaza, fortificóla lo mejor que pudo y se limitó á rechazar al enemigo cuando este le atacaba. Varias ventajosas salidas hizo su caballería, ora por forraje, ora por reses ; mas al fin la constante fatiga y lo malo y precario del alimento la desmedraron mucho. Las vituallas empezaron á escasear de luego á luego, y era preciso combatir para obtener el agua. Tal era sin embargo el terror que inspiraba Puy y la idea terrible que los caudillos españoles habian hecho concebir de la ferozidad de sus soldados, que las tropas republicanas y con ellas los vecinos competian en zelo y esfuerzos generosos por sustraer la plaza de sus rigores inhumanos : las mujeres mismas, propensas de suyo al entusiasmo, dóciles al ejemplo, y mas sufridas en general que el hombre, fueron en aquella ocasion modelo de valor y de constancia. Con todo eso las cosas habian llegado á un estado en que la resistencia podia aun prolongarse algunos dias, mas no indefinidamente. García de Sena habia enviado emisarios á Urdaneta, y segun dijeron ellos de su parte, la plaza se defenderia hasta por quince dias despues de su salida : el último de estos era el 25 de enero. Mas Urdaneta, activo y fuerte, podia estar mui avanzado la via de Coro, en Coro mismo : esta provincia, aunque incapaz de resistirse al jefe republicano, no carecia de defensores, y acaso tenia ocupado el grueso

de su fuerza : en fin, no habia temeridad en suponer que la invasion meditada por Bóves y un descalabro de las armas republicanas hubiesen hecho necesaria la reunion del ejército en comarcas de Carácas; y en cualquiera de estos tres casos el ausilio oportuno de Urdaneta era imposible. Estas dudas, la proxima reunion de Yáñez á sus tenientes y la certeza de inutilizar completamente la caballería obstinándose en sostener la plaza, hicieron pensar á García de Sena en evacuarla y así lo propuso el 15 en una junta de oficiales. Muchos hubo que reprobaron enérgicamente el pensamiento : otros propusieron atacar al enemigo : los vecinos clamaron por que no se les abandonase : las mujeres, mas exaltadas, decian de la evacuacion que seria una insigne cobardía. Garcia de Sena sin embargo resolvió atenerse á su propio dictámen y al de la mayoría del consejo de guerra; pero engañando al vecindario, fingió que por el pronto desistia de llevarle adelante. El dia 18 se preparó como para hacer una salida, evacuó la plaza, dejó encargados de custodiarla á unos cuantos hombres valerosos, y cuando estuvo fuera, torció hácia Quebradaseca y Barinitas, metiéndose en la serranía. El enemigo respetando esta retirada no la inquietó en manera alguna : prefirió echarse sobre la ciudad, degollar á sus heroicos defensores, saquearla, quemarla despues, hacer horrores.

El que puede retirarse impunemente delante del enemigo, puede tambien combatirle; y si esto era hacedero el 18, con mucha mas razon el dia 10. Dada esta posibilidad, el abandono cauteloso de la poblacion y el sacrificio de los pocos hombres que quedaron para su custodia, fué cruel, y como innecesario, inicuo. Semejantes sacrificios son justificables cuando salvan de inminente ruina un ejército, una ciudad, un estado : aquí 900 soldados que pudieron combatir huyeron, y el sacrificio no sirvió sino para hacer mas dolorosa la pérdida de una poblacion de 10,000 almas. Por muchos respectos merecia esta que se hubieran hecho para defenderla los mayores esfuerzos : desde luego por la conveniencia de ocupar el mayor tiempo posible las tropas de Yáñez, é impedir que libres de atenciones se lanzaran sobre San Cárlos y complicaran mas y mas la posicion de Bolívar : tambien por el número de sus habitantes, por su patriotismo, por la clase de enemigos que la atacaban. Demas de esto, á la generosa y útil resolucion de combatir, debia incitar el honor militar, el deber, la buena voluntad de las tropas y del pueblo : á la

de sostener la plaza dentro de su recinto, la advertencia hecha á Urdaneta de que pódria conservarse hasta el 25 de enero. Las razones que hacian dudar de la oportunidad del ausilio, por plausibles que fuesen, no podian valer sino para despues de aquel tiempo, fijado por el mismo García de Sena. Y aun entónces la evacuacion solo hubiera sido disculpable por dos motivos: la incapazidad de dar batalla al enemigo y la reunion de Yáñez á sus dos tenientes. Ninguno de estos casos llegó, y el comandante de Barínas es justamente responsable de haberla evacuado ántes de la época y sin las circunstancias que debian hacerla precisa, ántes tambien de poner por obra los medios de libertarla. Error fué, mas no cobardía. García de Sena murió despues gloriosamente en el campo de batalla, y su memoria es por esto y por sus anteriores servicios mui digna de respeto.

Miéntras que Puy se entregaba con el furor de las almas bajas al placer de la venganza, trepaban los patriotas por los Callejones de Mérida, camino acaso el mas áspero y difícil de cuantos hai en Venezuela. En llegando el 24 al pueblo de las Piedras, se vió que la caballería no estaba en estado de servicio, y fué preciso disolverla. Allí se dieron á los infantes tres dias de descanso. En la Puerta despachó (30 de enero) García de Sena hácia Mérida dos compañías á cargo del capitan Francisco Conde, y él, dejando en Trujillo el resto de su gente, tiró solo la vuelta de Valencia.

Con doscientos hombres de infantería y catorce ginetes marchaba Urdaneta á toda prisa por el camino real de Araure y Ospino, cuando al vadear la Portuguesa el 22 de enero salió del monte un oficial de los que García de Sena habia dejado en Barínas y le contó como este habia abandonado la plaza cuatro dias ántes, y que todos sus compañeros y muchos vecinos habian sido pasados á cuchillo por los españoles. Casi al mismo tiempo que esto oia se presentó Yáñez, el cual, noticioso de la toma de Barínas, iba de marcha para Ospino. No intentó atacar de firme á los patriotas, porque estos prudentemente se arrimaron á los montes; pero les mató cinco ginetes y todo el dia los entretuvo con escaramuzas. Al siguiente repasó Urdaneta el rio y emprendió retirada hacia Ospino, donde habia una pequeña guarnicion al mando del teniente coronel José María Rodríguez. A este dejó el jefe de occidente sus doscientos peones, y él con los nueve caballos que le quedaban siguió á Barquisimeto para poner en marcha sus tropas, considerando de la mas grande

importancia atajar los progresos de Yáñez ántes que los españoles de Coro tomasen nuevamente la ofensiva. Era urgente sobre todo ausiliar á Ospino, no fuese que sufriera la misma suerte que Barínas, y con él se perdieran 400 hombres que lo defendian. Como llegó á Barquisimeto, dió órden al teniente coronel Manuel Gogorza para que con 500 soldados del batallon de Valencia marchara orillando los montes y á viva fuerza penetrara en Ospino, cuyos defensores debian hacer para ausiliarle una salida. La operacion fué rápida y felizmente ejecutada, de manera que el 2 de febrero estaba Gogorza á las inmediaciones del pueblo. El jefe de los realistas, que lo tenia sitiado desde el dia anterior, cargó entónces sobre los ausiliares á la cabeza de sus ginetes; pero la guarnicion se abrió paso, segun lo convenido, y juntos ambos cuerpos tomaron la vuelta del pueblo. Empeñado Yáñez en impedir su entrada, redobló sus esfuerzos, atacando con furor los cuadros republicanos. Fué empeño vano. Rodríguez y Gogorza oponian á la celeridad, al choque de los caballos y á las terribles lanzas de los llaneros afamados, la inmovilidad serena del infante, su horroroso fuego y la larga bayoneta. Divididos en dos masas que mutuamente se apoyaban, seguian ganando terreno lentamente. Yáñez lanzaba contra ellas á sus intrépidos ginetes; pero encontrando estos por todas partes un fuego vivísimo y un muro de hierro, remolineaban en torno de las filas, caian ó á todo escape se retiraban para ponerse fuera del alcanze de los tiros. Duraba hacia algun tiempo este combate cuando la muerte de Yáñez hizo cesar completamente el ataque de sus soldados, los cuales se alejaron dejando su cadáver en poder de los patriotas. Una bala quitó la vida á aquel feroz canario en el campo del honor, y la historia, aunque condene sus escesos, no puede negarle el prez de los valientes. Sensible es que los vecinos de Ospino dividieran sus miembros fijándolos con escarpias en lugares públicos, porque tales crueldades no honran á los pueblos, y contribuyen á enconar mas las pasiones: verdad es que el tiempo era crudo, y mui malo aquel hombre.

Despues de este suceso se situaron los realistas en Guanare, sucediendo á Yáñez en el mando un español de humilde educacion y nacimiento, que despues adquirió alguna celebridad en las guerras de Venezuela y de la Nueva Granada. Era este el teniente coronel Don Sebastian de la Calzada, simple soldado del batallon de la Reina el año de 1810, preso y encausado por aquel mismo tiempo con

motivo de un hurto, y libertado de galeras por el movimiento del 19 de abril y los desórdenes que se le siguieron. Qué moralidad y qué principios tuviese hombre semejante, ya se dejará entender: fué en efecto uno de los que mas saquearon la tierra; y su dureza, si bien ménos feroz que la de Yáñez y Moráles, no produjo efectos ménos espantosos.

Urdaneta se ocupaba á toda prisa en reunir una fuerza respetable para tomar la ofensiva y recuperar la provincia de Barínas, cuando una órden del Libertador llegó á quitarle los medios de emprenderlo. Pedíale que le enviase á vuelo un cuerpo de sus mejores tropas, porque un suceso desgraciado acababa de poner en peligro la provincia de Carácas y aun la existencia de la república.

Y era la verdad. Bóves habia reunido en Calabozo una fuerza de 7000 hombres, y á fines de enero emprendió con ellos su marcha hácia la villa de Cura, en tanto que para hacer diversion á los patriotas tramontaba el español Francisco Rosete la cordillera, por la senda de los Pilones, y caia sobre los ricos valles del Tuy. Ahora que se nos viene á las manos este mal hombre de Rosete, se nos ocurre pensar que es una cosa por estremo singular y mui desagradable tener que pintar un monstruo en cada uno de estos caudillos realistas. Este que aquí aparece oscureció con sus crueldades inauditas la celebridad de Zuazola. En el año de 1812 le encontró Antoñánzas con una miserable pulpería en el pueblo de Taguay, sosteniéndose mas que de su industria de la beneficencia de los vecinos. Su cualidad de español hizo que el primer asesino de Calabozo y de San Juan de los Morros le confiase el mando del pueblo de Camatagua; y desde entónces nuestro pulpero, deponiendo el esterior torpe y perezoso con que encubria su fingida humildad, no pensó ya sino en distinguirse por su zelo en la persecucion de los patriotas. Cuando el Libertador ocupó á Venezuela, se retiró al interior de las llanuras y se hizo jefe de una partida de bandidos: despues no cesó de hostilizar á Orituco, Cumatagua, Taguay y los otros pueblos que están al sur de la cordillera; ahora la pasaba por la primera vez para amenazar la capital, proteger la invasion de Bóves y precederle en sus horribles venganzas. ¿Cómo era posible que semejantes hombres llevasen á cabo ninguna obra de paz y reconciliacion? ¿Qué puntos de contacto habia entre ellos y los jefes patriotas, por mas crueles que se quiera suponer á estos? ¿Qué plan, en fin, militar ó político podia salir de tales cabezas en bien

de España y su colonia? El uno era un antiguo pirata, el otro un doméstico servil é ignorante: cuál de ratero habia pasado á jefe militar y este era un figonero soez. Y en tales hombres por desgracia estaba la energía, la actividad, la mejor parte del mando: el honrado Cevállos, el bueno, pio y clemente Correa se mantenian en el estado subalterno de que jamas salieron, y como siempre, la virtud fué modesta, el crímen atrevido.

Volvamos ahora á Bóves. Continuando este su marcha por el camino real de Calabozo á la villa de Cura, se halló el 3 de febrero con Campo Elías que habia tomado posiciones con 5000 hombres en el sitio de la Puerta. Por espacio de una hora se mantuvo con igualdad la pelea; pero la superioridad numérica de Bóves era mui grande para que dejase de asegurarle la victoria, y sus huestes que la fama exageraba, inspiraron en aquella ocasion á los patriotas un pánico terror. En lo mas vivo del combate el 5.º de la Union se puso en fuga, y no fueron parte en contenerlo los esfuerzos de Campo Elías, ni los de su propio comandante Francisco Yépes: este con unos pocos valientes hizo rostro al enemigo y pereció allí gloriosamente: con esto el ala derecha de los patriotas quedaba cortada. La izquierda lo fué luego al punto, pues un cuerpo de tropas enviado á tomar varias alturas que la cubrian se marchó para la Victoria sin disparar un tiro: entónces el resto de la infantería se dispersó por varias partes, y los soldados que no perecieron en el campo ganaron los montes para salir al mismo punto. La caballería que era poca y mala, huyó toda: Campo Elías con uno que otro oficial y mui pocos peones y ginetes fieles y prácticos del terreno, salió á la villa de Cura; y habiéndola encontrado desierta, siguió con las reliquias de su tropa hasta la Cabrera.

Recibió Bolívar la mala nueva de este desastre estando en la línea sitiadora de Puerto-Cabello. Inmediatamente dispuso que el teniente coronel de ingenieros Manuel Aldao fortificase la angostura de la Cabrera y en ella á todo trance se hiciese firme Campo Elías: que el teniente coronel Mariano Montilla, abriéndose paso por entre las partidas enemigas con una escolta de ginetes bien montados, llevase instrucciones al general Ríbas, que habia salido ya de Carácas y ocupado la Victoria con 1000 hombres: y que en el sitio solo quedasen las fuerzas puramente necesarias á cargo siempre del intrépido D'Eluyar. Él mismo marchó luego á Valencia con la gente de que pudo disponer, pidió auxilios á Urdaneta y se preparó á

socorrer segun el caso lo pidiese á uno ú otro de sus tenientes. El enemigo entre tanto habia caido ya á los valles de Aragua y cortado de tal modo las comunicaciones entre los puestos patriotas, que de una compañía enviada por Ríbas desde la Victoria para llevar á Bolívar la contestacion al mensaje de Montilla y derrotada en el tránsito, solo once hombres pudieron regresar á la plaza.

El 12 de febrero á las ocho de la mañana atacó Bóves impetuosamente á la Victoria por los caminos de la villa de Cura y San Mateo: sorprendió y mató las avanzadas que tenian los republicanos en el Pantanero, y apoderándose de toda la poblacion, los redujo al estrecho recinto de la plaza. Ríbas tenia cinco piezas pequeñas de campaña, escelentes oficiales y una tropa llena de espíritu y buena voluntad: parte de ella era el batallon de la Guaira, organizado, disciplinado y mandado por el teniente coronel Ramon Ayala. Demas de eso la constante fortuna que le habia acompañado siempre en todas sus empresas militares, inspiraba á los soldados la mas ciega confianza; y así lo demostraron sosteniendo bizarramente un vivo fuego en todas las bocacalles de la plaza, á pesar de las repetidas cargas del enemigo. Ocho horas hacia que duraba el combate y la posicion de los patriotas, no obstante su firmeza, empezaba á ser comprometida, porque habiendo atronerado los realistas las casas del recinto, empezaron á tirar de cerca sobre ellos, y en particular sobre los jefes: Ríbas habia tenido ya tres caballos muertos, y á su rededor caian á cada instante muertos ó heridos sus mejores oficiales. Eran las cuatro y media de la tarde, la mitad de la gente republicana estaba fuera de combate y el enemigo renovaba este incesantemente con tropas de refresco, cuando de repente se levantó una densa nube de polvo en el camino de San Mateo. Harto avisado Ríbas para no conocer quién era el que llegaba en su socorro, y tambien que su fuerza debia ser poco numerosa, dispuso que 100 ginetes y 50 cazadores al mando de Mariano Montilla salieran á recibirle para facilitar su entrada. Este jefe se abrió paso valerosamente por entre las tropas enemigas y llegó á tiempo de dar oportuna ayuda á los ausiliares, cercados ya por todas partes. Sin aquella sabia disposicion de Ríbas y la habilidad con que fué ejecutada, acaso hubieran, peleando á la continua, perecido, pues no eran mas de 220; si bien su jefe Campo Elías, haciendo rostro á los realistas con su habitual coraje, les daba mucho en que entender. La salida de Montilla, su ataque repentino y el nombre del

vencedor en Mosquitero proclamado como un grito de guerra por las filas, sobrecogió á sus contrarios de un profundo terror. Atento á todo Ríbas, se aprovecha de aquel momento favorable, sale de la plaza, arrolla cuanto encuentra, y haciendo en los peones enemigos fiero estrago, dispersa su caballería, la ahuyenta de todos los lugares circunvecinos á que quiso acogerse y queda dueño del campo de batalla. La noche puso término á la persecucion, pero habiéndose presentado de nuevo el enemigo al dia siguiente por el camino y las alturas del sur de la villa, la completó el general republicano, obligándolos á huir desatentados en todas direcciones. Unos treparon por los cerros del Pantanero, tramontándolos hácia el Pao; otros, cortados desde el dia anterior en el Calvario y la Calera, se entraron por el abra del rio Aragua, y por allí anduvieron errantes muchos dias; el grueso de su caballería se dirigió á la villa de Cura por el camino real, no sin ser gran trecho y vivamente perseguida.

Este reñido combate costó á los realistas una pérdida considerable, doble de la de los patriotas: la de estos consistió en 100 hombres muertos y mas de 400 heridos. Entre otros distinguidos oficiales perdió la república al valeroso Rívas Dávila, que recibió un balazo en la plaza de la Victoria. Era natural de Mérida. Jóven y lleno de ardor, abrazó la causa americana desde el 19 de abril, y á su zelo se debió el que aquella ciudad, siguiendo el ejemplo de Carácas, depusiese las autoridades españolas. Nunca tuvo en la milicia otro grado que el de coronel con que fué recibido desde su entrada en ella. Mandando el escuadron de Dragones de Carácas adquirió este su renombre de invencible: con él concurrió á casi todas las funciones importantes de aquel tiempo: en Bárbula disputó á Jiraldot la palma de la bravura; en Barquisimeto arrolló la caballería enemiga y salvó las reliquias de los republicanos: en Araure la victoria se debió en gran parte á su elevado esfuerzo. Alma nobilísima del número mui corto por cierto de aquellas en quienes el patriotismo es un culto de amor puro y de generosos sacrificios. Ántes de espirar supo que Ríbas habia quedado vencedor: « Muero contento, dijo, viva la república », y espiró por ella, pensando en ella.

Bien que el heroismo era tan comun en aquel tiempo confuso, tempestuoso y brillante, que en las últimas clases así como en las primeras se veia; cosa que esplica lo rápido y estraordinario de algunas fortunas militares. En el detalle de esta accion al lado de

Montilla, del teniente coronel Cárlos Soublette, de Ayala, del coronel Campo Elías y de otros varios jefes, colocó Ríbas el nombre de dos soldados rasos, cuyo valor recomendaba. Otro de los suyos habia matado peleando á dos realistas y recogido sus fusiles. Cubierto de heridas y sintiéndose morir, reunió el suyo á los que habia ganado, se echó sobre ellos y los cubrió con su cuerpo; mas como entónces acertase á pasar por allí un compañero, le llamó y dijo : « Estas armas que he adquirido al precio de mi sangre, llevarás al general, como mi herencia. »

El mismo dia en que la accion de la Victoria salvaba á Carácas de las venganzas de Bóves y Moráles, empezaron en ella las sangrientas ejecuciones que llevaron al sepulcro mas de 800 españoles y canarios. Este hecho terrible se pintó entónces por los enemigos de Bolívar como una atrozidad inútil, hija solo de la venganza : hoi mismo algunos de sus compatriotas lo ven ó afectan verlo como una mancha que afea su carácter y deslustra sus acciones. Los que hasta ahora han escrito con mas ó ménos estension la historia patria, ó no lo han mencionado, ó han pasado por él como sobre ascuas, ora porque lo reprobasen, ora porque aprobándolo no quisiesen decirlo, ora por no haber estudiado el punto con la profundidad que él exigia. La matanza de 800 presos es una cosa tan espantosa, que en los tiempos ordinarios no hai cabeza que la conciba por útil, ni espíritu que se atreva á defenderla como necesaria. Mas de los hechos no se puede juzgar de una manera absoluta sino con exámen de la época y circunstancias en que se ejecutaron : los hai tales que se reprueban cuando se consideran á la luz de los principios; pero que son justificables cuando vistos á la luz de los principios y los tiempos. Desgraciado el pais en donde sean necesarios ; desgraciado mil vezes el hombre que los haya ejecutado; pero si este cumplió un deber público inevitable, si se olvidó de sí mismo para no pensar sino en la patria, si le hizo un bien, no se cometa la injusticia de llamar solamente cruel lo que tambien fué necesario, inútil lo que fué provechoso; ni se quiera tampoco, por rechazar toda consideracion, imponer responsabilidad al que hizo de sus sentimientos y sus principios un sacrificio generoso.

Hasta entónces el decreto de guerra á muerte habia sido para la mayor parte de aquellos desgraciados una simple amenaza, fuera del campo de batalla ; pues aunque Bolívar y otros jefes pasaron algunos por las armas en diferentes partes, fué siempre á aquellos

que se habian distinguido por su espíritu turbulento y sanguinario, y solo por tomar en ellos una represalia personal. Miéntras la clemencia no se opuso á la salud de la república, la clemencia se ejerció por el Libertador y sus compañeros, violando el tremendo decreto de Trujillo. Mas las cosas habian variado mucho por desgracia; y á punto tal, que rodeados por do quiera los patriotas de enemigos, se vieron luego en aquel trance amargo y solemne de la vida en que un destino inexorable hace indispensable la muerte de nuestros contrarios para asegurar nuestra propia salvacion. Que ese momento habia llegado es indudable : Yáñez invade por Barínas el occidente, los cuerpos francos de Coro respiran y se rehacen ; queda sin fuerzas Urdaneta; disminúyese la línea sitiadora de Puerto-Cabello ; Bóves se dirige á Carácas por la Victoria, Rosete por Ocumare; y esos mismos hombres, traidores siempre y siempre perdonados, maquinan al mismo tiempo en las prisiones de la Guaira la ruina de sus clementes enemigos, de acuerdo con aquellos ferozes partidarios. Y luego ¿quiénes eran ellos? Los mismos que habiendo en 1810 quedado en sus empleos y obtenido otros nuevos, conspiraron contra la república en 1811 : los mismos que en el siguiente rodearon á Monteverde, le condujeron al perjurio y ejercieron sobre los patriotas las mas irritantes tropelías : los mismos que Bolívar, olvidando los recientes ultrajes, quiso salvar de las represalias en 1815 por un movimiento de sublime venganza : los mismos que el insensato Monteverde puso á discrecion en sus manos, negándose á ratificar el tratado que los redimia : los mismos que á tanta clemencia correspondian formando malas trazas con los refugiados en las colonias, y lo que es mas, con aquellos crueles bandidos, vergüenza del nombre español y oprobio de la humanidad. En el estado en que se hallaba Bolívar, la muerte de estos hombres era un golpe atrevido que le lanzaba sin remedio y sin retirada en una guerra de esterminio ; pero él sabia que el que siembra cobardías recoge tempestades, que el que se abate es oprimido, que el que recula hace, sin evitarle, mas fuerte á su enemigo. Bonaparte tomó en Jaffa algunos miles de prisioneros, y no pudiendo enviarlos á Egipto por falta de escolta, ni devolverlos á sus contrarios sin aumentar el número de estos, los mandó pasar al filo de la espada. Aquel grande hombre se decidió por la necesidad á un acto terrible que, segun Thiers, fué el único cruel de su vida. Colocado Bolívar en peores circunstancias y no tratando de conser-

var una conquista injusta, sino de salvar á su patria de una ruina inminente, ha debido hacer por patriotismo lo que aquel insigne capitan ejecutó con miras de ambicion. ¿Podia conseguir el mismo resultado sin darles muerte? es decir ¿podia mantenerlos en las prisiones? Era tal la situacion de Carácas y la Guaira, que todas las generaciones útiles del pueblo estaban en los ejércitos, y para hacer el servicio de las poblaciones llamó á las armas un bando del gobernador militar á todos los niños desde la edad de 12 años y á los adultos hasta la de sesenta, imponiendo pena de la vida al que no se presentara.

Por ausencia del general Ríbas era gobernador militar interino de Carácas el coronel Juan Bautista Arizmendi, y á él fué á quien se dió órden de llevar á cabo la tremenda ejecucion. Con harta exactitud se cumplió, con harta crueldad tambien segun dicen; pero es preciso convenir en que paciencias de santos no hubieran podido tolerar las demasías de los jefes realistas, y que á cada paso nuevos atentados aumentaban hasta un punto indecible el encono y la ira.

Hemos dicho que Rosete habia invadido los valles del Tuy. Con efecto aquel monstruo ocupó á Ocumare el 11 de febrero, y aunque no habia encontrado sino mui débil resistencia, trató á aquel pueblo desgraciado del mismo modo que si le hubiera costado un crudo asalto. Muchas personas (mujeres y niños principalmente, porque los hombres huian á los montes) se acogieron al templo, asilo ordinario en aquellos tiempos calamitosos, en que los pueblos cambiaban á menudo de señor por las vicisitudes de la guerra. De hecho hasta entónces habia sido respetada la casa del Señor: á ella llevaba cada cual cuanto tenia de mas precioso; y ya se viera á Bóves, Yáñez y Antoñánzas detenerse á sus puertas ante un sacerdote venerable rodeado de débiles criaturas. Rosete el primero violó el recinto sagrado, pues sus tropas, despues de haber robado y saqueado el pueblo, derribaron á hachazos las puertas de la iglesia y regaron con la sangre de algunos ancianos el coro, la nave principal y el ara misma de los altares; luego sacándolos en las puntas de las lanzas, esparcieron por las calles y caminos sus cuerpos mutilados. La fama de estos horrores se propagó tan rápidamente, que cuando llegó Rosete al pueblo de Charallave lo encontró desierto: Carácas se consternó sobre manera, y en los primeros momentos de sobresalto los vecinos y las autoridades hicieron

cortaduras, fosos y parapetos en todas las calles que rodean la plaza mayor, con el intento de defender la ciudad á todo trance.

Desembarazado Ríbas del mayor peligro, y viendo que Bolívar (en marcha ya hácia los valles de Aragua con las tropas que habia reunido en Valencia) bastaba para tener á raya las que Bóves organizaba de nuevo en la villa de Cura, tomó la via de los valles del Tuy para atajar los progresos de Rosete. Encontróle el 20 de febrero en Charallave, y aunque guarecido de fuertes posiciones, le espelió fácilmente de ellas y del pueblo despues de una hora de fuego, poniéndole en completa derrota. Inmediatamente siguió Ríbas á Ocumare, donde sabia que Rosete habia dejado una pequeña guarnicion; pero esta huyó y los patriotas no encontraron allí sino ruinas y el silencio del sepulcro: obra de trescientos cadáveres, la mayor parte de niños y mujeres, yacian insepultos por el pueblo y sus inmediaciones. Un dolor profundo se apoderó de los republicanos al contemplar aquel cuadro de inútil y bárbara crueldad. « Los horrores que he presenciado en este pueblo, escribia Ríbas « al gobierno, me hacen á un tiempo estremecer y jurar un odio « implacable á los españoles... Ofrezco no perdonar medio alguno « de esterminarlos. » Así crecian los odios y la sangre con ellos.

Ni podia ser de otra manera, por cuanto la imprudencia de los realistas aumentaba cada dia á punto de hacer creible la ruina completa del pais. Con trabajo dábamos asenso nosotros al principio á lo que muchos documentos de aquel tiempo y la relacion de contemporáneos respetables nos decian de las crueldades ejercidas por aquellos hombres; á exageracion lo teníamos, si va á decir verdad, porque mas nos parecian arrebatos de cabezas enfermas que cólera de gente racional. Mas al fin ha sido preciso creer en fuerza de pruebas evidentes, examinadas con el ciudado y atencion de personas que, no habiendo tenido parte en los sucesos pasados, los ven sin ira, mas dispuestos á dulcificarlos que á aumentar su acíbar.

Ahora volviendo á Ríbas, diremos que se apoderó entre otras cosas del equipaje de Rosete, en el cual se halló su correspondencia con los otros jefes realistas. Por ella se adquirió el pleno conocimiento de sus planes y del concierto que con aquel movimiento, el de Bóves y de Yáñez, tenia la revolucion ya descubierta y castigada de los prisioneros de la Guaira y de Carácas. Igualmente se encontró un hierro figurando una P con que Rosete se proponia marcar

en la frente á los patriotas y sus hijos; otro que se habia quitado á Yáñez en la accion de Araure, y que llevaba con la misma intencion, figuraba una R.

Ríbas dejó en Ocumare una pequeña guarnicion y envió el resto de su tropa á San Mateo, en donde habia puesto Bolívar desde el 20 su cuartel general. En Valencia habia quedado por jefe de las armas el coronel Juan Escalona: D'Eluyar continuaba dirigiendo el sitio de Puerto-Cabello. Muchas guerrillas enemigas infestaban los contornos de la Laguna, y aunque algunas habian sido escarmentadas por Escalona y por el capitan Mateo Salcedo, seguian con todo interrumpiendo el tránsito por los caminos y manteniendo á los pueblos en continuos sobresaltos. Apénas bastaba para hacer frente á tantas atenciones la estraordinaria actividad de Bolívar, siendo así que carecia de hombres, elemento el mas esencial de la defensa. El plan que debió proponerse seguir y que en efecto siguió en aquellas circunstancias fué el de destruir á Bóves, no yendo á buscarle á las llanuras, donde aquel esforzado caudillo tenia sobre él una ventaja conocida, sino atrayéndole á la cordillera, donde el terreno hiciese ménos útil el ausilio de su caballería: dispersada esta ó batida, Carácas se salvaba y los otros jefes realistas plegarian, ó por lo ménos le darian tiempo para reunir y organizar nuevos batallones. Pero tal era el estado del pais, que con haber sido infinitos los esfuerzos que hizo para oponer á su contrario un cuerpo de tropas numeroso, no pudo reunir en San Mateo mas de 1.200 infantes y 600 ginetes; y eso despues de habérsele incorporado Villapol con el socorro enviado de occidente. Cuatro piezas de grueso calibre y algunas obras de campaña hechas á la lijera completaban los preparativos con que se dispuso á detener el ímpulso de la pujante caballería de Bóves, fiado para vencerla en la indisciplina de esta, en el valor de sus propias tropas y en la escelencia de los jefes que le acompañaban. Allí estaban en efecto el modesto y sereno Lino Clemente; Martin Továr, probado ya en las lides militares y tan completo en el valor como en la honradez; los dos Montillas, jóvenes fogósos é inteligentes; el intrépido y cruel Campo Elías; Villapol, tipo perfecto del carácter español en toda su belleza; Florencio Palácios, mas arrojado que prudente, Hermójenes Mara y Ricaurte, individuos de ese hermoso grupo de granadinos en que se vió á un Jiraldot, en que estaba un D'Eluyar; y

otros muchos, en fin, entónces unidos, obedientes, orgullosos de servir bajo el mando de Bolívar.

Bóves entre tanto, no habiendo sido inquietado en la villa de Cura, pudo reparar las pérdidas sufridas en el ataque de la Victoria y ponerse nuevamente en campaña. Los descalabros padecidos, léjos de hacer mella en su indomable valor, lo irritaban; y esta vez se proponia caer sobre sus enemigos y del todo aniquilarlos: tan grande y lisonjera era su esperanza de conseguirlo, que rebosaba de contento al pensar que iba á medir sus fuerzas por la primera vez con Bolívar en persona, y que con él acabaria la independencia. Tales eran sus pensamientos al marchar sobre San Mateo.

Hállase situado este pueblo entre la Victoria y la ribera del lago de Valencia, en una parte del espacio llano que dejan entre sí las cordilleras: casi al ocaso le demora el pueblo de Turmero y al sudoeste el de Cagua, edificado á la orilla izquierda del Aragua. Al norte y sur de San Mateo corren dos filas de montes que lo dominan en varias direcciones: en el primer rumbo hai dos pequeñas alturas, la llamada del Calvario y otra en cuya cima habia una casa propia de Bolívar; pues debe saberse que al pié del monte y contiguo al pueblo hácia el oriente se hallaba el Ingenio, la mejor hacienda patrimonial del jefe republicano. Por el segundo y frente á frente de las alturas nombradas habia otras dos que dicen comunmente cerros de la Punta del Monte. El Libertador hizo levantar y mandaba en persona una trinchera para interceptar el camino real de la Victoria, que atraviesa el pueblo de San Mateo y corre al pié de la casa alta del Ingenio y del Calvario; y varias partidas de infantería avanzadas defendian el pasaje del rio Aragua y las calles mas próximas á la trinchera.

Bóves ocupó á Cagua el 25 de febrero con una fuerza de 7,000 hombres, en su mayor parte de caballería: allí permaneció el 26 y al siguiente dia intentó desalojar las avanzadas puestas en el rio; pero como le opusiese grande resistencia el mayor general Moriano Montilla y la noche se acercase, ordenó la retirada y tomó posiciones en las alturas de la Punta del Monte. Al rayar el alba del 28 empezaron á bajar las espesas é indisciplinadas huestes realistas y luego atacaron á los patriotas con grande ímpetu y espantosa vocería. Fiero estrago y heroica resistencia halló el enemigo en las calles próximas á la trinchera, y en esta un fuego horrible dirigido

por el Libertador y el impávido Lino Clemente. Era ya mediodía, y el incansable Bóves, dando pruebas de su valor admirable, llevaba él mismo nuevos soldados al ataque, cuando Bolívar dispuso que Villapol reforzase el Calvario é hiciese por aquel lado (el derecho de su línea) diversion al enemigo. La disposicion fué útil, pues hácia las dos de la tarde, cansados los realistas de hacer esfuerzos inútiles por el centro, marcharon contra Villapol, apoderándose primero de unas casas á cuyo abrigo podian sin pérdida ofenderle. Gran quebranto en efecto le causaron, hasta que pudo parapetarse y colocar en batería un volante de á 4 que le envió el Libertador; mas con esto no logró sino respirar algun tanto, porque Bóves, dueño siempre de las casas, y reforzado á cada instante, hacia llover sobre él recio diluvio de balas: una de estas le derribó muerto al suelo; otra pero ántes habia herido mortalmente á Campo Elías. Ya no quedaba un oficial que mandase la pequeña fuerza del Calvario; pero al saber la desgracia de Villapol su hijo Pedro, que se habia separado del campo herido, volvió á la pelea y restableció por un momento la confianza. De hecho el intrépido mancebo logró que los enemigos abandonaran las casas; mas á poco la agitacion hizo brotar su sangre y cayó desmayado. Felizmente para los patriotas, Bóves fué herido en aquel momento, y como se acercase la noche, suspendió el ataque y marchó á acamparse en las alturas. La izquierda de los patriotas, situada en la casa de Bolívar al mando del coronel Manuel Gogorza, habia atacado con buen éxito la derecha de los realistas, que Morales dirigia; de modo que despues de diez horas y media de encarnizado conflicto, el Libertador quedó victorioso sobre el campo de batalla.

La pérdida de los republicanos en aquel dia fué de doscientos ochenta hombres muertos y heridos: entre los primeros estaban Villapol y dos oficiales: entre los segundos Campo Elías (que murió de sus heridas diez y seis dias despues) y treinta oficiales. La de los enemigos fué considerablemente mayor; pues á pesar de haber retirado del campo muchos muertos y heridos, las calles del pueblo y los caminos quedaron empapados en sangre y cubiertos de cadáveres.

El 4.° de marzo estendió el Libertador la línea de defensa por la izquierda hasta su hacienda, situando un cuerpo de infantería con el parque en la casa alta del Ingenio: en las plantaciones mismas se tendió la caballería, para que cómodamente pasase de su cham-

dante cañaveral dulce. Los combatientes conservaron sus respectivas posiciones en los dias siguientes: el ejército de Bóves carecia de municiones y no estaba animado con la presencia de su importérrito jefe, el cual se hacia curar en la villa de Cura; los patriotas inquietando á sus contrarios constantemente, carecian sin embargo de fuerzas suficientes para ocupar todas las alturas.

El jefe republicano comprendia perfectamente que aquellos grupos de llaneros indisciplinados persistian en su empresa por adhesion y respeto á su caudillo, mas que movidos de propia constancia y oposicion; por lo que llegó á formar el proyecto atrevido de apoderarse de Bóves en la villa de Cura, donde, segun le habian dicho, estaba acompañado de mui pocos. Para ello puso los ojos en un oficial llamado Manuel Cedeño, valeroso en sumo grado y obediente; al cual confió veinte hombres escogidos y el encargo, arduo por cierto, de sorprender al antiguo pirata entre los suyos. La guerra acaso se hubiera terminado, si á la audazia del pensamiento correspondiera la de accion; pero desgraciadamente los compañeros de Cedeño despues de haber caminado gran trecho y tramontado los cerros del Pao, se negaron á acompañarle mas adelante, diciendo (y así era la verdad) que sus caballos estaban despeados y Bóves con gran golpe de gente prevenido.

Tras la mortificacion de ver frustado su proyecto, tuvo Bolívar el 9 de marzo la mala nueva de haber vuelto Rosete á ocupar el dia 6 á Ocumare; y esto á tiempo que curado Bóves de su herida se disponia á regresar para atacarle con mas vigor que nunca. Con esto su posicion llegó á ser apurada por estremo, pues á tiempo que se veia sitiado por un enemigo infatigable y superior en fuerzas, otro apellidando guerra de pillaje, sangre y fuego, amenazaba con 3000 bandidos la indefensa capital. En semejante apuro olvidó generosamente Bolívar su peligro propio, por no ver sino el de Carácas, y escogiendo entre sus tropas los mejores soldados, apartó 500, los puso al mando de Mariano Montilla y á las 2 de la tarde del dia 10 los hizo marchar á vista del enemigo, con banderas desplegadas y tambor batiente. El objeto de esta bulla era para que el enemigo, creyéndose atacado por la derecha, reforzase con sus mejores cuerpos aquel lado y se mantuviese alerta y quieto miéntras Montilla caminaba tranquilamente á su destino. Así sucedió; con lo que burlados y al mismo tiempo ciertos de que Bolívar se hallaba con poca fuerza, resolvieron los realistas atacarle el dia 11,

Mal sin embargo les salió el intento en aquella ocasion y otras posteriores, pues fueron duramente rechazados. El 16 por la noche dispuso el Libertador una salida contra algunos cuerpos de caballería situados sobre el rio y el camino que conduce á Valencia, y en la mañana del 17, destrozados por Maza y perseguidos por Tomas Montilla, huyeron en confusion y desórden hasta Cagua, con pérdida mucha de heridos y de muertos.

Este descalabro escarmentó al enemigo en términos que ya no se movió á cosa ninguna de importancia en los tres dias siguientes. El 20 sin embargo se notó en su campo gran ruido de vozes, armas y caballos, en términos que los patriotas, coligiendo de ello el ataque general y simultáneo de su línea, se prepararon con su acostumbrado valor á rechazarlo; pero pocos instantes despues al rumor sordo y confuso sucedieron algazara y vítores sin fin en que el nombre de Bóves saludado por su hueste dió á conocer el motivo de aquella insólita alegría. Restablecido ya de sus males el incansable caudillo, volvia en efecto á tentar nuevos ataques contra su tenaz é impávido contrario; y desde aquel mismo dia, incapaz de contener la impaciencia que le atormentaba, renovó sus cargas formidables. La falta de municiones impidió, empero, que fuesen de grave consecuencia, pues nada podia su valor y el de su gente contra los parapetos en que Bolívar oponia á sus lanzas un fuego horrible de cañon y de fusil. Conociéndolo, dispuso que en la madrugada del 25 una fuerte columna tomase por la espalda los cerros en que los patriotas apoyaban su ala izquierda, y que tramontados trascendiese á la casa alta del Ingenio y de sobresalto se hiciese dueño del parque; él en persona, como rayase el alba, bajaria con el resto de su fuerza sobre San Mateo y atacaria todos los puntos, á fin de ocultar á Bolívar el importante movimiento. Por esta vez logró Bóves burlar la vigilancia de su enemigo, ejecutando su operacion con tanta pericia como audazia. De dia era apénas cuando, dada la señal del combate, [illegible] á la llanada é hizo acometer por todos lados, emp[illegible] parte de las municiones de reserva. Un vivo fuego de cañon y de fusil se trabó entónces por todo el largo de la línea: Bóves en persona discurriendo á caballo por los puntos de mayor peligro, animaba á los suyos, los llevaba hasta el pié de los formidables parapetos y allí los ayudaba á escalarlos, ó dirigia su puntería, ó les indicaba el modo de utilizarse del terreno. Jamas se le habia visto tan diestro, tan valeroso, tan

activo: y demostraba su tenaz empeño que aquel dia lo contaba como de muerte ó de victoria. A tales esfuerzos opusieron el Libertador y sus tropas la imperturbable serenidad que ha distinguido siempre al infante venezolano, y contra la cual se estrellaba el movimiento enérgico pero tumultuoso de los llaneros afanados. Ya cedian estos cuando la columna envista contra la casa del cerro se dejó ver en las alturas y cambió esencialmente el estado de las cosas, inspirando en los unos tanto brio cuanto en los otros desaliento. De hecho el Libertador iba á ver perdido su parque, inutilizado al enemigo y atacada por la espalda su ala izquierda: un instante de incertidumbre turbó entónces el ánimo de todos, y por un movimiento involuntario y simultáneo amigos y enemigos se volvieron á mirar el éxito de aquella terrible acometida. En la casa mandaba Antonio Ricaurte una pequeña fuerza incapaz de oponer mas larga resistencia; y á poco, en efecto, reparando que los soldados republicanos bajaban el recuesto en retirada, alzaron los realistas un grito de alegría en señal de triunfo decisivo. De repente una terrible explosion se dejó oir por todo el campo, y densa nube de humo cubrió los combatientes: disipada en breve, vió Bóves que su espesa columna habia quedado reducida á pocos soldados, y á estos desalentados huyendo por la misma direccion que ántes llevaran. Los patriotas supieron al punto que Ricaurte, sacrificando su noble vida por la patria, habia despedido á sus soldados y dado fuego por su mano á los pertrechos, cuando vió la casa llena de enemigos. Util fué cuanto glorioso este magno hecho de heroismo, pues aterrado Bóves con el estrago de sus tropas por aquella parte y el que habian tenido las que en persona conducia, hizo tocar la retirada y se recogió de nuevo á las alturas. Ninguno de los ataques intentados contra Bolívar en San Mateo fué mas vivo que aquel, ni tan costoso para los realistas: muertos y heridos dejaron estos en el campo 300 hombres, á tiempo que los patriotas solo tuvieron fuera de combate 95, y 15 oficiales entre ellos.

Poco ántes de este gran suceso, aunque tanto feliz para los patriotas, si bien comprado con mucha sangre, habia tenido lugar en los valles de Ocumare. Acabamos de ver que Bolívar desmembró su corta fuerza por defender la capital, en la que Ríbas, enfermo á la sazon, no contaba con fuerzas suficientes. La fama que todo lo exagera, daba á Rosete fuerzas mas numerosas de las que tenia en realidad, y sus horribles crueldades repetidas de boca en boca

llenaban de pavor los mas firmes corazones: ya creían en Carácas verle llegar de un momento á otro al frente de los esclavos sublevados, llevándolo todo á sangre y fuego. Nadie pensaba que en su apurada situacion pudiese Bolívar pensar en socorrerla, y creyéndose entregados á sí mismos, juzgaron que era mas prudente ir á buscar al enemigo que aguardarle en el recinto indefenso del poblado. Siguiendo este plan, reunió Arizmendi 800 hombres y con ellos salió en demanda de Rosete. Eran casi todos estudiantes y mancebos imberbes que nunca habian manejado las armas; pero que llenos de ardor y patriotismo se creyeron capazes de arrostrar todos los peligros. Dóciles al impulso que les dió su jefe, se lanzaron imprudentemente en las fértiles vegas del Tuy, y el 16 estaban á las puertas de Ocumare. Mas como no baste el valor sin la disciplina para compensar la desigualdad numérica, tres mil lanzas manejadas por brazos vigorosos los desbarataron facilmente, regando casi todos con su sangre el campo que no pudieron defender. Arizmendi acompañado de uno que otro oficial llegó á la capital con la triste nueva de aquel terrible caso; y todo fué entónces confusion y angustia entre sus habitantes.

Afortunadamente Montilla acababa de llegar á ella, y Ribas, á pesar de sus males, habló de ponerse á la cabeza de las tropas. Tal era la confianza que el valor de este hombre, su fortuna y pericia militar inspiraban, que inmediatamente formó una division de 900 hombres llenos de zelo y esperanza, entre los cuales habia tambien muchos escolares. No pudiendo montar á caballo, se hizo llevar en una cama portátil. En esta disposicion salió de Carácas el 17 y el 20 dió vista á Rosete que permanecia aun en Ocumare. Por una torpeza mui natural en la profunda ignorancia del jefe realista, en vez de salir á lo llano, le esperó parapetado con los edificios, y Ribas que solo temia su numerosa caballería, viéndola inutilizada, cargó sobre los realistas, prendió fuego á algunas casas, los arrojó á viva fuerza de otras, y al cabo de dos horas de fuego los puso en completa derrota. Una carga de caballería intentaron por el costado izquierdo de los republicanos, pero arrollados por el teniente coronel José María Jiménez y por Montilla, huyeron en todas direcciones dejando mucha gente de la suya herida y muerta, y armas, ganado y caballos juntamente. Rosete escapó despavorido, llevando consigo algunos pequeños grupos de ginetes bien montados. Ribas que queria destruirle, corrió contra él por el camino de los Pilones

á Montilla y al coronel Leandro Palácios, y despues de dar arreglo y ausilios á las infelizes poblaciones del Tuy, volvió á Carácas que le recibió entre aclamaciones, apellidándole invencible.

Haciendo esta persecucion y hallándose en la cima de la montaña, avistaron los patriotas el 22 á las cinco de la tarde un cuerpo de tropas á lo léjos; y eran las comunicaciones que entónces existian tan escasas, que dudando si serian amigos ó enemigos, fué necesario avanzar con precaucion para reconocerlas. Figúrese el lector, si puede, el júbilo que habria cuando ya mas cerca unos de otros divisaron sus respectivos pabellones y cuando por la noche se abrazaron orientales y occidentales. Aquella gente pertenecia en efecto al ejército de Mariño, el cual no mui distante de aquel sitio é informado de la derrota de Rosete en Ocumare, la habia mandado en su persecucion al cargo de Bermúdez. Despues de aquel encuentro tomaron juntos los dos cuerpos la vuelta de Camatagua, y al siguiente dia se reunieron allí con el grueso de las fuerzas ausiliares.

Instado por el Libertador y en fuerza de los tratados ajustados con él, se habia movido por fin Mariño de Cumaná, con ánimo de llevar al occidente aquel socorro tan pedido y cada vez mas necesario. Conducia 3500 hombres, la mayor parte de caballería, en cuatro columnas que mandaban los coroneles Valdes, Bermúdez, Arrioja y el teniente coronel Manuel Izaba; media brigada de artillería y cuatro piezas de campaña iban dirigidas por un oficial español, de nombre Antonio Tanago, adicto á los republicanos. Desde Aragua de Barcelona hubo necesidad de dar á estos cuerpos diferentes direcciones para despejar de enemigos la estensa frontera de la provincia de Carácas, en donde varias partidas de guerrilleros desalmados cometian escesos inauditos: así Bermúdez marchó por el Chaguaramal de Mayora y valle de la Pascua; Arrioja tuvo órden de hacer un largo rodeo por Cabruta, situada á la ribera izquierda del Orinoco, Valdes se encaminó á Tucupido, cuyo párroco habia sublevado á los indios en favor del rei, é Izaba siguió con la reserva la direccion de Bermúdez; el hato de Belen, situado al oriente del Calvario, se designó por punto general de reunion. Verificóse felizmente la operacion trazada por Mariño: Cabruta fué tomada despues de una obstinada defensa que hicieron tropas realistas dependientes de Bóves: Tucupido se sometió, y en Agua-Negra y Banco de Corosito triunfaron los patriotas de algunos cuerpos francos que recorrian la tierra saqueando los pueblos y asesi-

nando sin misericordia á los vecinos. Próximo ya á efectuar su reunion en Belen, recibió Valdes órden de Mariño para doblar sus jornadas en direccion á San Rafael, Altagracia y Lezama, pueblos que ocupaban varias partidas enemigas. Así lo hizo, derrotando el 14 de marzo á los realistas que intentaron impedirle la entrada en el último de ellos. Dos meses invirtieron las tropas en aquellas innecesarias correrías hasta que, libre el pais, dispuso Mariño que todo el ejército continuase hácia Camatagua, para entrar por el camino mas recto á los valles de Aragua. Al llegar sus avanzadas á San Casimiro el 21, supo por algunos fugitivos la derrota sufrida por Rosete, y mandó á Bermúdez que con medio batallon le saliese al encuentro por el camino de los Pilones. Llegó á tiempo el valeroso cumanes de cerrarle el paso, y con este motivo se trabó entre ambos una furiosa pelea que duró todo el 22; mas como viese Rosete que no podia vencer aquel estorbo y que Palácios se acercaba por la espalda, se aprovechó de la oscuridad de la noche para dispersar su tropa, huyendo cada cual como pudo por el monte, sin rumbo cierto, á Dios y á la ventura.

La columna de Palácios, compuesta de 500 hombres, hizo subir la fuerza de Mariño á 4000; por lo cual y estando cerca ya el mayor peligro de la campaña, fué necesario hacer alguna alteracion en su arreglo. La vanguardia se confió á Palácios, como oficial mas práctico del terreno; Montilla fué nombrado por jefe de estado mayor. Despues de esto y de varias providencias relativas al abastecimiento del ejército, se movió este de nuevo por el camino que guia de San Sebastian á Cura.

Cuando Bóves supo la aproximacion de Mariño, pensó que tendria tiempo de atacarle ántes que lograse entrar en las tierras quebradas y montuosas que separan de las llanuras los risueños valles de Aragua. Con esta esperanza levantó el dia 30 el sitio de San Mateo y con todas sus tropas tomó el camino que conduce de Cura hácia las orillas del Guarico: viendo frustrado su primer intento, tomó el mayor empeño en llegar á la Puerta, sitio que conocia y donde otra vez triunfara del famoso Campo Elías; pero Mariño, dejando aquel campo de fatal recuerdo, se avanzó hasta Bocachica, y allí tomó posiciones ventajosas. Tal fué el lugar donde el 31 de marzo se encontraron, con fuerzas perfectamente iguales, si bien Bóves hacia ventaja á su contrario en su infantería lijera que no bajaba de 800 hombres.

El general en jefe republicano habia dado órden á Montilla para avanzarse con una pequeña fuerza de infantería y caballería á reconocer al enemigo; pero con prevencion de retirarse á medida que ellos avanzaban. Efectivamente entre 9 y 10 de la mañana apareció Bóves formado en columna, y Montilla segun sus instrucciones rompió el fuego y empezó á replegarse sobre la línea de batalla con un órden admirable. Habiéndose hecho fuego á corta distancia en una posicion ventajosa, trataron los realistas de cortarle desplegando sus alas; pero rechazado por el mayor del batallon Barlovento Arzuátegui, cargó tres veces la caballería enemiga, haciendo en sus filas grande estragos. El combate se hizo entónces general. Bermúdez atacó la izquierda de Bóves, y apoderándose de una altura que habia ocupado, la obligó á huir en desórden. Palácios acudió con el batallon de Valencia en auxilio de Montilla, y ambos arrollaron á los realistas cuatro veces intentaron de nuevo acometerlos.

Convencido Bóves de la imposibilidad de hacer mella en la derecha y centro de los patriotas, se arrojó con una carga extraordinaria sobre el ala izquierda, donde se hallaba Marino; pero este que previó su movimiento, hizo ocupar con doscientos infantes el camino que forzosamente habia de seguir para ello su contrario. El fuego de este corto destacamento y el de un cañon de la misma línea dirigida por Tanago, hicieron en los ginetes enemigos tal estrago, que confusos y amedrentados, huyeron despues de haberse dispersado. Nuevamente pudo allí el caudillo de los realistas su ánimo constante, su intrepidez y la indomable tenacidad de su carácter. Arrollado, batido por todas partes, volvió mas obstinado que nunca á la pelea, y á las 5 de la tarde se batia aun con un coraje sin ejemplo. Faltándole sin embargo las municiones, y mal grado suyo hubo de retirarse á las islas de Malma y Cedra, sostenido su repliegue este trecho contra algunos escuadrones que le molestaban.

Tambien Marino carecia de pertrechos, y esta fué la razon que dió para permanecer constantemente en sus posiciones, negándose á las instancias con que Valdes, Bermúdez y Montilla le pidieron repetidas veces permiso para avanzar y destruir completamente al enemigo. Se ve á decir verdad, tres ó cuatro cartuchos tenian los soldados, y pero no se ignoraba que Bóves estaba en el mismo ó en peor caso, y cuando hubiera sido acertada tanta prudencia durante la batalla, no era ciertamente intempestiva cuando el enemigo emprendió su retirada. Sea lo que fuere, un oficial que

fué testigo presencial del suceso, que es juez idóneo en la materia y á quien nadie puede negar entre otras cualidades la de una honradez y veracidad á toda prueba, el coronel José Félix Blanco, nos dice: «Lejos de aprovecharnos entonces de la bella oportunidad de «destruir en grande cabo á dos tercios nuestro ejército, empre-«dimos también una vergonzosa retirada por los cerros del Pao «para salir á la Victoria, con un y estudioso número de pérdidas mas «gente y mas cobardes por la deserción y el cansancio que por el «fuego en el combate de aquel día.»

La pérdida de Bóves, aunque no bien averiguada, debió de ser y fué en efecto muchos: en número en 300 ó 400 hombres: la de los patriotas subió á 200 y entre ellos tres oficiales muertos y veinte heridos. Bóves prosiguió su retirada por Guigue á Valencia, situada á la suya por el ejército de Castillo. En aquel tránsito le picó vivamente la retaguardia el teniente coronel Tomás Montilla, destacado al intento por Bolívar desde San Mateo, molestándola de tal suerte, que logró apoderarse de muchos caballos y equipajes. Uno de los mejores resultados de aquella persecución fué el de hacer negrear á sus hogares considerable número de familias que en pos de sí arrastraba por la fuerza aquel terrible caudillo.

Tiempo es ahora de que, volviendo la vista á otros lugares, digamos la serie de desgracias que había producido el sitio de Valencia por los realistas, y cómo, despues de esfuerzos inauditos aunque desgraciados de valor y constancia, se hallaba Urdaneta dentro de la plaza.

Disponíaseno estaba este jefe para salir de Barquisimeto con nuevas tropas en auxilio de Ospino, cuando supo la bella defensa de aquel pueblo, la muerte de Yáñez y la retirada del escuadrón hasta Guanare. Juzgando entónces con razon que la ventaja obtenida le daba tiempo para organizar mejor las comarcas de occidente, se detuvo y dió instrucciones para la sucesiva al jefe de las armas de Ospino. Entre sus objetos aumentar las tropas de la línea de Cavora con soldados de aquella ciudad y del pueblo de Amaraito, formar un cuerpo numeroso que obrase segun las circunstancias, ya por el lado del Tocuyo, ya por el de Anca y San Felipe, conservar á Barquisimeto como ciudad capital de aquel distrito, y sobre todo atender á la seguridad de la línea de Carora, porque sin ella cualquiera expedicion de Coro, por pequeña que fuese, reuniria todos los cuerpos fieles á enemigos y llegaria á Barquisimeto con un ejér-

cito, como tantas vezes habia sucedido. Para realizar este plan el mayor de todos los obstáculos era, sin duda alguna, el gran número y fuerza de las guerrillas que infestaban el pais. La de Réyes Várgas habia reaparecido sobre Carora, reforzada de Coro por Cevéllos: la de Torralva devastaba sin piedad los contornos de Ospino, Araure y Barquisimeto: el español José de la Vega mandaba un respetable escuadron que Calzada le confió y amenazaba desde Guanare: Cárlos Blanco hostilizaba á San Cárlos, y el famoso catalan Millet dominaba desde San Felipe á Yaritagua. Por todo eran 1500 foragidos ávidos de sangre y de pillaje. En los puntos que los patriotas ocupaban para aquella fecha en el occidente no podian contar sino con el territorio que materialmente pisaban sus soldados, siéndoles contraria casi en todas partes la poblacion, en términos que hasta el forraje debia hacerse como al frente del enemigo. Desde este tiempo en adelante los republicanos (que no faltaban) de los pueblos del tránsito; hombres y mujeres tenian que seguir los cuerpos del ejército, naciendo de aquí aquellas funestas emigraciones en que tantas vezes se cebaron el hambre, la miseria, el hierro y las enfermedades.

Tales eran las cosas cuando Urdaneta recibió órden de Bólivar para enviarle un cuerpo de sus tropas en consecuencia de la derrota de la Puerta; con lo que su situacion, algo crítica ya, llegó á ser desesperada ó poco ménos. El socorro pedido marchó en efecto, como ya sabemos, á las órdenes de Villapol; no sin sordos rumores y aun críticas abiertas de varios jefes y oficiales que se oponian á él y aun pensaban en abandonar el occidente, retirarse por Mérida á Guasdualito y emprender desde allí nuevas operaciones. Estos proyectos quiméricos entónces penetró Urdaneta con tiempo, y desentendiéndose de ellos ordenó que los 400 hombres de infantería que estaban en Ospino marchasen á San Cárlos y se pusiesen á las órdenes de Villapol: este con 500 soldados de la misma arma, dos compañías del escuadron Dragones y su coronel Rívas Dávila, debia pasar por aquella villa, dejar en ella 500 hombres al mando de Rodríguez y con el resto seguir de prisa á reunirse con Bolívar. Todo se hizo felizmente.

Quedó pues Urdaneta en Barquisimeto reducido á 650 infantes y una compañía de ginetes en todo el occidente, y á los cuerpos francos de Ospino, Araure y San Cárlos por el llano. Tenia sobre sí la division de Calzada situada en Guanare y el ejército de Coro sobre la frontera de Carora, y obligándole su nueva posicion á es-

trechar el círculo de sus operaciones, concentró la fuerza en Barquisimeto, conservó á Quíbor, de donde sacaba subsistencias, y en Aranare puso una avanzada, compuesta de las guerillas de aquel pueblo y el de Espino, con órdenes de reunírsele en cualquier caso desgraciado. Por lo que toca á los enemigos, luego que observaron la diminucion de las fuerzas de Urdaneta, se fueron acercando en todas direcciones, y la tierra, contenida hasta entónces por la rapidez y energía con que se obraba sobre las facciones, se declaró en abierta hostilidad contra los patriotas. Nada hubo ya seguro fuera del tiro de fusil; no era posible conseguir un espía ni adquirir de modo alguno noticias del enemigo; escaseaban las subsistencias; estaban sitiados por el pueblo y las guerillas. Y, fuerza es decirlo, un escesivo rigor aumentó la oposicion del uno, y la crueldad de las otras.

En una recorrida hecha sobre Quibor, supieron los patriotas que el ejército de Cevállos se movia de Carora con direccion á este pueblo, y entónces Urdaneta con el objeto de recoger algunos víveres ántes que llegase, destacó el 7 de marzo una columna de 500 infantes y 25 dragones al mando del comandante Domingo Mesa, quedándose él con 150 de los primeros y otros 25 de los segundos. La columna llegó á Quíbor oportunamente; pero Cevállos, que tenia la facilidad de obtener noticias acerca de los movimientos de sus contrarios, concibió y ejecutó la bella operacion de interponerse entre los dos cuerpos, y de hecho, cambiando de direccion sobre la marcha, se dirigió por mas corto camino hácia Barquisimeto, á donde llegó con 1000 hombres en la mañana del 11 de marzo; sin que ántes se hubiese tenido el mas pequeño conocimiento de su operacion. Si en aquel estado de guerra no hubiera sido necesario estar siempre sobre las armas, fueran los patriotas completamente sorprendidos; pero á la voz de alarma se empezó á combatir y se combatió por mas de una hora, sacando ventajas de los escombros de la ciudad, y del terreno, y de la desesperacion. Tan pequeña fuerza no podia resistir mucho tiempo: harto se hizo con salvarla cuando muerto heróicamente el capitan Nicolas Briceño que mandaba los ginetes, y envuelto por todas partes, apénas veía Urdaneta medio alguno de retirada. Emprendióla sin embargo abriéndose paso á la bayoneta, y tiró hácia Cabudare por el camino real, con tal órden y en tan gallarda actitud, que en aquel pueblo le dejó tranquilo el enemigo, despues de haberle perseguido buen espacio inútilmente.

Noticioso Mesa de la marcha de Barquisimeto, y viendo como imposible toda retirada, el general, repliegó hácia el Tocuyo, porque considerándose poco temible su fuerza, pensaba seguramente en proseguir su marcha con direccion á San Cárlos.

Urdaneta entretanto se aprovechó de la ventajosa de su enemigo para seguir la misma ruta, dentro en el tránsito varias partidas de caballería que intentaron aperciberle; y por uno de sus jefes prisionero supo que las tropas de Guanare al mando de Quinde estaban ya sobre San Cárlos, y que aquellas partidas dependian de su ejército. Esta noticia le puso, como era natural, en un grave embarazo: sitiado San Cárlos en donde habia pensado encontrar un refugio, sin tropas suficientes para abrirse paso hasta la plaza, sin comunicacion con sus defensores y sin tener camino para dirigirse á Valencia, consideróse, y con razon, perdido. Siguió sin embargo su marcha por la montaña del Altar, en Camoruco dejó el camino real, y por una senda estrecha que costea el bosque guió con direccion á unas plantaciones de caña que estaban á media legua de San Cárlos. Era media noche y al raiar el alba se prometia entrar en la villa. Para ello dejó su infantería en aquel sitio, con los pocos dragones que tenia y algunos paisanos patriotas que le acompañaban completó el numero de veinte y cinco jinetes, y tomando un práctico, le ordenó guiar directamente al valle del rio, hácia la parte de la línea enemiga que juzgó ser la ménos fuerte. El práctico perdió el camino y declaró que no sabia dónde estaba; y á todo esto cuando ya amanecia. Desesperado Urdaneta con este contratiempo, siguió la primera senda que halló á mano, y acertó por una dicha verdaderamente rara á tomar la que salia al paso que buscaba. Vedóle á la vista de un fuerte destacamento de enemigos que estaba del otro lado, los cuales no teniendo noticia de que hubiese patriotas por allí, le dejaron pasar en la creencia de ser aquella tropa un piquete de su mismo ejército que ejecutaba alguna comision. Ya del otro lado del rio, prorrumpieron los patriotas en vivas á la república y burlaron la persecucion del enemigo tomando las primeras calles de la villa. Nuevo peligro se presentaba, y era que en esta se ignoraba quiénes fueran, y con el primer momento los tomaran por enemigos. Ya se disponian á hacerles fuego, cuando habiéndose adelantado el jefe algunos pasos, fué reconocido y con muestras infinitas de alegría y regocijo saludado. Faltaba preparar la entrada de la infantería, y esto hizo Urdaneta delin-

mente y el instante que salia de este vigésimo salida, quedaba la atencion del enemigo hácia otra parte, dejó libre el camino que debian seguir sus compañeros: estos eran cien infantes.

Mandaba en la plaza el español Pablo Ascanibati, guerrista decidido, y en ella se hallaban tambien muchos sugetos notables del partido republicano: el doctor Juan José Mayo, gobernador político; el anciano coronel Pedro Briceño; el gobernador de Barinas Manuel Pulido; Rodriguez, el valeroso defensor de Quipa; el bizarro capitan granadero Antonio Paris, que perdió luego una pierna en aquel sitio; y entre otros el decidido y fuerte presbítero Ramon Ignacio Méndez, que á tiempo despues fué obispo de Cárácas. Una numerosa emigracion de los pueblos de Guárdatá se habia refugiado en la plaza, y sus defensores eran mas de 500 hombres de pelea, tenian que hacer frente á 600 caballos y 1000 infantes realistas que mandaba Calzada.

Ninguna noticia se tenia allí de Bolivar, porque toda comunicacion hácia Valencia estaba interceptada: vozes vagas ponderaban las fuerzas enemigas que dominaban sobre la provincia de Cárácas; y por el puesto Lugarte y Eléuterio Palácios, que le habia acompañado, concibieron el plan de permanecer sitiados todo el tiempo posible, á fin de retener al enemigo algo distante de Valencia y hacer menos angustiada la situacion del ejército libertador.

Calzada con motivo de la entrada del jefe de caballería, empezó á activar sus operaciones, comenzando por cortar una gotera de agua en el rio, que estaba á un estremo del pueblo; por mas era que no habiendo en San Cárlos mas agua que aquella, era preciso capitular para obtenerla. Los primeros pasos que hizo fueron felices los patriotas en sus salidas, llevando estrago, cuerpos á cuchillo, sangre, agua á la plaza; pero el último ya fué imposible conseguirlo, porque reunido Cerillos á Calzada, cortó esta vez la defensa del rio y anuló los efectos de la sagacidad. Para el dia siguiente la poblacion fué molestada en forma: el enemigo se apoderó de la plaza y atrincheramiento entre la iglesia de San Juan, porque hallándose esta poco distante de aquel pueblo, y dominándolo con sus fuegos, era, por decirlo así, la llave del sitio; el estado de cuatro ella se dirigieron los enemigos al fuerte de los Capitulares, que se hallaba defendido por un piquete de infantería; pero el valor que esta no podia por sí sola conservarse, faltándole el agua, vino se lo quitaron á Calzada las avenidas que tenia que á ella se acercase. Sa-

lieron pues algunas partidas á batirse en las calles con el enemigo, y á cada instante habia que relevar oficiales y soldados muertos y heridos en aquella incesante pelea, hasta que empeñada y disminuida considerablemente la reserva, hubo de recurrirse al medio de desmembrar los puestos de la plaza. El combate duró obstinado seis horas, al cabo de las cuales el enemigo, por una pusilanimidad inconcebible, retiró sus tropas en medio del dia y abandonó la empresa dejando la torre en poder de los patriotas. Pero muchos y buenos oficiales se habian perdido: la guarnicion se disminuia, á tiempo que los sitiadores se aumentaban y el agua no podia adquirirse; en tal estado, quimérica toda esperanza de recibir socorro, la conservacion de la villa era imposible.

Diéronse en consecuencia las órdenes necesarias para emprender la retirada, y dejados en la plaza solo aquellos infelizes enfermos que no podian moverse ni ser tampoco trasportados, hicieron los patriotas con algunas guerillas un ataque falso hácia la parte del rio; y por la opuesta, cuando vieron empeñados incautamente á los realistas, emprendieron en buen órden la partida, guiando hácia la sierra de Macapo. Tres dias despues llegaron felizmente á Valencia.

Cevállos era el mas lento de los jefes realistas que figuraban entónces. Su demora en San Cárlos dió tiempo á Urdaneta para comunicarse con Bolívar, del cual recibió la órden siguiente: « Defen-
« deréis á Valencia, ciudadano general, hasta morir; porque es-
« tando en ella todos nuestros elementos de guerra, perdiéndola
« se perderia la república. El general Mariño debe venir con el
« ejército de oriente: cuando llegue batiremos á Bóves é iremos
« en seguida á socorreros. Enviád doscientos hombres en ausilio de
« D'Eluyar á la línea sitiadora de Puerto-Cabello, á fin de que
« pueda cubrir el punto del Palito, por donde seria fácil á los es-
« pañoles enviar pertrechos á Bóves que carece de ellos. »

Órden esta última prudente y necesaria, que al momento fué cumplida; pero que redujo á mui pocos los defensores de la plaza, siendo así que apénas quedaron 230 hombres. Por ser Valencia un pueblo abierto á todos rumbos, con escasa guarnicion entónces y muchos contrarios, solo se pensó en defender el recinto de la plaza; para lo cual se hicieron cortaduras, fosos y parapetos en los ángulos, y se organizó una línea esterior de guerillas que obrasen alrededor y protegiesen muchas familias y uno de los hospitales que

se hallaban fuera de la ciudad. Lo mas importante era almacenar vituallas; cosa difícil atento que no se encontraba una res á muchas leguas de Valencia, y que la laguna, granero de la poblacion, estaba cubierta de partidas enemigas. Á esta necesidad se atendió haciendo salazones de burros y de mulas, y acopios de maiz para la tropa: á los particulares se advirtió que hubiesen de proveerse por sí mismos: y muchas familias que quisieron irse á la línea de Puerto-Cabello, recibieron para ello los ausilios necesarios. Con todo eso, todavía quedaron en la plaza personas inútiles, y entre otras, cuarenta que acompañaban al arzobispo Don Narciso Coll y Prat. Este dignísimo prelado cediendo á las súplicas de Bolívar y á la voz de su propia caridad, habia salido de Carácas con buen número de clérigos á predicar la paz, ó por lo ménos la mansedumbre y el derecho de las gentes á las partidas de bandidos que asolaban el pais. Desestimado su zelo y aun mal interpretados sus motivos, unos caudillos realistas le rechazaron duramente, los mas pagaron con burlas y sarcasmos sus exhortaciones, y los hubo que le prodigaron malos tratamientos. En su santa cruzada perecieron algunos sacerdotes á manos de impíos é inhumanos guerrilleros, y el arzobispo, viéndola inútil, se retiró á Valencia despues de haber sufrido trabajos infinitos. Mas tarde recompensaron los jefes españoles su zelo y buenas intenciones calumniando su carácter y remitiéndole, como insurgente, preso á España.

Dispuestos apénas estos preparativos, se presentaron las primeras fuerzas enemigas frente á la plaza, y el mismo dia intimaron á su jefe que se rindiese á discrecion. Urdaneta contestó, como debia, dignamente, y señalando á cada cual su puesto, se preparó á hacer una defensa vigorosa. Tenia á sus órdenes como gobernador militar al valiente coronel Juan Escalona, como gobernador político al doctor Espejo: la artillería era mandada por el comandante Taborda, y le acompañaba el general Joaquin Ricaurte, el cual, como en otra ocasion hemos visto, fué nombrado segundo jefe del ejército libertador cuando Bolívar salió de la Nueva Granada; pero no habia entrado en Venezuela sino á principios de este año.

Los enemigos pusieron sobre Valencia una fuerza de 4.000 hombres entre infantes y ginetes; pero sin artillería, porque la que en San Cárlos dejaron los patriotas quedó inutilizada. Regíalos en jefe Don José Cevallos. El coronel Salomon mandaba la infantería compuesta de los restos del regimiento de Granada, de los batallones

Sagunto y Numancia, y de alguna gente de foro conducida por Réyes Várgas, por el clérigo Andres Torrellas y por otros jefes de occidente. A la cabeza de la caballería estaba el teniente coronel Remigio Rámos.

La primera ventaja conseguida por el enemigo contra Valencia fué la de hacer replegar la línea esterior de guerrillas, y con ella el hospital y un número considerable de familias: con esto la defensa se hizo en solo la plaza mayor, escepto una que otra casa de fuera de ella, que se sostuvo hasta la terminacion del sitio. Allí, como en San Cárlos, la gran dificultad era el agua, pues debiendo tomarse este del rio, situado á muchas varas de distancia, impedíalo el enemigo con fuerzas superiores fuera del alcance del cañon. Por manera que poco se ganaba con rechazarle de las calles y plaza, miéntras careciendo de aquel elemento indispensable á la vida desfallecerian los patriotas á medida que el tiempo se pasase. A los seis dias de sitio dispuso Cevállos un movimiento general con todas sus fuerzas, empeñándose principalmente en tomar con el regimiento de Granada una bocacalle defendida por un obus y doce fusileros. Ningun refuerzo se podia dar á aquel punto sin esponer la defensa de los otros, que tambien se hallaban atacados; y así, con trabajo, cogiendo un hombre aquí, mas allá otro, se formaron dos partidas de á diez soldados cada una, las cuales rompiendo paredes se apostaron en algunas casas, y de un lado y otro rompieron el fuego sobre el enemigo, miéntras el obus disparaba de frente. El regimiento, á pesar de su valor y firmeza, hubo de retirarse perdidoso, dejando el suelo cubierto de cadáveres, y Cevállos al ver frustrado su ataque principal, ordenó el repliegue de sus fuerzas á sus primeras posiciones.

Con todo eso la angustia y miseria de los patriotas se aumentaban: los combates habian reducido la guarnicion á ménos de la mitad, y esta, estenuada por la sed y la fatiga constante, no podia ya oponer ninguna resistencia á un nuevo asalto. El arbitrio de hacer escavaciones para conseguir agua habia resultado inútil, y tomarla del rio era imposible. La vecindad sufria por supuesto lo mismo que la tropa, y su desesperacion partia de dolor el alma de aquellos fuertes veteranos. Vióse á muchas personas frenéticas correr al rio y recibir la muerte al humedecer sus labios: mujeres jóvenes, creyendo mitigar la sed con licores espirituosos, se embriagaban y corrian desatentadas por la ciudad dando alaridos espantosos: mu-

chos niños y ancianos perecieron, y la vigilancia mas activa de los jefes bastaba apénas para mantener en su puesto al soldado, é impedir los efectos de su furor sombrío y silencioso.

Reconocióse pues que si Cevállos renovaba el ataque al dia siguiente, seria imposible resistirlo, y en consecuencia se ordenó á todos los oficiales que en caso de asalto clavasen las piezas y replegasen con la tropa al cuartel de artillería, en donde estaba el gran parque del ejército: allí debia hacerse la última defensa hasta volar el edificio ántes que entregarlo al enemigo.

Tales eran el estado de Valencia y las resoluciones de sus defensores, cuando á las 11 de la noche del 2 de abril supo Urdaneta que Bóves se habia reunido poco ántes á Cevállos con algunos ginetes que pudo salvar de la persecucion de Bolívar; y tambien que ántes de la llegada de este pensaban los dos jefes realistas dar un asalto á la plaza y tomarla á cualquier precio. Una victoria conseguida sobre el mas fuerte de sus enemigos y la aproximacion del Libertador eran nuevas de grande importancia para los sitiados y mui propias para reanimar su espíritu abatido; así, se prepararon con nuevo brio á resistir el ataque, esperanzando en que seria el último que hubiesen de sufrir en aquel puesto. El enemigo, sin embargo, léjos de intentarlo, tomó sus disposiciones para retirarse: á las 7 de la mañana del dia 5 reunió sus fuerzas á la falda del Morro y poco despues desfiló por el Guataparo abajo, siguió el camino del Tocuyito y desapareció, sin que de la plaza se hubiese podido destinar una sola guerrilla á perseguirle. Aquel mismo dia entró Bolívar con pocos oficiales en Valencia y dió á sus heróicos defensores los justos elogios que merecia su constancia. Por la tarde empezaron á llegar las tropas que habian hecho la persecucion de Bóves, y se supo que este, separándose de Cevállos, se habia dirigido por el Pao á Calabozo.

No tardó mucho el Libertador en dejar la ciudad para atender con su acostumbrada actividad á cuanto le rodeaba. Con Mariño se vió el dia 5 en la Victoria y le aconsejó que siguiese á Valencia á fin de hacer frente al ejército realista. Despues siguió á la línea de Puerto-Cabello y la reforzó con nuevas tropas. Las subsistencias, el ganado sobre todo, basa de la manutencion de los ejércitos, andaba escaso: él hizo acopios suficientes. Sus divisiones carecian de vestuario, de armas, de organizacion: él proveyó á todo.

Cevállos entre tanto se habia retirado á San Cárlos, y Mariño se-

gun sus instrucciones se dispuso á seguirle con 2.000 hombres de infantería y caballería, orientales y occidentales. La calidad de estas tropas, el buen espíritu que las animaba, su número y jefes hicieron concebir tan fundadas esperanzas de victoria, que los emigrados de San Cárlos, Barinas y otros puntos las acompañaron en su marcha para regresar á sus hogares; pero por desgracia desde la salida de Valencia un sinnúmero de inconcebibles desaciertos comprometió de nuevo la salud de la república.

En el Tinaco debian hacer alto los patriotas, así para procurarse víveres que no habia, como para esperar el parque y alguna artillería que se juzgaba necesaria por si el enemigo intentaba defenderse dentro de San Cárlos. Por la noche empero, un falso aviso dado sin duda por un espía del enemigo, determinó á Mariño á continuar la marcha, en la creencia de que Cevállos habia evacuado la villa retirándose hácia las riberas del Apure. Urdaneta que, como práctico del territorio en que iba á obrarse, instruido de los recursos que podian sacarse de él y mas que todo de los medios, fuerzas y partido con que podian contar los enemigos, habia recibido de Bolívar el encargo de hacer á Mariño todas las indicaciones convenientes, se opuso en vano á una precipitacion que dejaba atras muchos socorros necesarios, por correr á ocupar una ciudad vacía y sin recursos, dado caso que el enemigo la hubiese, como no era probable, abandonado. A las diez de la noche marchó, pues, Mariño con la caballería y ordenó á Urdaneta, que desempeñaba en aquella division sus antiguas funciones de mayor general, que le siguiese de cerca con la infantería. La marcha fué lenta y al amanecer el 16 de abril una partida de ginetes uniformados tiroteó á la caballería republicana en el paso del riachuelo de Orupe, tres leguas distante de San Cárlos. No desengañado aun Mariño de su error con ver aquel piquete de gente reglada, siguió su camino creyendo poder entrar luego á San Cárlos, y á poco que hubo andado descubrió 2.500 enemigos formados en batalla fuera de la villa: su caballería estaba en las alas y el centro lo ocupaban los infantes.

Viéndose por su culpa en la necesidad de combatir sin municiones de repuesto, mandó Mariño formar la línea de batalla, pasando ántes unos matorrales que dividen la llanura de Orupe de la del Arao; esta era la que mediaba entre patriotas y realistas, llana como la palma de la mano. Bermúdez ocupó la derecha apoyándose en las últimas colinas que se desprenden de la cordillera y se

pierden en la llanura : Valdes fué situado en el centro, y en la izquierda los soldados occidentales, que decian division de Carácas, para distinguirlos. Estos eran regidos por Tomas Montilla y el teniente coronel Ramon Ayala. Dos trozos de caballería cubrian las alas y el resto quedó con el general en jefe para obrar segun lo requiriese la ocasion. Llamóse reserva una compañía de infantería mandada por el capitan Pedro Salias, que desde el amanecer habia quedado á retaguardia para hacer frente á los ginetes realistas, los cuales, léjos de hacer por reunirse á los suyos, se quedaron al costado de los patriotas.

La actitud defensiva de estos era por cierto poco conveniente para un ejército que debia vencer pronto ó retirarse, atento que no tenia ni municiones ni vituallas. Varias observaciones se hicieron sobre eso á Mariño; pero él creia que los enemigos le buscarian, y se afirmaba en ese concepto al ver varias partidas que salian al frente á provocar su hueste. Despues de algunas horas de inaccion, se tuvo por cierto que un cuerpo de ginetes realistas, destacado de su línea hácia el ala izquierda de Mariño, bien que distante, tenia por objeto obrar sobre la retaguardia de este, y entónces se reforzó la reserva con cien hombres de infantería, dando el mando de ella á Urdaneta. El dia se pasó en escaramuzas y amagos de parte á parte hasta las cuatro de la tarde en que un grueso cuerpo de caballería atacó la division Bermúdez, la cual despues de haber hecho una descarga cerrada cedió el terreno y se refugió á las colinas. Por el claro que dejó Bermúdez pasaron los ginetes enemigos á retaguardia de los patriotas : el mismo movimiento hicieron los que ántes habian amenazado la izquierda; y de este modo dos cuerpos realistas atacaban á Urdaneta á tiempo que la línea republicana estaba inmoble. Mas no fué por mucho tiempo : el repentino choque de los caballos enemigos sobre la retaguardia, la desordenó en mucha parte, y cuando la reserva combatia y los rechazaba no embargante su pequeño número y el embarazo de los emigrados, toda la caballería de Cedeño huia despavorida con Mariño y casi todos los jefes del ejército.

Todo se habria perdido si el jefe realista hubiera salido un momento de su habitual apatía; pero se mantuvo firme en sus posiciones, sin disparar un tiro de fusil, y los republicanos se salvaron. Desembarazada la reserva de los patriotas del enemigo, que al verse rechazado por ella se incorporó á su línea de batalla, recibió Urda-

neta un aviso de Ayala diciéndole que la línea estaba en desórden, y que de los jefes solo él por aquel flanco habia quedado. Así era la verdad; por lo que inmediatamente se dió órden á Bermúdez para aproximarse á fin de emprender en la noche un repliegue general. Entre tanto se averiguó que una partida de ginetes enemigos habia pasado en el tumulto persiguiendo á los patriotas fugitivos, y se dispusieron emboscadas para atacarla á su regreso; lo cual se consiguió matando á muchos que volvian descuidados en la confianza de que el ejército de Mariño habia sido destruido.

Todo al anochecer estaba en calma y era cierto que no habian quedado otros jefes de infantería que Bermúdez y Ayala; de caballería el teniente coronel Martin Tovar. La infantería estaba casi intacta; pero ni habia comido ese dia, ni tenia de dónde esperar vitualias, ni habia municiones de repuesto. Reuniéronse pues los heridos del campo, y sin dejar ningun trofeo al enemigo se emprendió la retirada á las diez de la noche con direccion al Tinaco, llevando la esperanza de encontrar allí al general en jefe y la caballería. En el tránsito se recogieron varios heridos y entre ellos un oficial oriental de nombre Calzadilla, que presentó muchas vezes el pecho al enemigo por salvar al general en jefe. Al amanecer el 27 llegó Urdaneta al Tinaco, pero no encontró á Mariño ni la caballería. En el riachuelo del mismo nombre se vieron flotar cajones que habian contenido municiones de guerra; por donde se vino en conocimiento de que el parque, llegado hasta allí, habia sido destruido por los fugitivos, bien para que no cayese en manos de los enemigos, bien para servirse de las caballerías que lo conducian. Ninguna esperanza de dar allí racion á las tropas, ni noticias del general en jefe, á quien desde luego se daba ya como perdido. En tal situacion resolvió Urdaneta pasar al sitio de las Palomeras, en donde habia algunos sembrados y por ser posicion que ofrecia ventajas para defenderse contra la caballería, dado que fuese, como era probable, perseguido. Allí se encontraron ardiendo las cureñas de los cañones, incendiadas por los fugitivos, y cuando los soldados recogian para alimentarse algunas raizes, aparecieron Mariño y Cedeño, los cuales habiendo quedado rezagados de sus compañeros, se refugiaron á los bosques. Puesto Urdaneta á sus órdenes, continuó hasta Valencia la retirada, protegida desde San Cárlos por la columna de Carácas. Cuarenta hombres muertos ó heridos, y entre los primeros el teniente coronel Martin Peñalver, fué

la pérdida de los patriotas en esta funesta peregrina en que la tropa no se batió y los jefes salieron derrotados.

Imaginando el modo de asaltar á Puerto-Cabello estaba Bolívar cuando recibió la nueva de esta retirada, no cual nosotros acabamos de describirla, sino pintada por el miedo como una derrota espantosa de la cual no habia escapado nadie. Cuál se quedaria al oir tales cosas, imagínelo el lector; pero no crea que por ello temió ni dió la patria por perdida. Desistió, sí, de su empresa y voló á Valencia preparado á vencer nuevas dificultades; no siendo pequeña su alegría cuando llegaron los infantes, cuya aparicion miraron todos como un hallazgo venturoso.

Empezaban ya los patriotas á verse sin recursos. Caracas habia dado tanto, que hubiera rayado en tiranía exigirle nuevos sacrificios: hombres, armas, víveres, dinero salieron principalmente de su suelo. Los valles de Aragua, aniquilados por la escursion de Móves, y Valencia, residencia del cuartel general por mucho tiempo y teatro de tantas operaciones militares, nada podian ofrecer. Apénas granos y raizes podia dar la laguna; pero para tomarlos era preciso pelear con las infinitas partidas que plagaban sus contornos. Desde este tiempo y hasta que se concluyó la campaña de este año todas las tropas republicanas que no estaban en movimiento hácia algun punto de las llanuras, comian solo carne de burro ó de mula: por manjar esquisito se tenia la de gato ó de perro. En suma, la situacion de Bolívar en aquel momento no diferia de la de febrero sino en que tenia ménos amigos y mas enemigos. Y como aquella terrible guerra no podia dulcificarse por tratados ni concluirse por negociaciones, era forzoso ó vencer ó morir.

Hacia mucho tiempo que Bolívar habia aceptado esta terrible alternativa: hijo de la guerra, la miraba como un elemento de su vida. Por lo demas, el estado de las cosas requería un grande esfuerzo, y la necesidad sola habria bastado para indicárselo, dado que su genio no lo hubiera concebido. El mas próximo mal era el del ejército de Cevallos, que despues de la equívoca victoria del Arao mandaba en persona Cagigal como capitan general de esta provincia. Habíase acercado hasta el Tocuyo y causaba á los patriotas dos graves perjuicios: uno el de embarazarlos para la organizacion de sus fuerzas: otro el de impedir el descanso y convalecencia de la caballería. Y por eso, aunque el Libertador no habia aun recibido los refuerzos pedidos á diversos puntos, resolvió atacar á su

contrario, y se puso en marcha para presentarle batalla el 16 de mayo en la tarde: al amanecer del 17 siguió hácia el Tocuyito, y á poco de haber andado encontró á Cagigal preparado á recibirle. Bolívar desplegó su ejército en batalla en una estensa llanura, apoyando su derecha á un bosque: el enemigo tendió su línea sobre el costado izquierdo de los patriotas, y en esta forma singular que semejaba un martillo, su ala derecha compuesta toda de caballería amenazó envolver á Bolívar por la espalda. Este ordenó entónces que su línea hiciese frente á la del enemigo dando un cuarto de conversion sobre el costado derecho y apoyando su espalda al arbolado. Los realistas que ya se iban á las manos, fueron desconcertados por aquella operacion y se limitaron á atacar parcialmente el ala derecha de los patriotas y su espalda por el bosque con tropas lijeras, y el frente con un tibio y mal sostenido fuego de artillería. Bermúdez con una sola compañía de infantes ahuyentó del monte á los peones realistas, y una fuerte lluvia que sobrevino en aquel momento inutilizó los fuegos de ambas partes, reduciendo la pelea á meras escaramuzas de caballería al arma blanca. En estas los oficiales mas valientes de uno y otro campo se retaban á combate singular y salian fuera de filas miéntras sus compañeros estaban á mirar el resultado. Semejantes desafíos eran entónces mui frecuentes, como lo serán siempre en toda guerra civil, donde los hombres, conociéndose personalmente unos á otros, aspiran á vengar ofensas propias. Partidas sin disciplina eran las de aquellos ginetes esforzados, y sin embargo no se vió jamas que la traicion ni el dolo deshonrasen el valor. Los jefes y los soldados mismos se combatian de muerte con lanza ó sable iguales, á caballo ó á pié: toda hostilidad general quedaba entre tanto suspendida, y los dos campeones solos en la arena peleaban hasta que uno ó entrambos perecian. Acabada la contienda, el cadáver del vencido era retirado del campo, si bien á vezes sus amigos, ciegos de cólera, se precipitaban hollando su cuerpo sobre los contrarios, y en sus filas hallaban muchos la muerte ó la venganza. En la ocasion presente hubo algunos oficiales patriotas que adquirieron justo renombre de diestros y valientes: uno de ellos fué el maturinense Francisco Carvajal, conocido por alusion á su fuerza y coraje con el apodo de tigre encaramado; José Gregorio Monágas, Genaro Yázquez y otros varios orientales y occidentales.

Viendo Bolívar que los enemigos á pesar de haber sido provoca-

dos permanecian inmobles, guarecidos de sus fuertes posiciones, se retiró tranquilamente el 18 hácia Valencia, acampando fuera de la ciudad. Este movimiento forzaba á los realistas, intimidados ya, á buscarle ó retirarse á San Cárlos, y él podia en tanto aumentar sus recursos, reunir las tropas pedidas á diversos puntos y aguardar á Rívas que estaba en camino desde Caráças para incorporársele. Un caso estraordinario llegó á turbarle y afligirle profundamente en medio de sus grandes fatigas; y fué que toda la infantería de oriente, seducida por sus sargentos, se disponia á desertar. Una columna de 200 hombres fué la primera que salió del campo en el silencio de la noche, tomando el camino de San Diego. Mas sucedió que el mayor general Urdaneta, informado oportunamente del suceso, envió en su alcanze un escuadron y dispuso que los jefes y oficiales se trasladasen en el acto á sus cuarteles para impedir que otros cuerpos siguiesen el ejemplo. No siendo los fugitivos prácticos del terreno que pisaban, se perdieron por los bosques y con facilidad se les redujo. Llegados á Valencia, se les colocó al frente del ejército, y allí los cabezillas y un soldado de cada cinco fueron fusilados. El mal cesó, pero el hecho dejó con razon en el pecho de Bolívar un grande sentimiento.

Por fortuna el enemigo, ignorante de este caso, continuó en sus perplejidades y vacilaciones, debidas en mucha parte á la desconfianza con que Cagigal (hombre de moralidad y órden) miraba aquellos grupos sin disciplina, y mas que todo á los obstáculos que encontraba su autoridad entre aquellos caudillos inmorales, voluntariosos y perversos. Así que, al amanecer el 20 se presentó en batalla á distancia de un cuarto de legua de los patriotas; pero luego, reconocidas las posiciones de estos, se retiró, procurando atraerlos á paraje donde él pudiese escoger el terreno de antemano. Dudó algunos momentos Bolívar si le perseguiria, no queriendo engolfarse el el occidente por atender de cerca á Bóves que se rehacia en las llanuras de Caráças; mas al fin resolvió hacerlo en la esperanza de llegar pronto á las manos. El 26 se puso pues en camino con direccion al Tocuyito y el 28 al amanecer halló al enemigo en la llanura que decimos Carabobo. Esta es por el sur el término del valle de Valencia, y los realistas dando el frente á esta ciudad tenian á su espalda la serranía de las Hermanas, que divide la planicie de Carabobo de la de los Taguanes, y que arranca de la

gran cordillera, á la cual por consiguiente apoyaban ellos su ala izquierda. Por la derecha limita á la planicie un espacio de tierra abertal que vuelve hasta unirse con la serranía de Guigue y que divide á Carabobo de la llanura de Pao; por manera que situado allí Cagigal, no podia ser envuelto por sus costados ni por la espalda sino por otro ejército que obrase en combinacion, mas no por el que se hallaba encerrado en aquel campo. Al frente del enemigo y fuera del alcanze del cañon atravesaba la llanura una zanja llena de bosque, en cuyos bordes se habian situado desde la noche anterior las avanzadas de uno y otro ejército; y como fuese preciso pasarla para formar la línea de batalla, se hicieron adelantar al efecto las tropas lijeras. Los realistas dejaron ejecutar tranquilamente á Bolívar esta peligrosa operacion, y á medio dia los patriotas habian concluido los arreglos preliminares del combate.

El Libertador formó una línea compuesta de las divisiones Bermúdez, Valdes y Carácas, mandada esta última por Florencio Palácios: á cada uno de sus flancos se colocaron un escuadron de carabineros y dos piezas de artillería. Viendo en seguida el general en jefe que el enemigo era mui superior en caballería y que sus alas podian envolverle, dispuso que se formase una segunda línea compuesta de las reservas de la primera y del resto de la caballería; esta en el centro, aquellas en las alas. Mandaba la primera línea Urdaneta: en la segunda se hallaban Bolívar, Rivas, Mariño y otros jefes. La fuerza total ascendia á poco mas de 5.000 hombres.

Cagigal tenia formada su línea á la estremidad de la llanura, cubierta la izquierda con la mayor parte de su caballería y esta apoyada sobre un bosque y una pequeña altura que ocupaban 200 hombres de infantería lijera con un cañon: la derecha daba á otra altura cubierta de tropas y estaba tambien resguardada por caballería. La reserva compuesta del regimiento de Granada se apoyaba al bosque que tenia á su espalda, y al frente de la línea se hallaban colocadas cinco piezas de artillería. Su fuerza total era de 6.000 hombres.

Hasta entónces en ningun campo de batalla venezolano se habian reunido ni tanto número de soldados ni mas espertos jefes: en ninguno habian anunciado los preparativos mas firme resolucion de hacer una obstinada resistencia; por manera que se vió á los realistas dejar que se formaran tranquilamente sus contrarios, como

si despreciasen las ventajas del terreno y solo quisiesen haberlos todos juntos. Pues con todo eso nunca fué su oposicion ménos larga y honrosa.

La una y cuarto seria cuando Urdaneta empezó el fuego á pié firme : un momento despues lo continuó avanzando lentamente, con órden y serenidad. El enemigo reforzó entónces su ala izquierda con dos escuadrones que tenia ocultos, y prolongándola suficientemente, quiso tomar por retaguardia la primera línea de Bolívar; pero observando este el movimiento, hizo marchar oblicuamente una parte de la segunda al mando del coronel Leandro Palácios para prevenir al enemigo. Este entre tanto formó en columna mas de 300 ginetes y cargando denodadamente sobre la derecha, logró arrollar una parte del escuadron de carabineros y pasar á retaguardia de la primera línea : en el mismo momento su infantería rompia simultáneamente el fuego, y otro cuerpo de ginetes amagaba el resto de la segunda línea. La principal se condujo entónces admirablemente : sus primeras filas sostuvieron el fuego al frente, las otras dispararon á retaguardia sobre la caballería enemiga. Arremolínase esta, vacila, y Bolívar que lo ve la hace cargar y acuchillar por la suya ; pocos escapan huyendo precipitadamente. En tanto Palácios rechaza los ginetes del ala izquierda de Cagigal; los cuales vuelven caras llenos de terror, y en su fuga rompen la línea de infantería que trataba de protegerla. El desórden se comunica entónces por do quiera : el jefe realista quiere aun defenderse en algunas alturas del centro, y es arrollado. La caballería de la derecha y la reserva estaban aun intactas; pero cuando se disponia á hacer con ellas el último esfuerzo, las vió huir cobardemente. La batalla estaba perdida y era necesario que él mismo se pusiese en cobro.

Los realistas quedaron esterminados, por lo ménos en su infantería : esta, corriendo en tumulto por el camino de San Cárlos que estaba á su espalda, fué muerta ó hecha prisionera : los ginetes ganaron por la derecha el camino del Pao. Varios oficiales y entre ellos el comandante del regimiento de Granada, quedaron en manos de Bolívar; muchos mas murieron. Toda la artillería enemiga, 500 fusiles, 8 banderas, gran número de municiones de guerra, todos sus papeles, 4.000 caballos, muchas monturas y frenos, sus víveres y ganados, y un inmenso botin que hizo la tropa en sus equipajes, fueron los trofeos de esta batalla que por quinta vez sal-

vaba á la república y en que los patriotas solo tuvieron 12 muertos y 40 heridos.

Sin embargo, en las circunstancias que rodeaban á los patriotas ántes de moverse de Valencia, la victoria de Carabobo, aunque tan importante, no era decisiva, porque Bóves rehecho ya con admirable prontitud, amenazaba invadir de nuevo los valles de la cordillera. Ricas las llanuras en caballos y ganado, y no escasas de hombres valerosos y robustos, tenia el jefe español cuanto necesitaba para reunir y montar en poco tiempo cuerpos numerosos. Por el Guarico, el Apure y el Orinoco recibia de Guayana fusiles y municiones para sus infantes, y las rejas de los arados y ventanas se trasformaban por su órden en bocados para los caballos y lanzas para los ginetes. Con tales medios y un desprecio absoluto por el derecho de propiedad, reparaba fácilmente sus pérdidas y hacia la guerra á la república con una actividad que sus contrarios no podian rivalizar. Un rasgo mui particular de la conducta de Bóves, era su indiferencia por el éxito adverso ó favorable de un combate; lo cual se esplica por su propio valor, que le hacia no desesperar de nada, por la facilidad de rehacerse, y mas que todo porque, juzgando útil á su causa la diminucion de los americanos, reputaba igualmente por enemigos á los que mandaba y á los que combatia. Semejante sistema, aunque inhumano, pasaba por donosa ocurrencia entre los españoles emigrados en Curazao y habia valido á Bóves sus ausilios y encomios, y el epíteto peregrino de festivo y gracioso. Así es que no ahorraban sacrificios para poner en sus manos cuantos recursos exigia su situacion.

No ignoraba Bolívar los poderosos aprestos que hacia aquel caudillo en Calabozo, donde se le habian ya incorporado los dispersos de Bocachica y á donde sin duda alguna irian los ginetes fugitivos de Carabobo; pero escaso de hombres y cercado de enemigos, se veia despues de una victoria forzado mal su grado á guardar la defensiva. Por esto no bien hubo triunfado en Carabobo, volvió al Tocuyito y allí determinó que Urdaneta con la division de Carácas fuese en persecucion de Cagigal, y que Mariño se situara en la villa de Cura con 1.500 infantes, 700 caballos y 100 artilleros, creyendo que por lo ménos tendria á Bóves en respeto miéntras él organizaba nuevas fuerzas y obtenia de los habitantes de Carácas los medios de vestir y alimentar á sus soldados. Ya hemos visto la penuria y miseria en que se hallaban estos, la pobreza de las pro-

vincias, el desconsuelo de todos. Pues á mas de esto los hospitales de Carácas y Valencia estaban llenos de heridos y de enfermos que morian por falta de pan y de asistencia. En Barínas se habia visto á las mujeres pidiendo combates : en el sitio de Valencia fueron algunas heridas en el momento de llevar el agua que se quitaban de la boca, para refrespar el cañon republicano : en Carácas muchas señoras principales recorrian aquellas casas de dolor, repartiendo ausilios y consuelos, y las margariteñas, tan varoniles como humanas, remitieron á la capital una suma considerable destinada á la curacion de los enfermos; pero tales socorros apuraron bien pronto los recursos de los contribuyentes, y como fuese nula la agricultura por falta de brazos, nulo el comercio por falta de confianza y capitales, la tarea de Bolívar se hacia cada dia mas penosa. Para él, hombre activo, pero no violento, escaseaba todo : en el campo de sus enemigos todo abundaba por medio de la fuerza.

Tal era el estado de las cosas cuando al promediar de junio se movió Bóves de Calabozo con 5.000 hombres de caballería y 3.000 fusileros. Mariño al saberlo, léjos de retirarse, se adelantó con sus 2.500 soldados hasta el azaroso sitio de la Puerta y en él tomó posiciones el 14. Al dia siguiente se le incorporó Bolívar casi al mismo tiempo que Bóves se presentaba en el campo; y esta circunstancia fué fatal para la república. La mala disposicion de los pueblos habia hecho que los patriotas no tuviesen noticias exactas de la fuerza del enemigo, y Mariño en la confianza de tener que habérselas con una proporcionada á la suya, tomó disposiciones para combatir á todo trance. La llegada de Bolívar, ocurrida en los mismos momentos que la de Bóves, no podia conducir á ninguna modificacion en aquel plan, porque dado que hubiese querido retirarse, el jefe español conociendo el error de sus contrarios, no les dió tiempo para hacerlo. Seguro de destruirlos con el impulso solo de sus masas, arremetió sin vacilar sobre ellos, y en pocas horas de mortífero combate los destrozó completamente. Justo es decir que sus disposiciones fueron buenas; que á ellas en gran parte se debió aquella ventaja. Escarmentado con los numerosos descalabros que el Libertador le habia hecho sufrir en San Mateo, conocia que sus ginetes jamas podrian vencer las formidables columnas cerradas que aquel oponia siempre á sus embates; y por eso, fiándose ya ménos en ellas para acometer, entró en la accion con la infantería al mando de Moráles, desplegada cuanto el terreno permitia, en

tanto que ocultos en los matorrales y las quiebras algunos escuadrones, se disponian á caer por derecha é izquierda sobre los enemigos. Siempre equivocado Bolívar acerca de la fuerza contraria, y mucho mas cuando no veia sino una parte de sus ginetes, destinó contra estos su caballería por el ala derecha de Bóves y á sus infantes atacó desde una altura inmediata con algunos cañones y un vivo fuego de fusilería. Bóves avanzaba impávidamente como si quisiese echarse sobre la línea de Bolívar y sin dar muestras de poseer mayores fuerzas. Entónces quiso el Libertador dar un golpe decisivo á su contrario, y para ello haciendo descender de una pequeña altura el batallon Aragua que estaba formado en columna, lo hizo desplegar en batalla por el flanco izquierdo de la línea contraria, para envolverla y destruirla. No bien se ejecutó esta operacion, cuando saliendo los escuadrones enemigos de su escondite, dieron sobre aquel cuerpo por un lado, y por el opuesto de la línea, sobre el costado de la caballería que bregaba hacia algun tiempo con la que hasta aquel momento habian tenido visible los realistas. A esto se siguió la derrota mas completa. El batallon de Aragua fué alcanzado, perdiéronse los cañones, la caballería fué destruida y un valeroso batallon de Cumaná que formó cuadro, dilató, pero no pudo evitar su entera ruina. Mas de mil republicanos perecieron en la accion, ó asesinados despues de cogidos prisioneros: entre aquellos estaban el coronel Manuel Aldao y el comandante Antonio María Freites: entre estos el secretario de estado Antonio Muñoz Tébar y el desgraciado coronel Diego Jalon que habia sido canjeado hacia algun tiempo por el teniente coronel Marimon. Pérdidas estas, entre tantas como en aquel dia se sufrieron, dolorosas en estremo para los patriotas. Jalon, español y antiguo amigo de la independencia americana, sufrió por ella con lealtad y constancia trabajos tales, que cuando salió de las mazmorras de Puerto Cabello, estaban su cuerpo y su espíritu destruidos: convalecido apénas, concurrió á la batalla de Carabobo y en ella hizo servicios importantes; hombre bueno, de escelente carácter y de un valor á toda prueba. Y Tébar, jóven, lleno de gracia, de talento y de instruccion, incansable en el bufete, impávido en las batallas, era el hombre mas querido del pueblo, del ejército y de Bolívar.

Este, Mariño y otros jefes pudieron escapar y se dirigieron á Carácas. De paso por la victoria, ofició el Libertador al coronel Escaona que mandaba en Valencia, previniéndole que á todo trance

defendiera la plaza, atento que él pensaba poder sacar todavía algunos recursos de la capital. No pudiendo resolverse á desesperar de la patria, fundaba esperanzas en las distantes tropas de Urdaneta y en una division de orientales que desde el 25 de mayo habia entrado en el valle de la Pascua, derrotando algunas fuerzas enemigas que sitiaban aquel pueblo.

Bóves en tanto, siguió el alcanze á los vencidos hasta la Victoria, que ocupó el 16: separada allí de su gente una division de 1,500 hombres, la puso á cargo del capitan Ramon González, para que siguiese á Carácas, y con el grueso de sus fuerzas se dirigió al sobre Valencia al amanecer del 17.

Las 11 de la mañana serian cuando llegó la vanguardia de los realistas al sitio de la Cabrera. Este punto importante, comedio entre Maracai y San Joaquin, es un pasaje estrecho que se forma sobre un istmo entre el lago de Valencia y la sierra costanera. En tiempos no mui remotos ese istmo estaba cubierto por las aguas, atento que el terremontero propiamente denominado la Cabrera y que por su medio se une hoi á la cordillera, formaba entónces una isla. Por él pasa el camino real que conduce á Valencia, y en esta circunstancia fundaron los patriotas la esperanza de defenderse. Para ello hicieron á uno y otro lado fosos trasversales que cortaban el camino por los rumbos de oriente y occidente desde el pié de la montaña hasta la orilla del lago. Ademas construyeron un fortin en el terromontero de la Cabrera, que entra todo en él, otro en la altura de la tierra firme, y colocaron cuatro lanchas cañoneras á poca distancia de esta, por el lado en que se creia deber atacar el enemigo. El teniente de fragata Pedro Castillo, de nacion canario, que estaba encargado de defender el puesto, tenia en la Cabrera 250 hombres y ciento á bordo de las lanchas mandadas por el alférez de fragata Ildefonso Molero. Si hubiese abundado en fusiles, habria podido armar muchos mas porque allí estaba reunida una numerosa emigracion de Cura, Cagua, Maracai y otros pueblos. Todos estos preparativos, fundados en la falsa creencia de que la montaña era inaccesible, ó bien en que el enemigo no atacaria sino por el lugar donde se le esperaba, fueron perfectamente inútiles. En observando Bóves que se habian desoyidado los patriotas en las precauciones por el lado de la tierra firme, trepó el cerro hácia el norte y bajó luego al istmo, no cortado en aquella direccion, burlando así el fuego de las lanchas y recibiendo de los fortines poco daño.

Los patriotas, oprimidos por el número y viéndose sin retirada, sucumbieron casi todos peleando miéntras les duró el aliento : muchos se ahogaron en el lago : otros lograron ganar á nado las lanchas ó trasladarse á las islas vecinas con el ausilio de sus caballos. De paso diremos que estos desgraciados patriotas, retirados á la isla de la Aparecida, despues á la del Burro y últimamente á la del Horno, se mantuvieron dueños de la laguna por el espacio de cuatro meses, hasta que el hambre y la division los obligaron á tomar diversos rumbos, cayendo muchos en manos de los jefes realistas y logrando otros escapar á las costas del mar, donde se embarcaron para las colonias.

Bóves llegó al frente de Valencia el dia 19, y su primer paso fué ofrecer una capitulacion á los defensores de la plaza; rechazada, los atacó el mismo dia, aunque sin fruto. Desde entónces quedó la ciudad estrechamente sitiada, sin que pudiera Escalona deponer las armas un instante segun eran de frecuentes las acometidas del enemigo. Luego empezó á faltarles todo lo necesario para mantener la vida. El agua no se obtenia sino con mucho riesgo, y apénas para mui pocos dias alcanzarian la carne de las bestias de servicio y la de perros y gatos que se habia hecho salar para sustento de la tropa. Por un instante creyeron los sitiados que iban á recibir ausilios de Urdaneta; pero vamos á ver como en breve se desvaneció aquella esperanza.

Este jefe al separarse de Bolívar recibió órden de perseguir á Cagigal hasta Barquisimeto, suponiendo que tomase el camino de Coro, de despejar todo el territorio que dejase á su espalda, de reunir á su division la fuerza que con Meza estaba en Trujillo y de salir luego sobre Araure y Guanare, á fin de recoger cuantas reses y granos pudiese, llevándolo todo á Valencia donde se carecia de estos artículos. En cumplimiento de esta órden ocupó Urdaneta á San Cárlos el 1° de junio, dejó allí 100 hombres á las órdenes del valeroso comandante José María Rodríguez para asegurar sus comunicaciones con el general en jefe, los equipajes, los enfermos, los heridos y el parque sobrante, llevando solo las municiones que juzgó necesarias para la correría que debia ejecutar. Con obra de 600 hombres que le quedaban continuó su marcha hácia Barquisimeto, y de allí pasó en persona al Tocuyo para despachar á Meza, con escolta suficiente, la órden de incorporacion; porque una compañía de caballería enviada poco ántes encontrara oposicion en

el sitio de los Horcones. Y en efecto, no habiendo pasado Cevállos en su fuga de los pueblos del occidente, se hallaba ya algun tanto rehecho y dando calor é impulso á sus guerrillas. Porque, es preciso repetirlo, todo aquel pais era adicto á los realistas y cualquier facineroso se creia autorizado para atropar una partida, gritar viva el rei, matar y robar á discrecion como en tierra conquistada.

Vuelto Urdaneta á Barquisimeto, se dirigió hácia Araure, llevando ya consigo una numerosa emigracion, pues bien puede decirse que en aquel tiempo aciago la poblacion republicana de Venezuela era ambulante. Pero apénas empezaba á ocuparse en la recoleccion de ganado y caballos, cuando llegó á sus oidos un confuso rumor de los desastres ocurridos al Libertador sin que pudiese, en medio de enemiga poblacion, averiguar lo cierto. Ciudadoso empero con aquellas malas nuevas, se puso en camino para San Cárlos y ántes de llegar á Camoruco ya le fué necesario batir dos fuertes partidas enemigas que intentaron detenerle. No teniendo caballería por falta de remontas, su posicion era apurada en la tierra llana que pisaba; y tanto mas, que Remigio Rámos con 600 ginetes estaba preparado á impedirle la entrada en la villa de San Cárlos. De hecho en la llanura de las Brujitas le acometió con denuedo; pero el jefe republicano habia tomado tan acertadamente sus disposiciones, que rechazado el enemigo, entró al poblado con mui poca pérdida, logrando á poco introducir con felizidad los enfermos y heridos, y mas de mil personas emigradas que llevaba. En San Cárlos vieron los patriotas confirmadas las tristes nuevas que ya tuvieran en Barquisimeto, y todo con razon lo dieron por perdido. Urdaneta tenia 600 hombres escasos, y ya no podia contar con los cien soldados de Rodríguez, en atencion á que estos habian salido en ausilio de Escalona: no tenia equipo ni municiones, porque Rodríguez las llevó consigo: pronto debia ser atacado por las fuerzas que los enemigos organizaban en el occidente y en Barínas: el pais estaba todo sublevado, y mas de mil personas emigradas embarazaban sus movimientos y aumentaban sus conflictos. No era imposible entrar en Valencia, si emprendiendo marchas rápidas por caminos escusados podia llegar á orillas de la ciudad, porque en tal caso 600 hombres determinados se abririan paso hasta penetrar en la plaza, pero ni podia esa marcha hacerse con sigilo á causa de ser el pais todo contrario, ni la entrada de aquella tropa en Valencia, dado que se

consiguiese, mejoraba el estado de la ciudad. Primero, porque no era suficientemente numerosa para que, unida á la guarnicion, pudiese hacer una salida y batir al enemigo : segundo, porque seiscientos consumidores más, necesariamente habian de acelerar la rendicion de una plaza que no debia esperar ausilios de otra parte. Así Urdaneta, despues de consultada la opinion de sus oficiales, resolvió volver atras, abrirse paso hasta el Tocuyo, reunirse á la division de Meza y esperar noticias ulteriores de Valencia y Carácas.

Hé aquí cómo se desvaneció para Escalona la esperanza de ser socorrido por aquel lado. D'Eluyar por su parte, forzado á levantar la línea de Puerto-Cabello, donde habia hecho inmortal su valor y constancia, se embarcó el dia 24 para la Guaira con la gente que le quedaba. Ninguna noticia se tenia de Bolívar, y para colmo de infortunio se unieron á Bóves el 4 de julio las tropas de Cagigal, Cevállos y Calzada que llegaban del occidente y de Barínas. Reducido Escalona al estrecho recinto de la plaza mayor, como en otros tiempos lo estuviera Urdaneta, se sostuvo sin embargo hasta el 9 en que no viendo ya vislumbre de esperanza, resolvió capitular. Tuvo efecto el tratado al siguiente dia, ofreciendo Bóves por él respetar la vida y propiedades de cuantos estaban en la plaza; y para dar al acto mas solemnidad se celebró el sacrificio de la misa en presencia de los dos ejércitos, y tomó aquel caudillo español por testigo al Ser Supremo de la inviolabilidad de sus promesas. Curiosa circunstancia que nos revela á la vez la mala fe del tiempo y la autoridad que Bóves se arrogaba sobre Cagigal, presente en su campo y capitan general de la provincia. Dos dias despues fueron asesinados el doctor Francisco Espejo, el coronel Alcover, todos los oficiales y sargentos y muchos particulares. Escalona logró escapar á favor de un disfraz y ausiliado de Cagigal, que con riesgo de su propia persona le facilitó los medios necesarios para el caso. Imagínese pues qué seria un ejército donde las mas sagradas capitulaciones se cumplian así y donde la autoridad principal no se atendia ni consideraba para nada por un guerillero audaz, rodeado de hombres tan desalmados como él. Cagigal y Cevállos eran vistos en efecto con desconfianza y odio por Bóves, Moráles, Calzada y sus bandidos : hombres de fina educacion, habituados al órden y á la disciplina de las tropas de línea, y naturalmente buenos, no podian hallar lugar entre la hez de la especie humana.

[illegible] de [illegible] que los españoles ocupaban á Carácas. Al principio se habia manifestado Bolivar resuelto á [illegible] y [illegible] agua y bastimentos al [illegible] principio, en el seminario y otros edificios que estaban comprendidos en el recinto de la parte fortificada, al lado de la plaza principal, pero mas pronto mudó de parecer [illegible] Desde luego era no solo conveniente sino justo [illegible] los [illegible] de un sitio: ella era el [illegible] de los [illegible] de la opinion del pais, la que mas sacrificios habia hecho en favor de la causa republicana, la que en adelante podia ayudar la [illegible] con posibilidad de obtener [illegible] mucho tiempo, de ser asaltado y de triunfar de nuevo, [illegible] desaparecido ante la [illegible] existia ninguna esperanza fundada de hacer una resistencia útil, [illegible] y su valor. Por otra parte la victoria de [illegible] dado entrada para los patriotas su línea de [illegible] y conquistada la cordillera desde Carácas [illegible] el oeste, y privados de los socorros de las mas ricas provincias, en precisa organizar en las del oriente una nueva resistencia, porque ya no estaba aquel tiempo en que el Libertador pudo contener á Boves en San Mateo y Urdaneta esperar en Valencia á que [illegible] mas que, despues de hecho un reconocimiento [illegible] sobre Gonzales en la Ajuntas, emprendió Bolivar el dia 6 de junio su retirada, tomando el camino que lleva á Barcelona por la montaña de España y la costa del mar. Como por do quiera, siguió entonces á las tropas una numerosa emigracion, pues Carácas, asombrada con lo que la fama publicaba de los excesos de Boves y sus tropas, se levantó poco menos que en masa, para [illegible] imposible es acordar sin estremecerse los [illegible] de la pobre gente. El hambre, las enfermedades, [illegible] de los bosques y el hierro del enemigo [illegible] en [illegible] que llegaron al [illegible] de las tropas, y como ellas perecieron o [illegible] algunas, antes [illegible] mas tarde [illegible] mejores, pocas pudieron celebrar su [illegible] tan imprudente emi-

gracion quitó á Carácas mas habitantes que el terremoto de 26 de marzo de 1812.

Abandonada pues la poblacion, algunos buenos vecinos salieron al encuentro de González, pidiéndole que impidiese el saqueo y las violencias. González, que era hombre bueno, no solo dió fácil y favorable oido á sus ruegos, sino que apresuró su marcha por el camino de Antimano, á fin de llegar primero que otro realista, jefe de partida y de nombre Machado, que avanzaba al mismo tiempo por la ruta de Ocumare. Nada ménos se proponia este perverso que entrar á saco y degüello el pueblo de Carácas. Ya habia robado el del Valle, y en viaje para la capital asesinado al conde de la Granja y á otro vecino respetable que salieron á recibirle; pero detenido en el sitio del Mamon por una órden de González, pudo este entrar primero que él á la capital é impedir los escesos que meditaba aquel feroz bandido.

Cagigal entre tanto, despues de haber perdido el tiempo y la paciencia en atraer á Bóves á buen partido de obediencia y mansedumbre, dispuso que Calzada marchase al occidente en persecucion de Urdaneta y él se retiró á Puerto Cabello. Bóves, ambicioso de suyo, y enseñado con el ejemplo de Monteverde, se apoderó del mando, y disponiendo como jefe absoluto, ordenó que Morales con una fuerte division picase á Bolívar la retaguardia, y él mismo le siguió el 26, despues de haber nombrado por gobernador de Valencia al oficial español don Luis Dato, y de Carácas al traidor Don Juan Nepomuceno Quero. Sus actos mas notables en los diez dias que permaneció en la capital, fueron dos indultos que hizo publicar en 18 y 26 de julio y una órden que circuló en 25 á todos los justicias mayores de los pueblos para que, por sí solos y sin la intervencion de ningun tribunal superior, mandasen fusilar á cuantos hubiesen tenido parte en la muerte de los españoles prisioneros. Por de contado semejante comision, dada á hombres ofendidos y por lo comun ignorantes, debió producir y produjo en efecto terribles é injustas represalias. Árbitros de calificar el delito y estimulados, ora por la venganza, ora por el deseo de enriquecerse con los despojos de sus víctimas, asolaron aquellos iniquos juezes el pais, cebándose como de ordinario lo hacen el odio y la tiranía en lo mejor y mas notable. Por todas partes se organizaron bandas de asesinos que en el silencio de la noche sacaban de pueblo

do á los hombres con órdenes supuestas de la autoridad, y en parajes no muy distantes los degollaban sin misericordia. Entónces fué cuando Chopito González, jefe de los verdugos realistas de Caracas, hizo por siempre horrible su nombre y el de la cañada Cotiesita: entónces fué cuando la Victoria, San Mateo, Cura, Tuirmero y otros pueblos conocieron otros hombres y otros sitios de horror y maldicion. ¿Quién creerá que en aquellos dias aciagos fué la pronta partida de Bóves un mal para Caracas? Pues ello es cierto que este inhumano hubiera cumplido su decreto con ménos ferozidad que el cobarde é infame Quero. Aquel, como todo hombre valeroso, tenia momentos de generosidad y aun de clemencia: era ignorante, pero no indócil al consejo; y por una peculiaridad de su carácter, oia con placer y deferencia el de las gentes honradas. Su antigua profesion y sus desgracias le habian puesto en relacion con muchas personas que le sirvieron y por las cuales conservó siempre una profunda gratitud. Así los Bóves, Navas Spínola y Don José Domingo Duarte tenian sobre él un poderoso ascendiente, que pudo ser muy útil á la vecindad, por cuanto frecuentemente y casi siempre con éxito dichoso lo emplearon en beneficio del comun. Pero Quero, traidor y cobarde, no tenia mas anhelo que el de hacer olvidar sus antiguas opiniones, borrándolas con sangre de sus compañeros; sin poseer la actividad y astucia de Morales, era tan cruel como él; y despues de haber renegado de la patria, no fué en el partido de sus enemigos sino un oscuro militar y un adulador perpetuo.

Con las tropas que el Libertador sacó de Carácas y las que pudo reunir en el tránsito, llegó á juntar hasta 2.000 hombres, que situó en el pueblo de Aragua de Barcelona. Hállase este en la orilla derecha del rio de su nombre que le demora al sur, y un espacio de 14 leguas lo separa por el norte de la ciudad de Barcelona. En compañía de Bolivar y con el carácter de segundo suyo en el mando del ejército, estaba el coronel Bermúdez, á quien Mariño habia despachado de Cumaná con mil hombres para ausiliarle. Ocupábase en hacer preparativos de defensa, construyendo algunas obras de fortificacion, cuando se presentó Morales con 8.000 hombres, el 18 de Agosto. Conociendo Bolivar que convenia disputarle el paso del rio, dividió su gente en tres cuerpos y situó estos al frente y á los dos lados del pueblo. Si los realistas, huyendo del obstáculo que se les oponia por el camino real, intentaban vadear el rio por otra parte, debian cambiarse estas posiciones segun lo exigiera la

necesidad, si bien conservando entre sí órden entónces, porque ha de advertirse que el rio forma una curva remiciendo por el sur del pueblo, donde debia hacerse la principal defensa. Bermúdez quisiera que se abandonase el rio para concentrarse en la parte fortificada de la poblacion. Dictámen poco meditado por cierto, atento que de ese modo se inutilizaba la caballería del ejército, escelente por su calidad, mandada por buenos jefes, y se ataba. Por desgracia los desastres de la guerra, lejos de calmar, habian sumidado las divisiones provinciales, y en tierras de oriente, no con tropas y oficiales de Maríño estaba Bolívar forzado á condescendencias nacidas al servicio público; así en la ocasion presente, dejando que Bermúdez modificase á su antojo el plan que habia trazado, no estuvo á mirar el combate, sin tomar en sus disposiciones preliminares parte esencial ni decisiva.

Morales ordenó el ataque por el punto en que el rio se cruza con el camino real, al mismo tiempo que una parte considerable de su fuerza intentaba el paso mas arriba por el flanco izquierdo de los patriotas. Un batallon que cubria este flanco y que hubiera podido oponerse al designio del enemigo habia sido mandado retirar por órden de Bermúdez, de manera que las tropas del centro, cargadas luego por el frente y de costado, hubieron de replegar sobre las casas. El ala derecha donde mandaba Bolívar, viéndose aislada, ejecutó el mismo movimiento: desde entónces la batalla empezada á las ocho de la mañana en el rio, se redujo al ataque y defensa de las calles. Apoderado Morales del bosque que circuye en parte la villa, hacia desde ellí un estrago horroroso en los patriotas al mismo tiempo que por otros lados los estrechaba con grandes masas de infantería y caballería, tomándolos uno á uno sus puestos. Las tropas republicanas no desmintieron por cierto en aquel dia su valor tan nombrado; pero el fuego de los cañones y fusiles enemigos reducia á cada instante sus filas por tal término, que á las dos horas de combate era visible la imposibilidad de sostenerlos mas tiempo contra tan perdidos y numerosos enemigos. Ya habian muerto los mas valientes oficiales; las calles estaban llenas de cadáveres; otros heridos, rescatados del tropel, inundaban en sangre el pavimento. Hacia la mitad del dia, el mejor cuerpo de caballería republicana fué derrotado y herido mortalmente su jefe Francisco Castañeda, que al dar despedazado su último aliento, mandó que le pusiesen al frente de su caballería, para que no se desalentase por su muerte.

do el ánimo, volvió cara y fué acuchillada. Aquel hombre estraordinario, que ya hemos visto haciendo alarde de su valor y destreza peregrinas en combates singulares, habia hasta entónces rechazado las numerosas masas de Moráles y aun inspirádoles un terror profundo. Por su lado, y para oprimirle, fué por donde el enemigo puso en accion todos sus recursos : la mejor caballería, el mayor número de infantes, los cañones ; todo inútilmente largo rato, porque Carvajal manejando las riendas del caballo con la boca, y con entrambas manos una ó dos lanzas á la vez, no dejaba avanzar un paso á sus contrarios. Victoriosos estos con su muerte en el punto de mas difícil acceso, era ya inútil disputarles por mas tiempo el campo. Conociéndolo así Bolívar, se retiró con mucha parte de la gente de Carácas por el camino de Barcelona; pero Bermúdez, para reparar una primera falta, cometió otra mayor, prolongando la resistencia hasta las dos de la tarde, por desesperacion mas que animado de ninguna esperanza racional. A esa hora la absoluta imposibilidad de continuar la pelea le decidió á retirarse, y lo hizo por el camino de Maturin, llevando consigo los restos de la caballería al mando de los comandantes José Tadeo Monágas, Pedro Zaraza y Manuel Cedeño.

La pérdida de los patriotas fué grande en esta jornada : pero los realistas tuvieron que comprar la victoria con mil hombres muertos y mas de dos mil heridos. Moráles pasó á cuchillo no solamente los prisioneros sino una gran parte de la vecindad, sin respetar edad ni sexo, haciendo, como Rosete, su mantanza en el recinto mismo de la iglesia. Por esta razon los muertos de uno y otro partido alcanzaron en aquel aciago dia á 4700, todos americanos.

Persuadido Bolívar de que no podia conservar á Barcelona, la evacuó inmediatamente dirigiéndose á Cumaná. Allí, reunido á Mariño, Ríbas, Azcúe, Valdes y otros jefes, conferenció con ellos acerca del partido que fuese conveniente tomar en aquellas circunstancias. Algunos querian defender la ciudad, pero la mayoría de los caudillos principales decidió en junta de guerra lo contrario, y Cumaná fué evacuada el 25 de agosto. La poca tropa que allí habia marchó hácia Maturin : Bolívar y Mariño se embarcaron con direccion á Margarita en la escuadrilla que mandaba Bianchi.

El motivo principal de esta determinacion del Libertador fué el de poner en salvo un gran tesoro que destinaba á comprar armamento para la formacion de un ejército respetable. Porque es preciso

advertir que el alto clero de Carácas habia puesto en sus manos para ocurrir á las urgentes necesidades de la república, todas las joyas de las iglesias, muchas y preciosas. Habíalas llevado consigo Bolívar, y no considerándolas seguras en ningun punto del continente, resolvió fiar aquel depósito al valor y fidelidad de los margariteños. Pero la rapazidad de un aventurero convirtió en daño suyo esas mismas precauciones. Bianchi era una especie de filibustero italiano que buscando á toda costa el medio de enriquecerse, se habia puesto á servir en Venezuela para tener en sus puertos un asilo, y en sus plazas un mercado para la venta de las presas. Viendo en su poder tantas riquezas y que los confiados pasajeros eran pocos, no pudo resistir á la tentacion de despojarlos, y así lo declaró á ellos mismos con una desvergüenza inimitable. Cediendo empero á las reclamaciones de Bolívar y Mariño, les dió por fin á vista de las costas de Margarita una pequeña parte de las alhajas y dos buques de su escuadrilla para que siguieran á Cartagena.

Perdido el objeto que les habia determinado á embarcarse, no quisieron Bolívar y Mariño alejarse de la patria ántes de probar de nuevo la fortuna en el campo de batalla, y para ello en lugar de dirigir su rumbo á las costas de la Nueva Granada, guiaron á Carupano, á donde llegaron el 5 de setiembre. Para este tiempo los caudillos militares de la provincia habian dado un decreto de proscripcion contra ellos, por haber abandonado el ejército, y la ciega é insconstante plebe, juguete de algunos ambiciosos, se amotinó á la llegada de los ilustres fugitivos, que iban de nuevo á defenderla: el nombramiento que ya se habia hecho de Ríbas y de Piar para mandar las tropas, como primero y segundo jefes, esplica suficientemente el orígen y los motores de estos manejos criminales. Ríbas, que á la sazon se hallaba en Cariaco, acudió á Carúpano el 4, puso preso á Mariño y á su afin Bolívar dejó libre, pero destituido. Fortuna de ambos fué que Bianchi instruido del caso tuviese la humorada de proteger á aquellos hombres despues de haberlos robado, y se presentase reclamándolos en actitud amenazadora. Él 8 salieron de Carúpano para Cartagena á tiempo que Piar llegaba de Margarita con 200 hombres, ansioso por reunirse al compañero, y entrar en el ejercicio de su nueva autoridad. Así, un acto de insubordinacion fué orígen de los desastres de Aragua; uno de ambicion y motin privó á la república del brazo y la cabeza

de Bolívar. Mas grande que todos fué el mal que causó dando un ejemplo fatal á la disciplina y sembrando en los ánimos odios y rencores funestos que despues produjeron abundante cosecha de desgracias.

Cuando esto sucedia en Carúpano, estaban combatiendo con Moráles los patriotas de Maturin. Desde el 7 de setiembre se habia presentado el sanguinario teniente de Bóves frente á la plaza con una fuerza de 6490 hombres é inmediatamente intimó la rendicion, haciendo como de costumbre mui honrosas proposiciones que no debian cumplirse. Bermúdez tenia 1000 ginetes y 250 infantes: con él estaban Pedro Zaraza, depues tan célebre por su constancia y su moderacion ejemplar, Cedeño tan obediente como valeroso, el activo José Tadeo Monágas y otros muchos jefes que preparaban á Venezuela dias de gloria en su mayor adversidad. Con acuerdo de todos y de la tropa se contestó á Moráles, como ántes se hiciera á Monteverde: « que el pueblo de Maturin prefería el esterminio « á la esclavitud. »

Desde el 8 desplegó el caudillo español sus tropas en guerrillas para hostilizar la plaza de cerca, y ver si podia atraer fuera de su recinto á los patriotas. Contentáronse estos con oponerle otras que rechazaron ventajosamente las suyas; pero cansados de aquel sistema de guerra fatal para ellos, por cuanto el enemigo se reforzaba diariamente, resolvieron tomar la ofensiva, y el 12 atacaron á Moráles. Al principio todos los esfuerzos de los republicanos se estrellaron contra las masas imponentes de los realistas, y aun hubo momentos en que la accion pareció de tal modo perdida, que algunos cuerpos se desbandaron y huyeron. Alentados, sin embargo, con la voz y el ejemplo de sus jefes, y llevados de un impulso de desesperacion, se arrojaron á una sobre la infantería enemiga y á los doce minutos de terrible brega destrozaron la mayor parte y pusieron en fuga la caballería, que sus ginetes persiguieron el espacio de media legua. De regreso acabaron con los infantes que se habian refugiado en los bosques, llegando por esto la pérdida de los realistas á 2200 hombres muertos y á cerca de 900 prisioneros. Quedaron ademas en poder de Bermúdez 150,000 cartuchos, 2100 fusiles, 700 caballos ensillados, 6000 bestias en pelo y 800 reses de ganado mayor. Su pérdida fué de 74 muertos y 100 heridos. Moráles con los soldados que pudo salvar huyó por el camino de Barcelona hasta Urica, donde se detuvo para esperar á que Bóves se le reuniera.

Con las armas adquiridas en esta feliz jornada y 400 hombres que llevó Ribas á Maturin 15 dias despues, comenzaron los patriotas á tomar una actitud respetable. Bien pronto lograron organizar una fuerza de 2200 infantes y 2500 ginetes. Esperábase ademas la incorporacion de Piar, enviado por Ribas desde Cariaco con 500 hombres sobre Cumaná, para proteger y conducir á Maturin la emigracion de Caracas. Piar ejecutó felizmente la primera parte de este plan, pues habiendo derrotado en la quebrada de los Frailes á los realistas que guarnecian aquella plaza, la ocupó el 29 de setiembre; mas no quiso despues abandonarla, como le estaba prevenido, y resolviendo de propia autoridad hacer defensa en ella, aumentó su tropa hasta 2000 hombres mal armados. Bóves, que se preparaba en Barcelona para reunirse á Moráles en Urica, mudó de parecer al saber los sucesos de Cumaná y á toda prisa se puso en marcha contra Piar. Esperóle este en la Sabana del Salado el 16 de octubre; pero con tan mala fortuna, que rota y fugitiva su gente, pereció casi toda bajo la cuchilla de Bóves. La misma suerte tuvo una gran parte de la emigracion refugiada en Cumaná, porque en aquel hombre crecia diariamente con el hábito y las dificultades la sed de sangre americana: los comandantes militares de los pueblos y los jefes de partidas que recorrian los campos recibieron órden de pasar por las armas á todos los patriotas que cayeran en sus manos, sin necesidad de exámen ni aviso. Males mui graves produjo esta voluntariedad de Piar, y ella hace ver como una vez roto el lazo de la disciplina militar, se propagaba rápidamente la desobediencia y daban ejemplo de ella los mismos que, creyéndose sin duda superiores á Bolívar, aspiraban á ocupar su lugar en la guerra y en la política.

La desgracia del llamado segundo jefe del ejército y la marcha de Bóves contra Maturin por la serranía de San Antonio, llegaron á un tiempo á noticia de Ribas y Bermúdez, cuando se hallaban en el sitio de Guacharácas, ya en camino para atacar á Moráles en Urica. Siempre pronto el fogoso y violento Bermúdez á proponer ó, mejor dicho, á imponer un plan á sus jefes, propuso torcer á la derecha por los pueblos de Caicara y San Félix para ir al encuentro de Bóves en la tierra montuosa, cuando Ribas queria que se continuara en el primer intento de atacar á Moráles ántes que pudiera rehacerse, y en lugar donde pudiese obrar con ventaja la caballería. Otra vez la division de pareceres, la presuncion y el orgullo

produjeron males infinitos, y otra vez Bermúdez, frenético, contra lo ordinario, con la contradicion, siguió sus caprichos sin carente un épico de la obediencia. Ribas, viendo su terquedad, retrocedió con su escuadron hácia Maturin, y el compañero con el resto de las tropas, casi todas orientales, se dirigió contra Bóves. Para esperarle tomó posiciones con su infantería en las alturas de los Magueyes, y al pié de estas en terreno llano hizo formar la caballería; pero todo paró en vergüenza y daño de los patriotas. El 9 de noviembre se presentó Bóves, atacó con denuedo las alturas y casi sin trabajo los desalojó de ellas, poniéndolos en fuga. Activamente los persiguió despues, y acabara sin duda alguna con sus restos si fedoba, que mandaba la caballería, no le hubiera contenido, haciendo frente y combatiendo en retirada todo el dia: así protegidos, los infantes se refugiaron por fin á Maturin.

Si se considera que la terrible derrota sufrida por Morales en este punto, habia no solo disminuido sino desmoralizado su tropa: que sus restos, dado que se reorganizaran todos en Urica, no podian formar en número ni en calidad una fuerza capaz de resistir con ventaja á la que poco ántes le venciera y con la victoria se acrecentara: que Bóves, mas audaz, activo é inteligente que su segundo, llegaba con un ejército respetable, probado en lides, triunfador y lleno de confianza en su valor y en su jefe: y por fin, que de cualquier manera que se raciocine, la opinion de Ribas en cuanto al ataque de Morales era la mas fundada y lisonjera, no podemos ménos de deplorar las fatales resultas que de adoptar la contraria se siguieron, y de hacer responsable á Bermúdez de la pérdida definitiva del pais, originada esclusivamente de su desobediencia y presuncion.

Acabamos de ver en la rota de los Magueyes su inmediato resultado; la reunion de Bóves á Morales en Urica fué el siguiente. De hecho, el terrible caudillo de los realistas abandonó la persecucion de Bermúdez, dejó tranquilos á los patriotas todo el resto del mes, y sin dar muestras de querer tomar la ofensiva, solo se ocupó en reparar las pérdidas de su tenente, procurándose nuevos recursos y nuevos hombres. Y esto hace ver hasta qué punto fué completa la derrota de Maturin y cuán sabio era el consejo de Ribas. Aprovechó este el respiro que le daba su enemigo para hacer algunos preparativos, y en seguida, como le viese remiso en el ataque y se hallase con 3000 hombres, cuya manutencion costaba penas infi-

nitas, resolvió tomar la ofensiva, buscándole en sus posiciones. Nueva disputa se armó entónces entre él y Bermúdez que quisiera esperar allí á los realistas para aprovechar las ventajas naturales del terreno; pero su reciente desgracia y la confianza que inspiraban las virtudes militares de Ríbas, le obligaron á ceder esta vez, si bien despues de producir con su porfía la separacion de muchos jefes. Ya el terrible contagio de la desobediencia habia cundido y era fácil predecir el término de la república.

Disimulando apénas sus zelos el uno, y el otro su enojo, salieron Bermúdez y Ríbas de Maturin para dar á Bóves una batalla decisiva, y el 5 de diciembre se hallaban ya bajando al valle de Urica, donde los esperaba su enemigo con 7000 hombres, formados en dos líneas paralelas é iguales de infantes, con caballería á los costados. Al ver Ríbas estas disposiciones y la superioridad de las fuerzas que iba á combatir, comprendió que era necesario compensar las ventajas de Bóves con un grande arrojo de su parte, y al efecto, escogiendo 400 de sus mas valerosos ginetes, formó de ellos dos cuerpos destinados esclusivamente á romper las filas enemigas. El uno á cargo de Zaraza ocupó la izquierda de su línea; el otro se situó á la derecha mandado por Monágas: la infantería formó en el centro á las órdenes de los tenientes coroneles Blas José Paz del Castillo y Andres Rójas: á retaguardia de esta se hallaba el grueso de la caballería, regida por el comandante Jesus Barreto y algo mas léjos algunas compañías de reserva: en fin, tres piezas de artillería fueron distribuidas á lo largo de la línea. Llegados los patriotas á competente distancia, dispuso Ríbas que los cuerpos de Zaraza y Monágas abriéndose impetuosamente paso por ambos flancos del enemigo, saliesen á retaguardia de su infantería, y que entónces volviendo caras la cargasen, miéntras él y Bermúdez en persona la atacaban por el frente con la tropa de Castillo: la caballería de Barreto debia ausiliar al cuerpo de ginetes que flaqueasse. Un grado se ofreció á cada oficial y una recompensa pecuniaria á cada soldado, si la batalla se ganaba; y los jefes, recorriendo las filas, declararon que la suerte de la república iba á quedar decidida en aquel dia. El instinto del soldado le hace concebir fácilmente su verdadera posicion en el campo de batalla, y así, conociendo todos que allí se trataba de la vida ó de la muerte, propusiéronse, ya que no pudiesen vencer, sucumbir gloriosamente.

Bóves inmóvil, como si le preocupase un grave pensamiento, se

estuvo á aguardar el ataque, viéndose con sorpresa que por la primera vez se abstuviese de prevenir á su enemigo. Valeroso empero, como siempre, se colocó á la derecha, por ser aquel flanco el mas débil de su línea. Sobre él cayó Zaraza con tal ímpetu y consejo, que sobrecogidos los realistas, volvieron la espalda en el desórden mas completo; entónces fué cuando Bóves, despues de haber hecho los mas heróicos esfuerzos para detener á los suyos, quiso retirarse; su caballo, indócil á la voz y el freno, se encabritó, y un oscuro soldado republicano cuyo nombre jamas se ha podido descubrir le atravesó el pecho de un lanzazo, derribándole en el acto muerto al suelo. Este suceso debió decidir la accion en favor de los republicanos; pero cuando Zaraza, destruida el ala derecha de los enemigos, quiso cargar por la espalda á su infantería, vió que Monágas habia sido rechazado sobre la caballería de Barreto y que ambos cuerpos en su fuga caian sobre los infantes patriotas y los desordenaban. Viéndose solo y cercado, á retaguardia de Morales, no tuvo mas remedio que abrirse paso por la fuerza; lo cual logró con pérdida de la mitad de su gente. Para entónces toda la caballería republicana estaba en fuga vergonzosa, y la infantería, mandada solo por Castillo, completamente cercada por el ejército contrario. Pereció toda, toda, desde su valeroso jefe hasta el último soldado, y Ríbas y Bermúdez regresaron casi solos poco tiempo despues á Maturin.

Allí, con el último ejército de la república, pereció uno de sus mas virtuosos é ilustrados hijos, aquel licenciado Sanz que en una época anterior á la revolucion hemos visto tan consagrado al servicio de su patria. Perseguido por Monteverde, habia gemido muchos meses en las mazmorras de la Guaira y en las de Puerto-Cabello, hasta que la audiencia española establecida en Valencia le puso en libertad. Perdidas las provincias del centro y del occidente por consecuencia de la batalla de la Puerta, emigró á Margarita y allí se hallaba cuando su amigo Ríbas, deseando oir sus consejos y aun obtener su mediacion para cortar de raiz las disensiones de los jefes militares, le llamó á su lado, haciendo valer á sus ojos el bien que de ello se seguiria á la república. La víspera de la accion de Urica se avistaron y conferenciaron largo rato, separándose luego sin empezar la pelea. Con la muerte del ilustre letrado, fueron á manos de Morales sus preciosos trabajos literarios, y entre otras una parte de la historia de Venezuela, para cuya redaccion

habia acopiado inmensos materiales. Todos fueron destruidos.

Despues de la victoria reunió Morales un consejo de oficiales, con el fin aparente de nombrarle un sucesor á Bóves en el gobierno político y militar de las provincias que habian conquistado sus armas; pero en realidad para hacerse reconocer por tal el mismo. Así lo entendió y así lo dispuso la mayoría: si bien algunos imprudentes se atrevieron á proponer el reconocimiento de Boves, lo cual pagó el feroz caudillo mandándolos asesinar pocos dias despues.

Reconocido por jefe del ejército y circulado que hubo algunas órdenes para asegurarse de la obediencia de Carácas y otros puntos, emprendió su marcha á Maturin y llegó frente á ella el 10 de diciembre. Los patriotas tenian por todo 500 infantes é igual número de caballos: la plaza estaba defendida con tres terraplenes y dos baterías que miraban á las diferentes avenidas. Esto, el Guarupiche que la domina al norte y los terrenos pantanosos que la circuyen por el naciente, hacian de aquel punto un buen sitio; pero como escasearan los pertrechos, y el valor, abatido con las desgracias, comenzase ya á abandonar los ánimos, habiendo sido abandonado á Bóves y Bermúdez, de acuerdo esta vez, no decidieron lo contrario.

Enorgullecido el sucesor de Bóves con el triunfo de Urica y confiado en la superioridad de sus fuerzas, no queria perder el tiempo haciendo á la rebelde y heróica Maturin un sitio en forma, sino sobrecogerla por medio de un asalto. Intentólo efectivamente en la noche del 10 por el sitio del Mirador con 1500 hombres escogidos, precisamente á tiempo que los patriotas, deseando sorprenderle, hacian salir á Cedeño con una gruesa partida. Rechazado dos los realistas por el fuego de los terraplenes y baterías, y atacados en su mismo campo, reunieron sus esfuerzos para derrotar á Cedeño, y este hubo de suspender la pelea y salvarse, si bien despues de haberles causado una pérdida considerable. Mas tarde de la mañana del siguiente dia ordenó Morales un acometimiento general contra todos los puestos matuminenses, y los realistas adquirió entonces una gravedad y encarnizamiento extraordinarios. Brillante fué la defensa de Bóves y Bermúdez, digna á todas luces de su valor tan celebrado; mas ¿qué podian ellos contra aquellas especies y pujantes masas, no teniendo dado un quinto de soldados para cubrir un gran número de atalayas y mantener otro

ques incesantes y cada vez mas obstinados? Faltos ademas de pertrechos, ni aun con mas tropas hubieran podido hacer dudoso el éxito de la pelea; y así, apoderados los enemigos de todos los terraplenes y baterías despues de haber perdido 1000 hombres, ocuparon á sangre y fuego el recinto, degollando sin distincion de edad ni sexo. La pequeña fuerza republicana que sobrevivió á la brega terrible de aquel dia, se dispersó completamente: algunos hombres se guarecieron en los bosques del Buen Pastor: otros en los pueblos de la costa: 200 á las órdenes de Bermúdez en la montaña del Tigre, y Ríbas con dos ó tres oficiales occidentales tomó la ruta de los llanos de Carácas, tirando á reunirse con Urdaneta, á quien suponia con fuerzas en comarca de Barquisimeto. Siguiendo su camino el esforzado jefe de los republicanos, llegó en pocos dias á los montes de Tamanaco, cercanos al valle de la Pasona, y allí, fatigado de la marcha, enfermo y triste, quiso descansar algunas horas y conseguir mantenimientos del vecino pueblo. Confió esta comision á un negro esclavo suyo, que conocia por fiel y valeroso, en tanto que los compañeros, rezelando no se originase una desgracia de aquel paso imprudente, le abandonaban despues de haber procurado vanamente decidirle á continuar la jornada. El esclavo de Ríbas llegó al poblado, y desconocido por la pequeña vecindad, tuvo la desgracia de inspirar fuertes sospechas. Interrogado por el juez, se contradijo, y luego al punto atormentado, confesó de plano la verdad y condujo una manga de esbirros á donde estaba su señor. Cogieron á Ríbas segun es fama profundamente dormido, y despues que le hubieron maniatado, le llevaron al pueblo, escarneciéndole con obras y palabras indecentes, á las cuales unió en breve el populacho sus oprobios asquerosos. Hubo prisa de matarle, porque las pasiones populares no aguardan mucho tiempo; y de luego á luego sin aparato ni mayor formalidad el invicto guerrero rindió la vida á manos de la plebe vil y desalmada. Su cabeza fué conducida á Carácas y, en una jaula de hierro, colocada en el camino de la Guaira con el gorro frigio que usaba siempre como emblema de la libertad.

Las provincias orientales quedaron pues de un todo sometidas por las tropas de Morales, á tiempo que una escuadrilla bloqueaba las costas desde la Trinidad hasta Irapa, para impedir que los patriotas saliesen del pais. Muchas familias que se acentinaron á

hacerse al mar en busca de un asilo estranjero, fueron apresadas y arrojadas al agua.

Para aquel tiempo estaba tambien sometido el occidente. Urdaneta, como ya vimos, obligado por la necesidad, resolvió emprender desde San Cárlos su retirada y lo verificó hábilmente, burlando la vigilancia y la persecucion de Rámos. Dejadas las mujeres y los niños de la emigracion en aquella villa, y reunido al comandante Meza en Camoruco, siguió mas desembarazado y con mas fuerza su camino hasta Cabudáre, donde hizo alto para prepararse á combatir en la creencia de que Cevállos le opondria en Barquisimeto alguna resistencia. No fué así, porque el jefe español evacuó la ciudad dejando libre el paso, y Urdaneta llegó al Tocuyo sin mas molestias que las que le causaban algunos cuerpos francos enemigos.

En este último lugar se detuvo algunos dias por si conseguia saber de Bolívar, y cuando ménos lo esperaba se presentaron en su campamento unos cuantos soldados pertenecientes á los cien hombres que Rodríguez sacó de San Cárlos en ausilio de Escalona. Aquella gente esforzada habia llegado hasta las puertas de Valencia, y atacada por los enemigos para impedirle la entrada, hubo de tomar la serranía, concibiendo el arrojado designio de retroceder para buscar la division de occidente, sin saber á punto fijo dónde estaba. Su marcha fué un perpetuo combate, sus trabajos infinitos. El camino que debia seguir era por Nirgua, San Felipe, Yaritagua y Barquisimeto, y en todo él de dia y de noche fueron perseguidos y atacados por las innumerables partidas que hormigueaban en el territorio, perdiendo soldados, oficiales y emigrados; marchando por cerros y bosques, sin caminos y escasos de vituallas. De aquellos 100 valientes 46 se reunieron por fin á Urdaneta, conducidos por el comandante Landaeta, pues el dia ántes en las inmediaciones de Quíbor habia muerto combatiendo el comandante Rodríguez.

Las noticias que llevaban eran fatales. Por ellas y las que poco despues dieron algunas personas del Tocuyo dignas de confianza, quedó fuera de toda duda la rendicion de Valencia, el abandono de la línea de Puerto-Cabello, la evacuacion de Carácas, la retirada del Libertador para oriente, el triunfo en fin de los españoles y la destruccion de la república. Nada habia ya que esperar, ni era oca-

sion de otra causa que de ver cómo se salvaba aquella division de occidente, resto precioso de tantos combates, para ocasion mas feliz ó al ménos para que sirviese á un pais hermano. Allí fué pues donde se resolvió definitivamente la retirada hasta ponerse bajo la proteccion de la Nueva Granada, miéntras que el Libertador aparecia por alguna parte.

Para ello empezó Urdaneta á poner órden en dos negocios importantes: la subsistencia y la organizacion de la tropa, cosas ambas indispensables en todo tiempo y mayormente en una retirada al frente del enemigo. Lo primero consiguió deteniéndose algunos dias en Humucaro-bajo, recogiendo ganado por las inmediaciones del Tocuyo, y quitándolo á las partidas enemigas que se habian hecho dueños de aquellos territorios. Luego viendo que los mil hombres que llevaba eran piquetes de cuerpos diferentes, formó tres principales, denominados Barlovento, Valencia y Guaira. Aquel puso á las órdenes de Andrés Linares y José Anzuátegui, como primero y segundo jefes: el segundo á las de Miguel Martínez y Pedro Leon Torres: el tercero á las de Domingo Mesa y Juan Salias. Formáronse tambien dos pequeños cuerpos de caballería, y uno de artillería para el servicio de dos piezas de campaña que tenia. Varios oficiales distinguidos y que despues sirvieron útilmente á la república, acompañaban á Urdaneta en aquella jornada difícil á la par que meritoria. Eran entre otros el coronel Florencio Palácios y los tenientes coroneles Miguel Valdes, Francisco Picon y Jacinto Lara. Especial mencion debemos tambien hacer del presbítero José Félix Blanco, capellan de aquella division. Este hombre, secularizado mas tarde y elevado por su mérito á grandes puestos militares, habia ejercido constantemente en las tropas de la república su ministerio eclesiástico, y el de soldado y oficial cuando el caso lo exigia. Ilustrado y fogoso, fué de los primeros que se lanzaron en la revolucion y en la guerra, hallándose por esta causa en la mayor parte de las gloriosas campañas de la independencia: en Coro estuvo con el marques, en Valencia con Miranda, con Bolívar en San Mateo, en Boca-Chica con Mariño. Bien pronto conocido por fiel y valeroso, se echó en olvido su primer estado, y dias adelante vistiendo el uniforme militar, empezó en las filas una nueva carrera en que se distinguió á la par de los mejores oficiales. Dos cualidades sobresalientes hacian de Blanco un servidor utilísimo; una la integridad; otra el instinto del órden y de la organizacion. Así Blanco logró ser

estimado constantemente en el ejército, no embargante su genio recio, su propension al pundonor y la parte que tomó en algunas desavenencias anteriores que se declararon entre los caudillos militares.

Cuando se empezaron á tener noticias de que los enemigos se aproximaban al occidente, siguió su marcha Urdaneta hácia Trujillo, dejó allí la division al mando de Palácios y él solo se adelantó á Mérida por si lograba obtener de aquella poblacion algunos recursos de hombres, dineros ó vitualas. Proponíase en caso de lograrlo volver á Trujillo, atravesar por Boconó, caer de sobresalto sobre la provincia de Barínas y ponerse en comunicacion con Casanare, formando entónces (que no era imposible) un cuerpo respetable de caballería en aquellas llanuras, para emprender nuevas operaciones contra los realistas. Pero cuando regresaba de Mérida bastante satisfecho de su viaje, supo en Timotes que la division se retiraba de Trujillo porque Calzada habia llegado al pueblo de Santa Ana. Incorporóse pues á Palácios, que iba en marcha, y continuó su retirada hasta Mérida, dejando en Mucuchíes los 500 hombres del batallon Barlovento como cuerpo avanzado. Dispuesto todo para permanecer en aquella ciudad hasta que fuese obligado por el enemigo á abandonarla, volvió Urdaneta á Mucuchíes.

En esta ocasion y en la capital de la provincia se reunieron á la division de Urdaneta dos oficiales que desde la evacuacion de Barínas por García de Sena habian obrado constantemente con pequeñas fuerzas por aquellos parajes: uno era el capitan Francisco Conde, que ya conocemos, y otro el capitan José Antonio Páez, que con unos cuantos ginetes se dirigió á Mérida despues de la pérdida de Barínas, luego que la caballería fué disuelta en el pueblo de las Piedras. A las dos compañías de infantes que Conde mandaba se habian unido en Mérida obra de ochenta indios mucuchíes. Con esta fuerza, treinta hombres de caballería á las órdenes del capitan Antonio Ranjel y varios oficiales de la misma arma, entre los cuales estaba Páez, consiguió Conde conservar en paz la ciudad y sus contornos, desde que á fines de febrero derrotó á Lizon en la hacienda de Estánques, haciéndole reembarcar á toda prisa para Maracaibo.

Tropas de la Nueva Granada al mando de sir Gregor Mac-Gregor habian despejado de enemigos el territorio hasta el pueblo de Bailadores, donde á poco se reunieron con las fuerzas de Mérida. Así

que, para la llegada de Urdaneta estaba esta provincia enteramente tranquila, lisonjeándose de haber sido la menos maltratada por la guerra.

Calzada se detuvo en Trujillo mas de lo que se esperaba; pero al fin se puso en marcha, y en breve descendió del páramo de Macuchíes hácia el pueblo del mismo nombre, en ocasion de hallarse en Mérida Urdaneta. Linares, que ocupaba el punto con ánimo de no empeñar accion de guerra, tardó en retirarse, ó, mejor dicho, se encapricho en no hacerlo ántes de haber reconocido y examinado al enemigo; de lo cual resultó un combate en que fué completamente derrotado. Toda la diligencia de Urdaneta para protegerle con el resto de las fuerzas de Mérida, fué infructuosa; si bien sirvió para recoger obra de doscientos dispersos que pudieron escapar de la refriega. Las tropas entraron en Mérida al amanecer del dia siguiente, y acto continuo se dispuso todo para continuar hácia Cúcuta el repliegue.

Una inmensa emigracion se habia reunido en Mérida y Trujillo desde tiempo anterior, tanto del occidente como de Barinas, y en aquellos momentos se hallaba junta al lado de Urdaneta; mas como ella no ofreciese inconvenientes para la retirada por estar franco el camino hácia la Nueva Granada, dejósele emprender viaje libremente á vanguardia de las tropas. Estas, despues de algunos dias de descanso en Táriba, llegaron finalmente á San Antonio de Cúcuta, lugar de la frontera.

Desde su entrada en Trujillo habia Urdaneta dado cuenta al gobierno de la Nueva Granada del estado de Venezuela, y suponiéndole poco instruido de los sucesos, detalló cuanto pudo las operaciones militares y sus resultados hasta el punto en que él se encontraba. Hizo conocer la preponderancia del enemigo y cuán probable era que, desembarazado Bóves de la campaña de oriente (daba la por perdida), buscase en la Nueva Granada por la vía de Casanare ocupacion y entretenimiento para aquellas cuadrillas de hombres acostumbrados al robo, á la devastacion y á la guerra. Por lo cual recomendó la formacion de una fuerza respetable de caballería en Casanare, y al mismo tiempo, que á él y á sus compañeros se les auxiliase y protegiese, disponiendo de ellos el gobierno, hasta que el general Bolívar, jefe de Venezuela, volviese á presentarse. En Táriba recibió Urdaneta satisfactoria contestacion á aquel oficio: el gobierno general residente en Tunja tomaba bajo su proteccion

los restos del ejército de Venezuela, ofreciendo asistirlos como tropas granadinas; mas no teniendo oficial alguno de caballería de que disponer para enviar á Casanare, autorizaba al jefe venezolano para emplear de su division los que pudiese. En consecuencia de esto dispuso Urdaneta desde San Antonio que varios oficiales de caballería, en número de veinte y cinco, pasasen á Casanare á las órdenes de Miguel Antonio Vázquez, con el objeto de organizar en aquella provincia un cuerpo respetable de ginetes. Entre aquellos oficiales se contaban dos hermanos Britos de Ospino, Genaro Vázquez de San Antonio de Apure, Antonio Ranjel de Mérida, Miguel y Fernando Figueredo de San Carlos, Unda y Francisco Luque de Guanare. El capitan Páez se hallaba entónces en la salina de Chita, separado del cuartel general, pero Urdaneta le dió colocacion en la lista, y ordenó que al pase por aquel lugar fuese incorporado á los demas. El cuerpo formado sobre esta basa y con otros elementos que se le fueron agregando, constituyó despues el glorioso ejército de Apure.

La llegada de Urdaneta á la Nueva Granada fué un acontecimiento de grave importancia para aquel pais. Ya ántes hemos visto que por consecuencia de la victoria de Nariño en Bogotá, quedó esta separada de la Confederacion, y el congreso residente en Tunja gobernando las demas provincias. Del mismo modo que la administracion se dividió el cuidado de la guerra, encargándose Nariño de hacerla á los realistas de Popayan, y el congreso á los del resto del estado; de donde resultó un caos general que produjo males muchos y de grande trascendencia. Nariño derrotado en el sur, cayó prisionero en manos de los españoles, y Santa Marta, hostilizando siempre á Cartagena y á todo el alto Magdalena, mantenia vivo el fuego de la discordia civil por otro lado.

Tiempo era ya de tomar una resolucion definitiva, mayormente cuando la desgracia del presidente de Cundinamarca libertaba al congreso de un enemigo formidable. El ciudadano Manuel Bernardo Álvarez que habia sucedido á Nariño en el gobierno, era un hombre inofensivo, de pluma puramente, ajeno de guerras y cosas militares; á mas de que nada habia en la comarca capaz de hacer resistencia á aquellos soldados venezolanos aguerridos con dos años de cruelísimos combates. El congreso, pues, declaró su intencion de reunir por la fuerza á la Confederacion el territorio de Cundinamarca, y ordenó á Urdaneta que marchase contra ella; mas cuando este se preparaba á hacerlo, recibió un oficio del Liberta-

dor en que le participaba los desastres del ejército de oriente, su llegada á Cartagena y su marcha á Tunja para dar cuenta al gobierno general de su conducta. En Pamplona de allí á poco se vieron en efecto los dos jefes, siguiendo despues Bolívar solo para Tunja, y Urdaneta luego al punto con la tropa el mismo rumbo.

Los heróicos esfuerzos hechos por Bolívar en Venezuela para defender la libertad de la república, su conducta administrativa y económica, y mayormente la modestia, ó llámese sagazidad, con que voluntariamente se sometia él, siendo venezolano y dictador en su patria, al juicio de un gobierno estraño, le granjearon afecto y grande admiracion de parte de los granadinos. Justo era, porque ningun hombre con tan escasos medios de accion é igual número de dificultades, dió jamas mayores pruebas de valor, ingenio y fortaleza. No solo pues se aprobó cuanto habia hecho, sino que se le confió la empresa de reducir á Bogotá; la cual llevó á cabo felizmente, estrechando la ciudad y rindiéndola el 12 de diciembre por medio de una capitulacion honrosa y útil para todos. El gobierno trasladó á ella inmediatamente su asiento, y Bolívar por su órden se dispuso á bajar el Magdaléna para obrar contra Santa Marta, llevando la division de Urdaneta, aumentada ya con algunos reclutas granadinos.

Cuando se emprendió la espedicion de Bogotá, quedó la frontera de Cúcuta cubierta por tropas del congreso, al mando del mayor Santander. Estrechado este por Calzada, se retiró á un campamento fortificado que se estableció á inmediaciones de Pamplona, en donde permaneció hasta que arreglados los asuntos de Cundinamarca, fué nombrado Urdaneta jefe general de la frontera. Los realistas no habian avanzado un paso mas allá de Cúcuta, ántes bien Calzada retrocedió por la montaña de San Camilo hácia las llanuras, dejando á Remigio Rámos con una columna en los valles de Cúcuta. Este mismo caudillo se vió de luego á luego amenazado por Urdaneta, y hubo de seguir aceleradamente y perseguido el camino de su jefe, dejando libres por aquel lado los confines granadinos.

Tal fué para Venezuela el año de 1814, fecundo en combates, en virtudes, en crímenes y en profundas lecciones. Bermúdez, Piar y Rivas nos han dado con los ejemplos de la constancia y el valor, el funesto de la desobediencia: Mariño el de la indecision y de la falta de energía: los pueblos el de la division y los zelos provinciales. Por fortuna sobre todas las miserias del amor propio,

sobre todos los males de la guerra, sobre la nulidad, la tibieza ó la impericia, se levantó un hombre superior cuyo espíritu penetró en el caos de la revolucion y dió luz á sus tinieblas. Ha caido, sí, pero cual pujante atleta, con la espada en la mano, dispuesto á levantarse del suelo mas terrible.

AÑO DE 1814.

La España en tanto, poseedora otra vez de su colonia sin esfuerzo propio y solo á costa de sangre americana, se preparaba, libre ya de las armas estranjeras, á destinar contra ella una parte de sus tropas. No digamos España, pues España, como nacion libre, no existia: alzada en masa por un movimiento tan espontáneo como generoso, consiguió por premio de sus sacrificios restituir la libertad al monarca para que este la redujese á cautiverio. Fernando, en efecto, que hizo árbitro á Napoleon de sus disensiones parricidas, y que se entregó neciamente en sus manos para obtener la corona de Cárlos IV, entró en España el 22 de marzo de 1814, en virtud de un tratado que firmó en Valencey prometiendo paz á la Francia imperial, y su primera diligencia fué mandar prender á dos regentes, á un gran número de diputados y á muchos hombres distinguidos, á quienes se creia jefes del partido liberal. Las prisiones se estendieron rápidamente á las provincias, en la noche del 10 de mayo se disolvieron las córtes de real órden, y en la mañana del 11 se fijó un manifiesto con título de decreto, en que se abolió el nuevo órden de cosas, ordenando á la nacion que volviese al año de 1808. Prometióse, es verdad, convocar á córtes segun el antiguo método; pero fueron promesas vanas que el tirano violó con inaudito descaro. Toda idea generosa de libertad fué combatida, todos los hombres que se habian distinguido por opiniones favorables á la mejora política ó civil de la sociedad, fueron perseguidos: restablecióse la inquisicion: se quiso en fin borrar del suelo español hasta los vestigios de aquella noble revolucion que tuvo por móvil y objeto principal rescatar á ese mismo hombre del cautiverio estranjero.

Al restablecimiento del antiguo órden de cosas fué consiguiente la reaccion del partido liberal para reconquistar el poder, y algu-

nas almas fuertes la intentaron con las armas; pero los vicios de la servidumbre, profundamente arraigados en el pueblo, y el ejército vendido al trono, hicieron inútiles el valor y la virtud de los patriotas. Mina, que mandaba los regimientos de Navarra, su patria, hizo una tentativa infructuosa sobre Pamplona en la noche del 25 al 26 de setiembre de 1814, para restablecer el sistema de la constitucion y las córtes, y tuvo que emigrar á Francia. Las autoridades generales pagaron con la vida el mismo intento. Y entre tanto el monarca, cierto de que el pueblo le esperaba porque le amaba, continuaba tranquilamente en el plan antiguo de un poder absoluto y de todos los reyes absolutos: poder y corte para uno, opresion y privaciones para todos.

Restituido á España para mal de la nacion el rey Don Fernando VII, pensó desde luego enviar al Nuevo Mundo una expedicion que le asegurase su dominio, y para jefe de ella nombró á Don Pablo Morillo, que promovido desde sargento de marina á mariscal de campo durante la revolucion, todavía recibió el grado de teniente general, era como premio anticipado de sus servicios ulteriores, era para recompensar en dócil pension el sistema adoptado por el rei.

La espedicion se preparó para el Rio de la Plata, cuyas provincias estaban en insurreccion; pero por causas no muy conocidas todavía, se cambió su destino, dando la vela de Cádiz para Costa Firme el 18 de febrero de 1815. Compuestas de 65 buques de transporte y otros menores, escoltados por el navío San Pablo, de 74 cañones, llevando á su bordo los regimientos de Lobera, Infantería, Extremadura, Barbastro, Bailen, armados después por Valencey, Castelnó de Castilla y el batallon de Cazadores de Infantería; los regimientos de Dragones de Lusitania y de Estremadura, de caballería, un escuadron de artillería con 8 piezas, dos compañías de artillería de plaza, otra de zapadores, un parque provisto de todo lo necesario, compañías de sanidad, de segundo órden: el total de hombres de todas las armas, 10,000. Embarcado el ejército el 15 de abril en Puerto Santa María, llegó á la costa venezolana, sin oposicion, sin resistencia alguna en todo el territorio, cuando Morillo supo que la publicidad de la constitucion había dado pretesto con ella á la esperanza de establecer la república. Morillo, después de reunir

Maturin, ocupó á Cariaco, Cerúpano y Rio-Caribe: el 14 de febrero redujo á cenizas el pueblo de Soro y el siguiente dia tomó con 5.000 hombres á Güiria, defendida por 500 al mando de Bermúdez y Videau. Estos jefes lograron escapar á Margarita, punto general de reunion de los patriotas fugitivos; pero todos los que huyeron á la costa fueron cogidos entre Irapa y Quebranta y pasados á cuchillo, sin distincion de edad ni sexo. Margarita, donde gobernaba Arizmendi, fuera que otra partida insignificante que vagaba en las llanuras, y algunos hombres constantes que se guarecieron de los montes, hé aquí cuanto habia quedado de la república para oponerse á 15.000 soldados de Morillo y á 5.000 que ya tenia Moráles.

Concertados entre ambos jefes las operaciones ulteriores y llevando el segundo 5.000 hombres de sus tropas en una escuadrilla de 22 velas al mando de Don Juan Gabazo, se dirigieron á la isla de Margarita con el mas bello y numeroso ejército que desde la conquista hubiese visto reunido América. Los habitantes se hallaban ya enterados de la llegada de la espedicion española por el equipaje de un buque de trasporte que habian apresado hacia pocos dias; y diversos pareceres se debatian entre ellos con calor por aquel tiempo. Bermúdez, siempre el mismo, queria que se defendiesen contra Morillo, y en esta opinion descabellada le acompañaban unos pocos oficiales orientales y occidentales cansados de la vida, ó frenéticos con la desesperacion. Arizmendi y los otros jefes refugiados allí determinaron someterse á los invasores, reconociendo la absoluta imposibilidad que habia de resistirlos, deseosos de salvar una numerosa y desgraciada emigracion, y tal vez con la esperanza de hallar mas adelante ocasion y medios de recuperar lo perdido. Deplorando entónces Bermúdez una resolucion que juzgaba pusilánime y funesta, se metió en una pequeña embarcacion, pasó por en medio de la escuadra española compuesta entónces de 25 buques, y despues de haber recorrido las islas de Granada, Martinica y Santómas, se dirigió á Cartagena.

La flota surgió en la playa apacerada de Pampatar el 7 de abril, y el 9 saltó en tierra su jefe, precedido de una proclama en que prometia perdon á los insurgentes y un olvido absoluto de lo pasado. Todo quedó sometido: algunos patriotas descontados imitaron de luego á luego el ejemplo de Bermúdez y se refugiaron á las Antillas: Arizmendi, mas bien tratado por Morillo, se mantuvo en

la isla, y se concedió pasaje gratuito á los emigrados que quisieron trasladarse al continente. De estos, quince infelices que deseando regresar á Barcelona se confiaron á Moráles, fueron asesinados al llegar al puerto; mas por lo que toca á Morillo, cumplió con exactitud sus promesas, y si se esceptúan algunas proclamas amenazadoras contra los futuros reincidentes, usó por lo comun de atentos procederes con los naturales que se le presentaron.

Nombrado Don Antonio Herrais por gobernador de la isla, y puesto órden y arreglo en su administracion, dió la vela Morillo para Cumaná: allí dejó encargado del mando político y militar al coronel de Barbastró Don Juan Cini, poniendo á sus órdenes el cuerpo de su mando y el regimiento de Dragones: luego, impaciente de poner por obra un proyecto de pacificacion que meditaba, dió la vela para la Guaira y llegó á Carácas el 14 de mayo. Su conducta en Margarita y una nueva proclama llena de promesas halagüeñas, le valieron una acogida benévola aun de parte de aquellos habitantes que se inclinaban en secreto al partido de la independencia.

Morillo era duro y cruel por sistema mas que por inclinacion: distinto de Moráles, Puy, Antoñanzas y otros monstruos que figuran con fama infernal en los fastos coloniales, no estaba desprovisto de sentimientos generosos, y puede decirse que mató por precaucion mas que por ferozidad. Lo que le hacia mayormente temible era su profunda ignorancia en todas materias y la necesidad en que se veia de oir los consejos de algunos perversos, sedientos de oro y sangre americana. De estos el peor era el brigadier de marina Don Pascual Enrile, su segundo en el ejército y jefe de su estado mayor; sugeto de buen entendimiento, pero cruel, rapaz y de torpes inclinaciones. Tenia Morillo, es verdad, dos cualidades que con frecuencia mancharon en sangre sus manos: una la cólera, de que se dejaba arrebatar fácilmente: otra una suma desconfianza, rara por cierto en un hombre de génio franco y de un valor á toda prueba. Mas brillantes que sus dotes intelectuales y medianas eran sus dotes guerreras. En él no habia la ciencia profunda que combina en el gabinete un vasto plan de campaña, ni de inteligencia rápida y luminosa que lo improvisa en el campo de batalla; pero sereno en el conflicto, enérgico y activo, mantenedor severo de la disciplina, y querido del soldado, era, no ya un general un jefe subordinado, pero sí un caudillo nato, propio para la guerra americana, donde solo se chocaba con pequeñas fuerzas.

Mandáronse formar en todos los pueblos matrículas en que los nombres de las personas debian ir acompañados de observacione reservadas sobre el carácter, vicios y virtudes de cada una: prohibióse el uso de toda clase de armas, ya fuesen blancas ó de fuego, incluyendo entre las primeras los garrotes, y finalmente se mandó que ninguno, natural ó estranjero, pudiese hacer uso de cartas, papeles ó impresos que recibiese, sin presentarlos ántes á la policía, especialmente si procedian de las colonias estranjeras. Dos empréstitos de á 100.000 pesos cada uno se exigieron de nuevo á la mísera Carácas, y seguidamente se impuso por un año el fuerte gravámen del diez por ciento sobre todos los productos líquidos de fincas y propiedades, de capitales en giro de comercio ú otra forma y sobre los diversos modos de adquirir por industria ú oficio, con sola la escepcion de los sueldos de militares en servicio activo. Esta recaudacion principiaria en el enero del siguiente año.

Debiéronse á Moxó todas estas opresiones: á su influjo y sugestion el consejo permanente: á su autoridad las demas, porque habiendo obtenido Cevállos pasaporte para la Península, quedó desde octubre hecho cargo de la capitanía general. Aquel mal hombre presidia tambien en el tribunal de policía, era subinspector general de caballería y comandante en jefe de las operaciones; por manera que la fuerza, la justicia, la hacienda estaban en sus manos; y jamas se habian visto en América despues de la conquista manos mas autorizadas ni mas rapazes é inmorales.

Su avaricia no conocia freno, ni su salazidad decoro. No se vieron, es verdad, al principio, las matanzas de Cotizita, las proscripciones sangrientas de Bóves, los asesinatos de Morales; pero revivida la época aciaga de Monteverde, multiplicáronse los secuestros inicuos, las denuncias, los arrestos y últimamente las conspiraciones fingidas para buscar pretestos al despojo y las violencias. Un mal que no habia existido en 1812 añadieron á estos los espedicionarios; y fué el de un impúdico cinismo en materia de costumbres. Jefes, oficiales y soldados á una, y como en tierra rendida á discrecion, fueron en Carácas ni mas ni ménos lo que en otros tiempos en Jaragua Roldan y sus parciales.

Mas no eran esta vez los oprimidos, indios mansos é indefensos á quienes se pudiese agraviar impunemente. Por todas partes, como se vió la injuria, se levantaron vengadores, y cuanto pecho hubo noble y generoso, fué enemigo.

Ya hemos visto que despues de la derrota de Maturin, algunos patriotas valerosos y constantes se refugiaron á las llanuras. Un coronel, de nombre Rivero, que defendia á Irapa con 400 hombres, escapó con mui pocos á los bosques y en ellos se mantuvo rehaciéndose: el capitan Jesus Barreto y el comandante Andres Rójas burlaron en las llanuras de Maturin la persecucion del enemigo: Cedeño vagaba por el Tigre, rio de riberas arboladas que desemboca al caño Manamo del Orinoco: en las llanuras de Barcelona estaba Monágas: Zaraza en las de la provincia de Carácas. Casi todos estos caudillos se pusieron luego en movimiento, no embargante la crítica situacion en que se hallaban, la pujanza de los enemigos y la actividad con que fueron perseguidos, porque de todas partes, exasperados los habitantes, corrieron á buscar en sus filas venganza y libertad.

Monágas y Cedeño al frente de 1.500 hombres atravesaron en mayo el Orinoco por el pueblo de la Piedra y cayeron en seguida sobre Muitaco, donde lograron destruir 200 hombres bien armados que allí habia. Su intento era apoderarse de la provincia de Guayana, como la mas importante é indefensa de todas; empresa imposible para hombres indisciplinados, faltos de armas y sin organizacion. Así, el teniente coronel espedicionario Don Nicolas Ceruti, que tomó en junio el mando de la provincia, no tuvo mucho que hacer para dispersarlos, habiendo recibido un ausilio de Barcelona al mando del teniente coronel Gorrin. Despues de varios reencuentros poco interesantes, los patriotas se habian acercado mucho á la plaza de Angostura; pero atacados en la noche del 22 por 2.000 hombres á las órdenes de Gorrin, quedaron privados de sus posiciones. Aproximáronse otra vez hasta ponerse á tiro de cañon del poblado; pero tuvieron que retirarse en dispersion con pérdida bastante y perseguidos. Desbaratados por fin sus restos en el Morichal de Becerro, y en el sitio de Caraqueño, se desbandaron completamente: los mas fueron esterminados por diversos destacamentos, y separados en el rio Pao Cedeño y Monágas, regresó al Tigre el primero, y el segundo con 150 hombres volvió sobre sus pasos, con el intento de reunir algunos derrotados. Despues de muchos trabajos y bregas incesantes que este tuvo, se reunieron en julio nuevamente los dos jefes; pero ridículas disputas sobre mando y la divergencia de pareceres acerca del territorio en que convenia hacer la guerra á los españoles, produjeron inmediatamente

su separacion, repasando Monagas á fines del mismo mes el Orinoco y volviéndose á la provincia de Barcelona con un corto número de hombres. Cedeño, fortalecido en Caicara y haciendo mas y mas gente cada dia, se mantuvo en sus posiciones todo el año, si no triunfador, amenazante.

Las guerrillas de Cumaná y Barcelona no pudieron progresar. Una de ellas compuesta de 200 hombres fué dispersada el 2 de agosto en las alturas de Morechito por el teniente coronel de dragones Don Juan Solo: el mismo dia destruyó en los bosques de Erica otros pequeños cuerpos francos el teniente coronel López, logrando poco despues que el partidario republicano Canelon entregase las armas y tomase partido con los españoles: el venezolano Manuel Villaroel que habia organizado en Cumanacoa una guerrilla, se confió en un indulto ofrecido por el gobernador de Cumaná, y fué fusilado luego que se presentó al comandante militar de Areo: el 1º de setiembre batió Solo en Rio-Caribe una partida que mandaba José Francisco Peñalosa, y este cogido prisionero, fué pasado por las armas el 29 del mismo en Cumaná: junto con él sufrió la misma suerte el coronel Rivero, derrotado y cogido en Punta de Piedra por el sargento mayor de dragones Don Miguel Dominguez. Estos repetidos descalabros eran tanto mas crueles para los patriotas, cuanto que una órden de Sir Ralph James Woodford, gobernador de Trinidad, prohibió en 19 de agosto el envío de armas y pertrechos al continente. Y así, batidos, desarmados y dispersos, llegó á ser por algun tiempo la guerra contra ellos una especie de cazería en que, cual si fueran animales ferozes, los mataban.

La desgracia que persiguió á los patriotas en el oriente los acompañó en la provincia de Carácas. Allí fueron derrotadas varias partidas de Zaraza, por el teniente coronel espedicionario Don Manuel García de Luna, en diferentes reencuentros, de los cuales el principal tuvo lugar el 9 de agosto en el sitio de Medrano, á las inmediaciones de Ipire, muriendo allí el comandante de la guerrilla republicana. La matanza que hicieron los realistas fué espantosa, en términos de causar admiracion que llevaran vivo á Cárácas un hijo pequeñuelo de Zaraza, cogido en la persecucion: hasta el año de 1820 en que le devolvieron á su padre, estuvo en poder de las autoridades españolas. «A Luna, dice Montenegro, «se le comprendió desde su entrada á las llanuras, entre los ma-

[illegible] Bolívar.

Por la parte de la provincia de Villapinta respecto de Casanare, había dado á los patriotas republicanos una ventaja que quería en aquella distante provincia granadina. La mayor parte de los estorbos edificios eclesiásticos que allí se habían puesto á los órdenes del comandante Francisco Olmedilla, valerosísimo soldado que nunca pudo ser derrotado enteramente por los españoles, y á sus órdenes marchaban el principio del año de 1820 como 1200 hombres de caballería á suspender 600 realistas dependientes de Calzada, que guarnecían á Guaduatillo. Lograrlo no fácil, matándoles 500 hombres y haciéndoles 100 prisioneros. Al día siguiente la fuerte republicana entró en la plaza, conducida por Fernando Figueredo, teniente de Olmedilla, con órden de este para al saber á los realistas que en otra acción habían caído en su poder. Dándose á aquellos infelices de la derrota la entrega con que Pérez, comandante de otra fuerza por aquel tiempo, se opuso á la sangrienta ejecución, y pidió á Figueredo hasta obtener la suspensión de tiempo para consultar al jefe principal. Y como este desobedeciese á las súplicas y observaciones del generoso patriota, fueron puestos en libertad é incorporados en las filas, donde, agradecidos y fieles, sirvieron utilísimo.

Hallándose próxima Calzada con fuerzas superiores, retiróse Olmedilla á Cabuyaro, y el jefe español con arreglo á las órdenes de Morillo, se dispuso á marchar desde Barinas por el interior de la Nueva Granada, para ponerse en contacto con el ejército expedicionario. Los patriotas en número de 1,600 jinetes armados, no ya por Olmedilla, sino por el general Rincón, dispuestos á Calzada en Chita, vieron en que perdió dos piezas de artillería, toda su caballería compuesta de 400 á 500 hombres y algunos infantes. El desorden de aquellos por las indisciplinados y sin cuido por acarear los equipajes que quedaron en el campo, ocasionó tiempo y medios á Calzada para reunir 2,000 hombres de infantería. Con ellos, y la noticia de la derrota oriental de la Nueva Granada por el paramo de Chita, dirigióse al Chitagá, en donde llegó el 50 de noviembre á Ordaeta que allí á su encuentro con tropas existentes del país. Parte de las tropas vencedoras en Chita volvieron á Guaduatillo á las órdenes del comandante Miguel Guerrero y al paso por las llanuras de la villa de Arauca derrotaron á 400 hombres que encon-

traron allegando ganado. Un dia despues ocuparon á Guaeduelito, de donde salió huyendo el gobernador de Barinas, y el resto del año permanecieron en aquella poblacion: tranquilas porque nadie las inquietó; pero sin que lograsen aumentar sus filas con gente voluntaria, á causa del terror que inspiraba el bronco carácter de Olmedilla y Figueredo, que continuaron siendo los jefes principales.

Mérida y Trujillo, abandonadas á sus propias fuerzas, se vieron luego plagadas de guerrillas enemigas, ávidas de asesinatos y rapiñas. Seis de ellas en combinacion con Reyes Vargas, dispersaron dos cuerpos francos patriotas, y el 24 de diciembre en la Seibita y en el Paso Real del Sequion cogieron prisionero á uno de sus jefes y á varios soldados: todos fueron mandados degollar y descuartizar por aquel indio ingrato y cruel.

La mas brillante de todas estas reacciones, así como la mas feliz, fué una simultánea y general que á fines del año tuvo lugar en Margarita. Las importantes consecuencias que produjo, su carácter singular y heróico, y la utilísima leccion histórica que encierra, merecen que en ella nos detengamos un momento.

Miéntras gobernó la isla Herraiz ningun disgusto turbó la profunda tranquilidad de que gozaba, porque aquel hombre justificado y bondadoso no dió motivo de alteracion ni queja á nadie: seguros todos y respetados en sus haberes y personas, no pensaban en nuevas conmociones, y desarmados con la clemencia y el sosiego, hasta los mas firmes patriotas parecian adheridos de buena fe al régimen antiguo. Mas lo que ántes hemos dicho acerca de la repugnancia con que veian los realistas los buenos procederes para con los patriotas, se halla aquí confirmado de un modo patentísimo. Incapaz Herraiz de prestarse al sistema de secuestros y prisiones que Moxó habia organizado, hizo presente los males que de él se seguirian, reclamó el cumplimiento de las promesas de Morillo y con enérgica franqueza llamó verdaderos enemigos de España á los que con latrocinios y violencias ponian las armas, con la razon, en manos de sus enemigos ya reconciliados. La suerte de este hombre fué la misma de Ureña, de Cagigal, de Cevállos y de la audiencia: separóle de su destino Moxó con aprobacion de Morillo, poniendo en su lugar al teniente coronel Don Joaquin Urreiztieta, hombre de principios opuestos á los de Herraiz, desconfiado, avaro y cruel.

No bien se hubo este apoderado de su empleo, cuando trató

de arrestar con perfidia á varios sugetos principales de la isla en un festin que dispuso el 24 de setiembre para celebrar la caida y prision de Bonaparte. Por fortuna Arizmendi, advertido en la víspera de lo que se tramaba, huyó á los montes con uno de sus hijos, y allí, burlando las pesquisas de sus enemigos, concibió y puso por obra el designio de espelerlos del pais. Luisa Cáceres su esposa, aunque se hallaba en cinta, fué presa despues y aun afligida con inciviles tratamientos; pero este medio empleado de propósito para contener al marido, no sirvió sino para irritarle, haciendo subir de punto su odio y el deseo de la venganza. Así que, entrado el mes de noviembre, escribió á diferentes sugetos de la Margarita, suponiendo hallarse en la isla Blanquilla con buques y 2.500 hombres de desembarco, é invitándolos á reunirse el 15 en cierto lugar que designaba. Desgraciadamente un dia ántes supo Urreiztieta la trama, y ocurriendo armado al punto de la cita, mató á muchos que ya estaban juntos; si bien Arizmendi, advertido de la sorpresa, huyó y se escondió de nuevo. Léjos de acobardarse con esto, salió del monte en la noche del 15 y desde el valle de San Juan se dirigió con 30 hombres, tres fusiles y 120 cartuchos al puerto de Juan Griego, cuya guarnicion sorprendió y pasó á cuchillo el 16. Aumentada allí su gente y armada con 80 fusiles que cogió á los enemigos, marchó á la villa del Norte y ocupó su casa fuerte, no embargante la resistencia de los soldados españoles que la defendian: mas de doscientos de ellos murieron, ora en el asalto, ora sacrificados por el pueblo, de cuyo furor solo mui pocos pudieron escapar.

Tal era y tan general el odio concebido contra los espedicionarios, que en la tarde de ese mismo dia contaba Arizmendi 1.500 hombres en su campo, armados unos con machetes y azadones, otros con lanzas, cuchillos y garrotes, pocos con fusiles: las mujeres mismas, queriendo vengar las injurias de la esposa de Arizmendi y su patriótica constancia, animaban á los hombres y los acompañaban al combate. Faltaban armas para la gente que de todos los parajes de la isla acudia á tomar parte en la pelea, y era comun en todos el anhelo por la libertad y la resolucion de conquistarla á cualquier costa. Luego al punto lo probaron, pues atacados por Urreiztieta, le rechazaron herido y con gran pérdida, obligándole á volver de prisa á la Asuncion. Los margariteños retrocedieron á la villa del Norte y solo entónces les desengañó Arizmendi acerca

de la espedicion preparada en la Blanquilla, sin que por eso desmayaran un punto su valor y fortaleza.

Mucha era precisa para que hombres de campo, mal armados y bisoños, osaran medirse con aquellas aguerridas tropas españolas, vencedoras de las mejores del mundo; si bien es cierto que la mas esmerada disciplina nada puede contra el valor que inspira el patriotismo y que, segun la espresion de Napoleon, « una nacion que quiere ser libre es invencible. » Ello es que Arizmendi, mas astuto que organizador y hábil militar, pero severo, incansable y temido, logró fácilmente mantener vivo y enérgico el espíritu revolucionario, y que el 17 salió victorioso de dos ataques obstinados que le dieron los realistas. Y luego, animados todos hasta lo sumo con tan próspero comienzo, se dirigieron á la Asuncion y tomaron el poblado, quedando entónces reducidos los españoles al castillo de Santa Rosa y á las fortificaciones de Pampatar.

Cuál fuese el furor y vergüenza de Moxó al recibir estas nuevas, se colige de la órden que inmediatamente dió á Urreiztieta: « Desechád, le decia, toda humana consideracion y hacéd fusilar á « todos los que cojáis con armas, ó sin ellas, y á los que los hayan « ausiliado ó ausiliaren, precedido solo un juicio verbal. » Urreiztieta, mas violento que Moxó, declaró inútil con una guerra á muerte general, el incompleto juicio que aquella órden exigia, y mas aun con la prevencion que hizo á sus tropas de saquear y quemar los pueblos del Norte y de San Juan.

El resto del año se pasó en combates poco decisivos, pugnando los margariteños por espeler de sus posiciones amuralladas á los realistas, y estos por destruir á sus contrarios. El 14 de diciembre rompió Urreiztieta la línea de Arizmendi y se refugió en Pampatar, dejando el castillo de Santa Rosa en manos del oficial Don Francisco Maya: el 15 sufrieron los patriotas otro descalabro en el asalto que intentaron contra esta fortaleza, y á su presencia fueron degollados siete heridos que habian quedado al pié de las murallas; crueldad que dió motivo en la villa del Norte al degüello de 15 oficiales y 178 soldados españoles que se hallaban prisioneros. Así las pasiones exaltándose cada vez mas en unos y otros combatientes, producian hechos ferozes, enteramente ajenos de los pueblos á que pertenecian; mas tal es siempre la guerra entre hermanos: odiosa cuanto cruel. Urreiztieta de luego á luego, segun la antigua y vil usanza, puso á talla la cabeza de Arizmendi, y recibido un

refuerzo de 250 hombres de infantería y 100 dragones, hizo salir algunas tropas de Pampatar, las cuales exterminaron indistintamente la vecindad y quemaron el caserío del valle del Espíritu Santo.

Y aquí concluyen los sucesos mas notables ocurridos este año en Venezuela, si bien ántes que terminemos su bosquejo vamos á volver un momento la vista hácia aquel hombre estraordinario á quien la providencia habia escogido para cumplir el destino de su patria.

Cuando el Libertador pobre y vencido se presentó al congreso de la Nueva-Granada, pidiendo el exámen y juicio de su conducta pública en el tiempo que duró su campaña y gobierno de Venezuela, todos los altos funcionarios se apresuraron á tributar el homenaje debido á su virtud y á su valor. Honrosa en estremo fué la contestacion que recibió del ciudadano García Rovira, presidente de la confederacion; pero es mas notable todavía la que le dió el del congreso general, Dr. Camilo Torres, porque en ella no solamente le justifica, declarando que aquel cuerpo no tenia cargos que hacerle, sino que con notable sagacidad y como si leyera en el oscuro porvenir, le anuncia « que aunque Venezuela hubiese sido ocupada « por los españoles, la república existia en su persona. »

Tan ilustres testimonios de aprobacion y aprecio no pudieron sin embargo ponerle á cubierto de la calumnia; y miéntras se afanaba en la capital preparando su espedicion para Santa Marta, el rencoroso coronel Manuel Castillo, que mandaba las tropas de Cartagena, publicaba contra él un horrible libelo, no solamente para tachar su conducta pública, sino para manchar su honor en la vida privada con imputaciones crueles y torpes tanto como injustas. Castillo no podia perdonar á su antiguo enemigo el que hubiera desmentido sus pronósticos en la jornada de Cúcuta á Carácas con una serie de brillantes triunfos: no podia perdonarle aquella generosidad del hombre superior con que Bolívar habia siempre desdeñado devolverle insulto por insulto y aun procurado la reconciliacion. Tal fué en esta ocasion la conducta del noble hijo de Carácas. Como su ejército debia proveerse de armas y municiones en Cartagena, no vió en el libelo de Castillo otro mal que los obstáculos que su tenaz enemistad iba á oponer al servicio público. Y por esto pidió y obtuvo del gobierno que Castillo fuese llamado para servir con el grado de general de brigada una plaza en el supremo consejo de la guerra; pero todo fué inútil, porque Castillo ad-

mitiendo el ascenso despreció el empleo que le alejaba de aquellos lugares en que podia hacer mayores males á Bolívar.

Este habia salido de Bogotá con 2.000 hombres y algun dinero, pero no llevando mas que 500 fusiles, se detuvo en Mompox miéntras le llegaban de Cartagena las armas y pertrechos que el gobierno habia mandado poner á su disposicion. Larga de escribir y enojosa de leer seria la relacion de todo lo que hizo Bolívar para aplacar la injusta saña de sus enemigos, mas irritada aun cuando supieron que estaba nombrado por jefe de la espedicion preparada contra Santa Marta. No solamente fueron desobedecidas en Cartagena las órdenes del gobierno general, sino que el de aquel estado quiso oponerse á que las tropas de la Union transitaran por su territorio, y aun dió órdenes á todos los pueblos para que no cumplieran las disposiciones del Libertador ni en cosa alguna le ausiliaran. En cuarenta dias que estas reyertas vergonzosas y criminales le hicieron perder en el mortífero clima de Mompox, tuvo su pequeño ejército una baja de 800 hombres y consumió todos sus recursos. Pensar en seguir contra los realistas, desarmado como estaba, habria sido locura: retroceder era colocar al gobierno que le habia empleado en una posicion embarazosa y desairada, y renunciar tambien á la mas dulce de sus esperanzas: la de entrar por Santa Marta y Rio-Hacha á Maracaibo, con el fin de emprender nuevamente la conquista de su patria. En tan críticas circunstancias resolvió que las tropas de la Union marcharan á ocupar la línea del bajo Magdalena, que desde Barrancas hasta Sabanilla habian abandonado las de Cartagena, proponiéndose con este movimiento, no solo impedir que cayeran en manos de los realistas aquellos puntos importantes, sino acercarse él mismo á Castillo para atraerle á una entrevista que hasta entónces habia solicitado en vano.

Interpretóse su conducta como una verdadera hostilidad, y el gobierno y los jefes de Cartagena se prepararon á la guerra civil de mejor gana, ó por lo ménos mas activamente que ya lo hicieran á la de independencia. Declaróse el estado en peligro, como en los dias de mayor conflicto: fué suspendida la accion de las leyes y depositada en el gobernador la suprema autoridad: creóse una junta de seguridad pública con facultades ilimitadas para poner en prision ó desterrar á todos los que se considerasen sospechosos de amistad con el general venezolano. Para mejor descubrir y ani-

quilar el partido que temian, se ofreció pasaporte á los que no quisieran sufrir el sitio de la plaza; pero léjos de darlo á los que se atrevieron á pedirlo, se los encerró en los calabozos de las fortalezas. Uno de estos fué el valeroso y fiel D'Eluyar, que espulsado luego á Jamaica, pereció en un naufragio en ocasion de regresar á fines del año para tomar parte en la defensa de la libertad moribunda de su patria. Otra de las medidas del gobierno de Cartagena, fué la de envenenar los pozos y algibes que hai desde Ternera hasta la plaza, á fin de impedir que las tropas de Bolívar se aprovechasen de ellos, y distribuir armas por los pueblos y campos, escitando á los vecinos con proclamas incendiarias á que hiciesen contra sus hermanos y libertadores una guerra de esterminio.

Bolívar habia avanzado hasta Turbaco, y allí convocó á una junta de guerra para hacer renuncia de la autoridad; pero habiendo ella declarado que solo le tocaba admitirla al gobierno supremo de la Union, se resolvió que continuara en el mando miéntras se le daba cuenta de todo lo ocurrido. Entónces aquel hombre paciente y constante se dirigió á los jefes de la plaza, proponiéndoles algunas medidas que le permitiesen salir con honor del embarazo en que se hallaba y que evitasen una contienda fratricida; pero su parlamentario fué recibido á balazos y la guerra comenzó. El jefe de la Union puso su cuartel general en el cerro de la Popa y estableció destacamentos en Cruz-Grande, Alcibia, Cospique, Pasacaballos y otros puntos de importancia, para formar un cordon que privase á la ciudad de sus comunicaciones con el interior.

Nadie podrá figurarse que Bolívar intentara apoderarse de una plaza bien fortificada, cual lo es la de Cartagena, con poco mas de 1000 hombres mal armados y sin artillería. No era esta en efecto su intencion, sino que debiendo tomar algun partido, se propuso embarazar la entrada de vituallas, para ver si por librarse de aquella molestia, los de Cartagena le daban armas y pertrechos para marchar á Santa Marta. En este estado se mantuvieron las cosas por mas de un mes, hasta que un buque de Curazao puso en noticia de todos los partidos la llegada de Morillo á Margarita. A esta triste nueva se unió la de algunas ventajas obtenidas en la Ciénaga por los realistas, la ocupacion de Barranquilla y la mas fatal aun de Mompox. Solo entónces convinieron los jefes de la plaza en tener vistas con Bolívar; pero todo paró en que se suscitasen nuevas dificultades y embarazos, para que dejase el mando. Dejólo en

efecto, queriendo mas bien aparecer vencido por sus enemigos personales, que dar á los comunes un triunfo fácil con ulteriores turbaciones: sus tropas fueron puestas á las órdenes del general Florencio Palácios, para atender á la defensa del estado, y él se embarcó el 8 de mayo con direccion á Jamaica. Poco despues le siguieron Mariño y otros varios jefes y oficiales venezolanos.

El primer cuidado de Bolívar así que llegó á Kingstown fué el de publicar un manifiesto para justificar su conducta en la guerra civil de Cartagena. Destituido de recursos para emprender una nueva campaña en Venezuela, pero incapaz de permanecer ocioso y mucho ménos de poner la mano y el pensamiento en cosa alguna que no tuviera por objeto la emancipacion de su patria, se ocupó luego en escribir para la prensa periódica una serie de artículos, en los cuales se propuso restablecer la verdad de algunos hechos desfigurados pos los escritores españoles, y promover en las colonias estranjeras opinion y simpatías en favor de la independencia americana. Así empleaba sus ocios, esperando la ocasion y buscando los medios de volver á tomar parte activa en la guerra, cuando un gran crímen estuvo á punto de terminar su gloriosa carrera.

Dícese que un español pagado por Moxó se habia trasladado á Kingstown con el designio de asesinar al jefe republicano, y que sus artes y manejos lograron seducir á un negro esclavo de este, determinándole á ser el instrumento de aquella infame alevosía. Que el proyecto saliera de la mala cabeza del capitan general interino de Carácas, no es cosa bien probada; pero sí que el esclavo se lanzó al crímen por estrañas sujestiones de personas enemigas del Libertador. Y fué el caso que este y un emigrado de Carácas llamado Amestoy, dormian en la misma habitacion, el primero en una hamaca, el segundo en una cama. Cierta noche se recogió Amestoy mas temprano de lo que solia, y buscando alivio contra el calor, se acostó en la hamaca miéntras llegaba el compañero: este cuando entró y le vió dormido, tuvo la generosidad de no turbar su sueño, y sin hacer ruido se acostó luego en la cama. Una hora habia pasado apénas cuando el esclavo, dirigiéndose á tientas hácia la hamaca, dió de puñaladas á Amestoy, dejándole sin vida. Aprehendido, confesó su delito y fué ahorcado.

Bolívar permaneció en Jamaica hasta fines del año. Habiendo sabido que Luis Brion, dueño y capitan de la corbeta Dardo, habia salido de Cartagena con algun armamento, y que reunia en los

cayos de San Luis hombres y víveres para volver á socorrer la plaza; resolvió ser de la espedicion y se embarcó para reunírsele; pero en la travesía tuvo la mala nueva de haber sido ocupada Cartagena por Morillo. Continuó empero su viaje, y ausiliado por algunos comerciantes (sobre todo por el mismo Brion que puso en sus manos cuanto poseía), comenzó á reunir los emigrados y la mas gente que pudo á fin de dar en Venezuela un nuevo tiento á la fortuna.

AÑO DE 1816.

El levantamiento de Margarita y su heróica resistencia habian llevado la esperanza y el valor á mas de un pecho republicano de los que en la tierra fronteriza suspiraban entre cadenas por la libertad, sin tener medios ó alientes para conquistarla por las armas. Pero tambien habia dispertado y encrueleció la rabia de sus enemigos hasta un estremo verdaderamente estraordinario; porque no eran ya Morales y Antoñánzas, Yáñez ó Puy los que celebraban sus triunfos con suplicios, sino oficiales instruidos, acostumbrados á la guerra ordenada, metódica y regular de Europa, casi todos de honradas familias y muchos llenos de gracia y de talento. Ellos eran los que gobernaban en Cumaná y los que á fines del año anterior, y mas aun á principios del presente, dieron en aquella poblacion ejemplos de una crueldad igual y acaso superior á la de Bóves. Las encarcelaciones arbitrarias, los despojos y el encierro en mazmorras apartadas se hicieron, por supuesto, comunísimas. Cuarenta y tres personas entre las cuales se hallaban varios niños y mujeres, fueron puestas á bordo de un buque para ser arrojadas al agua; órden atroz á que rehusó dar cumplimiento Don Francisco García, comandante del bajel; finalmente, una señora principal de la ciudad fué azotada públicamente y paseada por las calles por disposicion del coronel de dragones Don Juan Aldama, gobernador de la provincia.

¡Cuán equivocados caminan en las revoluciones los que creen sofocarlas con tales procederes! Puede alguna vez un castigo severo, impuesto con oportunidad, suspenderlas dias y años, y aun cortarlas de raiz cuando el pueblo no toma parte en ellas; pero aun en este caso debe ser impuesto con discernimiento, con justicia,

de modo que alcanze á pocos, y que los mas hallen sosiego y bienestar en la clemencia. ¿Qué sucederá, pues, con un sistema de terror seguido por igual contra todo un partido? Que lo que era un motin se haga una revolucion: que la guerra llegue á ser una necesidad vital: que las pasadas injusticias se paguen con terribles represalias: que exaltadas las pasiones, olvidados los lazos de la sangre y violado el derecho de las gentes, no tenga la historia sino horrores y crímenes que segar en la arena del combate.

Con tales ejemplos Margarita, léjos de ceder un ápice, continuaba en su alzamiento mas y mas firme á cada instante, á tiempo que Urreiztieta, causa principal de aquella guerra, hacia por acabarla grandes esfuerzos de valor y actividad. El 3 de enero salió de Pampatar al frente de 400 hombres; en la tarde del 4 se presentó á retaguardia de las líneas con que los patriotas circunvalaban el castillo de Santa Rosa y al amanecer el 5 logró penetrar en él despues de un combate sangriento, durante el cual hizo incendiar mucha parte de la ciudad. Grande era el empeño que ponian los españoles en reducir la obstinacion de los margariteños; y tanto, que el brigadier Pardo, comandante de las provincias de oriente, se trasladó en persona á Pampatar con 600 hombres al mando de Gorrin, á fin de hacer levantar el sitio del castillo. El 15 en efecto marchó hácia la Asuncion, y no embargante la resistencia de los patriotas, se reunió á Urreiztieta. El resto de la poblacion fué incendiado y tambien de allí á poco el pueblo del Valle de San Juan. Arizmendi salió mal de un ataque intentado contra el castillo de Santa Rosa el 25; pero á pesar de los refuerzos que constantemente recibian los enemigos, conservaba sus posiciones, aumentaba diariamente sus fuerzas y mantenia entre sus tropas la esperanza del triunfo, prometiéndoles un pronto ausilio de Bolívar.

No volvian de su asombro las autoridades españolas al ver la resistencia de un puñado de hombres sin armas, indisciplinados y pobres, y en su rabia contra ellos imaginaban medios de represion tan estravagantes como crueles. Así, en 29 de enero escribia Pardo á Moxó diciéndole que la esposa de Arizmendi habia dado á luz en su prision un *nuevo monstruo* y que convendria decapitarla, por haber su marido hecho matar los prisioneros españoles: consultaba ademas si deberia privar de la vida á todas las mujeres y niños de la isla, siendo así que los patriotas se valian de ellas para introducirse en Pampatar y tomar conocimiento de lo que ocurria. Ante

estas ideas feroces retrocedió asustada el alma misma de Moxó, tan dura y fiera, y el plan del inhumano brigadier Pardo solo paró en que la esposa de Arizmendi, firme siempre en no querer aconsejar á su marido la bajeza de rendirse, fuese trasladada á Carácas y mas adelante á Cádiz, de donde se fugó años despues, para volver á la patria. ¡ Honor á su constancia!

El levantamiento de la Margarita fué un suceso de graves consecuencias en la guerra colonial, y debe contarse por tanto entre los que mas influyeron en la independencia del pais. Mui diestro y previsor era Bolívar para no aprovecharse de él á toda prisa, ántes que, puestas en accion grandes fuerzas contra aquella tierra heroica á la par que miserable, se malograsen los beneficios que iba á producir su oposicion á los realistas. Así, miéntras Arizmendi y sus caudillos principales hacian esfuerzos inútiles para apoderarse de las fortificaciones de Pampatar y Santa Rosa, el Libertador preparaba en los Cayos una espedicion que su nombre y el de los jefes que le acompañaban hacian solo formidable; no su fuerza y número, pues constaba de siete goletas mercantes armadas en guerra, 250 hombres de desembarco, la mayor parte oficiales, un parque sin piezas y muchos fusiles. Mandaba la escuadrilla con el pomposo título de almirante el ya mencionado Luis Brion, rico mercader y armador de Curazao, en quien la afabilidad, el ingenio singular y el atractivo mágico de Bolívar produjeron tal efecto, que consagrado á su servicio y al de la república, empleó por uno y otro de allí en adelante sus haberes y persona. Iba como jefe de estado mayor el general Mariño; como subjefe el coronel Doucudray Holstein, frances petulante de muchas palabras doradas y pocas obras buenas, cuya conducta hizo mucho mal á los patriotas en Cartagena, y que separado voluntariamente de la espedicion poco despues, fué reemplazado por el teniente coronel Cárlos Soublette. Este oficial, célebre despues en la historia del pais, entró al servicio de la república desde el año de 1810 en clase de portaestandarte del escuadron de caballería de Carácas. En la campaña de 1811 fué secretario militar de Miranda, y en la mui aciaga de 1812 su primer ayudante de campo. Perdido todo con la invasion de Monteverde, preso el principal caudillo de los patriotas y cerrados los puertos á la emigracion, se mantuvo en el territorio hasta que ocupada Carácas en 1813, se reunió á Bolívar. Nombrado entónces por secretario militar de Rívas, acompañó á este en las acciones de Vijirima, la

Victoria, Ocumare y Carabobo; despues de la batalla de la Puerta fué á Barcelona como mayor general de la division Palácios, y desde aquella ciudad condujó á Aragua las tropas de Caracas. Por consecuencia del triunfo de Morillo sobre Bolívar y Bermúdez, pasó á Cumaná, y se embarcó para Margarita, en donde permaneció hasta la entrada de Morillo. En Cartagena sirvió luego útilmente defendiendo con gran bizarría el castillo de la Popa, hasta que, resuelta la evacuacion de la plaza, salió de la Nueva Granada en busca del Libertador, á quien logró reunirse en los cayos de Haiti. Ademas de Soublette iban con Bolívar Pilar, y el escocés Mac-Gregor, el coronel Pedro Briceño Méndez, secretario del general en jefe, y un granadino de gran capacidad y fama, llamado Francisco Antonio Zea.

Tales eran los recursos que Bolívar llevaba para medirse nuevamente con los españoles en el momento que estos, dueños ya de Venezuela, conquistaban á poca costa el Nuevo reino de Granada, y cuando conservaban aun intacto en una y otra tierra el mas brillante y numeroso ejército que hubiese visto América. En la vieja Europa, donde la cultura y la riqueza han multiplicado tanto los medios de accion y movimiento, no podrán nunca concebirse las dificultades que se oponian á estos proyectos estraordinarios de Bolívar, hijos al parecer de la presuncion ó la locura. Distancias inmensas sin puentes por lo comun y sin caminos: desiertos intransitables: escasa poblacion, ignorante, parte de ella enemiga: compañeros ambiciosos á quienes la desgracia llevaba á su lado como amigos, y que se declaraban enemigos á la primera luz de triunfo ó de esperanza: contrarios pujantes, implacables, activos: para estos los recursos de dentro y fuera: para él las estrechezes. Regístrense los anales de las revoluciones: véanse las de Suiza, Holanda, Estados Unidos, Francia; todo en ellas favorecia la causa nueva contra la antigua. Medítese luego con detencion la empresa de Bolívar y habrá de confesarse que jamas suma igual de embarazos se habia opuesto á ningun proyecto humano: que jamas caudillo popular tuvo ménos medios de defensa y de resguardo; y finalmente que nunca la constancia fué probada en sucesion mas larga de victorias y reveses.

Ya listo todo, dió Bolívar la vela del puerto de Aquin el 30 de marzo, y remontando sobre la isla dinamarquesa de Santa Cruz, apresó en sus cercanías un buque mercante español. La espedicion

recaló el 1º de mayo á los Testigos, el 2 apresó el bergantin y la goleta de guerra, Intrépido y Rita que bloqueaban á Margarita por el rumbo de occidente, y el 5 surgió felizmente en Juan Griego. A estas primeras ventajas se unió luego otra de consideracion, pues los realistas, asustados con la llegada del Libertador y juzgando que llevaba un ejército formidable, abandonaron el castillo de Santa Rosa en manos de Arizmendi, que luego al punto lo hizo demoler.

Seguidamente los jefes y oficiales de la isla, muchos vecinos de ella respetables y los emigrados del continente se reunieron en la iglesia de la villa del Norte y reconocieron á Bolívar por jefe supremo y á Marillo por su segundo, dando con esto á las dañinas ideas federales y á las pretensiones ambiciosas de ciertos jefes el primer golpe que recibieron en beneficio del comun. Esta resolucion utilísima, tomada el 7 de mayo con aplauso de todos los verdaderos patriotas, fué comunicada inmediatamente á los jefes que sostenian la guerra en las provincias. Despues de lo cual Bolívar, que habia propuesto en vano á Pardo la entrega de Pampatar, siguió inmediatamente á la tierra firme á allegar tropas, encargando la defensa de la isla al denuedo tan conocido de sus hijos.

El 1º de junio se aproximó á Carúpano y ocupó el poblado sin gran resistencia de parte de los españoles, los cuales se retiraron á Cariaco. Una vez en el continente, dictó el Libertador varias providencias, encaminadas unas á multiplicar sus fuerzas, otras á organizar mejor el sistema de guerra en las provincias. Cuéntase entre las primeras un decreto que llamaba los esclavos á las armas, ofreciendo darles por el mero hecho libertad, con indemnizacion á sus señores: entre las segundas el encargo dado á Marillo para organizar tropas en Güiria y á Piar en Maturin.

La toma de Carúpano habia dado la alarma á los realistas de Cumaná, provincia en donde mandaba el brigadier Don Tomas Cires. Bien hubiera podido, obrando con rapidez, caer sobre Bolívar y desposeerle antes que este allegara gente bastante para resistirle; porque no sospechaba siquiera que aquel hombre habia llegado casi solo al continente. Por el contrario, la fama de que llevaba un poderoso ejército de negros se habia estendido por do quiera en tales términos, que los españoles solo trataron de reunir en Cumaná grandes fuerzas, sin intentar contra Carúpano ningun movimiento decisivo. Cires salió de la capital de la provincia el dia 5 de junio

y el 19 solamente fué cuando se puso á tiro de los patriotas, rechazando un pequeño cuerpo avanzado que mandaba el teniente coronel Francisco de Paula Alcántara; mas, á pesar de esta ventaja se detuvo de nuevo, esperando refuerzos, con lo cual dió tiempo á que el Libertador, conseguido plenamente su objeto, se reembarcase el 29, haciendo inútiles sus tardíos aprestos.

Grandes fueron los resultados que obtuvo Bolívar de su marcha atrevida é ingeniosa á Margarita y Costa-firme. Ya hemos visto que á su llegada fué abandonado el castillo de Santa Rosa, lo cual produjo el bien de reunir las fuerzas, ántes divididas, de Arizmendi contra las solas fortificaciones de Pampatar. Su autoridad habia sido reconocida en Margarita, el 25 lo fué por Monágas y otros jefes de partidas. Tres dias despues una junta general celebrada en Carúpano bajo la direccion del juriconsulto Diego Bautista Urbaneja, pidió la unidad de gobierno y se adhirió á la voluntad de la asamblea del Norte, con aquiescencia del ayuntamiento. Sus tropas ademas se aumentaron hasta el número de 1000 hombres: jefes espertos, valerosos y de gran nombradía marcharon á reanimar la opinion y á hacer gente en las provincias del interior; y habiendo pasado al continente, para oponerse á su invasion, las fuerzas que obraban sobre Margarita, dejaron respirar por algun tiempo aquella tierra generosa miéntras se aparejaba á nuevas y mas sangrientas lides.

Ahora el plan de Bolívar era hacer una invasion en la provincia de Carácas, aprovechando la coyuntura de estar el general Morillo en la Nueva Granada con la mayor parte del ejército espedicionario, y las fuerzas que habian quedado en Venezuela distribuidas en varias guarniciones distantes entre sí. Con tal designio guió para la costa de Ocumare á barlovento de Puerto-Cabello, y el 6 de julio tomó tierra en ella felizmente, publicando luego al punto el decreto sobre libertad de esclavos, y espidiendo uno relativo á la guerra á muerte. Bolívar deploraba constantemente el término de rigor y violencia á que habian sido llevadas las hostilidades en fuerza de razones poderosas: pruebas de ello son los muchos casos que se vieron de violar él mismo las disposiciones del decreto de Trujillo, perdonando á muchos españoles que cayeron en sus manos, ora en las ciudades, ora en el campo de batalla. Los enemigos con quienes al principio tuvo que combatir hicieron inútil su clemencia: aquellos bárbaros llegaron á formar y poner por obra el proyecto de

aniquilar la raza americana, y su ferozidad exigia á cada instante terribles represalias. Mas cuando Bóves, y Yáñez, y Puy, y otros tales no existian: cuando en lugar de aquellas bandas indisciplinadas, conducidas por los hombres mas desapiadados que recuerda la historia, se veian tropas veteranas regidas por oficiales cultos, bien podia concebirse la esperanza de regularizar la guerra, haciendo desaparecer por siempre tan insólitos horrores. Creyéndolo así Bolívar, quiso ser el primero que propusiese aquella providencia saludable; pero desgraciadamente el espíritu infernal de Moráles y de Enrile imperaba en los consejos de Morillo y aun habia pasado á sus tropas y tenientes: creyendo segura la victoria, desecharon los realistas el humano convite de Bolívar; el decreto quedó sin cumplimiento y las matanzas continuaron.

Inmediatamente despues que desembarcaron las tropas en Ocumare, fué enviado Soublette con parte de ellas á ocupar los valles de Aragua por el camino que conduce á San Joaquin; pero esta operacion intentada con 500 hombres escasos, no dió ningun provecho. Soublette llegó á Maracai, retirándose sin gran resistencia una compañía de húsares que lo guarnecia; pero allí supo que Moráles (enviado desde Ocaña por Morillo, cuando este supo el levantamiento de Margarita) habia llegado á Valencia, y que Carácas estaba ocupada por mas de 500 hombres de línea. Con esto decidió retirarse y lo hizo en efecto para apoyarse á las faldas de los montes por donde pasa el camino de Ocumare. Moráles, que ya estaba en marcha contra él, reconoció inmediatamente sus posiciones con 600 hombres, limitándose á escaramuzas de guerrillas; pero aumentadas sus tropas el 15 con 500 soldados del teniente coronel Don Manuel Bauzá, se dirigió por la noche contra los patriotas, con ánimo de darles un ataque en forma. Ya para entónces el jefe republicano se habia situado en la cumbre de los Aguacates, en cuyo sitio se le incorporó Bolívar el mismo dia con algunos de los cuerpos que habian quedado en Ocumare; mas á pesar del puesto, que era bueno, y de la reñida defensa que hicieron las tropas, la accion se perdió y los patriotas se retiraron. Tres cosas contribuyeron al malogro de esta importante jornada: primera, que el mejor y mas fuerte cuerpo de la espedicion no llegó á tiempo, porque habiéndose hecho cargar á cada soldado con un barril de municiones ademas del fusil y del morral, se hizo la marcha con suma lentitud: segunda, un falso informe dado al Libertador de que

cierta columna enemiga iba por un camino escusado á interceptar su comunicacion con Ocumare; y tercera, en fin, que un oficial indolente ó cobarde abandonó el puesto que resguardaba el ala derecha, dando con ello ocasion á que los realistas cayesen de frente y por el flanco sobre toda la línea. La retirada, empero, se ejecutó en buen órden y sin que el enemigo persiguiera, por cuya razon se llevaron hasta Ocumare los heridos.

Pocas vezes se habia visto Bolívar en mas duro aprieto: derrotado, con pocas fuerzas, y teniendo al frente un enemigo formidable. Podia reembarcarse; pero ¿á donde iria? El oriente estaba ya en alarma, Guayana prevenido: la toma de Maracaibo no era empresa para su fuerza y buques. Coro se hallaba desguarnecido; pero sus habitantes eran hostiles al partido republicano, y lo que á los jefes de este convenia era poner el pié en tierra amiga. Carácas era esta tierra, y se hacia preciso y urgente abandonarla.

Juntóse, pues, en Ocumare un consejo de guerra, y unánimemente resolvieron los jefes marchar á Choromí, reunirse al comandante Francisco Piñango que organizaba allí un batallon con reclutas de la comarca, bajar al valle de Onoto y seguir á los llanos en demanda de los cuerpos de caballería de Monágas y Zarama. El Libertador aprobó como era de razon este plan sabio al par que atrevido, cuyo resultado debia ser el de ligar todas las fuerzas republicanas que abraban desparramadas en un inmenso territorio; pero al mismo tiempo declaró que se hallaba resuelto á seguirlo, dirigiendo las tropas en persona. Determinacion era esta que no cuadraba á los caudillos patriotas, los cuales deseaban que Bolívar se reembarcase, á fin de poder ellos obrar con mas libertad en la arriesgada empresa que acometian, sin el cuidado de custodiar una persona tan interesante para la causa de Venezuela y la única que podia proporcionarles recursos esteriores si lograban el objeto, ó preparar nuevas espediciones caso que fuesen destruidos.

En el puerto de Ocumare solo habian quedado dos buques mercantes y uno de guerra al mando del frances Villaret, porque Brion con los otros que componian la escuadrilla estaba en Curazao. En tierra se hallaba un parque cuantioso, una imprenta y otros objetos importantes cuyo reembarque era tan necesario como urgente. Bolívar quiso activarlo por sí mismo en union del comandante de artillería Bartolomé Salon, dejando en Ocumare á su ayudante de campo Isidro Alzuru, para que por su medio le advirtiese

Soublette de cualquiera novedad. Como á las cinco de la tarde ó poco ántes llegó Morales con sus tropas al Peladero, posicion distante de Ocumare obra de tres leguas, é hizo alto con demostraciones de pasar allí la noche. Resolvióse emprender la retirada á las ocho y se envió aviso de ello al general en jefe con Alzuru; pero este, ó por aturdimiento, ó por sorpresa, ó por mala inteligencia, llevó la alarma á la playa anunciando que los enemigos estaban entrando en Ocumare y las tropas republicanas en repliegue formal y apresurado. Villaret sin mas ni mas picó anclas al punto y se puso á la vela con los dos bajeles mercantes. Las personas que estaban en tierra se arrojaron al agua en la mas grande consternacion, y el Libertador, instado por una parte de los que con él estaban, y juzgando por otra imposible su incorporacion á las tropas, se embarcó en el buque de guerra para seguir á Villaret: en la playa quedaron abandonados gran número de fusiles y pertrechos. Las personas que no pudieron ganar las embarcaciones que se llevaba el frances y otros que no cupieron en la nave armada, llegaron á Ocumare y pusieron en conocimiento de los jefes el desórden ocurrido. Estos enviaron inmediatamente al coronel Miguel Borras para desmentir las noticias de Alzuru y anunciar que la division aguardaria á los dispersos hasta las nueve de la noche. Reuniéronse en efecto á ella Salon, algunos soldados y el mismo Alzuru, que, para decirlo de pelo, desertó despues en Choroní; y en llegando la hora prefijada, se emprendió la marcha, dejando abandonados por necesidad los heridos á la crueldad del vencedor. Era imposible conducirlos, porque el movimiento exigia una rapidez estraordinaria, y andaban tan escasas las caballerías, que cada soldado llevaba ademas de la mochila y el fusil el enorme peso de descientos cartuchos. Puestos en marcha las tropas, resolvieron los jefes reconocer por general de la division á Mac-Gregor que se hallaba en Choroní y á quien encontraron en Cata al dia siguiente. Llegado que hubieron á Choroní, guiaron hácia la altura de Curucurume, camino de Maracai, donde estaba situado Piñango con alguna tropa colecticia, miéntras que Morales se entretenia en recoger los despojos abandonados en la playa de Ocumare.

Los patriotas siguieron su camino tranquilamente hasta bajar al valle de Onoto, donde encontraron una columna realista al mando de Quero, la cual fué derrotada sobre la marcha, dejando algunos prisioneros á quienes Mac-Gregor dió generosamente

libertad. Aconteció esto el 18 de junio. Continuaron su marcha por el camino que conduce á los valles de Aragua, y en la montaña de Güere encontraron palpitantes aun 29 hombres muertos. Estos infelizes habian sido sacados de Carácas por órden de Moxó como para ser trasladados á Valencia; pero Chepito González, autorizado para ello y movido de su genial ferocidad, acababa de degollarlos. Que en hecho tan atroz tuviese parte el capitan general, es cosa que un autor verídico, contemporáneo y bien instruido en las cosas venezolanas de aquel tiempo, da por cierto, y que muchas y muí fuertes razones corroboran, segun veremos luego. Esa noche acamparon los patriotas al raso á orillas del monte, y á la mañana siguiente llegaron á la Victoria, de donde á su aproximacion se retiraron algunos húsares españoles con direccion al Consejo. Allí por la primera vez y con indecible júbilo supieron la guerra que hacian á los españoles los patriotas de Apure y Casanare; con lo que cobrando nuevos brios, contentos ya y llenos de esperanza, salieron por el fragoso camino del Hato y pernoctaron en la hacienda de Santa Rosa perteneciente á la familia Montilla (estaba entónces adjudicada á Morales como secuestro de patriotas). Desde aquel punto, siguiendo las aguas del rio Pao, llegaron á San Sebastian de los Réyes, en donde dispersaron las fuerzas que tenia á su cargo el comandante Rosete. Por los papeles encontrados en la casa del jefe español se impusieron de la completa ocupacion de la Nueva Granada por Morillo y de que este general con el todo ó buena parte de su ejército volvia sobre Venezuela por las llanuras de Casanare y Apure.

Continuaron los republicanos su movimiento por San Francisco de Cara y Camatagua y atravesaron el rio Orituco por el pasaje llamado del Arbolito; pero ántes de verificarlo y hallándose en el sitio de la Lajita, comisionaron al coronel Ricardo Mesa para que con buenos prácticos se adelantase en solicitud del general Zaraza ó de alguna de sus partidas, á fin de informarles de aquella marcha y de la escasez de caballería en que estaba Mac-Gregor. Lástima fué que este no conociese el terreno que pisaba, porque su ignorancia en negocio tan esencial, le puso en el caso de seguir malos consejos acerca de la disposicion de aquel movimiento delicado, comprometiéndole en combates que pudieron y debieron evitarse. Desde que la division bajó el valle de Onoto, el teniente coronel Tomas Hernández, natural de la Victoria, influyó con él pa-

ra que la marcha se hiciese, como se verificó, por aquel pueblo; y esto fué causa de que, descubierta y espedita la ruta principal que por la villa de Cura conduce á San Sebastian, los avisos del jefe realista llegaran á esta poblacion ántes que los patriotas, y de allí á todos los jefes españoles que obraban en las llanuras. Luego que pasó el rio Orituco, todos sus compañeros fueron de opinion de dejar á Chaguarámas á un lado y seguir á Santa María de Ipire, en donde se prometian hallar algunos de los cuerpos francos de Zaraza, mayormente porque en Chaguarámas habia un fuerte destacamento de tropas españolas, atrincherado en dos de las principales casas de la plaza, y á los patriotas no les convenia provocar á riña sino conservar su fuerza y municiones para ocasion mas oportuna y decisiva. El general se dió por convencido de todas aquellas razones hasta que llegó al hato de las Palmas, sitio en donde debia abandonarse el camino que conduce á Chaguarámas; pero entónces, insistió por entrar al pueblo, olvidando los motivos que habia para lo contrario y alegando otros mui fútiles por cierto.

El comandante del destacamento español sabia ya la marcha de los republicanos; pero ignorando que estuviesen tan cerca, habia enviado á sus soldados á lavar la ropa en una laguna que está á las cercanías del pueblo. Fácil hubiera sido sorprenderlos y acabarlos en tal desprevencion; pero en lugar de marchar con cautela y en silencio contra ellos, el coronel Teodoro Figueredo, que llevaba la descubierta de caballería, hizo tocar marcha al clarin; con lo que advertidos del peligro, se recogieron y armaron para aguardar á sus contrarios. En vano trotó la infantería á fin de reparar aquel inconcebible descuido: los españoles estaban ya en las casas fuertes y allí el rendirlos no era empresa del momento. Los republicanos sin embargo ocuparon el resto del pueblo, bloquearon perfectamente el destacamento español y se apoderaron, con pérdida insignificante, del estanco del tabaco, repartiendo entre la tropa sus existencias en especie.

Creyeron los jefes que una vez conseguida la última ventaja (objeto principal que se habia propuesto Mac-Gregor en su marcha á Chaguarámas), continuarian su marcha; pero el general tomó entónces á empeño rendir el destacamento español, y el 28 de julio le hizo una intimacion que, desatendida por su valiente jefe Don Tomas García, le puso en el caso de romper el fuego, soste-

niéndolo por toda la noche y el siguiente dia: el resultado fué una baja de ochenta hombres y la quema inútil de diez mil cartuchos.

Aunque tarde, cayó con todo en cuenta de que aquella demora daba marchas de ventaja á las fuerzas que indefectiblemente debian ir en su persecucion y levantó el campo en la noche del 29, conduciendo once hamacas con heridos y pasando otra vez por el dolor de abandonar los mas postrados. Una ventaja de consideracion consiguió, empero, Mac-Gregor en Chaguarámas, y fué la incorporacion del comandante Basilio Belisario, patriota denodado, fiel y práctico del terreno, que desde entónces fué su guia principal.

Tan fatigada y rendida de hambre estaba la tropa, que el dia de su salida de Chaguarámas no pudo hacer larga jornada: el 30 acampó á cuatro leguas de distancia sin que se diese de comer á los soldados. De aquí nacieron murmuraciones entre estos, á tiempo que los jefes, disgustados con la conducta anterior de Mac-Gregor, manifestaron abiertamente su resolucion de deponerle. Hiciéronlo así en efecto aquella misma noche, y bajo el mando de Soublette se continuó la marcha al dia siguiente, haciendo alto á las once de la mañana para dar descanso y víveres á la division. El 4º de agosto continuó el movimiento y por la tarde acamparon los patriotas en el sitio del Socorro, lugar en el cual fué repuesto Mac-Gregor en el mando con unánime consentimiento de los jefes. ¿Qué dió motivo á tan pronta variacion en la conducta de estos? Hé aquí lo que sobre ello cuentan testigos presenciales de crédito y saber. Mac-Gregor era un hombre valeroso hasta la temeridad, entónces jóven, pendenciero, de índole irascible y obstinada: una enfermedad cruel é incómoda que á la sazon alteraba su salud, daba por desgracia á su porte aquel desabrimiento natural, pero insufrible, que los sanos hacen mal en no perdonar á los enfermos. Y esto explica suficientemente su paso por la Victoria, su ataque á Chaguarámas, el disgusto de los jefes y su deposicion. Pero en la altura á que se hallaban los patriotas ya no habia desvíos que temer en la marcha, y la próxima reunion con los jefes de las llanuras exigia que á la cabeza de aquella tropa fuese un hombre que tuviese la elevada categoría de general del ejército, y nombre y crédito capaces de mantener reunidos y obedientes á aquellos caudillos, zelosos en estremo del mando y de la autoridad. Ese hombre necesario era Mac-Gregor, á quien por lo demas no podian negarse eminentes

prendas militares. Brillante en un dia de batalla, fiel y enérgico, era en cuanto á soldado uno de los mas valerosos de aquellos tiempos, fecundos en animos fuertes y elevados.

En el Socorro se reunió á las tropas el intrépido comandante Julian Infante con ochenta giretes, y mui temprano en la mañana del 2 se puso en marcha la infantería, quedando á retaguardia en el mismo sitio del Socorro la caballería, para proteger el paso de la Quebrada Honda, terreno áspero y barranoso cuyo tránsito requería precauciones; pero apénas aclaraba el dia cuando se descubrió una columna enemiga que á paso acelerado iba sobre los patriotas. Por mas que estos activaron su marcha, fué alcanzada y atropellada la retaguardia en el pasaje, con pérdida de algunos caballos. Mac-Gregor se hallaba distante de aquel sitio, porque no permitiendole el estado de su salud caminar al paso de una tropa en retirada, se habia adelantado desde mui temprano sin poder prever aquel suceso. La falta, pues, del general y el brusco ataque de los españoles (1200 en número al mando de Quero) causaron al principio alguna confusion, mayormente porque ninguno de los jefes se atrevia á tomar sobre sí el dar las disposiciones necesarias. El peligro, sin embargo, grande y comun, inspiró á todos la buena idea de dirigirse á uno solo por consejo, y Soublette, hecho cargo del mando, dirigió de prisa y con acierto los preparativos del combate. Fué el éxito de este dichoso en estremo para los patriotas: el nombre de Quero despreciado por los republicanos, corrió de fila en fila escitando el ardor de los soldados, y en aquella ocasion debió en mucha parte el traidor, al sentimiento que inspiraba, la terrible leccion de una derrota. Los patriotas tuvieron mui pocos muertos; pero entre ellos al bizarro comandante Francisco Pimango.

Logrado el objeto de rechazar al enemigo, no se entretuvieron los patriotas en perseguirle, ántes aprovechando el resto del dia continuaron su marcha hácia Santa María de Ipire, á donde llegaron felizmente el 5 de agosto. En aquel pueblo se reunieron á Zaraza que los aguardaba con 50 carabineros; el cual despues de haber reconocido á Mac-Gregor por jefe principal, recibió órdenes para juntar y organizar de nuevo los escuadrones de su brigada, que poco ántes al mando de Monágas habian sido derrotados en la provincia de Barcelona. Cubierta la retirada por Zaraza, se dirigió Mac-Gregor al pueblo de San Diego de Cabrutica, punto que se escogió como el mas á propósito para reunir el ejército que debia for-

marse con las tropas de Ocumare y las divisiones de caballería de Monágas y Zaraza.

Estos dos jefes habian continuado la guerra en este año con su habitual tenazidad y mejor éxito que en el anterior, el primero en las provincias de Guayana y Barcelona, el segundo en las llanuras de Carácas, hostigando á los españoles con acometimientos, sorpresas y correrías incesantes. Divididos, empero, y con pequeñas fuerzas de sola caballería, sus operaciones no tuvieron, ni podian tener un influjo decisivo en la guerra, si bien servian para distraer buen número de soldados enemigos, reunir á los patriotas dispersos y mantener vivo el fuego de la libertad. Ademas de los cuerpos francos dependientes de estos célebres caudillos, habia otros que infestaban la provincia de Cumaná y principalmente los bosques y llanuras intermedias entre Maturin y el Orinoco: estos eran mandados por los coroneles Jesus Barreto y Andres Rójas. En fin, despues de una serie de sucesos poco interesantes, cuya relacion saldria fuera de los límites que nos hemos propuesto, estos partidarios y otros muchos se habian reunido, con el objeto de dar mejor direccion y mas consistencia á sus operaciones, nombrando un jefe al cual obedecieran todos. Recayó la eleccion en Monágas; Zaraza fué nombrado por teniente suyo, y se instituyó un consejo de guerra permanente, encargado de la administracion de la guerra y del juicio de los delitos militares. Este arreglo se debió en su mayor parte al zelo y esfuerzos del Dr Miguel Peña, que hasta entónces habia servido á las órdenes de Zaraza, ayudándole con sus consejos y su espada. Porque este hombre á quien hemos visto haciendo tan feo papel el año de 1811 en la prision de Miranda, tenia corazon de soldado y cabeza de estadista. En 1813, cuando el general Bolívar entró en Venezuela, desempeñó varios destinos importantes, entre otros el de comandante de los valles de Aragua, y despues de la desgraciada batalla de la Puerta, léjos de abandonar á su patria, como lo hicieron algunos, creyéndola perdida para siempre, se encerró en Valencia y peleó al lado de los mas esforzados. Persuadido de que Bóves no cumpliria sus promesas, fué de opinion que todos murieran defendiendo la plaza ó se abriesen un camino por entre las filas enemigas; pero forzado por el parecer de sus compañeros, celebró á nombre de la guarnicion el convenio que puso á su pais natal en manos de aquel fiero caudillo. Dos hermanos suyos fueron por órden de este asesinados, y él, escapando como de milagro,

atravesó el vasto territorio que se estiende desde Valencia hasta el Orinoco, donde reunido á Zaraza continuó haciendo la guerra con un furor igual por lo ménos al de sus contrarios. Nombrado Monágas jefe de aquellos cuerpos francos, sirvió á su lado, se encontró en todas las acciones que se dieron despues, y en sabiendo la llegada de Bolívar á Margarita, consiguió que inmediatamente se le reconociese por jefe supremo. Monágas le destinó en seguida á dar cuenta al Libertador de su fuerza, estado y proyectos; pero cuando despues de trabajos inauditos llegó á Güiria, ya la espedicion de Ocumare habia partido, y él, moribundo, se hallaba en incapazidad absoluta de pasar adelante. Apénas restablecido, le envió Mariño en comision á Trinidad, pero sin recursos y en un estado imponderable de miseria. Antiguos amigos de aquella isla, en donde ántes habia residido, le socorrieron generosamente; y allí, ejerciendo con mucho crédito su profesion de abogado, permaneció hasta el año de 1820.

Volvamos ahora á Mac-Gregor. Este se detuvo en San Diego el tiempo necesario para reunir las partidas de Zaraza y Monágas, y tambien con el objeto de mejorar el personal y material de la infantería; mas luego que ambos objetos se lograron, emprendió marcha á principios de setiembre hácia la villa de Aragua, donde estaba situada una division española al mando del teniente coronel venezolano Don Rafael López. En las cercanías del Chaparro tuvo noticias de que las tropas de Aragua se habian movido en su demanda, y esto le determinó á suspender la marcha y buscar una posicion favorable para aguardarlas. Prefirióse el sitio de los Alacranes, no mui distante del pueblo mencionado, y que es una llanura sembrada á trechos de pequeñas colinas que remedan el oleaje del mar: en la suave pendiente de una de ellas acampó el ejército, ocupando desde luego el órden en que debia combatir. La derecha se confió á Monágas con su brigada de caballería, la izquierda á Zaraza con la suya: cada una tenia obra de 500 caballos. Ocupó el centro la infantería, que para entónces pasaba ya de 600 hombres: regíanla los jefes de batallones y era considerada como la fuerza que directamente mandaba el general Mac-Gregor. Formaban la reserva un escuadron de caballería de la brigada Monágas y una columna de mas de 200 indígenas perteneciente á la misma brigada, que estaban á cargo de los capitanes Manaure y Tupepe.

En esta formacion se pasó la noche sin novedad; pero al siguien-

te dia mui temprano (6 de setiembre) se descubrió al enemigo en el pueblo del Chaparro; luego se le vió poner en marcha y ántes de mediodía asomó en una colina paralela á la que ocupaban los patriotas; y separada de esta por una suave ondulacion que hacia el terreno intermedio y que estaba cubierta de un matorral no mui espeso: la distancia entre las dos posiciones seria de 500 á 600 varas. Teniendo los patriotas la ventaja de estar situados de antemano y en órden de batalla, pudieron mui bien impedir al enemigo su despliegue y formacion; pero de propósito no quisieron hacerlo y le dejaron llegar, colocar y estender su línea de un modo análogo á la suya: la infantería en el centro y cubiertos los flancos por columnas de caballería. López tenia mas infantes y ménos ginetes que Mac-Gregor, y su reserva se componia de una columna de indígenas de Chamariapa, armados de flechas.

No solo formaron su línea los realistas con perfecta tranquilidad, sino que llegó la condescendencia de los patriotas al estremo de consentir que montasen dos piezas de á 4 que conducian sobre acémilas, sin que entre tanto se hiciesen por los combatientes otras demostraciones hostiles que algunas escaramuzas de tropas lijeras en el comedio de sus posiciones. Al fin dió orden Mac-Gregor de marchar de frente con el arma al brazo y sin disparar un tiro; lo cual ejecutaron los republicanos con mucha regularidad, aunque lentamente, para conservar la alineacion. Este movimiento, igual al que otra vez emplearon los patriotas en Araure, tuvo aquí el mismo resultado. Luego que la línea republicana llegó al matorral, los cazadores enemigos se reunieron á su infantería, y esta, abriendo entónces sus fuegos, esperó á pié firme; pero fué para morir. Porque cargada de frente á la bayoneta y envuelta por sus flancos á causa de la derrota de la caballería de ambas alas, casi toda pereció con sus jefes y oficiales: apénas ochenta ó noventa hombres se hicieron prisioneros, los cuales por ser venezolanos, fueron incorporados en las filas de los vencedores. La caballería de estos persiguió á la de López con poco fruto; pero habiendo quedado franco el camino de Barcelona, se continuó la marcha hácia aquel punto, despues de haber destinado á Zaraza con parte de su brigada á Santa María de Ipire para observar los movimientos de un cuerpo de tropas realistas que al mando de Moráles estaba en marcha desde la provincia de Carácas. El dia 12 evacuaron los realistas á Barcelona en consecuencia de la batalla del Alacran, emigrando muchos vecinos

á la Guaira, á la línea del Unare y á Cumaná: otros, queriéndose aprovechar de la confusion producida por aquel suceso, tuvieron el aturdimiento de proclamar la independencia; por donde irritado López, que estaba cerca, entró en la ciudad por la tarde alanzeando cuanto se le puso por delante y llevándose luego para Píritu un botin considerable. Monágas que desde el Pilar habia sido destinado al mismo punto por Mac-Gregor, intentó cortarle, y en efecto llegó á las manos con él, matándole setenta hombres y recuperando parte de lo robado. Mac-Gregor entró en Barcelona el 15 y encontró sus calles llenas de cadáveres y despojos; poco despues se le incorporaron Monágas y otras partidas.

La ocupacion de aquella ciudad fué un suceso de grande trascendencia para los patriotas dentro y fuera del pais. La marcha de una columna de infantería desde el puerto de Ocumare hasta San Diego de Cabrutica, y las victorias de Quebrada-Honda y Alacranes, hicieron revivir las esperanzas casi muertas de los amigos de la independencia; y destruyeron la grande influencia que la autoridad española habia adquirido por los desastres de los republicanos en el año de 1814, y por la importancia del ejército espedicionario. Barcelona puso á los patriotas en contacto con la isla de Margarita, de donde recibieron municiones para la infantería y la artillería, dos piezas de batalla y algun armamento: tambien con el general Piar, que á la sazon se hallaba sobre Cumaná. Este activo jefe marchó sin perder momento por la costa con una division de infantería, y en llegando á Barcelona tomó el mando de toda la fuerza; como correspondia á su grado superior.

Desplegando en aquella ciudad los patriotas toda la diligencia que requeria su situacion, aumentaron, organizaron y ejercitaron los batallones de infantería, montaron y pusieron en estado de servicio cuatro piezas de campaña y completaron el armamento de la caballería. Sabíase que el general Morales se acercaba con una fuerte division de infantes y ginetes, y aunque se contaba con que Zaram se incorporaria sin perder de vista á los españoles, túvose por fin noticia de la llegada de estos al pueblo del Pilar, distante seis leguas de Barcelona, sin que el caudillo patriota pareciese. Habia en efecto preferido quedarse á retaguardia de los enemigos; inconsideradamente, porque allí no hacia nada, y en la posicion de sus compañeros cualquier aumento de fuerza era interesante.

Desde el Pilar, siguiendo el camino de Barcelona, se encuentra

una montaña cubierta de árboles, y al salir de ella una llanura salitrosa que se estiende hasta el mar, cortada de montecillos en varias direcciones. Mui al estremo de esta llanura acampó el ejército del general Moráles en el paraje que llaman el Juncal, precisamente en la misma tarde que los patriotas, habiendo salido de Barcelona, se situaban en la llanada á poca distancia de los reales españoles; pero sin que Moráles lo advirtiese, no embargante la proximidad, á causa de la caida del dia y por los montecillos que limitaban la vista. Los realistas supieron que Piar estaba á su frente, cuando al otro dia (27 de setiembre) dieron los patriotas ántes de la salida del sol el toque de alarma: luego, arrollando sobre la marcha un cuerpo de caballería enviado para reconocerlos, se presentaron al descubierto, desplegando en batalla y á tiro de cañon del enemigo en la salina del Juncal. El ejército de los republicanos se componia de la division Mac-Gregor y de la que llevó Piar de Cumaná, al mando esta del general Pedro María Freytes. Constaba de 2.000 hombres, mas que ménos. El órden de batalla fué el mismo que tomaron las tropas en la funcion de Alacranes; en el centro la infantería, en las alas la caballería; la artillería se situó al frente de la línea. Moráles tenia 5.000 hombres, la mayor parte de escelente infantería veterana: su formacion, mui singular por cierto, consistia en un triángulo compuesto de tres fuertes columnas de infantes.

Principiaron el combate las tropas lijeras que cubrian el frente de ambos campos, y la artillería republicana que dirigió sus fuegos sobre las columnas enemigas. Una de caballería realista al mando del venezolano Alejo Mirabal, apoyada con algunos infantes que regia el capitan tambien venezolano Juan Meseron, maniobraba sobre la izquierda de Piar y amenazaba su retaguardia. El general republicano le opuso en persona la caballería de la izquierda y algunas compañías de infantería; pero aunque cargó varias vezes con singular denuedo á la columna enemiga, siempre fué rechazado. Duraba el combate en estos términos hacia mas de dos horas sin que ocurriese nada de decisivo, cuando el resto de la línea marchó sobre las tropas de Moráles y las puso en completa derrota, obligándolas á retirarse en desórden sobre el pueblo de San Bernardino. Si todas ellas no fueron muertas ó hechas prisioneras en aquel dia, debiéronlo á la columna de la derecha, la cual, aun despues de batido el cuerpo principal, continuó la pelea y fué causa de que se suspendiese por algunos momentos la persecucion. Tambien dicha

columna abandonó al fin el campo de batalla, y habiendo cesado absolutamente el fuego en todos los puntos, recibió órden Mac-Gregor para continuar en seguimiento de los enemigos, y Piar volvió por la tarde á Barcelona. Moráles pasó el Unare en direccion á Purgüey, luego siguió á Uchiré y últimamente por la costa á la embocadura antigua del Tuy, por donde descarga el Guapo en el dia. Por aquella comarca se entretuvo algun tiempo, cometiendo actos de inaudita crueldad, hasta que de órden de Moxó se trasladó á Orituco para reunir un nuevo cuerpo de tropas.

¿ Dónde estaba y qué hacia entre tanto Bolívar, orígen y causa principal de todos estos grandes resultados? Vamos á volver un poco atras para decirlo, refiriendo brevemente sus trabajos. Para ello, recordando que le dejamos embarcado y en seguimiento de Villaret, diremos que el 16 de julio alcanzó las dos embarcaciones y recuperó lo que se llevaban sus capitanes, á la manera que en otra ocasion lo hiciera Bianchi, y á pretesto de adeudárseles algunas cantidades: inmediatamente despues se reunió á Brion en Bonaire, y desde allí, tomadas algunas disposiciones relativas á la escuadrilla, dió la vela para Güiria en compañía de Bermúdez que se le habia incorporado en aquella isla despues de la salida de Ocumare.

La discordia entre estos dos hombres crecia por momentos, y no era ya un mero desacuerdo de voluntades, sino un odio profundo. Insubordinacion y violencias de Bermúdez le habian dado orígen en el campo de Carabobo, lo aumentaron en Aragua despues, y últimamente en Cartagena. Bolívar que estimaba altamente su valor y prendas militares, pero que no podia sufrir ni la brutalidad de sus maneras, ni su índole voluntariosa y cruel, rehusara admitirle en la espedicion de los Cayos, y veia con pena que en la ocasion actual volviese al continente. Allí su turbulencia fué causa en efecto de otro desacato hecho á la autoridad y de nuevas reyertas perjudiciales á la causa pública. El 16 de agosto llegó el Libertador á Güiria y el 22 fué desconocida su autoridad por los habitantes del pueblo y las tropas que en él tenia Mariño; trama formada por este general y por Bermúdez, con el pretesto de que el jefe supremo habia abandonado la espedicion de Ocumare. El resultado de esta escandalosa accion fué, por supuesto, análogo al que algun tiempo ántes habia tenido la de Carúpano, es decir, aprovechó solo á sus ejecutores: Mariño se hizo dar el primer puesto, Bermúdez el segundo;

siendo de notar ademas que este, no solo se propasó con Bolivar á palabras descompuestas y grandemente ofensivas, sino que tiró de la espada contra él. Y, como aquel puerto de Güiria fuese la única via por donde pudiese el Libertador reunirse á las fieles tropas de Mac-Gregor, Monágas y Zaraza, en viéndola cerrada, tomó el partido de marcharse para Puerto-Príncipe en Haiti. Solos Bermúdez y Mariño en el mando, que tanto habian anhelado, marchó el primero con una division á tomar los pueblos de la costa para facilitar sus comunicaciones con las llanuras, ocupó á Yaguarapo y sucesivamente á Rio-Caribe, Carúpano y Cariaco, recogiendo víveres, ganados, armamento, y aumentando sus filas con muchos soldados españoles que abandonaron sus banderas: el segundo situó el 20 de setiembre su cuartel general en el sitio del Cántaro y principió á hostilizar la plaza de Cumaná en combinacion con las fuerzas marítimas de Margarita. Para cooperar á este sitio se puso Piar en marcha desde Maturin, destruyó en el tránsito varias partidas enemigas y asentó por fin su campo en la Quebrada de Ortiz. Entónces fué cuando, informado de la llegada de Mac-Gregor á Barcelona, voló con sus tropas en su ausilio y tuvo buena parte en la batalla del Juncal.

Ántes de esto y tan luego como la division de Ocumare llegó á Barcelona, sus jefes y con ellos Monágas y otros famosos partidarios que con él estaban, comisionaron al Sr. Zea para pasar á Margarita y de allí á las colonias estranjeras en solicitud de Bolívar, á fin de informarle de lo ocurrido hasta allí é invitarle á que volviese á dirigirlos. Ignoraban entónces el suceso de Güiria; pero los margariteños que lo sabian llamaron tambien al Libertador en 22 de setiembre: Piar mismo, poco afecto á su persona, se manifestó dispuesto á obedecerle: Zaraza y Gedeño le veneraban, y en general los particulares de todas las clases y el ejército veian en él la única cabeza que pudiese dirigir la política y la guerra, poniendo á raya las ambiciones turbulentas que amenazaban nuevamente la ruina de la patria.

Bolívar entre tanto, retirado á Puerto-Príncipe, trabajaba por aprestar una nueva espedicion que ofreció ausiliar el presidente de Haití. Felizmente Brion, no habiendo podido desempeñar una comision diplomática de que le encargara el Libertador para Méjico y los Estados Unidos, se le reunió nuevamente con sus buques, componiendo estos y los de Villaret una escuadrilla respetable. A este au-

sitio permanente contra la unión otro debido á estar inmediato á su zona; y á ella incorporaron diversos oficiales italianos pertenecientes al ejército de Bonaparte, y que habian llegado á Haití con el general español Francisco Javier Mina. Este hombre, despues de su infructuosa tentativa por restablecer la constitucion española, habia salido de su pais con la resolucion de ofrecer sus servicios á los patriotas de Méjico; pero los oficiales estranjeros que le acompañaban dispusieron volverse á Europa, con pesar de los talentos del general, y sus preparativos les parecieron inferiores á la empresa, con porque las revueltas civiles de Méjico y el desórden de los negocios les hicieron recelar un contratiempo. Ello es que todos declararon al general su resolucion de volverse, y ya le iban á verificar cuando Bolívar en persona los habló, determinándolos á seguir al continente. Hecha esta precision adquirió impaciente por reunirse á los suyos, dió la vela del puerto de Jacmel el 21 de diciembre y llegó á Juan Griego el 24. Ese mismo dia publicó una proclama manifestando los motivos de su separacion y la necesidad que habia de reunir un congreso en Margarita, á fin de establecer una forma de gobierno, propia de las circunstancias, conforme al voto de los pueblos libertados y capaz de dar á los negocios un giro mejor que el que tenian entónces. El 31 del mismo mes arribó á Barcelona y se puso á la cabeza de las tropas.

Y ahora comienzo que digamos rápidamente cuál era el estado de las cosas en el momento de su llegada al territorio.

Dos jefes principales faltaban ya del campo de Barcelona: Piar y Mac-Gregor. Este habia tenido nuevas disensiones con sus compañeros, y cansado de ellas, enfermo y resentido, se fué á Margarita y seguidamente á las Antillas, abandonando la tierra firme, so pretesto de no tomar parte en estos disgustos, marchó con 1500 hombres á unirse con Cedeño, que estaba en la provincia de Guayana.

Maciño se habia visto en la necesidad de levantar el sitio de Cumaná para recuperar á Caripano y otros puntos del oriente que varias partidas realistas habian invadido y ocupado, mas, restablecido en ellos el gobierno republicano, volvió luego á ocupar sus posiciones frente á aquella plaza.

Reducidos los españoles en Margarita á las solas fortificaciones de Pampatar, y distraidos con las hostilidades del continente, continuaron la guerra con flojedad y sin resultados decisivos. Por fin,

hostigados por el infatigable Arizmendi, é inutilizada por este el agua de los pozos, evacuaron la isla el 3 de noviembre, retirándose á las costas de Cumaná y de Carácas. Libre ya de cuidados el caudillo republicano, marchó el 20 de diciembre con 400 hombres á Barcelona, encargando el mando de Margarita al coronel Francisco Estéban Gómez, uno de los mas valientes y dignos jefes militares de la isla.

En todo este año Cedeño no habia cesado de hostilizar á los realistas de Guayana, obteniendo sobre ellos ventajas de importancia; y llegó á tener hasta 1500 hombres de caballería, con los cuales se mantuvo triunfante en las comarcas del Tigre y otras adyacentes. Cuando Piar se le reunió á fines de noviembre, quedó como teniente de aquel jefe en el mando de las tropas, y acordes ambos resolvieron invadir la provincia de Guayana y tomar de luego á luego su importante capital.

En las llanuras de Casanare y del Apure, algunos intrépidos caudillos adquirieron por sus hazañas un glorioso renombre. Eu poco estuvo sin embargo que las segundas se vieran abandonadas sin defensa á la merced de los realistas, pues Ricaurte se propuso evacuar á Guasdualito y retirarse á Casanare el 16 de febrero, temeroso de la gran fuerza con que el coronel Don Francisco López, gobernador de Barínas, se movia contra él. No hacia mucho que el capitan José Antonio Páez habia derrotado un cuerpo avanzado de esta tropa, y segun eran de valerosos y decididos los jefes y oficiales que acompañaban á Ricaurte, podia asegurarse, si no el triunfo, por lo ménos una esforzada resistencia; mas ello fué que Ricaurte, acompañado de Guerrero, de Miguel Valdes y otros, se encaminó á Casanare, llevando solo unos cuantos infantes. Páez que habia ofrecido al vecindario de Guasdualito mantenerse á toda costa en la comarca, manifestó deseos de quedarse, y el jefe, viendo apoyado por muchos este dictámen, no pudo ó no se atrevió á contrariarlo. Vino de aquí el que nuestro audaz capitan, conocido ya en el ejército por su valor y buena suerte, reuniese en torno suyo 500 hombres de caballería, empezando allí la serie casi no interrumpida de prósperos sucesos que fueron orígen y fundamento de su pronta y estraordinaria elevacion. Es pues llegado el momento de darle á conocer.

Nació cerca de la villa de Araure, y apénas tenia diez y seis años cuando su padre le envió á Cabudare con el encargo de cobrar y

llevarle cierta cantidad de dinero, dándole para el viaje una mula, dos pistolas y una espada; porque ni aun en aquel tiempo (1807) de sosiego y bienandanza se podian atravesar en paz las llanuras, cuando se viajaba solo y llevando consigo el metal tentador. Páez, sin embargo, loco de contento al verse honrado con tamaña confianza, y demasiado jóven para ser prudente, desempeñó con harto ruido su delicada comision, y despues al regresar por Yaritagua enseñó su depósito, haciendo de él alarde. Esta accion indiscreta fué causa de que á poco andar se viese acometido por cuatro hombres que creyeron fácil la empresa de robarle; mas el jóven viajero echó pié á tierra con sus pistolas amartilladas, y amagando ora á uno y ora á otro, trató de contenerlos. Acosado al fin vivamente, disparó una de ellas contra el bandido mas cercano, y eso con tan buena suerte, que le derribó muerto al suelo. Los otros que no contaban con semejante desenlaze, se dieron á huir, dejando allí tendido el cadáver de su miserable compañero. Y fué gran dicha para Páez, pues su segunda pistola estaba vacía, y por diestro que fuera en el manejo de la espada, solo contra tres, nada podia. Pero por mas que aquella muerte fuese el resultado necesario de una justa defensa, causó ella al inesperto moso tal espanto, que imaginándose ya acusado, perseguido y sin medios de justificar su inocencia, resolvió ocultarse internándose en las llanuras, para escapar de un castigo que su terror le hacia ver inevitable. Buscando modo de ganar el pan honestamente, se puso á servir en el hato de la Calzada, perteneciente á Don Manuel Pulido, cuyo afecto y confianza ganó en breve con su buen comportamiento y mucha inteligencia en el desempeño de su oficio; de tal modo, que prendado de su mérito el rico propietario, le encargó de las ventas de ganado, y aun le facilitó medios con que hiciese algunas especulaciones por su cuenta.

Cuando estalló la revolucion del 19 de abril, fué alistado en la milicia de Barinas primero como soldado, y despues como sargento de caballería, en cuyo empleo sirvió hasta que, perdida Venezuela, se retiró á su casa. Al aproximarse Bolívar en 1813 fué llamado á las filas por el jefe español Tiscar con el grado de capitan; pero en lugar de acudir á aquella invitacion, corrió á unirse con una partida de patriotas que mandaba su antiguo patrono el teniente coronel Manuel Pulido, y organizó en aquella ocasion una compañía de ginetes, con la cual hizo servicios importantes.

Ocupada mas tarde la provincia de Barinas por las tropas de Yáñez, cayó Páez en manos de Rey, y ya en capilla para ser pasado por las armas, fué salvado por un español amigo suyo, de nombre Escutosol, el cual con 600 pesos que dió á Rey de rescate la vida, sin obtener su libertad. Quince días habian pasado apenas cuando volvieron á cargarle de hierros y á ponerle en capilla; pero el terror que se apoderó de los realistas al saber la derrota de sus compañeros en Arauro, les hizo abandonar la plaza á toda prisa y en desórden, por juzgar que los vencedores estaban ya á las puertas del poblado. Sorprendidos con esto los asesinatos, quedó Páez sin mas ganado que el caballo, el cual, dejó de proporcionarle fuga, le ayudó á limar sus grillos. En viéndose libre, salió á los otros presos, que en número de 155 estaban como él destinados al suplicio, y luego se unió á Darío de Sosa, con quien volvió á Barinas en otras tres horas.

Cuando este jefe republicano resolvió á su turno abandonar la plaza, fué Páez uno de los oficiales que mas enérgicamente se opusieron á aquella retirada. Disuelta la caballería en el pueblo de las Piedras, siguió como voluntario al capitan Francisco Conde, destinado con cuarenta á socorrer la provincia de Mérida, y se halló con él en la accion de Estanques, donde fueron derrotadas las tropas realistas que mandaba Rosa. Sucédiéronse en aquella jornada, dejándose llevar Páez de su natural ardor y no advirtiendo que la persecucion habia sido mandada suspender, se dirigió de repente á quemar dos tiendas de un campo, y cayó en medio de los fugitivos. Huyéndose entonces jefe de un cuerpo de ginetes, comenzó á dar órdenes en alta voz, como si quisiese envolver á los que huian, con lo cual logró que muchos que se escondieron en los montes, y otros, arrojando las armas, se entregaran prisioneros. Mas continuando de este modo, se encontró de nuevo á una escasa vuelta del camino con un realista llamado José María Sánchez, mozo aidero que tenia cubierto de fuerte y valeroso. Estaba armado de espada y carabina, y dejó de entregarse como sus compañeros, llegando á la seguridad que ofrecia su contrario; pero como por dicho hecho se mostrase ebrio, se quitó la espada y se dispuso á atacarle con mas ceño. Páez en viéndole de aquella suerte, se arrojó del caballo de un salto, y trabó con él seguidamente un largo combate cuyo resultado definió del todo la temible. Mineto Sánchez y su caballo no sino que escapado con tan difícil triunfo,

continuó aquella temeraria persecucion hasta que la noche le obligó á suspenderla, volviendo al campo cargado de trofeos, y llevando muchos prisioneros á quienes incorporó en las filas.

Era ya grande por el tiempo en que venia la confianza que inspiraban á la gente republicana su valor y la habilidad con que sabia conducirla en aquella guerra de astucias y de ardides incesantes. De hecho Páez tenia un gran conocimiento práctico del terreno que pisaba, y era, como debe serlo todo jefe de *llaneros*, afable y familiar en su trato con ellos, diestro en sus ejercicios é indulgente. Con estas prendas y un valor verdadero, en ocasiones impetuoso é imprudente, en ocasiones frio y cauto, pero siempre afortunado, es fácil concebir que Páez era entre todos los jefes de guerrillas el mas á propósito para dominar en aquellas llanuras donde los tremendos nombres de Bóves y de Yáñez resonaban todavía con miedo de las gentes.

Luego que se vió dueño de dirigirse por sus propios impulsos, resolvió buscar al enemigo que Ricaurte evitaba con su retirada, y como careciese de noticias ciertas acerca de su paradero, se dirigió hácia el pueblo de la Constitucion el 16 de febrero por la tarde, creyendo encontrarle allí; pero á las tres horas de marcha se presentó López á su vista en un sitio llamado la Mata de la Miel, entre los caños de Corosito y Guaritico, á la derecha del Apure. Tenia el jefe realista dos piezas de artillería y 1600 hombres que desplegó en batalla luego al punto. Estaba ya próxima la noche y por esta razon quisieron muchos compañeros de Páez que se dejara la accion para el siguiente dia; pero esta misma circunstancia le obligó á mantener la opinion contraria, temiendo que muchos de sus soldados, al ver la gran superioridad del enemigo, se aprovecharan de la oscuridad para desertar. Dividió pues su gente en dos columnas, poniendo la que se componia de granadinos á las órdenes del capitan Genaro Vázquez y la de venezolanos á las del capitan Ramon Nonato Pérez. Nada hai mas triste que un combate dado en la oscuridad de la noche, porque en él las hazañas pasan sin testigos y sin gloria; muere sin escitar compasion el que sucumbe; no hai amigos que favorezcan, ni valen contra golpe enemigo el valor ó la destreza. Tal fué la accion de la Mata de la Miel. Nonato Pérez comenzó desordenando una parte de las tropas enemigas, y Vázquez completó la derrota dispersando un cuerpo de 400 ginetes y alanzeando la infantería. Toda esa noche y los dias siguientes

persiguieron á López, y el resultado fué que en el campo quedaron muertos 400 realistas y en poder del vencedor 400 prisioneros, obra de 3500 caballos y casi todas las armas. En esta memorable jornada, cuyo efecto principal fué salvar de una invasion á Casanare, perdió Páez 15 hombres, tuvo 22 heridos y él mismo dos caballos muertos. Usó generosamente de la victoria, pues léjos de hacer mal alguno á los prisioneros, les dió libertad para que regresasen á sus casas; mas como todos eran venezolanos y en aquel tiempo no habia medio entre ser amigo ú enemigo, los que se aprovecharon de aquel permiso volvieron á incorporársele algun tiempo despues, y con ellos otros muchos, ganados por la fama de su buen proceder. El gobierno de Bogotá, que consideraba las tropas de Páez como dependientes de Casanare, le envió el despacho de teniente coronel.

Cuatro meses despues, esto es, en junio, volvió López á pasar el Apure con 1.200 ginetes y 400 infantes; pero habiéndole salido Páez al encuentro cerca del Mantecal, se retiró con pérdida de hombres y caballos. Cansado al fin el jefe patriota de corretear por las llanuras en la ingrata faena de dispersar guerrillas enemigas, tan pronto derrotadas como rehechas, pensó en acometer una empresa de importancia que diese celebridad á sus armas. Esta fué la toma de Achágua; mas como saliese vano el intento, se retiró con sus tropas al pueblo de la Trinidad de Arichuna, en época harto desgraciada para las armas republicanas. Porque habia dejado de existir el gobierno granadino, y los patriotas que pudieron escapar á la cuchilla de Morillo, huyeron buscando asilo en las comarcas de Casanare: arrojados tambien de allí por el brigadier Don Miguel de la Torre, se refugiaron al territorio de Venezuela, en un estado de miseria lastimoso.

Los tristes restos que sobrevivieron á estas fatigas, una emigracion considerable y varios jefes y oficiales distinguidos, así granadinos como venezolanos, llegaron á Guasdualito y luego pensaron en establecer un gobierno que diese unidad y eficazia á los esfuerzos comunes, y los libertara de la anarquía. Con este fin celebraron una junta á la cual fué invitado Páez, y en ella se nombró por presidente de la república al teniente coronel Fernando Serrano, ex-gobernador de Pamplona: por consejeros de estado á los generales Urdaneta y Serviez y al Dr. Francisco Javier Yánes; este último era ademas secretario general de la gobernacion. El mando en

jefe del ejercito se confió al coronel Francisco de Paula Santander.

Valga la verdad : este aparato de gobierno regular en aquellos desiertos, trazado por unos cuantos fugitivos sin súbditos ni tierra que mandar, era altamente ridículo, ilegal y, lo que es mas, embarazoso. Serrano era un hombre escelente ; pero siendo granadino y hallándose en territorio venezolano ¿cuál era la república que iba á dirigir? Y el ejército de Santander, granadino tambien y desconocido en Venezuela, á la que jamas habia hecho el mas pequeño servicio, ¿dónde estaba? Servier, frances de nacion y oficial granadino, no podia inspirar ninguna confianza, y los nombres de Urdaneta y Yánes, tan respetados en Venezuela y en la Nueva Granada, poco valian para dar autoridad y peso á aquel cuitado gobierno en medio de hombres semibárbaros, para quienes las virtudes civiles y aun las militares de cierto órden elevado eran cosa estraña y peregrina. Aquel tren duró, pues, como era natural, mui poco tiempo, porque apénas llegó á la Trinidad de Arichuma, cuando varios jefes venezolanos pensaron en destruirlo, para poner en su lugar lo que entónces convenia, es á saber, un jefe único y absoluto que tuviese la confianza de los llaneros y los condujese á la guerra. Intentóse un motin de tres escuadrones en tanto que una junta de oficiales se reunia para fingirse intimidada, buscar medios de apaciguar la tropa y encontrarlos en la deposicion de Santander. Este cortó con tiempo el alboroto, presentándose en la junta y seguidamente á dichos escuadrones ; pero conociendo que él no era el hombre de aquellas circunstancias, renunció inmediatamente el mando ante el presidente Serrano. La junta, compuesta de los coroneles Juan Antonio Parédes y Fernando Figueredo, de los tenientes coroneles José María Carreño, Miguel Antonio Vázquez, Domingo Mesa, José Antonio Páez, y del sargento mayor Francisco Conde, pasó luego á elegir una persona que ocupase á un tiempo el lugar de Santander y el de Serrano, ó, mejor dicho, que fuese jefe absoluto en las llanuras. La eleccion recayó en Páez, caudillo de la única fuerza que allí habia; y eso la esplica. Por lo demas este hecho curioso que, mirado á la luz de las reglas militares, aparece como una verdadera anomalía, era mui natural en aquellas circunstancias. La falta desde luego no consistia en la destruccion de aquella especie de gobierno, porque habiendo sido obra de una junta sin autorizacion, debia durar lo que durase la voluntaria sumision de los jefes, de los oficiales y de la tropa, á

quienes estaba reducida la república. Fácil era prever que esa obediencia no iria léjos; el mismo Santander lo ha dicho. « Demasiado preveía yo, escribia en 1857, que todo lo que se estaba « haciendo se desbarataria el dia que lo quisiese alguno de aquellos « jefes que por la analogía de costumbres debia tener influencia « sobre los llaneros; ademas, ya para entónces se me habia tachado « de enemigo de los venezolanos, con motivo de las diferencias « suscitadas en Cúcuta entre Bolívar y Castillo. »

Y mas léjos: « reprimida esta tentativa, yo no debia continuar « mandando unos hombres propensos á la rebelion y en un pais « donde se creia deshonroso que un granadino mandase á venezo- « lanos. » La verdad del caso es que Santander tenia contra sí fuertes antipatías, que no era hombre para tanto, y por fin que, aunque dotado de una capacidad distinguida, no poseía instruccion en su ramo, ni disposicion natural para la guerra: él entraba en el número de aquellos oficiales que los llaneros llaman *de pluma* por mal nombre. Pero Serrano, se dirá, que ejercia una autoridad puramente civil y que ademas era hombre bueno y respetado, ¿á quién estorbaba? A todos por desgracia, pues no habiendo allí mas república que un campamento de soldados semibárbaros, su autoridad suprema embarazaba las operaciones de la guerra, mayormente cuando él, ignorante é ignorado del pais, no podia dirigirla. No; el mal estaba en que salvando la jerarquía militar, fundamento indispensable de la disciplina, fuese Páez á mandar oficiales de superior graduacion entre los cuales se hallaba un general venezolano, hábil, valiente y conocido por sus muchos y eminentes servicios. A esto responde la historia, que la eleccion de Santander estaba en el mismo caso; que Urdaneta, aspirando solo á reunirse con Bolívar donde quiera que apareciese, no quiso tomar parte en aquellos negocios, y que por conocer demasiado á los llaneros, vió no ser él á propósito para mandar un cuerpo de ellos solos, sin sujecion á régimen ninguno de ordenanza. Encuanto á Servier, estranjero y desconocido en el pais, contribuyó por zelos con Urdaneta á que no se pensase en él. Los otros jefes, aunque mui dignos por su mérito de estima y consideracion, no podian entrar en competencia con Páez, idolatrado de su tropa, caudillo de la única que existia, y renombrado por su valor y la constante felizidad que le habia acompañado en todas sus empresas. El éxito justificó el acierto de esta eleccion, en que bien pudo haber intriga,

pero donde no se vió violencia alguna. Por el contrario nos consta que varios sugetos valiosos (Servier fué de este número) anduvieron mui solícitos en promover espontáneamente el cambiamiento. Y sucedió que los tales llegaron á lisonjearse de dirigir con sus consejos á Páez; pero este se esquivó de ellos luego al punto, dejándoles un tanto cuanto chasqueados y molinos.

Elevado Páez, por la junta que le habia nombrado jefe superior, al grado de general de brigada, se aplicó luego á reunir la mas gente que pudo, á fin de hacer frente á López y, si posible fuese, adquirir en su estrema penuria algunos recursos. Porque es imposible imaginarse hasta qué punto llegaban las escasezes de los hombres que en aquel tiempo y en los posteriores hicieron la guerra en las llanuras. Los soldados estaban tan desnudos, que se veían en la necesidad de usar para cubrirse de los cueros frescos de las reses que mataban: pocos tenian sombrero, ninguno zapato. El alimento ordinario y único era la carne sin sal y sin pan. A todo esto las lluvias eran frecuentísimas y los rios y caños crecidos habian inundado el territorio. Faltaban caballos, y como estos son un elemento indispensable del soldado llanero, era preciso ante todo buscarlos; así, los primeros movimientos tuvieron esta adquisicion por objeto. Los que generalmente se conseguian, eran cerriles, y se amansaban por escuadrones á usanza *llanera*, es á saber, á esfuerzos de los ginetes; siendo curioso el espectáculo que ofrecian quinientos ó seiscientos de estos á la vez, bregando con aquellos bravíos animales. En derredor del campo de ejercicio se colocaban algunos oficiales montados en caballos mansos, no con el objeto de socorrer á los domadores que caian, sino con el de correr tras los caballos que los habian derribado, á fin de que no se fuesen con la silla; si bien esta era por todo un fuste de palo con correas de cuero sin adobar. «Deseábamos los riesgos, escribia muchos años despues un testigo presencial, para acabar con gloria una vida tan amarga.»

Puesto en la necesidad de combatir, y siendo útil hacerlo pronto para ocupar siquiera la atencion del soldado, emprendió Páez la marcha hácia Achaguas por las llanuras conocidas con el nombre de Cajon de Arauca, estando aun mui cruda la estacion. Andábase con lentitud, porque á la dificultad del terreno se unian los embarazos de una numerosa emigracion y la necesidad de procurarse á cada paso mantenimientos por la carencia absoluta de acopios.

Aquel grupo de hombres, mujeres y niños sin hogar ni patria representaba á lo vivo la imágen de un pueblo nómade que, despues de haber consumido los recursos del pais que ocupaba, levanta sus tiendas para conquistar otro por la fuerza. De este modo llegaron á los médanos de Araguayuna, donde dejando la emigracion bajo la custodia de algunos ginetes escogidos, incorporó Páez todos los hombres útiles en las filas de su hueste y se dirigió contra López, á quien juzgaba en Achágua. Mas á poco andar supo que el enemigo en número de 1700 soldados de caballería y 400 infantes se hallaba en el hato del Yagual, con lo que torciendo su camino, se interpuso entre él y la ciudad.

Llevaba Páez su gente dividida en tres columnas mandadas por los generales Urdaneta y Servier, y por el coronel Santander; casi toda armada de lanza; mui pocos de fusil ó carabina, con escasa provision de pertrechos. El dia 8 de octubre se avistó al enemigo, y á pesar de la superioridad de sus fuerzas, no dudo Páez un instante en mandarle atacar. Fué largo y duro el combate; glorioso tambien en estremo para los patriotas, los cuales obtuvieron que López, abandonando su posicion, rehusase al siguiente dia una nueva pelea y se retirase perdidoso á Achágua, despues de haber embarcado en el Arauca, con direccion á San Fernando, su artillería y sus heridos. Y como aun despues de este triunfo eran los vencidos mui superiores en número á los vencedores, tuvieron estos que conformarse con seguirlos de cerca, para tenerlos á la vista y poder aprovecharse de alguna coyuntura favorable. No pensó López en defender seriamente la ciudad de Achágua, ántes la abandonó el dia 15 despues de un corto tiroteo. Ocupada inmediatamente por Páez, dividió este allí su gente en dos cuerpos, uno de los cuales envió contra San Fernando; á cargo del teniente coronel Miguel Guerrero, y la otra á sus órdenes continuó en seguimiento de López, que se habia situado en San Antonio á la orilla izquierda del Apure. Páez ocupó el pueblo de Apurito, que está frente de aquel en la márgen opuesta, y allí permaneció algun tiempo sin poder pasar adelante, porque los realistas dominaban el rio con cuatro lanchas armadas de artillería y mas de 400 hombres. Y buscaba en vano el modo de vencer aquel inconveniente para penetrar en la provincia de Barínas, cuando por uno de aquellos casos imprevistos y peregrinos que confunden la prudencia humana, llegó á consumarse la ruina de López y su muerte. Pues sucedió que queriendo Páez

castigar á un oficial de nombre Peña por no haber oido bien una órden, le mandó pasar en una canoa con ocho soldados al otro lado del rio y atacar á los enemigos en su mismo campamento. Era el 6 de noviembre á las doce del dia, y acaso esta última circunstancia fué causa de que la gente de López estuviese descuidada. Lo cierto es que Peña y sus inocentes compañeros, destinados á una muerte casi cierta, tuvieron la fortuna de pasar el rio sin ser vistos, y cayendo de sorpresa sobre el campo enemigo, introdujeron en él tal confusion, que sin pararse á contar el número de los agresores, huyeron todos los realistas por vias diferentes, cuáles hacia Nútrias, cuáles con López mismo por el rio abajo en las embarcaciones. Y como calculase Páez entónces que el jefe realista remontaria el Apure por la noche para dirigirse á Nútrias, estableció una emboscada de fusileros en una angostura del rio: disposicion tan oportuna y acertada, que habiéndose en efecto presentado las embarcaciones á las nueve, se logró separar la que montaba López de las otras tres, retrocediendo dos de estas, quedando una en poder de los patriotas y continuando aquella su viaje sola rio arriba. Una partida de ginetes, enviada poco ántes por Páez á Banco-Largo, se habia apoderado allí de una lancha y con ella salió al encuentro de la de López. Retrocedió esta entónces, pero fué para caer en manos del esforzado coronel Francisco Aramendi, que la abordó con una canoa en que se habian embarcado él y ocho compañeros. Páez quiso en vano salvar al jefe español; porque las tropas, el pueblo de Achágua y sobre todo los indios de Canaviche que servian en el ejército, pidieron decididamente su muerte en venganza de algunas crueldades que habia cometido en aquellos lugares.

Bien pronto tuvieron los patriotas hasta siete lanchas apresadas á los realistas en las cuales pasó el ejército al otro lado del Apure y se dirigió hácia el pueblo de Nútrias. Ocupólo el 12 de noviembre sin oposicion, porque los enemigos que allí habia huyeron hácia Barínas. Desde aquel punto destinó Páez dos escuadrones de caballería al mando de Urdaneta, ménos para perseguir que para hacer un reconocimiento por la via del norte, ostentándose dueños de la provincia hasta la serranía. Él se dirigió hácia San Fernando, y unido con Guerrero en el sitio del Rábanal, procedieron juntos á estrechar el bloqueo de la plaza, en donde mandaba el brigadier Don Ramon Correa.

Los primeros dias de diciembre se pasaron sin mas novedad que

un asalto intentado por los patriotas, el cual se malogró por la traicion de un desertor; pero al promediar el mes dispuso Páez pasar alguna gente á la orilla izquierda del rio, para cortar las comunicaciones de San Fernando con la capital. Los encargados de esta operacion ocuparon el pueblo del Guayabal, y con este motivo cayó en sus manos un oficio de Correa para el comandante español Gorrin, por el cual se supo que este jefe marchaba en ausilio de la plaza con 500 ginetes, 500 infantes y otros tantos caballos en pelo para montar la gente de Correa. Luego al punto dispuso Páez salir contra ellos, y á este fin, separando del sitio doscientos hombres escogidos, pasó á nado el Apure por el Diamante y el caño de Apurito, cerca del Guayabal. Sin pérdida de tiempo se puso en marcha para reunirse con ochenta hombres que tenia de aquel lado, y conseguido esto, el dia 18 á las 11 de la mañana cayó sobre Gorrin, que por su mal se presentó en aquel momento. En el primer choque quedó deshecha la caballería española, gran parte de sus ginetes muertos, el resto en completa dispersion; pero cuando los vencedores volvieron sobre la infantería, la hallaron formada en cuadro y fueron inútiles cuantos esfuerzos se hicieron para desordenarla. Por donde viendo Páez que le mataban sin fruto sus mejores oficiales, hubo de contentarse con lo hecho y con quitar al enemigo los 500 caballos que llevaba; siguiendo patriotas y realistas hácia San Fernando, aunque por distintos caminos. Llegó Páez oportunamente al Rebanal para ausiliar á Guerrero y rechazar juntos el dia 20 una salida que intentaron los realistas con el fin de procurarse ganados. Despues de lo cual, habiendo sabido que Morillo y La Torre bajaban de la Nueva Granada, se trasladó á Achaguas para organizar algunas tropas con que hacerles frente, en tanto que Guerrero quedaba con el encargo de hostilizar á Correa lo mejor que pudiese.

Réstanos decir que Urdaneta recorrió la provincia de Barinas, conforme á las instrucciones que tenia, sin encontrar oposicion en parte alguna; mas como por los Callejones de Mérida apareciese luego con fuerzas superiores el brigadier Calzada, hubo de regresar á Achaguas. Y sabiendo allí (que fué luego) la feliz marcha de Mac-Gregor, los triunfos de las armas republicanas y la probabilidad de que Bolívar se hallase en Barcelona para aquella fecha, resolvió ir á unírsele; lo cual verificó despues de un largo viaje, empleando muchas dificultades y peligros. Este mismo habia he-

cho ántes varios jefes y oficiales de infantería, y despues que él se fueron los pocos que quedaban en la huesto de Páez: unos, como Santander, Conde, Blanco, Carreño y pocos mas, lo hicieron con permiso; otros se ausentaron sin él. Una especie de terror se habia apoderado de ellos y de los emigrados que por allí vagaban, en términos de hacerles mirar con invencible repugnancia aquel género de vida duro y azaroso. Terror mui natural por cierto, si se atiende á las causas que le dieron orígen. Pues en primer lugar aquellos hombres no estaban acostumbrados á la miseria é intemperie que sufre con resignacion y aun alegría el habitante de las llanuras. Mas desagradables que esto eran los continuos sinsabores á que los esponia su ignorancia en los ejercicios, usos y guerra de los llaneros; con cuyo motivo, ni estos les respetaban y obedecian, ni les era siempre posible obtener los dos elementos indispensables para conservar la existencia: carne y caballos. Pues ¿qué entendian ni se les alcanzaba á ellos de domar un potro, de enlazar, tumbar y matar una res? Demas de esto, el estado perpetuo de guerra en que se hallaba la comarca, la miseria, el encono de las pasiones y el hábito, en fin, de las matanzas y del robo, habian desarrollado por desgracia en la desalmada soldadesca una gran disposicion al latrocinio y á las violencias. Poco tiempo despues de la accion del Yagual fué Serrier asesinado en el cuartel general de Achágua por hombres que no tuvieron miedo de ostentar impunemente sus despojos; siendo lo mas singular del caso, que aquel infame crímen se vagió de antemano en el campo, y que casi todos lo esperaban, sin hallar medios de impedirlo. Meses adelante el anciano Jiraldot, padre del célebre Atanasio, y el teniente coronel Miguel Valdes tuvieron la misma suerte; y aunque Páez hizo fusilar inmediatamente al oficial asesino de estos últimos, no estaba en su mano borrar la profunda impresion que estos hechos horrorosos hicieron en el ánimo de todos. Porque, en verdad, ¿cómo impedir las violencias de innumerables partidas que recorrian las llanuras, si las de muchos hombres malos que, so color de hacer la guerra á los españoles, vagaban sin sujecion á nadie, cometiendo escesos inauditos? No podia estar el ojo del jefe en todas partes, ni siempre era posible castigar aquellos crímenes, ora porque los delincuentes evitaban con una fácil fuga la accion de la justicia, ora porque estaban cubiertos con sus fueros los pudientes con gente de grande influencia, que muchas consideraciones [illegible]

petar. Páez, sin embargo, quiso al principio impedir que los jefes y oficiales de infantería que espontáneamente se le habian reunido con motivo de los azares de la guerra, le abandonasen, y aun de órden suya estuvo á punto de ser fusilado el jóven y valiente oficial granadino José María Córdova, ayudante de campo del difunto Servier; pero conociendo al fin que aquellos hombres eran mas embarazosos que útiles en un campamento donde no habia un soldado de su arma, los dejó ir á continuar la guerra de Guayana y Maturin. El mismo rumbo siguieron los emigrados y con ellos nuestro firme patriota Yánez, el intrépido presbítero Ramon Ignacio Méndez y otros varios hombres buenos y constantes que padecian con gloria por la patria, pobres y puros.

Así, en aquella tierra donde poco ántes el hierro de Bóves habia impuesto un profundo silencio, se oía de nuevo el ruido de la guerra: la victoria, esquiva á los patriotas años atras, sonreía de nuevo á sus esfuerzos generosos, y el pueblo que ántes se mostrara ingrato á los libertadores, acudia á sus filas ó hacia votos por el triunfo de su causa. Y ¿cómo no, cuando cada dia mas fieros los espedicionarios, despreciaban el ausilio de los que supieron vencer sin ellos, haciendo mofa de sus nobles andrajos? Y ¿cómo no, cuando Moxó cada vez mas sediento de riquezas, inventaba diariamente nuevos latrocinios y arrancaba al pais con mano de avaro y de soldado sus postreros recursos? No contento con las derramas impuestas ántes por Morillo y por él, exigió en febrero otro empréstito forzoso de 24.000 pesos para compra de armas y municiones: en agosto publicó una cosa que llamó *prospecto de suscripcion general y voluntaria*; medio pérfido de arrancar dinero en un tiempo en que no darlo de cualquier modo que se exigiese, pasaba por confesion de patriotismo. Y esto baste para dar idea de su rapacidad.

Por lo que hace á su carácter sanguinario, no le dió á conocer hasta que, llegado Bolívar á las costas de Ocumare, se le vino á las manos una ocasion de desplegarlo tal cual era. Entónces ordenó al famoso Chepito González que arrestase en la oscuridad de la noche á muchos vecinos honrados y pacíficos de Carácas, y que sacándolos con una escolta hácia los valles de Aragua, los asesinase en lugar apartado y solitario. El abominable ejecutor, no queriendo dejar pasar la ocasion de satisfacer algunas venganzas personales, agregó á la lista de Moxó el nombre de otros desgraciados, haciendo subir

su número á cuarenta. Hechas las prisiones, se puso luego en camino, y como este pareciese demasiado largo á su impaciencia, empezó á cumplir desde las Ajuntas su terrible encargo, dando muerte á varios proscritos. Mas sucedió que la noticia de esta atrozidad se esparció bien pronto y llenó de consternacion la ciudad: la audiencia, que habia sido restablecida de real órden, y el consejo permanente, presidido entónces por el teniente coronel Don Feliciano Montenegro, hicieron enérgicas reclamaciones para que se arrestase al asesino ántes que completara su obra, ignorando que Moxó tuviese parte en ella. Todo en vano, porque el capitan general se hizo sordo á sus clamores y á los del pueblo, y dejó pasar tiempo. Amenazado por aquellos tribunales con un informe reservado al rei, cedió al fin; pero ya cuando el crímen habia sido consumado en la montaña de Güere. Allí murieron el amable José Luis Landaeta, los hermanos Cárlos y Lucio Alba y otros artistas virtuosos ó inofensivos, incapazes de conspirar contra ningun gobierno, y cuyo único delito era entristecerse por el mal y alegrarse por el bien de su patria. Solo dos de aquellos desgraciados venezolanos escaparon con vida: los otros fueron degollados en las Ajuntas y en Güere, punto este último donde, segun recordaremos, halló Soublette veinte y nueve cadáveres. Al saber Moxó que el consejo de guerra permanente habia encausado á González y estaba á punto de pronunciar contra él sentencia de muerte, lo disolvió, destinando á sus miembros á diferentes comisiones; otro nuevo que formó de criaturas suyas, puso en seguridad al reo, confinándole á Coro, donde vivió tranquilamente algunos años.

Colíjase de aquí cuál era la suerte de la capital de Venezuela, y sépase que no les cupo mejor á los otros pueblos dominados por los espedicionarios, donde cada jéfe de ellos, árbitro de la vida y de la fortuna de las familias, lo hacia servir todo á su provecho ó á sus placeres. Ménos aborrecimiento inspiraban las atrozidades de Bóves y las de su commilitones que las violencias de Morillo y sus secuazes, porque aquellas no estaban como estas acompañadas del menosprecio y el deshonor. Bóves, aniquilando á sus víctimas, no dejaba de ellas sino un recuerdo que el tiempo debia borrar tarde ó temprano. Los espedicionarios marcaban las suyas con el sello del oprobio, y envilecidas, las presentaban luego al escarnio de la plebe y de la soldadesca. Un hecho, un grande hecho, visible, claro, tan grande como la América, ofrece por sí solo la prueba y el resul-

tado de esta conducta. En toda la vasta estension de las colonias hispano-americanas el pueblo se mostró desafecto á la causa republicana: en Venezuela la hostilizó de muerte muchos años. Pues el pueblo concluyó por conquistar en masa la independencia, y mui luego, cambiado su opinion enteramente, maldijo hasta el nombre de sus antecesores.

Mas ¡o esguedad de las cosas! ¡o desgracia del generoso pueblo español, encadenado siempre al poste de la servidumbre, juguete miserable de los reyes y de sus criaturas! Moxó, el rapaz Moxó obtuvo de Fernando VII el nombramiento de capitan general en propiedad, y fué condecorado por él con el grado de mariscal de campo: las mismas recompensas obtuviera ántes Monteverde: las mismas debia obtener un dia Morales. Y las colonias en tanto se perdian, é iba á ménos el crédito y poder de España, sin que en la Península supiera el pueblo, ni aun quizá el gobierno, el verdadero estado de las cosas.

AÑO DE 1817.

El Libertador no tenia en la provincia de Barcelona mas enemigos que una corta partida situada sobre el Unare, frente al pueblo de Clarines, á las órdenes del capitan Don Francisco Jiménez, subalterno de Morales, y una de indígenas de Píritu y otros pueblos que se le agregaron sucesivamente. Esta circunstancia, las diversas atenciones que por aquel tiempo ocupaban á los españoles en Guayana, Apure y Cumaná, y la ausencia de Morillo, hicieron creer á Bolívar buena la ocasion de ocupar los valles de la provincia de Caracas, aumentar su fuerza con la poblacion de la comarca y sumo acaso daño de la misma capital. Mas que todas las razones indicadas, este deseo de estar en Caracas, objeto constante de sus pensamientos y cuidados, fué el que en la ocasion presente decidió al Libertador á seguir el plan, poco justificable de una invasion al pais en que habia ménos probabilidad de buen éxito con tan numerosos enemigos. El ataque hecho el dia 9 de enero con 700 hombres á dos posiciones enemigas, fué tan desgraciado, que Bolívar y Anzoátegui volvieron á Barcelona con sus pocos soldados dejando en poder del enemigo muchos prisioneros, armas y pertrechos.

Rehaber estas fuerzas y alejar la escasez de pólvora, seguridad dada

preferente atencion del general Bolívar en aquellos momentos, pues ademas de la derrota que acababa de sufrir, tuvo noticias de que el brigadier Don Pascual Real movia contra Barcelona la columna española mandada organizar por Moxó en Oritucó: componíase de 3.500 hombres mas que ménos, y estaban en sus filas Morales, hecho ya brigadier, y el coronel Don José Aldama. Todos los hombres capazes de tomar las armas fueron llamados al servicio en Barcelona y sus cercanías, recogiéronse víveres, se dispuso el convento de franciscanos para que sirviese de cuartel y al mismo tiempo de punto de defensa, y se enviaron comisionados al general Mariño para persuadirle á que llevase sus fuerzas á Barcelona: Bolívar le indicaba el plan de hacer frente á Real con sus tropas reunidas, ó dado que este hubiese ocupado la ciudad, maniobrar por la márgen derecha del rio Neverí en el concepto de que él se mantendria en el convento de San Francisco hasta su llegada.

Mariño despues de algunos ataques infructuosos contra Cumaná, habia situado su cartel general en la Cantaura, y luego que oyó á los comisionados de Bolívar, reunió los jefes de sus tropas y de comun acuerdo convinieron en ejecutar el movimiento á que se les invitaba. El coronel Antonio José de Sucre quedó mandando en la provincia de Cumaná, y Mariño con el mayor general Rafael Guevara, Bermúdez, Valdes, Armario y toda su fuerza disponible, que no escedia mucho de 1.200 hombres, se dirigió el dia 20 á Barcelona, parte por mar y parte por tierra, designando el pueblo de Pozuélos para punto de reunion.

El 8 de febrero, Real con sus tropas, engrosadas ya con 1.200 hombres de Clarines, entró en la ciudad, y sin dirigir un ataque serio sobre el convento de franciscanos, limitó sus operaciones á escaramuzas en las calles que conducian á él, ocupando el puente y la plaza mayor con el grueso de sus fuerzas; pero en la noche del mismo dia se retiró fuera de la poblacion y se acampó al Pilar, con motivo de la llegada de Mariño á Pozuelos. Las fuerzas de este jefe y de Bolívar, reunidas inmediatamente, hicieron un movimiento el 14 sobre San Bernardino, en donde un destacamento español que ocupaba el convento lo defendió brillantemente contra la vanguardia republicana. El 15 regresaron las tropas á Barcelona, y el 24 el brigadier Real, abandonando el Pilar, se situó en Píritu y Clarines. Bolívar aguardaba y deseaba que el enemigo se volviese á atacar en Barcelona, porque confiado en los medios que tenia para hacerla

resistencia y destruirle, se prometia por resultado de este triunfo la ocupacion de Carácas, en donde creia encontrar los recursos necesarios para aniquilar las fuerzas españolas que ocupaban una gran parte del territorio. Pasóse empero todo el mes de febrero y habia tambien trascurrido la mitad del de marzo sin que el enemigo hubiese hecho la menor demostracion de ataque contra los patriotas: de manera que esta inaccion del jefe español, originada de la falta de artillería de sitio, dejó sin resolver el problema. Porque haciéndose cada vez mas escasos los medios de subsistencia para las tropas aglomeradas en Barcelona, y no considerándose Bolívar con las suficientes para combatir á los enemigos en sus posiciónes, aunque se creyese bastante fuerte para resistirle en las propias, determinó con la anuencia de todos los jefes presentes en el cuartel general, evacuar la ciudad, trasladar á Margarita todos los efectos de guerra existentes en ella y conducir las tropas á las llanuras de la provincia, para ligar sus operaciones con las de Guayana, sin fijar ningun plan hasta que reconocidas por su persona las fuerzas de Piar y sus recursos, viese si podia contar con ellas para un golpe de importancia. Ya el Libertador habia concebido el gran proyecto de regularizar las operaciones de los diferentes cuerpos patriotas que existian en el pais y buscar una base de operaciones que hasta entónces no poseían. Tenia por cierto que esa base de operaciones debia ser la provincia de Guayana, cuyas dos plazas fuertes estaban sitiadas por el éjercito de Piar. Si este era suficiente, aceleraria la rendicion de ellas; si no, llamaria en su ausilio las fuerzas de Barcelona. Ocupada Guayana, se pondria en comunicacion por el Orinoco con las tropas de Apure, formando entónces este la izquerda de la línea. Maturin y la parte libre de la provincia de Cumaná compondrian la derecha, y las pequeñas divisiones de Zaraza y Monágas quedarian obrando en las provincias de Carácas y Barcelona como cuerpos avanzados.

La resolucion del Libertador fué contrariada en parte por las autoridades municipales de la plaza, las cuales con el apoyo del general Pedro María Freites y del gobernador político Francisco Estéban Rívas, pretendieron defenderla si se les dejaba el batallon Barcelona y algunas armas y municiones. Esta pretension era patriótica; pero indiscreta y nada militar. Bolívar, empero, despues de emplear sin fruto cuantas reflexiones le sugirió su ingenio y su esperiencia para disuadir de ella al ayuntamiento, al gobernador y

al comandante de las armas, no se atrevió á desatenderla. La facilidad y prontitud con que Real se retiró el dia 8 de febrero, hacia creer á los barceloneses que lo mismo sucederia otra vez, no pudiendo ó no queriendo comprender que un cuerpo que salia de la ciudad por ser imposible permanecer allí mas tiempo, y que no iba á buscar al enemigo en sus posiciones por inferioridad de fuerzas, debia necesariamente encontrar mayores inconvenientes para volver á Barcelona cuando estuviese atacada. Bolívar sin embargo, á fin de precaver en lo posible los males que preveía, dejó con Freites una guarnicion de 700 hombres para defender la casa fuerte y proteger obra de 300 personas de todo sexo que en ella se hallaban refugiadas. Él marchó con una pequeña escolta de jefes y oficiales hácia Guayana por fines de marzo.

En las tropas que á las órdenes del general Mariño se dirigieron inmediatamente al Carito, existia un principio de division mal disimulado. Este jefe, soñando siempre mandos supremos y absolutos, y con la memoria puesta en los primeros años de su autoridad, no queria servir bajo las órdenes inmediatas de Bolívar, y solo deseaba volverse á Cumaná con los cuerpos que de allá habia llevado. De su parte estaban uno que otro jefe y algunos oficiales; pero Soublette que era el jefe de estado mayor, Bermúdez y Valdes, que en otros tiempos habian preferido seguirle en oposicion á las miras de Bolívar, se hallaban ahora decididos á obedecer á este á todo trance.

Situados en el Carito, quiso Mariño reorganizar su division dando á Urdaneta, por encargo especial del Libertador, el mando de una columna que estaba á cargo de Armario, y formando con parte de las dos restantes otra que pensaba poner á las órdenes de su secretario el comandante Rafael Jugo, adherido especialmente á su persona. Urdaneta, viendo la mala vuelta que iban tomando aquellas cosas, rehusó el empleo que se le ofrecia, y que nadie repugnaba; pero Jugo, por no tener igual cordura, fué causa de que oponiéndose á su colocacion Bermúdez y Valdes, rompiese en declarada enemistad lo que hasta entónces no habia sido sino sorda oposicion. La resistencia y el desórden subieron á punto que los cuerpos movidos por sus jefes cogieron las armas para desobedecer abiertamente. Para cohonestar la insubordinacion, llegó allí, no se sabe cómo, la noticia de que Bolívar en su marcha para Guayana habia sido atacado y muerto por una guerrilla, atribuyéndose en el acto

la supuesta desgracia á traicion concertada entre Mariño y Jugo. Calmóse algun tanto el motin sin dejar de persistir los jefes en su oposicion, llevándose el furor contra Jugo al estremo de querer asesinarle. Urdaneta, en cuya casa vivia, le salvó tomando su defensa y publicando que el Libertador, segun avisos de Monágas, habia pasado por Santa Ana sin ninguna novedad. Y era cierto, porque aunque efectivamente fué atacado poco despues de haber salido de Barcelona, escapó con todos sus compañeros, sin mas desgracia que una herida hecha al valiente comandante José María Carreño.

El resultado de este desórden fué que al amanecer el dia siguiente se moviese toda la division sobre Aragua, alejándose de Barcelona, y no pensando en estraer, como Bolívar lo habia ordenado, los elementos de guerra que allí estaban todavía, ni en dar mano amiga á sus valerosos defensores. Para este movimiento se pretestó ser Aragua posicion mas militar y abundante en recursos; pero no bien se hallaban en ella cuando se recibieron avisos del general Freites, informando de la aproximacion del enemigo y pidiendo los ausilios del ejército para defenderse. Los partes se repetian, y cada vez mas urgentes, hasta decir en uno de ellos que aquel habia de ser el último, segun como estaba la plaza rodeada de enemigos; mas cuando se creia que la division iba á volver en ausilio de Barcelona, se oyó un toque de alarma á media noche, y se esparció la voz de que el enemigo se aproximaba á toda prisa. No habia tal, sino que en aquella hora habian decidido evacuar á Aragua con destino al Chaparro las tres divisiones de Bermúdez, Valdes y Armario, dejando allí á Mariño con la que debia mandar Jugo, la cual se componia de un batallon de negros de Güiria. Efectivamente se fueron, y luego despues Mariño mismo tomó la direccion de Santa Ana para seguir hácia Cumaná con sus restos. Urdaneta, que habia hecho mucho empeño porque se socorriese á Barcelona, viéndose solo, siguió al amanecer el movimiento de Mariño, y al llegar á Santa Ana le instó de nuevo por ir á Barcelona. Mariño le dió en efecto el batallon de Güiria, y Monágas, que se hallaba en aquel pueblo, 200 hombres de caballería. Con esta fuerza se movió hácia la ciudad; pero al llegar con su tropa á Aragua, encontró al oficial Raimundo Freites, hermano del general, y á otros dos que escapados de la casa fuerte le dieron noticia de la completa destruccion de los patriotas y de ser ellos acaso los únicos que se hubiesen salvado.

No teniendo ya objeto su marcha, resolvió Urdaneta volverse á Santa Ana á entregar las tropas que se le habian confiado; y es de advertir que ántes de retirarse llegó tambien á Aragua uno de los cuerpos que habian marchado para el Chaparro, y por él se supo que los otros iban detras dispuestos á auxiliar la casa fuerte. ¿Por qué se determinaron á hacer tarde, lo que pudo y debió hacerse temprano con buen éxito? ¿Por qué la marcha precipitada del Carito á Aragua y la de Aragua al Chaparro? En vano se diria que este era el lugar designado por Bolívar para que se le esperase; porque él no entendia por esto que se desatendiese á Barcelona hasta el punto de abandonarla á sus propios recursos, sino que el ejército se procurase subsistencia en las llanuras, dando á la plaza en caso necesario pronto auxilio. La razon principal, la única, mejor dicho, que hubo para la estraordinaria marcha al Chaparro, fué el temor que los jefes habian concebido de los designios de Mariño, y la necesidad en que estaban de frustrarlos para no ver destruidos los planes de Bolívar. Conseguido el objeto, volvieron en socorro de Freites; pero desgraciadamente era ya tarde. Lo cual hace ver, con todo, que no debe atribuirse á mala voluntad de Mariño, como hasta ahora se ha hecho, la pérdida de Barcelona y la suerte desgraciada de sus defensores.

Perecieron los infelizes casi todos al furor de Aldama, que fué quien los atacó en la casa fuerte; no siendo esta otra cosa que el convento de San Francisco, situado al estremo de la ciudad hácia el lado por donde salen los caminos que van á Pirita y al Juncal. El edificio principal era pequeño, aunque con grandes patios; pero las paredes, si bien suficientes para resistir el fuego de la infantería, eran absolutamente inútiles para defenderse contra la artillería. Algo se hizo para armar y fortalecer el punto, practicando troneras en las tapias, y poniendo cañones en los patios y en la azotea. Inútiles esfuerzos, que dieron motivo para que una matrona venezolana de mucho espíritu, madre de varios oficiales muertos en la guerra, llamase con razon aquella casa fuerte, la casa débil; y el resultado justificó su pensamiento.

Ya hemos visto que Real se habia mantenido muchos dias en inaccion por carecer de artillería, no habiéndole aun sido llevada por su escuadrilla. Moráles y Aldama, aprovechándose de aquellos dias de reposo, empezaron á intrigar queriendo apoderarse cada uno del mando: el primero escribió á Monó, diciéndole que Real

era un pobre hombre, flojo, omiso, y que á Aldama no se le podia aguantar de turbulento : este por su parte, que sabia de un proceso hecho al perverso canario en Orituco, le calificaba de insubordinado y ambicioso, sin perdonar por supuesto al jefe, á quien igualmente llamaba desidioso é inepto. El resultado de esta intriga fué la prision de Moráles para responder de sus atrozidades recientes, la separacion de Real y el nombramiento de Aldama para ocupar su lugar. Mal grave era este para los defensores de Barcelona, caso de ser vencidos, pues las armas en manos de hombre tan iracundo y desapiadado, destruian toda esperanza de salvacion.

Aldama tuvo avisos oportunos de la salida de Bolívar para Guayana é intentó perseguirle; pero no habiendo podido reunir con prontitud un número suficiente de caballos, resolvió llevar á efecto la toma de la casa fuerte de Barcelona, á cuyo efecto se puso en marcha contra ella el 3 de abril, dejando solo en Unare 600 hombres á cargo del teniente coronel Don Feliciano Montenegro Colon, nombrado de antemano para gobernador de la plaza. El dia 5 ocupó el caserío de la ciudad y se puso en comunicacion con la escuadrilla, recibiendo la artillería que necesitaba : al amanecer del 7 principió á batir el edificio, y hallando la brecha practicable poco despues de mediodía, lo tomó por asalto con pérdida considerable. Cebóse la espada de los vencedores con encarnizamiento indecible en cuanto allí respiraba. Todos los que se hallaban en el recinto de la casa fuerte, no solo republicanos, sino hasta algunos prisioneros realistas, fueron pasados á cuchillo, sin otra escepcion que la de tres ó cuatro mujeres, que los vencedores condenaron al oprobio. Freites y Rívas que lograron abrirse paso por entre los enemigos y salir al campo, fueron cogidos luego y enviados á Carácas, donde Moxó los mandó ahorcar : algunos aunque pocos individuos escaparon huyendo en tiempo : cincuenta heridos y enfermos que fueron recogidos en el hospital, debieron su salvacion á Montenegro, así como algunos prisioneros tomados en las cercanías, á los cuales Aldama habia mandado pasar por las armas.

Tomada Barcelona y separado Mariño de la division para volver á Cumaná, quedó de hecho el general Bolívar reducido á obrar en la provincia de Guayana. Por lo cual conviene digamos cuál era en aquella comarca el estado de las cosas.

Ya hemos visto que el infatigable y valiente Cedeño se habia mantenido el año pasado en los montes del Tigre y las llanuras

adyacentes. Hallando luego dificultades para la subsistencia de sus tropas, se decidió á pasar el Orinoco y asentar su campo en paraje donde pudiese estar con ménos privaciones, y para ello se estableció en Caicara, eficazmente ausiliado por la familia de Rio-Bueno, valiosa y de influjo en aquel partido. Allí aumentó sus tropas, y acopió ganados y caballos. No existian en Guayana fuerzas enemigas considerables, porque siendo teatro de la guerra las provincias interiores, se limitaban los españoles á tener guarnicion en las dos plazas; mas la aparicion de Cedeño en la comarca les hizo pensar en asegurarla y empezaron á organizar fuerzas con que destruirle ó contenerle. La contienda empero se limitó á contados reencuentros de guerrillas, poco importantes y nada decisivos, hasta que Piar, unido á Cedeño con las tropas que sacó de Barcelona, dió mayor estension y actividad á las operaciones.

Desde luego Piar se propuso marchar sin dilacion á Angostura, embestirla y tomarla; pero la ejecucion de este proyecto, diferida con motivo de la creciente de los rios, estuvo á punto de frustrarse por nuevos disgustos y rencillas entre jefes y oficiales. Siendo Piar hombre de genio duro y violento, no se curaba de ganar el afecto de sus compañeros, y estos, voluntariosos é insubordinados, como partidarios al fin, ó se separaban de él ó contrariaban sus proyectos. Varios hicieron lo primero, y los restantes reunidos en junta de guerra entraron á considerar si convendria seguir en la empresa comenzada. La influencia del valeroso coronel José Antonio Anzuátegui hizo decidir la cuestion en favor del proyecto, y si bien algunos jefes y oficiales quedaron disgustados y se fueron, los otros, olvidando piques y miserias, convinieron en acompañar al general. El 25 de diciembre de 1816 se puso este en marcha para el Caura, en cuyas orillas se detuvo hasta lograr la construccion de embarcaciones para pasarlo: los enemigos tenian del otro lado cuatro compañías parapetadas en tierra é igual número de embarcaciones menores en el rio, bien armadas y tripuladas.

Por la noche del 30 al 31 de diciembre un oficial de marina llamado Rafael Rodríguez pasó cautelosamente el Caura con tres hombres escogidos, en una mala y pequeña lancha que un acaso deparó á Piar; sorprendió una avanzada del enemigo y logró apresar una de sus embarcaciones á presencia del jefe español Fizgerald y de su tropa: con ella volvió triunfante al campamento. El primero de enero se echaron al agua dos buquecillos mandados construir por

el general, uno de los cuales se inutilizó en el acto, pero fué reemplazado por el que Rodríguez apresó. En ambos se embarcaron dos piquetes de infantería para hacer rio arriba su desembarco, á tiempo que la artillería abria sus fuegos por el frente y que Cedeño á la cabeza de un escuadron se arrojaba al rio con direccion al paso real, donde estaban las fuerzas sutiles enemigas. Pero tanto estas como las tropas de tierra, despues de haber disparado algunos tiros de cañon, huyeron vergonzosamente como sorprendidas de un arrojo tal. Su infantería siguió en retirada hácia la ciudad de Angostura, viva y eficazmente perseguida por Cedeño hasta el pueblo de San Pedro, distante del Caura legua y media.

Vencido el paso del rio y no habiendo ya inconveneniente para seguir á Angostura, continuó Piar su marcha y llegó frente á la ciudad el 12 de enero, estableciendo su campo en el sitio llamado del Juncal. No mas tarde que el 18 por la noche intentó un asalto contra la plaza; pero rechazado con pérdida considerable por las fuerzas de mar y tierra que la defendian, hubo de volver mal trecho á sus cuarteles en la incapacidad de hacer un nuevo ataque. La inaccion á que le redujo este suceso desgraciado y las noticias que se recibieron de Bolívar, despertaron las mal apagadas dissensiones y fueron causa de que algunos descontentos le abandonasen para irse á reunir al general en jefe del ejército. Entónces se le occurrió á Piar el escelente pensamiento de ocupar las misiones del Caroní; de cuyo territorio sacaban los de la plaza abundantes provisiones y donde él mismo podia rehacerse y descansar. Así, dejando frente á Angostura á los coroneles Teodoro Figueredo y Felipe Mauricio Martin con la mayor parte de la caballería, marchó él con el resto, la infantería y los jefes principales el 8 de febrero hácia los célebres establecimientos de los capuchinos catalanes. A los nueve dias estaban tomados todos ellos, á pesar de la resistencia opuesta por los realistas en baterías y atrincheramientos levantados á las márgenes del Caroní. Los que no fueron muertos ó prisioneros se refugiaron en las fortalezas de la Vieja Guayana, único punto que por aquellos parajes continuaron dominando los españoles hasta mas adelante. Piar entró en la villa de Upata con toda su fuerza el 17 de febrero é inmediatamente trató de utilizarse de su conquista, tomando dos medidas igualmente decisivas que importantes. Una fué la de reunir en el convento de Carnache á 22 misioneros que encontró regados por los pueblos, privándolos al mismo tiempo de

toda funcion administrativa y religiosa. Con esto los indígenas, que aborrecian de muerte á los padres, se decidieron por el partido de los independientes, se alistaron en sus filas y les hicieron servicios de importancia. Fué la segunda encargar al honrado y activo José Félix Blanco de la administracion de las misiones con título de comandante general de ellas. Eran 46 ó 47 pueblos, que Blanco dividió en cinco distritos, los cuales gobernó acertada y cuerdamente por medio de agentes civiles: de ellos sacó mas adelante grandes recursos para la guerra, influyendo de un modo decisivo en la ocupacion de toda la provincia de Guayana. Pasados algunos dias, volvió Piar con sus tropas al sitio de Angostura y envió al Libertador aviso de todo lo ocurrido.

Este tuvo en efecto una entrevista con Piar y regresó luego al Chaparro, donde encontró las columnas de Armario, Bermúdez y Valdes, la nueva infausta de la casa fuerte y la novedad del viaje de Mariño á Cumaná. Inmediatamente emprendió su movimiento hácia el Orinoco y poco despues reunió sus fuerzas á las de Piar, que se hallaba en el Juncal. Durante su ausencia, un grande y glorioso acontecimiento habia mejorado considerablemente la situacion de los patriotas.

Morillo habia hallado apénas resistencia en la Nueva Granada; pero aunque apoderado de ella á poca costa, tratóla como tierra ganada palmó á palmo, en guerra desastrada; ó no, tratóla como trataria un amo cruel la gavilla de sus siervos sublevada. Morales y Bóves hubieran indistintamente degollado, saqueado; pero él, mas esquisito en su crueldad, mató solo cuanto era ilustre por el saber, el valor ó la virtud, violando para ello la amnistía concedida por uno de sus tenientes. Turbóronle en esta faena de abominable pacificacion hecha bajo el influjo de Enrile, las noticias de Venezuela, y á mediados de enero de este año pisó su suelo para ver palpablemente los efectos de sus desacuerdos políticos y militares. « Entónces, dice él mismo, tuve noticias sinceras y exactas del es- « tado en que se hallaba: no era la misma Venezuela que yo habia « dejado con fuerzas suficientes para mantener su integridad. » Qué diferencia en efecto! Margarita habia espelido á sus contrarios á poder de armas: las provincias de Cumaná, Barcelona, y las llanuras de la de Caracas estaban perdidas para los españoles en mucha parte: el espacio que media entre el Apure y el Arauca se hallaba ocupado por las fuerzas de Páez. Guayana, lo apartada é in-

teresante Guayana, tenia en Piar á las puertas de sus dos plazas un terible enemigo. De este modo los patriotas, cambiada su basa de operaciones, eran dueños de la segunda línea estratégica del pais y se hallaban en la misma posicion que tuvieron Bóves, Morales, Yáñez y Puy en otros tiempos. Merced á Morillo, los llaneros eran ya patriotas: merced á Morillo, los habitantes de la serranía continuaban siéndolo: merced á Morillo, la guerra habia pasado de civil á ser puramente nacional. No maldigamos su orgullo y sus violencias, pues ellas dieron nacimiento á la patria.

La Torre y Calzada, que precedian á Morillo en su marcha hácia Venezuela, se reunieron en Guasdualito á principios de enero. En esos mismos dias el brigadier Don Ramon Correa y el teniente coronel Don Salvador Gorrin salieron de San Fernando con 1500 hombres de todas armas, atacaron la línea de los patriotas y batieron completamente á Guerrero, obligándole á replegar sobre Páez, despues de un sangriento combate en que los patriotas tuvieron una pérdida considerable. Levantado por consecuencia de este triunfo el sitio de aquella plaza, la atencion de La Torre y Calzada debia dirigirse á batir á Páez, obstáculo el mayor que se oponia á la ocupacion del Apure y sus llanuras. Cuatro mil soldados aguerridos de todas armas y entre ellos 1700 de caballería al mando del coronel Remigio Rámos, era una fuerza capaz de inspirar confianza á cualquier jefe, por tímido que fuese; tanto mas que La Torre, valiente de suyo, pundonoroso y emprendedor, anhelaba por distinguirse noblemente entre los suyos. Así, continuó su marcha hácia el pueblo de San Vicente, guiando por la derecha del Apure, siendo su intento atacar á Páez, que á la sazon se hallaba en Mantecal. El 28 de enero se vieron en la llanura de las Mucuritas patriotas y realistas, estos con la gente que hemos dicho, aquellos con 1100 hombres de caballería. El resultado del choque fué tan desventajoso para La Torre como honorífico para Páez, el cual demostró en él su valor habitual y la pericia consumada que siempre ha poseido en la guerra de partidas. La formacion del jefe realista fué la que convenia al sitio y á la clase de enemigos con quienes tenia que habérselas: una fuerte y compacta columna de infantería, y la caballería en las alas y á retaguardia. Páez con solo ginetes no podia atacar á tiro de fusil sin esponerse á ser destruido totalmente, y por eso su plan se redujo á separar de los infantes los caballo enemigos. La presuncion de Rámos y la poca práctica de La Torre

en aquella especie de combates, le facilitaron el logro de su intento. Formadas dos columnas con parte de su tropa, mandó Páez atacar los flancos españoles, previniéndoles retirarse luego al punto como si fueran rechazados, á fin de lograr que en el calor de la persecucion se adelantasen los ginetes enemigos y quedasen envueltos con otras dos columnas preparadas al intento. Esta sencilla maniobra tuvo el resultado que esperaba, y la caballería de La Torre fué destruida en un momento: solo escaparon los húsares europeos, por haber avanzado con ménos celeridad y aturdimiento que los criollos mandados por Remigio Ramos. El jefe republicano mandó en seguida quemar la paja de la llanura, con lo cual quedó esta en pocos instantes hecha un mar de fuego. Felizmente para La Torre, su infantería pudo llegar en columna cerrada hasta meterse en un pantano donde las llamas se detuvieron, por estar verde el campo; pero cuando emprendió la retirada hubo de sufrir repetidos embates de caballería, hasta un lugar del Apure denominado Paso del Frio, distante una legua del campo de batalla: allí cesó la persecucion, porque abrigados los enemigos del arbolado de la márgen derecha del rio, era imposible continuarla sin infantería ni armas de fuego. Hablando de esta accion escribia Morillo: « Catorce cargas consecutivas sobre mis cansados batallones me hicieron ver « que aquellos hombres no eran una gavilla de cobardes poco nu- « merosa, como me habian informado. » Este jefe se incorporó á La Torre en la madrugada del siguiente dia y continuó con él su marcha á San Fernando, sin atravesar el Apure, y á vista siempre de la caballería republicana: por fin Páez se retiró á San Juan de Payara, viendo que los enemigos escarmentados no querian empeñar nuevo combate.

Morillo en efecto, viendo muy peligroso para la causa real el estado de las cosas, no se curaba por el momento de una contienda formal en el Apure: su objeto principal era entónces la pacificacion de las provincias orientales, sobre todo la de aquella Margarita cuyo alzamiento era para él un motivo constante de martirio. Luego veremos hasta qué punto el rencor concebido contra ella fué causa de su mas grave falta militar: ahora le dejaremos por un instante en San Fernando, para seguir á La Torre, que desde este punto se dirigió á Guayana, bajando el Apure y el Orinoco.

Piar habia vuelto á las *misiones* del Caroní, y su enemigo con-

olvió el proyecto de quitárselas, por ser ellas el único almacen de provisiones que tuviese Angostura. Esto y una peste de fiebres horrorosa que á la sazon afligia la ciudad, le determinaron á hacer una salida hácia el hato llamado Perranero, al sur de ella, como si fuese para coger ganados, y en realidad para llamar la atencion de Piar al propio punto. La Torre, pues, fingió una gran necesidad de sacar su ejército de la plaza, para que su contrario pasase el Caroní con su caballería: su plan era salirle entónces al encuentro, en la confianza de que cuando Piar estuviese cerca del hato Perranero, distante dos ó tres jornadas del Caroní, y con sus caballos estropeados, le seria fácil, hurtándole la vuelta en una noche, volver á la plaza, embarcar su gente en buques al intento preparados y meterse en las *misiones* por la baja Guayana. Estaba persuadido de que su enemigo no tenia caballos frescos disponibles para presentarle batalla, por deber hallarse todos ellos mui cansados con el paso y repaso del Caroní: ni juzgaba á Piar capaz de una trastienda y prevision cual se necesitaban para penetrar en el secreto de un plan tan bien concebido como hábilmente ejecutado.

Pero desgraciadamente para La Torre y sus tropas, Piar era mas astuto de lo que aquel se figuraba: apénas se le dió parte de la salida de los realistas, puso en movimiento su caballería, y miéntras esta pasaba el caudaloso Caroní, llamó á Blanco, le instruyó confidencialmente del plan de La Torre, y del modo como pensaba frustrarlo. Últimamente le ordenó que sin pérdida de tiempo reuniese por lo ménos quinientos caballos escogidos para remontar sus ginetes en la repasada del Caroní y poder caer sobre La Torre en donde quiera que apareciese sobre el territorio de las *misiones*. Sucedió todo como lo habia imaginado. Al saber el jefe español que tenia á su enemigo mui cercano, hizo al anochecer grandes fogarites entre los dos cuerpos, y al favor de ellos burló, á su parecer, la vigilancia de Piar: marchó luego á la capital, embarcóse al siguiente dia y mui pronto estuvo en la Vieja Guayana. El jefe republicano por su parte, encontrando al amanecer limpio el campo de La Torre, lo reconoció y á poco ver quedó convencido por la huella del destino y objeto de su adversario; por lo cual contramarchó para irle á encontrar en las *misiones*. Cuando llegó al rio y lo pasó frente al pueblo llamado Caroní, ya el activo Blanco habia puesto en camino, no 500, sino 700 caballos por la via recta de Upata á Alta-

gracia: recibiólos oportunamente, y remontada su caballería, se estuvo á esperar que llegasen sus contrarios, resuelto á combatirlos formalmente.

En efecto, el 11 de abril á vuelta de las dos de la tarde se avistaron realistas y patriotas entre los pueblos de San Miguel y de San Félix; los primeros eran 1600 infantes y 200 ginetes, los segundos 500 armados de fusil, otros tantos de flechas, 800 de lanza y cerca de 400 de caballería. La Torre hizo de su gente tres columnas cerradas, guarneciendo sus costados con tropas ligeras y caballería: Piar adoptó una formacion contraria; estendió cuanto pudo su línea de fusileros y flecheros, y colocó en segunda fila á los indios lanzeros.

Reconocidas por este las tres masas enemigas, resolvió con acuerdo de los jefes contramarchar, para establecer su línea de batalla en un bajo á inmediaciones del pueblo, donde su derecha quedase bien cubierta por un *morichal* espeso y fangoso; pero al empezar á moverse con este fin, cambió repentinamente de opinion, mandando que la línea se estableciese á la falda de una pequeña altura que se halla próximamente al ocaso de San Miguel: en esta posicion la izquierda de los patriotas debia quedar cubierta por una barranca profunda é inaccesible y la derecha por el cerro. Otras ventajas igualmente importantes proporcionaba ella todavía: una, que colocada la caballería á espaldas de este cerro, y como emboscada, podia caer de flanco sobre las columnas enemigas: otra, que debiendo estas subir un declivio, recibian todos los fuegos de sus contrarios, sin poder hacerlos gran daño con el suyo. La ocupacion del puesto no pudo hacerse, empero, tranquilamente, porque La Torre, queriendo aprovecharse del instante de incertidumbre que notó en sus contrarios, siguió sobre ellos á paso de ataque y con arma á discrecion, pensando sobrecoger y trastornar su línea.

Los republicanos marchaban en tanto por el flanco izquierdo á colocarse en el puesto designado, lo cual lograron cuando La Torre estaba ya á tiro de pistola. En aquel crítico momento, no habiendo tiempo para aguardar las órdenes del jefe, el coronel José María Chipia, comandante del batallon Barlovento, mandó hacer alto á su tropa, dar frente al enemigo y alinearse: el teniente coronel José María Landaeta repitió las mismas vozes y añadió las de *fuego, carguen á la bayoneta*. La línea toda por una súbita inspiracion, siguió los movimientos indicados por aquellos dos serenos oficiales:

los fusileros y flecheros dispararon sus armas haciendo un estrago horroroso sobre las espesas columnas enemigas : las alas se inclinaron formando casi un semicírculo, donde quedaron encerrados los realistas, y cuando los peones de todas armas se lanzaron sobre ellos, la caballería desembocó por la falda del cerrillo y cayó como un rayo sobre su flanco izquierdo.

Los realistas sin perder su formacion intentaron retirarse ; pero en vano : á los pocos instantes, estrechados ya por todas partes, no pudieron hacer uso de sus fuegos. Casi ningun tiro se oyó despues : el ruido era de bayonetas y de lanzas, y la brega silenciosa, solemne. De vez en cuando se oía la voz de algun oficial español que animaba á los suyos, y frecuentemente la de *firme Cachiri* con que Ceruti, gobernador de Angostura y jefe del estado mayor, queria infundir ánimo á uno de los batallones. Pocos momentos se pasaron y ya no habia combate, sino terrible degüello de realistas. Muchos de ellos se arrojaron desatentados á la barranca, y los que no murieron en la caida, fueron hechos prisioneros : gran número pereció en su puesto : no pasaron de 17 individuos los que á favor de la noche y por estar bien montados se escaparon con La Torre al puerto de las Tablas. El número de sus muertos escedió de 500, el de sus heridos de 200 ; y entre los prisioneros se contaban 75 jefes y oficiales. Ceruti, tan denodado y bizarro, era de este número : pereció con todos sus compañeros, pues á nadie, sino es á los americanos, se dió cuartel en aquel dia. La pérdida de Piar no fué de consecuencia : sensible sí, por la muerte de Chipia y de Landaeta.

Este brillante triunfo, que dió á Piar hombres, municiones, armas, vestuarios y dinero, no dejaba sin embargo indefensa á Angostura, miéntras que los patriotas careciesen de fuerzas navales con que batir las del enemigo y hacerse dueños del curso del Orinoco. Conociéndolo Bolívar, dió órden á Brion para que de Margarita fuese con la escuadra á reunírsele, y él, renunciando á asaltar por el pronto la ciudad, resolvió conducir todos los cuerpos de infantería á las *misiones* del Caroní, para completarlos y disciplinarlos. El ejército se acantonó, pues, en San Félix, San Miguel y otros pueblos, miéntras Angostura quedaba observada por la caballería á las órdenes de Cedeño, para solo el efecto de impedir el que recibiera socorros por tierra. Ambas medidas eran acertadas y asequibles : la segunda, porque La Torre no tenia fuerzas con que

batir á Cedeño en campo raso: la primera, porque las *misiones* abundaban entónces en recursos y los indígenas se mostraban mas y mas afectos á la república desde que se vieron libres del regímen monástico. Cuéntase que cuando Bolívar tuvo sus primeras vistas con Piar en Guayana y supo la prision de los padres, prorumpió con harta indiscrecion en estas palabras. « ¿ Y por qué no los han matado? » No fué necesario mas para que dos oficiales venezolanos que aun existen los hiciesen degollar bárbaramente en Caruache por una partida de indios reducidos, mortales enemigos de aquellos infelizes. El Libertador cuando supo lo ocurrido concibió de ello grande sentimiento, y es cierto tambien que los asesinos procedieron sin órden de ninguna autoridad, llevados de un impulso sanguinario mui comun por desgracia en aquel tiempo. Si las palabras que dejamos estampadas se vertieron, puede que aquellos dos miserables las interpretaran como un deseo de Bolívar y se dieran priesa de cumplirlo; mas de cualquier modo, un ejemplar castigo ejecutado en ellos debió lavar la mancha que tan abominable crímen dejó impresa en el ejército, y es penoso decir que nunca se pensó en imponerlo á sus autores.

En tanto que las tropas se ocupaban en aumentar su fuerza y mejorar su disciplina, buscaba Bolívar los medios de comunicar con el esterior por las bocas del Orinoco, y para ello dispuso que el jefe mas activo é imperioso del ejército estableciese un astillero en el puerto de las Tablas, para convertir en buques de guerra algunas malas piraguas que pudieron conseguirse. En esto estaba Bolívar cuando llegaron á su cuartel general dos noticias sumamente graves.

Una era que Morillo se habia reunido con Aldama el 15 de mayo en el Chaparro, y tenia allí á su disposicion de 5 á 6000 hombres con los cuales se proponia pasar el Orinoco y buscar la fuerza de los patriotas para ofrecerles la batalla.

Otra, que Mariño, volviendo á su manía de mando supremo en el ejército, habia formado una especie de revuelta. He aquí cómo pasó el negocio. Ya nos acordaremos que el canónigo Madariaga, aquel osado tribuno de la plebe que en 1810 quitó el mando á Emparan y encarriló la revolucion, habia sido enviado preso á España. Pues escapado este hombre y con él sus compañeros de la prision de Ceuta, se fugó á Gibraltar y se embarcó luego para América, llegando á Pampatar en el abril de este año. Poco ó nada instruido

de los sucesos que habian ocurrido en el pais, y desconociendo por lo tanto sus hombres y sus cosas, creyó Madariaga que aquel era aun el tiempo de las juntas y de los congresos, de las constituciones y las leyes. Así, llegado apénas, publicó un manifiesto en que recomendaba la formacion de un gobierno nacional, emanado de la voluntad del pueblo, y proscribia las autoridades militares que habia creado la revolucion, como otros tantos despotismos. Mariño, que estaba en acecho de una ocasion favorable para asestar un golpe á Bolívar, ó por lo ménos para hacerse independiente de él, acogió con entusiasmo á aquel fogoso apóstol de la democracia, y en breve poniéndose de acuerdo con él y con otros personajes, formó en Cariaco una especie de congreso (así por lo ménos fué llamado) revistiéndolo con facultades de poder legislativo. Ante este donoso congreso, compuesto de 10 individuos sin autorizacion, dimitió Mariño el cargo de segundo jefe del ejército, y lo que aun es mas curioso, tuvo la peregrina ocurrencia de hacer una renuncia en nombre de Bolívar, suponiendo que él aprobaria aquella farsa. Hechas estas dimisiones, y creyéndose llamado el congreso á restablecer el gobierno federal, nombró para que ejerciesen el poder ejecutivo como funcionarios principales al interesante y malogrado general Fernando Toro, inválido con motivo de heridas recibidas en el sitio hecho á Valencia por Miranda, al coronel Francisco Javier Maiz y al general Bolívar; como suplentes á Zea, á Madariaga y al coronel Diego Vallenilla.

Otros nombramientos hizo en el ramo judicial. Para recompensar á Mariño de su desprendimiento patriótico, se le proveyó por jefe superior del ejército; y á Brion, que habia metido la mano en la traza, se le hizo almirante. Seguidamente nuestros legisladores designaron la capital de Margarita como residencia del gobierno federal, tomaron juramento de obediencia á los empleados que habian nombrado y disolvieron el 9 de mayo la junta para poner en cobro las personas, atento que los enemigos se acercaban. Lo admirable en este asunto no es la conducta de Madariaga, especie de fanático político, para quien eran necesarias á toda costa hasta las apariencias de la legalidad; ni la de Mariño, dado enteramente á la desastrada ambicion de mando, que hacia inútiles su valor y buenas disposiciones. No: lo asombroso es ver á Urbaneja, á Zea, al honrado y discreto margariteño Manuel Maneiro, y á otros varios sugetos distinguidos por sus servicios, como militares y como politi-

cos, asociando sus respetables nombres á una traza que en el estado de las cosas pudo ser tan peligrosa como aparecia ridícula. Absurdo seria atribuir á estos hombres eminentemente patriotas designios contrarios á la causa que defendian: acaso fueron solo movidos de zelo por la libertad, de aquel zelo asombradizo que el ingenio superior y la gran fortuna ofuscan, y que se coloca siempre al lado del mérito secundario, por ser en realidad ménos temible. Pues, como dice Thiers, en una república debemos perdonar á estos enemigos del ingenio, cuando vemos lo que este puede hacer contra la libertad que le ha dado el ser, que le ha nutrido y llevado á la celebridad y al poderío. Sea de ello lo que fuere, nosotros, juzgando solo del hecho, creemos que cuando Morillo se acercaba al Orinoco á la cabeza de una fuerza doble de la que tenia Bolívar, era necedad, crímen tal vez, separarle del mando del ejército, so color de ponerle en mejor actitud, para dedicarse á las funciones del gobierno, fingiéndose desconocer que en aquellas circunstancias estas funciones no eran ni podian ser otras que las de combatir y triunfar.

El suceso de Cariaco encontró simpatías en Guayana. Piar, que no estaba gustoso con que otro, aunque fuese Bolívar, mandase, se prometia ya suceder á este en la direccion de las operaciones en la provincia de Guayana, y no faltó uno que otro militar de elevada clase que alentara semejantes pretensiones; mas todo paró en amagos, porque los jefes de divisiones y de cuerpos, los oficiales y la tropa mostraron uniformemente y de la manera mas terminante la resolucion de permanecer bajo las órdenes de Bolívar. Este desconoció, como debia, la asamblea de Cariaco, y Morillo que en lugar de marchar sobre Guayana, adoptó el necio pensamiento de dirigir sus fuerzas contra las costas de Cumaná y la isla de Margarita, hizo á Bolívar los dos grandes servicios de libertarle de ellas y del pretendido congreso. Ademas, Brion que por la cuenta no habia sido mas que débil y condescendiente con Marino, se apresuró á reparar su error, y el 31 de mayo salió de Pampatar, llevando al Libertador lo único que necesitaba para rendir á Guayana, es decir, la escuadra de su mando y la escuadrilla sutil que regia el valiente margariteño Antonio Diaz.

En el momento que Bolívar supo la marcha de Morillo contra Margarita, dió nuevo impulso á la construccion de las embarcaciones y consiguió en efecto que se equipasen cinco ó seis barquichue-

los, cuya salida se dispuso luego. El puerto de las Tablas está á la parte superior de las fortalezas de la Vieja Guayana y los buques debian pasar por delante de ellas para ir á la isla Tórtola del Orinoco, y á otros parajes en demanda de la escuadra de Brion. Púsose gran cuidado en que no los viese el enemigo; pero fueron sentidos al pasar despues de la media noche, anunciándolo así á la misma hora el cañon de los realistas. Y como Bolívar, á tiempo que la armadilla se movia del puerto de las Tablas, marchase con una pequeña columna á ponerse en comunicacion con ella despues que pasase de las fortalezas, al entender que la perseguian se acercó cuanto pudo á la orilla del rio é hizo alto en el punto donde conjeturó que debia haber surgido. Al amanecer se hallaron en efecto los buques y Bolívar en el caño de Casacoima, lugar paludoso al oriente de las fortalezas, donde el Libertador con todos los que le acompañaban empezó á activar la salida de las embarcaciones. Y como estas tuviesen que vencer fuerzas navales españolas que la esperaban á la desembocadura del caño, dispuso que la tropa ocupase la orilla opuesta á aquella en que él se hallaba, por considerar que así se acercarian mas á la ribera del Orinoco y favorecerian mejor los esfuerzos de la escuadrilla. Pero sucedió que los realistas desembarcaron una partida de infantería mas arriba de la boca del caño para atacar por tierra los buques que allí estaban refugiados, lo cual lograron sin ninguna oposicion, porque el Libertador se habia quedado sin un solo soldado. Mui descuidados se hallaban él, Arizmendi, Soublette, Pedro Leon Tórres, Jacinto Lara, Briceño, Méndez y otros jefes, cuando los tiros enemigos les advirtieron del inminente peligro que corrian: Tórres y dos mas pudieron tomar sus caballos y salir por el camino que los habia llevado á aquel paraje; pero los otros, ménos prevenidos ó serenos, no tuvieron mas recurso que arrojarse al caño y á una rebalsa del Orinoco que entra mui adentro en la tierra. Así se salvaron: por cierto milagrosamente, pues los españoles pudieron perseguirlos y cogerlos; pero acaso no sabian quiénes fuesen ellos, ó allí, como en muchas otras ocasiones, quiso el cielo conservar de un modo estraordinario la vida de Bolívar. Por lo que toca á los realistas, luego que conocieron estar su tropa desembarcada atacando la escuadrilla republicana, entraron por el caño y la rindieron, dejando á los patriotas, como ántes, sin un solo buque armado.

Mas pocos dias despues se reparó esta falta con la entrada de las

fuerzas marítimas de Brion en el Orinoco. Al tomar el almirante las bocas, destacó con la debida anticipacion tres fustas armadas para que recorriendo el caño de Macareo, penetrasen por él hasta el rio y bajasen á encontrarse con la escuadra que por él debia remontar; pero llegado que hubieron las fustas al Orinoco, se encontraron con las fuerzas sutiles del apostadero de la Vieja Guayana en número de once embarcaciones de portes superiores. Allí se empeñó un combate en que los patriotas se batieron con su valor acostumbrado; pero, mui inferiores en número, fueron al fin derrotados y pasados á cuchillo, escepto mui pocos hombres que en un esquife se salvaron y fueron rio abajo á encontrar la escuadra. Y aconteció que como marchase á la vanguardia Antonio Diaz con otras tres fustas, al recibir la nueva de aquel desastre, en que habia perecido un hermano suyo, resolvió seguir forzando de vela en busca de los enemigos, sin consultar para ello al jefe de la escuadra. Los realistas, enorgullecidos con su triunfo, bajaban ya y á poco se encontraron con Diaz en Pagallos. Allí nuevo combate, en que el audaz margariteño y su gente, colocados en medio de los buques enemigos, hicieron prodigios de valor. Por algun tiempo estuvo dudoso el resultado, porque los españoles se batian con denuedo; pero Diaz haciendo fuego á todas partes, abordando ya un buque, ya otro, y degollando sin piedad cuanto caia en sus manos, recobró sus tres fustas, apresó algunos bajeles realistas y á los restantes causó tanto daño é inspiró tal terror, que no pararon en su fuga hasta guarecerse de las fortalezas de la antigua Guayana. Su pérdida total habria sido irremediable si Diaz pudiera perseguirlos; pero su armadilla quedó averiada en sumo grado y hubo de retirarse á Güiria con el fin de repararla. Este glorioso combate abrió empero la navegacion del Orinoco á los patriotas, y Brion con sus naves le subió hasta Casacoima, á donde fué Bolívar á encontrarle.

La llegada de la escuadra causó á los patriotas un regocijo imponderable; y en verdad con justísimos motivos, pues en ella iban las familias, deudos y amigos de muchas personas del éjercito, y eran sus buques lo único que se necesitaba para completar la campaña gloriosa de Guayana. Así, tan pronto como La Torre supo en Angostura que Brion estaba en el Orinoco y que las fuerzas sutiles españolas se habian retirado despues del combate de Pagallos, evacuó á Angostura y sucesivamente las fortalezas de la Vieja Guayana. Ya era en efecto imposible á los realistas sostenerse mas tiempo en

aquellos parajes, sin esperanza de socorros terrestres, interceptada la comunicacion marítima y devorados por una hambre estrema. Bermúdez que hacia mucho tiempo estaba dirigiendo el sitio, entró, pues, sin oposicion en el poblado el 17 de julio á tiempo que los enemigos se hacian á la vela, llevando una numerosa emigracion Inmediatamente pasaron estos á las fortalezas de la antigua Guayana, embarcaron la guarnicion que allí tenian y vivamente perseguidos despues por la escuadra, empezaron á desparramarse por los caños que forman las bocas del Orinoco. Los buques que conducian á La Torre, al humano y valeroso coronel Don Lorenzo Fitsgerald, último gobernador de Angostura, á los oficiales y á la tropa, escaparon saliendo á mar abierto; pero la mayor parte de los que llevaban emigracion fueron tomados, y aun sucedió que mas de uno de ellos metido en aquel laberinto no encontrase salida y se perdiese.

Miéntras los españoles perdian con Guayana la posicion militar mas importante ó, digámoslo así, la llave del pais, completaba Morillo su inconcebible desacierto estrellando inútilmente sus mejores fuerzas contra la indomable Margarita. Ciego con el deseo de la venganza, se habia encaprichado en considerarla como el foco y baluarte de la revolucion, y afirmaba que una vez destruida, seria la ruina de esta inevitable. En verdad aquella pérfida isla, segun él la llamaba, habia dado la primera el ejemplo de la resistencia y del triunfo contra sus valientes tropas: le habia obligado á separarse de las que en el Juncal perdió Morales: habia dado acogida, socorro y fuerza moral á Bolívar: le habia hecho á él mismo regresar de la Nueva Granada; era en fin, si no el baluarte de la revolucion, uno de sus mas firmes apoyos. Que se burlase aquella pobre tierra de sus amenazas, que con cuatro paredes mal artilladas resistiese al impulso de sus huestes, que su gente bisoña y sin armas le afrentase del otro lado de un canal estrecho, eran ideas para su orgullo y su valor insoportables. Así, ningun medio perdonó para marchar contra la isla, acompañado de un ejército lucido y numeroso, prometiéndose hacer en ella en escarmiento formidable que sonase en el mundo.

La probabilidad de la victoria se aumentó luego para él con la llegada (19 de mayo) al Morro de Barcelona de una escelente division de tropas peninsulares, mandada por el brigadier Don José de Canterac. Este valeroso militar llevaba cerca de 3.000 hombres de todas armas y tenia órden para ausiliar algunas operaciones de

Morillo en Costa-Firme, y pasar en seguida al Perú por el istmo de Panamá; viniendo de aquí que el capitan general de Venezuela le reuniese á su proyectada espedicion y le mandase retroceder á Cumaná para esperarle. A principios de junio llegó él mismo á aquella plaza, y como preliminares de su jornada dispuso la ocupacion de los pueblos marítimos de la provincia. Cariaco y Carúpano fueron en efecto tomados en los dias 10 y 13, despues de una corta pelea en que los patriotas perdieron 150 hombres, su armamento, ocho piezas de artillería y tres oficiales prisioneros que luego fueron fusilados: uno de ellos era Rafael Jugo.

¿Dónde estaba y qué hacia entónces Mariño, de quien dependian estos pueblos y estas tropas? Vamos á decirlo; y para ello recordaremos que hace poco le dejamos á vueltas con el congresillo de Cariaco. Formado este, hubo necesidad de conseguir el asentimiento de los jefes militares de la provincia, y sobre todo el de Urdaneta, que se hallaba con unas pocas tropas dependientes de él en tierra de Cumanacoa. Habiéndose negado resueltamente Urdaneta á entrar en aquella trama, el comisionado que le envió Mariño se puso de acuerdo con algunos oficiales é hizo desertar por la noche todo el batallon llamado de Güiria con direccion á Cariaco: otro cuerpo le quedaba, mandado por el teniente coronel Gerónimo Sucre y el mayor Francisco Portero; pero estos dignos oficiales y el coronel Antonio José Sucre que allí estaba, decidieron no solo negar á Mariño la obediencia en su reciente calidad de generalísimo, sino marchar á unirse con Bolívar. Hiciéronlo así con Urdaneta y otros hasta el número de treinta, guiando para Maturin; pero ántes de dejar la provincia de Cumaná les salió Mariño al encuentro escoltado por un cuerpo de caballería. Sus intenciones no eran hostiles, pues solo se proponia emplear para persuadirlos á quedarse con él los ruegos y las exhortaciones; mas habiendo unas y otras sido inútiles, retrocedió á Cariaco, en tanto que Urdaneta seguia en alcance de sus compañeros, que al acercarse Mariño, se habian adelantado por no verle. Reunido con ellos atravesó los desiertos que median entre Maturin y el Orinoco, y llegó despues de mil trabajos á Angostura un dia ántes de la toma de la plaza por Bermúdez. Mas por desgracia no quedaron en esto solo las consecuencias de aquellas maniobras, pues aprovechándose los enemigos de la ausencia del jefe principal, obtuvieron sobre Cariaco y Carúpano las ventajas que dejamos indicadas: por consecuencia de ellas se replegó Mariño á

Maturin con algunos dispersos, en tanto que otros se dirigian á Güiria. Allí por ahora los dejaremos, miéntras seguimos á Morillo.

El cual, aparejado ya para su gran jornada á Margarita, dió la vela de Cumaná con 3.000 soldados veteranos en veinte buques, entre los cuales se contaban tres corbetas, cinco bergantines y otras tantas goletas; fuerzas de tierra y de mar suficientes á su parecer para destruir aquel nido de rebeldes. Del 16 al 17 de julio desembarcó sin oposicion en los Varales, en ocasion de no contar los margariteños con mas tropas que 1.300 hombres, mal armados, á las órdenes de su gobernador el general Francisco Estéban Gómez; pero 100 infantes y 50 caballos destacados de esta pequeña fuerza con el coronel Joaquin Maneiro en observacion de Morillo, bastaron para disputar á este el terreno en las alturas de las Enicas, obligándole á permanecer dos dias en la playa y en el cerro de la Vela.

Despues de este esforzado comienzo, se retiró Maneiro al valle de San Juan, deseando que el enemigo le persiguiera para poder hacer uso de su caballería; pero acaso comprendiendo su intencion se abstuvo Morillo de dirigirse en su seguimento por la llanura, y orilló los montes la via del sur, protegido por sus buques. Una junta de guerra presidida por Gómez habia resuelto que los margariteños se retiraran á la línea del Caranay en el pueblo de San Juan, con el objeto de alejar de su marina al jefe español; pero este con su reciente operacion desconcertó aquel plan, y despues de dos escaramuzas de poco momento entró á Porlamar el 25 de julio, penetró en seguida hasta el valle del Espíritu Santo y finalmente ocupó á Pampatar el dia 25, replegándose los habitantes á la Asuncion sin haber tenido tiempo de destruir las fortificaciones.

Persuadido Morillo de que los patriotas habian cobrado miedo, y ansioso por completar la reduccion de la isla con la toma de su capital, se dirigió hácia ella el 31 de julio por la parte del norte, opuesta á Pampatar. Situada esta en terreno escabroso y defendida por el arte y la naturaleza, era preciso un reconocimiento formal ántes de intentar un ataque, y para ello ocupó Morillo el cerro de Matasiete, desde cuya altura podia descubrir el campo y la ciudad: su escuadra entre tanto llamaba la atencion por los puertos de Manzanillo, Constanza y Juan Griego; punto este sobre el cual tenia el jefe español puesta su mira. No era pues su objeto trabar por entónces un combate, pero empeñado al principio solo entre las guer-

rillas de uno y otro bando, fuéronle dando consistencia las provocaciones de los margariteños y el enojo de Morillo, á punto tal, que la brega llegó á ser una de las acciones mas reñidas y sangrientas. Morillo tenia fuerzas sin proporcion mui superiores á las de los patriotas; pero guarecidos estos de las malezas y quiebras del terreno, y poniendo en juego con habilidad los fuegos de sus baterías, se defendieron con una obstinacion que pasmó al valeroso jefe español, haciendo inútiles los brillantes esfuerzos de sus tropas. Conservaron estas sus posiciones, porque sus contrarios no tenian fuerzas para salir á disputárselas, pero en 7 horas y media de terrible conflicto fueron constantemente rechazados de la ciudad con pérdida considerable. « El combate de Matasiete, dijo Morillo de oficio á la « corte de España, fué sangriento y tenaz: los rebeldes se batieron « desesperadamente..... y estuvieron tan obstinados, que á pesar de « las repetidas pérdidas que sufrian en las cargas de su caballería, « volvian á los ataques con tal furia, que muchas vezes se les vió « mezclados con las tropas lijeras. »

El crecido número de heridos, la necesidad de retirar del campo las armas de estos y las de los muertos, y finalmente la falta de municiones hicieron indispensable la retirada del jefe español á Pampatar. En cierto modo habia logrado su principal objeto, cual era el de reconocer la Asuncion; y viendo ser por aquel lado inaccesible, dispuso atacarla por una direccion diferente de la anterior, pasando por las inmediaciones de Porlamar, con ánimo de apoderarse del puerto de Juan Griego, donde tenian los patriotas algunas fuerzas marítimas. De hecho el 6 de agosto dejó á Pampatar y el 7 tomó el pueblo de San Juan y el Portachuelo, miéntras una columna de 400 hombres se dirigia á la capital por el camino de la Aguada, á fin de interceptar cualquier ausilio que Gómez quisiese enviar á Juan Griego. Los margariteños, como de costumbre, disputaron bizarramente el terreno; pero habiéndoles sido imposible contrarestar fuerzas superiores, ni lograron socorrer el puerto, ni impidieron que Morillo lo ocupase el dia 8 en combinacion con la escuadrilla. Salvóse, empero, el honor de las armas republicanas, porque nunca los habitantes de aquella tierra se mostraron mas heróicos, mas dignos de su fama. Tomados ya por los españoles el puerto y los puntos fortificados, recobrólos su valiente guarnicion dirigida por el coronel Juan Bautista Cova, y por el capitan Juan Bautista Figueroa, sosteniendo por 4 horas un combate á todas luzes desigual,

hasta que reforzados los enemigos y volado un repuesto de pólvora, cedieron el campo y procuraron retirarse. « Todos los que sobre-« vivieron á tan mortífera refriega, dice un escritor español parcial « en estremo, y mas que parcial hinchado y redundante, todos los « que sobrevivieron á tan mortífera refriega, huyeron de aquel « campo de horror á refugiarse á unas lagunas inmediatas de poca « profundidad : el general Morillo, que previendo este caso se habia « situado con toda la caballería en aquella direccion para esterminar á los protervos que pudieran sustraerse á la furia de las bayo-« netas, se arrojó sobre ellos y los pasó á todos á cuchillo, sin que « nadie hubiera dado la menor señal de timidez ni cobardia, ni im-« plorado la clemencia del vencedor, sino un solo individuo. El mis-« mo Morillo, ciego de furor en aquel dia al ver tanta obstinacion « y despecho, fué el primero en el ataque dado por dicha caballería, « y al impulso de su esforzado brazo rindieron 18 de ellos sus fero-« ces almas. » Llame Torrente en buen hora ataque aquella persecucion y elogie al asesino de rendidos : á él le está bien. Nosotros diremos que algunos oficiales y soldados escaparon y que el jefe español, para gloria eterna de los margariteños, escribió sobre la toma de Juan Griego cosas sorprendentes. « Estos malvados, decia, « llenos de rabia y de orgullo con su primera ventaja en la defensa, « parecian tigres y se presentaban al fuego y á las bayonetas con « un ánimo de que no hai ejemplo en las mejores tropas del mun-« do..... llegaron al último estremo de desesperacion y apuraron « todos los medios de defensa. No contentos con el fuego infernal « que hacian, arrojaban piedras de gran tamaño, y como eran hom-« bres membrudos y agigantados, se les veia arrojar una piedra « enorme con la misma facilidad que si fuese mui pequeña. » Estos enemigos de estatura comun que el valiente Morillo veia de un tamaño desproporcionado, se vengaban noblemente de sus crueldades destruyendo en un combate 200 hombres del batallon de la reina Doña Isabel, que habia enviado sobre la Asuncion mientras él atacaba á Juan Griego : tuvo lugar el reencuentro en Paraguachi, cuyo valle y el de la Margarita habia devastado aquella tropa.

Mas á pesar de tanto teson, Morillo, rehaciéndose á cada instante y teniendo la isla envuelta casi en su totalidad, hubiera triunfado sin duda de sus esforzados habitantes, si Bolívar no los salvara con la toma de Guayana. De hecho al saberlo Morillo espidió órdenes á Aldama para que dejara la provincia de Barcelona, degollando

primero á varios individuos que se habian acogido á un indulto publicado ántes en aquella ciudad; y así se hizo. El 10 de agosto evacuó á Juan Griego y se retiró á Pampatar, despues de haber destruido sus fortificaciones y mandado ejecutar atrozidades que horrorizan. El 16 espidió un decreto de bloqueo en que se comprendian las bocas del Orinoco y las costas de Güiria y Margarita. Ultimamente el 17, al mes cumplido de su desembarco, evacuó la isla para no volverla á pisar nunca, completando la inaudita serie de sus maldades con la muerte de otros indultados de Barcelona, ejecutada á bordo de dos buques de su escuadra. Estos infelices, para decirlo de una vez, eran por todos unos 500 hombres, á quienes Montenegro con autorizacion de la audiencia y de Moxó concedió con la mejor buena fe una amnistía: contados, sin embargo, escaparon de morir asesinados, porque Morillo con diversos pretestos los separó de Barcelona para inmolarlos. El gobernador de la provincia elevó en vano su queja hasta los pies del trono.

Llegó Morillo á la capital de Venezuela á principios de setiembre en ocasion de hallarse en ella ejerciendo sus funciones de capitan general interino el brigadier Don Juan Bautista Pardo. Moxó no estaba ya en el territorio. Destituido por Morillo y aun mandado reducir á prision, se habia fugado el 7 de julio de la Guaira para España, llevando consigo muchas riquezas obtenidas con infames latrocinios. No menores fueron las que de igual manera adquirió Earile en la Nueva Granada y con las cuales se retiró á la Península en el año anterior, á comprar las recompensas de la corte con regalos cuantiosos al rei Fernando y sus ministros. El primer acto de Morillo luego que llegó á Carácas fué mandar sobreseer en la causa formada por robos y matanzas al brigadier Don Francisco Tomas Morádes, haciéndole poner en libertad con restitucion de sus cargos y empleos. Desde julio habia recibido el Pacificador (así llamaban los realistas á Morillo) un indulto espedido con motivo del matrimonio del monarca español y del infante Don Cárlos con dos princesas de Portugal: ahora en 21 de setiembre fué cuando mandó publicarlo con gran solemnidad y pompa, acompañado de una de aquellas proclamas irritantes en que á vueltas de vergonzosas mentiras se repetian promesas mil veces violadas con escándalo inaudito. Un gran conocimiento de la actividad de Bolivar, adquirido á costa de dolorosas esperiencias, le traia entre tanto mui inquieto, no

dudando un instante que su terrible enemigo estaba preparándose á alguna empresa de gran momento y resultado. Con este motivo puso en marcha algunas divisiones y cuerpos hácia los lugares donde creyó que el Libertador caeria primero.

Para este tiempo sin embargo el general Bolívar se hallaba por su mal y el de la república ocupado en atajar los progresos de una rebelion intentada contra la autoridad suprema de que se hallaba revestido; y eran la ambicion y el orgullo insano de Piar los que le suscitaban esta nueva amargura, cuyo orígen debe buscarse en el congresillo de Cariaco. Ya hemos visto que las ridículas maniobras de esta junta tuvieron simpatías en Guayana, y que Piar principalmente las vió con gusto, por cuanto se prometia obtener de Mariño el mando superior de aquel ejército. El vencedor de San Félix no pudo llevar en paciencia que el Libertador le arrebatara la satisfaccion de entrar triunfante en Guayana, aprovechándose de sus trabajos, sin pensar que estos no perdian su mérito porque Bolívar los perfeccionara, y que en realidad el plan concebido por Cedeño y planteado por él debia precisamente ser llevado á cabo por el jefe supremo. Porque la toma de Angostura valdria poco si con ella no se ligaban las operaciones ulteriores de todos los cuerpos republicanos. Y ¿quién sino Bolívar podia conseguir la obediencia de tantos jefes rivales y ambiciosos? ¿quién sino él podia hacer útil su concurrencia al plan general de la campaña, imponiendo silencio á sus eternas disputas sobre el ejercicio de la autoridad y la direccion de la guerra? Pero la vanidad irritable y violenta de Piar le cerró los ojos para que no viese estas verdades, y en seguida, como se envenenase mas y mas con la propia sinrazon, le condujo al horroroso proyecto de destruir al Libertador y la república.

Su primer paso fué pedir con la instancia mas eficaz un permiso para separarse del ejército é irse á curar dentro ó fuera del territorio: hombre alguno de influjo con el Libertador no quedó á quien él no importunase para obtener una licencia que este se obstinaba en negarle, ora porque le creyese necesario en el ejército, ora porque viendo su secreto disgusto, no quisiese aumentarlo dándole un pretesto para quejarse de ingratitud y deservicio; mas al fin fueron tantos y tan tenazes sus empeños, que Bolívar, mal su grado, no pudiendo ya desatenderlos, le concedió el 30 de junio en San Miguel el retiro que solicitaba. No bien lo hubo Piar obtenido, cuando poniendo por obra su proyecto, se fué á Upata y

comenzó á hablar ignominiosamente del Libertador, tirando á minar su crédito, á promover la division entre los jefes, la desobediencia en la tropa, y lo que es mas, á revivir en el ejército la proscrita y olvidada idea de *colores*, concitando la guerra entre las razas. Ocupada Angostura, trasladóse Piar á ella, y cada vez mas irritado y ciego, escribió á varios jefes pardos, induciéndolos á desconocer la autoridad del jefe supremo y á establecer un nuevo órden de cosas conforme al plan atroz y absurdo que se proponia. El Libertador al principio le escribió amistosamente, llamándole á ocupar su puesto en el ejército, bien que sin darse por entendido de sus tramas criminales; pero viendo que estas continuaban y que despreciaba su clemencia, mandó prenderle en Agostura. Piar al saberlo se fugó á Maturin, donde poniéndose de acuerdo con Mariño y algunos otros revoltosos, empezó á allegar gente. En ninguna época de su vida demostró Bolívar mas habilidad y presencia de ánimo que entónces. Piar era un hombre audaz y fuerte, estaba resentido, y meditaba usar armas de una naturaleza destructora: hombres igualmente ambiciosos é inquietos, igualmente ignorantes é indóciles, igualmente enemigos de todo freno y disciplina, podian mui bien, llevados del ejemplo, de la fama del caudillo y de geniales propensiones, unirse á la empresa y levantar el pendon de la desobediencia: la tropa, adicta á Piar, que la habia conducido á la victoria, y mandada por jefes de su misma clase, no daba mucha garantía de subordinacion y de lealtad: pueblo no habia: la miseria era espantosa: ella y la peste producida por el sitio en Angostura tenian abatidos los ánimos en el poblado y en las filas. En esta situacion propicia para hacer triunfar una novedad cualquiera que condujese á variar el órden de cosas existente, ¿cuáles eran los ausiliares de Bolívar? Unos pocos jefes adictos de buena fé á su persona, amigos del órden y suficientemente instruidos para ver en su conservacion la mejor esperanza de salud. Veamos con todo lo que hizo.

Su primera medida fué poner á las órdenes de Urdaneta en la Vieja Guayana la division que se llamaba Piar, autorizándole para mantener en ella la mas severa disciplina y para proceder en juicio sumario contra cualquiera individuo que se mostrase adicto á los proyectos nuevamente descubiertos. Despues convocó todos los generales y jefes del ejército á una junta de guerra en que su autoridad fué reconocida de una manera esplícita y solemne. Seguidamente destinó á Cedeño y á varios otros jefes de los mismos que

Piar habia intentado seducir, para que con una columna de caballería siguiesen en su alcanze y le prendiesen. Escribió á todas partes: envió comisionados por do quiera: á unos jefes halagó: de otros (los mas temibles por cierto y sospechosos) hizo entera confianza; y por fin, oponiendo á tan eminente peligro una proporcionada fortaleza, alentó á sus amigos, á sus enemigos puso miedo y á todos probó ser digno del puesto que ocupaba.

Esta prudente conducta tuvo el efecto que podia desearse, y Piar, abandonado por todos, se fué á Aragua de Cumaná, buscando la proteccion de los descontentos adictos á Mariño. Cedeño y los comandantes Juan Francisco Sánchez y Juan Antonio Mina, encargados de prenderle, le encontraron en aquella poblacion escoltado por un cuerpo numeroso de caballería, á las órdenes del intrépido Francisco Carmona; pero instruido este de las órdenes del Libertador, no hizo resistencia alguna, y Piar fué luego al punto arrestado y conducido á Angostura con todas las atenciones debidas á su clase y su desgracia. Principiada luego y sustanciada la causa por sus trámites, se reunió el consejo de guerra de oficiales generales en el alojamiento del almirante Brion su presidente: eran vocales los generales de brigada Pedro Leon Tórres y José Antonio Anzuátegui, los coroneles José Ucroz y José María Carreño, y los tenientes coroneles Judas Tadeo Piñango y Francisco Conde: fiscal el general Cárlos Soublette, defensor el coronel Fernando Galindo. El tribunal, segun las actas del proceso, dió su sentencia en 15 de octubre de 1817, condenándole unánimemente á muerte, con degradacion militar, por los crímenes de inobediencia, sedicion, conspiracion y desercion. El jefe supremo la confirmó en su primera parte, no en la segunda, y el dia siguiente por la tarde en lugar público y á presencia de todo el ejército recibió Piar la muerte con la misma serenidad é entrepidez que en todo tiempo y ocasion habia mostrado.

Tal fué el desgraciado término á que se vió conducido Piar por su índole inquieta y soberbia, y por el engreimiento de sus servicios, realmente esclarecidos, en la guerra de la independencia. Su muerte, por mas que digan algunos émulos miserables de Bolívar, que se han querido convertir en ecos de los realistas, fué justa, é impuesta legalmente. Los hombres que denunciaron á Bolívar sus proyectos presentando sus cartas, habian servido á sus órdenes, pertenecian á su division y eran sus amigos ó sus hechuras; tales

fueron Cedeño y su secretario el teniente coronel José Manuel Olivares, Sánchez, el coronel Manuel Salcedo y otros: entre los que compusieron el consejo de guerra, Brion, su paisano, debía tener y tenia en efecto por él mas de un motivo de simpatía, ó por lo ménos de consideracion; Torres y Anzuátegui habian sido ascendidos por él á generales despues de la batalla de San Félix: estos, los demas vocales y el fiscal, eran hombres de verdad, valor y conciencia, incapazes de cometer un vil asesinato: la ejecucion en fin fué pública, hecha por sus propios soldados y en ocasion de ser estos mandados por jefes que, como Bermúdez, no tenian el mas pequeño interes en sancionar con su aprobacion ó su silencio aquel terrible escarmiento, si hubiera sido injusto.

Por lo que toca á sus efectos, este severo castigo los produjo á nuestro parecer mui grandes en beneficio de la república, vigorando la disciplina, afirmando la autoridad suprema, dando á amigos y enemigos mejor idea de aquel gobierno militar, que hasta entónces no habia sido verdaderamente otra cosa que un caos, donde Bolívar se esforzaba en vano por introducir luz y órden.

Luego al punto se palparon estos buenos resultados. Mariño habia tenido algunos reencuentros poco dichosos con las tropas españolas durante la ausencia de Morillo en Margarita. Vuelto á Cumaná el jefe español despues de su inútil espedicion á aquella isla, dispuso que el teniente coronel D. Francisco Jiménez marchase desde Carúpano hacia Güiria á fin de reducir los pueblos de la costa y quitar á Mariño los medios de comunicarse por ellos con las colonias estranjeras. Jiménez salió de Carúpano el 20 de agosto y el 27 tomó á Yaguaraparo despues de un sangriento asalto que costó á los patriotas una pérdida de 250 hombres, entre los cuales se hallaban su comandante el coronel José María Hermoso, dos jefes de la misma graduacion y varios distinguidos oficiales. No pudiendo contrarestar á fuerzas superiores, retiróse Mariño á Punceres y allí se hallaba cuando, declarado disidente en Guayana, recibió Bermúdez el nombramiento de comandante general de la provincia de Cumaná y la órden de prenderle. El comisionado se situó en Cumanacoa y Mariño con 400 hombres marchó á San Francisco resuelto á desobedecer y resistirse á poder de armas: hubo con este motivo entre los dos jefes oficios, cartas particulares y recados en que sin miramiento ni recato alguno se insultaron á mas no poder; pero al fin la reciente ejecucion de Piar obró en el ánimo de Mariño

y en el de sus oficiales tan buenos efectos, que dándose á partido, convinieron los unos en abandonar á su jefe y este en dejar el mando y pasarse á Margarita. En esta ocasion Bermúdez acordándose de su antigua amistad con Mariño, obtuvo de Bolívar que no se le persiguiese, y el negocio quedó allí hasta que nuevas turbulencias de su protegido le hicieron arrepentir mas adelante de su condescendencia y generosidad.

Sofocada de este modo aquella peligrosa conspiracion, quiso Bolívar ántes de dar esclusivamente su atencion á los negocios de la guerra, poner en el gobierno un cierto órden y arreglo que diese fuerza y respetabilidad al poder público. Para ello encargó la direccion de las provincias libres á jefes de su confianza, poniendo así con beneficio de los pueblos una sola autoridad donde ántes habia tantas como caudillos militares. Creó un consejo de estado con voto deliberativo en materias administrativas y económicas, pero solo de consulta en las gubernativas y de guerra. Declaró como residencia provisional de las primeras autoridades y capital del gobierno de Venezuela la ciudad de Angostura, y finalmente para interesar mas y mas á sus compañeros en la libertad de la patria y darles al mismo tiempo una justa recompensa de sus servicios, dictó una lei que repartia entre ellos con regla y proporcion los bienes nacionáles: esta disposicion importante espedida seis dias ántes de la ejecucion de Piar, da á conocer por su tenor y por esta circunstancia cuáles eran sus angustias y terrores.

Despues de estos arreglos y de otros hechos en el personal y material del ejército, volvió sus ojos á la guerra, objeto principal de su mision pública y aficion constante de su genio. Ya para esto habian pasado los meses recios del invierno en las llanuras, y era llegado el tiempo de poner en ejecucion el proyecto de invadir la provincia de Carácas, haciendo un esfuerzo simultáneo con las tropas desparramadas hasta entónces por el territorio sin combinacion alguna ni plan determinado.

Desde la toma de Angostura habia el Libertador dispuesto que Zaraza con algunas fuerzas maniobrase en las llanuras de Chaguarámas, para observar las operaciones del enemigo en Calabozo y Orituco, recoger caballos y ganados, y estar pronto para reunirse al resto del ejército, que conduciria el jefe supremo por sí mismo. El general Páez debia llamar fuertemente la atencion del enemigo por la provincia de Barínas y disponerse á cooperar á la invasion

de la de Carácas segun lo requiriesen los accidentes de la campaña. La escuadra estaba reparada, y gracias al zelo infatigable, á la energía é integridad con que Blanco habia sabido conservar las riquezas de las misiones, se habian pagado con gran parte de ellas á Brion los créditos que, bajo su garantía y la del gobierno, tomara en las colonias estranjeras para el armamento y sosten del ejército. Una pequeña espedicion naval se destinó al puerto de Güiria; varios cuerpos salieron á reforzar á Zaraza para abrir las operaciones por las llanuras de Carácas; finalmente, Urdaneta recibió órdenes de dejar el mando de su division, remontar con cuatro embarcaciones armadas el Orinoco, franquear las bocas del Apure si por acaso estaban ocupadas por el enemigo, y remontar el Arauca para comunicarse con Páez.

Tales fueron las disposiciones preliminares que tomó el Libertador para empezar su campaña, con esperanza acaso mui fundada de conducirla á término dichoso; mas cuando él mismo, pasado el Orinoco, se hallaba en San Diego de Cabrutica, supo que el cuerpo de Zaraza con el cual iba á reunirse, habia sido destruido el 2 de diciembre en el sitio de la Hogaza.

Efectivamente Morillo, temeroso de los proyectos del Libertador, habia desde noviembre reunido en Calabozo el grueso de sus fuerzas, comprendiendo en estas las de Canterac, el cual tuvo que marcharse á Panamá con unos reducidos cuadros de caballería. Ignoraba el jefe español los proyectos de Bolívar; pero como conociese la importancia de atacar á Páez en el Apure y á Zaraza en las llanuras de Carácas, ántes que pudieran reunirse ó combinar sus operaciones con Bolívar, dispuso su plan de esta manera. Una division á las órdenes de Aldama recibió órdenes de engrosar la que mandaba en Nútrias el coronel Calzada: reunidos estos dos jefes, debian atacar á Páez: contra Zaraza destinó á La Torre, el cual se dirigió con este motivo hácia el Calvario, juzgando hallar á su enemigo al sur de Chaguarámas ó al occidente de la provincia actual de Barcelona. Él mismo, rezelando que Páez impidiera la reunion de las divisiones Aldama y Calzada, se adelantó hácia Camaguan, y como despues supiese que aquel general habia hecho pasar la mayor parte de sus fuerzas á la orilla izquierda del Apure, y situádolas entre San Antonio y San Jaime, continuó su marcha con el designio de atacarle en combinacion con sus dos tenientes, los cuales en efecto

se le reunieron de allí á poco en el primero de aquellos dos pueblos.

Páez burló el designio de Morillo, porque noticioso de su aproximacion, se recogió á Achaguas, dió órden á los cuerpos que tenia sobre Nútrias para que se le reuniesen, y luego emprendió ordenadamente su retirada hácia el Arauca. Ménos prudente y vigilante Zaraza, andaba harto descuidado por el punto de Apamate, mui al centro de las llanuras de la provincia de Caráeas, cuando llegó á su campo el coronel Julian Montesdeoca de parte del Libertador, para decirle que su incorporacion á él debia verificarse en Rio-Claro, poco distante de San Diego de Cabrutica hácia el ocaso. Dicen algunos que Montesdeoca en lugar de Rio-Claro indicó á Zaraza, por olvido, como punto de reunion el rio Santa Clara, tributario del Manapire, y situado próximamente entre Caicara y Chaguaramas. Sea de ello lo que fuere, sucedió que La Torre siguiendo rectamente su camino, encontró á los patriotas en el sitio de la Hogaza y derrotó con poco mas de 900 hombres la brillante division de Zaraza compuesta de 1100 ginetes y obra de 1000 infantes de los batallones formados con solícito esmero en la Guayana. Los realistas perdieron 200 hombres entre muertos y heridos, contándose entre los segundos el mismo La Torre y el coronel Pedro González Villa: pasaron de 1000 los patriotas muertos en aquel campo de horror y de vergüenza, y entre ellos el coronel jefe de estado mayor Miguel Martínez y otros distinguidos oficiales. Perdiéronse igualmente dos piezas de artillería, mas de 1000 armas de fuego, 30,000 cartuchos, cosa de 1000 bestias de toda clase, una imprenta, banderas, cajas de guerra, equipajes; si bien algunas de estas cosas y tambien muchos heridos de uno y otro partido perecieron entre las llamas, por haber prendido fuego á las gramíneas secas de la llanura los tacos de la fusilería y artillería. Solo se salvó huyendo ignominiosamente la mayor parte de la caballería.

Cuando Bolívar tuvo noticia de este triste suceso, envió órden á Zaraza para que continuase cubriendo con su caballería las llanuras de Carácas: á Monágas, que ocupaba las de Barcelona, dijo otro tanto, y él volvió á Angostura, embarcó todas las tropas que llevaba, y remontando el Orinoco se reunió, como veremos en el año entrante, al ejército de Apure, que mandaba Páez.

Por lo que toca á Morillo, no bien supo que el Libertador re-

montaba la primera vez el Orinoco para reunirse á Zaraza, cuando, temiendo por La Torre, bajó hácia Guadarrama á largas jornadas para reforzarle; y dejó á Aldama en el Apure con fuerzas superiores á las de Páez. Enterado en el tránsito de la victoria de la Hogaza, retrocedió á Calabozo para prepararse á mas recia campaña, porque como él solia decir « Bolívar triunfante seguia un itinerario « conocido : perdidoso, no era posible acertar por dónde caeria, « mas que nunca activo y formidable. »

Estos son los principales hechos militares ocurridos en Venezuela el año 1817, sin hacer mencion de algunos reencuentros de guerrillas, con los cuales, por ser de poco momento y consecuencia, no hemos querido embarazar el rápido curso de nuestra narracion. De esta, segun creemos ; puede fácilmente deducirse que la situacion de los beligerantes ha tenido notables alteraciones. Verdad es que aun subsistian en poder de los españoles las ciudades de la cordillera, y con ellas la mayor y mas rica parte de los recursos del pais; pero la invicta Margarita, despues de haber humillado el orgullo del Pacificador, es el arsenal de los patriotas, su apostadero marítimo, el refugio de la emigracion y el lugar desde donde una nube de corsarios armados por nacionales y estranjeros destruyen el comercio español del continente y de las islas. La adquisicion de Guayana es un acontecimiento capital y decisivo : con ella ha adquirido Bolívar el medio de invadir á su antojo los puestos españoles, en cualquiera punto de la inmensa línea que abrazan el Orinoco y sus grandes tributarios, se ha acercado á Trinidad, ha conseguido recursos de hombres, de caballos y ganados, y se ha puesto en comunicacion con Páez. Ya los patriotas no son una gavilla de guerrilleros rivales obrando cada cual de por sí, sin concierto ni plan en un vasto territorio, no reconociendo autoridad ni freno. Ya tienen á su cabeza un hombre de vastas y profundas concepciones que mancomune sus esfuerzos, que dirija su valor imprudente, que dé órden y respetabilidad á su partido : ese hombre, superior á los reveses, echó con la espedicion de Ocumare los fundamentos de la segunda restauracion republicana : con un grande y solemne acto de justicia la afirmó : con la creacion de un consejo de estado, el repartimiento de bienes nacionales y la designacion de una capital provisional, ha dado á un tiempo fuerza al gobierno, estímulo al valor, centro á su causa. Él procede como si la independencia estuviera ya conseguida, como si Venezuela fuera una nacion sobe-

rana : créelo en efecto, porque su vista es penetrante y luminosa; y sus conciudadanos, confiando en sus pronósticos, se entregan con él á la esperanza de un glorioso porvenir.

Mui léjos están los realistas de poder pronosticar á su partido un destino tan dichoso. Suya es una grande porcion del territorio; pero se han enajenado en gran parte la voluntad de los naturales, y el número de sus soldados españoles no es suficiente para mantenerlo en la obediencia. Carácas, el centro de sus recursos, la capital del pais, continua vejada, corrompida y devastada por ellos. En este año se han mandado cesar algunos de los gravámenes establecidos anteriormente, y esto sirve de pretesto para aumentar hasta el 8 por ciento el oneroso derecho de alcabalas y establecer otras imposiciones sobre diferentes ramos : háse formado una junta de abastos cuyo objeto es aprontar 200.000 raciones mensuales : un *préstamo forzoso* de 200.000 pesos ha acabado de arruinar las fortunas de particulares. Agréguese á esto el desenfreno de la tropa y de los oficiales en los pueblos, el trastorno en la administracion de justicia y la violacion mas escandalosa de todos los derechos sociales. El 21 de octubre publicó Pardo una instruccion ó reglamento para la *direccion y gobierno* de los juezes y pueblos de la capitanía general; y en ella « se manda cesar *en el uso de los diferentes tormentos que se habian introducido* (por los antecesores de Pardo) *para arrancar á los presos la confesion de delitos que no habian cometido : se reprueban los hechos atrozes ejecutados en Venezuela por los que se titulaban fieles;* y se ordena juzgar como delito de *infidencia* el hablar de igualdad. Sobre esto es inútil cualquiera comentario.

AÑO DE 1818.

Las grandes operaciones militares de este año empezaron por un asalto infructuoso que intentó Páez contra San Fernando, despues de lo cual, siguiendo las instrucciones que Bolívar le habia comunicado, se ciñó á mantener el sitio, y á enviar algunas guerrillas esploradoras á las llanuras de Calabozo y de San Cárlos. A fines de enero se le unió el Libertador con mas de 2.000 hombres de escelentes tropas organizadas en Guayana y mandadas por los mas distinguidos jefes y oficiales de la república.

Por consecuencia de esto el ejército republicano disponible para la campaña ascendió á 1.500 infantes y 2.000 ginetes aguerridos, siendo mucha parte de los últimos pertenecientes á la famosa caballería de Apure que Páez habia acostumbrado á la victoria. Poco tardó Bolívar en ponerse en marcha hácia Calabozo; y de hecho, dejadas algunas tropas para continuar el sitio de San Fernando, y pasado el Apure en embarcaciones tomadas á los enemigos por Páez y Aramendi con 25 lanzeros y otros tantos carabineros, se acercó á paso largo hácia Calabozo, presentándose delante de la plaza el 12 de febrero. Gracias á la celeridad con que su marcha habia sido ejecutada, hasta entónces no tuvo Morillo noticia alguna de la operacion é intentos de sus enemigos.

El jefe español no tenia en Calabozo mas caballería que el regimiento de Húsares de Fernando VII, situado en un lugar que llaman la Mision de abajo, á una legua corta hácia el sur de Calabozo, y aunque al presentarse Bolívar hizo todo lo posible por proteger aquel cuerpo, no pudo lograrlo, y á su vista fué completamente destruido. Entónces apoyó todas las fuerzas que le quedaban en la poblacion, y que consistian en infantería, á las últimas casas de la ciudad, logrando de este modo ocultar y favorecer la marcha de un regimiento de la misma arma que estaba en la Mision de arriba, el cual se le incorporó sin mas pérdida que la de algunos rezagados. Los patriotas no atacaron á Morillo en su posicion, ni él hizo movimiento alguno durante el dia, pero por la noche el ejército libertador pasó el rio Guarico y fué á acamparse en el pueblo del Rastro, distante tres leguas al poniente de Calabozo. El regimento de Húsares de Apure quedó á caballo al frente de la ciudad para observar los movimientos del enemigo, cuya pérdida parecia inevitable, bien permaneciese encerrado en la ciudad, bien se moviese en qualquiera direccion, porque la inmensa superioridad de la caballería republicana hacia dueño á Bolívar del campo en llanuras tan estensas y despejadas como las que rodean á Calabozo. Morillo no tenia acopio de víveres, ni podia contar con ausilio de ninguna de sus divisiones, porque nunca juzgó capazes á los patriotas de un movimiento tan audaz. No habia, por tanto, dado órdenes anticipadas para un evento semejante: ni pudo darlas en la ocasion, porque fué sorprendido. Grave falta cometió en aquella coyuntura el general español. Bolívar habia marchado desde San Fernando hasta Calabozo sin encontrar una sola patrulla ni partida de reco-

nocimiento perteneciente al ejército español en mas de treinta leguas de llanuras, y una guardia avanzada, única que tenian los realistas aislada y sin apoyo en el paso del rio Orituco, fué hecha prisionera por su descuido y necia confianza.

Si este grave error de Morillo no tuvo las consecuencias que pudiera, se debió esto á los que cometió el ejército libertador. En primer lugar el jefe supremo no debió por motivo alguno situarse en el Rastro, siendo así que aquel camino no era el mas recto que podia tomar Morillo para ganar la serranía. Que esta era el único refugio de los realistas en tan apurada situacion, es evidente, porque, ¿á qué punto de las llanuras irian sin caballería y con un reducido número de infantes? Convenia, pues, interceptarles la retirada hácia el pais montañoso de la provincia, y como podian intentarla tanto por el camino del Rastro como por el de Ortiz y aun el del Calvario, déjase entender que lo mejor era no separarse un palmo de Calabozo, para velar en que por ninguno de ellos se escapasen. Despues, el coronel Guillermo Iribarren que mandaba los húsares de Apure, se alejó de Calabozo en la noche del 13 y no pudo conocer el movimiento de los enemigos hasta el amanecer del dia 14. Las nueve de la mañana serian cuando se recibió el primer aviso de la retirada de Morillo en el cuartel general, y como el tal aviso no daba un conocimiento perfecto de la direccion que llevaba, creyó indispensable Bolívar dirigirse á Calabozo con todas sus fuerzas. Este fué otro error mas grande, si cabe, que el primero, y del cual pudo apartarlo una sencilla reflexion. De los tres caminos que podia tomar Morillo para ganar la serranía era evidente que solo dos tenia á su disposicion, estando cubierto el del Rastro por los republicanos; y en la duda de cuál de los dos hubiese seguido, era preciso tomar desde el Rastro el mas corto y directo de Ortiz; primero, porque si iba por él se le alcanzaria mas pronto; segundo, porque dado que hubiese preferido dar el largo rodeo del Calvario ó cualquiera otro, se le salia al encuentro en el Sombrero. Porque no era presumible que Morillo guiase directamente para Chaguaramas; y si tal hubiera hecho, ¿quién impedia que el Libertador ocupase sin obstáculo los valles de Aragua y á Cárdcas mismo?

Mediodía del 14 seria cuando Bolívar se puso desde Calabozo en marcha contra Morillo que, á toda prisa aunque en órden, se dirigia al Sombrero por las llanuras en una direccion paralela al Guári-

co. El general en jefe acompañado de Páez y de toda la caballería tomó la vanguardia con el objeto de obligar al enemigo á hacer alto y dar tiempo á que llegasen la infantería y los Húsares de Apure, que con ella iban. La caballería alcanzó á los españoles en la llanura denominada de la Uriosa, les dió varios choques y aguardó en vano á los infantes, porque estos al salir de Calabozo, en lugar de marchar por la huella de los ginetes hácia el Sombrero, siguieron equivocadamente por el camino del Calvario, y ya era de noche cuando apercibidos del error llegaron á la Uriosa. Así Morillo con solo la pérdida de algunos hombres muertos en las cargas de la caballería, y la de otros cogidos prisioneros en el tránsito, llegó al Sombrero: con lo que salvó su division; pues si los patriotas le eran superiores en la tierra llana á causa de la caballería, esa superioridad cesaba en la montuosa y quebrada por la escelencia de la infantería española, sin igual para pelear en posiciones. Bien á su costa lo esperimentó Bolívar cuando habiéndola atacado el dia 15 por la mañana en el Sombrero fué rechazado con pérdida. Por la tarde y poco mas abajo de dicho pueblo pasaron los patriotas el rio Guárico, acampando en sus riberas cerca de los reales enemigos; pero Morillo que habia conseguido mas de lo que podia esperar, continuó esa misma noche su marcha por Camatagua, San Sebastian y villa de Cura, y recobró así otra vez su basa de operaciones, yendo á situarse en Valencia. A esta ciudad hizo ir las divisiones que obraban por San Cárlos y Barinas, y algunas tropas que estaban en Carácas al mando del general La Torre recibieron órden de situarse en las Cocuisas.

Despues de la accion del Sombrero, el general Páez con toda su division de caballería, escepto el regimiento del coronel Genaro Vázquez, regresó al Apure para hacer rendir la plaza de San Fernando, remontar sus escuadrones y volver á las llanuras de Carácas á tomar parte en las operaciones generales. En los llanos de Calabozo quedó el general Cedeño con un cuerpo de caballería de su division al mando del comandante Blancas, y con algunos jefes y oficiales para organizar escuadrones en el Sombrero, Guardatinajas y otros pueblos. Zaraza con otros cuerpos de la misma arma que habia conservado despues de la desgraciada accion de la Hogaza, se reunió al cuartel general. Lo mismo hizo Urdaneta que iba de Guayana con una partida de oficiales estranjeros de los muchos que empezaban á llegar de Europa, de propio movimiento ó contratados

por varios agentes que en ella tenian los gobiernos disidentes de América. En esto se pasaron dias, y el Libertador, situado en el hato de San Pablo cerca de Ortiz, convocó á junta los generales que allí tenia para oir su opinion sobre el plan de las operaciones sucesivas. Algunos, y entre ellos Urdaneta, dijeron que pues se hallaban dueños de la mayor parte de las llanuras de un estremo al otro de la república, se debia ante todas cosas completar y asegurar la posesion de todas ellas con la ocupacion de San Fernando, Barínas y Casanare, mayormente cuando Morillo, reducido á las cordilleras, tendria que salir á buscarlos con la desventaja de ser inferior en caballería y tener que pelear contra tropas mas numerosas y frescas. La mayoría, empero, conformándose á los deseos secretos de Bolívar, opinó por que se llevara la guerra á los valles de Aragua, puesta la mira en la ocupacion de Cáracas; y su dictámen prevaleció. A pesar de las desgracias que se siguieron á esta determinacion, no es justo reprobar solo por eso el plan adoptado por el Libertador: acaso era el mas asequible si se atiende á que mucha parte del otro (el sitio de San Fernando, por ejemplo, y la ocupacion de los llanos de Carácas) se cumplia al mismo tiempo: á que semejantes comarcas no eran propias para hacer reclutas de infantería, y finalmente á que obrando con celeridad, se podia batir separadamente á la Torre y á Morillo. El éxito desgraciado de una campaña no depende siempre de haber sido malamente concebida: acasos imprevistos é irremediables echan á perder los mejores planes sin culpa alguna de quien los dirige, y este fué precisamente el caso aquí. Movióse (8 de marzo) el ejército con direccion á la villa de Cura, habiendo tomado la vanguardia con un dia de anticipacion toda la caballería al mando de Zaraza. Moráles, que se hallaba en dicha villa con un cuerpo de observacion, replegó á Valencia, y los ginetes patriotas acompañados de 200 infantes ocuparon á Maracai y cubrieron el punto de la Cabrera. El resto del ejército ocupó á la Victoria, en donde Bolívar se le reunió pocos dias despues, luego que hubo dado personalmente á Monágas y Zaraza sus instrucciones, y dispuesto lo conveniente para fortificar el desfiladero confiado á su cuidado. Entre las dos operaciones que Bolívar tenia que ejecutar, es á saber, la de combatir á Morillo ó á Latorre, prefirió la segunda, sabiendo que el jefe español se habia movido ya de sus posiciones y estaba en el sitio de la Laja. Parecia indefectible el buen éxito de este movimiento, pues una fuerte divi-

sion debia atacar á los realistas por la espalda durante la noche siguiendo una trocha ignorada, á tiempo que otra le combatiria por el frente para cogerle entre dos fuegos. Tal era el plan principal; pero cuando Bolívar se hallaba en el pueblo del Consejo disponiéndolo todo para principiarlo, supo que Morillo habia sorprendido en la mañana del 14 el destacamento de la Cabrera y tambien la caballería de Zaraza y Monágas, en ocasion de hallarse esta forrajeando en varias haciendas, tan descuidada como si hubiera tenido el enemigo á mil leguas de distancia. Mui pocos infantes escaparon, y los ginetes, perseguidos vivamente por Moráles, se dispersaron, siendo lo peor que tropa, oficiales y generales siguieron el camino de la villa de Cura, sin curarse de la infantería que se habia internado la via de Carácas, al mando de Bolívar. Por fortuna el coronel Mateo Salcedo, tan fiel como valeroso, se dirigió á la Victoria, dió allí parte de lo sucedido á Urdaneta y este advirtió del peligro al Libertador. Fácilmente se hará cargo cualquiera de lo embarazosa que con esto llegó á ser la posicion de los patriotas, avanzados ya sobre el cerro de las Cocuizas, con La Torre á su frente y el ejército de Morillo, libre de todo obstáculo, á su espalda: no solo era imposible ejecutar la operacion proyectada, sino que si dilataban minutos en retirarse, iban á verse encerrados entre los dos cuerpos enemigos. Empezaron, pues, el repliegue, y llegados sin tropiezo á la Victoria, siguieron á la villa de Cura, teniendo la fortuna de que en la encrucijada de Cagua se les reuniese el general Monágas con su caballería: esta y dos escuadrones de Apure que estaban con la infantería en el Consejo, mandados por el coronel Genaro Vázquez y el comandante Sulbaran, eran los únicos ginetes que quedaban en los valles; todos los demas se habian adelantado hasta San Juan de los Morros.

Seguros ya en villa de Cura los patriotas de que Morillo no podia cortarles la retirada, se entró á juzgar si seria mejor esperarle allí y empeñar una batalla, ó si deberian continuar la retirada hasta mas allá de Ortiz, en donde ya tendrian reunida la caballería de Zaraza que el dia ántes (14 de marzo) saliera de los valles. Razones habia para dudar cuál fuese el mejor partido, y en esta indecision se pasó el dia; hasta que por la tarde supieron que Morillo se aproximaba. Entónces salieron de poblado y al anochecer hicieron alto y se situaron del modo siguiente: á dos leguas de la villa de Cura se acampó la caballería y desde allí hasta cerca de la quebrada de Se-

mon se colocó la infantería en diferentes casas que habia en el camino. En villa de Cura quedó el coronel Genaro Vázquez con su escuadron, cubriendo la retaguardia y no debia retirarse sino á la vista del enemigo. De hecho, atacado á las ocho de la noche por la vanguardia de Morillo al mando de Morales, logró entretenerla en las dos leguas que distaba el campo de los patriotas, dando tiempo á que estos emprendieran su repliegue. Bolívar en efecto hizo desfilar toda la caballería á tomar la vanguardia, dejó á retaguardia un cuerpo de infantería á las órdenes del general Pedro Leon Torres con encargo de relevar á Vazquez y al ser de dia (16 de marzo) empezó su retirada lentamente y en órden.

Mas fuese porque juzgó difícil segun una observacion de Urdaneta aquel repliegue, ó porque su ardor guerrero le incitase á combatir, el Libertador mandó hacer alto á sus tropas del otro lado de la quebrada de Semen, las situó en una planicie de buen tamaño y se estuvo á esperar la llegada del enemigo. En aquella posicion, colocada en primera línea la infantería y en segunda la caballería, contaba Bolívar con 1000 hombres de cada arma. En los valles habia perdido sobre 500 entre muertos, heridos, prisioneros y dispersos; pero Zarana fué mandado llamar á san Juan de los Morros y muchos de sus cuerpos tuvieron tiempo de llegar al campo y tomar parte en el combate. Este, aunque ventajoso al principio para los patriotas por la destruccion de la vanguardia enemiga, se decidió al fin en favor de Morillo, el cual llegó oportunamente á la pelea, con dos batallones y un escuadron de artillería, y cargando animosamente á los republicanos, los hizo replegar, cuando perseguian á la desbandada los restos de Morales. Morillo fué herido de peligro en esta ocasion y sus tropas tuvieron una pérdida de 800 hombres, la mayor parte venezolanos. La de los patriotas en ambos choques fué de 200, si bien dejaron al enemigo varios despojos de importancia, tales como la correspondencia de Bolívar y los papeles del estado mayor del ejército. Urdaneta, Valdes, Torres y considerable número de oficiales fueron heridos en esta accion reñidísima, que la situacion de Morillo hizo por el pronto poco decisiva en favor de su partido. Porque ocupados los suyos en socorrerle y mui desmedrados con la pérdida de aquel dia, dieron tiempo á que se salvasen casi todos los heridos y mucha parte de la infantería: la caballería habia huido en desórden y llena de terror cuando Bolívar se proponia renovar la pelea. Privado de su

cooperacion, se retiró á Parapara, reunió allí algunos dispersos, otro tanto hizo en Ortiz, y en llegando al Rastro, envió un escuadron con el comandante Blanca á proteger los restos del ejército; pero este jefe, setenta de sus soldados y algunos rezagados que se le habian unido fueron muertos por el coronel Don Rafael López, el cual habia quedado con una columna de ginetes por los Tiznados cuando el ejército republicano penetró á los valles de Aragua.

Bolívar reunió en el Rastro casi todas las fuerzas que se retiraron de Semen, y no queriendo ceder á los enemigos la posesion de las llanuras de la provincia de Carácas, empezó con su acostumbrada actividad á pedir ausilio á sus tenientes. Por fortuna Páez era para aquella fecha dueño de la plaza de San Fernando. obligados del hambre, la evacuaron los realistas la noche del 6 de marzo. Su valerosa guarnicion mandada por el heróico capitan venezolano Don José María Quero, fué alcanzada en su retirada y hubo de rendir las armas despues de una resistencia brillante: su jefe malherido murió á poco á pesar de los esfuerzos generosos que se hicieron por salvarle. Libre de esta atencion, voló Paez en socorro de Bolívar con los cuerpos de caballería de que pudo disponer, y desde aquel momento el ejército Libertador se halló en capazidad de disputar nuevamente el terreno á sus contrarios.

La Torre que de resultas de la herida de Morillo habia subrogado á este en el mando, no persiguió inmediatamente á los patriotas, dando tiempo con esto á que se rehiciesen, de modo que cuando el 20 de marzo se movió hácia Calabozo con 1500 infantes y un escuadron, Bolívar podia oponerle 2000 ginetes, mandados por Páez, Monágas y Cedeño, y 800 soldados de infantería. Una persona que era adicta al jefe español le dió desde Calabozo un informe circunstanciado de estas fuerzas, y él, conociendo el peligro que habia en recorrer las llanuras con pocos ginetes, retrocedió á Ortiz despues de haberse avanzado hasta cerca del Rastro. Los patriotas le siguieron, y el 26 á las once y media de la mañana se hallaban frente á frente delante de aquel pueblo unos y otros contendientes. De aquí se siguió un combate indeciso en que murió Genaro Vázquez y por consecuencia del cual la Torre se retiró hácia villa de Cura y Valencia, no pudiendo por falta de caballos sostenerse en el distrito de Calabozo.

Perdido el objeto principal de la jornada, cual era el de una invasion á las comarcas de la cordillera, parece que Bolívar ya no

pensó sino en conservar la posesion de las llanuras, y para ello dispuso que Páez marchase hácia el Pao con el designio de destruir una columna que á las órdenes del brigadier Real se habia situada en aquella villa : Monágas fué enviado á la provincia de Barcelona con un pequeño número de infantes y caballos : y en fin, él en persona quedó en las llanuras de Calabozo ocupado en hacer frente al terrible cuerpo franco del coronel López. No pensaba empero insistir mucho en esta operacion, pues su intencion era reunirse á Páez en San Cárlos ó sus inmediaciones y dar á la fortuna un tiento en comarca de Valencia. Con este objeto estableció el 15 de abril su cuartel general en el sitio nombrado Rincon de los Toros á media legua de San José de los Tiznados, é hizo adelantar el 15 á Cedeño con su division la via del Pao en demanda de Páez : sus fuerzas quedaron entónces reducidas á 700 hombres de caballería que mandaba Zaraza y á 500 soldados de infantería lijera.

Mas sucedió que un dia despues de la marcha de Cedeño fué López instruido de esta circunstancia por un sargento desertor del campo republicano, el cual le reveló al mismo tiempo el santo y seña de la division, las fuerzas de esta y el sitio en que dormia el Libertador. López que, sin ser sentido, estaba como se ve mui cerca, determinó sorprenderle en la noche de aquel dia y confió la arriesgada operacion al capitan Don Mariano Renovales, haciéndole acompañar por ocho hombres valerosos. Renovales penetró en el campamento á favor de la oscuridad, se encontró con el coronel Francisco de Paula Santander que era subjefe de Estado mayor y rondaba el campo, le dió la consigna, contestó á sus preguntas satisfactoriamente, y libre con esto de pasar adelante, continuó hácia el lugar donde Bolívar y otros tenian colgadas sus hamacas. Estaban tan bien tomadas sus medidas, y fué tal la serenidad y precision con que las ejecutó, que habiendo llegado sin ningun tropiezo al sitio designado, disparó sus armas á quemaropa sobre los que dormian, y se retiró veloz y felizmente, satisfecho con la idea de haber dado muerte á Bolívar.

Pero este se hallaba por suerte despierto cuando Santander examinaba á Renovales y, ó porque le moviese un secreto presentimiento, ó porque creyese reconocer en la voz de este hombre el acento peninsular, dejó casi desnudo la hamaca y se retiró á alguna distancia : pocos minutos despues oyó la descarga, y suponiendo con razon envueltas sus tropas, huyó de aquel sitio sin atreverse á volver.

El campamento presentó luego una escena de espantosa confusion, donde todos exagerándose el peligro por su misma incertidumbre, corrian desalados y sin saber á qué punto, cuáles como volerosos para hacer frente al mal, cuáles cómo cobardes para evitarlo huyendo. Al sobresalto causado por la descarga sucedió en breve el terror, cuando propagada de boca en boca se estendió por todo el campamento, primero la voz de que Bolívar habia muerto, despues la de haberlo sido arrebatado y conducido prisionero á los reales enemigos. De resultas de la descarga perdieron la vida el capellan Frai Estéban Prado y los coroneles Mateo Salcedo y Fernando Galindo; noble mancebo este que siendo enemigo de Piar se encargó de su defensa y la hizo con calor y generosidad sublimes; valentísimo soldado el otro, mui estimado del ejército y del Libertador. Y esta desgracia, contristando los ánimos, añadió nuevos motivos de amargura y desconsuelo, en términos que confusos y perplejos los jefes y los oficiales, llegó el dia sin que ninguno en aquel caso tomara medidas convenientes para evitar el mal que se temia. Así que de nada sirvieron los esfuerzos de Zaraza y otros caudillos valerosos para contrarestar á López al amanecer del 17. La tropa desanimada no hizo casi resistencia, y á pesar de la muerte del jefe español al principio de la accion, los realistas adquirieron sobre ella un triunfo fácil y completo. La mayor parte de los infantes pereció y con ella su bizarro comandante Silvestre Palácios, venezolano conocido por su bravura en la guerra de España contra Francia, y el sargento mayor Mariano Plaza ayudante de campo de Bolívar. El comandante Don Antonio Pla, sucesor de López, cogió ademas 150 prisioneros, entre los cuales se hallaban el teniente coronel Manfredo Berzolari, italiano; los de igual graduacion José Francisco Portero y Juan de Dios Moráles, y el capitan Florencio Tovar: todos ellos fueron fusilados, por órden de Morillo ya convaleciente, en diversas ciudades. Sobre lo cual observaremos que cuando el Pacificador recibió su herida en el campo de Semen « fueron, dice él mismo, sus últimas órdenes, en medio de la cruel agonía de la muerte, salvar á los prisioneros y respetar sus vidas. »

Los dispersos del Rincon de los Toros encontraron á Bolívar y siguieron con él hácia Calabozo. El fiel Cedeño, despues de haber despachado parte de su division á reunirse con Páez, acudió con el resto en ausilio del Libertador, y no hallando en el campo sino

muertos y despojos, siguió á Calabozo donde esperaba encontrarle. Allí le dejó por comandante general de operaciones el jefe supremo, cuando pocos dias despues se dirigió á San Fernando.

Mas afortunado Páez, habia ocupado á San Cárlos, haciendo replegar á Real hasta Valencia; pero Morillo que deseaba alejarle de aquellas llanuras, para tener franca su comunicacion con Barínas, reunió 200 ginetes y 1900 infantes, los cuales puso á las órdenes de La Torre para que saliera á encontrarle. Páez tenia 1200 hombres de caballería y 550 de infantería, por lo que su interes principal consistia en atraer los enemigos á una llanura despejada, donde pudieran obrar con desahogo sus ginetes. Lo cual logró completamente, llevando á la Torre desde Camburuco hasta las planicies de Cojédes, que habia previsto de antemano para el caso; mas la accion que allí tuvo lugar (2 de mayo) y en que ambos partidos se atribuyen el triunfo, fué por sus resultas mas favorable á los realistas que á los republicanos.

Estos alanzearon completamente la caballería y parte de la infantería de sus contrarios; pero el jefe español con el grueso de la segunda formado en masas impenetrables destruyó los infantes de Páez, á pesar del admirable denuedo con que ellos y Anzuátegui su jefe pelearon aquel dia. Páez sin dejar despojos al enemigo, ni ser perseguido se retiró al Apure. La Torre, herido otra vez, destinó á Calzada con la 5ª division á Barínas: el resto de los cuerpos espedicionarios tomó cuarteles de invierno.

Pocos dias hacia que Páez estaba de regreso en San Fernando cuando Bolívar situado allí despues de la desgraciada accion del Rincon de los Toros, recibió la nueva de haberse perdido Calabozo, y vió llegar á Cedeño fugitivo y mal trecho. Este general habia evacuado la plaza al acercarse á ella Moráles al frente de la columna que ántes mandaba el coronel Rafael López; pero no contento el jefe español con ocuparla el 15 de mayo, siguió en demanda de su contrario y lo batió el 20 cerca de la laguna que dicen de los Patos, con fuerzas inferiores en número y calidad. Este descalabro inconcebible de cuyas resultas fueron degollados casi en su totalidad 250 infantes que mandaba el valeroso Pedro Leon Tórres, se debió al mal comportamiento de su caballería y á la tibieza é insubordinacion de sus jefes principales. Grandes altercados tuvieron ellos con tal motivo en San Fernando, donde Bolivar como era justo y natural mando juzgarlos; pero todo quedó en amenazas, porque no

habia llegado el tiempo en que la disciplina y el órden penetraran en las llanuras y enfrenaran la insoportable avilantez de sus guerrilleros principales. Si el mal que produjo esta nueva derrota no fué de gravedad, debióse á Páez que con solo su guardia de honor sorprendió á Morales el 28 del mismo mes en el Guayabal, le mató obra de 200 hombres, le cogió muchos prisioneros, armas y caballos, y finalmente le obligó á retirarse hácia el Sombrero.

Esta es la desastrosa campaña de 1818, cuya consecuencia fué la pérdida inutil de varios jefes y oficiales distinguidos, de mas de mil infantes, de quinientos caballos, de armas y municiones en gran copia. Verdad es que San Fernando habia sido tomado y que los realistas sufrieron mucho mas que los patriotas en el personal de su ejército; pero los beligerantes quedaron en sus respectivas posiciones, orgullosos con razon los unos de haber rechazado la invasion; los otros con razon tambien, avergonzados de tener que retirarse á sus antiguos puestos. El efecto moral de una empresa de este género frustada, debia ser grande y pernicioso; y tanto mas de temer en las circunstancias de Bolívar y su patria, cuanto que á una y otro con menor peligro amenazaban Morillo y sus huestes, que la ambicion y desenfreno de algunos de sus propios generales. La infantería, basa esencial de todo ejército regular, y arma en que los españoles libraban la conservacion de su línea, estaba destruida: para emprender una nueva espedicion era preciso reclutar en las provincias de Oriente, y de estas Margarita no daba sino marinos, Guayana habia ya entregado fuertes contingentes, y Cumaná y Barcelona, ocupadas en gran parte por el enemigo, bastaban apénas para llenar las filas de los pocos cuerpos republicanos que en ellas militaban. Mas esta situacion, penosa de suyo y agravada por la falta de dinero, no era superior á las fuerzas de Bolívar: ántes parece que con las desgracias adquiria mayor penetracion su ingenio, mejor temple su espíritu, mas actividad su cuerpo. Lo que para otros eran dificultades insuperables, él lo veia como inconvenientes pasajeros: mas altivo á medida que le abandonaba la fortuna, diríase que aspiraba á arrancarle por fuerza sus favores. Y esto es lo que principalmente distingue de las almas elevadas las comunes: para unas y otras es un goze la felizidad; mas solo para aquellas es la desdicha ocasion de triunfos y grandeza.

Perdida, pues, la campaña, volvió á Angostura poco despues de haber sido Cedeño derrotado en la laguna de los Patos: á esta ge-

neral, al jefe de estado mayor Soublette, al subjefe Santander y á otros varios militares distinguidos llevó consigo: Zaraza regresó á su antiguo teatro de operaciones, y Páez con su escelente caballería quedó encargado de la defensa del Apure.

Mas ántes de ver los medios de que se valió para reparar sus pérdidas y volver con nuevo ardor sobre los enemigos, digamos cómo se hallaban las provincias de donde pensaba sacar todos sus recursos.

La invicta Margarita gozaba tranquilamente de la libertad que sus armas habian sabido conquistar tan noblemente; sus naturales, prácticos en la navegacion é intrépidos marinos, tripulaban gran parte de la escuadra; las fuerzas sutiles que mandaba el bizarro Antonio Diaz, y varios corsarios infestaban las posesiones españolas en el mar de las Antillas.

La capital de Barcelona se mantenia en poder de los realistas, pero sus llanuras eran recorridas en todas direcciones por los cuerpos francos dependientes de Monágas; las costas tenian que sufrir constantemente de los corsarios y no faltaban guerrillas que interrumpiesen su comunicacion con Cumaná.

Esta se hallaba perdida enteramente. El teniente coronel Don Eugenio Arana habia ocupado el 8 de enero á Cumanacoa, punto que el coronel Domingo Móntes evacuó por no serle posible defenderlo: lo recuperó despues, es verdad, por haber vuelto Arana á Cumaná; pero ningun provecho sacó de ello para el servicio del pais. Por el contrario, nuestro coronel, valiente como el Cid, pero caprichoso é ignorante, en lugar de afirmar y estender sus adquisiciones á costa de los enemigos, suscitó nuevos embarazos al gobierno negando á Bermúdez la obediencia y declarando que solo reconocia por jefe de la provincia al general Mariño.

Pasóse el tiempo en inútiles porfías que sirvieron grandemente á los realistas, hasta que Bermúdez por carecer de fuerzas con que hacer entrar en su deber á aquel sedicioso, volvió á Guayana en demanda de ausilios. Mariño, llamado por sus adictos, regresó de Margarita y se apoderó de Cariaco, donde en breve tiempo reunió obra de 400 hombres. Que de nada por cierto le sirvieron, pues el español Jiménez salió de Güiria y marchando rápidamente sobre él, le atacó en Cariaco mismo y sus cercanías el 12 de marzo. Trabóse un sangriento combate de cuyas resultas se vió Mariño en la necesidad de retirarse á Cumanacoa, dejando en el campo muchos

muertos y despojos. Su fortuna fué que el intrépido y activo Jiménez quedó malherido y murió de allí á poco en Cumaná, pues á no ser así, le habria obligado á reembarcarse á toda prisa.

El 8 de abril repasó Bermúdez el Orinoco de vuelta de Guayana, llevando algunas fuerzas para obrar en comarca de Cumaná, é inmediatamente ofició á Mariño invitándole á que reconociese su autoridad y se le reuniese con las fuerzas que mandaba. Negóse á ello Mariño, y con este motivo hubo entre los dos jefes tan desagradables altercados, que estuvieron á punto de venir á las manos con sus fuerzas respectivas. Afortunadamente Urdaneta se hallaba en la provincia con instrucciones de Bolívar y facultad para arreglar aquellas cosas; con lo cual interviniendo á tiempo calmó á los dos jefes rivales, y obtuvo de Mariño que cooperase con Bermúdez á las operaciones ulteriores. Pero para ello se presentaba la gran dificultad de tener este el carácter de comandante general de la provincia, y el otro una graduacion superior en la milicia; circunstancia que debia impedir la reunion de sus fuerzas y su franco y simultáneo concurso al mismo plan. Así, á tiempo que Bermúdez se movia contra Cumaná por la via de Cumanacoa, Mariño por su lado se acercaba á Cariaco y lo tomaba. Si uno y otro hubieran tenido fuerzas suficientes, este movimiento habria sido mui útil por cuanto llamaba fuertemente la atencion del enemigo hácia un punto importante; pero sucedió que los españoles superiores en número triunfaron completamente de Bermúdez el 30 de mayo en el Puerto de la Madera, y que Mariño á pesar de la ocupacion de Cariaco y de una ventaja adquirida el 24 sobre una columna de Güiria y Carúpano, hubo de evacuar sus puestos y retirarse á Maturin. Lo mismo, ántes que él, hizo Bermúdez, si bien se trasladó á Angostura luego al punto.

Ya se hallaba allí Bolívar cuando aquel jefe llegó, y es fácil concebir hasta qué punto le molestaron é indispusieron tan fatales nuevas. Disimulando, empero, la indignacion que le causaban las rencillas y divisiones de sus jefes, hijas todas de una ambicion mezquina, dejó que Mariño allegase gente en Maturin y él se aplicó ántes de todo á poner órden en varios ramos importantes de la administracion. En 2 de julio espidió un decreto fijando reglas para impedir el escandaloso contrabando que arruinaba al estado: en 5 del mismo sujetó la policía general y la municipal á los gobernadores comandantes generales de las provincias y sus subalternos.

Esta medida formidable que ponia en manos de los agentes inmediatos del gobierno la seguridad de los ciudadanos, era necesaria en un tiempo de revueltas fecundo en traiciones y crímenes de todo género; siendo así que el gobierno meramente militar hasta allí, tenia que defenderse contra muchas clases de enemigos. El decreto contenia ademas la cláusula de constituir á los gobernadores presidentes de los ayuntamientos; por lo cual quedaron aquellos funcionarios mui asimilados á los antiguos capitanes generales. Finalmente, deseoso de promover la emigracion de estranjeros y de ganarse la buena voluntad de los ya domiciliados, decretó el dia 7 que ninguno de ellos pudiera ser alistado en el ejército sin su consentimiento, ni obligado á exhibir contribuciones, donativos ó empréstitos estraordinarios.

En medio de estas ocupaciones administrativas tuvo el 12 del mismo julio una gran satisfaccion con la llegada del almirante y de su escuadra. Brion habia salido del Orinoco el 5 de abril llevando encargo de Zea, presidente del consejo, para recorrer las islas estranjeras, y poner á su bordo los elementos de guerra y los reclutas que se habian pedido á Inglaterra. Porque ha de saberse que Bolívar y su consejo habian aceptado las propuestas de varios estranjeros sobre llevar tropas de Europa bajo estipulaciones mas ó ménos graves; pero que el estado de los negocios hacia parecer en sumo grado fáciles de ejecutar y necesarias. Los nombrados English y Elson, ingleses de nacion, fueron los que mas gente europea ofrecieron llevar á Costa-Firme. El primero prometió mil hombres para fines de este año de 1818, con tal que Venezuela reconociese y pagase los gastos de la espedicion, que Bolívar le hiciese á él general de brigada, que se admitiese á los oficiales en los mismos grados que tuviesen en el ejército ingles, y que á ellos y á la tropa se les declarase con derecho á las recompensas nacionales ofrecidas ya ó que en adelante se ofreciesen á los hijos del pais. Poco mas ó ménos estas mismas fueron las estipulaciones hechas con Elson y otros; si bien Luis López Méndez, agente de la república en Londres, y mas que él los mismos enganchadores se tomaron la libertad de ofrecer sin competente autorizacion otras muchas ventajas, que despues fueron orígen de disgusto. Decíamos, pues, que Brion salió del Orinoco en demanda de estas tropas. No las encontró, pero tuvo noticias de que mui pronto llegarian; y como ademas llevase compradas por cuenta del gobierno 3,000 fusiles, pertrechos, un

tren de artillería y otros artículos, fué su arribo con justa razon para Bolívar un gran motivo de consuelo. Y tanto mas, que Brion conducia á su bordo desde Margarita una gente confidencial del gobierno de los Estados-Unidos, el cual iba autorizado para asegurar al Libertador de las favorables disposiciones de su comitente. Bueno será decir de paso que los anglo-americanos jamas hicieron en favor de la independencia de las colonias españolas una sola demostratracion oficial que indicase la voluntad de ausiliarla; pero Bolívar, á quien no se ocultaba la política puramente comercial del gabinete de Washington, hizo grande alarde de la llegada de su agente privado, por motivos igualmente justos que fáciles de esplicar.

Volviendo luego toda su atencion á los negocios de guerra, que jamas perdia de vista, nombró á Marillo por comandante general de operaciones de la provincia de Cumaná, en ocasion de haber sabido que aquel general habia organizado una fuerte columna en Maturin. Echando en olvido lo pasado, escribióle asegurándole de su buena voluntad é invitándole en nombre de la patria á consagrar todos sus cuidados al santo fin de la independencia del pais; mas como no ignorase lo fácil que era Marillo á las sugestiones de los que le rodeaban, le envió por jefe de estado mayor al coronel Francisco Conde, del consejo de estado, hombre honradísimo, fiel á toda prueba y modesto. Entre tanto se organizaban en Upata dos batallones con los nombres de Rifles y Granaderos, otro cuerpo se creaba en Angostura, y en los pueblos de la provincia de Barcelona inmediatos al Orinoco se allegaba gente á toda prisa: Monágas, Zaraza y Cedeño aumentaban sus escuadrones: construíanse vestuarios, acopiábanse municiones de boca y guerra: Guayana en fin se habia convertido en un grande arsenal de donde Bolívar se prometia salir completamente armado para combatir de firme á sus contrarios.

Mas cuando, consolado en parte con la llegada de Brion y la buena disposicion que hallaba en todos, se lisonjeaba de marchar en breve contra Morillo, supo que las tropas de Apure habian desconocido su autoridad y la del consejo de gobierno, nombrando á Páez general en jefe del ejército y director supremo del pais. El inventor y fautor principal de este motin fué un coronel inglés de nombre Wilson que habia llegado á Angostura en febrero de este año y pasado luego á Apure con un cuerpo de caballería de su nacion á que decian húsares rojos. Este hombre revolvedor á quien

el pais no debia servicio alguno de importancia y que apénas era conocido en el ejército, quiso hacer á uno y otro la funesta dádiva de la guerra civil; siendo lo mas singular que halló para su proyecto favor y séquito en muchos jefes y oficiales adheridos de corazon á la persona y autoridad del general Bolívar. Mas estos procedieron así por miedo: la caballería, fuerza principal de aquella division, por afecto á Páez, ninguno por miras desinteresadas de bien público. Creyeron acaso que en las circunstancias en que Bolívar se hallaba abandonaria la direccion de los negocios y aun el pais, ó se someteria á servir bajo las órdenes de uno de sus ménos antiguos subalternos: los ingratos querian pagarle sus servicios con el destierro ó la ignominia; mas se equivocaron por fortuna grandemente. El Libertador reprobó como debia y altamente el motin, dió órdenes enérgicas para reprimirlo, echó en cara á muchos de sus débiles amigos la vileza de su conducta, y como Wilson hubiese tenido el atrevimiento de bajar á Guayana con el fin de ganar partido para su causa, mandóle prender, juzgar y despedir del servicio y del pais. Las cosas de Apure quedaron en aquel estado de incertidumbre en que ni se obedece francamente ni se desobedece á las claras, porque Bolívar detenido á gran distancia por negocios graves, no estaba en estado de poder castigar á los rebeldes. Pero se habia hecho lo bastante para salvar la dignidad del gobierno y el resto lo dejó el Libertador para mas oportuna coyuntura. Por lo demas, en aquella ocasion de triste memoria solo un hombre procedió con rectitud y entereza, pidiendo al jefe del Apure permiso de regresar á Angostura, por no acomodarse con sus principios semejante insurreccion. Este fué un jóven irlandes llamado Daniel Florencio O'Leary, alférez de los húsares rojos, oficial de valor y seso á quien Bolívar distinguió grande y justamente desde entónces.

Por este tiempo fué cuando llegó á Guayana un comisionado de Casanare para informar á Bolívar del estado de los negocios en aquella provincia y pedirle un jefe que encargándose del mando general regularizase las operaciones. Felizmente esta solicitud estaba de acuerdo con los planes que Bolívar habia concebido sobre la Nueva Granada, y los avisos del agente confirmaban otros que Blanco le habia comunicado. Porque ha de saberse que desprendido voluntariamente este benémerito sugeto de la ingrata direccion de las misiones, se fué á Casanare, y examinando con cuidado el estado del pais, dió al Libertador útiles datos acerca de la opi-

nion que en él reinaba y los recursos que tenia. Por donde ascendido Santander al grado de general de Brigada, fué despachado con armas y municiones á Casanare como jefe de operaciones, ó mas bien como jefe de un cuerpo avanzado que debia formarse allí para invadir mas adelante la Nueva Granada. Acompañábanle Jacinto Lara, los tenientes coroneles granadinos Joaquin Paris, Vicente González, Antonio Obando, Francisco Vélez y otros varios oficiales escelentes. El 26 de agosto salió de Angostura, y aunque los disidentes de Apure quisieron detenerle en Cariben, sucedió que llegaron tarde al lugar de la celada y él arribó felizmente á su destino.

Poco ántes de esto habia dispuesto Bolívar que Bermúdez saliese del Oricono con las fuerzas sutiles de Antonio Diaz: este movimiento debia ser ausiliado por buques mayores al mando de Brion y tenia por objeto ocupar á Güiria, proteger el comercio de Angostura, privar á los realistas de Cumaná de los recursos que sacaban de las costas de barlovento y favorecer las operaciones de Mariño. Bermúdez en efecto entró á Güiria el 25 de agosto, haciendo grande estrago en los enemigos y tomándoles su escuadrilla, varias embarcaciones mercantes, fusiles y pertrechos; pero habiendo querido asaltar á Rio-Caribe en 15 de octubre, fué rechazado con pérdida y obligado á refugiarse en Margarita.

Otra desgracia, ocurrida tambien en la provincia de Cumaná, hizo perder á Bolívar la esperanza de reducirla en aquel año, malgastando los muchos elementos que con gran trabajo habia reunido para ello. Mariño con una brillante division de mas de mil quinientos hombres de todas armas y dos piezas de artillería se puso en marcha contra Cumaná desde Maturin, pero en lugar de seguir, conforme á las instrucciones del jefe supremo, por el camino de Cumanacoa, tomó el de San Francisco y de Caripe, con el intento de atacar primero á Cariaco. A esta falta unió la de acercarse al pueblo con una pequeña parte de la fuerza, miéntras el resto estaba en camino, resultando de ello que los enemigos le hicieron sufrir una derrota completa. Obra de 300 muertos dejó en el campo de batalla y en la retirada, fuera de muchos prisioneros y dispersos, huyendo con mui pocos hácia santa María, donde el enemigo no quiso atacarle. El Libertador, que para fines de octubre habia pasado el Oricono para reunírsele y activar las operaciones del sitio de Cumaná, recibió esta triste nueva en el camino

y se volvió á Angostura lleno de aflicciones. Habia en efecto motivos de perder la esperanza y hasta el juicio, al ver tantos errores y desaciertos, hijos unos de presuncion y deseo de mando, otros de impericia é indolencia incorregibles. Sin embargo, las circunstancias le obligaban á condescendencias perjudiciales; por la cual nombró nuevamente á Bermúdez comandante general de la provincia de Cumaná y á Mariño de la de Barcelona.

En medio de sus trabajos y desgracias militares, no echó Bolívar en olvido la organizacion del gobierno nacional; ántes quiso que en este mismo año tan aciago se pusiesen los fundamentos de la restauracion de la república. Para ello el mejor medio era la convocacion de un congreso, y esto propuso al consejo de estado en 10 de octubre. « Y aunque el momento no ha llegado, le dijo, en « que nuestra afligida patria goze de la tranquilidad que se requiere « para deliberar con inteligencia y acierto, podemos sin embargo « anticipar todos los pasos que aceleren la marcha de la restaura- « cion de nuestras instituciones republicanas. Por ardua que pa- « rezca esta empresa, no deben detenernos los obstáculos; otros « infinitamente mayores hemos superado; y nada parece imposi- « ble para hombres que lo han sacrificado todo por conseguir la « libertad. En tanto que nuestros guerreros combaten, que nues- « tros ciudadanos pacíficos ejerzan las augustas funciones de la « soberanía. » Otra vez habia hecho el Libertador esta convocatoria, ántes de la toma de Guayana, pero las atenciones de la guerra impidieron que se realizara. Ahora las cosas no eran por cierto lisongeras: una serie de reveses á cual mas sensibles habian destruido el ejército y puesto en manos de los enemigos la interesante provincia de Cumaná: la disidencia interior amenazaba guerra civil: nuevas ambiciones hostiles á su autoridad se habian desarrollado á su abrigo: amigos pérfidos llevaban á su corazon mas de un triste desengaño. Pues esto mismo y sus proyectos futuros hacian urgente la medida, porque contra sus enemigos de toda clase un gobierno nacional, creado por él mismo, era á un tiempo escudo y justificacion.

Un temor habia de que estos generosos esfuerzos por la independencia y la libertad se malograsen; y era el de que las potencias de Europa, cediendo á insinuaciones del gobierno español, interviniesen en la lucha que ya este se reconocia incapaz de sostener por sí solo con el nuevo continente. Podia contarse con que la

Inglaterra, mas fiel siempre á sus intereses que á sus alianzas, cuando no se opusiese á este plan, embarazaria su ejecucion por todos medios, caso que llegase á adoptarse para restablecer sin modificaciones el régimen antiguo de comercio. Pero las ventajas que sobre este punto podia adquirir la Gran Bretaña no daban seguridad de ninguna alteracion benéfica en el sistema de gobierno; ántes era probable que por obtenerlas convinieso en la restauracion absoluta é incondicional del poder arbitrario. Y luego, la necesidad de hacer triunfar por do quiera la legitimidad ú omnipotencia de los reyes ¿no pondria á los gobiernos de la esclavizada Europa las armas en la mano para destruir en su cuna las republicas del Nuevo-Mundo? Era probable, pues, la intervencion, y no pudiendo Bolívar oponer á ella otra cosa que valor y energía, espidió su famoso decreto de 20 de noviembre, que insertamos entero como un monumento de heróica resolucion.

« Simon Bolívar, jefe supremo de la república de Venezuela. Considerando que cuando el gobierno español solicita la mediacion de las altas potencias para restablecer su autoridad, á título de reconciliacion, sobre los pueblos libres é independientes de América, conviene declarar á la faz del mundo los sentimientos y decision de Venezuela.

« — Que aunque estos sentimientos y esta decision se han manifestado en la república desde el 5 de julio de 1811, y mas particularmente desde los primeros anuncios de la solicitud del gabinete de Madrid, es del deber del gobierno en quien reside la representacion nacional reiterarlos y declararlos legal y solemnemente.

« — Que esta declaratoria franca y sincera, no solo es debida á las altas potencias en testimonio de consideracion y respeto, sino indispensable para calmar los ánimos de los ciudadanos de Venezuela.

« — Reunidos en junta nacional el consejo de estado, la alta corte de justicia, el gobernador vicario general de este obispado, sede vacante, el estado mayor general y todas las autoridades civiles y militares, despues de haber examinado detenidamente la conducta del gobierno español: hemos tenido presente:

« — 1° Que la idea de una reconciliacion cordial jamas ha entrado en las miras del gobierno español.

« — 2° Que habiéndosele propuesto la Gran Bretaña por dos

vezes desde los primeros dias de las desavenencias, la ha desechado con desprecio de todos.

« — 3° Que al mismo tiempo que se trataba de reconciliacion, ella bloqueaba nuestros puertos, mandaba ejércitos contra nosotros y tramaba conspiraciones para destruirnos.

« — 4° Que habiéndose sometido Venezuela bajo una capitulacion solemne, apénas esta depuso sus armas, cuando ella la violó en todas sus partes, sacrificando millares de ciudadanos, cuyos derechos habia jurado respetar.

« — 5° Que haciéndonos una guerra de esterminio, sin respetar el sexo, la edad ni la condicion, ha roto los vínculos sociales y ha escitado un odio justo é implacable.

« — 6° Que este odio se ha exaltado por las atrozidades que ha cometido y por la mala fe con que nos mira bajo todos aspectos.

« — 7° Que toda la América, y mui particularmente Venezuela, está intimamente convencida de la imposibilidad absoluta en que se halla la España de restablecer de ningun modo su autoridad en este continente.

« — 8° Que toda la América está ya satisfecha de sus fuerzas y de sus recursos : conoce sus ventajas naturales y medios de defensa; y está segura de que no hai sobre la tierra poder bastante para ligarla otra vez á la España.

« — 9° Que cuando lo hubiese, está resuelta á perecer primero que someterse de nuevo á un gobierno de sangre, de fuego y de esterminio.

« — 10° que hallándonos en posecion de la libertad é independencia que la naturaleza nos habia concedido y que las leyes mismas de España y los ejemplos de su historia nos autorizaban á recobrar por las armas, como efectivamente lo hemos ejecutado; seria un acto de demencia y estolidez someternos bajo cualesquiera condiciones que sean al gobierno esañol.

« — Por todas estas consideraciones, el gobierno de Venezuela, intérprete de la intencion y de la voluntad nacional, ha tenido á bien pronunciar á la faz del mundo la siguiente declaracion :

« — 1° Que la república de Venezuela por derecho divino y humano está emancipada de la nacion española y constituida en un estado independiente, libre y soberano.

« — 2° Que la España no tiene justicia para reclamar su omi-

nacion, ni la Europa derecho para intentar someterla al gobierno español.

« — 3° Que no ha solicitado ni solicitará jamas su incorporacion á la nacion española.

« — 4° Que no ha solicitado la mediacion de las potencias para reconciliarse con la España.

« — 5° Que no tratará jamas con la España sino de igual á igual, en paz y en guerra, como lo hacen recíprocamente todas las naciones.

« — 6° Que únicamente desea la mediacion de las potencias estranjeras para que interpongan sus buenos oficios en favor de la humanidad, invitando á la España á ajustar y concluir un tratado de paz y amistad con la nacion venezolana, reconociéndola y tratándola como una nacion libre, independiente y soberana.

« — 7° Últimamente declara la república de Venezuela que desde el 19 de abril de 1810 está combatiendo por sus derechos: que ha derramado la mayor parte de la sangre de sus hijos: que ha sacrificado todos sus bienes, todos sus gozes y cuanto es caro y sagrado entre los hombres por recobrar sus derechos soberanos, y que por mantenerlos ilesos, como la divina Providencia se los ha concedido está resuelto el pueblo de Venezuela á sepultarse todo entero en medio de sus ruinas, si la España, la Europa y el mundo se empeñan en encorvarla bajo el yugo español.

« — Dado en Angostura, á 20 de noviembre de 1818, año octavo de la independencia.

« SIMON BOLÍVAR. »

Las autoridades españolas abrumaban entre tanto con onerosas exacciones los pueblos que tenian sujétos, y en la gazeta de Carácas publicaban semanalmente las mas violentas injurias contra los jefes patriotas. Bolívar, por el contrario, se manifestaba cada vez mas decidido á no tocar el delicado punto de las contribuciones, escollo de toda causa nueva, y para hacer sus inmensos aprestos empeñaba solo su crédito, el de sus amigos y los bienes nacionales. La deuda pública crecia, es verdad; pero los pueblos por el momento no sufrian, y los acreedores estranjeros eran otros tantos apoyos del gobierno en cuyo favor habian aventurado su fortuna. El ejército, lleno de constancia y fervor, contribuia por su parte á hacer asequible este sistema, pues faltan palabras con que pintar sus sufrimien-

tos y elogiar debidamente sus virtudes. En los años pasados á pesar de sus triunfos estuvo en la mayor penuria. Los mercaderes y granjeros ocultaban cuanto poseian : solo algunos vivanderos y buhoneros acompañaban con mil peligros y fatigas á las tropas para venderles á peso de oro algunos artículos de mala calidad. Todo faltaba al oficial y al soldado, siendo así que del gobierno no recibian uno y otro sino carne sin sal y sin pan, armas, pólvora y proyectiles. Siempre acamparon al raso, ora inundase un invierno rigoroso las llanuras y los valles, ora los abrasase el sol de los trópicos. Allí jamas usó el soldado de zapato, ni se cubrió sino con mantas. El oficial, sometido al mismo régimen, por lo comun marchaba á pié, llevando su saco á las espaldas, y viviendo de los azares de la guerra. Todos los ramos del servicio sufrieron en aquellos años trabajosos; pues el sueldo no se pagaba y los hospitales carècian de suministraciones y de medicamentos. Y con todo aquellos hombres heróicos, entregados á los horrores de la desnudez, del hambre y de la guerra á muerte, ni se enervaron con el sentimiento doloroso de sus necesidades, ni rehusaron nunca marchar contra el enemigo, ni jamas conspiraron. Dóciles, valerosos y constantes, combatian y esperaban en silencio, ciertos de que Bolívar no hubiera visto sus miserias si pudiera remediarlas.

A la gazeta de Carácas, centon insípido de mentiras é injurias que redactaba el venezolano Don José Domingo Diaz, opuso Bolívar el Correo del Orinoco, periódico lleno de erudicion y compostura, que se publicó en Guayana y en el cual escribian los patriotas mas distinguidos por su ciencia. De este número eran Zea, Roscio y el hábil humanista caraqueño José Luis Rámos, patriota antiguo, fiel y puro, cuyo único defecto era una modestia escesiva.

Por fin Bolívar se desprendió de Guayana, y á fines de este año tempestuoso bajaba ya el Orinoco con direccion á las llanuras de Apure. ¿Qué proyectos llevaba?

AÑO DE 1819.

Llevaba el proyecto de oponerse á Morillo en el teatro probable de sus operaciones y el de consolidar el poder del gobierno entre las tropas epublicanas del Apure. Para lo primero envió por de-

lante mil hombres de infantería al mando del general Anzuátegui, y ademas se hizo seguir por la division de Codeño; con lo cual al siguiente dia de su reunion con Páez y sus tropas en San Juan de Payara, que fué el 16 de enero, contaba el ejército 2.000 ginetes y otros tantos infantes escelentes. Para lo segundo no tuvo mas que hablar, porque Páez, harto buen patriota para no estimar á aquel grande hombre, cedió, como todos cedian, al ascendiente irresistible de su fuerza moral. Los envidiosos, los enemigos encubiertos de la república, los chismosos y revolvedores, que habian sido causa de la desavenencia, quedaron burlados al ver la reconciliacion de los dos jefes; y Bolívar que no sabia hacer nada á medias, dió á Páez grandes testimonios de particular afecto, sin dejar por eso de hablarle en privada conferencia cual convenia al jefe de la república. Como sello de esta alianza y en recompensa de los muchos servicios que habia hecho al pais el célebre caudillo del Apure, le elevó entónces al grado de general de division. Allí mismo le dió en seguida una gran prueba de confianza; pues como debiese reunirse el congreso en el mes de febrero, se puso en marcha para Angostura, delegándole el mando de todas las tropas.

No tardó en presentarse La Torre frente á San Fernando con una fuerza mui superior á la de los patriotas por la diciplina y por el número de sus soldados. Así fué que Paéz no pensó en disputarle los pasajes del rio, pues no entraba en su plan empeñar un combate, sino atraerle á los desiertos donde el llanero, con ménos necesidades que el español y mas práctico del terreno, debia gozar de una inmensa ventaja. En San Fernando se reunió Morillo á La Torre, y habiendo pasado revista á su ejército, compuesto de siete batallones, tres regimientos de caballería y algunos escuadrones sueltos, con una fuerza total de 6.500 hombres, se puso en marcha contra los patriotas en los primeros dias de febrero. Paéz al saberlo emprendió su retirada hasta situarse del otro lado del Arauca en el paso del Caujaral, dejando á retaguardia algunas partidas para inquietar al enemigo y ahuyentar el ganado que encontrasen en su tránsito. La que mandaba el valeroso coronel Aramendi no dejaba sosegar á los españoles un instante: ora se les presentaba á vanguardia, ora á retaguardia, tiroteándolos siempre y desapareciendo cuando le cargaba una fuerza superior; y por la noche los mantenia en continuas alarmas, porque ó les quitaba sus caballos ó se los dispersaba soltando entre ellos algunos potros cerriles con pie-

les de ganado secas, atadas á la cola. Llegaron los realistas al paso del Caujaral que Paéz habia fortificado con alguna artillería; mas como no fuese prudente ni tal vez posible el trasladarse por allí á la orilla derecha, cuando solo contaban para ello con pocas, pequeñas y débiles embarcaciones, dispusieron que una parte de las tropas escaramuzara allí con los patriotas, miéntras otra iba á intentar el pasaje por el sitio llamado Marrereño. Tambien lo encontraron defendido; pero aparentando insistir en su empeño de atravesar el rio por aquellos dos puntos, lo verificaron algunos cuerpos por otro lugar, en canoas que al intento llevaron desde San Fernando. Entónces (4 de febrero) continúo Páez su retirada hácia el Orinoco: hizo pasar toda la infantería á la isla de la Urbana: él se situó con los cuerpos que componian su guardia y dos escuadrones de carabineros en los Congriales de Cunaviche: el resto de sus ginetes puso en las llanuras de Rio-Claro, y una engorrosísima emigracion de diez mil personas que seguia el ejército se trasladó á Araguaquen. No era el ánimo del jefe republicano sustraerse enteramente á la persecucion de los realistas, sino entretenerlos y cansarlos con rápidos movimientos, que la infantería y el tren de campaña del ejército espedicionario no podian seguir por aquellos desiertos. Solo un medio podia emplear Morillo para alcanzar á su contrario y forzarle á combatir, cual era el de emplear contra él la caballería; pero este medio ponia en contingencia el único cuerpo que procuraba subsistencias al ejército, y la suerte de este al mismo tiempo. Así que lentamente y con muchas precauciones se adelantaba precedido de 3.000 hombres que formaban su vanguardia al mando de Moráles, cuando Páez, desembarazado ya de sus infantes y de la emigracion, volvia sobre sus pasos para observarle mas de cerca.

Hallábase Moráles el dia 11 de febrero en el hato de Cañafístola y allí reposaba su tropa miéntras uno de sus escuadrones se ocupaba en recoger ganado. En esto Páez, que no le perdia de vista, apareció repentinamiente con 1200 hombres de caballería, y sin dar tiempo á los ginetes enemigos para que se recogiesen al campamento, los desordenó y alanzeó. Luego cargó sobre Moráles, y ya se habia empeñado un vivo tiroteo cuando se dejó ver á lo léjos el cuerpo principal del ejército español. Entónces emprendieron su repliegue los patriotas en direccion á Cunaviche, sin dejar de observar á sus contrarios; pero en la noche torcieron su marcha

y al amanecer estaban situados á poca distancia por el opuesto rumbo. Contramarchó Morillo y anduvo muchos dias vagando por aquellas soledades, empeñado cada vez mas en alcanzar á un enemigo que tenia siempre á la vista, que huia delante de él como si fuera su sombra y que le hacia sin embargo un grave daño ahuyentándole el ganado, única cosa que puede adquirirse en el Apure para la subsistencia de la tropa. Comprendiendo al fin que en aquellas correrías por tierras despobladas y enfermizas se consumirian sus tropas sin provecho, determinó repasar el Arauca, y en los primeros dias de marzo puso en Achágua su cuartel general. Tales fueron los preliminares de la campaña de este año, en que el jefe español desplegaba un aparato de fuerzas formidable, con resolucion de destruir lo que él llamaba la gavilla de Apure. En ellos demostró Páez una pericia consumada digna de ejemplo y de memoria, dando á conocer el modo como en aquella tierra puede un capitan venezolano activo y diestro, utilizarse de las ventajas naturales para cansar y destruir á un enemigo superior en número y en disciplina.

Otro adversario mas formidable aun, pero de diverso género, preparaba en tanto Bolívar á la causa española en el congreso de Guayana; mas formidable sí, porque sus pacíficos triunfos debian cimentar el gobierno en la opinion, reina del mundo. En las riberas del Orinoco, en medio de aquellas selvas primitivas donde el indígena de América vaga aun libre y salvaje, iba el descendiente de los conquistadores del Nuevo-Mundo á renunciar á la alianza de sus padres, á mejorar su obra, á dar en fin á la tierra del inmortal Colon su precio verdadero por medio de la libertad. Una asamblea de hombres buenos, emancipados de la tutela colonial, iba á reunirse por segunda vez, no á crear la república, como ya lo hiciera el memorable congreso de Carácas, sino á fijar, segun el pensamiento de Bolívar, su fortuna incierta y vacilante, á dar fin á su peregrinacion y á curar las heridas de la guerra al abrigo de instituciones generosas y fuertes. Gran dia, fausto y memorable fué por cierto el 15 de febrero en que, instalada la asamblea, puso Bolívar en sus manos la autoridad suprema á que ella y la república debian su existencia.

Nada se omitió para dar á aquel grande acto la solemnidad que merecia, y sobre todo para imprimir en el ánimo de los militares un saludable respeto á los representantes del pueblo. Este benéfico

objeto era el que Bolívar anhelaba mas por conseguir, dando el primero ejemplo de voluntaria sumision. Así, no solo puso en manos del congreso el poder público, sino que sometió á su juicio la conducta que habia observado en el curso de la guerra. « Yo « someto, dijo, la historia de mi mando á vuestra imparcial decision : nada añadiré para escusarla ; ya he dicho cuanto puede hacer mi apología. Si merezco vuestra aprobacion, habré alcanzado « el sublime título de buen ciudadano, preferible para mí al de « Libertador que me dió Venezuela, al de Pacificador que me dió « Cundinamarca, y á los que el mundo entero puede dar ». El congreso confirmó unánimemente los grados y empleos conferidos por él durante su gobierno : mas tarde aprobó con espresiones de gratitud sus medidas políticas, gubernativas, y económicas ; y últimamente le llamó libertador, padre de la patria, terror del despotismo.

El fin de Bolívar al convocar y reunir esta asamblea, no era, ni podia ser el de restablecer la constitucion de 1811, mala en sí, desusada é inaplicable á las circunstancias que entónces rodeaban al estado. Que en los primeros tiempos se quisiese halagar los intereses provinciales, dándoles, á costa de la seguridad general, un grande ensanche, se concibe ; pero que la república, defendida y salvada por la unidad y concentracion del poder, renunciase á este sistema para volver al que contribuyó á perderla, es un pensamiento que jamas cupo en la sana cabeza de Bolívar. Emigrado se hallaba en Jamaica el año de 1815 cuando recorriendo en una carta inmortal (15) las causas de las desgracias de la guerra, el estado de los nuevos gobiernos americanos y sus motivos de futuro consuelo, manifestó sus ideas políticas con igual candor que precision y claridad. « Los acontecimientos de la tierra firme nos han « probado, decia allí, que las instituciones perfectamente representativas no son adecuadas á nuestro carácter, costumbres y luces actuales. En Carácas el espíritu de partido tomo su órigen « en las sociedades asambleas y elecciones populares ; y estos partidos nos tornaron á la esclavitud. Y así como Venezuela ha sido « la república americana que mas se ha adelantado en sus instituciones políticas, tambien ha sido el mas claro ejemplo de la inefficazia de la forma democrática y federal para nuestros nacientes « estados.... En tanto que nuestros compatriotas no adquieran los « talentos y las virtudes políticas que distinguen á nuestros her-

« manos del Norte, los sistemas enteramente populares, léjos de « sernos favorables, temo mucho que vengan á ser nuestra ruina... « A pesar de este convencimiento, los meridionales de este conti- « nente han manifestado el conato de conseguir instituciones li- « berales, y aun perfectas; sin duda por efecto del instinto que « tienen todos los hombres de aspirar á la mayor felizidad posible, « la cual se alcanza infaliblemente en las sociedades civiles cuando « ellas están fundadas sobre las basas de la justicia, de la libertad « y de la igualdad. Pero ¿seremos nosotros capazes de mantener « en su verdadero equilibrio la difícil carga de una república? ¿se « puede concebir que un pueblo recientemente desencadenado se « lanze á la esfera de la libertad, sin que como á Ícaro se le des- « hagan las alas, y recaiga en el abismo? Tal prodigio es inconce- « bible, nunca visto. Por consiguiente no hai un raciocinio verosí- « mil que nos halague con esta esperanza.... Yo deseo mas que « otro alguno ver formar en América la mas grande nacion del « mundo, ménos por su estension y riqueza que por su libertad y « gloria. Aunque aspiro á la perfeccion del gobierno de mi patria, « no puedo persuadirme que el Nuevo-Mundo sea por el momento « regido por una gran república; como es imposible, no me atrevo « á desearlo; y ménos aun deseo una monarquía universal de « América, porque este proyecto, sin ser útil, es tambien imprac- « ticable... No siéndonos posible lograr entre las repúblicas y mo- « narquías lo mas perfecto y acabado, evitemos caer en anarquías « demagógicas ó en tiranías monocráticas. Busquemos un medio « entre estremos opuestos, que nos conducirian á los mismos esco- « llos, á la infelicidad y al deshonor. »

Y aquí entraba Bolívar á esplicar á su corresponsal en qué consistia segun él ese medio difícil entre una y otra forma de gobierno, aplicándolo con algunas modificaciones á los principales estados de América. Duélenos no poder insertar aquí entera aquella célebre carta, donde con esquisito talento y una facilidad admirable de expresion desarrolla Bolívar el plan de gobierno mas adaptable á cada seccion independiente del Nuevo-Mundo, demarca sus límites, predice sus destinos. Ninguno de los escritos que nos ha dejado aquel grande hombre, tan hábil para pensar como para espresar lo que pensaba, es mas ingenioso que este, ni mas notable, así por la originalidad y exactitud de las ideas, como por lo que nos da de su carácter y de su inteligencia. ¡Cuán admirable no debia ser y era

en efecto la de un hombre que veía en el porvenir libre y dichosa á su patria en el instante mismo en que para el comun de las gentes estaba perdida sin remedio! ¡Cuán fuerte era el alma y cuán noble el corazon de aquel á quien las desgracias daban energía, elevacion y grandeza! Mas ya que no podamos transcribir todo el documento, copiaremos parte de las palabras que tienen relacion con Venezuela y nuestro asunto. « La Nueva Granada se unirá con « Venezuela, dice, si llegan á convenirse en formar una república « central cuya capital sea Maracaibo ó una nueva ciudad que con « el nombre de *Las Casas* (en honor de este héroe de la filantro- « pía) se funde entre los confines de ambos paises, en el soberbio « puerto de Bahía-honda.... Esta nacion se llamará *Colombia*, co- « mo un tributo de justicia y gratitud al descubridor de nuestro « hemisferio. Su gobierno podrá imitar al inglés: con la diferencia « de que, en lugar de un rei, habrá un *Poder ejecutivo* de elec- « cion, cuando mas, vitalicio, y jamas hereditario, si se quiere « república; una Cámara ó Senado legislativo hereditario, que en « las tempestades políticas se interponga entre los olas populares « y los rayos del gobierno, y un cuerpo legislativo de libre eleccion, « sin otras restricciones que las de la cámara baja de Inglaterra. « Esta constitucion participaria de todas las formas y yo deseo que « no participe de todos los vicios. Como esta es mi patria, tengo un « derecho incontestable para desearle lo que en mi opinion es me- « jor. Es mui posible que la Nueva Granada no convenga en el re- « conocimiento de un gobierno central, porque es en estremo adic- « ta á la federacion; y entónces formará por sí sola un estado que, « si subsiste, podrá ser mui dichoso, por sus grandes recursos de « todos géneros. »

Esto escribia Bolívar en el abandono de la íntima confianza, cuando se hallaba solo, pobre y ausente de la patria. Sinceros eran, pues, sus sentimientos: ninguna mira de política ó de interes personal podia moverle, ni le movia en efecto, á ocultar otros que tuviese. Demas de que esos mismos principios ú otros en estremo semejantes habia él manifestado ya, como sabemos, en los primeros años de la revolucion, cuando, encargado del poder supremo, descartó con energía las ideas del federalismo que algunos hombres buenos, pero ilusos, quisieron revivir. Despues de esa época, nuevos hechos y reflexiones mas poderosas habian afirmado en su mente aquellas convicciones, dándoles la evidencia de verdades

demostradas. Él conocia ya el pueblo, habia tratado á sus compañeros de armas, veía sin ilusiones ni prestigios los elementos de aquella nueva sociedad; y en ellos, así como en las conspiraciones de que habia sido víctima, creia hallar un vicio radical contrario al establecimiento de un sistema puramente democrático. Él deseaba para su patria gloria y libertad; pero no entendia que esta fuese el poder en la muchedumbre, la espada en manos de ciegos ó de niños.

Ahora que la república, por sus esfuerzos y los de sus compañeros, se hallaba, si no triunfante, por lo ménos en capazidad de defenderse: ahora que, segun sus exactos raciocinios, era llegado el tiempo de dar al gobierno basas mas sólidas, propuso al congreso un proyecto de constitucion en que reprodujo y desarrolló las ideas anteriores por medio de un discurso elocuentísimo, digno de figurar al lado de las mejores producciones literarias. A sus antiguas ideas solo añadió Bolívar la de un poder moral que denominó. *Areópago*, compuesto de dos cámaras; una, que tenia á su cargo la censura, « castigando los vicios con el oprobio y la infamía, y « premiando las virtudes públicas con los honores »: otra, que estaba encargada de la educacion física y moral de los niños desde su nacimiento hasta la edad de doce años cumplidos. Así la imaginacion poética de Bolívar, remontándose á los antiguos tiempos en busca de lecciones y ejemplos para su patria, queria introducir instituciones parte griegas, parte romanas en una tierra aun no salida de la servidumbre. Efecto necesario de la firme creencia en que estaba de ser preciso educar para la libertad á un pueblo cuyos ciudadanos no estaban en estado de gozarla. « La educacion « popular, decia, debe ser el cuidado primogénito del amor pater- « nal del congreso. Moral y luzes son los polos de una república, « moral y luzes son nuestras primeras necesidades. Tomemos de « Aténas su Areópago, y los guardianes de las costumbres y de las « leyes; tomemos de Roma sus censores y sus tribunales domésti- « cos, y haciendo una santa alianza de estas instituciones morales, « renovemos en el mundo la idea de un pueblo que no se contenta « con ser libre y fuerte, sino que quiere ser virtuoso. Tomemos de « Esparta sus austeros establecimientos, y formando de estos tres « manantiales una fuente de virtud, demos á nuestra república una « cuarta potestad cuyo dominio sea la infancia y el corazon de los « hombres, el espíritu público, las buenas costumbres y la moral « republicana. Constituyamos este Areópago, para que vele sobre

« la educacion de los niños, sobre la instruccion nacional; para « que purifique lo que se haya corrompido en la república; que « acuse la ingratitud, el egoismo, la frialdad del amor á la patria, « el ocio, la negligencia de los ciudadanos; que juzque de los prin- « cipios de corrupcion, de los ejemplos perniciosos, debiendo con- « regir las costumbres con penas morales, como las leyes castigan « los delitos con penas aflictivas, y no solamente lo que choca con- « tra ellas, sino lo que las burla; no solamente lo que las ataca, « sino lo que las debilita; no solamente lo que viola la constitucion, « sino lo que viola el respeto público. La jurisdiccion de este tri- « bunal verdaderamente santo, deberá ser efectiva con respecto á « la educacion y á la instruccion, y de opinion solamente en los « premios y castigos. Pero los anales ó registros donde se consignen « sus actas y deliberaciones, los principios morales y las acciones « de los ciudadanos, serán los libros de la virtud y del vicio: libros « que consultará el pueblo para sus elecciones, los magistrados pa- « ra sus resoluciones, y los jueces para sus juicios. Una institucion « semejante, por mas que parezca quimérica, es infinitamente mas « realizable que otras que algunos legisladores antiguos y moder- « nos han establecido con ménos utilidad del género humano. » Sueño de Platon, vano á un tiempo y bellísimo.

El Areópago, visto por algunos diputados *como la idea mas feliz y propia para influir en la perfeccion de las instituciones sociales*, por otros *como una inquisicion moral no ménos funesta ni ménos horrible que la religiosa*, no fué acogido, porque tratándose, dijo el congreso, de objetos tan interesantes al estado y á la humanidad, no debia fiarse de sus teorías en pro ni en contra del proyecto. Mandóse sin embargo publicar, para oir la opinion de los sabios, imprimiéndole como un apéndice á la constitucion.

La que sancionó por fin la asamblea contenia algunas disposiciones en que mas á lo léjos se siguieron las opiniones de Bolívar. El poder legislativo debia ser ejercido por un congreso general dividido en dos cámaras: una llamada de Representantes, otra de Senadores: estos últimos se declaraban vitalicios, mas no hereditarios. El poder ejecutivo seria confiado á una sola persona bajo la denominacion de Presidente de la república; pero no mas que por el tiempo de cuatro años, aunque podia ser reelegido una vez. Estendíanse considerablemente sus facultades; para esto permanentemente

responsable ante el congreso por los delitos de traicion, conspiracion contra la constitucion y el estado, venalidad, usurpacion ó mal uso de las rentas públicas. Un vicepresidente estaba principalmente destinado á sucederle en los casos de muerte, destitucion ó renuncia. Lo demas de este código constitucional tenia mucha semejanza con el de 1811.

Ninguna en lo sustancial con el plan propuesto por el Libertador. Este queria un poder legislativo semejante al parlamento británico y que el senado hereditario se compusiese de los próceres de la independencia. Este cuerpo neutro, por decirlo así, entre el pueblo y el gobierno, adicto á él por el justo interes de su propia conservacion, y no debiendo su eleccion á uno ni á otro, sino al congreso, por la primera vez, seria el conservador de la república, el fuerte antemural contra el cual serian impotentes los esfuerzos del individuo que pugna contra la masa, y los de la masa contra la autoridad. « Por otra parte, decia, los libertadores de Venezuela « son acreedores á ocupar siempre un alto puesto en la república « que les debe su existencia. Creo que la posteridad veria con sen« timiento anonadados los nombres de sus primeros bienhechores: « digo mas, es del interes público, es de la gratitud de Venezuela, « es del honor nacional conservar con gloria hasta la última posta« ridad una raza de hombres, virtuosos, prudentes y esforzados, « que superando todos los obstáculos, han fundado la república á « costa de los mas heróicos sacrificios. Y si el pueblo de Venezuela « no aplaude la elevacion de sus bienhechores, no es digno de ser « libre, y no lo será jamas. »

En cuanto al poder ejecutivo, proponia que se aplicase al de Venezuela el de Inglaterra, en la persona de un presidente vitalicio nombrado por el pueblo ó sus representantes, irresponsable, é inviolable. « Por exorbitante, decia, que parezca la autoridad del « poder ejecutivo en Inglaterra, quizá no es excesiva en la repú« blica de Venezuela. Aquí el congreso ha ligado las manos y hasta « la cabeza á los magistrados. Este cuerpo deliberante ha asumido « una parte de las funciones ejecutivas, contra la máxima de Mon« tesquieu, que dice, no deber tomar un cuerpo representante « ninguna resolucion activa..... Nada es tan peligroso para el « pueblo como la debilidad del ejecutivo, y si en un reino se ha « juzgado necesario concederle tantas facultades, en una repú« blica son estas infinitamente mas indispensables. »

Por lo demas Bolívar aseguraba al pueblo en su proyecto el precio de sus grandes sacrificios. « Un gobierno republicano ha sido, « es y debe ser el de Venezuela : sus basas, la soberanía del pue« blo, la division de los poderes, la libertad civil, la proscripcion « de la esclavitud, la abolicion de la monarquía y de los privile« gios. Necesitamos, añadia, de la igualdad para refundir, digá« moslo así, en un todo los hombres, las opiniones políticas y las « costumbres públicas. »

No nos toca examinar á la luz de la ciencia política hasta qué punto estas ideas de Bolívar eran exactas en la teoría, y aplicables á su pais ó á otros de América en la práctica. Ningun ensayo suficientemente largo ha probado su bondad ó ineficazia : repelidas en su primera aparicion y mas tarde combatidas de muerte, no puede alegarse en su favor ni en su contra el testimonio de los hechos, que en política, del mismo modo que en física, es irrecusable y decisivo. Guardémonos, pues, de reprobarlas solo porque se oponen á los principios normales del sistema de gobierno americano : esto seria condenar, no juzgar. Y luego, las repúblicas del Nuevo-Mundo no han salido aun de su infancia turbulenta; algunas, combatidas de vicios interiores que parecen orgánicos, mucho es si prometen una virilidad llena de achaques. Muchos presagios de Bolívar se han cumplido : muchos males se han originado de la ambicion militar que él deseaba saciar desde temprano, evitando con la munificencia el crímen : muchos trastornos reconocen en América por causa la fiebre periódica de las elecciones populares aplicadas al primer funcionario nacional. Así, respetando sus convicciones y haciendo justicia á su sagazidad, esperemos que el tiempo decida entre el sistema que propuso y el que generalmente se ha adoptado : no corresponde semejante juicio á sus contemporáneos.

Bolívar deseaba en estremo la union política de Venezuela, Nueva Granada y Quito, para formar la gran república que él se proponia llamar Colombia; pero á este proyecto se oponia la sujecion de aquellos territorios y tambien la repugnancia de muchos granadinos que, como era justo, no querian ligar á su patria con vínculos que reprobaria acaso cuando se viese libre. Hubo pues de conformarse el consejo de estado en su decreto de elecciones para el congreso, con dar á la provincia de Casanare (única granadina que ocupasen las armas republicanas) una representa-

cion igual á la que tendria cualquier provincia venezolana libre enteramente ó en parte, en el concepto de que, como cada una de estas (Carácas, Barcelona, Cumaná, Barínas, Guayana y Margarita) debia ser representada por cinco diputados; sin que se entendiese quedar por ello unida á Venezuela.

Casanare en efecto eligió á cinco respetables granadinos, entre los cuales se contaban los señores Zea, Vicente Uribe y José María Vergara, de luzes y gran capazidad; el primero, mui hábil en las ciencias naturales y escritor elegante. Por lo demas las elecciones, aunque hechas ménos por los pueblos que por los soldados, bajo el influjo omnipotente de los jefes militares, llevaron á la asamblea hombres respetables por su saber y patriotismo. Allí estaban Urbaneja, Juan Martínez, Roscio y otros jurisconsultos de crédito; el presbítero Don Juan Ignacio Méndez, tan conocido por su intrepidez y su constancia, los generales Mariño, Urdaneta, Tórres y Tomas Montilla; Conde, Francisco Vicente Parejo, Rafael Vergara y Diego Vallenilla, jefes militares de escelente reputacion; y en fin, Fernando Peñalvez, que habia sido miembro del congreso en 1811, sugeto este mui recomendable por sus virtudes públicas y privadas, grande amigo de Bolívar y acérrimo partidario de sus opiniones políticas. Patriota decidido, abrazó la causa de la independencia desde el 19 de abril, y la siguió despues, así en la próspera como en la adversa fortuna, con tesón ejemplar: encarcelado por Monteverde, libre luego á consecuencia de la invasion de 1813, emigrado en seguida, volvió al territorio despues de la toma de Guayana, llevando, compradas de su peculio, armas y una imprenta á los republicanos. Nadie mas honrado y modesto que él, nadie mas puro. « En fin, el congreso, decia entónces al duque de « Sussex, un militar ingles respetabilísimo (16), se compone de « hombres moderados y de buen sentido, con las mejores inten- « ciones posibles, é ideas racionales y practicables de libertad, « mui diferentes de aquellas teorías desenfrenadas de los revolve- « dores franceses, que despues de haber inundado la Europa en « sangre, acabaron por el despotismo absoluto. Jamas ha obrado « el general Bolívar mas acertadamente, ni dado un golpe tan de- « cisivo al gobierno español, como reuniendo la representacion « nacional. Esta es en efecto una medida de grande hombre y de « virtuoso ciudadano, que fija para siempre su reputacion, y que

« vigorando el carácter nacional, asegura mui pronto á Venezuela « su completa independencia. »

Antes de proceder á la formacion de la carta constitucional, al arreglo del sistema militar, civil y económico, y á la liquidacion y amortizacion de la deuda pública que Bolívar habia recomendado encarecidamente, era preciso salir de la grave dificultad que suscitaba la renuncia de este caudillo, y su resolucion de no volver á encargarse de la suprema autoridad ejecutiva. Tan firme parecia este propósito, que en su discurso al congreso se habian notado y admirado estas palabras: « La continuacion de la autoridad en un « mismo individuo frecuentemente ha sido el término de los go- « biernos democráticos. Las repetidas elecciones son escencialas en « los gobiernos populares, porque nada es tan peligroso como de- « jar permanecer largo tiempo el poder en un mismo ciudadano. « El pueblo se acostumbra á obedecerle y él se acostumbra á man- « darle, de donde se originan la usurpacion y la tiranía. Un justo « zelo es la garantía de la libertad republicana, y los ciudadanos « deben temer con sobrada razon, que el mismo magistrado que « les ha mandado mucho tiempo los mande perpetuamente. » El congreso, desentendiéndose de este aforismo político, decretó que Bolívar desempeñase interinamente la presidencia de la república; pero él contestó negándose á admitir aquella dignidad « porque « una dolorosa esperiencia habia mostrado cuán incompatibles eran « las funciones de magistrado y las de defensor de la república. » « Ademas, añadia, he reconocido en la práctica de los negocios « públicos que mis fuerzas son insuficientes para soportar la formi- « dable carga de un estado militante, y al mismo tiempo en la in- « fancia. Los representantes del pueblo deben saber que apénas « serian bastantes las facultades de todos nuestros conciudadanos « para componer un gobierno reparador de tantas calamidades. « ¿Qué podrá, pues, reparar un soldado? »

Mucho habia en esto de verdad; pero el Libertador sabia que la reunion del congreso, por mui favorable que fuese á la causa republicana, no la mejoraba hasta el punto de hacer innecesario un poder ilimitado en el director de la guerra. No repugnaba la autoridad militar; pero hablando de buena fe, ¿deseaba él su separacion de la política, y quedar sometido á dar cuenta de sus planes de campaña al ministerio ejecutivo? ¿A qué quedaria este

reducido en un tiempo en que su encargo único era, como en otras épocas, combatir y triunfar si Dios queria? Nos guardaremos mucho de decir, sin embargo, que Bolívar queria con falsa modestia y simulado desprendimiento engañar á sus conciudadanos; mas bien creemos que su objeto era hacer ver á sus commilitones todo el respeto que tributaba á la autoridad del congreso, y obtener de este actos solemnes, esplícitos y voluntarios de insistencia, que vigorasen su poder y le diesen armas contra las conspiraciones, la envidia y la calumnia. Sea de ello lo que fuere, despues de vivas instancias aceptó la presidencia y seguidamente facultades mas amplias, así políticas como militares en las provincias que fuesen teatro de la guerra, con autoridad para delegarlas en caso necesario. Cuando se hallase en campaña ejerceria la potestad ejecutiva el vicepresidente, y por tal se nombró al ciudadano Francisco Antonio Zea. El 26 de febrero organizó Bolívar el ministerio de estado, nombrando secretario de hacienda al Dr. Manuel Palácios, de marina y guerra al coronel Pedro Briceño Méndez, del interior y justicia á Diego Bautista Urbaneja.

Libre ya de este cuidado, dedicóse el congreso á sus despendencias legislativas, en tanto que Bolívar con su acostumbrada actividad hacia los preparativos necesarios para la próxima campaña. Desde el 16 de febrero habia llegado á Angostura, conducido por Elsom, un cuerpo de tropas reclutadas en Inglaterra; y el mismo dia se recibieron avisos de haber arribado á Margarita otros dos al mando de los coroneles English y Uzlar. Estos ausilios dieron motivo al Libertador para estender y completar su plan de operaciones, llamando la atencion del enemigo hácia diversos puntos; y para ello dispuso que Urdaneta pasase á Margarita, reuniese la espedicion de ingleses á un cuerpo de naturales que allí debia formar, y ausiliado por la escuadra de Brion, hiciese un desembarco en las costas de Carácas, tomase la capital y estendiese sus operaciones por la retaguardia hasta ponerse en contacto con el ejército de Apure, que iba á mandar él en persona. Mariño debia incorporarse á Bermúdez, tomar el mando de la division de oriente y hacer por aquel rumbo una poderosa diversion al enemigo. El coronel Manuel Manrique recibió el mando de las tropas de Elsom y con ellas y otros cuerpos recientemente organizados en Angostura emprendió su marcha al Apure para reunirse á Páez. La misma direccion tomó él en 26 de febrero, remontando el Orinoco y el 17 de marzo llegó

á Cunaviche por la Urbana y Araguaquen. Poco ántes de su llegada (14 del mismo) habia tenido lugar en la dehesa llamada de la Sacra Familia un porfiado reencuentro entre algunas tropas españolas y otras republicanas, costoso para ambas, desventajoso para las últimas; mas á pesar de este descalabro, la situacion de Páez era ventajosa é imponente. Sus atrevidas guerrillas habian mantenido constantemente el honor de las armas en su perpetua lucha con los enemigos, y una de ellas tuvo el arrojo de penetrar en San Fernando, matando á cuantos intentaron hacerle frente, tomando prisioneros á otros y llevándose el ganado que habia dentro de la plaza. Hostigado Morillo por estos cuerpos francos, apénas si podia conseguir para sus tropas una escasa subsistencia: 1000 hombres habia perdido á manos de ellos y al rigor del clima. Así, aquel jefe valeroso, aventajado guerrero en su patria, sufria en las soledades del Apure los mismos inconvenientes que destruyeron en España las huestes famosas del imperio. Las bajas del ejército de Morillo y los refuerzos que Bolívar llevó al suyo igualaron las fuerzas de los beligerantes en términos de hacer desear á los patriotas una batalla general: esto queria Bolívar, ó por lo ménos llevar á su contrario á los desiertos, para oprimirlo con la caballería. Siendo opuesto el pensamiento de Morillo, y no indicando ninguno de sus movimientos que quisiese salir de Achágua, resolvió el Libertador buscarle, para provocar un reencuentro general. Mas fueron desgraciados sus primeros pasos. Una partida destacada con el fin de reconocer las posiciones enemigas, fué rechazada con pérdida en la dehesa de Surero, y 500 realistas avanzados que tenia Morillo en el trapiche de la Gamarra al mando del bizarro coronel Don José Pereira, hicieron esperimentar la misma suerte á 200 ginetes y 800 infantes enviados contra ellos. Bolívar, pasado ya el Arauca, quiso ausiliar á los suyos; pero Pereira que entendió su peligro y se veia sin fuerzas para hacerle frente, se retiró á Achágua, distante 4 leguas, uniéndose en el tránsito á Morillo que ya se habia movido en su socorro. Estos dos incidentes fueron causa de que Bolívar, conformándose con el dictámen de los otros generales, y mui particularmente con el de Páez, desistiese de dar batalla al enemigo, en consideracion á la inferioridad de su infantería; por lo cual se dió prisa á repasar el Arauca en tanto que Morillo se disponia á hacer un movimiento general sobre su línea.

El 1.° de abril se acercó este por la orilla izquierda del rio á las

posiciones que el presidente ocupaba en la márgen derecha: veinte oficiales de caballería conducidos por Páez salieron á efectuar un reconocimiento, y como encontrasen inopinadamente un cuerpo de 200 ginetes que formaban la descubierta realista, los atacaron y pusieron en fuga, matando algunos, cogiendo á otros prisioneros y obligando al resto á guarecerse del grueso de su ejército. Morillo hizo despues de este varios movimientos de amago á derecha é izquierda, como si quisiese atravesar el rio, y el 2 á la hora de mediodía se puso casi al frente de Bolívar fuera del tiro de cañon. Con el objeto de atraerle pasa el rio el general Páez, acompañado de 150 hombres de caballería entre jefes, oficiales y soldados, y formado en tres pequeñas columnas se avanza sobre el enemigo. Morillo mueve inmediatamente todas sus fuerzas, pone en accion los fuegos de su infantería y artillería, al mismo tiempo que sus ginetes cargan sobre los contrarios, y se dirige precipitadamente á la ribera del rio, esperanzando en oprimir con el número aquellas endebles columnas. Páez se retira entre tanto ordenadamente, dejando el paso del rio á su espalda, y Morillo que al ver esto le cree perdido sin remedio, desprende del ejército toda su caballería (1000 hombres y entre ellos 200 carabineros) y dirige sus fuegos sobre la ribera derecha, que defendian algunas tropas lijeras. Mas tan luego como el denodado jefe de Apure conoce que los ginetes enemigos se han alejado considerablemente de la infantería, vuelve cara, acomete á sus perseguidores por su frente y flanco en pequeños grupos de á viente hombres cada uno, y sin darles tiempo para volver de su asombro y ordenar sus filas, los rompe y destroza, haciéndoles considerable estrago. En vano opone el enemigo la mas obstinada resistencia, en vano echan pié á tierra sus carabineros; todo es inútil, porque sobrecogidos y desbandados mueren cuantos se empeñan en hacer frente á aquella terrible acometida. Páez los arrolla y va degollando á cuantos alcanza hasta las filas enemigas. La infantería en confusion se refugia al bosque, la artillería deja de tronar y la noche impide mayor estrago de las huestes españolas. Perdieron estos 400 ginetes: los patriotas dos individuos de tropa muertos, dos de estos y tres oficiales heridos. Jamas se habia visto ni despues se vió en la guerra de la independencia un combate mas desigual ni mas glorioso para las armas de la república: combate que seria increible si no estuviera apoyado en el testimonio de los amigos y de los enemigos de Páez y de mul-

titud de documentos fidedignos. El dia siguiente espidió Bolívar un decreto concediendo la cruz de Libertadores á todos los jefes, oficiales, sargentos, cabos y soldados que habian combatido en aquella gloriosa accion de guerra, que la historia conoce con el nombre de Queseras del Medio. Morillo se retiró precipitadamente á Achágnas.

Por lo que hace á Bolívar, desde que resolvió mantenerse en actitud defensiva segun el dictámen de sus generales, desprendió del ejército una brigada de caballería á las órdenes del coronel Ranjel, con direccion al alto Apure, á fin de llamar la atencion del enemigo sobre la provincia de Barínas. Despues de la accion de las Queseras del Medio resolvió que la infantería se acantonase en uno de los pueblos de aquel lado del rio, en donde fuese mas fácil adquirir subsistencias y estuviese ménos al alcanze del enemigo, en tanto que Páez le acosaba con guerrillas y le forzaba á repasar el Apure.

Todas estas medidas estuvieron á punto de frustrarse al emprender la marcha. Un regimiento de caballería á las órdenes del coronel Cornelio Muñoz se hallaba en observacion del cuartel general español, y como la márgen izquierda del Arauca ofrecia mas comodidad que la derecha para la marcha, pasaron á aquel lado algo mas arriba de las Queseras del Medio los cuerpos de infantería con algunos de caballería, acampando por la noche sin novedad. Al amanecer del siguiente dia se pusieron en marcha, y mui poco tiempo despues los piquetes de descubierta observaron algunos soldados á caballo que corrian por la llanura: mas prolijo reconocimiento hizo ver que el ejército español estaba cerca; y en efecto era Morillo que protegia con toda su infantería la recoleccion de ganados, por no ser posible hacerlo sin el ausilio de todas sus fuerzas. Este momento hubiera sido de gran peligro para los patriotas, si el jefe español supiera lo que estaba pasando á su frente; pero ignorándolo, tuvieron tiempo aquellos para repasar el Arauca, siguiendo entónces su marcha por la márgen derecha. En el pueblo de Rincon-Hondo se acantonaron con solo los cuerpos del Alto-llano de Carácas, á las órdenes de los tenientes coroneles Juan José Rondon y Leonardo Infante, y el general Bolívar, despues de haberlos revistado, se fué al bajo Apure, para acordar con Páez las operaciones que debian emprenderse contra la provincia de Barínas. Llegó entre tanto el mes de mayo, y convencido Morillo de la inutilidad de sus esfuerzos en aquellos parajes, pensó en buscar

otros mejores para la subsistencia de sus tropas, y que, al facilitarle la comunicacion con el territorio situado del otro lado del Apure, estuviesen ménos sujetos á la inundacion que se acercaba. Abandonó, pues, el cuartel general de Achágues, envió á Barínas la 5.ª division, al Raul la 2.ª, y él con el resto de sus tropas pasó el Apure con direccion á Calabozo, dejando la division de vanguardia sobre la Portuguesa, á inmediacion de Guadarrama, y la plaza de San Fernando guarnecida y fortificada. El 14 de mayo publicó su estado mayor un detalle de las pasadas operaciones, en que daba por terminada la campaña de aquel año.

Mas precisamente entónces se preparaba Bolívar á atacar la provincia de Barínas, haciendo mover contra ella la division de infantería situada en Rincon-Hondo. Aquella tropa emprendió en efecto su marcha, y al paso por el Mantecal incorporó á sus filas el escuadron del coronel Ramjel, que se habia hasta entónces mantenido con ventaja desde dicho pueblo al de Nútrias. Pasó en seguida por el antiguo pueblo de Setenta, del todo arruinado, y se dirigió al paso de Quintero, por donde debia atravesar el Apure; pero no encontrando allí las embarcaciones que Páez habia dispuesto al intento, campó fuera del bosque de la ribera, en el hato de Cañafístolo, á donde habian llegado ya el general Bolívar, Páez y todos los cuerpos de caballería. El caudillo de Apure hizo presente en aquella ocasion que el mal estado de los caballos podia comprometer el resultado de la marcha sobre Barínas, y que ántes de emprenderla era necesario reunir todos los que tuviera en dehesa el coronel Nonato Pérez. Pareció exacta la observacion, y como este jefe se hallase en Guasdualito, comisionóse al mismo Páez para que abocándose con él, le diese órden de incorporarse al ejército con su escuadron y enviase los caballos útiles.

En Cañafístolo recibió Bolívar nuevas mui favorables de Santander; y aquí es el lugar de hacer justicia á los servicios que en aquella ocasion prestó este jefe en beneficio de su patria. Casanare era, cuando él pisó su territorio, el teatro de una funesta discordia: tres jefes voluntariosos, atrevidos é insubordinados acaudillaban cada cual sus tropas, se disputaban el mando superior y recíprocamente se desconocian. Santander tuvo el mérito de calmar la agitacion de los ánimos y de inspirar á aquellos caudillos turbulentos ideas de moderacion y de templanza; despues recabó de ellos el reconoci-

miento de su autoridad y, lo que aun parecia mas difícil, logró reconciliarlos y unirlos en provecho de la causa pública. Emisarios suyos recorrieron en seguida varias comarcas granadinas, para alentar á los patriotas, regando á manos llenas cartas é impresos en que se referia por menor el estado de las cosas: prontamente en fin, con laudable actividad y zelo consiguió reunir buen número de infantes y ginetes. Llegado á tan brillante situacion, despachó al coronel Jacinto Lara para que informase de todo al Libertador, asegurándole al mismo tiempo que la disposicion de los ánimos en las comarcas granadinas era en estremo favorable á la causa de la independencia. Lara llegó á Rincon-Hondo en ocasion de hallarse Bolívar en el bajo Apure; pero le habló en Cañafístolo y sus noticias influyeron poderosamente en el ánimo del Libertador para determinarle á poner por obra el pensamiento que hacia tiempo maduraba, de libertar la Nueva Granada, abandonando la invasion de Barínas. Una junta de guerra fué convocada inmediatamente: presidióla el Libertador y sus vocales Anzuátegui, Pedro Leon Torres, el jefe de estado mayor Soublette, Ranjel, Iribarren, Pedro Briceño Méndez, Ambrosio Plaza y Manrique, aprobaron con aplauso y entusiasmo el proyecto. Acto continuo marchó Ranjel á Guasdualito con el objeto de avisar de aquella resolucion á Páez y de detener la remision de los caballos: suspendióse la marcha á Barínas, y el ejército se dirigió á Mantecal. Allí, despues de haber comunicado órdenes é instrucciones á los generales que obraban en el resto de Venezuela, se continuó la marcha á Guasdualito, pasando seguidamente Bolívar el Arauca con los batallones Rifles, Bravos de Páez, Barcelona y Albion, un regimiento de caballería llamado Guias de Apure, dos escuadrones de lanzeros del Alto-llano de Carácas y otro de carabineros. Todos estos cuerpos, en el órden con que los hemos enumerado, eran mandados por los tenientes coroneles Arturo Sandes y Cruz Carrillo, los coroneles Ambrosio Plaza, Rook, Hermenegildo Mugica, Infante y Rondon, y el teniente coronel Juan Mellao. La division de Santander continuó siendo considerada como la vanguardia del ejército, y los cuerpos nombrados formaron otra que se denominó de retaguardia á las órdenes de Anzuátegui. El general Páez quedó en Apure para hacer frente al enemigo acantonado en Barínas y ejecutar un movimiento por la montaña de San Camilo, en la direccion de Cúcuta, á fin de interrumpir las comuni-

caciones de Venezuela con la Nueva Granada, y cooperar á la campaña por aquella parte, ocupando á Pamplona, y aun si posible fuese, colocándose en Suatá.

El 11 de junio se avistaron Bolívar y Santander en Tame: el 23 del mismo se reunió en Pore la division de Anzuátegui á la de vanguardia, compuesta de dos batallones y tres escuadrones casanareños: el ejército ascendió entónces á 2.400 hombres de pelea. Veinte y seis dias empleó Bolívar desde su salida del Mantecal hasta aquel pueblo, sufriendo con motivo de la estacion trabajos infinitos, mui ménos sensibles para él y sus tropas venezolanas que para las de ingleses, no acostumbradas á aquellas crudísimas fatigas. El rigor del invierno era tal, que apénas habia dia ó noche que no lloviese: los rios y caños hinchados salieron de madre é inundaron las llanuras; baste saber que á las cuatro jornadas se habian inutilizado casi todas las caballerías que conducian el parque y todo el ganado que iba de repuesto. Urgia sin embargo pasar adelante, á fin de no dar tiempo á que Morillo se apercibiese de aquel sabio y atrevido movimiento; y por eso Bolívar, sin permitir á su tropa mas que un breve descanso, se dirigió á la cordillera por el camino de Morcote. La vanguardia desalojó con pequeño esfuerzo el 27 de junio una avanzada de 500 hombres que guarnecia la formidable posicion de Paya, donde bien pudieran haberse defendido los enemigos contra diez mil contrarios. Con lo que ya pudo tratarse de tramontar la serranía, para caer á la tierra riquísima de Tunja.

Mas ántes de emprender este movimiento, quiso nuevamente el general Bolívar oir la opinion de los principales jefes del ejército, ó, mejor dicho, asegurarse de sus buenas disposiciones para continuar una empresa mas difícil y arriesgada de lo que á primera vista parecia. Las tropas que llevaba, aunque aguerridas y constantes, acababan de hacer una marcha en estremo penosa, de la cual habian salido fatigadas y desnudas; y la ruta que debian seguir por la montaña, atravesando páramos horribles, espantaba con razon á hombres nacidos y criados en ardientes climas. El llanero, tan fuerte y temido en su pais, temblaba á la sola idea de pasar los montes á pié y sin abrigo, para acercarse al helado clima de Tunja: á todos ellos dolia en el alma haber de alejarse de sus llanuras, y primero tristes, despues mal enojados y rehacios, murmuraban de que se les condenase á muerte cierta é ingloriosa por libertar tierra estranjera. Los enemigos en tanto, numerosos, aguerridos y bien disci-

plinados durante sus tres años de pacífico dominio, abundaban en recursos de todo género y eran prácticos del terreno que pisaban. Colocados del otro lado de la cordillera, asolaban el pais para privar de subsistencia á los patriotas, y si estos en el estado de miseria en que se veian esperimentaban una nevada al atravesar la sierra, ¿no seria infalible la destruccion de aquel ejército, apoyo principal de la libertad de Venezuela? En fin, los jefes de la caballería y algunos de la infantería se manifestaban descontentos, y él no queria llevarlos contra su voluntad á una jornada decisiva en favor ó en contra de la república, segun el lado á que se inclinase la fortuna. Esto dijo Bolívar á sus compañeros, no sin dejar conocer diestramente sus verdaderas intenciones; con lo que ellos, mui de suyo dispuestos á seguir lo empezado, opinaron unánimemente en favor de la campaña, dándole así el apoyo que él necesitaba para responder en todo caso á sus conciudadanos. El empeño insensato de atribuirse glorias ajenas ha hecho decir á algunos hombres, ora que habian sugerido al Libertador el pensamiento de esta operacion, ora que ya en Casanare queria este variar de plan y á ellos se debió que siguiese el primitivo. Miserias todas de la vanidad, hijas en mucha parte de la destreza con que aquel hombre singular hacia obrar á sus agentes, persuadiéndoles que ejecutaban sus propias ideas, cuando solo se movian por las que él les inspiraba.

Cierto, pues, del buen espíritu que animaba á sus jefes principales, y particularmente á Santander y á los otros granadinos, siguió su marcha el Libertador por la izquierda del torrente que separa á Paya de Labranza-grande, y tramontó la cordillera por el páramo de Pisba. Cuando el ejército llegó el 6 de julio á Socha, primer pueblo que se encuentra en la provincia de Tunja á la falda opuesta de los Andes orientales, su estado era por estremo lastimoso. Un número considerable de soldados quedaron muertos en el páramo al rigor del frio: otro mayor llenaba los hospitales, y el resto no podia hacer la mas pequeña marcha. Los cuerpos de caballería, en cuya audazia y renombre libraba el general su confianza y el triunfo, llegaron sin un caballo, sin monturas, y hasta sin armas, porque estas, como estorbosas al soldado en aquella angustiada situacion, eran por él abandonadas. Igual suerte tuvieron la municiones de boca y guerra, porque no hubo acémila que pudiese salir, ni hombre que se detuviese á conducirla. Aquella gente, mas que á tropa reglada, semejaba en su profunda miseria y desconsuelo

una caterva de bandidos fugitivos; siendo tal su desmayo, que mui pocos levantaron los ojos y el corazon para saludar la hermosa tierra á que llegaban. Los granadinos de aquellos parajes, algunos jefes venezolanes que los conocian, y Bolívar, confiando en su fortuna y meditando grandes planes, no mas los vieron con amor y arrobamiento.

Tres dias empleó útilmente en Socha el Libertador, montando y armando la caballería, reuniendo el parque, poniendo en conmocion los pueblos y dirigiendo partidas contra los realistas en todas direcciones, á fin de entretenerlos y ganar tiempo. Dos encuentros parciales de poco momento, mas bien adversos que favorables á los patriotas, no le impidieron llevar tranquilamente á efecto su plan, disponiendo el ejército para atacar de firme al enemigo. De hecho el dia 11 las divisiones Santander y Anzuátegui marcharon al encuentro de los realistas, que habian ya pasado el rio de Gámeza ó iban á buscarlos, esperanzando acaso en sorprenderlos; mas apénas tuvieron noticia del movimiento de los patriotas, retrocedieron con rapidez y en buen órden, repasaron el rio y tomaron la formidable posicion de la Peña de Topaga. Desalojados de allí despues de un largo y porfiado combate, se retiraron por fin á los Molinos del mismo nombre, dejando á sus contrarios dueños de Gámeza. Bolívar, sin embargo, ocupó de nuevo sus antiguas posiciones, ménos avanzadas, para esperar la legion británica y la entrada del general Páez por Cúcuta, aprovechándose ademas de aquella ventaja para dar á su tropa algunos dias de reposo indispensable.

El jefe que mandaba á los realistas era el brigadier español Don José Barreiro, oficial que habia empezado su carrera en la artillería volante y hecho estudios en el colegio de Segovia: mozo apuesto y gallardo, lleno de pundonor y coraje, no escaso de conocimientos militares, pero nuevo en el mando, con poca práctica en la guerra del pais, y acaso incapaz de dirigir convenientemente un cuerpo de tres mil hombres que se le confiaran para hacer frente á Bolívar. Morillo que le amaba le habia enviado pocos meses ántes en ausilio del virei Don Juan Sámano, dándole órden para que tomase el mando de las tropas con agravio de Calzada y otros jefes mas antiguos, con lo que no poco se dijo y murmuró, naciendo de ello tibiezas y disgustos. Barreiro, empero, desplegó mucho valor y zelo en aquellas circunstancias, allegó tropas, repartió dinero, y á

poder de castigos y recompensas logró introducir en sus filas disciplina, moralidad y confianza. Entre tanto Bolívar, á pesar de la ventaja obtenida, se hallaba en una posicion bastante embarazosa, pues no habiéndose internado en el pais, carecia de los recursos que hubiera podido proporcionarle la buena voluntad de los pueblos, y el suelo que ocupaba estaba devastado, la gente disminuida, creidos todos de que aquella terrible campaña se prolongaria mucho tiempo, aun dado el caso de que la fortuna la favoreciese. Inconvenientes graves que era preciso vencer prontamente, no fuera que, rehecho el enemigo, los estrechara contra la cordillera obligándolos á tramontarla de nuevo; que seria lo mismo que morir. De mas, que era urgente aparecer de improviso en el centro de la Nueva Granada, ora para impedir que Barreiro reuniese sus fuerzas, ora para insurgir las comarcas de uno á otro estremo.

Como la posicion de Gámeza en que tuvo lugar el primer combate no podia ser forzada sino á costa de mucha sangre, que el general Bolívar no queria derramar sino en un caso decisivo, desistió del proyecto de invadir el valle de Sogamozo en donde se habia establecido el enemigo, y por una marcha de flanco apareció en el de Zerinza. Este novimiento puso á Barreiro en la necesidad de abandonar sus posiciones para cubrir á Tunja y Santa Fé, con cuyo fin se situó en los Molinos de Bonza, lugar ventajoso para la infantería, y que el enemigo aparejó ademas para la defensa con algunas obras de campaña. Bolívar apareció á su frente el 20 de julio; pero las mismas razones que le habian inducido á aquel movimiento le retrajeron de atacar á su contrario, por lo cual se situó á su vista en la planicie de Bonza, provocándole de mil maneras á una accion fuera de sus puestos. Todo fué inútil, porque Barreiro, aferrado en su sistema defensivo, se mantuvo quieto, dando así tiempo para que Bolívar llevase á efecto la parte mas importante de su plan, cual era la insurrecion de los pueblos y el abrigo y aumento de sus tropas. Publicóse inmediatamente un decreto llamando los habitantes á las armas; agentes activos partieron del campo de Bonza á ejecutarlo; acopiáronse víveres, reuniéronse caballerías, recogiéronse lienzos para vestuario. En la necesidad de hacer sensibles á los pueblos los bienes de la libertad, no era prudente imitar la conducta de sus opresores. Por eso á nadie se forzó; y sin embargo aquellos buenos granadinos, prestándose á todo con decision y zelo sin ejemplo, acudian en partidas

para ofrecer graciosamente sus bienes y personas. Feria mas bien que campamento, pareció Bonza en los cuatro dias que allí estuvo Bolívar, segun era de numeroso é incesante el concurso de gentes de toda edad y sexo que llevaban noticias, víveres, ropas y dinero. Muchos hombres se vieron despedidos por no tener Bolívar con qué armarlos: otros que fueron incoporados en las filas se adiestraban en los ejercicios militares á la vista del enemigo: miéntras unas tropas tiroteaban á este, otras descansaban y los reclutas en continua instrucion aprendian á manejar el fusil, á formarse en columna, á desplegar en batalla. Entre tanto el jóven Barreiro, conteniendo sus propios impulsos, veia estas cosas y no queria impedirlas, porque obstinado en seguir el plan que otra vez y en otra tierra opuso Fabio á Aníbal, esperaba que los campos granadinos serian el Capua de Bolívar y de sus hambrientos y andrajosos compañeros.

Mas el Libertador no entendia de estarse en la inaccion, y el 25 de julio, viendo que su contrario no se decidia, ordenó un movimiento general por su flanco izquierdo sobre su retaguardia, para forzarle á abandonar las posiciones que ocupaba ó atacarle por la espalda; á cuyo fin guió por el camino del Salitre de Paypa, esguazando el Sogamozo. Barreiro se movió entónces contra él y con tal ímpetu, que le obligó á combatir en posicion desfavorable. Porque es una hondonada paludosa llamada Pantano de Várgas, circuida casi toda de colinas, de las cuales se apoderó al principio de la accion el enemigo, é hizo llover sobre los patriotas un fuego horroroso de fusilería. Los infantes realistas así peninsulares como criollos eran escelentes; la caballería como siempre, inferior á la republicana. Y á esto último se debió la salvacion de Bolívar; pues como se hallase el ejército envuelto por todas partes y fuesen inútiles los esfuerzos que se hacian para tomar de frente y tiro á tiro las posiciones enemigas, una columna de ginetes al mando de Rondon las atacó por un flanco, á tiempo que otra, tambien de ginetes á las órdenes del teniente Lucas Carbajal dispersaba y alanzeaba su caballería, que por el otro estaba á resguardarlas. La infantería y particularmente el batallon Albion apoyaron de frente y con denuedo este bien pensado y mejor dirigido movimiento, y el enemigo desalojado de sus alturas abandonó el campo y la victoria. Salvóle de su total destruccion la noche que sobrevino, y al abrigo de la cual se retiró en buen órden y sin ser perseguido hasta las alturas de Paypa, donde tomó nuevas posiciones. Esta accion

importantísima bajo todos conceptos, costó á los realistas 500 hombres muertos y heridos, bastantes prisioneros, gran copia de fusiles, lanzas y otros muchos despojos de todos géneros. Los patriotas compraron la victoria con 104 hombres muertos ó heridos; entre los primeros cinco y entre los segundos diez y ocho oficiales.

El movimiento del enemigo hizo que Bolívar siguiese sus pasos sin perderlo de vista, ocupando nuevamente el campo de Bonza. Desde allí estaba en contacto con las provincias del Socorro y de Pamplona, á donde partieron gobernadores nombrados por él, á fin de destruir las columnas con que el enemigo recorria sus comarcas. Y dominando los valles de Sogamoso y de Zerinza, continuó en el plan de aumentar su fuerza con la recluta que debia producir la ley marcial, en tanto que se presentaba una coyuntura favorable para caer de nuevo sobre su contrario.

Gracias á la favorable disposicion de los pueblos, el espionaje estaba perfectamente organizado, y sabedor Bolívar por su medio de la situacion del enemigo, se propuso ya atacarlo de firme, conduciendo con vigor la ofensiva. El dia 3 de agosto se movió contra sus posiciones y logró destruirle los puestos avanzados y hacerle precipitadamente evacuar el pueblo de Paypa. Ocupólo en tanto que Barreiro se guarecia de una altura que se halla en la encrucijada de los caminos de Tunja y Sogamoso. El 4 permanecieron los dos cuerpos en sus respectivas posiciones, sin que los realistas intentasen ningun movimiento; pero por la tarde contramarchó el Libertador, y fingiendo que volvia á sus posiciones de Bonza, guió para la ciudad de Tunja por el camino de Toca, dejando á su espalda todo el ejército contrario. Esta operacion atrevida é ingeniosa decidió de la campaña.

Ocupóse á Tunja el 5 de agosto haciendo prisionera la guarnicion. Allí encontró Bolívar 600 fusiles, un almacen de vestuarios y paños, los hospitales, botiquines y maestranzas; allí aumentó su fuerza con los muchos ciudadanos que voluntariamente corrieron á las armas, y allí, aliviado de sus privaciones el ejército por la entusiasmada y generosa vecindad, cobró nuevos brios y mayor grado de confianza. El enemigo, dudoso al principio de los movimientos de Bolívar, siguió luego sus huellas y se paró en mancha sobre la ciudad; por el camino principal de Paypa y el pasaje de Combita, acampando el 6 por la mañana en el pueblo de Motbita, á legua y media de Tunja. El plan de Barreiro era, y no podia ser

otro) el de reunirse á las tropas de la capital del virreinato, evitando un encuentro con las de Bolívar; pero este, situado en Tunja é interpuesto entre él y el virei, observaba sus movimientos, amenazaba á todos lados y acechaba el momento de caer sobre uno ú otro jefe. Barreiro á la vista de Tunja marchó el 7 de agosto á efectuar su reunion, y el general Bolívar, prevenido que debia ejecutarla, ó por Samacá, alejándose demasiado de Santa Fé, ó por el puente de Boyacá, si queria salvar al virei, esperó, con el ejército formado en la plaza de Tunja, á cerciorarse del intento del enemigo, para tomar una resolucion decisiva. Los espías iban y venian, buen número de hombres se hallaban apostados en las alturas y caminos; el estado mayor, Bolívar mismo, querian descubrir la verdadera direccion del enemigo. Súpola al fin, y en el momento hizo volver el ejército por la ruta principal hácia el puesto famoso en que quedó por siempre destruido el poder español en la hermosa tierra granadina: este fué Boyacá.

A las dos de la tarde la primera division del enemigo llegaba al puente cuando se dejó ver la descubierta de caballería que precedia á los patriotas: hízola atacar Barreiro creyendo que era un cuerpo de observacion; pero de allí á unos instantes la infantería de Bolívar se presentó en columna sobre una altura que dominaba su posicion, y entónces conoció ser necesario combatir de firme, en batalla general. En el momento de avistarse unos y otros beligerantes, los realistas estaban formados á la falda de la altura que los patriotas ocupaban, su retaguardia habia subido una parte del camino persiguiendo la descubierta de ginetes republicanos, y un cuarto de legua ó poco ménos los separaba del puente de Boyacá.

La vanguardia de Bolívar hizo retirar la de Barreiro al otro lado del puente, y acto continuo todo el ejército republicano empezó á descender de la altura; la infantería por el recuesto, que era suave, la caballería por el camino. El enemigo entre tanto habia tomado sus disposiciones: la fuerza principal estaba puesta en columna sobre una altura fronteriza, con trompas de artillería al centro: dos cuerpos de caballería cubrian sus costados, y en una cañada que mediaba entre las dos alturas desplegó un batallon en guerrilla para impedir el acceso de la que ocupaba. Tenia por todo 5,000 hombres: un tercio ménos los patriotas.

Rechazando estos un amago que hizo Barreiro por la derecha, marcharon sobre él tendidos en batalla para forzarlo en su puesto;

las columnas de Tunja y del Socorro, nuevamente formadas, quedaron en reserva. Inmediatamente se empezó la accion en todos los puntos de la línea.

Anzuátegui, que dirigia las tropas del centro y la derecha, desalojó de la cañada al enemigo, y con las primeras atacó la fuerza principal. Los realistas hacian un fuego terrible; pero Anzuátegui con prontos y audazes movimientos, bizarramente ejecutados, envolvió la columna enemiga por medio de su infantería al mismo tiempo que el escuadron del Alto-llano la cargaba de frente. Desde aquel momento los esfuerzos del general español fueron infructuosos: perdió su posicion. Una compañía de granaderos á caballo, compuesta toda de españoles fué la primera que huyó: la infantería quiso rehacerse en otra altura y fué inmediatamente destruida: un cuerpo de caballería que estaba de reserva aguardó á los ginetes patriotas con lanzas en ristre y quedó despedazado; casi simultáneamente la izquierda del ejército mandada por Santander, pasaba el puente y desbarataba la vanguardia de Barreiro: en fin, el ejército español puesto en completa derrota y cercado por todas partes, rindió las armas y se entregó prisionero, despues de haber sufrido una gran mortandad. Su desgraciado gefe, el coronel Jiménez, segundo en el mando de aquellas tropas, casi todos los tenientes coroneles y mayores de los batallones, gran número de subalternos, 1600 soldados, todo el armamento, municiones, artillería y caballos quedaron en poder del vencedor; apénas se salvaron 50 hombres y entre ellos algunos jefes y oficiales de caballería que huyeron ántes de decidirse la accion.

Esta fué la batalla de Boyacá, corona brillante de una campaña que será inmortal en los fastos de la república. En ninguna de las muchas que en su larga y gloriosa carrera militar concibió y ejecutó Bolívar, probó mas prevision, mas ingenio, mayor audazia y una tan consumada pericia en el arte dificil de la guerra: en ninguna habian triunfado las armas republicanas de un modo mas decisivo, y pocas vezes combatieron contra tropas tan disciplinadas y aguerridas.

Sus consecuencias fueron inmensas, porque destruido el ejército español de la Nueva Granada, quedaba esta libre: Morillo cercado en Venezuela, y Bolívar, mas fuerte y terrible que nunca, en disposicion de marchar hácia él con un ejército superior á cuantos hasta entónces hubiese tenido la república. Por lo que toca al vi-

rei, apénas tuvo el dia 9 noticia de la batalla de Boyacá, concibió un terror tan grande, que dejando cerca de un millon de pesos en la casa de moneda, y abandonando archivos, oficinas públicas y depósitos, se dirigió á Honda precipitadamente con los ministros de la audiencia, otros empleados, varios vecinos realistas y su guardia de honor. En medio del aturdimiento y confusion de aquella fuga vergonzosa, con que Sámano ponia fin por sí mismo á su gobierno sangriento, el coronel Calzada enviado en su ausilio desde Venezuela por Morillo, se retiró á Quito con 400 hombres de voluntarios de Aragon, mandados por Don Basilio García, y la capital abandonada, quedó á merced del vencedor. A ella entró Bolívar el 10 de agosto entre las aclamaciones de un pueblo enajenado de alegría que saludaba y bendecia su gloria, mas pura por cierto en aquella ocasion que en el año aciago de 1814. Dia verdaderamente grande, de orgullo satisfecho, de noble ambicion saciada, fué aquel para el libertador; pues marcaba el mas glorioso triunfo adquirido sobre los enemigos comunes del estado.

Mas ántes que digamos la profunda sabiduría con que supo aprovecharse de esta victoria en beneficio de la patria, nos conviene volver la vista á Venezuela y referir cuál era allí el estado de las cosas; para lo cual recordaremos que en ella debian obrar tres cuerpos principales: el de Urdaneta, el de Mariño y el de Páez.

El primero de estos jefes salió como sabemos para Margarita el 27 de febrero: llevaba por teniente al general Manuel Valdes y ademas algunos oficiales ingleses y muchos criollos que debian ser empleados en la creacion y organizacion de nuevos cuerpos, y por único recurso para pagar las tropas y abrir las operaciones, una órden en que se mandaba al almirante Brion le proveyese de lo necesario. En llegando á su destino encontró al general English con parte de la division de ingleses (el resto no aportó á Venezuela sino meses adelante), y al coronel Uzlar con ciento y cincuenta alemanes pertenecientes al asiento de Elsom.

Ya hemos dicho cómo se formaron estas espediciones estranjeras; y conviene saber por qué, con ser tan buenas, sirvieron en ocasiones de embarazo, mas que de provecho. De ello fué causa el espirítu de mala fe ó por lo ménos la poca ó ninguna prevision que se empleó para formar los enganchamientos, la ignorancia de los asentistas en punto al pais y sus costumbres, y acaso una fuerte dósis de ambicion y codicia que habia en el fondo de su zelo por el

bien y la gloria de la república. Ello es cierto que English, empeñado en reunir gente, para pasar del rango de ex-comisario de guerra del ejército anglo-hispano de Lord Wellington al de general de brigada que Bolívar le ofreciera, prometió á sus conciudadanos cosas que era absolutamente imposible cumplir en el estado en que se hallaban los patriotas. Por ejemplo, una racion diaria en comestibles, que las tropas criollas no alcanzaban jamas; el pré y paga corriente todos los meses, cuando el ejército de la república servia sin ellos; una gratificacion pecuniaria á cada individuo al poner el pié en tierra por la primera vez en el pais, y entre otras promesas, la mui curiosa de que toda propiedad pública ó privada que se encontrase en los pueblos tomados á fuerza de armas por los espedicionarios, debia reputarse como botin y repartirse entre ellos. Lo mas que de todo esto podia cumplirse, era lo de la racion, que en efecto se les dió á la europea miéntras estuvieron en Margarita; pero los hombres que habian llegado á Venezuela bajo tales estipulaciones se consideraban con derecho á exigirlo todo, y de ahí resultaron largos y enojosos embarazos para el jefe republicano, que no tenia un ochavo de que disponer. El almirante Brion era un hombre verdaderamente interesado en el bien de la patria y nunca omitió el sacrificio de su caudal ni de su crédito para sostener la escuadra y ausiliar el ejército; pero para ello habia contraido tan fuertes compromisos en las colonias estranjeras, que ya no tenia á quién pedir, ni quien le diera, llegando á tal estremo sus apuros que por huir de una nube de acreedores que por do quiera le seguian, mucho era si sacaba la cabeza fuera de la cámara de su fragata. Así pues, fueron indecibles las dificultades que se tocaron para mantener esta espedicion los meses que permaneció en Margarita hasta completarse, y para contener las continuas reclamaciones que no á English sino á Urdaneta hacian las tropas espedicionarias, ora por medio de sus jefes, ora con arma en mano, pidiendo el cumplimiento de las estipulaciones celebradas.

Mas no fueron estos los únicos sinsabores: otros ofrecieron el general Arizmendi, el gobernador Gómez y los demas empleados militares de la isla. Fué el caso que Urdaneta debia exigir de ellos por órden de Bolívar un contingente de 500 hombres para formar un batallon; pero aunque Arizmendi por lo pronto ofreció entregarlos, puso luego embarazos alegando que los margaritenos no querian salir de la isla, sino hacer la guerra allí, de cuyo sentir

eran tambien los oficiales de los cuerpos. Dióse cuenta al gobierno de esta novedad, y en ausencia de Bolívar, que ya habia salido para el ejército de Apure, contestó el vicepresidente, que el jefe de la espedicion debia hacer cumplir las órdenes que habia llevado, porque de no hacerlo fallaria el plan de campaña trazado por el Libertador. Autorizado así Urdaneta, instó de nuevo por la entrega del contingente; mas entónces se ocurrió en Margarita al ardid de fingir que habia peste en la isla, y los vecinos establecieron un cordon sanitario entre el puerto de Juan Griego, donde residia Urdaneta, y el resto de aquel pais. Descubierta la mentira, echaron mano de las vias de hecho.

En tan crítico y desagradable lance, Arizmendi y el gobernador fueron convocados por Urdaneta á una conferencia, y como en ella se disculpasen con la resistencia de los jefes de los cuerpos á dar el contingente pedido, se dispuso que todos estos marchasen presos á bordo de un buque de guerra, quedando libres Arizmendi y Gómez para entregar dentro de tres dias los 500 hombres de armas. El prefijado para recibir la recluta amaneció Arizmendi en la ciudad de la Asuncion, reunido con Gómez y todos los hombres de la isla capazes de tomar las armas, y declaró por escrito que no podia cumplir las órdenes del gobierno. Tres dias se pasaron en contestaciones; mas como al cabo de ellos se apercibiese Arizmendi de que Urdaneta habia tomado disposiciones para hacerle obedecer por fuerza, dejó á los suyos y fué á escusarse con él á la villa del Norte, diciendo que el gobernador Gómez y todos los demas tenian la culpa. Urdaneta creyó que aquello era una nueva intriga para ganar tiempo, y deseando cortar el mal en su raiz, dió órden á Arizmendi para que no se moviese del Norte: á su jefe de estado mayor previno lo conveniente para el caso de un rompimiento; y él, con un ayudante de campo, se abocó en la capital con Gómez: este y los demas disculparon la falta atribuyéndola á Arizmendi. Un rasgo de energía era necesario y el jefe de la espedicion lo empleó oportunamente para atajar aquel desórden, estraño por cierto en hombres tan patriotas y honrados como los margariteños. Gómez, á quien mas que á ninguno pesaba ya semejante reyerta, licenció las tropas y en el momento se abrió un juicio sumario para descubrir los autores y promovedores del alboroto. Veinte y siete jefes y oficiales declararon unánimemente contra Arizmendi; y el Dr. Andres Narvarte, á quien fué la causa consultada, halló comprobada la falta y

necesaria la prision del reo. Deh echo, acto continuo, fué remitido á Guayana para ser juzgado.

Tales alborotos y el no haber llegado sino por partes y con mucha dilacion los ingleses que faltaban, retardaron la espedicion en términos de frustrar completamente el proyecto de Bolívar; por lo cual este, resuelta ya la invasion de la Nueva Granada, previno á Urdaneta que desistiendo del plan anterior de operaciones, no hiciese mas que penetrar por las provincias de Barcelona y Cumaná, y ponerse á la disposicion del gobierno, para atender á la defensa del territorio durante su ausencia. Cuando Urdaneta recibió ésta órden ya tenia reunidos obra de 1200 ingleses; pero careciendo de víveres para ellos y la escuadrilla que debia trasportarlos, ocurrió al arbitrio de los empréstitos y tuvo la buena suerte de obtenerlos, bajo la particular responsabilidad de algunos estranjeros. No siendo ya de mucha importancia los 500 margariteños, mandó tripular con ellos algunos buques de la armada y de la flotilla; y por fin, listo de un todo, se dirigió el 15 de julio al continente, llevando por jefe de estado mayor al coronel Mariano Montilla. Este benemérito oficial, á quien hace mucho tiempo hemos perdido de vista, habia sido contrario al Libertador en sus reyertas con Castillo en Cartagena, y perdida esta plaza, se fué á Méjico en compañía del general Mina. Frustrada la espedicion de aquel valiente y desgraciado español, volvió á la patria y se hallaba en Margarita, cuando Urdaneta aportó á ella. Unia á estos dos militares una estrecha amistad; y como de allí á poco enfermase el coronel ingles José Alberto Gilmore, jefe de estado mayor, fué nombrado Montilla para reemplazarle con general aceptacion. El Libertador aprobó mas tarde su nombramiento, y reconciliado con él, empleó sus talentos en comisiones importantes, que fueron desempeñadas dignamente; pues en verdad ningun oficial venezolano de los entónces conocidos se le aventajaba en prendas militares.

Careciendo Urdaneta de caballería, escogió á Barcelona por punto de desembarco, atento que en el interior de aquella provincia se hallaba con fuerzas respetables el general Mariño, de cuyo ausilio necesitaba para conseguir ganado, para mover su parque y montar sus oficiales. Al saber su aproximacion el gobernador español Saint-Just, evacuó la ciudad el 17, dejando abandonada la guarnicion de las baterias del Morro. La escuadrilla real, procedente de Cumaná, se presentó el 18 frente á la ensenada de Pozue-

los, como provocando á combate la patriota; mas luego al punto se alejó de allí, haciendo rumbo á la Guaira y á Puerto cabello. Saint Just penetró el 22 sin ser visto por las calles de Barcelona y alanzeó algunos ingleses, pero habiéndose retirado á Píritu en seguida, dejó á Urdaneta dueño de la ciudad.

Despues de esto el principal cuidado del jefe republicano fué buscar la comunicacion con el ejército del interior regido entónces por Bermúdez; pero semejante comunicacion era dificil por cuanto todos los pueblos de la provincia que no estaban en la llanura se hallaban ocupados por fuerzas ó autoridades españolas. De donde vino que varios oficios enviados á Bermúdez fueron interceptados por los realistas, los cuales noticiosos de la situacion de Urdaneta, le hostigaban incesantemente con partidas de caballería, reduciéndole al recinto del poblado. Su situacion mala ya con tal motivo, se empeoró aun con la conducta de las tropas estranjeras. Estas en efecto, despues de haber querido saquear á Barcelona, se manifestaban mas y mas descontentas cada dia con motivo de habérseles impedido; rehacias y dadas á la embriaguez, el morigerarlas, el contenerlas solamente parecia empresa superior á todo esfuerzo, mayormente cuando el general English no se movia á hacer para ello una mera demostracion de zelo ó de energía. Demas de esto una proclama que Morillo les habia dirigido en idioma ingles ofreciéndoles servicio ó restituirlos á su pais, hizo titubear su fidelidad, y empezaron á desertar en partidas con direcion al enemigo. No conociendo, sin embargo, el territorio, ni paradero alguno fijo de los españoles sino en la plaza de Cumaná, á ella se dirigieron muchos soldados llevándose sus armas. Cogidos algunos, fueron juzgados inmediatamente y fusilados; pero una fuerte partida de ellos hizo armas contra la guerrilla republicana del puerto de Santa Fé, que salió á su encuentro y costó trabajo reducirlos: diez y nueve fueron muertos en el combate, diez y ocho quedaron prisioneros.

Por mas que, generalmente hablando, los jefes y oficiales de esta tropa fuesen sugetos de intachable honor, lealtad y bizarría, y por mas que muchos de ellos se esforzasen en contener la desercion y el desórden, semejante estado de cosas era violentísimo; y mas, porque allí, sin provecho alguno, se estaban consumiendo las raciónes de la armada, únicas de que pudiese el jefe disponer. Hizo, pues, este perfectámente cuando se rembarcó para dirigirse á la provincia de Cumaná con la probabilidad de encontrar en ella

algunos ausilios pedidos de antemano á Maturin. Salió de Barcelona el 1º de agosto, y el 3 llegó al puerto de Bordónes, donde se reunió con 200 hombres que mandaba Móntes y acto continuo siguió por tierra contra la ciudad, al mismo tiempo que la escuadra hacia rumbo al golfo de Cariaco. Hasta aquí todo es natural, inteligible y bien pensado; pero en verdad no lo es tanto el haber hecho Urdaneta el mismo dia 3 un ataque obstinadísimo contra las baterías de la plaza. Rechazado despues de muchas horas de combate, renovó el 5 la misma tentativa y hubo de retirarse con pérdida de muchos hombres, sin haber alcansado cosa alguna. Si su objeto era marchar al interior, aquel asalto á nada conducia, y á mas de inutil era temerario; falta fué aquesta sorprendente en capitan tan esperimentado y cauto, sino es que por distraer á los soldados ingleses de sus malos pensamientos, quiso deliberadamente ocuparlos de aquel modo. Por lo demas, esa tropa estranjera, tan inquieta y tan turbulenta, se portó en la pelea con valor heróico, digno de mejor fortuna.

Despues de esto, Urdaneta que no habia pensado realmente en acometer la plaza de una manera formal, recibió de Maturin el ganado y las caballerías que habia pedido y se puso en marcha para aquella ciudad, habiendo ántes despedido la escuadra y dado á English pasaporte para Margarita. Llegado á Maturin, recibió órden del gobierno de Guayana para poner sus tropas á las órdenes de Mariño, en consecuencia de un suceso singular que contaremos luego.

Porque ántes conviene que digamos algo de la division que mandaba el general Bermúdez. Con ella abrió Mariño las operaciones sobre oriente en el mes de junio derrotando completamente el 12 de dicho mes al coronel Don Eugenio Arana, en el sitio de la Cantaura; mas sucedió que aun se hallaba en el campo de batalla cuando recibió un despacho urgentísimo que le llamaba á ocupar su lugar de diputado, en atencion á que el gobierno habia nombrado por general en jefe del ejército de oriente al general Bermúdez. Con este motivo la division vencedora que podia haber seguido sin obstáculo hasta Barcelona, retrocedió á San Diego de Cabrutica, de donde habia salido, y Bermúdez que se hallaba en Cumanacoa se puso en marcha para colocarse á la cabeza de ella. Inmediatamente guió á Barcelona, por hallarse ya al cabo de la situacion de Urdaneta, pero llegó tarde para reunírsele y luego al pun-

to se vió sólo y con fuerzas inferiores al frente del coronel Pereira, que Morillo enviaba en ausilio de Arana y de Saint-Just. Retiróse, pues, no ya por el camino que habia llevado, sino por el de la costa, y llegó sin mayor novedad á Cumanacoa, desde cuyo punto participó á Urdaneta lo ocurrido por medio del coronel Antonio José de Sucre, su jefe de estado mayor. Cumaná quedó mas ó ménos hostilizada por estas tropas, Barcelona fué reocupada por los realistas y Pereira volvió á la provincia de Carácas, dejando á Arana con una fuerte columna en Onoto, á la ribera del Unare.

Vengamos ahora al suceso que puso nuevamente á Mariño al frente del ejército de oriente, es decir, vengamos otra vez á las revueltas interiores, á las conspiraciones.

El congreso, hasta entónces dedicado esclusiva y laboriosamente á sus tareas legislativas, las habia casi concluido para fines de agosto. El 15 de este mes firmó la constitucion política de la república, con calidad de que fuese sancionada por las provincias en el modo y términos que ella misma prescribia, y el 24 creó un consejo de administracion de guerra, cuyo presidente deberia ser el del estado ó en su defecto el ministro del mismo ramo. Ya ántes habia mandado establecer cortes de almirantazgo en Angostura y Margarita; arreglado el gobierno y administracion de las misiones del Caroní; autorizado la venta de 500 leguas cuadradas de tierras, y la capitulacion de un empréstito de tres millones de pesos sobre el crédito del estado; sancionado una lei sobre confiscaciones, y tomado en fin varias providencias relativas al ramo judicial y principalmente al de hacienda, para atender á las necesidades del estado. Entre tanto la fuerza moral del gobierno crecia, la causa republicana ganaba cada dia en la opinion mayor suma de respetabilidad, y los buenos patriotas, haciendo votos por el triunfo de Bolívar, esperaban ver en él asegurado el de la América.

De repente empezó á rugirse en Angostura que el Libertador habia sido derrotado completamente por las tropas de Barreiro y que volvia á Venezuela casi solo, dejando muertos ó en poder del enemigo todos los soldados que á la Nueva Granada habia llevado. Algunos diputados amigos de Mariño y de Arizmendi á quienes traia mui molestos la prision del uno y la deposicion del otro, obras ambas, segun decian, de Bolívar, pronunciaron contra este en el congreso discursos acaloradísimos y aun llegaron á proponer que se le juzgase como desertor, por haber emprendido la campaña de la

Nueva Granada, sin previo acuerdo y consentimiento de aquel cuerpo. Provisto el Libertador de facultades para hacer la guerra á su arbitrio, considerado el territorio granadino como si fuese venezolano, para las operaciones militares, y titulándose Bolívar, con aprobacion de la asamblea, capitan general de los ejércitos de una y otra tierra, claro está que semejante opinion no era mas que ciega y absurda malquerencia. Considerada así por los sensatos, se apaciguó luego aquella grita; pero como habia empeño de promover una revuelta, el 14 de setiembre se apareció el teniente coronel Diego Moráles con la noticia de que los realistas, despues de haber incendiado á San Diego de Cabrutica, se dirigian á toda prisa contra la capital. Zea hizo reunir inmediatamente el consejo de administracion de guerra, y ante él mandó comparecer al portador de la noticia, el cual mintió, se contradijo y dió palpablemente á conocer que aquella era una mal urdida estratajema, inventada para asustar la poblacion. Esto y la firme y racional persuasion en que el gobierno estaba, por comunicaciones de Bermúdez, de no haber enemigos capazes de tal empresa en la provincia de Barcelona, hizo que Zea dejase las cosas como estaban sin hacer ninguna novedad; si bien hubo miembro del consejo que creyó necesario el nombramiento de Mariño para mandar en jefe el ejército de oriente. En puridad de verdad este desdichado mando era el motivo verdadero de la farsa, porque Mariño no pensaba en otra cosa desde que se vió relevado por Bermúdez. Fué en verdad imprudente y aun injusto el relevo de aquel jefe en el momento mismo de su triunfo en la Cantaura, tanto mas cuanto que, obediente y sumiso, se presentó al congreso y pidió se juzgara en consejo de guerra su conducta. Y es de notar que no solo se negó Zea á revocar la providencia, sino que el congreso, alegando que con ella no se irrogaba agravio alguno al general, insistió en que este ocupase su silla en la asamblea. De donde vino que resentido empezó á tramar una revuelta con solo el fin de obtener su reposicion, en lo cual le ayudaban calorosamente algunos diputados. Así que, á pesar de la actitud serena y confiada del gobierno, muchos de ellos sin previa citacion se reunieron en la tarde de aquel mismo dia para atender, segun decian, á la seguridad de la capital, amenazada por los enemigos. Los hubo que fueron armados con cierto disimulo; Mariño arrastró sable, y sus amigos y los de Arizmendi, preso entónces en Guayana, ocuparon la barandilla del congreso en ademan amenazador y tur-

bulento. La discusion fué acalorada y en ella se distinguieron, sobre todos, el secretario del interior é interino de la guerra Urbaneja y el doctor Domingo Alzazu, este sosteniendo la idea de que se nombrase un vicepresidente militar y aquel combatiéndola con laudable firmeza y bizarría. Era fácil, sin embargo, conocer lo cambiada que se hallaba la mayoría de aquel congreso, ántes tan cuerdo y tan prudente, entónces tan olvidado de la razon y de la propia dignidad; por otra parte la caterva armada que ocupaba la barandilla y galerías del congreso amenazaba propasarse á las vias de hecho. El coronel Francisco Conde, comandante de la plaza, se hallaba dispuesto á sostener á Zea, pero sus repetidos avisos habian sido interceptados. Los gritos, la confusion y el desórden se aumentaron en tanto por momentos. Disculpemos pues al vice presidente de haber dimitido ante aquel congreso degenerado su alta dignidad: ciudadano pacífico y ajeno de tumultos, no quiso ser orígen de una conmocion sangrienta, que creia inevitable, y prefirió entregar á otros el mando que era imposible sostener sin muertes y desgracias.

Despues de esto ya no hallaron los conjurados dificultad alguna para nada. Nombrado Arizmendi por vicepresidente, fué llevado en triunfo desde la prision al congreso por los coroneles Julian Montesdeoca, Francisco Sánchez y otros jefes, y la misma tropa que le servia de custodia se convirtió al punto en guardia de seguridad y honor de su persona. Mariño, por supuesto, fué proveido por general en jefe del ejército de oriente y partió luego á relevar á Bermúdez y á Urdaneta del mando de sus divisiones respectivas.

Y como para servir de pretesto á aquellas vergonzosas maniobras se habia fingido una invasion del enemigo, armóse al punto un alboroto en la ciudad, llamando el nuevo gobierno todos los ciudadanos á las armas y exigiendo de varios comerciantes un empréstito forzoso de 4.000 pesos para atender á los gastos de la guerra. El tal empréstito quedó cobrado, la guerra paró en bulla y nadie habló mas del negocio al cabo de tres ó cuatro dias. No habia pues allí ni verdadera libertad, ni pueblo.

Poco despues de colocado en el gobierno (el 24 de setiembre) espidió Arizmendi un decreto declarando: « Que desde el momento de su promulgacion todos los cueros de ganado vacuno, cualesquiera que fuesen sus dueños, se declaraban como pertenecientes

al estado sin reserva ni escepcion; de los cuales, como tal propiedad pública, él solo podria disponer. » La percepcion del impuesto duraria « *cuanto las circunstancias en que se hallaba el estado* » y cesaria cuando el tesoro « *se desembarazase de sus empeños.* » Las infracciones se debian castigar con la *exaccion del duplo valor de lo ocultado.* Y autorizaba el decreto como ministro del interior é interino de la guerra, Diego Bautista Urbaneja. Esta violenta resolucion fué seguida el 11 de octubre de una mui generosa hácia las tropas estranjeras, á las cuales se les confirmó por medio de otro decreto la prerogativa de gozar los mismos fueros preeminencias y derechos que las venezolanas y el goze de las asignaciones hechas á estas sobre los bienes nacionales por la lei de octubre de 1817. Por fin el 8 de noviembre se dirigió Arizmendi á Maturin y allí tomó con su genial actividad varias disposiciones oportunas para continuar la guerra en la próxima campaña.

A todo esto, ya desde el 10 de setiembre se habia publicado oficialmente el brillante triunfo obtenido en Boyacá y todos estaban al cabo de que Bolívar se hallaba en marcha hácia la capital provisional de la república. En efecto el Libertador, despues de los primeros instantes dedicados al alborozo del pueblo Bogotano, se dió como acostumbraba á los arreglos administrativos, militares y económicos. Morillo habia destinado en ausilio de Barreiro á Latorre y él envió contra este á Soublette. Anzátegui, ascendido á general de division, persiguió á los enemigos que huian de Santafé con direccion á Nare. Plaza picó la retaguardia á Calzada, y en Bogotá y otras comarcas libres se empezaron á crear batallones para poner el ejército en un estado respetable. Siempre con el pensamiento de llevar al cabo su plan favorito de reunir á Venezuela con la Nueva-Granada, publicó el 8 de setiembre una proclama en que decia á los pueblos de esta comarca : « desde los campos de Venezuela el grito de vuestras aflicciones penetró mis oidos y he volado por tercera vez con el ejército libertador..... El congreso general residente en Guayana, del cual emana mi autoridad y al que obedece el ejército libertador, es en el dia el depósito de la soberanía nacional de venezolanos y granadinos. Los reglamentos y leyes que ha dictado este cuerpo legislativo son los mismos que os rigen y los mismos que he puesto en ejecucion.... La reunion de la Nueva Granada y Venezuela es el ardiente voto de todos los ciudadanos sensatos y de cuantos estranjeros aman y protegen la causa ameri-

cuna. » Verdad era todo esto, ménos que el congreso de Guayana y sus decretos debiesen considerarse como decretos y congreso granadinos; ántes bien aquella asamblea en varios actos suyos declaró lo contrario; mas lo que hai de cierto es que la voluntad de Bolívar en aquellos momentos era una verdadera lei, poderosa, irresistible, que ningun pensamiento de pueblo ó de individuo se hubiera atrevido á quebrantar. Fundada en la gratitud y la admiracion que inspiraban sus servicios y su capacidad, á crímen se hubiera tenido el intento de resistirle; mayormente cuando en aquella ocasion era su deseo sano y conveniente, de verdadera salud para una y otra tierra. Así, miéntras se declaraba solemnemente la apetecida reunion, todos aprobaron el decreto que dió en 15 de setiembre creando un gobierno provisional para la Nueva-Granada y encargando de él, con título de vicepresidente, al ya general de division Francisco de Paula Santander. Justa eleccion si se atiende á los servicios que habia prestado á la patria este jefe granadino y tambien á su capacidad para el desempeño de aquella importante dependencia; pero fatal para Bolívar por cuanto el hombre que así elevaba al poder y á la grandeza, empleó despues uno y otra para hacerle daño convirtiéndose en su mas cruel, constante é injusto antagonista. Hecho esto, desprendióse de los halagos y honores que á porfía le prodigaban los pueblos granadinos, y del 19 al 20 del mismo se puso en marcha para Angostura, á donde llegó inopinadamente el 11 de diciembre.

Casi al mismo tiempo que él, entraba Arizmendi de regreso de Maturin; pero ni este jefe ni sus amigos ó los de Mariño recibieron la mas pequeña reconvencion. Bolívar obró generosa y cuerdamente como si nada hubiese sucedido, juzgando que las pasadas maniobras, hijas de la debilidad del gobierno, cesarian enteramente con la fuerza que á este daban los triunfos adquiridos. Sólo algunos amigos particulares suyos hubieron de sufrir el peso sofocante de su desprecio, no ménos que el de las recriminaciones; y con justicia, por que en ellos era traicion lo que en sus enemigos veia Bolívar como efecto de venganza. Montesdeoca y Sánchez se vieron en aquel triste caso; siendo el segundo tan sensible á él, que murió de sentimiento. Lástima de hombre, mui benemérito por otra parte.

El mismo dia de su llegada se presentó el Libertador en la sala del congreso é hizo una rápida reseña de sus operaciones militares,

recomendó el mérito de sus compañeros de armas y elogió con calor y verdad la heróica conducta del pueblo granadino. Despues manifestó que la reunion de este con el venezolano era el objeto único que se habia propuesto desde sus primeras armas, el voto de los ciudadanos de ambos paises y la garantía de la libertad de la América del Sur. « Legisladores, esclamó al concluir, el tiempo de dar una « basa fija y eterna á nuestra república ha llegado. A vuestra sa- « biduría pertenece decretar este grande acto social y establecer « los principios del pacto sobre el cual va á fundarse esta vasta « república. Proclamádla á la faz del mundo, y mis servicios que- « darán recompensados. » El 17 de diciembre satisfizo el congreso aquel fuerte y constante deseo de Bolívar en la siguiente lei fundamental.

« El soberano congreso de Venezuela á cuya autoridad han querido voluntariamente sujetarse los pueblos de la Nueva Granada recientemente libertados por las armas de la república. = Considerando. = 1.° Que reunidas en una sola república las provincias de Venezuela y de la Nueva Granada, tienen las proporciones y medios de elevarse al mas alto grado de poder y prosperidad. = 2.° Que constituidas en repúblicas separadas, por mas estrechos que sean los lazos que las unan, bien léjos de aprovechar tantas ventajas, llegarian difícilmente á consolidar y hacer respetar su soberanía. = 3°. Que estas verdades, altamente penetradas por todos los hombres de talentos superiores y de un ilustrado patrotismo, habian movido los gobiernos de las dos repúblicas á convenir en su reunion, que las vicisitudes de la guerra impidieron verificar. = Por todas estas consideraciones de necesidad y de interes recíproco, y con arreglo á un informe de una comision especial de diputados de la Nueva Granada y Venezuela. = En el nombre y bajo los auspicios del Ser supremo. = Ha decretado y decreta la siguiente lei fundamental de la república de Colombia. = Art. 1.° Las repúblicas de Venezuela y la Nueva Granada quedan desde este dia reunidas en una sola bajo el título glorioso de la República de Colombia. = Art. 2.° Su territorio será el que comprendian la antigua capitanía general de Venezuela y el vireinato del Nuevo reino de Granada, abrazando una estension de 115 mil leguas cuadradas cuyos términos precisos se fijarán en mejores circunstancias. — Art. 3.° Las deudas que las dos repúblicas han contraido separadamente, son reconocidas in solidum por esta lei como deuda

nacional de Colombia, á cuyo pago quedan vinculados todos los bienes y propiedades del estado, y se destináran los ramos mas productivos de las rentas públicas. — Art. 4.° El poder ejecutivo de la república será ejercido por un presidente y en su defecto por un vicepresidente, nombrados ambos interinamente por el actual congreso. — Art. 5.° La república de Colombia se dividirá en tres grandes departamentos, Venezuela, Quito y Cundinamarca que comprenderá las provincias de la Nueva Granada, cuyo nombre queda desde hoi suprimido. Las capitales de estos departamentos serán las ciudades de Carácas, Quito y Bogotá, quitada la adiccion de Santa Fé.— Art. 6.° Cada departamento tendrá una administracion superior y un jefe nombrado por ahora por este congreso con título de vicepresidente. — Art. 7.° Una nueva ciudad que llevará el nombre del Libertador Bolívar, será la capital de la república de Colombia. Su plan y situacion se determinarán por el primer congreso general bajo el principio de proporcionarla á las necesidades de los tres departamentos y á la grandeza á que este opulento pais está destinado por la naturaleza. — Art. 8.° El congreso general de Colombia se reunirá el 1.° de enero de 1821 en la villa del Rosario de Cúcuta, que por todas circunstancias se considera el lugar mas bien proporcionado. Su convocacion se hará por el presidente de la república el 1.° de enero de 1820, con comunicacion del reglamento para las elecciones, que será formado por una comision especial y aprobado por el congreso actual. — Art. 9.° La constitucion de la república de Colombia será formada por su congreso general, á quien se presentará en clase de proyecto la que ha decretado el actual y que con las leyes dadas por el mismo se pondrá desde luego, por via de ensayo, en ejecucion. — Art. 10.° Las armas y el pabellon de Colombia se decretarán por el congreso general, sirviéndose entre tanto de las armas y pabellon de Venezuela, por ser mas conocidos. — Art. 11°. El actual congreso se pondrá en receso el 15 de enero de 1820, debiendo procederse á nuevas elecciones para el congreso general de Colombia. — Art. 12.° Una comision de seis miembros y un presidente, quedará en lugar del congreso, con atribuciones especiales que se determinarán por un decreto. — Art. 13°. La república de Colombia será solemnemente proclamada en los pueblos y en los ejércitos, con fiestas y regocijos públicos, verificándose en la capital el 25 del corriente diciembre en celebridad del nacimiento del Salvador del mundo, bajo cuyo

hombres sensatos de todos los partidos. « Me parece, escribia él mas « tarde á Bolívar, que el pueblo que presencia la ejecucion de un « realista hace sacrificios por su libertad. Estos pueblos necesitan « que se les comprometa hasta que se hallen bien, bien persuadidos « que mueren ahorcados los que se dejen coger de los españoles. » Sea lo que fuere de este sistema, parodia estemporánea del de la guerra á muerte, lo que hai de cierto es que Santander se manifestó mui contrario á él, cuando mas convenia, es decir en los primeros años de la independencia: que los granadinos se opusieron siempre á que en su tierra se llevase á efecto: que el congreso general de Tunja reprobó fuertemente que Urdaneta hubiese hecho fusilar á algunos vecinos pacíficos y respetables, en su entrada al pais el año de 1814: y que este último suceso, mui conocido y deplorado entónces, y la conducta de los oficiales venezolanos en el Magdalena sirvieron de pretesto á Morillo para ejercer sus terribles represalias sobre cuanto habia de grande y noble en las comarcas granadinas.